

Super Star

PATRICIA SUTHERLAND

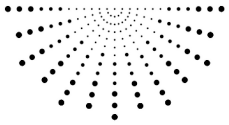
AUTORA DE LA SERIE SINTONÍAS

SUPERSTAR

PARTE 2

SERIE LUCES DE NEÓN

LIBRO DOS



PATRICIA SUTHERLAND

JERA Romance

Título original: *Superstar*. Parte 2.
© 2024 Patricia Sutherland.

Diseño cubierta/fotomontaje: Patricia Sutherland
Imagen cubierta: 22742932 © Val Armstrong | Dreamstime

Ediciones Jera
Colección Jera Romance
JR18 - *Superstar*. Parte 2.
Serie Luces de Neón # 2
Romance contemporáneo
Nivel de erotismo: ♥ (Suave)

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A mi hermano.
Que la tierra te sea leve.

A mis padres.
Siempre serán la luz que alumbra mi camino.

Hasta que volvamos a vernos…

RESUMEN

La esperada segunda parte de la historia de Chris y Ken ♡

Una ferviente activista humanitaria y un carismático ícono de la música country se encuentran en un cruce inesperado de destinos…

Chris Thompson, reconocida internacionalmente por su trabajo humanitario, regresa a Toronto tras años en África, enfrentando un aterrizaje forzado por circunstancias personales.

Ken Bryan, una estrella de la música que ha conquistado a millones de fans con su talento y carisma, vuelve a Nashville decidido a relanzar su carrera musical, tras dos años luchando contra sus propios demonios.

A pesar de sus mundos dispares, el destino los une en un encuentro fortuito. Mientras Chris lucha por equilibrar su compromiso con su hermana y su carrera, y Ken se enfrenta a los desafíos de la fama, ambos se ven atrapados por una profunda e inexplicable conexión que desafía sus percepciones del amor y la vida.

¿Conseguirá esa conexión mantener unidas a dos personas cuyas vidas discurren por caminos tan distintos? ¿O las diferencias pesarán más y los separarán para siempre?

Superstar es una cautivadora historia sobre el poder del amor para trascender las barreras sociales y personales en la que dos opuestos aparentemente irreconciliables descubren que, en el caos del mundo, a veces el destino tiene sus propios planes.

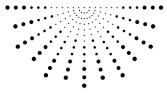
ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras Obras de Patricia Sutherland
Notas

PRÓLOGO



Madrugada del sábado 17 de agosto de 2002.

Ken Bryan pasó frente a la recepción con paso rápido. El conserje lo miró sorprendido, ya que acababa de marcharse. Se estaría preguntando por qué había vuelto. Él se limitó a explicarle que se había dejado las llaves y, sin detenerse, tomó el pasillo que conducía a las habitaciones de la planta baja. Durante un instante consideró si no estaba a punto de estropearlo todo por un malentendido. Recordó el mensaje culpable de estar a punto de hacer una locura:

«A las 7 am aquí. No te retrases. Tengo solo una hora. He quedado con Dottie. El café lo pongo yo. Hasta mañana».

LA ÚNICA NOVEDAD que contenía era el lugar del encuentro. Podía interpretarse como tal sin más. Y ya de por sí era toda una interpretación viniendo de alguien que, desde que habían intercambiado aquellos besos incendiarios en el aparcamiento subterráneo, insistía en que los encuentros fueran públicos. Eso, cuando no los limitaba a diez minutos. Lo que fuera con tal de evitar que a alguno de los dos pudiera írsele la cabeza… Otra vez. Como mínimo, dejaba claro que ella deseaba más intimidad. La quería tanto como él. Pero… ¿Por qué decírselo ahora? Para Ken la respuesta resultaba obvia; porque quería que él leyera entre líneas y regresara. De otra forma, le habría enviado el mensaje por la mañana.

Al llegar a su destino, Ken se detuvo ante la puerta. No llamó enseguida. Era de los que vivían a fondo las emociones. Los momentos previos a un encuentro como el que tenía en mente conllevaban cierta expectación, cierto nivel de excitación que variaba dependiendo de las circunstancias. Nunca como este momento en particular. Porque la mujer en cuestión no era alguien con quien pasar un rato agradable. Era *la mujer*.

Ken se tomó unos instantes para ser consciente de cómo se sentía y recogerlo con lujo de detalle en su memoria.

Estaba extático.

Nunca había sentido algo igual.

Al fin, respiró hondo y golpeó dos veces a la puerta.

DESPUÉS DE ENVIAR EL MENSAJE, Chris Thompson se había quedado sentada en el sofá con el móvil en las manos. Esperaba que su lado pragmático empezara a despotricar ante semejante insensatez, pero seguía sin suceder tal cosa. Por increíble que pudiera parecer, no había señales de alarma ni ganas de huir ni, mucho menos, de echarse atrás.

No se lamentaba de haber enviado ese mensaje. Y si lo conocía bien, Ken estaría dando la vuelta, dondequiera que estuviera, y poniendo rumbo de regreso al aparthotel.

Ella no era de la clase de mujer que se tomaba el sexo a la ligera. Su propia naturaleza le impedía intimar con otra persona porque esta simplemente le atrajera. Y en esta ocasión, tampoco lo hacía.

Era el momento. Eso le decía cada poro de la piel. Y su corazón, la pieza más importante del rompecabezas, no se oponía.

Chris exhaló un suspiro. Miró hacia la puerta con una mezcla de excitación y ansiedad. Había estado con pocos hombres en su vida y de la última vez que se había desnudado frente a uno había pasado mucho tiempo. Eso debería hacerla sentir algo nerviosa. Pero no era así. No recordaba otro momento semejante en el que ella hubiera estado tan serena. Expectante, deseosa, pero serena. Sonrió al pensar que Ken lo tomaría como otra señal de la poderosa conexión que compartían. ¿Él se sentiría igual? Excitado, más bien. En los hombres primaba la cuestión física. Bien, se dijo. En el cortejo, Ken había demostrado ser un experto. A ver qué tal se le daba la acción directa.

Entonces, oyó que tocaban a la puerta y suspiró.

«Hora de descubrirlo».

CHRIS Y KEN se miraron sin decir nada unos instantes. Las emociones estaban a flor de piel y ninguno de los dos intentó ocultarlas. El brillo de sus ojos, una ligera sonrisa que no llegaba a ser una sonrisa en toda regla, pero era lo bastante cálida para indicar que estaban a gusto con lo que sucedía, ese campo de fuerza especial y único que los mantenía unidos, vibrando en una misma frecuencia de forma sostenida.

Ninguno de los dos sabía el tiempo que llevaban allí, mirándose sin más, cuando Ken murmuró:

—Si me equivoqué, dímelo y me voy. Pero prométeme que no me lo tendrás en cuenta. Es que…

Chris lo silenció posando dos dedos sobre sus labios.

—Calla, tonto —le dijo.

Y a continuación, sus dedos descendieron de los labios de Ken a la abertura de su camisa y tiraron de él con suavidad hacia el interior de la habitación.

NO FUERON MUY LEJOS, se quedaron de pie a unos pocos pasos de la puerta. Incapaces de descolgarse de la magia que los envolvía y los mantenía vibrando con la sensación de estar flotando a un palmo del suelo.

El primer beso fue ligero, tentativo. Como si ambos quisieran asegurarse de que eso exactamente era lo que el otro deseaba.

Y, desde luego, lo deseaban.

El segundo fue más profundo. Ken dejó de acariciar los labios de Chris con los suyos y rodeó su boca con suavidad. Rozó la comisura de sus labios con la punta de la lengua, luego repitió el proceso en el filo de sus dientes y solo profundizó el beso al sentir que ella jugaba a apresar su lengua.

Sin embargo, a pesar de que rodeó a Chris con sus brazos y la apretó contra su cuerpo, el beso volvió a ser breve. Sus labios abandonaron su boca y le acariciaron la mejilla para después dibujar lentamente el contorno de su mandíbula.

Chris buscó su mirada. Lo miró a través de sus párpados entornados, disfrutando intensamente del ritmo lento que Ken estaba imprimiendo al momento. Un ritmo que había esperado, pero con el que no se había hecho muchas ilusiones. Visto lo sucedido en el aparcamiento y sumando a eso las emociones compartidas durante el último turno de preguntas, apostaba a que sería su yo vehemente quien cogería la batuta. Otra sorpresa cortesía de un hombre que no había dejado de sorprenderla desde que sus miradas se habían cruzado por primera vez.

—Te tomas tu tiempo… —murmuró—. Me gusta

Y a él. El placer de tenerla en sus brazos era tan grande, que interiormente se debatía entre la necesidad de ir a más y el no menos grande placer de tomarse su tiempo para disfrutar de haber conseguido tener a Chris, donde llevaba dos meses soñando con tenerla. Pero no era esa la razón de que, en esta ocasión, fuera despacio. O, al menos, no la única razón. Y no pensaba flirtear ni mentir al respecto. Al contrario.

—Te estoy dando tiempo…

Chris echó la cabeza hacia atrás cuando la boca masculina inició un camino descendente desde su barbilla. Un camino que recorría con una lentitud desesperante y a la vez tremendamente excitante, dejando una huella húmeda y caliente que parecía extenderse más allá de su radio directo de acción. Mucho más allá. No era de extrañar que las palabras de Ken demoraran una eternidad en permear sus neuronas…

Y que Chris tardara otra eternidad en responder.

Para entonces, Ken le estaba bajando la cremallera del jersey, también a su estilo; desesperantemente lento. En vez de hacerlo de una vez, lo bajaba despacio a medida que la prenda entorpecía la tarea de convertir la delicada piel de su cuello en un fuego incontrolado.

—Tiempo… ¿Para qué? Uso…

Incapaz de soportar aquella tortura un segundo más, Chris dejó de hablar y metió una mano entre los dos. Tiró de la cremallera de su jersey hasta abajo. Ken la ayudó a quitarse la prenda, que dejaron caer al suelo y volvieron a fundirse en un abrazo.

Chris suspiró antes de decir:

—Uso bastón. No puedo correr. Y… —Un nuevo suspiro impuso otra pausa. Una pausa

necesaria cuando él le subió el borde inferior del top y sintió su nariz jugando en el ombligo—. Suponiendo que pudiera, dudo que mis piernas lograran sostenerme por mucho tiempo… Ya no las siento, con qué imagínate…

Inesperadamente, Ken se enderezó. Abandonó sus juegos en el ombligo femenino y regresó a sus labios.

—Vale… Pero puedes oponerte… Echar mano de esa frase que a ti te gusta tanto y a mí me pone como una moto… Ya sabes; «esto no es una buena idea, Ken».

Diossss… Él la besaba sin dejar de mirarla. Le hablaba en susurros, entremezclando besos, palabras y miradas en una combinación hipnótica. *Imposible.*

—Podría, es verdad.

Exhaló un nuevo suspiro y cerró los ojos cuando los besos masculinos recorrieron el perfil de su hombro derecho y luego repitieron el proceso en el izquierdo.

—O activar el cronómetro… —volvió a proponer Ken—. Eso también te encanta y a mí me pone muchísimo, muchísimo… ¿No vas a decirme «una hora, máximo»?

Las manos de Chris subieron por la espalda de Ken en una caricia apasionada hasta su cuello y de allí siguieron subiendo hasta su pelo. Enredó los dedos en aquella melena sedosa y abundante.

—También podría hacer eso, sí…

Pero en vez de hacerlo, lo miró a los ojos y se puso a desatarle los botones de la camisa. Uno a uno con lentitud deliberada.

Esta vez fue Ken quien exhaló un largo suspiro. La dejó hacer, disfrutando de algo que llevaba esperando mucho tiempo; descubrir cómo era en esa faceta, cómo jugaba sus cartas en las distancias cortas, cómo respondía a sus caricias, a sus besos.

Chris no solo le desató la camisa, se la quitó y luego, con la misma lentitud desesperante que él había empleado con ella, recorrió sus hombros, su pecho y su estómago con las palmas de las manos firmemente apoyadas. Sus dedos bien abiertos, para abarcar cuanto más mejor.

—O también podrías recordarme por millonésima vez eso de que no vives aquí ni eres de aquí… —volvió a proponer él.

Chris se acercó, hundió con suavidad su nariz en el hueco del cuello y empezó a recorrer con los labios el mismo camino que antes habían recorrido sus manos, haciéndolo estremecer.

—O lo distintas que son nuestras vidas —concedió ella a su vez ronroneando junto al oído masculino—. También podría decirte eso, ¿no?

Ken la apartó con suavidad, tomó el borde de su top con ambas manos y tiró hacia arriba llevándose la prenda consigo.

Sus ojos recorrieron palmo a palmo su piel desnuda, ávidos de más. Cada vez más extasiados. Cada vez más excitados ante su belleza exuberante y voluptuosa.

—Eres… —exhaló un suspiro ardiente y no completó la frase. Algún día sería capaz de verbalizar lo que pensaba cuando la miraba con sus ojos de hombre vehemente. Pero hoy, definitivamente, no era ese día—. Creo que sé por qué no te opones… ¿Te lo cuento?

Para entonces, habían vuelto a fundirse en un abrazo, temblando de deseo y de anticipación. Él la hizo retroceder despacio hasta el sofá, elevándola un poco para aligerar el peso de su rodilla lesionada. Sosteniéndola con firmeza. La ayudó a echarse bajo su mirada brillante, cargada de deseo.

—¿Te lo cuento? —insistió mientras se quitaba la ropa que aún le quedaba con la misma actitud pausada que había mantenido hasta el momento.

Ella siguió cada movimiento masculino con la mirada, pero no respondió. En cambio, esperó a que acabara de desnudarse y le tendió su mano.

Él la aceptó. Se colocó sobre ella despacio, con mucho cuidado. Descansó el peso de su propio cuerpo sobre los codos. El contacto fue electrizante.

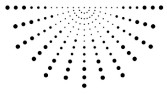
Los dos eran conscientes de que no era solo la pasión lo que los hacía estremecer de aquel modo. Era algo mucho más poderoso y más profundo.

—Cuando yo sea tuyo y tú seas mía habrá una explosión —dijo él—. El planeta entero volará en mil pedazos… *Bum*. Y ya no importarán las distancias ni la diferencias.

Chris le pasó los brazos alrededor del cuello, atrayéndolo hacia su cuerpo. Cerró los ojos al tiempo que exhalaba el aire en un suspiro.

—Entonces, ve despacio —murmuró—. Esto es demasiado bueno para que se acabe rápido.

CAPÍTULO UNO



Noah y River fueron los primeros en ver a Chris. Alertaron a Ken con sus ladridos. Los vio correr hacia ella con toda su energía de cachorros y su alegría por volver a ver a una humana que les había robado el corazón desde el principio.

No eran los únicos, pensó divertido. La humana en cuestión tenía una colección de corazones robados.

La vio tomarse su tiempo para agradecerles la calurosa bienvenida. Los acariciaba a conciencia y les hablaba. La distancia impedía a Ken oír lo que les decía, pero la permanente sonrisa franca y cálida de aquel rostro hermoso, sumado a la alegría que desprendían los movimientos de sus perros, daban a entender que estaba conectando con ellos, haciéndoles sentir el enorme afecto que les profesaba.

Ken sonrió al recordar cuánto se había opuesto él a que el encuentro tuviera lugar en el parque. De eso hacía apenas cuatro horas, aunque parecía mucho más… Le había costado dios y ayuda dejar a Chris. Después de haber probado su intensidad en las distancias cortas, lógicamente le había propuesto repetir. Seguir adelante con el plan original que ella misma había trazado con aquel mensaje que lo había puesto al borde de la locura y empezar la mañana disfrutando de otro rato a solas. Ella se había negado. «¿Aquí, dices? ¿Y que tenga que llamar a la policía para echarte de mi cama? Mejor a las siete en el parque y como yo me he portado de fábula, el café y los tentempiés los pones tú».

Ken sacudió la cabeza risueño sin apartar los ojos del espectáculo que estaba teniendo lugar veinte metros más adelante, donde una mujer impresionante jugaba con sus perros como si hubiera regresado a la niñez. Una niña realmente hermosa con su largo cabello castaño rojizo libre como el viento, su vestido vaquero y sus sandalias de tacón bajo a juego.

A Chris le gustaba el dénim, observó. La había visto usar prendas de ese material varias veces. La de hoy era un vestido sin mangas largo midi con una abertura pequeña en la parte central inferior de la falda. Una raja que apenas se abría, mostrando un poco del interior de sus muslos cada vez que se inclinaba para frotar la cabeza de alguno de los cachorros. El escote era ancho, pero poco profundo, tenía la forma de una uve muy abierta en la parte superior que acababa en dos delgados tirantes sobre los hombros. La prenda era ceñida con moderación y escotada con mucha más moderación. A pesar de lo cual, él la encontraba casi tan excitante como el pijama con que la había sorprendido la noche anterior. Solía pensar en ella como en una mujer impresionante. Se lo decía a Chris constantemente. Y lo era. Pero, aunque nunca se lo hubiera mencionado, sus ojos de hombre veían mucho más que una mujer impresionante cuando la miraban. Veían una mujer muy exuberante. Su moderación en el vestir no había conseguido

despistarlo en ningún momento. Su lado travieso no pudo evitar preguntarse qué sucedería si algún día se lo dijera. Tenía que encontrar el contexto correcto y el momento adecuado, claro. Pero… ¿Cómo se lo tomaría?

Chris había dejado de jugar con los perros y ahora se dirigía hacia él. Notó que su andar era más lento de lo habitual en ella. Le dolía la rodilla. No había descansado suficiente por la noche y la razón tenía que ver con él. ¿Debería sentirse culpable? Sonrió al recordar la locura de noche que habían pasado juntos y negó con la cabeza. ¿Cómo iba a sentirse culpable de haber tocado el cielo con las manos por primera vez en toda su vida? Eso era pedirle demasiado a cualquier hombre.

Chris estaba lo bastante cerca para detectar su sonrisa y aquel movimiento gracioso con la cabeza que meció su hipnótica melena rubia. Se preguntó en qué estaría pensando. O más bien, sintiendo. Había sido la típica reacción de alguien que acaba de darse cuenta de que sus pensamientos se han pasado de frenada. No podía culparlo, la verdad. Los suyos habían amanecido derrapando en cada curva, incapaces de quitar el pie del acelerador.

Y verlo no invitaba a la cordura, precisamente. Hoy había vuelto a sacar el negro del armario. Una camiseta y unos vaqueros del mismo color. Aparte de sus pulseras multicolores y una muñequera de cuero natural, el único elemento que rompía la armonía en negro de su vestimenta era el llavero de cadena. Era de plata. Iba de la pretina delantera de su cinturón a la trasera. Parte de la cadena descansaba sobre el asiento del banco, a su lado. Pero cuando se pusiera de pie, colgaría sobre su muslo dándole ese aire roquero tan diferente al que lucían habitualmente los cantantes de música country.

Sus vistas eran sencillamente impresionantes. Era guapo a rabiar, atractivo a rabiar. Mirándolo fríamente solo podía decir que el tipo cortaba la respiración. Y, sin embargo, eso no era lo primero que la había atraído de él.

Lo que la atraía era muchísimo menos evidente. Estaba en los detalles y eso requería seguir atenta lo suficiente (después de haber recuperado la respiración), para percatarse de ello. Detalles como la forma en la que miraba, brindándole toda su atención a la persona con la que conversaba. Su capacidad de escucha solo era superada por su capacidad de observación y ambas eran *rara avis* cuando el sujeto en cuestión era un macho de la especie humana. Detalles como el rubor de sus mejillas o el brillo incómodo en sus ojos cuando alguna admiradora se mostraba demasiado apasionada en sus muestras de cariño. O como el respeto casi reverencial con el que escuchaba a su padre. O el cariño desbordante que brillaba en sus ojos cuando presenciaba, armándose de paciencia, alguna nueva pulla por parte de sus hermanos.

O como el amor que les profesaba a sus perros. Y esto, en su opinión, merecía un párrafo aparte porque siempre había pensado que se podía saber mucho de una persona por cómo trataba a sus mascotas y la forma en que Ken trataba a las suyas lo honraba.

Allí estaba él, sentado en un banco, esperando a la mujer con la que había pasado una parte de la noche, en la primera cita pública postsexo ¿y qué hacía él? Traer a sus perros consigo, cómo no. Las correas colgaban del apoyabrazos a su izquierda. En el suelo había dos cubos. Uno contenía juguetes; el otro, agua. Y en el asiento, junto a él había un pequeño paquete de galletas de perro que usaba para premiarlos por su obediencia o cuando les enseñaba algo nuevo y lo hacían bien. ¿Cómo no perder la cabeza por un hombre así? Era imposible.

Ken le arrojó una pelota a los perros, que salieron corriendo tras ella, y enseguida apartó las cosas que había en el asiento para dejarle sitio a Chris. Ella puso el bastón a un lado y se sentó. Lo hizo despacio, dándole tiempo a su quejumbrosa rodilla para que se acomodara.

Entonces, él cogió un vaso con tapa y un pequeño paquete envuelto de la bolsa que había a su lado y se los tendió con una sonrisa cómica:

—Ten. Para que repongas fuerzas.

Chris se rio. Abrió el paquete por un lado, pero no retiró el envoltorio. Lo usaría a modo de barrera para no tocar la comida directamente con las manos después de haber estado acariciando a los cachorros.

—Gracias, qué considerado.

—De nada.

—Mmm… Sándwich de… ¿De qué es? ¡Qué bueno está esto!

Ken dio un sorbo a su café y a continuación le quitó el envoltorio a su sándwich al que le dio un buen bocado. Por su cara quedaba claro que a él también le parecía una delicia.

—Es un sándwich de bagre frito con salsa tártara, lechuga y tomate. Es otra de las cosas típicas de aquí… —dijo al cabo de un rato.

Y volvió a dedicarse a su café sin dejar de sonreír.

Chris frunció el ceño. Pero enseguida lo entendió. O, al menos, creyó entenderlo.

Y fiel a su estilo, no desaprovechó la ocasión.

—Claro. No sueles volver a verlas por la mañana. Pobre… Te sentirás como un pez fuera del agua.

Aquel tono tierno a la vez que burlón acarició el corazón de Ken como hacía siempre. Sus ojos grises regresaron a ella cargados de picardía.

—No sonreía por eso.

—¿Ah, no? No sé si picar o pasar. ¿Tú qué dices?

—Creo que no tienes salida. Ninguno de los dos, de hecho. Si picas, te diré por qué sonreía y eso dará lugar a más momentos del tipo «no sé si picar o pasar». Y si pasas… Míranos. Son las siete y diez de la mañana, apenas hemos dormido y llevamos la palabra sexo escrita en la frente.

Era cierto. Volver a verlo a plena luz del día, el mismo tipo dulce, el mismo hombre irresistible, lo primero que había pensado era que cambiaría el café al aire libre por un rato a solas con él en privado. Si podía elegir, con una cama a mano. Por supuesto, no pensaba reconocerlo abiertamente.

—Eso será tu cara. La mía no dice eso.

—¿Picas o pasas? —la desafió.

Intercambiaron miradas risueñas.

—Vaaaale. Pico.

Él dio un sorbo a su café y cuando volvió a mirarla su sonrisa se había ensanchado.

—Ya sé por qué llevas el pelo suelto que, por cierto, me encanta… Bueno, toda tú me encantas, así que no es una novedad, pero ya sabes, para que quede claro. —Y a continuación señaló su cuello con disimulo—. ¿A que sí?

—¿Hay algo que se te escape?

—¿Contigo? —negó con la cabeza—. Nada.

—Que sepas que no es la única marca que tengo —añadió mirándolo brevemente.

Los ojos de Ken brillaron de deseo. Era increíble lo que esa mujer conseguía hacer con él echando mano de tan poco.

—¿Te sorprendería saber que ya lo sé? Tu piel se irrita con facilidad —Iba a añadir, que su cuello, por más que lo encontrara hipnóticamente delicado y apetecible, no era lo que más le apetecía cuando la tenía hermosa y desnuda frente a él. Decidió guardárselo por el momento—.

La mía también, pero menos… ¿Te confieso algo, quieres? —pero no esperó a recibir una respuesta—: Me encanta que lleves mis marcas.

Y a ella. No sus marcas, sino las pruebas de la noche de ensueño que había pasado en sus brazos. Era algo tan inédito en su vida que bien merecía un recordatorio extra.

—¿Tus marcas? Ha sonado como si estuvieras pensando en encargar un hierro con tus iniciales para grabarlas a fuego sobre mi piel… Qué horror.

Él negó con la cabeza ante su innegable capacidad de sacarle punta a todo.

—Vale, mis disculpas a tu lado feminista… Borra lo anterior y registra esto; me encanta llevar tus marcas —al ver que sus ojos se estaban riendo, hizo las aclaraciones oportunas—: No, Chris, no en plan trofeo. Son la prueba de una victoria, sin ninguna duda. Pero no me refiero a esa clase de trofeo… Y lo sabes.

Chris se rio bajito.

—Propongo que cambiemos de tema.

«Sí, mejor», pensó él.

—Propuesta aceptada.

Los dos rieron y durante un rato se dedicaron a sus respectivos sándwiches de bagre.

—Así que hoy tu padre y tú vais a intentar recuperar tu paraíso terrenal… —dijo ella.

Ken respiró a todo pulmón y soltó el aire en un suspiro. Su expresión se transformó.

—Es un gran día, sí. No me hago muchas ilusiones de conseguirlo a la primera, pero no voy a negar que mis posibilidades de lograrlo aumentan considerablemente si mi padre se involucra. Veremos cómo van las cosas.

—Y luego el abogado…

Ken asintió.

—Quiero y no quiero, ¿sabes? Quiero porque es lo que corresponde. No se puede permitir que gente así se salga con la suya… Y, por otro lado, no quiero. Lo mío es la música, componer, subirme a un escenario y ofrecerle a la gente la posibilidad de desconectar durante dos horas. Quiero usar mi energía para eso… No para desmontar los caprichos de una mujer que no está en sus cabales… Le gane la mano o no, se hablará de esto durante semanas… Lo que quiere decir que cada vez que me tope con un periodista, me hablará de esto en vez de mi último concierto… Pero es lo que hay… —la miró de reojo—. ¿En serio no vas a dejarme que te bese? ¿Ni siquiera un besito inofensivo en la mejilla? Eso me haría olvidarme del abogado y de toda la bendita historia de mi promotora musical… ¡Me animaría muchísimo!

—¡Claro, se te ve muuuy desanimado! —dijo ella—. Eres terrible, ¿lo sabías? No, nada de besos ni acercamientos en público.

Ken ya sabía que recibiría una negativa y se lo tomó con humor.

—Es más que desanimado… ¡Estoy en un sinvivir!

Chris bajó la vista hasta su sándwich. Una sonrisa traviesa iluminó su rostro cuando el pensamiento atravesó su mente.

—Bueno… Si estás taaan desanimado…, igual podemos planear algún otro encuentro privado para más tarde…

No necesitó mirarlo para saber que la sonrisa divertida había desaparecido del rostro masculino.

La expresión de Ken se tornó intensa. Sensualmente intensa.

La idea de volver a tenerla a diez centímetros de distancia alejados de la mirada de curiosos lo hizo estremecer de placer.

—¿A eso de las dos, te parece bien? Dejo a mi familia en buena compañía y voy donde me digas. Si puede ser antes, te llamo y lo vemos.

A Chris le parecía más que bien; perfecto. Ni ella misma se reconocía tan necesitada de lo que sentía estando junto a Ken, pero era así. Desde que había sacado los pies de la cama aquella mañana, no hacía más que añorarlo. A él, a sus caricias, a su manera de tocarla en la intimidad.

Ella le ofreció una sonrisa que no tuvo nada de traviesa. Una sonrisa que fue tan intensa como la expresión de Ken.

—Intentaré sobrevivir hasta entonces —murmuró.

Ken se mordió los labios.

—Diosss… Chris, no sabes lo que estás haciendo conmigo… ¿Te das cuenta de lo intensa que eres? Te quejas de mí, pero tú… Me tienes temblando todo el rato…

Chris apartó la mirada. No había reparado en su propia intensidad. Enseguida cayó en la cuenta de que no era extraño que no lo hubiera hecho. Nunca había tenido una relación sentimental que pudiera calificarse como tal. La más larga había sido con Jared, había durado tres meses, pero con él jamás había sentido nada remotamente parecido a lo que sentía estando con Ken. Aunque el contacto físico fuera inexistente, como ahora.

—Me voy —dijo con decisión.

Y al decirlo ya lo estaba poniendo en práctica.

—¿Por qué? —le preguntó él algo sorprendido por su reacción. Entonces se dio cuenta de que acababa de preguntar una tontería—. Vale, borra eso. Está claro que hemos llegado al límite.

—¿Qué límite?

—El límite de tiempo que podemos estar juntos en público sin que se nos empiece a ir la cabeza —Miró su reloj y cuando volvió a hablar, su tono era jovial y divertido—: Nuestro récord está en veinte minutos. ¡Qué desastre! —exclamó. Y soltó una carcajada.

Chris tuvo que reírse.

—Habrá que mejorarlo… Ni siquiera me ha dado tiempo a acabarme el café. ¡No hablemos ya del sándwich!

Tras un momento de risas compartidas, Chris dijo:

—Suerte con el banquero y el abogado. Me voy a relevar a Dottie.

—Te llamo.

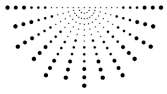
Ella asintió varias veces con la cabeza.

—De acuerdo —concedió, y después de despedirse de los cachorros, se puso en marcha.

Ken permaneció mirándola alejarse con el pulso acelerado y unas ganas tremendas de correr tras ella, rodearla con sus brazos y besarla sin parar. Le daba igual que fuera un lugar público. Le daba igual todo.

A Chris también. Y esa era la razón de su abrupta marcha. La sensación de que empezaba a darle todo igual con tal de estar a su lado.

CAPÍTULO DOS



«Llegas muy tarde», pensó Chris al consultar la hora. Andaba todo lo rápido que le permitía su rodilla lesionada, que no era mucho. No le había dado el descanso que necesitaba y ahora estaba pagando las consecuencias. Pero no lo lamentaba. Había pasado una noche inolvidable junto a un hombre increíble. Tan solo esperaba que Dottie no se tomara a mal su retraso. La pobre llevaba toda la noche cuidando de Lilly. Seguro que estaba deseando poder ir al hotel y dar una cabezada.

Sin embargo, al entrar en la habitación, Chris encontró a Dottie y a su hermana muy alborotadas.

—¿Qué pasa?

—¡Buenos días, sobrina! Me parece que te has quedado dormida, ¿no? —la saludó Dottie. Reparó en su cabello suelto y en su aspecto radiante, pero en aquel momento Lilly dijo algo y su atención regresó a ella, sin que su mente llegara a hacer las asociaciones oportunas.

—Yo también… Seguro que esa enfermera bruja me dio medio frasco de somníferos… Madre mía, estoy grogui…

Chris las miró a ambas con cara de no entender. Al marcharse la noche anterior, Lilly estaba muy molesta con el dolor, lamentándose de su situación y, en consecuencia, bastante insoportable. En cuanto a Dottie, la mujer no se caracterizaba por estar tan pletórica de buena mañana. Más, si como era el caso, su sobrina mayor llegaba tarde a relevarla.

—Sí, buenos días y todo eso, pero ¿me podéis decir qué está pasando?

Lilly esbozó un sucedáneo de sonrisa que acabó convertida en un gesto de dolor cuando su mejilla lastimada le recordó que los músculos cigomáticos seguían de baja por lesión. Fue Dottie quien respondió:

—¡Le han dado el alta, sobrina! ¡¿No es fantástico?! Hace un rato vino ese médico altísimo… No recuerdo su nombre. Revisó a Lilly, le hizo unas cuantas preguntas y lo soltó tal cual: «ya puede irse a casa, señorita Thompson. Daré instrucciones a la enfermera para que vaya preparando el alta». ¡Y como vino, se fue! —se echó a reír alegremente—. ¡Volvemos a casa, chicas!

Chris se quedó inmóvil durante unos instantes. No esperaba que le dieran el alta tan pronto. Creía que la tendrían en observación uno o dos días más. Era una noticia estupenda, claro.

—Ay, qué alivio, Lilly… Que te den el alta significa que el golpe en la cabeza no ha sido nada serio… —dijo al fin yendo hacia la cama.

—¿Cómo que no ha sido nada serio? Mírame, estoy horrible —repuso ella haciendo pucheros.

—Nooo… No digas eso. Eres una chica preciosa, Lilly. Esto pasará. En un par de semanas estarás fabulosa como siempre. ¡Venga, ánimo, hermanita!

Chris se las arregló para rodearla con sus brazos sin hacerle daño en algo parecido a un abrazo al que Lilly respondió ávida de mimos, como era habitual ante la mirada tierna de Dottie. La mantuvo cerca, consolándola y dándole ánimos hasta que Lilly se tranquilizó.

—¿Mejor? —le preguntó con dulzura al cabo de un rato. Lilly asintió ligeramente con la cabeza a modo de respuesta—. Bien. Entonces, me voy a incorporar antes de que mi rodilla pida el libro de reclamaciones.

Al liberar a Lilly y apoyarse en la cama para recuperar la verticalidad, los ojos de Chris se encontraron brevemente con los de su tía. Fue entonces cuando Dottie vio el primer signo de desazón en ellos. Un signo que, sumado a lo paralizada que se había quedado al enterarse de que Lilly ya podía dejar el hospital, le decía muchas cosas. Era una ironía del destino que para una vez que Chris conocía a un hombre a quien consideraba especial, no fuera el vecino del quinto o un compañero de trabajo, sino alguien de quien la separaban una frontera y mil doscientos kilómetros.

—Jamie ya lo sabe. Dice que le avise cuándo quieres viajar para organizarlo.

Chris miró a su tía con una ceja enarcada.

—¿Que tú le avises?

Dottie comprobó que Lilly no la estuviera mirando antes de asentir ligeramente con la cabeza. Cuando habló dijo algo distinto:

—Que le avisemos. Tú o yo, da igual.

Chris lo dio por bueno porque era mejor que Lilly no se diera cuenta de nada. Pero en su opinión, Jamie se estaba pasando de la raya. Una cosa era que estuviera enfadado; otra muy distinta que no se pusiera al teléfono y usara a Dottie de intermediaria.

—De acuerdo… ¿Tú cómo estás para viajar, cariño? —le preguntó a su hermana.

Lilly arrugó la cara cómicamente haciendo reír a Chris.

—¿Ha dicho algo el médico de esperar unos días antes de subirse a un avión? —Dottie negó con la cabeza—. Claro… Igual ni siquiera ha tenido en cuenta que Lilly no vive aquí… Hablaré con él. Y a partir de lo que diga, haremos nuestros planes, ¿de acuerdo, chicas?

—Por mí, bien. Frank te lo agradecerá hasta el infinito y más. El pobre lleva dos días a base de hamburguesas del *McDonald's* —bromeó Dottie.

—Por mí, no… *Buahhhhh*… Me duelen hasta las pestañas —lloriqueó Lilly.

Chris palmeó la mano sana de su hermana en un gesto de ánimo.

—Voy a hablar con el médico. Si quieres, márchate, tía… No creo que esto vaya a resolverse en un par de horas. Así, aprovechas para dormir un poco.

—Estoy bien. No te preocupes, Chris. Espero a ver qué dice el médico.

—De acuerdo. Vuelvo con noticias en cuanto pueda.

UNA ENFERMERA LE informó que el médico estaba haciendo su ronda de pacientes por lo que Chris tuvo que esperar un buen rato antes de poder hablar con él. Al fin lo vio salir de una de las habitaciones que había al final del pasillo. Iba acompañado de otro médico y de una enfermera con quienes hablaba, pero Chris no se lo pensó y lo abordó. El hombre se despidió de sus colegas

y amablemente le dedicó unos minutos.

—Ah, entiendo. Ustedes no viven aquí. En ese caso, volveré a revisar su historia.

—¿Por qué? Acaba de darle el alta… ¿Cuál es el problema, doctor?

Él la tranquilizó con un gesto de la mano, descartando que hubiera cambiado de idea.

—Se irá, no se preocupe. Lo que sucede es que su hermana tiene dos costillas fracturadas. Son lesiones muy dolorosas que además tienen sus riesgos… Volar en un vuelo comercial está descartado. Tendría que ser uno medicalizado. Pero antes que nada, hay que ver si queda algún hematoma en los pulmones y, dependiendo de cómo se sienta cuando se levante de la cama, quizás le recomiende que esperen unos días antes de viajar.

—Muy bien. Entonces… ¿Qué hacemos?

—Pediré el historial completo y en un rato pasaré por la habitación de su hermana para decirle cómo procederemos.

Chris asintió.

—Gracias, doctor. Le esperamos, entonces.

Después de que el médico se marchara, Chris se sentó en una de las sillas de la hilera que había contra la pared. Un minuto, su regreso a Canadá era inminente; al siguiente, todo el asunto estaba en suspenso y suponiendo que aún pudieran marcharse, habría que fletar un vuelo medicalizado. No tenía ni idea de lo que era, pero sonaba a caro…

Pero era bueno que Lilly estuviera lo bastante bien para recibir el alta médica.

Y si era tan bueno, ¿por qué se le había encogido el corazón al pensar que en unas horas ya no…? Chris no se atrevió siquiera a completar el pensamiento y exhaló un suspiro.

No quería pensar en qué sucedería con ella cuando volviera a amanecer en *su* cama de *su* casa que estaba a mil doscientos kilómetros de allí. Nashville era sinónimo de los ojos grises más alucinantes que había visto en su vida. Unos ojos que le leían el alma. Se la habían leído desde la primera vez que se habían encontrado en un ahora muy lejano viernes de julio.

Respiró hondo, pero la angustia no cedió. ¿Era así como se sentiría de ahora en adelante? ¿Como si al marcharse estuviera dejando atrás una parte de sí misma?

Tenía que dejar de pensar en eso. Lo importante era que todos volvieran a su vida normal; Lilly, Dottie, Jamie y también ella misma. Se levantó y se dirigió a la máquina expendedora de bebidas a por el segundo café de la mañana. Estaba buscando unas monedas en el bolso cuando su móvil empezó a sonar.

«Vaya. Al fin das señales de vida», pensó al mirar la pantalla.

—Buenos días, Jamie. Me alegra que hayas decidido contestar a la docena de mensajes que he dejado en tu buzón de voz —fue su saludo.

—*Yo que tú no me alegraría tanto. Alguien ha decidido empapelarnos con fotos de ti y tu guaperas en circunstancias bastante sonrojantes. Están entrando por todas partes; fax, email, solo falta que llegue un mensajero en persona y, tal como están las cosas, no descarto que suceda. Por cierto, también las han recibido en la central. ¿Puedes hacer el favor de decirme de qué puñetas va todo esto?*

Chris soltó el bolso y volvió a sentarse. Durante unos instantes su mente se paralizó. No atinó a nada. Era como si alguien hubiera dado al botón de pausa y todo su mundo se hubiera detenido.

Y cuando al fin sus engranajes mentales volvieron a dar señales de vida… ¿De qué fotos hablaba Jamie? ¿Cuándo se las habían tomado? ¿Y por qué las enviaban a la organización? ¿Por qué harían algo semejante? Demasiadas preguntas para tan pocas respuestas… Chris no entendía nada.

—*¿Sigues viva o te ha dado un infarto?* —insistió él.

Su tono deliberadamente cáustico le llegó a Chris alto y claro, a pesar del shock. Tensó las mandíbulas sin darse cuenta y cuando las liberó, las palabras salieron solas:

—Te agradecería que dejaras de hablarme en ese tono. No es el que espero de mi mejor amigo. Porque eso es lo que eres, *lo que sigues siendo,* ¿o no?

Notó que Jamie también permanecía largamente en silencio y no pudo evitar devolverle la ironía.

—¿Sigues vivo o te ha dado un infarto?

En su despacho de la organización en Toronto, Jamie giró en su sillón y miró a través de la ventana. Se sentía abochornado. Esas no eran formas de tratar a nadie y menos a Chris. Pero también estaba muy enojado. No le parecía nada bien el curso que estaban tomando los acontecimientos. Ni haberla visto en compañía de alguien cuya vida estaba en las antípodas de la suya lo cual auguraba que no le traería más que dolor y quebraderos de cabeza, como ya estaba sucediendo. Ni que ella estuviera tan embobada con él. Ni, por supuesto, que en vez de estar a la cabecera de la cama de su hermana, se hubiera dedicado a buscar la compañía de ese tipo. Alguien con quien, evidentemente, había pasado el tiempo suficiente como para que existieran registros fotográficos comprometedores…

Jamie se obligó a parar el curso enloquecido de sus pensamientos y a rectificar. Lo relativo a Lilly no era cierto, Chris se había pasado la vida cuidando de su hermana, asegurándose de que se sintiera a salvo y querida tras la muerte de sus padres. No estaba siendo justo con ella en ese apartado. Pero en lo demás, sí. Podía entender qué la había deslumbrado de Bryan. Lo que no entendía era que una mujer madura y responsable hubiera caído en sus redes hasta el punto de perder de vista lo evidente. Su supuesta relación con él no tenía ningún futuro y mucho antes de que ella se hubiera dado cuenta, el daño sería irreparable. Para su corazón y también para su prestigio.

—*De acuerdo. Me disculpo por el tono y por no haberte devuelto antes la llamada…*

—Llamadas, en plural.

Jamie exhaló un suspiro molesto. Sería aconsejable que su vieja amiga no tensara tanto el hilo. Pero tratándose de ella, era demasiado pedir. Cuando algo no le gustaba o no le parecía bien, no se andaba con rodeos.

—*Muy bien. Aclaremos algo* —dijo él—. *Sigo siendo tu mejor amigo, pero también sigo siendo tu jefe. Al margen de que tu actual vida privada ha dejado de ser privada para todos tus compañeros de la organización, este asunto pone sobre la mesa otras cuestiones serias que quiero que a) me expliques y b) resuelvas. Primero, quién está detrás del envío de este material de naturaleza tan privada. Salta a la vista que, sea quien sea, te conoce y sabe dónde trabajas, lo cual me alarma muchísimo. Segundo, dónde más ha enviado estas fotos. Si sabe que trabajas para esta organización y las fotos fueron tomadas en Nashville, muy probablemente sepa también que estamos colaborando con la OADASV, por lo que no sería de extrañar que allí también las hayan recibido. O estén a punto de hacerlo…*

Chris intentaba centrarse, pensar con sentido común. Pero le estaba costando mucho. Si ya la había dejado en shock saber que toda la organización tenía conocimiento de esas fotos —que, por cierto, ella aún no había visto—, al oír a Jamie mencionar a la OADASV, se le había helado la sangre. ¿Con qué cara le preguntaría a April Sommerfield sobre el tema? La vergüenza subía en oleadas por su cuerpo.

—Dios mío… —fue todo lo que atinó a decir.

—*Sí, ahora que lo dices, nos vendría muy bien que Dios nos echara una mano en esto…* —ironizó Jamie. Soltó el aire en un bufido hastiado—. *Espero que lo que hay entre ese tipo y tú merezca la pena, porque para que lo tengas claro, estás a punto de cargarte tu carrera. Piensa; si nos ha enviado esas fotos a nosotros, ¿qué le impide mandarlas a los medios de comunicación? La sola existencia de esas fotos demuestra que llevas una diana en la espalda, Chris. Te va a exponer abierta en canal sobre una mesa de disecciones y cuando haya acabado contigo, tu trabajo no valdrá una mierda… Eso, por no mencionar que a una organización como la nuestra lo último que le interesa es verse involucrada en algo así. En la oficina principal están que trinan y con razón. Lo que nos lleva a la tercera cuestión; hay que poner fin a este asunto ya. Tienes que regresar cuanto antes.* —Tras una nueva pausa añadió—: *De más está decir que, como siempre, cuentas con mi apoyo. Dime lo que quieres que haga y está hecho.*

Chris se restregó la frente. Era demasiada información a procesar de una tacada.

—Lo primero… —Volvió a callarse. No tenía la menor idea de qué venía primero y qué después. Estaba hecha un lío—. Necesito pensarlo bien, Jamie… Te agradezco toda la ayuda que puedas darme y sí, sé que siempre puedo contar contigo. Ya hablaremos largo y tendido. Ahora lo más urgente es resolver el tema de las fotos… ¿Podrías enviarme alguna para que al menos entienda de qué nivel de sonrojamiento estamos hablando?

—*Estoy de acuerdo. Y sí, te las reenviaré a tu correo personal tan pronto corte contigo. ¿Qué hay del alta de Lilly?*

—Aún no lo sé. El médico no tuvo en cuenta que no vivimos aquí y aunque el alta sigue vigente, el traslado a Canadá está en el aire hasta que compruebe otra vez su historia clínica y vea qué tal se siente Lilly cuando se ponga de pie e intente andar. Ya te diré más cuando lo sepa.

—*Muy bien. Espero tus noticias…* —volvió a hacer una pausa. ¿Por qué le costaba tanto poner en palabras algo que entre ellos siempre había sucedido de forma natural? ¿Por qué tratarla con empatía le estaba resultando tan difícil? Detestaba estar a malas con ella—. *Intenta tomártelo con la mayor calma posible, Chris. Si pierdes los nervios, Lilly se dará cuenta y tú sufrirás el doble, ¿vale?*

No había sonado cien por ciento empático, pero se le había acercado bastante, pensó Jamie algo más tranquilo consigo mismo.

Para Chris fue suficiente. Ese era el Jamie que conocía, el que quería con todo su corazón. El amigo que estaba a las duras y a las maduras. El que la conocía mejor que ella misma y de quien podía fiarse.

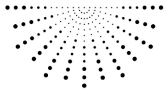
—Gracias, Jamie. Lo intentaré. Seguiremos hablando más tarde.

Chris cortó la comunicación y se quedó mirando la pantalla del móvil mientras su mente intentaba calibrar el alcance de los daños. No solo se sentía espiada, perseguida y expuesta como una cobaya, además si ese material fotográfico llegaba a las noticias…

Apretó los párpados.

—Dios… Esto no puede estar pasando.

CAPÍTULO TRES



Ken y su padre acababan de salir del banco y estaban bastante animados con cómo se habían desarrollado las cosas. El director, a quien Ken conocía a pesar de que no era el mismo que había gestionado el préstamo hipotecario de *Mystic Oaks*, se había mostrado interesado por la propuesta de Robert Bryan de usar el rancho familiar de Ohio para liquidar dicha hipoteca. Se había quedado con toda la documentación pertinente que Robert había traído consigo, que incluía el balance actual de la actividad agrícola-ganadera y planos pormenorizados de las distintas áreas de explotación. Les había dicho que la estudiaría y les daría una respuesta lo antes posible. La otra alternativa, que el banco aceptara el rancho familiar a modo de aval, seguía en pie. Por lo tanto, el traslado definitivo de la familia Bryan a Nashville era una realidad a falta solo de determinar cuándo sucedería.

Padre e hijo conversaban animadamente en una cafetería próxima mientras esperaban que llegara Tom para acudir a la siguiente cita programada para aquella mañana; la reunión con el abogado. Había muy poca gente, aparte de ellos. Sin embargo, la conversación se había visto interrumpida un par de veces. Era lo de siempre; gente que se acercaba a Ken para darle la enhorabuena por su último concierto o para pedirle un autógrafo. En todo caso, habían sido interrupciones muy breves y siempre gratas que a Robert le agradaba presenciar. Le gustaba ser testigo del cariño y el respeto que le profesaban a su hijo.

—Mira, allí viene —comentó Ken al ver a su amigo en la puerta del establecimiento.

Un instante después, notó su extrema seriedad. Se preguntó qué habría sucedido. La noche anterior, había llegado primero a la casa de Tom y al irse por la mañana, su amigo todavía dormía.

—¿Siempre tiene tan mala cara cuando se levanta? —oyó que su padre le preguntaba en voz baja.

—Tan mala como hoy, no. Algo pasa.

Tom ya estaba junto a ellos. Dejó caer varios periódicos sobre la mesa y acto seguido, manoteó una silla y se sentó.

—Buenos días, Robert. —Luego, miró a su amigo—: Esto es lo que he encontrado de momento, pero hay más. El vendedor me dijo que los ejemplares del semanario *Gossip* se le terminaron a la media hora de abrir el negocio. O sea, agárrate que vienen curvas. Decirte «te lo dije» no va a resolver nada, pero, al menos, me quitaré las ganas. ¡Te lo dije, capullo! —Volvió a mirar al cabeza de la familia Bryan, esta vez con cierta incomodidad—. Perdona, Robert…

El padre de Ken hizo un gesto de «sírvete tú mismo». Era lo que hacía siempre que presenciaba un altercado entre ellos. Además, estaba muchísimo más interesado en saber a qué se

debía, que en el altercado en sí.

Ken hizo una mueca de disgusto ante el exabrupto de Tom, pero en vez de responder, cogió el primero de los periódicos. Por suerte, lo que fuera, no ocupaba la primera página. Siguió pasando hojas hasta llegar a la sección de entretenimientos y sus ojos se quedaron pegados a la foto que encabezaba el artículo.

Eran él y Chris en aquel aparcamiento subterráneo que estaba próximo al hospital. Decir que se estaban besando era resumir demasiado lo que de verdad estaba sucediendo. Había besos y besos. Los que Chris y él se habían regalado en aquel *parking* no eran aptos para menores de edad. Y justamente uno de esa clase era el que mostraba con bastante lujo de detalle aquel primer plano. Pero no era el único, más abajo había otras tres fotos tomadas desde tres ángulos distintos. Lo que venía a decir que o bien habían estado tan ocupados que no se habían percatado de que el fotógrafo se había trasladado en dos ocasiones, o bien que había tres fotógrafos retratando su momento íntimo para la posteridad. Fueran cuantos fueran, habían hecho un trabajo excelente. No solo habían captado el revoltijo de manos, también sus rostros; los dos eran identificables.

Superado el primer instante de *shock* ante el realismo de las imágenes, Ken tuvo que hacer frente a un momento de incomodidad; la expresión de su padre al verlas.

—¿Qué te parece? —intervino Tom—. Yo creo que habéis salido de fábula. Si todos vuestros encuentros son como este, la prensa tendrá suficiente carnaza asegurada para los restos. —Miró al padre de Ken—. Mis disculpas otra vez, Robert. Pero estoy a punto de asesinar a tu hijo. Para que te enteres, Ken; he tenido que silenciar los dos móviles porque desde hace una hora, no paran de sonar. ¿Adivinas por qué? Los medios de comunicación están enloquecidos, tío. Y mira que soy de los que piensan que es mejor que hablen de ti, aunque sea mal, a que te ignoren… Pero con el jaleo en el que estamos metidos intentando levantar las actuaciones que esa víbora canceló, lo último que necesito es que la prensa tenga mis líneas ocupadas todo el tiempo… ¡Joder! Perdona, Robert.

Ken se ahorró los comentarios por el momento. Apartó el periódico y cogió el siguiente. Continuó comprobando uno a uno todos los que había. Las imágenes eran similares. Lo que cambiaba era el nivel de mofa de los textos que las acompañaban.

La crueldad a la que Tom se había referido en varias ocasiones había empezado a asomar las orejas. Dos de los artículos insinuaban de manera indirecta que Chris gastaba una talla grande, aludiendo a que «el famoso cantante de country tenía los brazos largos, además de un gran talento».

Aquellas fotos, sin embargo, tuvieron el efecto añadido de recordarle a Chris, el sabor de sus besos, la pasión que se había adueñado de ellos… Y con los recuerdos, regresaron las mariposas en el estómago y, cómo no, las ganas de repetir.

Ken apartó el último periódico.

—Harán muchas más fotos. Te aconsejo que te vayas acostumbrando.

La risotada de Tom fue tan fuerte que atrajo la atención de los comensales de la mesa vecina.

—A ver, lumbrera. Ya sé que estás bajo los efectos de un ataque de amor, pero ¿quieres hacer el favor de centrarte en lo importante? Hay alguien detrás de estas fotos, tío. ¿Quién sabía que tú estarías justamente allí, justamente a esa hora? No es un lugar que frecuentes, ni mucho menos. Tampoco es un lugar donde los *paparazzi* se peguen por estar a ver si pillan al famoso de turno en posición de fuera de juego. Así que la respuesta obvia es que te han estado siguiendo. Y si es así, está claro quién ha dado la orden. Y otra cosa más; esa persona sabe quién es Chris.

Ken intentó mantener el tipo. Al ver la primera foto, había dado por sentado que era Sandy

quien estaba detrás. No le extrañó. Era la clase de persona capaz de hacer algo semejante. Pero no había caído en que, efectivamente, Sandy sabía de la existencia de Chris. A estas alturas, seguramente, ya lo sabía todo sobre ella.

—Esto es un problema —dijo, pero a diferencia de lo que Tom esperaba que sucediera, Ken manoteó su móvil—. Disculpadme un momento.

A continuación, se levantó de la mesa y salió de la cafetería, dejando a Tom mucho más enfadado que antes.

Tanto que, de hecho, soltó un bufido y miró a Robert.

—Eso que dije sobre asesinarlo se vuelve más real por minutos —advirtió.

—Todos estamos acostumbrados a esta clase de noticias. No veo qué motivo hay para preocuparse.

—¿A esta clase? —dijo Tom asombrado al tiempo que señalaba el primer plano de aquel beso incendiario. Vio que Robert se sonrojaba y apartaba la mirada—. A esta clase, no.

—Me refiero a que siempre ha habido noticias relacionando a mi hijo con la acompañante femenina de turno. ¿Qué es diferente esta vez? —quiso saber Robert después de hacerle una seña al camarero para que se acercara—. ¿Has desayunado ya o me acompañas con un café?

—Creo que me vendrá bien. Anoche casi no dormí y hoy me he levantado con esta… —iba a decir «mierda», pero recordó con quién estaba y rectificó sobre la marcha—: Basura. Así que estoy sin dormir, sin comer y cabreado como un babuino.

—Dos cafés, por favor —pidió Robert al camarero y cuando volvieron a quedarse a solas y Tom no demostraba ningún interés por responder a su pregunta, continuó—: Te he hecho una pregunta. ¿Se te ha olvidado… o es que Ken y tú tenéis algún pacto de silencio sobre este tema?

No tenían ningún pacto y tampoco podía decir que se tratara de un olvido.

—Te aprecio mucho y lo sabes, Robert. Pero no me pidas que te hable de lo que tu hijo no te ha hablado.

—¿Y cómo sabes que no me ha hablado de Chris?

—Porque si lo hubiera hecho, no me estarías sondeando con indirectas.

Robert asintió con la cabeza. En efecto, estaba intentando averiguar qué sucedía. Pero no por las razones que Tom suponía, sino porque su disgusto le había hecho pensar que ni el tema de Ken con Chris era algo nuevo, ni contaba con el visto bueno de su mánager. Algo sorprendente, habida cuenta de que, por primera vez en más de una década, la mujer con quien la prensa relacionaba a su hijo era una mujer normal, de las que se veían por la calle. No era una modelo, ni una actriz, ni otra cantante en busca de la publicidad gratuita que traía aparejada salir en las fotos junto a su hijo. En todo caso, respetaba la lealtad de Tom al negarse a hablar de eso.

—Admito que me sorprende un poco tu enfado. Chris me ha parecido una persona muy agradable y muy normal. Creí que a ti también te gustaba…

Tom era consciente de que Robert seguía intentando tirarle de la lengua. A pesar de serlo, respondió:

—Me gusta. Me parece una chica genial. Además, es muy divertida, muy ocurrente… Ella no es el problema.

—¿Y entonces cuál es?

Tom exhaló un suspiro contrariado. Sacudió la cabeza.

—Dime una cosa, Robert. ¿No te has dado cuenta todavía de que tu hijo está metido hasta las trancas con ella? —Al ver el ceño fruncido del padre de Ken, se corrigió—: En tu idioma viene a significar que se está enamorando. Si verlo presentarse con ella en la cafetería donde estabais

todos no te pareció prueba suficiente, no sé qué más necesitas…

Robert sonrió por primera vez desde que habían iniciado esa conversación.

—No me parece nada malo que mi hijo mayor por fin conozca el amor. ¿Qué te preocupa? ¿Ella no le corresponde?

—¡Ella está tan hasta las trancas como él! —Tom gruñó por no haberse mordido la lengua.

—¿Y entonces, cuál es el problema?

Por suerte, el camarero regresó con el pedido y eso le dio a Tom el tiempo que necesitaba para decidir qué responder. Por lo visto, él era el único capaz de ver un problema latente en la talla extragrande de Chris y en el nada glamuroso bastón que usaba para andar. El primero y más evidente, que no el único. Por no mencionar, que todavía estaba por ver de qué forma se tomaba ella la novedad de salir en los periódicos y no precisamente por apoyar alguna causa humanitaria.

Sin embargo, no le correspondía a él hablar de este tema con el padre de Ken. De hecho, ya había dicho más que suficiente.

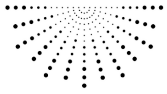
—Que cuando uno de los miembros de la pareja es un personaje público que acapara titulares dondequiera que va —explicó cuando volvieron a quedarse a solas—, es muy complicado que el otro miembro pueda tener una vida propia. Y el otro miembro, en este caso, tiene toda la pinta de ser de los que aspiran a tener una vida propia. Pero, bueno… Ken sabrá lo que hace.

Robert intuyó que lo que oía era una verdad a medias, pero decidió no insistir. Le palmeó el brazo en un gesto tranquilizador.

—Todo se andará, Tom. El amor logra cosas que *a priori* parecen imposibles.

Que se lo dijeran a él. Su esposa Martha no era de Ohio. Había nacido y crecido en Montana, en el seno de una familia grande y muy unida. Los Montgomery eran dueños de uno de los paraísos terrenales más maravillosos que él había tenido la suerte de conocer, el rancho Lone Star. Y, sin embargo, se había casado con él, un ranchero de Ohio, y nunca había regresado a Montana.

CAPÍTULO CUATRO



Después de colgar con Jamie, Chris había desistido de sacar un café de la máquina. Necesitaba salir y tomar el aire. Con suerte, también oxigenaría su cerebro que estaba claramente bajo mínimos. Pero al pasar frente a la tienda de periódicos que había muy cerca del hospital, su asfixia alcanzó cotas alarmantes.

¿Era ella la que decoraba la portada de aquel semanario de cotilleos? Cogió un ejemplar y sus peores temores se vieron confirmados. Durante un instante todo se puso negro y necesitó apoyar una mano en la pared para ayudarse a mantener el equilibrio. Sus náuseas de verse allí, en primera plana, fueron fulminantes. Tanto que apenas le dieron tiempo a llegar hasta el bordillo y sujetarse el pelo con una mano antes de vomitar. Después de expulsar lo que tenía en el estómago, las náuseas continuaron varios minutos más. Rebuscó en su bolso y sacó un pañuelo de papel del paquete con el que se secó los labios. Luego lo plegó y lo mantuvo apoyado contra sus labios mientras tragaba saliva una y otra vez. Al fin, se acercó hasta una alta farola y apoyó la mano en ella, haciendo respiraciones profundas.

—¿Está bien? ¿Puedo ayudarla en algo? —oyó que alguien decía a su lado.

Chris se sobresaltó. Tenía voz de persona joven y al mirarla brevemente lo confirmó. Era una veinteañera. Llevaba el cabello sujeto en una coleta alta y vestía ropa de deporte.

—No es tan malo como parece, gracias —se las arregló para decir sin mirarla más que a hurtadillas por miedo a que la reconociera.

—¿En serio? —insistió la joven.

Chris asintió con la cabeza varias veces mientras en su cabeza lo único que oía era su propia voz diciendo «vete, por favor, vete».

Para alivio de Chris, la chica al fin lo dio por bueno.

—De acuerdo… Mire —señaló con el brazo hacia su derecha—, antes de llegar a la esquina hay una cafetería. Son veinte metros, si se ve con fuerzas…

—Muchas gracias. Iré —repuso Chris.

Vio por el rabillo del ojo que la joven empezaba a alejarse, no demasiado convencida de que debiera hacerlo. Por lo visto, todavía había personas que se preocupaban por sus semejantes en el mundo civilizado. De no estar tan descompuesta, su frialdad ante el interés de la muchacha la habría hecho sentir mal. Pero la idea de que la reconociera había estado atormentándola todo el tiempo…

Continuó con una mano apoyada contra la farola hasta que estuvo segura de que las arcadas habían cesado. Entonces se enderezó. En una prueba más de su nivel de paranoia, buscó las gafas de sol en el bolso y se las puso de inmediato. Con ellas puestas y el cabello en la cara cubriendo

parte de su rostro, regresó a la tienda, avanzó hasta la caja y pagó la revista. La tranquilizó, comprobar que la dependienta apenas reparaba en ella y se marchó de allí todo lo rápido que pudo. Una vez fuera de la tienda, se detuvo para respirar hondo varias veces. No se encontraba nada bien. Sentía la cabeza a punto de estallar y el estómago revuelto. Decidió seguir el consejo de la muchacha y buscar refugio en la cafetería. Un té quizás aliviara sus náuseas. Además, necesitaba sentarse. Eso también le permitiría hojear la revista y ver qué más se había publicado sobre ella, aparte de esas fotos.

Su móvil sonó cuando estaba a punto de entrar en el establecimiento. Se detuvo, lo sacó del bolso y miró que mostraba la pantalla. Un escalofrío la recorrió entera y las náuseas se intensificaron al comprobar que era Ken. Se llevó el dorso de la mano con la que sostenía el bastón a la boca en una reacción instintiva de contener el vómito. Durante un instante dejó de oír sonar el móvil y solo fue consciente de los latidos de su propio corazón retumbando dentro de su cabeza. Apretó los párpados y se obligó a centrarse. El móvil sonaba. ¿Lo atendería o no? Titubeó un instante y finalmente decidió que no estaba en condiciones de hablar con nadie todavía. Mucho menos con el responsable de que su vida privada acabara de convertirse en comidilla de todo el mundo. Dejó que saltara el contestador. Se concedió unos momentos para que todo volviera a su ser antes de entrar en la cafetería y ocupar una de las mesas que estaban más alejadas de la puerta.

Después de pedir un té —y de respirar aliviada cuando el camarero no dio señales de reconocerla—, sacó la publicación del bolso y la puso sobre la mesa…

Y se preparó para el desastre.

La foto de la portada era bastante explícita. Se componía de una imagen central de gran tamaño que los mostraba a ella y a Ken de perfil en un momento muy apasionado. Estaban apoyados contra el lateral de la furgoneta, en el aparcamiento subterráneo. Eran un hombre y una mujer besándose, pero a ninguno de los dos se les podía ver la cara con claridad. No eran reconocibles. Las otras tres imágenes más pequeñas, que formaban parte del recuadro principal y estaban situadas a la derecha de la imagen central, eran totalmente otro cantar. Habían sido tomadas desde distintos ángulos, haciendo *zoom* sobre sus rostros. Y en estas sí que eran reconocibles; eran él y ella sin ningún género de dudas.

Otro escalofrío recorrió la espalda de Chris, seguido de un sudor helado que le empapó la frente, las axilas y el cuello. Exhaló un suspiro y reunió valor para abrir la publicación y averiguar qué más había sobre ella en su interior. Les habían dedicado las páginas centrales. Bajo el título «¡Ken Bryan pillado con las manos en la masa!», había apenas dos párrafos cortos y varias fotos más. El texto hacía referencia a que el cantante era muy escurridizo y mantenía su vida privada cerrada a cal y canto. Recopilaba una lista de mujeres famosas con quienes lo habían relacionado sentimentalmente, aclarando que dichas relaciones nunca habían podido ser confirmadas. De ella solo decía que era una «pelirroja *curvy*». Dado que no era ni una cosa ni la otra, estaba claro que los que difundían esa clase de información echaban mano de lo que fuera necesario para lograr un golpe de efecto.

Aquella línea corta y contundente que la reducía a un estereotipo puso sobre la palestra la auténtica realidad, una que llevaba persiguiéndola desde la niñez; su aspecto físico siempre era lo primero en lo que reparaban. Y contra lo que cargaban.

Cerró la revista y la guardó en su bolso. Solo con mirar el té hizo una arcada. Las náuseas habían regresado con brío. Razones no le faltaban… Su vida privada ya no le pertenecía; se había convertido en un asunto de dominio público. Y eso incluía a Lilly y a Dottie. Chris apretó

los párpados cuando los latidos del corazón empezaron a repicar dentro de su cabeza nuevamente.

No podía creer que aquello estuviera sucediendo.

No podía creer que se hallara en mitad de semejante pesadilla.

De caminar entre nubes de color rosa al levantarse, a estar cayendo en picado y sin paracaídas desde dos mil quinientos metros de altura… ¡No podía ser real!

Pero lo era. Dios, era real. Estaba sucediendo.

¿Con qué cara iba a enfrentarse a ese asunto? ¿Qué diría cuando la gente la saludara con un «hola, Chris» y a continuación le soltara un «te he visto en *Gossip*. Sí que te lo has pasado bien en Nashville, ¿eh?»?

Dios. Que la tierra se abriera ya mismo y la tragara entera.

EN CUANTO SE sintió un poco mejor, Chris abonó su consumición, volvió a ponerse las gafas de sol y abandonó la cafetería. Tenía mucho en lo que pensar y, por lo pronto, una llamada que hacer. Estuvo andando sin rumbo durante un buen rato. Al descubrir dónde la habían llevado sus pasos, no pudo evitar reparar en la gran ironía. Aquella misma mañana había recorrido aquel sendero del mismo parque con un ánimo tan distinto que por momentos le parecía que aquella Chris y esta eran dos personas diferentes. Ahora no flotaba entre nubes de color rosa. Ahora era plenamente consciente de la enorme estupidez que había cometido.

Tomó uno de los pequeños senderos interiores del parque, alejados de las sendas principales en las que había gente haciendo deporte y niños jugando mientras sus padres conversaban. Al fin vio un banco desocupado que estaba a la sombra y se dirigió hacia él. Una vez allí, sacó el móvil del bolso y permaneció unos instantes con él en las manos, sin hacer nada, mientras su mente repasaba los sucesos del día sin llegar a creérselos del todo todavía.

Al fin se dijo que ya era hora de dejar de lamerse las heridas. Se los creyera o no, habían sucedido y tenía que ponerse en movimiento. Intentar averiguar el alcance de los daños y empezar a pensar en la forma de minimizarlos. Buscó el número de April Sommerfield en su agenda de contactos e hizo la maldita llamada.

Esperó a que atendieran con el corazón latiendo en su garganta.

—*Hola, Cris… Me alegro de que me llame…* —la oyó decir.

Su voz, de alguna forma inexplicable, la tranquilizó.

—Buenos días, April… Quizás no se alegre tanto cuando sepa la razón de mi llamada —repuso Chris. No le gustaba dar rodeos y el asunto era lo bastante importante para no andarse con sutilezas.

—*Habla de las fotos, claro* —dijo Sommerfield—. *Pero dejemos algo claro, Chris. Siempre me alegra oírla y ahora también. Lo decía porque iba a llamarla yo, pero me imaginé que el disgusto habría sido muy grande y me preocupaba importunarla.*

Así que Jamie tenía razón al sospechar que la OADASV también habría recibido las malditas fotos… Solo con imaginar cómo se habría quedado aquella mujer al verlas, la invadieron unas intensas ganas de echarse a llorar. Qué vergüenza, por Dios.

¿Y ahora qué?, pensó. No tenía la menor idea de qué decir a continuación.

April Sommerfield lo hizo por ella.

—Soy consciente de que para usted esto es un asunto muy serio, Chris. Alguien ha intentado perjudicarla enviándome esas fotos y es normal que se preocupe. Pero quiero que sepa que en lo que a mí respecta no ha cambiado nada. Y si me permite el atrevimiento, le diré que no hay nada reprobable en esas fotos. No muestran más que a una pareja enamorada. Una pareja como tantas otras que pasean a diario por la ciudad, solo que nadie repara en ellas porque no son personas famosas.

Chris suspiró aliviada. Era tranquilizador que la máxima responsable de la organización que la había traído a la ciudad mantuviera una postura tan comprensiva al respecto. No era la solución a todos sus problemas, pero ayudaba. Mucho, de hecho.

—Gracias, April… La verdad es que no sé qué decir. Todo esto ha sido…

—*Un shock* —propuso Sommerfield—. *No es para menos.*

—Sí. En la vida me habría imaginado que un día acapararía los titulares por una razón tan… —¿Cuál era la palabra adecuada? ¿«Descabellada»? ¿«Vergonzosa»? Chris respiró hondo y optó por algo más genérico—: increíble como esta. En mi organización también las han recibido. Se las han enviado a todos mis compañeros y también han llegado a la oficina principal… En fin, llamaba para comprobar si usted las había recibido y para disculparme, claro. Le agradezco infinitamente su comprensión, April. Lamentablemente, no hay mucho más que pueda hacer al respecto, aparte de ofrecerle mis más sinceras disculpas…

—*Sí que puede hacer algo más* —repuso la mujer con suavidad—. *Tomárselo con filosofía, Chris. Quienes hemos tenido el privilegio de conocerla, sabemos que esto no es más que un intento de desacreditarla. Un intento vano. Esas fotos captan algo normal y natural entre dos personas enamoradas. Un momento privado que nadie tiene derecho a hacer público… Procure no darle más importancia, ¿me promete que lo hará?*

—Le prometo que lo intentaré.

—*Bien* —repuso la mujer—. *Me conformo con eso.*

CAPÍTULO CINCO

La comprensión, incluso la dulzura con la que April Sommerfield la había consolado, le habían hecho mucho bien a Chris. De alguna forma, habían conseguido tranquilizarla lo bastante para regresar al hospital y encarar el asunto con su familia. Lo último que quería era que lo descubrieran por terceras personas. O, peor aún, porque al abandonar el hospital, algún reportero las abordara para sonsacarle sobre el tema. Entonces, cayó en la cuenta de que le había dicho a Dottie que iba a hablar con el médico, luego había recibido la llamada de Jamie, todo su mundo se había puesto del revés… ¿La mujer seguiría allí, esperándola? Su día no hacía más que empeorar.

Sin embargo, al llegar a la planta donde estaba la habitación de su hermana, Chris se llevó una sorpresa. Esta vez fue una sorpresa grata.

Vio a Lilly. Su hermana iba hacia ella empujando un portasueros. A su lado iba Dottie. Se movían muy despacio, pero iban conversando y el solo hecho de volver a verla de pie, la llenó de alivio y de alegría.

—Pero mira qué bien —dijo acercándose con cuidado para besarle la mejilla sana—. Ya estás paseando. ¿Qué tal te sientes?

Dottie sonrió y se disponía a responder cuando Lilly lo hizo.

—¿Como si un coche se hubiera estampado a toda mecha contra el taxi en el que iba y me hubiera destrozado un brazo, dos costillas y vete tú a saber cuántas cosas más? Me duele todo, gracias por preguntar.

Lilly había sonado dolorida, pero principalmente, quejosa. Quejosa en plan «necesito muchos mimos».

—Ay, cariño, lo sé… Lo sé. Tendrás que tener un poquito de paciencia. Ya verás que el dolor y las molestias van cediendo a medida que pasen los días… Pero qué raro que te hayan dejado salir de la cama, ¿no? —preguntó mirando a su tía en busca de una explicación.

—El médico ha pasado a verla. Revisó su historia clínica y está conforme en darle el alta a falta de comprobar que se puede mover con seguridad. De ahí, que estemos dando vueltas por el hospital. Dijo que había hablado contigo.

Dottie no le pareció molesta por haberla tenido esperando. Menos mal, pensó. Había pasado un siglo desde que había hablado con el médico… Comprobó su reloj; tres horas, concretamente.

—Sí, sí. Es cierto. Le había dado el alta sin tener en cuenta que vivimos en Canadá.

—Hay que dar la vuelta, Lilly —dijo Dottie—. El médico ha dicho que hagas pausas y llevamos andando más de veinte minutos. Volvamos a la habitación, pequeña. Así te echas un ratito y descansas. Luego volvemos a salir de paseo, ¿de acuerdo?

Lilly asintió con la cabeza y empezó a girar. Coordinar sus piernas y el movimiento del portasueros no era sencillo después de haber estado prácticamente inmóvil durante setenta y dos horas.

—Ni que llevaras una galera romana, niña —bromeó Dottie, riéndose de buena gana.

—Te quisiera ver a ti con esta brecha en la cabeza y el brazo en cabestrillo, maniobrando esta cosa que tiene patas de araña —se quejó Lilly y puso morritos—. Jooooo…. No te rías de mí…

Chris le apretó el brazo sano en un gesto de cariño.

—No nos reímos de ti, Lilly. ¡Venga, ánimo!

En cierto modo, Chris daba gracias de que las tres fueran a paso de tortuga por el pasillo. En cuanto llegaran a la habitación, tendría que ponerlas al día de las novedades y seguía sin encontrar la forma de abordar aquel asunto.

Pero por más despacio que fueran, al fin, llegaron.

Y la hora de enfrentarse al tercer momento temido del día, también llegó.

Dado que seguía sin encontrar las palabras para empezar a hablar de lo que había sucedido, Chris esperó a que Lilly y su tía ocuparan sus respectivos lugares —Lilly en la cama, Dottie en la silla—, abrió su bolso y sacó la revista.

—Ha pasado algo y tenéis que saberlo… Ha pasado esto —dijo, poniendo la revista sobre la manta que cubría a Lilly hasta la cintura—. Antes de que me lo preguntéis; sí, soy yo.

Ver sus caras fue una tortura a cámara lenta. La mirada mezcla de asombro y picardía de Dottie, su sonrisa traviesa. Los ojos como platos de Lilly y su expresión de pura estupefacción, como si no atinara a decir o hacer nada… A pesar de lo cual fue la primera en hacerlo. Dijo algo que disparó el rojo de las mejillas de Chris y la puso a sudar como si estuviera en una sauna.

—¿Ese es Ken Bryan? ¡Oh, Dioooooooooos, *es Ken Bryan*!

Dottie apoyó el codo en el reposabrazos de su silla y miró a su sobrina mayor con una sonrisa radiante.

—Y pensar que parecía tan tranquilito cuando nos lo presentaste…

Lilly miró a su tía con los ojos muy abiertos. Unos ojos cargados de interrogación y muchísima guasa.

—¿Ha estado aquí? ¿Lo has conocido? —Enseguida puso morritos—. Joooooo, me lo he perdido… ¡Yo me lo pierdo todo!

Dottie se estaba partiendo de la risa. Lilly la miraba entre traviesa y quejosa. Y Chris no podía evitar pensar en que tanto la una como la otra se estaban tomando aquel asunto con demasiada ligereza. En parte, daba gracias de que no hubieran hecho leña del árbol caído por haberles ocultado que, evidentemente, «estaba teniendo algo con alguien». Pero le preocupaba que no se dieran cuenta de las enormes implicaciones que tenía el hecho de que fuera su cara la que aparecía en la portada de una revista del corazón. Y con toda seguridad no era la única publicación que hablaba del tema.

—Me sorprende un poco vuestra reacción, chicas. Esto es un señor problema para mí, ¿sabéis?

—¿Cómo va a ser un problema que por fin tengas a alguien en tu vida? Alguien que te besa así —enfatizó Dottie blandiendo la revista como si fuera un trofeo—. No es ningún problema,

Chris. Es un regalo que espero que sepas valorar y disfrutar durante muchos, muchos años.

—¿Un regalo, dices? ¿Os parece un regalo que esté en boca de todo el mundo solo por ser la mujer que Ken Bryan besaba en un aparcamiento subterráneo? Porque a mí no. Es mi vida privada.

—Venga, no seas tan dramática… —dijo Dottie, pero al ver la mirada que le dedicaba su sobrina, cerró el pico. No por hacerle caso, nunca se lo hacía, sino porque intuyó que habían sucedido más cosas de las que Chris no pensaba hablar delante de su hermana.

—Cuando pueda hablar sin que… Ayyyy… —Lilly apretó los párpados unos instantes. Luego, continuó en voz muy baja—. Sin que mis pulmones se alcen en rebelión… Te diré que quiero a Ken Bryan de cuñado y que, si lo estropeas, hermanita… —volvió a apretar los párpados y esta vez, no completó la frase.

No hacía falta, claro. Chris sabía cómo acababa.

—Pues en ese caso, espero que tardes muchísimo en poder hablar, cariño —le dijo con tanta ternura como determinación. Acto seguido se dirigió a la puerta—. Voy al baño.

O al fin del mundo.

O donde fuera que no existieran revistas ni periódicos en los que una imagen suya decorara la maldita portada.

EL MÓVIL de Chris volvió a sonar cuando regresaba a la habitación de Lilly. Era Ken. Y por segunda vez volvió a ignorarlo. No estaba obrando bien y lo sabía. Lo que no sabía era cómo enfrentarse a él después de que un momento tan privado estuviera en boca de todo el mundo. Porque tampoco deseaba enfrentarse a la posibilidad de que lo sucedido no tuviera para él la misma importancia que tenía para ella. Las fotos estaban en poder de sus compañeros de trabajo en Canadá, en la oficina regional de la organización para la que trabajaba y, como si esto no fuera suficiente escarnio, también habían llegado a la OADASV. Francamente, no deseaba saber qué sucedería después. No quería imaginarse perseguida por los *paparazzi*, con su foto saliendo en las noticias un día sí y otro también, como le sucedía a él. No estaba preparada para eso.

Y tampoco estaba preparada para decírselo. Intuía que su vanidad masculina no recibiría de buen grado la noticia de que para ella suponía un enorme problema verse en las portadas de los periódicos a raíz de ser «la mujer que la superestrella de la música besaba». Y no se sentía con fuerzas para tolerarlo. Esta vez, no. Ante semejante problema, no.

Ignoró su llamada y volvió a guardar el móvil.

Pero no lo hizo a tiempo de que su tía, que la estaba esperando en el pasillo, se diera cuenta de lo que sucedía. Dottie tenía a Chris muy calada. Mejor incluso de lo que ella creía y se lo soltó sin anestesia.

—¿Qué? ¿Escurriendo el bulto, sobrina? —le dijo cuando Chris llegó a su lado. Estaba sentada en una de la fila de tres sillas que había en el pasillo, fijadas a las paredes.

Chris tomó asiento a su lado. Estiró su pierna mala y apoyó el bastón en el asiento vacío a su lado. No se sentía con ánimos para hablar del tema, pero dado que Dottie había metido el dedo en la llaga…

—¿Y qué quieres que le diga?

Dottie la miró con el ceño fruncido. La respuesta de su sobrina, esta vez, la había tomado

desprevenida. Tenía tan poco sentido como esa actitud infantil de pretender escurrir el bulto. Sin sentido…

A menos que ella se estuviera perdiendo algo.

—¿Qué pasa, Chris? Eres muy inteligente. Sabías que era cuestión de tiempo que alguien os hiciera fotos. Así que desembucha ya.

Chris exhaló un suspiro.

—Las fotos se enviaron a mi trabajo. Me dijo Jamie que entraban por todos lados, a través del fax, a través del correo electrónico de mis compañeros… —Vio que su tía abría desmesuradamente los ojos y asintió—: Y también se enviaron aquí, a la OADASV. Hay alguien detrás de todo esto. Alguien que sabe quién soy.

Chris no dio más detalles a pesar de sospechar que era la ex promotora musical de Ken quien estaba detrás del asunto. Quizás, descubrir que Ken y ella estaban juntos había sido la verdadera razón de que hubiera rescindido el contrato. Esa mujer estaba obsesionada con él. Le daban escalofríos solo de pensarlo.

Dottie posó una mano sobre el hombro de Chris. Lo frotó arriba y abajo, en un gesto de ánimo.

—Sigue siendo solo el beso apasionado de una pareja —le dijo con ternura.

Chris sonrió con ironía.

—April Sommerfield dijo lo mismo. ¿Tendrá que ver con la edad?

—Ella es bastante más joven que yo. Y mucho más guapa y elegante —bromeó. Aunque en lo de la edad, no bromeaba. Era más joven; diez años tranquilamente.

—No es solo un beso, Dottie… Y antes de que me vengas con la cantinela de siempre, tampoco es mi recelo a que mi vida privada deje de ser privada. Soy quien soy. No puedo permitir que la prensa me involucre alegremente en un cotilleo.

—¡Qué dices, Chris! Eso es noticia hoy y mañana nadie se acordará —repuso ella, quitándole importancia.

Qué ilusa. No sería así. Ni mucho menos.

—Estás muy equivocada. Siempre seré la mujer con la que la estrella del country se morreaba en un aparcamiento subterráneo. Y me daré con un canto en los dientes, si solo se queda en «mujer» y los otros periódicos no deciden imitar a esa revista y empiezan a meterse con mi aspecto físico o con mi bastón.

—¿Y eso qué más te da? Como si fuera una novedad para ti que la gente se fije primero en la talla que gastas y después, si acaso, se tome la molestia de conocer ese corazón inmenso que tienes en el pecho… —La voz de Dottie rezumó desdén por una situación que siempre le había tocado en lo más hondo—. Ken te gusta y tú le gustas a él. Se os ve genial cuando estáis juntos. ¿Qué más da que para algunos solo seas la mujer con la que él se estaba besando? Seguro que son muchísimas las que desearían estar en tu lugar.

Chris giró la cabeza y se quedó mirando a su tía con perplejidad.

—¿Y eso me lo dices a mí? —Vio que Dottie apartaba la mirada, incómoda—. No voy a negar que me gustan sus besos, ¿pero quiero ser la mujer de esas fotos? La respuesta es no. No quiero eso para mí, ni para mi familia, ni quiero que momentos míos tan personales lleguen al correo de mis compañeros de trabajo… No quiero verme allí, en la prensa, en boca de todo el mundo…

Dottie lo esperó al final de la frase: «y si Ken y yo seguimos juntos, será inevitable». La expresión del rostro de su sobrina y el brillo de sus ojos se lo dijeron alto y claro.

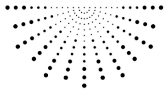
Pero Chris no lo pronunció en voz alta.

Porque, le gustara o no, tampoco estaba preparada para separarse de Ken. Lo que compartían era valioso, único.

Chris exhaló un suspiro. Sacudió la cabeza contrariada.

Ojalá supiera qué hacer.

CAPÍTULO SEIS



La enfermera revisó la herida de la cabeza de Lilly y asintió complacida.

—Esto va muy bien. ¿Qué tal el brazo?

Lilly hizo un leve asentimiento. Dolía, pero con los analgésicos era tolerable.

—Se soporta bien.

—¿Y qué tal los paseos? —En esta ocasión no se lo preguntó directamente a la paciente, sino a sus familiares allí presentes—. ¿Algún tropiezo, alguna queja fuera de lo normal?

—No, yo creo que ha ido bastante bien. Lenta… —Dottie sonrió al tiempo que le hacía un guiño compasivo a su sobrina menor antes de añadir—: Pero segura.

—Bueno, decía que estaba muy dolorida… —matizó Chris, al otro lado de la cama—. Supongo que es normal, pero se lo comento por las dudas…

—Es normal —aseguró la enfermera—. También es muy normal que se sienta débil, como si las piernas no la sostuvieran. Lo importante es que no pierda el equilibrio o sufra algún desvanecimiento o que muestre problemas de visión… —miró a Lilly—. ¿Ha tenido algo de eso?

Lilly volvió a echar mano de un gesto para responder que no.

—Entonces, vamos muy bien —repuso la enfermera satisfecha—. El médico ha dicho que si todo sigue como hasta ahora, mañana por la mañana podrá volver a Canadá. Alegre esa cara, son buenas noticias, ¿no?

Lilly pensó que buenas noticias serían que la dirección de la escuela de chefs le permitiera asistir a las clases como oyente y computara sus asistencias debidamente para no perder el curso. Pero como no era el caso… Volvió a echar mano de un gesto para evitar ahondar en el tema. Se limitó a asentir.

—Vaya —bromeó la enfermera mirando brevemente a Chris y a Dottie—. Me parece que por aquí seguimos enfurruñados.

—Y que lo diga —repuso Dottie.

Chris se limitó a acariciar con suavidad el brazo sano de su hermana.

Poco después, tras estirar las mantas de la cama, la enfermera abandonó la habitación.

—¡Nos vamos a casa, Lilly! —celebró Chris en un intento de animarla. También había sido un intento de animarse a sí misma—. Voy a avisar a Jamie para que vaya organizando tu vuelo medicalizado… ¡Fíjate, vas a volver como si fueras una VIP!

Lilly le dedicó una de sus miradas de niña enfurruñada a la que añadió tan solo tres palabras:

—Ja. Ja. Ja.

Fue entonces cuando el móvil de Chris empezó a sonar. Era Ken. Por tercera vez. ¿O era la cuarta? Tenía que atenderlo, se dijo. No podía seguir evitándolo eternamente.

—En un rato vuelvo —anunció y también abandonó la habitación.

Se dirigió hacia la fila de sillas, se sentó y, tras respirar hondo, contestó.

—¡Al fin! Nena, ¿está todo bien?

En circunstancias normales, Chris habría reparado en aquel «nena» que detestaba cada vez que lo escuchaba en boca de un hombre, pero el tono preocupado de Ken sonó más fuerte en su conciencia.

«Pobre, debe estar nerviosísimo. Maldita idea la tuya de no atender sus llamadas».

—Sí, sí… Bueno, todo lo bien que se puede estar después de vernos decorando la portada de la revista *Gossip*…

Ken se mordió el labio. Mierda. ¿De todas las publicaciones que se habían hecho eco de sus besos en el aparcamiento subterráneo, Chris tenía que ver la de esa revista de cotilleos? Qué mala suerte. Él aún no había podido echarle mano a un ejemplar, según Tom ya se habían agotado en la tienda donde él había estado, pero conocía de sobra a los perros de presa que la publicaban. Le habían dedicado ríos de tinta a cada foto suya en compañía femenina que había llegado a la redacción. Daba igual si se trataba de una admiradora a quien le estuviera firmando un autógrafo. Creaban un bulo enorme a partir de cualquier tontería.

—Ya… Vaya manera de estropearnos ese desayuno tan bueno que compartimos hoy, ¿eh? Para ti esto es algo nuevo, seguro que te habrás quedado de piedra… Lo siento mucho, Chris.

Ella se quedó cortada. ¿Eso era todo lo que tenía que decir al respecto?

—¿Lo sientes?

—Yo no, no lo siento para nada. Lo digo por ti. Yo pienso enmarcarla y ponerla en mi mesita de noche —coqueteó él.

Y no se trataba de ninguna broma. Le parecía el mejor recordatorio de un momento supremo que en adelante le pondría las pilas cada día antes siquiera de sacar los pies de la cama.

Pero al no oír ningún comentario por parte de Chris, ni una de sus risas suaves, dedujo que algo le pasaba. La conmoción, por lo visto, había sido mayor de lo que él pensaba.

El shock, en efecto, había sido inmenso. Pero lo que Chris sentía ahora era disgusto. Eso que él decía tan alegremente que pensaba enmarcar, la estaba poniendo en boca de todo el mundo. Y lo que decían de ella esas fotos no era algo que la enorgullecía, precisamente. Entonces, cayó en la cuenta de que él ignoraba que esas fotos habían sido enviadas a su lugar de trabajo y a la OADASV. Llevaba todo el día lidiando con los efectos secundarios de las malditas fotos y estaba exhausta, de modo que no tenía intenciones de contarle lo sucedido, pero decidió no sentenciarlo a muerte todavía.

—¿Y aparte de que te parezcan tan buenas como para enmarcarlas, piensas algo más? ¿Te preocupa algo más? ¿O para ti esto también viene incluido en el lote de ser famoso?

Oh-oh.

Ken, que había salido de la reunión con el abogado aprovechando que había recibido una llamada urgente, dio la espalda a la recepcionista en busca de un poco de privacidad para una conversación que, claramente, empezaba a torcerse.

—¿Te has enfadado? —le preguntó. Su voz rezumó dulzura.

Una dulzura que no tuvo el menor efecto en Chris, incluso después de volver a recordarse que él no sabía nada acerca del largo viaje que habían hecho las fotos antes de llegar a la portada del semanario *Gossip*.

—Qué va. Estoy dando saltos de alegría.

Ken arrugó el ceño. Había contado con que esas fotos supondrían una sorpresa para Chris y

que la conversación, lógicamente, sería diferente a las que estaba acostumbrado a mantener con ella. ¿Pero tanto? La mujer con la que hablaba sonaba fría, distante… Era como si alguien desconocido hubiera tomado su lugar. Si sumaba a eso el número de veces que sus intentos de hablar con Chris habían acabado en su buzón de voz, el cuadro empezaba a no gustarle nada. No entendía lo que estaba sucediendo.

—Eh… —le dijo con dulzura—. ¿Qué pasa, Chris?

Esta vez sí que la ternura inefable de aquel hombre se cobró una víctima. Chris maldijo por dentro. Estaba siendo egoísta y cruel. Al fin y al cabo, Ken no tenía la culpa de nada.

—Disculpa. Es que estoy… Creo que la palabra que mejor lo describe es «desquiciada»…

«Esta sí eres tú», pensó él, aliviado.

—Ya. Me he dado cuenta… Mira, todavía no he visto lo que publicó esa revista, pero he visto otras. Nos estaban esperando. Eso no es obra de una sola cámara. Tom y yo estamos con el abogado… Le acaban de pasar una llamada y yo aproveché para escaparme a ver si conseguía dar contigo. Tenemos que hablar, pero ahora no tengo mucho tiempo… ¿Cómo está Lilly?

Chris permaneció en silencio unos instantes intentando cuadrar lo que sentía con la reacción de Ken. ¿«Ya. Me he dado cuenta»? O sea, que se había dado cuenta de que estaba desquiciada porque ella acababa de decírselo, no porque creyera que la situación era lo bastante seria para estarlo. En su mundo de apariencias y papel cuché, esas fotos eran un trofeo más. Eran dignas de enmarcar, ¿acaso no era eso lo que él pensaba? Que fueran una flagrante violación de su derecho a la privacidad y la expusieran como a una cobaya, incluso cargando contra su apariencia física, no era un asunto que estuviera siquiera sobre la mesa. Y si no lo estaba ahora, nunca lo estaría.

Así que sí, por lo visto, aquel «lo siento» había sido todo. Y como no tenía más que decir al respecto, continuaba tan tranquilamente con el siguiente tema de la agenda.

La desilusión cayó sobre Chris como una sombra, tiñéndolo todo de una pátina gris.

—Supongo que bien. Parece que mañana volvemos a Canadá —repuso con un tono de voz deliberadamente neutro.

Ken permaneció callado unos instantes mientras encajaba la noticia. Ser consciente de que les quedaban unas pocas horas juntos había sido un jarro de agua fría.

«Bien. Ya no seguimos con el siguiente punto del orden del día, como si tal cosa, ¿verdad?», pensó ella al notar su prolongado silencio.

—¿Tan pronto? —dijo él.

—Eso parece. —Tras unos instantes en los que volvió a reinar un silencio insoportable, Chris intentó llenarlo con explicaciones que, en realidad, no venían a cuento—: Ya le habían dado el alta a primera hora. Me extrañó y fui a hablar con el médico. Tal como pensaba, no había caído en la cuenta de que no somos de aquí. Irse a casa, en el caso de Lilly, implica subirse a un avión y con dos costillas fracturadas, eso tiene sus bemoles. De ahí, que se tomara unas horas más para mirar en detalle su historia clínica y hacer que Lilly se levantara de la cama y diera paseos por la planta para ver qué tal respondía su cuerpo. Y ha respondido bien, así que…

—Me alegro mucho por Lilly —se las arregló para decir Ken—, seguro que está deseando volver a su vida normal… Pero por ti y por mí no me alegro nada… Mierda. El abogado ha acabado con su llamada. Tengo que volver a la reunión. En cuanto acabe aquí, te llamo… Tenemos muchísimo de lo que hablar. ¿De acuerdo, Chris?

«¿Hablar de qué? ¿De lo desquiciada que estoy?». Tenía que cortar por lo sano. Y hacerlo antes de que el daño fuera irreparable.

Chris bajó la cabeza. El problema era que eso era fácil de decir y muy difícil de hacer…

¿Tenía el valor suficiente para decirle «me marcho y no quiero seguir con lo nuestro»? Estaba mucho más implicada en eso que tenían, se llamara como se llamara, de lo que pensaba. Y a juzgar por el vuelco que acababa de dar su corazón ante la sola idea de no volver a verlo, también quedaba claro que la respuesta a esa pregunta era «no».

Respiró hondo. Pero, al menos, debía intentarlo. Hacerlo cara a cara sería… Imposible.

—No sé, Ken. Si nos vamos mañana, voy a estar muy ocupada para tenerlo todo listo. Lilly no podrá volar en un vuelo comercial, tiene que ser uno que llaman vuelo medicalizado, y seguro que será un papeleo horrible… No sé a qué hora podré volver a respirar tranquila…

Al oírla, Ken elevó las dos cejas al mismo tiempo. ¿Estaba sugiriendo lo que a él le parecía que estaba sugiriendo? No, era su disgusto el que hablaba por ella. Y el de hoy era de aúpa. Nunca la había visto tan… revuelta. Pero se le pasaría. Solo necesitaba tiempo para asimilar lo sucedido, nada más. De más estaba decir que él se lo daría. Tiempo, comprensión, ternura, apoyo. Todo lo que necesitara.

—Tú no te preocupes por eso, Chris. Nos veremos cuando podamos, sea la hora que sea. Suerte con tu lista de pendientes. Yo voy a vérmelas con el segundo asunto de la mía, pero en cuanto me libere, te ayudo con lo que quieras. Nos vemos en un rato, preciosa —se despidió.

Chris apretó los párpados, maldiciendo por dentro.

Tan valiente para unas cosas, tan jodidamente cobarde para otras.

CUANDO KEN REGRESÓ AL DESPACHO, el abogado Bradley Rafferty ya estaba tomando asiento en su voluminoso sillón giratorio.

—Disculpen, era algo urgente —dijo—. Bueno, ¿dónde nos habíamos quedado?

A pesar de las abundantes canas de sus entradas, Ken calculó que Rafferty no debía tener más de treinta y cinco o treinta y seis años, a lo sumo. Vestía de color oscuro, como era habitual entre los de su gremio, y no seguía los dictados de la moda. El traje color petróleo que llevaba se había quedado anticuado hacía ya tiempo. Sin embargo, el suyo era el único nombre en el letrero y su despacho estaba muy bien situado, lo que quería decir que su negocio iba bien.

—Preguntaba por los detalles… —repuso Tom—. O sea, cómo se enteró Ken de que ella había rescindido el contrato.

—Ah, sí… ¿No recibió ninguna notificación o una llamada o un mensaje?

Ken negó con la cabeza, pero cuando habló lo que dijo no tenía nada que ver con los detalles.

—¿Va a aceptar mi caso? Mire, le ruego que no lo tome a mal, pero… No sé si usted está al corriente de que esta mujer, su familia —matizó— es gente poderosa en el mundo del entretenimiento y en particular en la música country… —Notó que Tom lo miraba ceñudo, pero lo ignoró y continuó. Prefería hablar claro desde el principio y que nadie se llevara a engaño—. Otros abogados no han querido saber nada de meterse en este berenjenal. —Se refería a sus abogados, los que ayudaban a Tom a llevar los asuntos de la estrella Ken Bryan antes de su caída en el abismo de las adicciones, y a pesar de no haber sido más específico, estaba seguro de que Rafferty habría hecho sus deberes y, por lo tanto, sabía a quiénes se refería—. ¿Está seguro de que tiene todos los hilos bien atados? No quiero hacerle perder el tiempo ni que me lo haga perder a mí.

—La rescisión unilateral de un acuerdo tiene consecuencias económicas. Así son las cosas. La señora Carrington-Fox está en su derecho de rescindir cualquier acuerdo que tuviera con usted, si considera que hay un incumplimiento por su parte, pero tiene que probarlo, no basta con su palabra. Y si no puede probarlo, usted está en su derecho de recibir una indemnización por los perjuicios que dicha rescisión traiga aparejados. De lo que voy a ocuparme es de que reciba esa indemnización. Y para poder ocuparme, necesito todos los detalles, señor Bryan.

Al ver que Ken lo miraba como si estuviera analizando cada palabra, pasándola por un tamiz muy fino, decidió hacer las aclaraciones oportunas:

—Esos otros abogados que ha mencionado se dedican, principalmente, al asesoramiento y la representación. Lo mío es ensuciarme las manos… Por eso no tengo socios que intenten convencerme de que la estabilidad de mi bufete pasa por fichar a dos o tres peces gordos como clientes y dedicarme a «asesorarlos». —Hizo el gesto de entrecomillar las palabras—. Dicho lo cual, que quede claro que no me importaría formar parte de su equipo legal algún día…

—Y va a tener que ensuciárselas de verdad —apuntó Tom—. Esa mujer es retorcida.

El abogado asintió ligeramente con la cabeza y volvió a desviar su mirada hacia Ken. Notó que la reticencia del músico a embarcarse con él en esa aventura seguía siendo grande y decidió jugar otra baza. Para él mismo había supuesto el acicate perfecto para no dejarse impresionar por el poderoso apellido de la demandada. Quizás también lo fuera para Ken.

—Además, por si le interesa saberlo, lo sigo desde que empezó en esto. Lo escuché por primera vez en el Tootsie's *. Usted todavía no había cumplido los veintiuno… En mi modesta opinión, nadie debería privar al mundo de un talento como el suyo y esto me da aún más razones para querer atizarle duro a la señora Carrington-Fox.

Aquel cumplido había sido totalmente inesperado para Ken. Seguía dudando que Rafferty supiera de verdad en qué jardín se estaba metiendo. Para él, sus posibilidades de ganarle la mano a una familia tan poderosa no estaban nada claras. Sin embargo, no pudo evitar pensar que si aquel tipo había seguido sus pasos en la música durante más de una década, le debía al menos el beneficio de la duda.

—Vaya… Esta vez sí que me ha convencido —concedió halagado.

Y, a continuación, los tres hombres cambiaron sus rostros serios por un oportuno y necesario momento de risa.

Después de eso, Ken se había dedicado a ponerlo al día de los detalles. También mencionó el contrato privado que, en su opinión, había desatado la tormenta y, como sabía que antes o después saldría el tema de sus casi tres años retirado de la música, explicó los verdaderos motivos. No se explayó, tan solo reconoció que, además de la enfermedad de su padre, él había estado en rehabilitación en tres ocasiones por sus adicciones al alcohol y, en menor medida, a la cocaína.

—¿Cuánto lleva limpio?

—Doce meses, un día y —consultó su reloj antes de decir—: nueve horas.

—¿Y dice que ella dejó entrever que lo sabía, aunque no se lo dijo abiertamente?

Ken asintió con la cabeza.

—Sospechaba que la enfermedad de mi padre no era la única razón de mi alejamiento.

—¿Pero hubo algún incumplimiento por su parte, algo que pudiera perjudicarla económicamente? Me refiero a cosas como no acudir a entrevistas que estuvieran concertadas o a ofrecer respuestas que pudieran perjudicar su imagen… O llegar tarde a los ensayos, actuaciones, etcétera…

Ken negó con la cabeza. Se disponía a explayarse con que lo que en realidad le pasaba a Sandy era que estaba obsesionado con él, cuando recordó algo que ella había dicho.

—La madrugada que me puso de patitas en la calle, en mitad de su ataque de histeria, me echó en cara que mientras ella me ofrecía el oro y el moro, yo me mostraba por ahí en compañía de otra mujer. —No eran esas las palabras que había usado. Ahora recordaba que había sido cruel al referirse a Chris.

El abogado asintió sumamente interesado. Cogió el periódico que estaba bajo una pila de carpetas y se lo puso delante.

—¿Esta mujer?

El rostro de Ken pasó por toda la gama de rojos en el tiempo que tardó en alzar la vista y encontrarse con la mirada del abogado.

—Sí —dijo a secas.

—¿Es consciente de que probablemente sea la señora Carrington-Fox la que está detrás de esto? Cuando las vi, lo primero que pensé fue cómo se las habían ingeniado para pillarlo en un momento así, en un lugar así… Está claro que hizo que lo siguieran.

Ken respiró hondo y se disponía a responder. Pero fue Tom quien lo hizo

—Sí que lo sabe. Aunque consciente, lo que se dice consciente… —Le dedicó a su amigo una mirada recriminatoria—. Se lo dije yo en cuanto las vi. De hecho, le dije que esto iba a pasar mucho antes de que sucediera.

Ken ignoró el comentario. Sí, se lo había dicho. Sí, llevaba semanas advirtiéndole que una catástrofe se cernía sobre ellos. Pero no estaba dispuesto a vivir sometido a la voluntad de nadie y mucho menos al capricho de una loca obsesionada.

Para el abogado, en cambio, aquello supuso una buena noticia.

—Será complicado demostrar que pagó a alguien para que le siguiera, pero la misma naturaleza de las fotos deja claro que existió intencionalidad. Esas fotos no son producto de un golpe de suerte. El registro de llamadas de su móvil servirá para probar su actitud acosadora. La señora Carrington-Fox tendrá que demostrar un claro incumplimiento por su parte para inclinar la balanza a su favor y, por lo que me ha dicho, no podrá hacerlo. Puede inventárselo, claro, pero con un contrato tan detallado como el que tienen, no le será tarea fácil inventar algo que pueda sostenerse… Y si usted encuentra ese contrato privado y ese cheque de los que me habló, entonces… Entonces, sí que esta señora no tendrá por dónde escapar.

—No los he tirado, pero no sé si ella o alguno de sus mozos de mudanza los encontró mientras revolvían la casa… Revisaré las cajas —dijo Ken.

—De acuerdo. Solo una cosa más, por dejarlo claro. Es muy posible que su paso por los centros de rehabilitación salga a la luz. Es mejor contar con que sucederá. ¿Está preparado para oír y leer barbaridades? Se ensañarán con usted, con su familia, con todo aquel o aquella que le importe.

Ken exhaló el aire por la nariz. ¿Se podía estar preparado para algo así? Obviamente, no. Pero quizás fuera mejor que todo se supiera de una vez por todas. Estaba decidido a volver a estar en lo más alto y a no dar un solo paso atrás. Ser transparente respecto del tiempo que había pasado en el lado oscuro le ahorraría disgustos.

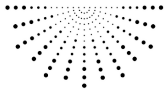
—Lo sé. Si no se puede evitar, habrá que apechugar, ¿no?

---

* *Tootsie's Orchid Bar*: legendario bar de Nashville que ofrece actuaciones en vivo todas las noches. Inició su

andadura en la década de los ’60. La mayoría de los grandes nombres de la música country han pasado por allí en sus inicios.

CAPÍTULO SIETE



Los perros habían organizado una auténtica fiesta al ver que su amo estaba de regreso en casa. Ken sonrió complacido al tiempo que frotaba sus cabezas y les devolvía parte del cariño que ellos siempre le ofrecían. Noah y River se encargaban de hacerle sentir que tenía un hogar y que daba igual si se trataba de uno como lo entendía todo el mundo —una casa— o si ese hogar circulaba sobre cuatro ruedas. Y eso era algo que aquel día agradecía especialmente, ya que la noticia de que Chris levantaba el vuelo hacia Canadá había sido un duro golpe para su ánimo.

—Tenéis las patas sucias, ¿qué habéis estado haciendo? Venga, que os limpio. Si no, vais a poner la casa perdida —dijo cogiendo a Noah por el collar. River lo siguió moviendo la cola.

Esta vez, su familia humana no estaba en la cocina, sino en el salón. Mientras sus hermanos montaban una estantería para el todavía desangelado salón, su tía estaba doblando una tanda de ropa que había sacado de la secadora. Su padre miraba los deportes por la televisión.

—¿Y Tom? —preguntó Robert al verlo llegar solo.

—Con el abogado. Están preparando los papeles.

—¿Y qué tal ha ido?

—Ahora te cuento. Dame un momento para que les limpie las almohadillas a estas dos sabandijas antes de que lo pongan todo perdido.

—Los perros tienen que ensuciarse, Ken. Está en su naturaleza. Y si los tuvieras fuera, como corresponde a los animales, no tendrías que preocuparte de que ensucien la casa.

Ken oyó lo dicho por su padre desde la cocina mientras cogía un paño y lo humedecía con agua y jabón. Sacudió la cabeza sonriendo y esperó a que Jim, otro defensor a ultranza de los animales, le tomara la delantera, lo que no tardó en suceder.

—A una vaca la tienes fuera… ¡Por razones obvias! —matizó el menor de los hermanos Bryan, tronchándose—, pero a un perrete no tienes por qué. Y que conste que si Rain tiene los movimientos restringidos en Ohio es por ti, no por mí.

—Ya, ya… Si de ti dependiera, la sentarías con nosotros a la mesa a la hora de comer —dijo Robert—. Además, cuando tengan un año, no habrá gran diferencia entre el tamaño de esas dos bestias y el de una vaca, así que…

—¡Qué exagerado!

—En eso, papá tiene razón —terció Tim, siempre ecuánime en las discusiones familiares—. Yo creo que van a ser más grandes que su madre y ella es un mastodonte…

Ken regresó al salón y se agachó frente a sus perros, que se habían echado sobre la alfombra. Con parsimonia, se puso a limpiarles las almohadillas mientras recibía los lametones agradecidos de sus canes.

—No los voy a sentar a la mesa conmigo porque no estarían cómodos —dijo al fin—. Y tampoco los voy a dejar fuera porque uno, no me cuesta nada limpiarlos cuando se ensucian y dos, no tengo perros para dejarlos fuera. Sé que hay que ser un amante de los peluditos para entender la diferencia y tú, papá, no lo eres. Pero confía en mí; ellos están mejor si están conmigo y yo también. —Vio que Jim corroboraba lo dicho con un asentimiento de cabeza—. Y sobre el abogado… Fue bien, creo.

—¿Crees? ¿Qué pasa, Ken? —Esta vez fue Doreen quien intervino.

Ken le dedicó una mirada cariñosa antes de decir:

—Parker y Douglas no quisieron saber nada del tema. Tuve la sensación de que no pensaban que tuviéramos la menor posibilidad de ganar, que lo daban por perdido antes de empezar. Si ellos, que conocen a Sandy y a su familia y saben perfectamente cómo son las cosas en esta ciudad, han pasado de mí, me da que pensar que Rafferty no se haya inmutado al saber a quién quiero demandar…

—Las referencias que tengo sobre él son muy buenas —apuntó Robert.

—Sí, sí… No es eso, es solo que no sé si tiene claro que esa familia es la que corta el pescado en esta ciudad… Me dijo que sabía quiénes eran, pero…

—¿Pero te gustó…? Quiero decir… ¿Qué impresión te ha dado él?

—Por momentos era como si te estuviera oyendo a ti… —Ken sonrió al recordar la conversación que habían mantenido—. Muy en plan, «la señora Carrigton está en su derecho de rescindir el contrato, si media incumplimiento. Pero no basta con su palabra, tiene que demostrarlo, y usted está en su derecho de recibir una indemnización, si la demandada no consigue demostrarlo»…

Robert sonrió complacido.

—Me gusta ese hombre.

—Me lo imagino. Sin embargo, después de doce años conociendo este mundillo, ese tipo de declaraciones tan altisonantes a mí no me convencen.

—No son declaraciones altisonantes, Ken. Es la ley.

Ken miró a su padre con cariño y exhaló un suspiro. Admiraba su sentido de la justicia y la enorme fe que tenía en el sistema legal de su país. Sobre todo, admiraba que a pesar del paso del tiempo y de los sinsabores de la vida, siguiera creyendo en ello a pie juntillas. Pero él no profesaba la misma fe. En su experiencia, la gente influyente no respondía ante la ley del mismo modo que los demás.

—¿Y entonces? ¿Por qué has seguido adelante con él? —quiso saber Doreen.

—¿La verdad? Por una sensiblería; dijo que sigue mi carrera desde que me escuchó tocar en un bar *honky-tonk*[1] legendario de esta ciudad, cuando yo era un crío.

Robert asintió repetidas veces con la cabeza.

—La gente puede llegar a ser muy osada cuando defiende algo que realmente le apasiona, hijo —concedió.

Ken echó un vistazo a su móvil. Seguía sin noticias de Chris y eso que después de la reunión, la había llamado varias veces… La ansiedad empezaba a consumirlo.

—Pues… Espero que sea así. De otra forma, estaremos en un problema muy gordo… —se puso de pie—. He quedado con Chris. No me esperéis a cenar.

Las bromas de turno no tardaron en llegar.

—Así que has quedado con Chris y no tenemos que esperarte para cenar… ¿Qué pasa, no

piensas cenar? —dijo Tim y le hizo un guiño a Jim.

Jim dejó lo que estaba haciendo y trepó a la espalda de su hermano mayor, en lo que fue mitad abrazo, mitad llave de yudo, al tiempo que decía:

—¡Voy contigo, ya sabes que me encanta aguarte la fiesta!

Ken extendió los brazos para que el bruto de su hermano no le hiciera perder el equilibrio.

—Y a mí me encanta evitar que te salgas con la tuya, así que ni lo sueñes. Te quedas aquí, cuidando de papá y de la tía. —Se rio cuando Jim empezó a hacerle cosquillas.

Se oyó una carcajada de Tim y a continuación su voz, que decía:

—¡Pero será posible! ¡Sois como niños!

—¡Ven aquí y ayúdame a sujetarlo, capullo! —le ordenó Jim, forcejeando con Ken.

Al final eran tres los niños enzarzados en un juego de manos que hacía disfrutar a Robert y lo llenaba de recuerdos y, en cambio, a Doreen le daba el mismo miedo a que se hicieran daño como cuando eran pequeños.

—¡Dejadlo ya, antes de que haya que usar ese paño húmedo para limpiar la sangre!

Poco a poco, entre risas y abrazos, los hermanos volvieron a comportarse como adultos.

O casi.

—Me voy y me llevo a mis peludos —anunció Ken.

—¿Y por qué a ellos sí y a mí no?

—Porque ellos se portan bien y tú eres un salvaje.

—¡Venga ya! No quieres que vaya porque piensas saltarte la cena y dedicarte al postre directamente, ¡que te conozco, tío! —guaseó Jim.

Y un instante después se oyó la voz de Robert:

—¡Os recuerdo que hay una dama en la sala!

Ken se alejó sonriendo, seguido de Noah y River.

«Hogar, dulce hogar», pensó.

A CHRIS la espera se le estaba haciendo eterna. Dottie se había ido al hotel, a echar una cabezada, y no veía la hora de que regresara para poder salir pitando del hospital.

Después de tantas horas durmiendo, Lilly estaba despierta y pendiente de cada movimiento que ella hacía. Y ella…

Chris necesitaba salir de allí, dejar de estar bajo el radio de acción de esos ojos que la analizaban, sabiendo que algo sucedía, aunque ella le hubiera asegurado por activa y por pasiva que todo estaba en orden. Las dos se conocían mucho y no iba a poder ocultarle la verdad por mucho más tiempo. Pero lo sucedido con Jamie le había dejado muy mal sabor de boca, y sumado a lo de Ken eran demasiadas cosas para procesar al mismo tiempo. Además, Lilly tenía suficiente con sus dolores y su frustración. Si podía aligerarle la carga, lo haría encantada.

Su móvil vibró nuevamente, hacía horas que lo había silenciado. Miró la pantalla con disimulo. Era Ken. Su quinta llamada desde que habían hablado por última vez, cuando él estaba en el despacho del abogado.

Pero no lo hizo con suficiente disimulo. Los radares de su hermana se habían vuelto tan sensibles después de horas intentando averiguar lo que sucedía, que lo notó.

—¿No… atiendes?

Chris refunfuñó para sus adentros, pero intentó mantener la mentira.

—¿Qué…? No hay llamada que atender.

—Has silenciado el móvil… ¿Por qué?

Chris exhaló el aire en un largo suspiro.

—Porque estamos en un hospital, Lilly. Y no paro de recibir llamadas. ¿Y sabes por qué? Porque mañana regresamos a casa y hay un millón de cosas que coordinar. Por favor, deja de ver problemas donde no los hay.

Lilly intentó ponerse más cómoda en la cama, algo que le resultaba cada vez más difícil después de tres días en ella. Arrugó la cara cuando el dolor le recordó que por más que le hubieran dado el alta, su cuerpo seguía definitivamente de baja. Al fin, volvió a hablar en voz queda y muy despacio, como si cada palabra le costara tanto que necesitaba recuperar el aliento antes de decir la siguiente.

—Ya no soy una niña… Deja de ocultarme las cosas… Me haces sentir inútil, no protegida…

No lo era en su documento de identidad, pero para Chris siempre sería su niña. Honestamente, no creía que la muchacha estuviera en situación de hacer frente a asuntos sobre los que nada podía hacer, aparte de preocuparse. Era una persona sensible, que se tomaba muy a pecho ver sufrir a los suyos. Contarle lo sucedido con Jamie no le haría ningún bien. Para Lilly era como su hermano mayor. Sacaría las conclusiones equivocadas y sufriría. Y en cuanto a Ken… No había sido más que un sueño de verano. Y los veranos siempre llegaban a su fin.

La aparición de Dottie no podía haber sido más oportuna. Traía dónuts y café del bueno y no tardó en atraer la atención de Lilly.

—Seguro que esto te alegra el cuerpo, sobrina —dijo con su buen talante habitual.

—¡Ya lo creo! —celebró Chris—. Un chute de azúcar le vendrá que ni pintado, ¿a que sí, cariño?

Lilly le informó con la mirada que no se libraría de desembuchar. A continuación, miró la caja de dónuts y pronunció una sola palabra:

—¡Ñam!

CHRIS APROVECHÓ la coyuntura para quitarse del radio de acción de su familia. No quería más preguntas. Al menos hasta que supiera cómo responderlas.

—Enseguida vuelvo, Lilly… Chris, espera, por favor… ¿A qué tanta prisa? —dijo Dottie abandonando la habitación detrás de Chris.

Ella iba a responder cuando el bendito móvil volvió a vibrar. Era Ken. Otra vez. Siguió andando sin detenerse. Intuía por qué su tía quería que la esperara y no estaba por la labor. Necesitaba salir de ese hospital ya.

—Quiero ir a la OADASV —explicó—, a ver si, con suerte, puedo hablar personalmente con April Sommerfield. No puedo irme sin agradecerle todo lo que ha hecho por nosotras y disculparme por enésima vez… La mujer se ha tomado tantísimas molestias para que viniera a dar el curso y mira cómo ha acabado todo…

Dottie la siguió hasta que al fin la tomó por un brazo, obligándola a detenerse.

—Y después de que salgas de la OADASV, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé… Supongo que ir al hotel un rato, desmoronarme en el sofá y seguir con las

llamadas mientras mi rodilla se recupera un poco. ¿Por?

Dottie se cruzó de brazos.

—¿Y entre esas llamadas, está la de Ken Bryan? Ya te había llamado varias veces antes de que yo me fuera. Y aunque cada vez mientes mejor, he de admitirlo, me he dado cuenta de que has puesto tu móvil en silencio y de que hace un momento volvió a la vida. Era él, ¿verdad?

Chris respiró hondo.

—Ya hablé con él. Y no, no tengo intenciones de volver a hacerlo.

—¿Por qué no? —dijo Dottie, con el ceño fruncido.

—Porque nos vamos mañana y no tiene ningún sentido que sigamos en contacto.

—¡¿Y por qué no?! —volvió a decir la mujer, cada vez más perpleja.

Fue entonces cuando Dottie comprendió la jugada de su sobrina. Decía que había hablado con Ken, pero no le había dicho que sería la última vez que estarían en contacto. De ahí, que él hubiera seguido llamando.

Y de ahí, que ella hubiera silenciado el móvil.

—Vas a despedirte a la francesa —concluyó, desilusionada.

Chris tuvo que reconocer que así, dicho con todas las palabras, sonaba fatal. Además de muy impropio de ella. Pero…

—¿Y qué quieres que haga, tía? Ken está convencido de que es un príncipe y que yo soy su princesa. Y, como sabes, dejé de creer en los cuentos de hadas cuando aún no había cumplido los diez años.

¿A qué había venido eso? ¿Por qué estaba ahora desempolvando recuerdos terribles de su infancia? De pronto, el desconcierto de Dottie se convirtió en ternura. La que Chris siempre le había inspirado por su valentía, por su enorme corazón, por su determinación de proteger a Lilly al precio que fuera.

—Es un príncipe —le dijo—. Un príncipe que ha demostrado ser perfectamente capaz de devolverte la fe en los cuentos de hadas. ¿No se merece al menos una conversación cara a cara? —La tomó por los brazos con suavidad—. ¿No te mereces tú serle sincera? No eres una cobarde, nunca lo has sido. Si te vas sin dar la cara, te arrepentirás y lo sabes.

Chris no pensaba seguir dándole vueltas a ese asunto. ¿Se arrepentiría? Seguramente, sí. Pero llegados a ese punto, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa antes que volver a enfrentarse a esos ojos que irremediablemente le desnudaban el alma. Dejarse convencer de que tenían un futuro juntos sería un error mucho más grave.

Besó la mejilla de su tía con afecto.

—Intentaré tardar lo menos posible. Gracias por estar aquí, Dottie. No sé qué habría hecho sin ti estos días —le dijo.

Y, a continuación, apuró el paso hacia la salida.

April Sommerfield recibió encantada la visita de Chris. Pidió que les sirvieran bebidas y unos tentempiés, y la atendió como si no tuviera otra cosa que hacer, algo que a Chris, que conocía su apretada agenda, la tocó profundamente.

Después de ponerla al día sobre el estado de Lilly y la organización del vuelo medicalizado que al día siguiente las devolvería a ambas a Canadá, juzgó oportuno no robarle más tiempo.

—Le agradezco infinitamente todas sus atenciones. Créame que lamento mucho no haber podido cumplir con nuestro acuerdo. Tenía tantas ganas de dar este curso…

April le restó importancia con un gesto.

—Soy de las que piensan que no hay mal, que por bien no venga y en este caso, la primera evidencia es que tres semanas seguidas de formación es mucho tiempo. Algunas alumnas, entre ellas Evelyn James, me han preguntado si sería posible dividirlo en dos partes o, quizás, hacer una parte presencial y la otra telemática. Me han dicho que se les atrasa mucho el trabajo, y ya sabemos que nuestro trabajo no es algo que pueda esperar, ¿verdad?

—Ahora que lo dice, es algo en lo que también estuve pensando… Me refiero a antes que el accidente de Lilly pusiera mi mundo del revés —matizó con una sonrisa forzada—. Cuando Evelyn me invitó a visitar su residencia, pensé que para que las alumnas pudieran aprovechar a fondo la formación, estaría bien personalizarla un poco más. Es cierto que las políticas son las mismas para todos los centros, pero también lo es que el tipo de mujeres que acoge cada uno determina sus necesidades específicas. Por ejemplo, si las residentes son mayoritariamente menores de veinticinco años o si todas tienen hijos… Porque entonces la presencia de niños determina el funcionamiento del día a día de una forma distinta. O si tienen enfermedades crónicas, ya que en ese caso la responsable del centro en cuestión necesita poder afrontar también otro tipo de problemas.

Chris notó que April la escuchaba con interés, pero era muy consciente de que lo que estaba planteando era un nivel formativo demasiado caro para la mayoría de las asociaciones y organizaciones no gubernamentales que, lógicamente, preferían emplear sus limitados recursos en ayudas efectivas a los colectivos necesitados y no a formación de su personal.

—¿Y en qué había pensado usted?

—Creo que sería más efectivo plantear una formación a largo plazo. Un fin de semana al mes durante seis u ocho meses, por ejemplo. Y que tuviera lugar en un centro distinto del estado cada vez, no en la sede principal. Intercambiar experiencias in situ, ver cómo son las cosas en otras residencias, en mi opinión, sería una enseñanza más eficaz y más adaptada a la naturaleza de las alumnas. Hay que tener en cuenta que son personas acostumbradas a lidiar con historias muy duras cada día, a improvisar y a resolver sobre la marcha porque saben que de su capacidad de resolución depende el futuro de las personas que están a su cargo. Su forma de aprender es arremangarse y meterse hasta el cuello en la tarea.

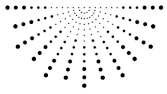
—La suya también, ¿verdad? —April le ofreció una cálida sonrisa—. Estudiaré su propuesta, Chris.

—No, por favor, no es una propuesta… Solo son unas cuantas… ¿Divagaciones? —dijo con un punto de humor—. Teniendo en cuenta lo absorbida que me ha tenido el accidente de mi hermana, creo que no sería una exageración llamarlas así… El curso que usted ha organizado es fantástico. El solo hecho de que exista un curso semejante está marcando un antes y un después en la formación tradicional. Son solo ideas que se me han ocurrido. Ideas que hay que analizar muy bien y ver si son viables. Nada más, April.

—Nada más, no. Vienen de usted, querida amiga. Y si vienen de usted, merecen toda mi atención. Le prometo que se la daré. Pensaré con detenimiento en lo que me ha dicho y hablaremos de ello cuando el momento sea propicio. Ahora usted tiene que dedicarle su atención a Lilly. Cuando su vida haya vuelto a la normalidad, entonces, hablaremos. ¿Le parece bien, Chris?

—Claro. Me halaga, April. Muchas gracias.

CAPÍTULO OCHO



Ken volvió a subir a su furgoneta, pero no la puso en marcha. Tampoco prestó atención a la algarabía de sus perros, que lo estaban recibiendo como si no hiciera apenas cinco minutos que se había apeado.

El recepcionista de turno del aparthotel lo conocía, era el mismo muchacho joven que le había franqueado la entrada otras veces sin poner la menor objeción. Esta vez, le había dicho que Chris no había llegado todavía, así que debía creerle. Pero si no estaba en el hospital y tampoco estaba en el hotel, ¿dónde estaba? Tenía que reconocer que el hecho de haberse pasado el día hablando con su maldito buzón de voz, tenía mucho que ver en esa persistente sensación de que Chris lo estaba evitando. Pero como no se trataba de una actitud propia de ella, ni tampoco estaba acostumbrado a que la gente lo evitara, seguía diciéndose que ella estaría lidiando con algún administrativo inepto, de los que siempre ponen pegas a todo, para conseguir fletar el bendito avión. Que ya le devolvería la llamada cuando le fuera posible.

Antes, había llamado al hospital pidiendo que le pasaran con la habitación de Lilly. Lo había atendido su tía y le había dicho que Chris no estaba allí. Al preguntarle por su paradero, la mujer había respondido que lo único que sabía era que estaba ocupada organizando el vuelo medicalizado. Entonces, lo había dado por bueno sin más. Ahora, ya no estaba tan seguro. Habían pasado horas. ¿Tan complicado era coordinar uno de esos viajes?

Ken frunció el ceño al recordar algo. ¿No era Daniels el que se ocupaba de los asuntos relativos al seguro de viaje del personal? Sí. El «papeleo» era asunto suyo. Se lo había escuchado decir.

Todo aquel tema le escamaba más cada minuto que pasaba. La última conversación que había mantenido con Chris regresó a su mente y al recordarla, la sensación de que lo estaba evitando se hizo mucho más real.

En aquel momento, el morro de uno de sus perros empujó su brazo, lo devolvió a la realidad, haciéndolo sentir un poco culpable. Era Noah, que reclamaba su atención. Frotó su cabeza y enseguida apareció la de River en el espacio que separaba los dos asientos delanteros. Los acarició, primero a uno y después al otro.

—Estáis hartos de tanto coche, ¿eh? Tenéis razón. Lo siento, chicos.

Como si le hubieran entendido, los cachorros empezaron a revolucionarse. Pasaban uno por encima del otro para asomarse por la ventanilla y emitían ladridos excitados. Ken se giró en su asiento para poder verlos. Ellos siempre se las arreglaban para arrancarle una sonrisa. Eran dos perros geniales.

Exhaló un suspiro. La irritante sensación persistía, pero se negaba a hacerle caso. Seguro que

había una buena razón para que Chris no diera señales de vida.

Asintió con la cabeza varias veces. Claro que sí, pensó.

Entonces, decidió qué hacer; él y sus perros se quedarían allí.

En algún momento, Chris regresaría al hotel y seguro que le haría muchísima ilusión ver el comité de bienvenida tan especial que la estaba esperando.

CHRIS GIRÓ en la calle donde estaba su hotel mientras hablaba por móvil con Jamie. Andaba despacio, el dolor de la rodilla era muy agudo y después de tantas horas de aquí para allá, sus pies también habían empezado a quejarse. Estaba deseando llegar y poner las piernas en alto. Sería solo un rato, ya que tenía mucho por hacer. El vuelo especial de Lilly estaría dispuesto para despegar a las diez de la mañana.

—¿Y qué tal están las cosas por ahí? —le preguntó. Jamie estaba al tanto de que las fotos, tal y como él le había dicho que sucedería, habían llegado a los medios de comunicación.

—De momento, como siempre. Hasta la hora de cerrar, no habíamos recibido llamadas extrañas ni visitas no deseadas. Ya veremos qué pasa el lunes. Que yo sepa, aquí ningún periódico ha recogido la noticia todavía. Además, por lo que me has contado, no se menciona tu nombre, ni nada sobre tu vida o tu trabajo. Quizás, te libres y no te abochornen más… Si te quitas de su radio de acción, claro. De otra forma, y con perdón de la expresión, estarás jodida.

Jamie había sonado frío y bastante cortante, señal de que las cosas seguían muy tensas entre los dos. A Chris le dolía que fuera así, pero él no era su principal preocupación en aquellos momentos. A horas de abandonar Nashville, lo que más le preocupaba era Ken Bryan. Tenía sentimientos encontrados al respecto. Por un lado, llevaba todo el día con un vacío en el estómago que, ahora sabía, no estaba relacionado con el disgusto de verse en las noticias. Era angustia. Angustia por marcharse y no volver a verlo. Una angustia brutal, desconocida para ella. Nunca había sentido algo semejante.

Por otro lado, estaba nerviosa. Llevaba horas evitando a Ken porque sabía que, cuando estaban juntos, su sentido común se rendía ante unas emociones demasiado poderosas para oponerles resistencia. De ahí, que hubiera elegido algo tan impropio de ella como una despedida a la francesa. Estaban en juego asuntos demasiado importantes, no podía permitirse sucumbir. Pero si algo había aprendido de Ken en el poco tiempo que llevaban juntos era que él no era alguien previsible. De modo que sus nervios continuarían a flor de piel hasta que ocupara su asiento en la cabina y el avión estuviera en el aire. Quizás, incluso, ni siquiera entonces.

—Crucemos los dedos para que siga así. Mañana ya no estaré aquí, así que… Bueno, te dejo. Gracias por todo, Jamie. Ya hablaremos mañana —se despidió.

Chris se detuvo brevemente para guardar el móvil en el bolso y sacar la llave de su habitación. Aprovechó para descansar unos instantes. Estaba exhausta, física y emocionalmente agotada. Y desquiciada. Desde que se había visto en las páginas centrales del semanario *Gossip* no había vuelto a quitarse las gafas de sol, aterrada de que alguien la reconociera.

Qué locura.

Exhaló un suspiro y reanudó la marcha.

Un instante después, los ladridos de unos perros la dejaron clavada al suelo. Dirigió su mirada hacia el lugar donde dos preciosos cachorros de Terranova agitaban sus colas, presos de

la alegría al reconocerla. A su lado, el hombre más alucinante que habitaba la faz de la Tierra mostraba su alegría a su manera; sonreía. Era una de sus sonrisas que quitaba el hipo.

Tan dueño de sí mismo y cautivador, como siempre.

Como si la prensa no hubiera recogido un momento íntimo de los dos y estuviera a la caza de más.

Como si esas fotos no estuvieran en boca de todos los que la conocían a ella; su jefe, los jefes de su jefe en la oficina central, sus compañeros de trabajo, su familia…

Tan tranquilo y relajado como si aquel fuera un día de lo más normal.

CHRIS REANUDÓ su marcha a toda prisa de pura indignación. Ignoró a los cachorros que corrían hacia ella arrastrando sus correas.

También ignoró al dueño de los perros que, con la sonrisa algo desdibujada, siguió el mismo recorrido que sus mascotas.

—¿Qué haces aquí? —fue todo lo que le dijo al pasar a su lado—. ¿Te has vuelto loco?

Y no hizo el menor ademán de detenerse. Al contrario, continuó todo lo rápido que le permitía su bastón hasta el aparthotel y entró por la puerta principal.

—Buenas tardes, señorita Thompson. ¿Qué tal está su hermana?

—Hola, Dennis… Mucho mejor, gracias. —Si le decía que se marcharían al día siguiente, el muchacho le haría preguntas. Lilly le gustaba y con toda seguridad querría despedirse de ella. De modo que no se lo dijo. Se las arregló para ofrecerle una sonrisa y no se acercó al mostrador. De hecho, casi no se detuvo.

—Me alegro mucho. Ya me avisará cuándo puede recibir visitas… Ha llegado esto para usted —dijo tendiéndole un sobre.

—Ah, muy bien. Gracias.

Chris lo cogió, lo metió en el bolso de mala manera y atravesó la recepción en dirección al pasillo que comunicaba con las habitaciones.

Mientras tanto, en la acera, Ken seguía intentando atar los cabos. Llevaba horas tratando dar con ella y cuando al fin volvía a tenerla en su campo visual, ella le soltaba un nada estimulante «¿te has vuelto loco?». Estaba loco, sí. Por ella. Y esa no era la acogida que había esperado por su parte. ¿Qué narices sucedía?

Después del primer momento de shock, Ken la siguió. Y sus perros lo siguieron a él. Antes de entrar, los cogió de la correa. Eran obedientes, pero siempre enloquecían en presencia de Chris. Eran muy capaces de echar a correr tras ella.

En cuanto el recepcionista vio a los perros, salió de detrás del mostrador.

—No, no… Señor Bryan, lo siento, no se admiten animales en este establecimiento…

Qué suerte, pensó Ken, contrariado.

—¿Puedo pedirte un favor? Son muy obedientes y muy tranquilos. ¿No hay algún despacho donde puedan quedarse? Solo será un ratito —enlazó sus manos como si estuviera rogando y añadió—. Por favor.

El muchacho lo miró dudoso.

—Me buscará un problema, señor Bryan…

—Un ratito —insistió Ken—. Te lo prometo. No harán ningún ruido, son buenísimos y están

adiestrados.

Al final el chico asintió.

—De acuerdo… Pero, por favor, no tarde.

Ken se inclinó hacia sus perros, buscó el contacto visual.

—Id con él y sed muy buenos, ¿está claro? —les frotó la cabeza—. No tardo nada.

Ken le entregó al joven las correas y se alejó con rapidez.

CHRIS NO HABÍA PUESTO su pierna en alto. Ni siquiera se había sentado un rato para recuperarse. Ver a Ken esperándola, había disparado su nerviosismo a niveles estratosféricos y ahora no podía estarse quieta. Sumado al enfado por la tranquilidad con la que él parecía estar tomándose algo que había puesto su mundo del revés, había sido demasiado; de ahí a entrar en una actividad frenética la había separado el tiempo suficiente para soltar el bolso en la mesa del comedor y quitarse las sandalias para darle un respiro a sus pies.

No le faltaban cosas que hacer. Aparte de su propio equipaje, también tendría que hacer el de Lilly y ella no iba ni siquiera de fin de semana sin una maleta llena de cosas. A Nashville había traído tres.

Había ropa usada sobre el respaldo de la silla y ropa limpia y planchada, que la camarera había dejado sobre la cama, de modo que buscó unas bolsas de plástico en el armario empotrado para guardar las que lavaría cuando llegara casa. Ya no daba tiempo a enviarlas al servicio de lavandería.

Mientras metía la ropa sucia en una bolsa, se puso a pensar que, con un poco de suerte, quizás todavía podía librarse del cara a cara. Ella no había reaccionado nada bien al verlo tan tranquilo, esperándola a las puertas del hotel y no se había molestado en disimularlo. Otro, en su lugar, leería entre líneas y lo dejaría estar. ¿Qué haría Ken Bryan?

La respuesta le llegó un instante después en forma de dos golpes en la puerta.

Chris soltó la camiseta que tenía en la mano y respiró hondo.

Maldita sea.

Se dirigió a la puerta, la abrió y permaneció en silencio, mirando a Ken. No había rastro de los perros. Estaba solo y, como casi siempre, tenía una pequeña botella de agua en una mano.

—¿Puedo pasar…? —dijo él intentando reconocer en aquel rostro serio algún rastro del ser que lo había cautivado mucho antes de saber siquiera su nombre.

Chris respiró hondo.

—¿Que no haya respondido a tus llamadas, no debería ser suficiente respuesta?

Ken se puso su única mano libre en el bolsillo de atrás de sus pantalones y cerró el puño. Luchó contra sí mismo, contra su orgullo herido que siempre había sido su talón de Aquiles, contra ese demonio que dentro suyo no paraba de gritar airado cómo permitía que le hablaran de aquel modo. Quería ignorarlo. Debía ignorarlo. Pero tras toda una vida jugándole malas pasadas, impulsándolo a cometer los peores errores, seguía teniendo un enorme poder sobre él.

—Respuesta, ¿de qué? ¿Qué es lo que ha cambiado tanto desde esta mañana, cuando desayunábamos en el parque?

Chris no daba crédito a sus oídos y el gesto de su rostro lo dejó bien claro. Por si no hubiera sido suficiente clara, también lo puso en palabras.

—¿Estás hablando en serio? Si es así, tendré que pensar que acabas de llegar de Marte y no te has enterado de nada. Lo cual, obviamente, no es cierto.

Otro huésped pasó por detrás de Ken. Sus miradas se cruzaron, la del tipo en cuestión dejaba claro que lo había reconocido. Probablemente, se estaría preguntando qué hacía él allí, en mitad del pasillo. Lógico; si eres Ken Bryan y acudes a ver a una mujer a su habitación, no es para quedarte en la puerta, precisamente.

—¿Puedo pasar o vamos a seguir hablando a la vista de todo el mundo?

Chris retrocedió, abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

Ken asintió con la cabeza a modo de agradecimiento. Siguió a Chris hasta la mesa del pequeño salón. Ella le indicó que tomara asiento e hizo lo mismo frente a él.

Ken dejó su pequeña botella de agua mineral sobre la superficie lustrosa y la miró.

Había tanta confusión y tanto dolor en aquellos ojos grises que Chris no pudo soportarlo. Desvió la mirada hacia el vaso de té rojo que había quedado sobre la mesa, seguía allí junto con la caja de bombones *GooGoo* y los brownies que él había traído la noche anterior. Llevaba horas intentando decidir cómo afrontar el asunto con Ken y, dado que no había llegado a ninguna decisión y él ya estaba ahí, frente a ella, no había lugar para más.

—Esperaba que entendieras que no quiero seguir con esto. Normalmente…

—Esto, ¿qué? —la interrumpió él.

—Esto. Como sea que se llame lo que ha habido entre nosotros…

Evitó aquella mirada que le desnudaba el alma y cogió un brownie. No pensaba comérselo. Necesitaba hacer algo con sus manos y se puso a quitarle las pepitas de chocolate, que fue alineando sobre la mesa, una junto a otra, con la esperanza de que su cerebro hiciera lo mismo con sus pensamientos. Necesitaba imperiosamente poner orden en su mente.

—Vuelvo a Toronto mañana por la mañana. El vuelo sale a la diez. Lilly tiene por delante varios meses muy complicados. No solo por sus lesiones… Todo indica que perderá el año en la Escuela de Alta Cocina. Si no le permiten asistir como oyente, las ausencias la dejarán fuera del programa. Para mí es lo de menos, dadas las circunstancias, pero para ella es un mundo… Lleva años soñando con ese día. —Volvió a respirar hondo y lo miró—. Entre el millón de cosas que aún no sabemos el uno del otro…

El brillo en sus ojos le informó a Ken que aquella última frase había sido quizás lo más parecido a una recriminación que oiría de sus labios. Chris era una persona generosa, empática. Estaba midiendo sus palabras para no hacerle daño. Aun así, a Ken le dolió. Si no sabían más el uno del otro era por las circunstancias, no por falta de interés o porque alguno de los dos estuviera deliberadamente intentando ocultar información. Lo que compartían era especial, tenían una relación mágica; solo necesitaban tiempo. Solo eso.

Le dolió tanto que una vez más la interrumpió.

—Soy consciente de que Lilly lo está pasando mal y sí, también de que hay un millón de cosas que no sabemos el uno del otro. Pero ¿qué tiene que ver todo lo que me estás contando con el hecho de que quieras largarte sin dar la cara? Porque deduzco que eso es lo que pretendías al no atender mis llamadas. ¿Pensabas irte sin más?

Por más vergonzoso que sonara esa había sido su intención. Que él entendiera que ella ya no estaba interesada en seguir adelante con lo que tenían y lo dejara estar. Sabía que era un tipo vanidoso, él mismo lo había reconocido infinidad de veces. Con un poco de suerte, su rechazo le tocaría la moral y daría carpetazo a aquel asunto que, en realidad, nunca debería haber empezado. Por lo visto, además de una cobardía inaceptable, también había sido un craso error.

—Supongo que quería evitarnos este mal momento.

—¿Supones? —Ken la miró asombrado. Su indignación crecía—. Esto es de locos… Soy una persona pública. Me siguen. Me piden autógrafos y selfis. Me hacen fotos y muchas de ellas acaban en los periódicos. ¿Vas a decirme que no contabas con que en algunas de esas fotos saldrías tú? ¿Que no se te había cruzado por la imaginación que si la prensa, que vive inventándome romances desde hace doce años, encontraba fotos mías comiéndole la boca a una mujer en un aparcamiento subterráneo, lo que claramente implica que estoy intentando ocultarme de la vista de todos, no las publicaría? ¿Que todo esto te ha tomado por sorpresa? Espero que no. Eres demasiado inteligente para no imaginarte que esto acabaría pasando antes o después. Así que inventa otra excusa. Esta no funciona.

Y con esas, Ken se puso de pie.

Chris lo vio alejarse unos pasos. Estaba enfadado. Sacudía la cabeza. Era evidente que intentaba contenerse de decir lo que pensaba. La cuestión era por cuánto tiempo más podría hacerlo.

«Esto era justamente lo que intentaba evitarnos a los dos», pensó antes de responder lo que seguramente dispararía aún más la irritación de Ken.

—No es una excusa.

—¿Y entonces qué es? —repuso airado. Sus ojos taladrándola.

—Creo que esto se nos ha ido de las manos. No te culpo. Soy tan responsable como tú. Creo que fue un error desde el principio. Porque tu vida y la mía, como te he dicho en más de una ocasión, circulan por carriles muy diferentes.

Él exhaló un suspiro irritado. Miró alrededor en un intento de no sentirse tan extraño, tan fuera de lugar. Sus ojos repararon en el sofá donde hacía apenas unas horas habían compartido unos momentos que jamás olvidaría, los más íntimos que un hombre y una mujer podían compartir. Había sido el tío más feliz del mundo en aquel sofá, se había sentido tan realizado y tan completo como nunca antes. Con esa certeza profunda, absoluta, de que ese era su lugar en el mundo, junto a ella. Había acariciado el cielo con la punta de los dedos. Y ahora estaba allí con una completa extraña, sintiéndose el último mono del planeta. ¿Cómo había pasado de estar en las nubes a estar medio muerto después de estrellarse contra el suelo? No entendía una sola palabra.

Al fin, Ken respiró hondo armándose de paciencia y volvió a intentarlo.

—A ver, Chris… Que nos hayan pillado en un momento así es una mierda, no voy a negarlo. Pero lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con lo que esas fotos insinúan. Y siempre habrá fotos, ¿qué más da? Son solo eso, fotos. No modifican en nada la magia que hay entre tú y yo.

Chris tragó saliva. El tan temido momento estaba allí; acababan de llegar al quid de la cuestión.

—Puede que para ti sea irrelevante que la mujer de esas fotos sea yo. Para mí, no. Lo que hago es importante…

—¿Y lo que yo hago no? —volvió a interrumpirla.

—Lo que quiero decir es que… —Chris hizo una pausa. ¿Había alguna forma de decir lo que tenía que decir sin que él lo tomara como una ofensa?—. Me he pasado la vida preocupada por realidades que están tan lejos del alcance de esas mismas cámaras que te adoran, que me cuesta entender que ambas cosas coexistan en un mismo planeta… El Proyecto Semillas nunca ha recibido ni recibirá siquiera un uno por ciento de la cobertura mediática que tiene tu última novia

o tu nuevo peinado… Y cuando sabes, porque lo has visto con tus propios ojos, lo imprescindible que es para tantísima gente cada dólar que ese proyecto recauda, y lo que cuesta recaudarlo… Te dan ganas de tirar la toalla. Es una lucha constante entre agarrarte a patadas con el mundo o apretar los dientes y seguir. —Chris respiró hondo—. ¿Y resulta que ahora voy a acaparar titulares por ser la mujer que besabas en un aparcamiento subterráneo en vez de por los años que llevo haciendo sacrificios, partiéndome la espalda en lugares perdidos de la mano de Dios?

Durante unos instantes el silencio reinó en la habitación. Un silencio denso, doloroso.

—No hablas en serio —fue todo lo que él logró decir cuando la rabia y el orgullo herido le devolvieron la capacidad de expresarse con palabras.

—Y tan en serio. Hoy han sido esas fotos. Mañana, será cualquier otra cosa. Tienes razón, siempre habrá algo. Porque aunque digas que vives de tu música, te mueves en un entorno donde los trapos sucios, los engaños y las bajezas valen su peso en oro. Pero yo no vivo en ese mundo y no puedo permitirme esto. Trabajo para una organización muy importante que tampoco puede permitirse que mi nombre y mi labor humanitaria se vean salpicados por cosas como esta. No quiero verme allí, Ken, siendo la comidilla de todos. ¿Lo entiendes? Ese es tu mundo, no el mío.

Él sacudió la cabeza como si con aquel movimiento esperara conseguir que su cerebro pusiera algo de sentido en lo que estaba oyendo. Regresó a la mesa y tras apoyar ambas manos sobre la superficie, se inclinó hacia Chris.

—¿Por qué hablas de tu mundo y de mi mundo? Somos tú y yo, solo hay un mundo; el nuestro. El que vivimos juntos. Lo que deseamos, lo que soñamos, los planes que hagamos… Y esa conexión, esa magia, que transforma todo lo que tocamos, lo que somos y lo que hacemos… Todo lo demás no existe. Es una invención de otros. No es real, Chris. Lo único real somos tú, yo y lo que sentimos el uno por el otro.

Conmovida por sus palabras, Chris posó su mano sobre la de Ken. Pero la retiró enseguida. Tocarse, desatar esa locura que apenas conseguía controlar cuando estaban separados y era casi imposible de dominar cuando estaban juntos, era lo último que quería hacer. No les convenía a ninguno de los dos.

—La invención se vuelve real cuando llega a los periódicos y todo el mundo empieza a hablar de ella. Para ti es un precio que has de pagar para conseguir tus sueños. Para mí es un serio varapalo. A lo que soy, a lo que pienso y a lo que defiendo como persona. A mi trabajo y también a mi prestigio. Si seguimos, acabaremos haciéndonos mucho daño. Y yo no me perdonaría hacerte daño. —Tras una pausa, pronunció las temidas palabras—: Es mejor dejarlo aquí, Ken. Por favor.

Ken respiró hondo. Al demonio ya no había forma de mantenerlo amarrado. Desde que había salido a relucir la palabra «prestigio», soltaba dentelladas, revolviéndose como un animal herido. Y después de oír su última frase, él también se rebelaba. Se rebelaba ante una situación a la que no estaba acostumbrado y ahora sabía que ya nunca se acostumbraría; esa clase de rechazo lo hería en lo más profundo de su ser. No soportaba la idea de que millones de mujeres en el mundo se desvivieran por tener sus atenciones y a ella, la única que a él le importaba de verdad, le preocupara el que dirán. Su prestigio. Como si él fuera un apestado que pudiera contagiarle una enfermedad mortal.

Su ego sangraba a raudales cuando Ken estiró la mano para coger su botella de agua de la mesa, evidentemente dispuesto a irse.

—Muy bien. —Asintió dos veces con la cabeza, reafirmando lo dicho. El brillo de sus ojos delató la rabia que lo sacudía por dentro—. No es mi estilo forzar a nadie a hacer lo que no

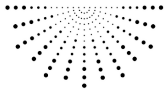
quiere. Así que… Buen viaje de regreso a tu mundo. Espero que el daño que mis trapos sucios le han causado a tu prestigio no sea irreparable.

Un instante después, dio media vuelta y abandonó la habitación sin molestarse en cerrar la puerta.

Chris permaneció inmóvil. Mirando el lugar por donde Ken acababa de marcharse sin atinar a nada, consciente del enorme baño de realidad que acababa de recibir. El hombre tierno, ingenioso y dulce como la miel que llevaba un mes y medio cautivándola hasta el punto de haber logrado que ella hiciera una locura… Ese hombre no era real.

El Ken real era el tipo altivo y pagado de sí mismo que acababa de largarse, dejando una estela de superioridad tras de sí.

CAPÍTULO NUEVE



Ken había abandonado el aparthotel y se había subido en su F-150 acompañado por sus perros y un concierto de ladridos. Esta vez no los había hecho callar. Necesitaba desesperadamente no pensar. Porque en el momento en que lo hiciera, acabaría en un garito de mala muerte, puesto hasta las cejas.

Después de hora y media dando vueltas por la ciudad con sus perros en la parte de atrás, todavía seguía hirviendo por dentro. Necesitaba aturdirse. Entretenerse. Mantener su mente ocupada en otras cosas. Y aunque sabía que tenía que tener muy mal aspecto porque se sentía físicamente mal, se dirigió hasta su nueva casa, donde sabía que hallaría a su familia, trabajando para ponerla habitable.

Soltó a los perros en el pequeño jardín delantero que conectaba con el patio que había en la parte posterior y entró en la vivienda con su mejor sonrisa, pero sin detenerse.

—Hola a todos… —dijo camino de su habitación—. Si no me doy un baño ahora mismo, os voy a desmayar a todos y dentro de veinte años seguiréis metiéndoos conmigo por esto. Así que… ¡Al agua pato! Vuelvo en un rato, cuando esté presentable y huela bien.

Y con esas se metió en su cuarto, cerró la puerta. Apoyó la nuca contra la pared y apretó los párpados.

Sentía la sangre hirviendo a borbotones. Estaba rabioso. Airado. Muy herido.

Tenía tantas ganas de liarse a puñetazos con las paredes…

Pero lo más terrible de todo lo que le pasaba, lo más intenso y sobre lo que no tenía absolutamente ningún poder era lo que sentía por Chris. La adoraba. A pesar de sus palabras, de que ella estuviera anteponiendo sus propios intereses, de que lo hubiera hecho sentir un mamarracho…

A pesar de todos los pesares, estaba enamorado de ella.

Y no tenerla, la idea de no volver a abrazarla, ni a besarla, ni a perderse en aquellos ojos que seguían siendo un remanso imprescindible para él…

¿Cómo iba a arreglárselas sin algo que necesitaba más que el aire que respiraba? Sobreponerse a su ausencia sería imposible. Insoportable.

Mucho peor que la peor de sus adicciones.

En el salón comedor de la nueva casa, todos se quedaron de una pieza. Robert, que era el

único que estaba sentando, se levantó.

—Voy a ver a Ken —dijo.

Jim lo detuvo.

—Déjalo, papá. Está claro que ha pasado algo, pero no sé por qué me da que es de naturaleza personal y ya sabes que es como una ostra con sus cosas. Ya dirá algo cuando se calme.

Robert se volvió a mirar a su hijo.

—¿En estos tres años no has aprendido nada, Jim? No podemos dejarlo estar. Si no quiere hablar, que lo diga. Pero es necesario que sepa sin el menor género de duda que su familia está aquí, que nos hemos dado cuenta de que algo le sucede y de que no vamos a mirar para otro lado. ¿Estamos?

Jim decidió que no era el momento de ponerse a discutir con el cabeza de la familia. Retiró la mano de su brazo y Robert reanudó el camino hacia el interior de la casa.

—Tu padre sabe lo que hace —comentó Doreen. Estaba en la gran mesa del comedor, repartiendo en recipientes para congelación porciones del guiso de cordero con verduras que había estado preparando.

—Normalmente, es así —intervino Tim—, pero tratándose de Ken, a veces es complicado saber lo que hay que hacer.

Jim asintió con la cabeza mostrando su acuerdo. Su querido hermanito era un perro verde, sobre todo en «cuestiones sentimentales».

Doreen se dio la vuelta a mirarlos. Jim y Tim estaban arrodillados frente a la mesa ratona, uno a cada lado, lijándola para luego renovar la capa de barniz.

—No hacer nada no es una opción, chicos —les dijo—. Hace tres años que dejó de serlo.

—KEN, ¿puedo pasar? —dijo Robert tras golpear con los nudillos en la puerta.

Ken se apartó sobresaltado. Empujó su pelo hacia atrás con las dos manos.

—Iba a bañarme, papá…

Robert titubeó unos instantes. Personalmente, tampoco llevaba bien que la gente intentara sonsacarle sobre sus preocupaciones, de modo que podía concederle a Ken que prefiriera evitar hablar en aquel momento. En circunstancias normales, lo habría dado por bueno y se habría marchado por donde había venido. Ahora no. La caída de su hijo en el abismo de las adicciones no le daba otra opción.

—Abre, hijo… Por favor.

Ken respiró hondo. Bajó la cabeza pensando que ese era el lado malo de tener a los suyos en Nashville; nada era realmente privado. Ni siquiera su jodida vida privada.

Dio un paso atrás e hizo lo que su padre le pedía.

—¿Lo que sea que quieras no puede esperar a después de que me duche? Huelo a tigre y no me soporto cuando estoy así.

En vez de responder con palabras, Robert pasó junto a él hacia el interior de la habitación y se detuvo cerca del mueble tocador donde había una pila de cajas de mudanza aún sin desempacar.

—¿Qué ha pasado? ¿Has podido dar con Chris?

Tan solo la mención de su nombre había puesto en marcha una reacción en cadena dentro de

Ken. Primero, un dolor en la boca del estómago. Después, un escalofrío que le había recorrido la espina dorsal. «Como para hablar del tema…», pensó con sorna.

—Sí, estaba en el hotel. Y lo que pasa es que vuelve mañana a Canadá y ha decidido que no sigamos con lo nuestro.

Lo había dicho de carrerilla y, una vez puesto en palabras, Ken miró a su padre directamente a los ojos, intentando mantener bajo control el enorme caos emocional que campaba a sus anchas dentro de él.

Robert permaneció en silencio, mirándolo mientras ataba los hilos de la poca información que tenía acerca de la relación que su hijo mantenía con Chris. Lo primero que surgió con claridad fue que ella debía haber visto las imágenes publicadas por la prensa amarilla y, obviamente, no le había gustado verse allí. ¿Le había desagradado tanto como para poner fin a la relación? Era una posibilidad. Había gente muy celosa de su privacidad. Por otro lado, cualquier mujer que saliera con su hijo sabía de antemano a qué se exponía. Ken había sido un objetivo de la prensa amarilla mucho antes de haber cobrado el estatus de estrella de la música. Podía empapelar el rancho entero con los artículos malintencionados que habían escrito sobre él a lo largo de los años.

—Ha visto los periódicos —dijo Robert.

—Ha visto la revista que Tom comentó que se había agotado. *Gossip* —precisó. Ambos sabían la clase de perros de presa que editaban esa publicación. Los bulos más virulentos que habían circulado sobre él, se habían iniciado en la redacción de aquel semanario.

—Se habrá asustado, Ken. Y no me sorprende. Esa gente… Los *paparazzi* dan miedo. No tienen escrúpulos y para peor, parecen tener el don de la ubicuidad.

Ken no pudo evitar una mueca irónica. No era miedo. De haberlo sido, la conversación en el hotel habría ido por derroteros muy diferentes y él no se sentiría un imbécil, un mamarracho, como se sentía.

—Sabe quién soy. ¿Qué esperaba? ¿Salir conmigo y que nadie la descubriera? Eso no es nada realista. Además, ¿qué pasa con esas fotos? No estábamos atracando un banco ni dándole una paliza a nadie. Nos besábamos. La última vez que lo miré, el 99.99 % de las mujeres menores de cuarenta años se pegarían por ser las primeras en ocupar su lugar en esas fotos…

—Haré de cuenta que no has dicho lo que acabas de decir —espetó Robert.

Si sus palabras no habían sido lo bastante explícitas, notar la mirada totalmente desaprobatoria de su padre le hizo sentir aún más mamarracho.

—Mira, papá… Estoy cansado, malhumorado y huelo fatal. Tranquilo, se me pasará. Y entonces, si quieres, seguiremos hablando de esto. Pero ahora…

—No la conozco apenas, pero no suelo equivocarme con la gente y diría que Chris es una mujer madura, razonable y muy inteligente. No de la clase que tiene caprichos tontos y reacciona en consecuencia. Así que, si te ha dicho que no quiere seguir adelante con vuestra relación, yo me preguntaría qué es lo que sucede realmente. ¿Quizás creía que podría con esta clase de sustos y ahora, al verse enfrentada a la realidad, ha cambiado de opinión? Tampoco me ha dado la impresión de ser de las que se asustan con facilidad… Tiene aspecto de persona resuelta, valiente.

Era valiente. Y resuelta. Y generosa… Ken exhaló un suspiro. ¿Por qué no podía detestarla, como hacía cualquier tipo al que una mujer le había partido el corazón? ¿Por qué tenía que ser distinto hasta en eso?

—O quizás no he sido más que alguien con quien pasar el rato y ahora que vuelve a Canadá,

quiere hacer borrón y cuenta nueva sin que dé la impresión de que eso es lo que está haciendo —dijo Ken. Su voz salió cargada de rencor y de dolor, aunque él no fue consciente de lo segundo. De lo que sí fue consciente era de que mentía para quitarse de encima a su padre y su millón de preguntas.

Chris había dejado claras sus dudas desde el principio. Se había resistido a salir con él. Se había resistido como nunca ninguna otra mujer lo había hecho. Y en ningún momento había intentado ocultar que, independientemente de lo que ambos sintieran, sus caminos —sus vidas, de hecho— circulaban por caminos diferentes.

—No creo que tú creas eso —repuso Robert, sincero y directo como era habitual en él—. Así que… ¿Qué otras razones puede haber para que alguien maduro e inteligente haya tomado la decisión de dejarlo? Mira, hijo, la distancia impone mucho respeto. Especialmente, en las mujeres. Los hombres somos… más aventureros. —Sonrió con ternura al matizar—: O más locos, según se mire. No la des por perdida con tanta facilidad. Es evidente que te importa. Céntrate en averiguar los verdaderos motivos.

Desde que la había visto por primera vez, Ken no había hecho otra cosa que luchar por ella y dejarle claro cuánto le importaba. La verdad era que no había más motivos que los que Chris había expresado con insultante sinceridad; le preocupaba más proteger su propio trasero. Era así de simple.

—Déjalo, papá. De verdad, por favor, déjalo.

—No, Ken. Lo que es importante para ti lo es para mí, y para tus hermanos y para tu tía. Nunca hemos conocido a ninguna de las personas con las que salías… Románticamente hablando, quiero decir. En treinta años, ni una sola vez. Hasta ahora. No la des por perdida tan fácilmente —repitió al tiempo que le tocaba el pecho con un dedo—. Tiene que haber una razón para esta estampida, hijo. Una razón de peso. Averíguala.

Ken soltó el aire en un suspiro cargado de rabia, de frustración y de cansancio.

—La razón es su prestigio, papá. No quiere que la basura que sale sobre mí, día sí y otro también perjudique su buen nombre. Y ahora que ya lo sabes… Me voy a duchar —sentenció.

Robert permaneció mirando cómo él cogía un par de prendas de una caja y entraba en el baño.

¿Su prestigio?, pensó asombrado. ¿Pero de quién se había enamorado Ken?

DESPUÉS DE SU conversación con Ken, Robert había regresado a la cocina con una decisión tomada. En realidad, eran dos decisiones.

—¿Alguien sabe quién es Chris? Me refiero a su curriculum, a qué se dedica y todo eso —preguntó en voz baja.

Tim miró a su hermano menor con cara de no tener la menor idea. Jim fue quien respondió ofreciendo lo poco que sabía.

—Lo que sea que hace está relacionado con organizaciones humanitarias. Tom seguro que lo sabe. ¿Quieres que hable con él?

—Sí. Que te ponga al día de lo que sepa. Dile que soy yo quien pregunta, por si se le ocurre ondear la bandera de la lealtad —matizó con cariño.

—¿Qué es lo que pasa, Rob? —quiso saber Doreen. Ya estaba bastante preocupada al ver el

aspecto desmejorado de Ken al regresar. Si después de haber hablado con él, su propio padre recurría a Tom, entonces quería decir que «la ostra», como solían llamarlo sus hermanos, refiriéndose a la resistencia de Ken a abrirse cuando se trababa de cosas privadas, seguía con la boca cerrada.

Tim y Jim intercambiaron miradas. Doreen era la única persona que llamaba a Robert Bryan por un apelativo. Apelativo al que su estricto padre se daba perfectamente por aludido sin oponer la menor queja.

—Vanidad, ¿qué otra cosa iba a ser? Chris vuelve mañana a Canadá y le ha dicho que no quiere seguir en contacto —dijo haciendo el gesto de ponerle comillas a la frase—. Y la vanidad de mi querido hijo se está revolviendo a base de bien. Nos parecemos mucho, así que no lo juzgo. Pero esta vez ella le importa de verdad, así que sangra de verdad y eso sí que me preocupa. Me preocupa mucho. —Miró a su hijo mayor—: ¿crees que podrás prescindir de mí durante un tiempo? No sé cuánto.

Tim y Jim volvieron a intercambiar miradas. Si el cabeza de la familia quería quedarse en Nashville, era porque pensaba que la situación de Ken era seria y no quería perderlo de vista. La preocupación se adueñó de los dos al instante ante la idea de que su hermano volviera a ahogar sus penas en alcohol.

—Sí… Si surge alguna cosa, ya te pediré socorro —repuso Tim. Miró a Jim buscando su apoyo.

—Sí, sí, entre los dos nos apañamos, no te preocupes, papá. Tú cuida del artista de la familia. Nosotros estaremos bien.

A Doreen le tomó unos minutos recuperarse de la sorpresa.

—¿Nos quedamos aquí? —atinó a preguntarle, sus ojos como platos.

Robert le dedicó a su cuñada una mirada tan dulce, que Jim se las vio y se las deseó para tragarse una sonrisa. Para Tim fue mucho peor. De hecho, se levantó y se fue al fregadero a lavarse las manos antes de que le diera un ataque de risa.

—Yo me quedo —dijo él—. Tú puedes volver al rancho, si quieres.

—Ja, ja, ja… Qué bromista, Rob —repuso Doreen—. ¿Y mientras tú cuidas de tu hijo mayor, quién cuidará de ti, eh?

—Si te ofreces… Por mí, encantado.

Doreen cogió un paño de cocina y secó con él una mancha de agua imaginaria que había sobre la mesada, al tiempo que decía:

—Hombres. Tan duros por fuera y tan blandengues por dentro.

KEN AÚN SEGUÍA en el baño cuando Jim regresó a la cocina, donde los demás hacían una pausa, sentados a la mesa. Venía con su portátil y una sonrisa alucinada.

—¿Qué has averiguado? —quiso saber Tim al ver su cara—. ¿Es la hija del primer ministro de Canadá?

Jim apoyó el portátil sobre la mesa, lo abrió y lo puso delante de su padre.

—Chris tiene más medallas que ponerse que los premios que ha ganado este tiarrón en sus seis años en los rodeos —dijo dándole un puñetazo al hombro de Tim.

—¿De qué medallas hablas? —guaseó el aludido—. No tiene pinta de que le gusten los

deportes de riesgo. Ni ningún deporte y ojo, que lo digo con cariño —matizó al ver la mirada crítica de su tía.

—¿Queréis dejar de hablar en clave y explicaros de una buena vez? —exigió ella. Mirando a Tim, añadió—: Y tú ten más cuidado con las cosas que dices. Una persona es mucho más que su aspecto o su tamaño.

—Me refería a que necesita la ayuda de un bastón para poder andar, tía —replicó Tim con incomodidad.

Doreen asintió con la cabeza dando por buenas las explicaciones de su sobrino. Robert solía intervenir cuando se trataba de educar a sus hijos, incluso siendo ya dos hombres adultos, pero en esta ocasión su atención estaba en otra cosa. Concretamente, en la ficha correspondiente al perfil de Chris Thompson en la web de la organización para la que trabajaba.

La mujer que había conocido era un pez gordo no solo dentro de la organización, sino en el mundo de la cooperación internacional y las asociaciones humanitarias. Premios importantes jalonaban una carrera cargada de logros. Logros que, a sus ojos, no ocultaban el enorme sacrificio que habían conllevado. Significativo como resultaba todo lo que leía en aquella página web, no le parecía suficiente razón para que ella deseara poner punto final a su relación con Ken. Había sido testigo de lo que sucedía entre su hijo y aquella mujer cuando estaban juntos. Aquellos veinte minutos que Chris había estado en la cafetería le habían permitido ver con claridad que entre ellos había un sentimiento sólido. Uno de la clase que no admite renuncias.

Ahora Robert estaba más seguro que nunca de que había otras razones para que Chris cortara por lo sano.

KEN REUNIÓ valor y se levantó de la cama. Llevaba un cuarto de hora sentado allí. Se había duchado, se había vestido y su ánimo seguía tan mal como antes de entrar al baño.

Pero tenía a todos los miembros de su familia en casa con él, después de meses echándolos de menos. Tocaba colgarse una sonrisa, salir y socializar con ellos. Y sobre todo, intentar dejar de pensar en lo que no debía. Chris se marchaba. Había dejado claro que no pensaba cambiar de idea ni tampoco seguir adelante con lo que tenían, se llamara como se llamara. Era así. Y cuanto antes lo asumiera, antes podría seguir con su vida.

Ken abrió la puerta de la habitación y salió al pasillo con el peso del mundo sobre los hombros. Decir «tienes que asumirlo» era mucho más fácil que hacerlo. Infinitamente más fácil. Se sentía tan mal que, de buena gana, cogería una botella de *bourbon* y se la vaciaría por el gaznate sin hacer más que las debidas pausas para respirar.

Se obligó a sonreír antes de entrar en la cocina.

—Ahora que estoy limpio y perfumado, lo siguiente a resolver es el hambre… —dijo, acercándose hasta la mesada, olfateando la media docena de recipientes de congelación llenos de comida que Doreen había dejado para que estuvieran a temperatura ambiente antes de taparlos y guardarlos en el congelador—. ¡Madre mía, qué hambre!

Doreen miró a su sobrino preferido con afecto. Había aprendido a reconocer muy bien esos estallidos de fingida alegría de los que Ken echaba mano desde que a Robert lo habían ingresado de urgencia por primera vez. Ya no la engañaban. Le mostraban que Ken estaba sufriendo con tal realismo que le dolía el corazón.

—Siéntate aquí, Ken. Te estábamos esperando. Y mientras yo sirvo la cena, tu padre aprovechará para ponerte al día de las decisiones de la familia Bryan. —Y a continuación, se levantó y fue hasta la hornalla donde la esperaba una gran cacerola humeante.

Ken permaneció de pie. Miró a sus hermanos en busca de respuestas, a sabiendas de que ellos no soltarían prenda. El brillo en sus ojos, sin embargo, anticipó que se trataba de decisiones importantes. La mirada de Ken finalmente se encontró con la de Robert.

—¿Qué pasa, papá?

—Cambia esa cara, que no es nada malo. Al contrario, hijo. He decidido quedarme en Nashville, contigo. Y tu tía, que opina que los hombres somos muy duros por fuera y unos blandengues por dentro, ha decidido quedarse también para cuidar de mí. Eso dice ella, claro. Pero teniendo en cuenta que eres su ojito derecho, tú y yo sabemos que con la excusa de «cuidarme» lo que hará es meternos en cintura a los dos y tenernos marchando firmes y con la vista al frente. Así que… Paciencia, hijo mío.

En medio del cansancio, la frustración y la rabia por cómo habían acabado las cosas con Chris, Ken descubrió que también había lugar para la emoción en él. Lo supo al sentir que se le anudaba la garganta.

Se acercó a su padre y se agachó para rodearlo con un brazo.

—Gracias, papá —le dijo al oído.

—Gracias a ti por no ponernos de patitas en la calle —bromeó Robert, en un intento de destensar su propio nudo en la garganta.

Ken fue hasta Doreen y la abrazó.

—Te mereces un monumento por estar siempre al pie del cañón, cuidándonos y haciéndonos la vida mucho más fácil. Gracias, tía.

Doreen se volvió de frente con los ojos llenos de lágrimas.

—Ay, querido mío… No tienes que darme las gracias. Si supieras lo feliz que me hace volver a tenerte cerca…

Jim y Tim se miraron. Eran tan conscientes como Robert de lo importante de apoyar a su hermano mayor en aquellos momentos, de sostenerlo e impedir que volviera a caer. Tan conscientes como de que no podían dejar que la emoción se adueñara de Doreen Montgomery. Era una llorona por definición y cuando empezaba, le costaba parar.

—¿Y yo qué soy, el repartidor del pan? —dijo Jim, poniendo morritos.

—Ni eso, tío. No eres nada. Cuando la señora se reúne con su sobrino predilecto, los demás dejamos de existir —intervino Tim. No puso morritos, pero su gesto de cruzar los brazos sobre el pecho le hizo parecer un niño enfurruñado con unos bíceps portentosos.

Doreen se hizo eco de las quejas de inmediato. Dejó una última caricia sobre la mejilla de Ken y fue hacia sus sobrinos. Apoyó un brazo en el hombro de cada uno y asomó la cabeza entre los dos.

—¿No sois un poquito mayores para estar celosos, queridos míos?

—Nunca se es demasiado mayor para eso, ¿a que no, Tim? —dijo Jim.

—Jamás —concedió él.

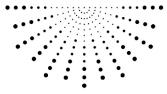
La mujer empezó a llover besos sobre sus mejillas por turnos, al tiempo que los despeinaba.

—Pues espero que sigáis pensando lo mismo cuando vengáis a casa con una amiga especial… ¡No pienso reprimirme porque estéis con ellas!

—Oh-oh —dijo Ken, dedicándoles una mirada conmiserativa a sus hermanos.

Y todos se echaron a reír.

CAPÍTULO DIEZ



Aquel domingo había empezado antes del alba para Chris. La repatriación de Lilly estaba programada a las diez de la mañana, pero aún quedaban muchas cosas por hacer.

Dottie había pasado la noche en el hospital para que ella pudiera descansar. Su rodilla iba de mal en peor y si llegaba un punto en que la hinchazón se extendía por la pierna, se vería obligada a guardar cama. Pero de poco había servido el sacrificio de su tía. Suponiendo que su rodilla le hubiera dado una tregua, la preocupación y la descomposición se habían ocupado de mantenerla despierta toda la noche. Apenas había pegado ojo.

Estaba preocupada por todas las cuestiones técnicas y médicas relacionadas con el traslado de Lilly, a quien tendrían que sedar, y por lo que sucedería cuando volviera en sí en su casa de Toronto con tres meses por delante viviendo con la movilidad limitada. También, por supuesto, estaba preocupada por su propia nueva realidad, la de alguien cuyas fotos de un momento íntimo circulaban libremente para quien deseara verlas, incluidos sus jefes y compañeros de trabajo que habían tenido el gran honor de recibirlas en primicia con veinticuatro horas de antelación. Fotos que, ahora sabía, no habían sido más que un pequeño adelanto de lo que le sucedería, si no se alejaba de Ken.

Por otra parte, el malestar físico había empeorado a la par que su preocupación. En el momento en el que había decidido no seguir en contacto con Ken, una intensa sensación de vacío había tomado su estómago por asalto y horas después, no solo no la había abandonado; había ido a peor. Todo lo que intentaba tragar, salía de su cuerpo a velocidad supersónica en forma de vómitos o diarrea. A lo primero estaba acostumbrada, ya que era su forma habitual de procesar la tensión emocional cuando esta se volvía excesiva. Sin embargo, la virulenta descomposición intestinal que padecía era una novedad y, todo en conjunto, una ironía. Era como si su cuerpo estuviera empeñado en evitar que ella siguiera adelante con su decisión, impidiéndole alejarse a más de un metro del baño.

Y luego estaban los recuerdos de los momentos compartidos con Ken. Esos también habían ido a peor. Regresaban de manera inesperada, ante el menor estímulo, y traían consigo todas las vivencias, todas las emociones. Hasta el cojín del sofá se las arreglaba para traerle recuerdos. Era una tortura.

Chris se negaba a pensar en Ken porque no podía permitirse flaquear. Tenía por delante meses difíciles. Lilly la necesitaba y ella misma tendría suficiente dolor emocional que procesar solo con hacer frente a su nueva vida de oficina humanitaria. No necesitaba añadir el dolor de saber que no volvería a ver a Ken y que había sido ella misma quien había tomado esa decisión. Pero de una forma u otra, él regresaba a su mente una y otra vez…

Le había tomado tiempo y mucha determinación hacer el equipaje y ultimar el checkout del aparthotel después de dejar unas líneas de agradecimiento para Dennis, el amable empleado del establecimiento que no estaba de turno aquella mañana. Le daba tanta pena que el muchacho no hubiera podido despedirse de Lilly, que incluyó una frase en nombre de ella: “Lilly te envía muchos saludos y te da las gracias por ser siempre tan atento”.

La compañía encargada de la repatriación había enviado un coche a recogerla al aparthotel. El vehículo con chófer estaba a su disposición y sería el encargado de llevarlas a ella y a Dottie al aeropuerto para embarcar en el vuelo regular de Air Canada, en el que también viajaría Lilly como pasajera con servicio medicalizado.

Cuando Chris llegó al hospital, el personal sanitario responsable del traslado ya estaba ultimando los preparativos. Dottie, que la vio desde la puerta de la habitación de Lilly, fue a su encuentro con una sonrisa.

—Buenos días, sobrina. ¿Qué tal estás hoy? ¿Has podido dormir algo?

Lo único que Chris había podido hacer era esmerarse con el maquillaje. Tras una noche de infierno, su cara al natural daba miedo.

—Sí —dijo sin explayarse—. ¿Y Lilly? ¿Qué tal ha pasado la noche?

Su mentira no consiguió engañar a Dottie. El solo hecho de que llevara tanto maquillaje era una señal evidente de lo mal que se sentía. Dottie se preguntó si el malestar se debía a la rodilla o a algo más. Mejor dicho, «alguien». Un instante después decidió ponerlo en palabras.

—A ver, deja que te mire —dijo tomando a su sobrina por los antebrazos y observando su rostro con detenimiento.

Chris exhaló un suspiro impaciente que no tuvo el menor efecto sobre su tía, quien continuó observándola con ojo crítico hasta que al fin emitió su veredicto:

—Estás fatal, chiquilla. Si con el kilo de maquillaje que te has puesto, todavía puedo ver una sombra ahí —señaló con un dedo la parte inferior de su ojo derecho—, no quiero imaginar qué aspecto tendrías a cara lavada. Dime, ¿el susto al verte fue tan grande que decidiste echar mano del neceser de tu hermana?

El brillo incómodo en los ojos de Chris respondió por ella. Dottie sacudió la cabeza contrariada. Ahora tenía claro que a su sobrina le pasaban muchas más cosas aparte del dolor de rodilla.

—Ay, Chris, Chris, Chris… ¿Qué has hecho con tu enamorado?

La sola referencia a él impulsó a Chris al movimiento. Se apartó de Dottie para que ella dejara de mirarla y continuó el camino hacia la habitación de Lilly, al tiempo que decía:

—Ay, Dottie, Dottie, Dottie… ¿Por qué no te centras en lo importante y respondes a mis preguntas? ¿Voy a tener que preguntarle a Lilly, cómo está?

Dottie no la dejó avanzar. Se ganó una mirada de advertencia por parte de Chris que, por supuesto, ignoró.

—¿Qué ha pasado con Ken? Y, de verdad, espero que no me digas que has hecho lo que decías que ibas a hacer…

—¿Por qué?, ¿piensas castigarme sin salir durante un mes? —repuso ella, todo ironía.

—Chris…

Una vez más, Chris optó por evitar seguir con aquel tema echando mano de un recurso dialéctico al que se negó a llamar por su nombre; mentira.

—Con un poco de suerte, quizás lo veas en el aeropuerto. ¿Satisfecha?

Dottie se alegró tanto que le dio un abrazo.

—Ya sabía yo que no harías semejante estupidez… Y respondiendo a tu pregunta, Lilly ha dormido toda la noche de un tirón y están a punto de sedarla para el viaje, así que date prisa. Lleva preguntando por ti desde que se despertó.

—Qué alivio —dijo Chris esbozando la primera sonrisa de la mañana.

—Y ahora que estás aquí, voy al hotel a recoger mis cosas.

—Espera, tía. Le aviso al chófer que te lleve.

—No, no hace falta. Me vendrá bien estirar un poco las piernas.

—¿Seguro? —dijo Chris, sosteniendo las manos de su tía entre las suyas—. Dices que yo tengo mala cara, pero si vieras la tuya…

Dottie se rio. Estaba bien, solo un poco cansada.

—Es la misma de siempre, Chris. Los años pasan para todos, sobrina.

—Serás exagerada… Vamos, vete ya. No tardes que el vuelo no va a esperarnos —se despidió.

—Tranquila, será un momento. El hotel está aquí cerca.

Dottie se alejó hacia el ascensor y Chris fue a reunirse con su hermana. La encontró en compañía de un médico y una enfermera. El logo de sus uniformes indicaba que eran empleados de la empresa encargada de la repatriación. También estaba la jefa de enfermeras de la planta que, al verla, sonrió.

—Ya está lista para el viaje —anunció—. Vamos a echar de menos a la quejica canadiense —y dirigiéndole una mirada cálida a Lilly, añadió—: Espero que no se acuerde mal de nosotros. Es una pena que no haya podido disfrutar de una ciudad tan bonita. Pero, las cosas están para que pasen, ¿eh? Ha sido una desgracia con mucha suerte.

Lilly esbozó una ligera sonrisa y no dijo nada.

—La sedación empieza a hacer efecto —explicó el médico.

Chris fue hasta la cama y se inclinó sobre su hermana.

—Hola, cariño. En un ratito, ya estaremos de camino a casa. Como te han sedado para que no sufras durante el traslado, no vas a enterarte de nada, pero Dottie y yo iremos contigo. Tú descansa y no te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Todo irá bien. —Vio que su hermana apenas hacía un ligero movimiento con la cabeza dando su acuerdo y se inclinó a besarle la frente—. Te quiero, nena. Te quiero muchísimo.

En esta ocasión, sí que hubo una respuesta.

—Yo también te quiero, Chris —musitó Lilly.

LILLY HABÍA SIDO la primera pasajera en abordar la primera clase del vuelo de Air Canada acompañada del sanitario que cuidaría de ella hasta llegar a tierras canadienses. No viajaba sentada como el resto de los pasajeros, sino en una camilla situada sobre cuatro butacas, previamente abatidas, que estaba anclada al suelo y rodeada de una cortinilla que le ofrecía algo de privacidad.

Las siguientes en ocupar sus asientos de primera clase habían sido Chris y Dottie. Dado que Lilly iba dormida y disponía de suficientes cuidados, Dottie le dedicaba toda su atención a su hermana. A la luz de los hechos recientes, a saber; que Ken no se había presentado en el aeropuerto, varios detalles habían cobrado relevancia. Para empezar, que Chris se hubiera

maquillado tanto. Su nivel de coquetería alcanzaba para usar máscara de pestañas o, como mucho, una capa de protector labial con un poco de color. Sin embargo, hoy llevaba un maquillaje completo que apenas conseguía disimular los estragos de una noche difícil. Al principio, había pensado que Chris había recurrido al neceser de maquillaje de su hermana por subirse la moral. Ahora se le ocurría otra posibilidad; intentar engañarlas —a ella y a Lilly— para evitar preguntas sobre un asunto del que, evidentemente, no quería hablar. Y aún otra más, esta vez en forma de pregunta: ¿qué había sucedido que la había afectado hasta el punto de evitar por todos los medios que su propia familia se diera cuenta?

Cuanto más la miraba, en más detalles reparaba. Chris no había consultado su móvil ni una sola vez. No había mencionado a Ken. Cuando una auxiliar de vuelo se acercó para decirles que ya podían embarcar, Chris se había puesto en marcha sin siquiera lanzar una última mirada en busca de su enamorado. No había titubeado. Había seguido a la empleada de la aerolínea como si nada la retuviera en aquel aeropuerto. De no saber que había existido una historia entre los dos, podría afirmar que Chris se marchaba de Nashville con su hermana, su rodilla inflamada y muchas menos expectativas sobre el futuro de las que traía al llegar.

Había cosas que Dottie no entendía, que no acababan de cuadrarle del todo. Pero algo había sacado en claro de su estancia en aquel aeropuerto: su sobrina había cortado con Ken.

—No iba a venir, ¿verdad? —le dijo sin aclarar a quién se refería porque ambas lo sabían. Se aseguró de mirarla a los ojos mientras esperaba su respuesta.

Chris respiró hondo. Finalmente, negó con la cabeza.

Había recurrido a darle una respuesta ambigua para evitar más preguntas por su parte en aquellos momentos. No se sentía bien, intentaba mantener el tipo y lo último que quería era tener que vérselas con la preocupación de Dottie. Su preocupación no era nueva, la acompañaba desde que había notado que los años pasaban sin que ella hiciera el menor intento de sentar la cabeza y formar una familia. Sabía que era un tema que la tocaba de manera especial, no solo porque el amor había llegado tarde a su vida, sino también porque conocía el doloroso pasado de sus sobrinas. Un pasado del que ella había sido testigo y cuyo dolor había intentado mitigar a su manera. La comprendía muy bien, de ahí que siempre intentara mostrarse paciente con ella.

Siempre, excepto hoy.

—No quiero sermones, tía —le advirtió con tanta suavidad como firmeza—. Es mi vida, mi decisión, y no tengo nada más que decir.

Dottie permaneció mirando a su sobrina mientras pensaba que, a veces, le resultaba muy difícil entenderla. Era de la clase de persona que se implicaba a fondo en la vida de sus semejantes, sobre todo si necesitaban su ayuda. Poseía una capacidad de escucha y un nivel de empatía que nunca había visto en otro ser humano. Sin embargo, cuando se trataba de su propia vida, Chris era infranqueable. Había construido un muro a su alrededor que ni siquiera las personas que amaba lograban traspasar.

—Estás cometiendo un error muy gordo. Vas a sufrir, sobrina. Y no sabes cuánto me duele decírtelo —repuso Dottie a falta de poder expresar todo lo que pensaba.

Chris, que ocupaba el asiento del pasillo, se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó.

—Voy al baño —fue todo lo que dijo.

Dottie torció la boca en un gesto de disgusto. Ignoraba si Chris y Ken habían llegado a hablar o si su sobrina se había limitado a hacer mutis por el foro. Se preguntó qué pensaría él de la decisión de Chris. ¿Estaría disgustado, como lo estaba ella misma, porque Chris hubiera esquivado el bulto? ¿O habría tenido la ocasión de decirle a la cara lo que pensaba?

En aquel momento se le ocurrió una idea. Chris había dejado su bolso en el asiento. Lo abrió y vio que el móvil estaba allí. Se estiró a ver el final del pasillo. El cartel luminoso indicaba que ambos lavabos estaban ocupados.

Chris decía que no tenía nada más que decir al respecto y, por la cuenta que le traía, ella lo respetaría. Al menos, por el momento. ¿Pero qué había de su enamorado? ¿Ken tampoco tenía nada que decir?

«Muy bien», decidió. «Vamos a comprobarlo».

KEN SE HABÍA LEVANTADO MUY temprano para poder compartir un café con sus hermanos. La decisión paterna de quedarse en Nashville, que tanto Tim como Jim apoyaban al cien por cien, tenía consecuencias en el plano laboral. Desde que Robert había sido ingresado de urgencia por primera vez hacía ya tres años, no realizaba ninguna clase de trabajo físico, pero como no era capaz de permanecer ocioso, seguía ocupándose de las cuentas y de los proveedores, tareas que ahora pasarían a engrosar la larga lista de responsabilidades de los hermanos. Por lo tanto, ellos habían decidido adelantar medio día su regreso al rancho para poder ocuparse de los asuntos más urgentes.

La palabra temprano tenía un significado diferente cuando se trataba de un miembro de la familia Bryan. Una prueba de ello era que cuando Ken volvió a arrastrar sus huesos hasta la cama, después de que sus hermanos partieran hacia Springfield, no eran todavía las cinco de la mañana.

Sin embargo, no permaneció mucho tiempo allí. No había dejado de dar vueltas en toda la noche, incapaz de conciliar el sueño, y ya no encontraba una postura cómoda.

Pero como tampoco estaba de humor para socializar con su padre y su tía, se quedó en su habitación hasta que oyó que la puerta de la casa se cerraba. Su padre debía hacer tres paseos diarios por prescripción médica y en épocas de calor, aprovechaba la fresca matinal para dar el primero. Esperó a que se hubieran alejado de la casa para salir de su habitación y poco después iba camino de Davidson Country, con sus perros en la parte de atrás de la camioneta. Allí estaba el rancho de sus sueños, su remanso personal de paz, el único lugar en el mundo que tenía sobre él un efecto semejante a la mirada de una mujer que probablemente ya nunca…

Exhaló un suspiro y se negó a completar el pensamiento. Era demasiado lúgubre. Demasiado insoportable. En cambio, respiró hondo y dejó que sus ojos se perdieran en el frondoso bosque de robles que lo había enamorado a primera vista muchos años atrás.

Sus perros corrían alegremente en el vasto prado repleto de margaritas. Había zonas donde las malas hierbas habían crecido tan alto, que apenas los veía.

Mystic Oaks era un lugar poderoso, de gran energía. Podía sentirla. Y suponía un gran alivio saber que volvería a ser suyo, que en un mes, a más tardar, se resolvería el asunto de la hipoteca y podría instalarse nuevamente allí.

El futuro, aunque algo incierto, pintaba bastante bien. No podía quejarse. Estando alguien como Sandy por medio, las cosas podrían haber salido mucho peor. Con un poco de suerte, lograría acumular el número suficiente de conciertos y actuaciones en vivo durante los próximos meses para convencer a los organizadores de los grandes festivales country que todavía estaban dudosos, de que lo incluyeran en el programa de actuaciones del próximo año. No solo los

necesitaba por cuestiones económicas, también por prestigio. Volver a estar en lo más alto sería un camino mucho más duro, si no conseguía poner de su parte a los nombres importantes del negocio. Y ahora que su padre había dado luz verde a que toda la familia se trasladara a *Mystic Oaks*, con él, ya no tendría que vivir dividido entre el amor por la música y el amor por su gente. Ya no sufriría por su ausencia. Ya no tendría que contar los días que quedaban para volver a reunirse con ellos. Había incógnitas e incertidumbres, pero las cosas pintaban bien. Había luz al final del túnel. Al fin.

¿Y si hay luz, por qué no te alegras?

Cogió un palo y lo arrojó a sus perros. Se quedó mirando a Noah y a River correr a buscarlo mientras pensaba que lo que sentía era mucho peor, mucho más terrible. No solo era incapaz de sentir alegría. Una profunda tristeza se había apoderado de él. Una tristeza que lo seguía a todas partes, como una sombra.

El sonido de su móvil lo sacó de sus pensamientos. Era un mensaje, no una llamada, pero no reconocía al remitente y lo abrió con cierta aprensión.

Le sorprendió comprobar que era de la tía de Chris.

«Disculpa el atrevimiento. Creí que iba a poder despedirme de ti en persona. Estamos a punto de despegar. Me ha encantado conocerte. Te dejo mi número. Por si lo necesitas… Un abrazo y cuídate mucho. Dottie».

Ken releyó el mensaje un par de veces. Seguía bastante sorprendido de que aquella mujer se hubiera tomado la molestia de dedicarle unas pocas palabras antes de marcharse. No había esperado algo así. En cierto modo, lo reconfortó saber que no había sido una cara más, uno de los tantos acompañantes de su sobrina.

Exhaló un suspiro y volvió a guardar el móvil.

—¡Noah, River, venid aquí! —los llamó. Los cachorros se tomaron su tiempo para obedecer, pero al fin lo hicieron.

Ken repitió el mismo ritual de siempre; los acarició, frotando sus cabezas con cariño, premió su obediencia con un puñado de galletas para perros y después de darles de beber, los hizo subir a la parte posterior de su furgoneta, sujetó sus correas en las ranuras de los cinturones de seguridad y cerró la puerta.

Cuando estaba subiendo a su F-150, las últimas palabras de Dottie regresaron a su mente.

«Cuídate mucho», repitió en voz alta. No pudo más que asentir enfáticamente con la cabeza ante lo oportuno de aquella frase.

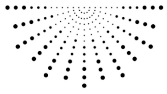
Más te vale, tío. Porque estás con un pie al borde del precipicio. Otra vez.

Cuando se puso al volante, sus perros lo festejaron con su algarabía habitual, arrancándole una sonrisa.

—Os ha gustado el paseo, ¿eh? Pues este lugar será nuestra casa muy pronto, chicos. Muy, muy pronto —les dijo mirándolos en el retrovisor.

Sin embargo, Ken no perdió de vista en ningún momento que lo dicho no había sido más que un intento de animarse, de intentar detener su vertiginosa caída en picado.

CAPÍTULO ONCE



Chris se armó de paciencia y volvió a dejar sobre la mesa el vaso de zumo que había traído para su hermana y que ella acababa de rechazar, poniendo morritos como si tuviera tres años. Debía tomar sus medicinas, pero no parecía pensar en otra cosa que en sus clases de cocina.

Lilly no podía estar más quejosa.

Ni ella más irritada. En realidad, no solo eso. El dolor de la pierna y el enorme malestar generalizado que sentía dificultaban tanto hasta la tarea más simple que le resultaba exasperante. Sin embargo, no perdía de vista la auténtica razón de tanto malestar. Estaba muy preocupada por lo que le depararía el futuro, la llenaba de impotencia estar a merced de los deseos de venganza de una mujer cuya obsesión rayaba la psicopatía y, para colmo de males, en medio de sentimientos tan contrapuestos, estaba descubriendo que también había lugar para la tristeza. Y eso era algo con lo que no había contado, un sentimiento que no sabía cómo manejar. Era alguien optimista que, cuando le tocaba enfrentarse a los inevitables traspiés de la vida, procuraba ser práctica. Sufría, como cualquier mortal, pero no le gustaba regodearse en su desgracia. Y, sin embargo, llevaba horas con aquella sensación deprimente de estar viendo la vida a través de unas gafas muy grises. Unas gafas que no lograba quitarse.

Chris exhaló un suspiro y se esforzó por centrarse en lo importante. Siendo justos, su hermana no tenía la culpa de que se sintiera tan mal. No quería tomarla con ella. La pobre todavía seguía necesitando analgésicos potentes para soportar el dolor. Ya tenía bastante con eso.

—A ver, cari, ¿por qué no te das unos días más antes de empezar a pelearte con todo el mundo para que te admitan de oyente en la escuela de cocina? El dolor empezará a remitir. Hoy te sientes fatal por el viaje en avión. Y lo mejor cuando uno se siente mal, es intentar dormir y dejar los problemas para otro momento.

—¡No tengo unos días más! —arremetió la joven. Los dolores le recordaron enseguida que no estaba para envalentonarse y lo siguiente que dijo fue un murmullo—. No puedo perder el curso, Chris… No puedo.

Chris miró de reojo a Dottie. Sentada en el sillón que estaba a la derecha del sofá donde yacía Lilly, hojeaba una revista aunque, en realidad, no se perdía detalle de su conversación. Era su estilo de enterarse de todo, sin parecer que se entrometía donde no debía.

Lo que Chris sabía y Lilly no, era que la razón por la que Dottie mantenía su boca cerrada ahora, tenía que ver con la conversación que habían mantenido antes de que el avión despegara de Nashville. Aquel «no quiero sermones» con el que Chris había intentado poner fin a un tema del que no deseaba hablar, le había sentado muy mal.

En todo caso, no era una novedad que Dottie no estaba de acuerdo con el enfurruñamiento de

Lilly ni con la enorme paciencia con la que Chris lo toleraba. Siempre le decía que tenía que dejar de sobreprotegerla y consentirla tanto.

Y probablemente tenía razón, pensó Chris. Era hora de que Lilly pusiera los pies en la tierra y dejara de ser tan infantil para según qué cosas.

—Deja de decir eso. Tienes veinte años, Lilly y toda la vida por delante. Tener que retrasar un año tu ingreso en la escuela de alta cocina no es un problema, aunque a ti te lo parezca. Solo es un inconveniente que resolverás en doce meses. Nada más. Para ya de lloriquear y asúmelo de una vez.

A pesar de no haber alzado la voz ni haberse mostrado exasperada (aunque lo estuviera), sus palabras consiguieron atraer la atención inmediata de las dos mujeres que la acompañaban. La mirada de Dottie era de sorpresa, una sorpresa aprobatoria; estaba totalmente de acuerdo con lo dicho por su sobrina mayor.

La de Lilly era otro cantar. Ni estaba acostumbrada a que Chris le hablara de aquel modo, ni compartía su opinión acerca de qué podía llamarse problema y qué no.

—¿De eso va todo para ti? —repuso la muchacha, airada—. Como duermo en una cama, tengo un techo decente sobre mi cabeza y no me falta un plato de comida, mi vida es perfecta y no tengo de qué quejarme. ¿Cómo voy a quejarme por algo cuando tres cuartas partes del mundo no tiene cubiertas ni sus necesidades más elementales, no? —espetó, haciendo las oportunas pausas para recuperar el resuello—. Pues mira, lamento muchísimo que haya gente que lo pase tan mal, pero yo he nacido en este lado del mundo, siempre he dormido en una cama, he tenido un techo sobre mi cabeza y comida decente desde que tengo uso de razón. Así que eso no me preocupa. Lo siento si esto insulta a la Madre Teresa que hay en ti, pero es lo que pienso. Lo que sí me preocupa es esto —dijo señalando con un dedo el sofá donde yacía—. No poder moverme sin dar un alarido de dolor. No saber si mi muñeca va a quedar bien. Quiero ser chef y necesito un brazo que funcione. Preferentemente, el derecho porque, ¿sabes? —Tras una nueva pausa, continuó—: Soy diestra. Y perder el curso porque un *capullo burócrata* se niegue a dejarme asistir a clase en calidad de oyente los primeros tres meses es un problema. Para mí todo esto es importante. Llevo soñando con este día desde que necesitaba subirme a un taburete para poder revolver el guiso en la cazuela —Miró a su hermana iracunda y con lágrimas en los ojos—: No te atrevas a decirme que no es importante.

Chris respiró hondo. El berrinche de Lilly era tal que había conseguido arrebolar sus mejillas, normalmente pálidas. Llevaba su largo cabello rubio sujeto en una especie de moño desmadejado en la cima de su cabeza y por primera vez en la última semana, sus hermosos ojos verdes echaban chispitas. Aunque se tratara de chispas de enfado y no de ilusión, suponían un cambio drástico al apagón casi total de los últimos días. Además, todo en conjunto, le daba un aspecto aniñado. Al igual que ella, Lilly no aparentaba sus años, pero en aquel momento Chris tenía la sensación de estar frente a una adolescente. Una adolescente reivindicativa y muy egoísta.

—No estoy diciendo que no sea importante. Para ti está claro que lo es. Pero no es un problema, Lilly. Solo un contratiempo. Y no me insulta que te preocupen otras cosas, pero eres una privilegiada y, como mínimo, espero que haber visto con tus propios ojos cómo es la vida de quienes no nacieron con tu misma estrella, te ayude a poner las cosas en su justo contexto. Y sí, también a dejar de quejarte por inconvenientes propios de la vida con los que *todos* tenemos que lidiar, no solo tú.

—¡¿Un contratiempo?! ¿No dijo el médico que podría haber muerto en ese accidente?

Chris elevó las manos en una señal de que ya había tenido suficiente.

—Y yo estuve a punto de morir en Tanzania. Pero solo perdí movilidad en una pierna. Estoy viva, como tú. Y la vida sigue, Lilly. No puedes pasarte los días quejándote por las cartas de la baraja que te han tocado. Te han tocado y ya está. Aprende a sacarles partido.

—¿Eso es lo que estás haciendo tú? —le espetó.

Chris se volvió a mirarla con expresión muy seria.

—Ten cuidado con lo que vas a decir. Eres muy niña todavía para entender por qué hago lo que hago, no hablemos ya de emitir un juicio de valor sobre eso.

Lilly hizo un gesto con la boca, airado y a la vez desdeñoso.

—¿Por qué no has vuelto a hablar de Ken Bryan desde que nos mostraste, toda avergonzada, esa revista? —volvió a espetarle—. No se despidió de la tía ni de mí. Y es cierto que me dieron tantas pastillas para que soportara el vuelo, que todavía sigo medio grogui, pero juraría que no lo vi en el aeropuerto. ¿Sabes qué? Estoy casi segura de que la razón de que no lo viera es que no estaba allí.

«¿Y cómo ibas a verlo, si ibas dormida?», pensó Chris, de primeras. Guardó silencio porque la verdad era que de haber estado despierta, tampoco lo habría visto.

Ante el pertinaz silencio de su hermana, Lilly continuó más y más airada.

—¿Y qué le pasa a tu móvil? No ha sonado. ¿Por qué un tío que te besaba como si le fuera la vida en ello hace dos días, hoy ni siquiera te llama para ver cómo has llegado? Ni él a ti, ni tú a él, por lo que veo —y finalizó su perorata con un movimiento desafiante de sus cejas.

Chris bajó la vista, sacudió la cabeza. Maldita la hora en que les había mostrado esa revista. Maldita la hora en que le habían tomado esas fotos…

Maldita la hora en que se había equivocado de baño en aquel hotel de Nueva York.

—Acabamos de llegar —repuso con voz cansina— y hay un millón de cosas de las que ocuparse. ¿De verdad crees que voy a quedarme aquí hablando de tonterías? Si te mostré la revista es porque esas fotos traerán cola y quería que estuvieras sobre aviso. Pero sigue siendo mi vida privada y no pienso hablar del tema. Me voy al súper. No tenemos ni un triste huevo en la nevera…

La voz de Lilly volvió a dejar a Chris pegada al suelo.

—Te llenas la boca diciendo que hay que aprender a sacarle el mayor partido posible a las cosas que nos tocan vivir. Pero resulta que cuando a ti la vida te suelta dos ases, a falta de uno, lo que haces es levantarte de la mesa de juego y largarte. *Sales corriendo.*… Y no es algo nuevo; es lo que haces siempre que aparece un tío con aspiraciones de ser algo más que un colega para ti. No soy tan egoísta como crees —le dijo, dolida—. Y no solo estoy preocupada por mi brazo y mis costillas y mi futuro como chef… También me preocupas tú. Me preocupas muchísimo, Chris.

Dottie no pudo evitar un mohín irónico. En eso tenía que darle la razón.

—Tranquila, sobrina. Ya somos dos —le dijo a Lilly, revolviéndole el flequillo cariñosamente.

—Pues no hay de qué preocuparse —repuso Chris—. Estoy perfectamente.

Y acto seguido, abandonó el salón.

LILLY ESTABA EN LO CIERTO. Ni Ken había llamado a Chris ni ella lo había llamado a él. No tenía

nada más que decirle y, hasta cierto punto, agradecía que él pensara lo mismo. Su insistencia había sido el motivo no solo de que ella estuviera en boca de todo el mundo, sino de haberla puesto en el radar de una psicópata. No quería imaginar lo que sucedería, si Ken recapacitaba sobre lo sucedido, decidía que no estaba por la labor de que una mujer le diera calabazas y volvía a la carga. No podía permitirse que él cambiara de idea.

Todavía le quedaba pasar por el disgusto de incorporarse al trabajo y volver a verse las caras con el resto del personal, después de que ellos hubieran recibido una colección de imágenes de las actividades que la habían tenido ocupada en Nashville, aparte de dictar un curso. No sabía muy bien qué esperar. Lo que sí tenía claro era que para ella sería bochornoso, incluso si sus compañeros decidían no darle importancia al suceso.

Y también le quedaba otro asunto por resolver; aclarar las cosas con Jamie. Seguía sin entender su reacción, su actitud. La forma en que se había marchado de Nashville sin avisarle. Que ignorara sus llamadas. Necesitaba respuestas.

Pero aún tenía unos días por delante para hacerse a la idea y prepararse, pensó con alivio.

Por otra parte…

Solo agradecía hasta cierto punto que Ken no hubiera dado más señales de vida. Nunca había sentido tantas ganas de cantarle a alguien las cuarenta, como ahora. De decirle a la cara lo que pensaba de él y no guardarse nada… Su última reacción, tan altiva y perdonavidas, le había dolido. Seguía viva en su recuerdo como si acabara de suceder. Irritándola y desilusionándola por igual. ¿Cómo había podido equivocarse tanto con él? El hombre con quien había paseado por Nashville en compañía de sus dos entrañables peluditos tenía poco que ver con el que le había dicho con desdén «solo son fotos, ¿qué más da?».

¿Cómo «qué más da»? Soy yo. Es mi vida, ¿sabes? Por supuesto que da más. Da todo. Tengo una carrera, una imagen que proteger, aparte de ser la mujer a la que besabas en un aparcamiento.

Y encima ahora, a la luz de lo que sabía de él, le resultaba tan hipócrita… Tan, tan hipócrita.

Exhaló un suspiro y dejó el bolígrafo con el que hasta el momento había estado infructuosamente intentando confeccionar una lista de la compra. Era increíble la facilidad con la que pasaba de la tristeza a la rabia en un minuto. La que sentía ahora era de tal magnitud, que le temblaba el pulso.

Chris volvió a exhalar un suspiro cuando descubrió que ya no estaba sola.

—Si vienes a seguir hablando de ese tema, ya puedes irte. No estoy de humor, Dottie —le advirtió a su tía.

La mujer se cruzó de brazos en lo que al principio pareció un gesto de disgusto. Sin embargo, cuando habló, lo hizo con ternura.

—Venía a decirte que me siento muy orgullosa de ti. Has hecho lo que debías con Lilly y sé que te tiene que haber costado lo tuyo mostrarte tan dura. Pero las dos sabemos que era necesario. Bien hecho, Chris.

Ay, mierda… Chris miró a su tía con un gesto arrepentido.

—Gracias… Y discúlpame. Llevo dos días muy malos. Me cuesta muchísimo reconocerme a mí misma…

«Y más que llevarás», pensó Dottie, frotándole la espalda con afecto.

Porque aunque su querida sobrina se hiciera la dura y se empeñara en llamarlo de otra forma, lo que sucedía era muy bueno. Y muy nuevo.

Y le cambiaría la vida.

Se llamaba amor.

AL FINAL DOTTIE se había salido con la suya. Con la excusa de que también necesitaba comprar algunas cosas, había cogido la lista del súper y se había marchado, dejándola con la quejica de su hermana toda para ella.

Chris puso la tetera, las tazas y el azucarero sobre una bandeja. Añadió el paquete de galletas dulces que había comprado en las máquinas expendedoras del hospital de Nashville. Apenas lo había tocado y quizás a Lilly le apeteciera comer algo. La pobre tenía que estar muy dolorida. Además de enfurruñada por el bendito asunto de la Escuela de Alta Cocina. Exhaló un suspiro al recordar la conversación que habían mantenido hacía un rato. Y cómo había terminado. Era la primera vez que se ponía tan seria con su hermana y todavía se sentía muy mal por eso. Había sido necesario, de eso no tenía la menor duda, pero… La verdad era que las cosas no habían salido nada bien y no podía culparla por venirse abajo. Ella había aceptado el maldito curso en Nashville, Lilly la había seguido, como hacía siempre, y el destino se había ocupado de poner su vida patas arriba. No solo la de Lilly, la suya también.

Pero no quería pensar en su vida ahora. No quería pensar en lo estúpida que había sido dejándose llevar, confiándose. De modo que se obligó a apartar esos pensamientos de su mente y fue al salón. Intentaría hacer las paces con Lilly. Se querían y ahora se necesitaban la una a la otra más que nunca. No podía permitir que su relación se enturbiara por cosas del destino que ninguna de las dos podía controlar.

Al llegar al salón, la imagen que acaparó su atención le acarició el corazón. Lilly se había quedado dormida. Parcialmente sentada y rodeada de cojines que le permitían descansar los brazos en una posición que hacía más soportable el dolor de las costillas, su cabeza estaba un poco ladeada hacia la derecha, descansando sobre una almohada cervical. Su rostro parecía relajado. Los analgésicos habían hecho efecto. Qué alivio. Con suerte, dormiría un par de horas.

Se dirigió hacia la mesa ratona con un paso más lento de lo habitual, ya que al portar la bandeja con ambas manos, el bastón no le servía de apoyo, sino que iba colgado de su antebrazo como si fuera un paraguas. Depositó lo que llevaba sobre la superficie de la mesa y antes de tomar asiento, retiró del sillón la revista que Dottie había estado leyendo.

Apoyó la nuca contra el respaldo y cerró los ojos un momento. Nunca había sentido tener tan poco control sobre su vida como ahora. Necesitaba pensar con claridad, pero era como si la claridad se hubiera esfumado y solo quedaran dudas e incertidumbre. Y por primera vez en mucho tiempo, también sentía enfado. Enfado consigo misma, con Lilly, con las circunstancias… Era consciente de que sentirse de esa forma carecía de sentido. Sin embargo, por alguna razón que no lograba entender, ella, la mayor especialista mundial en ver el vaso medio lleno por mal que estuvieran las cosas, esta vez no conseguía sobreponerse a su propio enfado. ¿Cómo esperaba pensar con claridad cuando temblaba de rabia?

«Solo son fotos. ¿Qué más da?». El recuerdo volvía una y otra vez a su mente y cada vez que lo hacía, traía consigo la decepción y la rabia de la primera vez multiplicada por mil. Y no era nada comparado con lo que había sentido dos horas más tarde, al ver el contenido de aquel sobre que le habían entregado en la recepción.

Era buena interpretando las intenciones de las personas, calando a la gente. Pero con Ken

Bryan no lo había visto venir. Nunca entendería cómo había podido equivocarse tanto.

Chris abrió los ojos. Recorrió con mirada ausente el salón donde se hallaba. Divisó su bolso colgado del respaldo de una de las sillas que había en torno a la mesa de comedor. Se incorporó y fue a cogerlo. Regresó con él al sillón y buscó en su interior su cuaderno de tapas rojas y la estilográfica. Se quedó quieta, pensando. Decidiendo.

En algún momento tendría que vérselas con lo que había en el maldito sobre de papel Manila. Pero no sería ahora. Ni en una semana. Ni…

Respiró hondo. Lo que de verdad necesitaba ahora era soltar lastre y solo existía un lugar donde sus desahogos no le hacían daño a nadie.

Le quitó la capucha a su estilográfica. A continuación, apoyó el cuaderno de tapas rojas sobre su falda y lo abrió por donde estaba el separador.

LILLY HABÍA DORMIDO MUCHO MÁS de dos horas. Cuando despertó, Dottie ya se había marchado y Chris estaba disponiendo las cosas para cenar sobre la mesita ratona.

—¿Qué hora es…? —preguntó con voz somnolienta.

Chris la miró con una sonrisa en los labios.

—Eh, hola… Creí que acabaría cenando sola… Son… —consultó su reloj de muñeca— las siete y media. ¿Cómo te sientes?

Lilly intentó mejorar un poco su postura, pero sus costillas no tardaron en recordarle que estaban fracturadas. Chris enseguida rodeó la mesa y fue a ayudarla. Se había quedado dormida en posición sentada, pero los almohadones que la rodeaban y le ayudaban a mantener la posición, se habían desplazado un poco, por lo que su torso estaba ostensiblemente inclinado hacia un lado. Chris se había dado cuenta, pero no había querido despertarla.

—Espera, déjame a mí. —Chris introdujo sus manos debajo de la manta, asió a su hermana por la cintura y la enderezó con suavidad—. Listo.

Lilly exhaló un suspiro. Con la plena conciencia, además del dolor, habían regresado los recuerdos de la conversación que había mantenido con su hermana antes de quedarse dormida.

—Gracias…

—¿Tienes hambre? Porque he hecho uno de tus platos favoritos; muslos de pollo a la parmesana con patatas asadas. Lo he probado y está de rechupete.

Lo que Lilly tenía, principalmente, era arrepentimiento. Y vergüenza. Eso también. Vergüenza de haberle dicho cosas durísimas a la persona que más amaba en el mundo, alguien que siempre la había antepuesto a todo. Alguien que siempre se había desvivido por ella. Miró a su hermana con un mohín tristón e hizo lo que debía:

—Antes me pasé y lo siento mucho.

Chris le acarició la mejilla suavemente.

—Lo sé. Yo también lamento haberme mostrado tan… poco comprensiva. —Lilly asintió, dándole la razón—. Pienso cada palabra que te dije, Lilly. Pero también sé que era el dolor y la impotencia los que hablaban por ti… Soy adulta e inteligente; debí darme cuenta en ese momento y dejarlo estar.

—Yo también pienso cada palabra que te dije. Especialmente, las que tienen que ver con cierto músico famoso… —Chris hizo un gesto de disgusto con la boca, pero Lilly continuó sin

darle tiempo a meter baza—. Quiero… Me gustaría —se corrigió— que me contaras lo que pasa. Me gustaría que dejaras de verme solo como tu hermana pequeña y te abrieras un poco a mí. Duele que creas que soy muy niña para entender por qué haces lo que haces… No soy tan niña, Chris. Soy mayor de lo que tú eras cuando te fuiste a una misión humanitaria por primera vez… Y te conozco. Nadie en el mundo te conoce como yo. ¿Por qué no confías en mí?

—Claro que confío en ti… ¿Qué estás diciendo? —se sentó a su lado en el sofá y al ver la mirada irónica que Lilly le dedicaba, asintió con la cabeza—. Vale, tienes razón. En este asunto, me he encerrado en mí misma. Pero no es porque no confíe en ti, cari… Por favor, no pienses eso. Es porque… llevo sola toda mi vida. Me refiero a… Bueno, sin pareja. Y no sé cómo manejar esta clase de asuntos —reconoció con incomodidad.

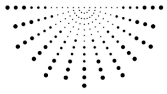
Lilly movió su brazo sano muy despacio y al fin tomó la mano de su hermana, apretándola en un gesto de apoyo.

—Sí que lo sabes. Eres un genio. No hay nada con lo que tú no puedas. Es solo que en *este asunto* —subrayó con picardía— no te has dado cuenta todavía. Necesitas que alguien te ayude. Y justamente para eso están las hermanas pequeñas, ¿sabes?

—Cuánto te quiero, Lilly —murmuró Chris con un nudo en la garganta al tiempo que se inclinaba para besarle la mejilla.

—Y yo a ti, tonta… Y respondiendo a tu pregunta, sí, tengo hambre. ¿Qué te parece si le ajustamos las cuentas a ese pollo con patatas?

CAPÍTULO DOCE



Ken aprovechó que Doreen se había llevado a su padre a dar el segundo paseo prescrito por su médico, para ponerse a revolver la casa en busca de lo que le había pedido el abogado.

Sus hermanos habían salido temprano para Springfield y el plan era que en adelante regresarían a Nashville un fin de semana al mes para pasarlo en familia. Esto suponía coordinarse muy bien para que el viaje no coincidiera con las actuaciones de Ken. Tom no había conseguido recuperar todas las actuaciones originales que Sandy había cancelado al rescindir unilateralmente el contrato, pero sí unas cuantas a las que se habían sumado otras a partir de gestiones que los dos habían hecho y que, de a poco, iban dando sus frutos.

Ken palmeó la cabeza de Noah y apartó su hocico de la caja. A continuación, recogió su pelota y la arrojó todo lo lejos que pudo, al tiempo que decía:

—Chicos, id a jugar por ahí. Tengo que hacer algo y no quiero vuestras cabezas por el medio, ¿vale?

Disponía de una hora como mucho para poner la casa del revés en busca del contrato privado y el cheque. Si no los había encontrado para cuando su padre volviera a casa, tendría que continuar en otro momento, ya que bajo ninguna circunstancia permitiría que él pusiera sus ojos sobre aquellas cinco asquerosas páginas. Y el tema corría prisa. Bradley Rafferty había dicho que encontrarlos les concedería una buena baza y él necesitaba todas las bazas posibles para enfrentarse a los Carrington-Fox.

El problema era que los hombres de Sandy habían metido sus pertenencias en cajas sin orden ni concierto. En realidad, parte de sus cosas, ya que con el resto habían formado una pila en mitad del jardín, ignoraba si debido a que se les habían acabado las cajas o la paciencia. Y después, su tía y sus hermanos le habían estado ayudando a acomodarlas en la nueva casa. No era de extrañar que llevara más de media hora abriendo cajones y puertas, y siguiera sin dar con la bendita carpeta negra. Quizás la tuviera Sandy. No sería tan tonta como para dejar esos documentos en su poder, después de cancelar toda relación contractual con él. Un mes atrás habría puesto las manos en el fuego por eso, pero ahora ya no estaba tan seguro. Si había sido lo bastante imbécil para cancelar un contrato que le reportaría una fortuna, estaba claro que su obsesión le nublaba la mente. Y si ese era el caso, lo último en lo que se habría detenido a pensar, sería en recuperar el contrato privado. Lo más probable era que creyera que él le habría prendido fuego o roto en mil pedazos.

Ken soltó la caja sobre la cama y dejó caer los brazos al costado del cuerpo. Si Sandy no lo había recuperado y él no le había prendido fuego, ni sus peludos se habían dignado a olisquearlo siquiera, ¿dónde estaba el maldito contrato?

Se sentó en la cama, junto a la caja. Un instante después, sus perros aparecieron en la habitación moviendo la cola. Querían jugar. Cuando empezaban a meter sus hocicos por cada rincón de su anatomía, le estaban reclamando atención lo que, en su lenguaje de cachorros, venía a significar; ¡venga, lanza la bola y voy corriendo a recogerla! Su padre llegaría de un momento a otro y él no tenía tiempo para juegos, de modo que les acarició la cabeza y les pidió que se echaran en el suelo. Le agradó comprobar que el adiestramiento estaba dando sus frutos; los dos obedecieron de inmediato. Permanecieron mirándolo expectantes y después de un rato apoyaron el morro sobre sus patas delanteras.

Ken se quedó pensando en todo el asunto de Sandy. La última vez que había visto esa carpeta estaba en manos de Jim. Él la blandía, como si quisiera atizarle con ella. Había sido la tarde del mercadillo.

El mercadillo.

Ken respiró hondo cuando los recuerdos de aquella tarde con la mujer del bastón regresaron a su mente. Cómo había sido tan imbécil de no darse cuenta de que alguien que lo había evitado desde el principio, no podía tener un interés real en él. Si ella le había dado su maldito número, no había sido por ningún otro motivo que a modo de compensación por haberse pasado media tarde en aquel puesto, animando a sus *fans* a acabar con las existencias de los productos que tenían a la venta. Ella no daba el perfil de oportunista. Vendía una imagen muy distinta. Una que él había comprado sin pensárselo dos veces. Pero si no era una oportunista, ¿por qué le había enviado ese folleto? ¿Por qué no lo había invitado a un café o, en última instancia, usado las malditas entradas VIP para ir a verlo actuar? La respuesta era evidente. Le había enviado el folleto porque esperaba que él mordiera el anzuelo e hiciera exactamente lo que había hecho; ayudarle a promover las ideas que defendía y, de paso, a financiarlas, haciendo que sus *fans* arramplaran hasta con el último atrapa-sueños que tenían en el puesto.

Y él, creyendo que ella al fin había empezado a mostrarse receptiva… Qué gilipollas.

Manoteó la botellita de agua de encima de la mesa de noche y bebió un buen trago, intentando aplacar el desasosiego y la impotencia que se adueñaban de él cada vez que pensaba en ella.

Comprender que su interés por él había durado lo que unas cuantas fotos mostrándolos en actitud cariñosa habían tardado en «manchar su prestigio», había supuesto una decepción inmensa. Y, cómo no, una rabia monumental que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, daba igual lo que hiciera.

¿Acaso no se lo había dicho el estirado de su amigo? «Puede que consigas engañarla un tiempo, ¿pero sabes qué es lo que nunca conseguirás? Estar a su nivel. Chris es mucha persona, mucha mujer para ti. Antes o después, ella se dará cuenta de que no le llegas ni a la altura del zapato».

Bebió otro sorbo de agua y tragó con fuerza.

Pues esa señora que, según Daniels, era mucha mujer para él, estaba dispuesta a largarse sin dar la cara. Lo habría hecho, si él no la hubiera obligado, presentándose ante su puerta. ¿Qué clase de persona hacía algo así? «Con que a la altura del zapato, ¿eh?», pensó rabioso.

Bufó liberando una bocanada de aire cargado de rabia y se puso de pie. Tenía que parar. Dejar de pensar en ella. Alejarla de su mente como fuera.

Los perros también se irguieron sobre sus cuatro patas. Noah hizo algo más, ponerse a dar vueltas alrededor de su amo, en un claro reclamo de que era hora de jugar.

—Que no, que todavía no he acabado aquí. Un poquito de paciencia, chicos…

El tono de su voz animó a River que, travieso como siempre, saltó encima de la cama, tirando al suelo la caja que había en ella.

—¡¿Pero desde cuándo te… ?! —Ken dejó la frase a medias al ver el borde negro de una carpeta asomando entre la pila de revistas y libros que se habían deslizado sobre el suelo al volcarse la caja—. ¡Bingo!

Cogió el vértice que asomaba y tiró. Y ahí estaba la maldita carpeta con el contrato y el cheque dentro.

—Iba a regañarte por ser un perro malo y subirte a mi cama —le dijo a River—. Pero acabas de salvarme la vida, así que supongo que tendré que dejarlo pasar por esta vez… —tomó la cara del perro entre sus manos—. No te subas a la cama. Ni al sofá. Ni al sillón. Porque como mi padre te vea, ya sabes lo que pasará, ¿no?

Robert era implacable cuando se trataba de defender dónde debían habitar los humanos y dónde los animales. Ahora se aguantaba porque no estaba en su casa y le tocaba respetar las reglas de juego, pero en el rancho… Había sido una auténtica batalla lograr que los cachorros recién nacidos de Rain, la madre de Noah y River, no durmieran al raso. Pero en cuanto habían cumplido el mes, ni siquiera Jim había podido evitarlo.

Noah emitió un ladrido. River respondió.

—Exacto. ¿Os acordáis, verdad? —dijo Ken riendo.

Y fue al sentir el calor de su propia risa cuando tomó conciencia del tiempo que llevaba con el ánimo por los suelos y que, una vez más, habían sido sus cachorros los que habían acudido en su rescate. Qué afortunado era de tenerlos en su vida. Eran dos peludos increíbles.

—Baja de la cama y no vuelvas a subirte. Así, muy bien… Ahora, dadme cinco minutos para devolver cada caja a su sitio y nos vamos de paseo. —Como si hubieran entendido cada palabra que había pronunciado, los cachorros empezaron a correr de un extremo al otro de la habitación, rodeando la cama por turnos. Ken se rio—. Es la palabra mágica, ¿no? Digo «paseo» y ya empezáis a dar una fiesta…

En aquel momento, mientras ponía las cajas en su sitio (esquivando el pase de sus perros a la carrera), su mente regresó a Sandy y sus conversaciones acerca del contrato privado. Recordó la última tarde que habían hablado del tema. Al llegar, la había encontrado sentada en su porche, esperándolo. Estaba muy harto de ella, de modo que no había tardado en ignorar sus reclamos e ir a ducharse. Al salir del baño, ella ya no estaba, pero había dejado una nota pisada con una piedra del cantero sobre la mesa del porche:

«Te doy 24 horas más para firmar el contrato privado. Fírmalo, y recuperarás tu adorado *Mystic Oaks* y seguirás teniendo una carrera en el mundo de la música. No lo hagas, y toda relación contractual entre nosotros habrá terminado».

No la había tirado. De pura rabia, había devuelto la piedra al cantero, arrojándola con tanta fuerza que, al chocar contra el canto de otra piedra, había salido disparada en cualquier dirección. ¿Qué había hecho con la nota?

De pronto, lo recordó. Fue aprisa al baño. Abrió el armario de las toallas y allí, colgado, estaba su albornoz. Doreen había hecho varias coladas desde entonces, pero si alguien había guardado su albornoz allí, probablemente, se habría librado del detergente. Tanteó el bolsillo derecho y palpó el abultamiento. Había algo dentro. Metió la mano y lo sacó.

Y una ligera sonrisa volvió a curvar sus labios por segunda vez.

El abogado Bradley Rafferty asintió con la cabeza varias veces antes de decir:

—Esto es tu pasaporte a una negociación de las que me gustan.

Ken intercambió miradas con Tom y lo soltó sin miramientos. Tanto había cacareado con que Parker y Douglas habían descartado hacerse cargo de la demanda porque eran abogados corporativos mientras él, en cambio, prefería «ensuciarse las manos», ¿y ya estaba hablando de una negociación?

—Creí que lo suyo era pleitear.

—Claro que lo es. Pero esta nota está escrita de puño y letra por la señora Carrington-Fox. Un calígrafo puede certificar la autoría. Y cuando lo haga, la parte demandada no podrá alegar que ese contrato pudo confeccionarlo cualquiera. Lo que sumado al cheque que aún obra en su poder y a la referencia a recuperar su rancho que hay en la nota… Bueno, digamos que la deja con el trasero al aire —concluyó sonriendo—. La familia no va a querer que esto trascienda… —Se encogió de hombros con esa actitud propia de quien sabe que tiene una carta ganadora en la mano—. Habrá que ver qué están dispuestos a hacer para evitarlo. ¿O va a decirme que pase de negociar porque se conforma con la indemnización?

La respuesta era sí. Su decisión de demandar a Sandy se basaba más en un deseo de ponerla en su sitio, demostrarle que no era omnipotente, haciéndole pagar por los daños que sus berrinches le estaban ocasionando, que en un interés personal por sacar una tajada más grande. No era de esa clase de personas. No iba por la vida intentando aprovecharse de todo. Lo suyo era la música. Si su nombre aparecía en los periódicos, quería que fuera por eso y no por otra cosa. Además, necesitaba tranquilidad para componer. Prefería emplear su energía en relanzar su carrera y no en presentarle batalla a una víbora. Ni siquiera se había detenido a pensar que esa nota manuscrita cotizara tan alto en términos legales.

Pero Tom sí lo había hecho. En cuanto Ken le había hablado de la nota, había tenido claro que eso daba un giro de noventa grados al tablero de juego. Pero, como todo en la vida, tenía sus contrapartidas.

—¿Y qué pasa con sus dos años y medio alejado de las luces de neón? —preguntó, sacando las palabras de la boca de Ken, quien mostró su aprobación asintiendo con la cabeza.

Bradley desvió su mirada de Tom a Ken.

—Creí que contábamos con eso desde el principio…

—Dije que si no podíamos evitarlo, apechugaría, no que quiera que sea de dominio público. No me da igual que se sepa. No tanto por mí como por mi familia. Lo han sufrido conmigo en vivo y en directo y lo último que necesitan es revivirlo a través de las noticias. Si puedo evitarles ese dolor, lo haré encantado.

El abogado se levantó y fue hasta la máquina de café que había en su despacho. Les ofreció una taza. Tom la aceptó. Ken declinó. Con dos tazas en la mano, Rafferty regresó a su mesa.

—Esa mujer está obsesionada con usted. Ya se lo dije ayer. Mi opinión es cuando le ofreció ayudarle a relanzar su carrera, ya estaba al corriente de lo que hizo durante esos dos años y medio lejos de los focos y tenía pruebas de ello. Pero supongamos que me equivoco. En el momento que marque su número y me identifique como su abogado, ¿cuánto tiempo cree que

tardará esa familia en rebuscar debajo de las piedras algo con lo que neutralizarnos? Intentaré cerrarles la boca con una cinta bien gruesa, pero no puedo prometerle nada. Tiene que contar con que esa información trascenderá, señor Bryan. Es mejor no hacerse ilusiones de poder seguir manteniéndolo en secreto. Y es mejor que su familia lo sepa. Me refiero a que sepa que saldrá a la luz mucha basura. Usted mejor que nadie sabe lo que es capaz de hacer la prensa con tal de vender ejemplares…

Ken respiró hondo. Lo sabía muy bien, desde luego. El abogado continuó.

—Si hay algo que necesite saber sobre esos dos años, le agradecería que me lo dijera ahora…

—¿Algo como qué? —preguntó Tom.

—No iba por ahí pegando a la gente o robando en farmacias para alimentar mis adicciones, si a eso se refiere —espetó Ken—. ¿No debería saberlo? Dijo que me sigue desde que empecé en esto. ¿Era verdad o esto sigue la misma tónica de lo de «ensuciarse las manos»? —Sonó airado porque lo estaba. Puede que hubiera pasado un tiempo en el infierno, pero no era un demonio. Nunca lo había sido.

El abogado le ofreció una mirada compasiva.

—Me refiero a circunstancias de las que otras personas se puedan aprovechar. Porque si esas personas existen, los Carrigton-Fox darán con ellas. ¿Estuvo implicado en algún asunto turbio a cambio de dinero o de drogas? ¿Participó en alguna fiesta privada en la que hubiera señoritas menores de edad? ¿Hay mujeres que puedan ponerle una demanda de paternidad y ganarla?

Ken sintió como si alguien hubiera puesto la calefacción a tope. Ni siquiera se molestó en mirar qué cara se le había quedado a Tom.

Se había desmadrado bastante durante esa época. Sus recuerdos, aunque vagos, eran demasiados para tomarlos como sucesos aislados. Sin embargo, aunque para él su nivel personal de desenfreno de aquellas épocas hubiera sido grande, no era nada comparado con el de la gente del entorno en el que se movía. Todo el mundo iba puesto de alcohol, de drogas o de ambas cosas a la vez. Había mucha desinhibición y, en consecuencia, los excesos estaban a la orden del día. Ver a un famoso en las noticias, saliendo del garito o la fiesta lujosa de turno en condiciones deplorables mientras dos agentes lo conducían hasta el coche policial, era algo tan cotidiano que a nadie le llamaba la atención.

Lo bueno, si podía decirse que hubiera algo positivo en hundirse en la mierda hasta el cuello, era que las borracheras de Ken no eran violentas. No le daba por buscar pelea ni por la locuacidad. Tampoco por buscar compañía femenina que le subiera la moral, aunque fuera durante un rato. El exceso de alcohol no tenía ese efecto sobre él. Al contrario, hundía su sistema nervioso central hasta el extremo de hacerlo caer en un sueño profundo que duraba horas. Esa, de hecho, había sido la señal de alarma para Tom y el motivo por el que se había traslado a vivir con él, a *Mystic Oaks*; que un artista que nunca había llegado tarde a un compromiso, de repente, no se presentara a una entrevista televisiva, dejara a todo el mundo colgado, y ni siquiera llamara en el último minuto para ofrecer una explicación o, como mínimo, una disculpa. ¿Cómo iba a hacerlo? Estaba desmayado en la cama, durmiendo el sueño de los beodos. Además, había una razón médica que entonces ignoraba; estaba pasando por una gran depresión.

La cocaína, en cambio, lo ponía eufórico, excitado en extremo, recordó Ken. Por suerte, siempre había tenido a Tom pegado a su sombra, listo para meterlo a empellones en su coche y llevarlo a casa en cuanto percibía el menor signo de desmadre por su parte. Ahora se sentía agradecido por eso, pero entonces… Nunca habían discutido tanto como en aquella época. Le irritaba darse la vuelta y que Tom estuviera allí, controlando que las cosas no se le fueran de las

manos.

—No, nada de eso —repuso lo más compuesto que pudo.

—¿Está seguro? Lo que me diga no saldrá de aquí ni cambiará lo que pienso de usted y de su música. Pero si hay algo con lo que puedan atacarlo, tengo que saberlo. Solo así podré anticiparme o, como mínimo, intentar desviar el golpe.

Ken volvió a respirar hondo.

—Estoy seguro —le dijo, mirándolo fijamente—. Y si me lo vuelve a preguntar, ya no tendrá que tomarse la molestia de representarme.

El abogado intercambió miradas con Tom y al final esbozó una sonrisa.

—Así que lo de sus malas pulgas es cierto… Fíjese, creía que era un invento de la prensa.

Tom se calló lo que pensaba, pero si aquel tipo supiera cómo se había propagado la plaga de malas pulgas de Ken desde la noche anterior, se andaría con muchísimo ojo.

TOM SE HABÍA QUEDADO A CENAR en casa de Ken, con él, su padre y su tía. En cierto modo, también había cenado con Jim y Tim, ya que habían llamado mientras ellos mismos cenaban en el rancho, a quinientos kilómetros.

La sobremesa se había alargado porque para todos se trataba de algo que echaban de menos. Estaban en Nashville, y no precisamente en una espaciosa cocina como la que los Bryan tenían en su rancho, pero excepto por los decorados, la esencia seguía siendo la misma; la de un grupo de personas muy bien avenidas que disfrutaban enormemente del tiempo que compartían. Eso era algo que Tom había aprendido estando con los Bryan, ya que su propia familia no era bien avenida y de la forma que mejor estaban era cuando no se veían las caras. Nunca tan bien dicho; de la última vez que Tom había visto la cara de su padre habían pasado dos años.

Sin embargo, a nadie se le escapaba que el ánimo de Ken había sufrido una transformación drástica las últimas veinticuatro horas. Él intentaba disimularlo, no quería preocupar a su padre, pero cuando la irritación por lo sucedido con Chris le daba una tregua, la desilusión ocupaba su lugar. A pesar de sus bromas, era evidente que el desencanto estaba allí, en el fondo de sus ojos o en la manera en que se quedaba con la mirada perdida cuando los demás hablaban y él creía que no le estaban prestando atención.

—¿Y cuál es el plan de Rafferty? —quiso saber Robert.

Ken volvió a la realidad de sopetón.

—¿A qué te refieres?

—Si se puso tan contento de que hubieras encontrado esa nota manuscrita, es porque tiene algo en mente.

Ken asintió.

—Sí, perdona, estaba distraído. Dijo que esta noche estudiaría bien todos los documentos y me llamaría mañana para contarme cuál será la estrategia. Está pensando en negociar. Dice que con cartas tan buenas conseguiría mucho más dinero que la indemnización prevista en el contrato. No lo sé… Mañana, a la vista de lo que me cuente, tomaré una decisión. No me he metido en esto para esquilmar a nadie y, si para defenderse, van a sacar a relucir todos mis trapos sucios, creo que pasaré.

Robert miró a Tom en busca de una opinión. Él apartó la mirada y no hizo comentarios. No

porque estuviera de acuerdo con Ken, sino porque se trataba de su vida y acataría su decisión, fuera cual fuera. A nivel personal, era de los que creían que a las oportunidades había que aprovecharlas.

—Me parece bien lo que a ti te parezca bien, Ken —dijo Robert—. Solo te voy a decir una cosa. Todos cometemos errores. No es necesario que te esfuerces tanto por ocultar los tuyos. Si lo haces por ti, de acuerdo. Pero no lo hagas por nosotros, por mí… Nada de lo que salga en la prensa va a hacerme cambiar de opinión. Estuve ahí contigo. Sé lo duro que fue. Y estoy orgulloso de ti, de que hayas superado ese bache y hoy estés aquí, luchando por relanzar tu carrera. Si tiene que saberse el infierno por el que has pasado, seré el primero en apoyarte y en decirle a quien quiera oírme lo orgulloso que estoy de ti.

Que los ojos de Ken se empañaran, fue el primer signo de lo revueltas que estaban sus emociones. Que no lograra impedir que una lágrima corriera mejilla abajo, constituyó un momento intenso para todos. Incluso para Tom, que siempre se jactaba de no ser nada emocional. A nadie sorprendió que fuera Doreen la primera en hacerse cargo de la situación. Era su carta de presentación. Su forma de ser. Se levantó de su sitio, dio la vuelta a la mesa y ocupó la silla que había junto a Ken. Le pasó un brazo alrededor de los hombros y le dijo al oído algo que solo él pudo escuchar.

Algo a lo que Ken respondió con el inmenso afecto que siempre había sentido hacia esa mujer que se había entregado al cuidado de sus sobrinos, como si se tratara de sus propios hijos.

—Gracias, tía.… Eres una persona increíble. Muchas gracias, de verdad… Y gracias a ti, papá. No me había dado cuenta de que necesitaba saber lo que pensabas al respecto… De acuerdo. Intentaré que el barro nos salpique lo menos posible, pero me tranquiliza que estéis preparados para lo que se tercie. Lo último que quiero en esta vida es volver a haceros daño. —Inspiró profundamente—. Y ahora, si me disculpáis, me voy a retirar. Estoy molido y mañana será otro día complicado… —Miró a Tom—. Quédate a dormir, si quieres.

Él dio un rápido vistazo a Noah y a River. Estaban echados junto a la puerta que comunicaba la cocina con el salón.

—¿Dónde dormirán esas bestias?

Fue Robert quien respondió.

—¿Y dónde crees que dormirán? Aquí, por supuesto. Esto no es Springfield, Tom. En los dominios de Kenneth Bryan, los animales y los seres humanos ocupamos el mismo espacio. Suerte hemos tenido que no los haya sentado a la mesa.

—Robert, por favor, no les des ideas. Ya estoy viendo que la próxima vez somos seis a cenar —bromeó Tom, palmeando el hombro de su amigo después de ponerse de pie—. Declino tu invitación, colega. Dormiré en mi casa. Y me despido, que ya es hora. El pollo estaba buenísimo, Doreen. —Ella agradeció el cumplido con un gesto de la cabeza—. Buenas noches a todos.

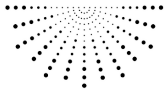
Ken lo acompañó a la puerta. Noah y River también se sumaron a la despedida, moviendo sus colas y dando vueltas alrededor de su amo.

—No te metas con mis peludos, tío —le dijo—. Son geniales y superobedientes. Hacen más caso que tú.

Desde la cocina, Robert y Doreen sonrieron al oír la carcajada de Tom seguida de su frase estrella:

«¡Es que gracias a Dios y a todos sus querubines, a mí no puedes domesticarme, chaval!».

CAPÍTULO TRECE



Ken sonrió ante la enorme algarabía de sus peludos. Llevaban dando saltos a su alrededor desde que había salido del baño, después de darse una ducha.

—Siento el retraso, chicos… Se me pegaron las sábanas. Ahora os abro la puerta para que podáis salir a aliviar la vejiga y en cuanto me acabe el café nos vamos de paseo… ¿Os parece bien?

La palabra mágica provocó una nueva andanada de expresiones de alegría por parte de Noah y River que hicieron reír a Ken de buena gana. En cuanto les abrió la puerta de la vivienda, desaparecieron de la vista entre ladridos. Se asomó al jardín delantero y disfrutó unos instantes viéndolos correr. Al fin, dejó la puerta entornada para que los perros pudieran volver a entrar y se dirigió a la cocina donde estaba su familia.

Saludó a su tía con un beso y a su padre con una palmada en el hombro.

—Hay café recién hecho —dijo Doreen—. Siéntate que te sirvo una taza.

Ken no le permitió que se levantara de la silla.

—No me malcríes tanto. Ya voy yo.

—Eso es como pedirle a un canario que no cante, hijo. Siempre te malcriará. Nos malcriará a todos.

Doreen no se quedó callada.

—Pues ya sabéis dónde está el libro de reclamaciones…

Ken se sirvió un poco de café, añadió un buen chorro de leche y cogió uno de los sándwiches vegetales que Doreen había dispuesto primorosamente sobre una fuente alta. Pensó que esa era otra cosa que había echado de menos. Las jornadas en el rancho eran largas, extenuantes, y en épocas de mucho trabajo como la siembra o la cosecha, los hombres, *sus hombres*, como ella los llamaba, apenas paraban para cenar. A Doreen se le había ocurrido dejar bocadillos y tentempiés junto a una jarra de té o zumo de fruta a la vista en zonas estratégicas de la vivienda. Cada vez que alguno de ellos pasaba por la casa para refrescarse, se marchaba comiendo un bocadillo. La noticia no había tardado en propagarse y el truco había funcionado tan bien que se había convertido en una costumbre más, como las flores frescas adornando cada una de las habitaciones o la decoración navideña. Cualquiera que pusiera un pie en la casa de Robert Bryan era recibido con tentempiés y té frío o caliente, según la época del año.

—¿Y quién se quejaría? ¡Yo no!

Robert observó a su hijo. Parecía más animado que el día anterior. Aunque también era posible que fingiera para no preocuparlos. O para evitar preguntas. Intercambió miradas con Doreen y supo que ella estaba pensando en lo mismo.

—¿Qué planes tienes para hoy, Ken?

Ponerse en marcha, ese era su plan. Por la noche, incapaz de dormirse hasta las tantas a pesar de estar molido, había comprendido que lo sucedido con Sandy también tenía su lado bueno. Ahora estaba solo, sin apoyos. Todo dependía de él. Si quería relanzar su carrera tenía que sacudirse el polvo de la derrota y ponerse en marcha. Decidir cómo quería que fueran las cosas y hacerlas realidad. Desvelarse ideando un plan le había permitido mantener su mente alejada de la auténtica razón de que sus emociones siguieran muy revueltas.

—Tom viene hacia aquí porque hay mucho que coordinar… Lo primero será alquilar algún local que haga las veces de oficina. No quiero mantener reuniones en la barra de un bar. Ni quiero que esta casa se convierta en un punto de reunión. Todo negocio ha de tener una sede, así que… —Miró a su padre—. Me gustaría contar con tu opinión y no vas a poder opinar si no asistes a las reuniones, ¿estás en forma para eso o prefieres que te dé unos días más de vacaciones?

Robert sonrió y asintió con la cabeza en un gesto aprobatorio. Ahora estaba más convencido que nunca de que su hijo lograría lo que se proponía. Había cogido las riendas de su vida profesional, decidido a ser él quien marcara el rumbo. Volvió a intercambiar miradas con Doreen y fue ella quien habló en primer lugar.

—Vaya pregunta acabas de hacer. Tu padre lleva años esperando este momento, te diría que sí, aunque estuviera en un quirófano, esperando un trasplante de cerebro.

—No existen los trasplantes de cerebros —apuntó el aludido con dulzura.

—¿Y eso qué más da? Era un decir… Lo que importa es que llevas doce años esperando que Ken cuente contigo para sus decisiones profesionales importantes y no te negarías ni aunque te fuera la vida en ello. ¿O me equivoco?

—No te equivocas —concedió. Regresó su mirada a Ken—. Estoy en forma, hijo. Y feliz de que me dejes ayudarte en lo que necesites.

Si Robert Bryan no había intervenido antes en los asuntos profesionales de Ken, era pura y exclusivamente por las circunstancias. Haberse dedicado a la música en vez de seguir la tradición familiar y convertirse en ranchero, había dejado al Rancho Bryan con dos brazos y una cabeza menos en el consejo de dirección. Ken no había querido cargar a su padre con más responsabilidades. Pero ahora que lo tenía al otro lado de la mesa, en Nashville, retirado de las responsabilidades de gestión del rancho, no tenía que pensárselo. Contaría con él para todo. Ken le ofreció su puño cerrado para que Robert chocara el suyo con él.

—Entonces, a por ello, papá.

Y Robert lo hizo.

—A por todas, Ken.

Doreen no se cortó. También les ofreció su puño, logrando que los dos hombres se echaran a reír y, finalmente, hicieran los honores.

DESPUÉS DE LLEVAR a Noah y a River a su paseo matutino, Ken regresó a casa. Tom ya estaba allí, conversando con Robert en el salón. Doreen había salido a hacer unas compras.

—¿Hace mucho que has llegado? —le preguntó mientras colgaba las correas de sus perros en los ganchos, detrás de la puerta y seguía a sus peludos hacia la cocina—. No he podido esperarte

porque me quedé dormido y ellos tienen sus horas para todo…

—Tranquilo. Yo también me retrasé. Me llamó el dueño del Club Perseus. Lo conozco hace tiempo. Este negocio es nuevo, lo abrió en el 2000, pero tiene mucha experiencia en locales de ocio como este. Me dijo que está pensando en ofrecer actuaciones en vivo, pero no quiere un desfile de cantantes de moda cada fin de semana… Piensa más bien en contar con uno o dos buenos artistas que vayan rotando… Como ha oído que estás de nuevo en la ciudad, quería tantearme a ver si estarías interesado y yo…

Ken conocía el Club Perseus. Era un local espectacular, muy diferente a la oferta habitual en la ciudad. Cada fin de semana reunía bajo sus bóvedas acristaladas a la *crème de la crème* de Nashville. Hasta el momento, por lo que sabía, entretenían a su clientela con los mejores DJ de la ciudad. Si ahora querían amenizar las veladas con música en vivo y habían pensado en él para hacerlo, se apuntaría sin pensárselo dos veces.

—Claro que estoy interesado —lo interrumpió desde la cocina. Sirvió el pienso en los cuencos de sus perros y después de hacerles unas cuantas carantoñas, regresó al salón—. Le has dicho que sí, supongo.

Tom le dedicó una mirada desdeñosa, en plan «¿con quién crees que estás hablando, chaval?», que hizo sonreír a Robert.

—Se lo diré mañana, cuando lo llame. Obviamente, hasta las hormigas coloradas de Nashville saben que Sandy te ha dejado colgado, pero sigues siendo Ken Bryan. Con Sandy o sin ella. De esta forma también le doy tiempo a que digiera el cincuenta por ciento de las consumiciones de la noche que le he pedido a cambio de que le ayudes a comprobar a ver qué tal funciona el experimento —dijo con una enorme sonrisa—. Y si decide que funciona bien, obviamente, pagará tu caché completo.

Ken soltó una carcajada.

—¿Le has pedido el cincuenta por ciento por una prueba? ¡Estás como una cabra!

—Sé que lo harías gratis. Es una publicidad que te cagas —concedió Tom—. Pero McGraw, Brooks, Chesney… Todos cobrarían su caché completo por actuar una noche allí. ¿Por qué tú no?

—Me gusta tu filosofía, Tom —dijo Robert.

Ken cogió un puñado de galletas de mantequilla de la caja y se la pasó a su padre quien, a su vez, se la entregó a Tom considerando que era demasiado pronto para empezar a hacer desarreglos a su estricta dieta.

—No, gracias. Yo solo como para vivir, no como este tragón.

La caja de galletas regresó a su dueño quien le ofreció una sonrisa burlona (pero no soltó la caja) y se acomodó con las piernas cruzadas al estilo indio.

—Vale. Me parece bien. Pero quiero a ese tipo contento, así que mañana, cuando lo llames, coméntale que este tragón está pensando en hacer actuaciones especiales todos los domingos de diciembre, a media tarde o así, a ver qué te dice.

—¿Y qué crees que me va a decir? ¡Te hará la ola, tío! Dios, ahora sí que has vuelto, colega. Ahora sí que estamos en la carrera…

—Ya te has metido con mis hábitos alimenticios, así que me alegra que no hayas recurrido a otro de tus clásicos y dijeras «¡ya era hora!»…

—Podría haberlo dicho. Pero te voy a dejar respirar un rato tranquilo —se burló Tom.

—Sí, por favor, no lo agobies ahora —intervino Robert, divertido por la interacción entre los dos amigos.

Ken permitió que los dos hombres celebraran a su manera durante un rato que las cosas volvían a su curso natural antes de decir:

—Y ahora que he vuelto, necesito un local que haga las veces de centro de operaciones y que tenga espacio para ensayar… Me vale un garaje con un cuarto trastero, para que nos entendamos —Vio que su padre se reía y matizó sus palabras—. Pero, como la imagen es importante, que sea un garaje para diez coches.

—Y me imagino que el cuarto trastero es para mí… —Los tres hombres rieron a cuenta del comentario de Tom quien continuó—: Vale. Un colega me comentó hace unos días de una nave industrial pequeña en Berry Hill que lleva tiempo en alquiler. El dueño es un amigo suyo. Lo llamaré, a ver qué me dice.

—¿Y cómo es que no se la han sacado de las manos estando por esa zona? ¿Pide un pastón de alquiler o qué? —quiso saber Ken.

—No, es un rollo de una herencia… Por lo visto, era una empresa familiar, un taller mecánico, que al morir el dueño tuvo que cerrar. El tamaño y la disposición de los despachos no se adapta bien a otro tipo de negocios…

Ken asintió, pensando que quizás, con suerte, se adaptaría bien al suyo.

—Y además de un local, voy a necesitar músicos. Quiero que pongas un anuncio, esta es la descripción de lo que busco. —Le tendió un folio plegado en cuatro que había sacado del bolsillo trasero de sus vaqueros—. Que no aparezca mi nombre, solo «músico importante». Las condiciones serán a negociar. Que te envíen su currículo completo y alguna grabación en la que hayan participado. Preferentemente, algún directo. Haré una preselección basándome en esa información y convocaré a los candidatos preseleccionados a una audición. De ahí saldrá mi nuevo grupo de músicos.

Tom leyó el folio y asintió.

—¿Y qué harás con tus músicos de siempre? —le preguntó con cautela.

«Desearles mucha suerte», pensó Robert. Si conocía a su hijo tan bien como creía, prescindiría de ellos. No iba a negar que, en cierto modo, le entristecía que fuera así. Ken había formado su primer grupo musical con ellos cuando era apenas un adolescente. La mayoría había permanecido a su lado hasta su caída en el infierno de las adicciones. Robert los había tenido sentados a su mesa en el rancho de Springfield, disfrutando de la barbacoa de los domingos.

—Mis músicos de antes, querrás decir. ¿Tú los ves por algún lado? —Abrió los brazos, señalando que su salón era lo bastante grande para dar cabida a todos y, sin embargo, ninguno estaba allí.

—De algo tenían que vivir, Ken.

—Y lo entiendo. Lo que no entiendo ni acepto es que sabiendo que he vuelto, no hayan dado señales de vida. Si no fuera porque yo me he tomado la molestia de ir a verlos actuar, seguiríamos sin vernos las caras.

—Ya te lo he dicho. En cuanto puedas asegurarles trabajo todo el año, volverán.

Ken lo sabía, pero ya no le parecía bien que las cosas fueran de esa manera.

—Cuando llegue ese momento, la fila de interesados en ser parte de mi equipo dará cien vueltas a la manzana. No los necesitaré a ellos. Los necesito ahora. Los necesitaba hace seis meses cuando me pasaba las semanas yendo de una punta a otra del país tocando con desconocidos con los que apenas podía ensayar media hora antes de empezar la actuación. O hace tres meses, cuando me establecí en Nashville y ninguno se molestó siquiera en llamarme y decirme «¿qué tal, tío? Me he enterado de que estás otra vez en la ciudad, ¿te apuntas a un

café?». —Sacudió la cabeza y no ocultó su gran decepción al decir—: Pienso hacer borrón y cuenta nueva.

Tom asintió. Sabía que no era rencor ni deseos de vengarse. Ken no era ninguna de las dos cosas. Como buen Bryan, tenía a la lealtad en muy alta estima. Los chicos no lo habían hecho con intención, de eso estaba seguro. Pero, aunque no lo supieran, el regreso de Ken a la música había supuesto una prueba de lealtad y ellos, simplemente, no la habían pasado.

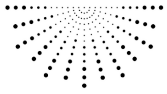
—Espero que el borrón no me incluya a mí… —dejó caer. Enseguida sonrió demostrando que solo había sido un intento de cambiar el tono del momento.

Ken miró a su padre con expresión divertida. Tom había estado a las duras y a las maduras. Le había salvado el trasero infinidad de veces durante sus épocas de adicción y cuando al fin se había recuperado, no había parado hasta convencerlo de relanzar su carrera. Si la lealtad tuviera nombre propio, sería Tom Keller.

—Por las dudas, ándate con ojo —repuso.

Y un instante después, se estiró a palmear la rodilla de su amigo con afecto.

CAPÍTULO CATORCE



Chris se sentó en la cama todavía medio dormida. Notó que la luz del día se colaba por las rendijas de la persiana de su dormitorio y consultó el reloj analógico que había sobre su mesilla. Eran las nueve y diez, lo que quería decir que había dormido doce horas.

Y, sin embargo, estaba molida.

Se dejó caer sobre el colchón nuevamente. Debería levantarse. Ir a la habitación de Lilly a comprobar si aún dormía. Deshacer las maletas. Poner orden en la casa. Empezar a preparar la presentación que haría en la oficina, informando del curso que había impartido en Nashville y sus conclusiones sobre la posible aplicación a los cursos de formación que la organización dictaba en el país. En un par de días se reincorporaba al trabajo. Volvería a verse las caras con sus colegas y compañeros de trabajo después de casi veinte días ausente… Y después de que ellos recibieran en sus respectivos correos electrónicos material gráfico acerca de las otras cosas que ella había estado haciendo en Nashville mientras impartía un curso en la OADASV.

Chris cerró los ojos y exhaló un suspiro.

Ya era bastante duro tener que regresar a un trabajo de escritorio por el que jamás había tenido el menor interés. Saber que, en adelante, su colaboración en los proyectos que de verdad la apasionaban sería simbólico, burocrático, la obligaba a tener que esforzarse mucho más por hallar suficiente motivación para sacar los pies de la cama. Que además una parte tan privada de su vida estuviera en conocimiento de todos, lo hacía infinitamente más difícil.

«Necesitas tiempo, eso es todo», se dijo. Esa parte de sí misma que jamás se rendía ante el desánimo tampoco estaba dispuesta a doblegarse ahora. Eso era bueno. Pero un instante después, la ironía hizo acto de presencia. «Bueno, ¿para qué? Tiempo, ¿para qué?».

Detrás de un escritorio jamás se sentiría satisfecha. Se acostumbraría a que en eso consistía su vida ahora, debía ser la criatura más adaptable que habitaba el planeta, pero no se sentiría útil, no habría ilusión ni motivación. Ni nada por lo que mereciera la pena dedicar ocho horas, cinco días a la semana los próximos treinta años.

Y luego también estaba Ken.

O, mejor dicho, lo que había vivido a su lado. Lo que había sentido esos días que empezaban a parecerle tan lejanos, le habían mostrado una parte de sí misma que desconocía. Más allá de la rabia y la desilusión que traía consigo el recuerdo de su última hora juntos, Chris no recordaba haberse sentido tan vibrante, tan expectante e interesada en cada minuto del día, como durante esos días que habían estado en contacto. A nivel personal, nunca. Ahora todo parecía tan… Normal, incluso anodino. No dejaba de preguntarse si también sería capaz de acostumbrarse a esto. La criatura más adaptable que vivía sobre el planeta, ¿también lograría resignarse a volver a

ser alguien más que transitaba la vida en solitario, una mujer común y corriente? ¿Lograría acostumbrarse a no volver a ver en la mirada de un hombre ese brillo que había en los ojos de Ken, que le decía alto y claro «eres especial»? Tenía la preocupante sensación de que jamás se acostumbraría a ello… Nunca.

Ya te has lamido bastante las heridas. ¿Qué tal si ahora vuelves a ser adulta y haces lo que debes?

Chris sonrió con resignación ante aquella voz que nunca la abandonaba.

Y, por primera vez aquella mañana, le dio las gracias por devolverla a la realidad.

DESPUÉS DE DUCHARSE, Chris se asomó a la habitación de Lilly. Jamie se había encargado de alquilar una cama articulada y hacer que la instalaran en su dormitorio mientras ellas estaban en Nashville. El mando le permitía graduar la inclinación del respaldo a su gusto e incluso elevar la sección que estaba a los pies. Lilly dormía y el estado de las sábanas daba a entender que no se había movido mucho por la noche. Eso era muy bueno. El sueño profundo era la mejor herramienta con la que su hermana contaba para recuperarse física y emocionalmente del accidente. Satisfecha de que al menos algo fuera realmente bien en aquella casa, se dirigió a la cocina. Y se sorprendió de encontrar a su tía allí.

Y no solo a ella; había café recién hecho en la cafetera y una bandeja con cruasanes de mantequilla sobre la mesa.

—Eh… Buenos días. No te oí llegar —dijo, dejándole un beso sobre la frente—. ¿Qué tal está Frank?

—Feliz de no tener que seguir viviendo a base de hamburguesas. Vendrá por la tarde para ver qué tal estáis. Ya le he dicho que no se hiciera ilusiones, que no me recuperará tan rápidamente porque Lilly está mucho más quejosa que siempre y tú muy hecha polvo aunque, como es tu costumbre, lo disimules bien.

Chris recibió la indirecta, pero no se dio por aludida. No quería mantener una conversación sobre el tema.

—Pobre… Te tiene más paciencia que un santo. Ya le diré cuando venga que no se preocupe porque sí que te recuperará. —Vio que Dottie elevaba la vista por encima de la revista que ojeaba y le dedicaba una mirada sardónica. Chris continuó con normalidad—. Lilly está bien. Puede levantarse sola, esa cama hace de todo. Puede andar con ayuda de uno de mis bastones. Le dejaré el desayuno y la comida lista para que no tenga más que calentarlos en el microondas. Podrá apañárselas sola, mientras yo estoy en el trabajo. Y por descontado, yo también estaré bien.

—Sí, ya se ve…

Chris se sirvió una taza de café, puso dos cruasanes en un platillo y llevó ambas cosas a la mesa, donde se sentó frente a su tía.

—Estaremos bien, Dottie. En serio.

La sexagenaria cerró la revista y la puso a un lado.

—Mira, Chris… No necesitas disimular conmigo. Me preocupas. Mucho. Volver a Toronto, a trabajar de ocho a cinco en una oficina, no es una opción para ti. Y, por favor, no me hables de tu gran capacidad de adaptación. Tienes 28 años, eres demasiado joven para empezar a pensar en

tu futuro usando la palabra «adaptación».

—Sé que estás preocupada, pero te aseguro que estaré bien. Solo necesito tiempo… —intentó tranquilizarla.

—No. De eso, nada. Y para que conste, ya me preocupabas antes de que ese príncipe azul «made in USA» te mostrara que la vida es mucho más que los proyectos humanitarios, los premios internacionales y todo el reconocimiento del mundo que tanto te mereces.

Chris tragó saliva cuando una inesperada sensación angustiosa le cerró la garganta. No mantuvo la mirada en la de su tía. En cambio, cogió su taza de café y bebió un pequeño sorbo.

Dottie continuó de forma tan definitiva como antes.

—Y sí, te los mereces. Sin ninguna duda. Y no solo por tu labor en proyectos humanitarios. Toda tu vida es un canto de valentía, agradecimiento y entrega a Lilly, a mi hermana y a su marido, a mí… A todos. Pero te mereces mucho más que eso, Chris. Te mereces una vida plena, un hombre que te adore y con quien quieras hacer planes para el futuro, un futuro vuestro; tuyo y suyo. Adaptación no es la palabra que quiero oír en tus labios.

—Pues es la que toca, Dottie.

—¿En serio?

Chris respiró hondo.

—El príncipe azul «made in USA» es de mentira. Pura fachada.

—Qué dices, sobrina. No sé lo que ocurrió para que te desencantaras tanto, aunque no sé por qué presiento que fue más cosa de «miedo» que de «desencanto». Pero he conocido a muchos seudopríncipes en mi vida y te aseguro que este es de verdad. Real como la vida misma.

—Admito que durante un tiempo brilló en el firmamento más que una constelación de estrellas y que me dejé cegar por tanto fulgor. Pero ya está, el momento pasó y la realidad es esta. Le prometí a Lilly que regresaríamos a casa y aquí estamos. Y aquí nos quedaremos. Así que sí, la palabra es adaptación —dijo cogiendo su bastón y mostrándoselo como si ella no lo hubiera visto en su vida—. Aunque a ti no te guste oírla, es la única que hay.

Dottie sacudió la cabeza, contrariada.

—Si fueras la mitad de obcecada en aceptar que tienes derecho a soñar, como lo eres para eso que tú llamas adaptarte a la realidad, tu vida sería muy diferente.

Chris posó su mano sobre la de Dottie, la apretó con afecto.

—Te prometo que las dos estaremos bien.

—En ese caso, te voy a dar un consejo.

—Claro —dijo, conciliadora.

—Ponte a buscar con urgencia algo que te devuelva la ilusión, aunque sea un poco. Porque de otra forma, sobrina, tu regreso a casa se convertirá en el mayor sacrificio que hayas hecho jamás. Y, si quieres que te diga la verdad, a eso no creo que consigas adaptarte.

CHRIS LLEVABA un buen rato paseando por su barrio. Las medicinas habían vuelto a dejar a Lilly grogui después de comer y Dottie la había animado a que fuera a respirar un poco de aire fresco. En realidad, el aire no era muy fresco. Hacía mucho calor e, incluso por la acera de la sombra, los treinta y seis grados se dejaban sentir.

La conversación que habían mantenido por la mañana regresó a su mente. Y junto con ella,

también las palabras de Lilly del día anterior.

«Ni él te ha llamado, ni tú a él».

Sonrió con ironía al pensar que, para ser un príncipe azul real como la vida misma, según Dottie, se había ofendido con muchísima facilidad. Demasiada. Se había tomado a pie juntillas su petición de no seguir en contacto, y no había vuelto a dar señales de vida. No había ido al aeropuerto a despedirse de ella. Ni la había llamado para saber cómo habían llegado. No había mostrado el menor signo de interés… Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Desde luego, daba las gracias de que fuera así; lo último que quería era seguir lidiando con una historia que no tenía futuro y ya le había traído bastantes consecuencias nefastas. Pero tanto silencio no hacía, sino dejar a Ken en evidencia. Mostrar con total claridad que ni era su príncipe azul, ni era especial ni ella lo había sido para él, a pesar de que él se lo dijera constantemente. Incluso a pesar de que, en efecto, hubiera conseguido hacerla sentir especial. Aunque fuera una mentira. O una verdad a medias que, por lo visto, era la especialidad de Ken Bryan y se le daban de fábula.

En aquel momento, el ruido, una mezcla de voces humanas y ladridos, llamó su atención. Se hacía más claro a medida que se iba acercando a la pequeña plaza donde los fines de semana solía haber mercadillos artesanales.

Un letrero sostenido por cuerdas atadas a cada una de las dos farolas que jalonaban el sendero de entrada a la plaza le explicaron el motivo del ruido; la asociación del barrio que se dedicaba a recoger animales abandonados había organizado una pequeña exposición para animar a los vecinos a adoptar alguna mascota.

Una sonrisa se abrió paso en el rostro de Chris. Aquel era el rincón ideal para tomar el aire y llenarse de la energía que esos seres ávidos de cariño ofrecían en plan surtidor a todo el que se acercara.

Los miembros voluntarios de la asociación lo habían organizado bien, dividiendo a las distintas mascotas por tamaño. Todas lucían un primoroso moño en sus collares con los colores de la asociación, el verde y el rosa, y se notaba que habían pasado por un buen baño y un buen cepillado.

Su atención enseguida quedó atrapada en una familia de la raza Husky. Los cachorros estaban junto a su madre, una hermosura de animal de enormes ojos azules. Eran seis y todos eran blancos. No podían tener más de dos meses. Chris se acercó hasta la joven que atendía el puesto. En realidad era una tabla montada sobre dos caballetes, cubierta de folletos y objetos perrunos varios para vender, como pelotas de goma, collares y correas, *snacks* y muestras de distintas clases de pienso para las mascotas.

—¿También están en adopción? —le preguntó—. Parecen muy pequeños todavía. ¿Son chicos o chicas?

—Ya lo creo. Bueno, la madre no, me la he quedado yo —dijo inclinándose para hacerle una carantoña al animal. Chris notó que hablaba en inglés con un marcado acento español—. Estos son todos chicos. La única chica también está en mi casa, la adoptó mi hermano. El lunes cumplen los dos meses. ¿Le gustaría llevarse uno? Son adorables. Me los quedaría a todos, si no fuera porque mi madre me echaría de casa…

Chris se sentía excitada como si tuviera diez años. Todos eran preciosos. Movían sus colas y jugaban entre ellos. A veces, se acercaban a su madre e intentaban morderle las orejas. Ella, echada sobre sus patas, se limitaba a elevar el morro para que sus orejas quedaran fuera del radio de acción de los pequeños.

—La asociación corre con todos los gastos de la vacunación, desparasitación e identificación de todas las mascotas. Usted solo tiene que encargarse de darles mucho amor aparte de alimento para perros, claro —dijo la muchacha que enseguida cogió a uno de los cachorros y se acercó a Chris—. Le llamamos Calcetines porque es el único que tiene las patas de otro color, como su madre, pero usted llámelo como quiera. No hace caso, así que da igual —añadió riendo.

Chris también se rio. Acarició el morro del cachorro, pero enseguida su atención se desvió. Alguien había trepado por su pierna y le estaba mordisqueando los vaqueros. Se inclinó a mirar y lo vio, precioso y perfecto, con sus orejitas muy rectas y sus ojos vivaces. Uno azul claro y el otro de un color indefinible, quizás marrón o negro. Movía su cola alegremente y no dejaba de mirarla.

La muchacha también dirigió su vista a lo que sucedía a ras del suelo. Soltó una carcajada.

—Ese es Sultán y creo que usted le gusta. No suele acercarse a nadie. Es más, nos tiene a todos corriendo detrás de él cuando hay que cogerlo…

—Así que te llamas Sultan…

—No, en inglés, no… Sul-tán, el énfasis va en la «a». Es español.

—Ah, vale… *Sultán*.

Vio que la muchacha asentía con una sonrisa satisfecha.

—Ese nombre te sienta muy bien, ¿sabes? —dijo Chris, estirando la mano en un intento de acariciarlo. Pero no llegó hasta él. Con pantalones vaqueros, le resultaba más doloroso doblar las rodillas y el cachorro aún era pequeño.

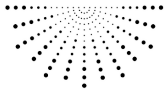
Como si le hubiera oído, el perrito estiró sus patas, pero enseguida se cayó sobre los cuartos traseros, haciendo reír a Chris.

—Eres una preciosidad… ¿Te gustaría venir conmigo? Tengo una casa muy grande, con jardín y patio trasero. Y una hermana que adora a los perritos. —El cachorro volvió a saltar, se apoyó contra la pantorrilla de Chris. Estiró una sola de sus patas, como si se la estuviera ofreciendo—. Encantada de conocerte, pequeñín. ¿Sabes? ¡A mí también me encantan los peluditos…! —Miró a la chica nuevamente—. Me lo quedo. ¿Hacemos el papeleo?

En menos de una hora, Chris iba de regreso a casa con un cachorro de Husky en los brazos y una sonrisa tridimensional en la cara.

Dottie le había aconsejado que buscara con urgencia algo que le devolviera la ilusión y ella acababa de encontrarlo; se llamaba Sultán, era precioso y tenía ocho semanas de vida.

CAPÍTULO QUINCE



Ken volvió a dejar su guitarra sobre el sillón y salió de su habitación. No conseguía centrarse en lo que hacía y darse cuenta de que su mente no cesaba de escaparse de la partitura y ponerse a pensar en lo que no le convenía, lo estaba enfadando. El día anterior tampoco había podido hacer música. Entre ir a ver el local de Berry Hall del que le habían hablado a Tom, con el que finalmente se había quedado, preparar el contrato e ir a encargar los muebles, se le había ido buena parte del día. Decidió que lo mejor era ir a dar un paseo con sus peludos. Los pobres no hacían otra cosa que mirarlo con resignación desde que había cogido la guitarra.

Al llegar al salón, encontró a su padre leyendo el periódico.

—¿Y la tía? —le preguntó.

—En la cocina, probando una receta nueva.

Los hombres se miraron sonrientes. Ambos estaban pensando en lo mismo.

—Menos mal que voy al gimnasio —dijo Ken al tiempo que cogía las correas de sus perros mientras ellos daban rienda suelta a su algarabía.

—Yo tendré que ir pensando en hacerlo porque voy a empezar a rodar en cualquier momento… —Se trataba de una broma a medias, ya que su tiempo en el hospital y la larga convalecencia lo habían hecho adelgazar mucho, pero si había alguien capaz de resolver ese problema sin despeinarse era Doreen Montgomery. Cocinaba como los dioses y siempre estaba probando recetas nuevas—. ¿Vas a pasearlos otra vez?

En realidad, Ken iba a pasearse a sí mismo, a ver si de esa forma se sacudía el malhumor de una vez, pero como no quería dar lugar a preguntas inconvenientes, se limitó a asentir.

—Sí… Antes de que se pongan a jugar en la casa y lo destrocen todo. Voy a echarle una mano a Tom con el nuevo local. Iba a recoger las llaves a las diez, para que le diera tiempo al dueño a limpiar y a retirar unos trastos viejos que había en uno de los despachos. Y antes de eso, aprovecharé para darme una vuelta por el centro veterinario. Quiero ver si los chicos pueden adelantar la semana de adiestramiento a mis perretes. Mañana me voy de viaje y no regresaré hasta el sábado o el domingo… Estaría bien aprovechar esos días para adiestrarlos. Así, tú descansas un poco de ellos…

—Y tú no tienes que pasar otra semana más sin «tus peluditos» —se burló Robert, utilizando esa palabra que Ken siempre usaba para referirse a sus perros y que a él le parecía de lo más desacertada. Eran dos bestias de gran tamaño que crecían por días. El diminutivo no les hacía ninguna justicia.

Ken esbozó una sonrisa culpable.

—Ya sé que no lo entiendes… Pero sí, los echo muchísimo de menos. Y ellos a mí. —Como

si hubieran entendido, ambos empezaron a frotar sus hocicos contra los vaqueros de su amo, que los palmeó cariñosamente—. ¡Claro que sí…, sois unos perritos geniales!

En aquel momento, el móvil de Ken empezó a sonar. Era Bradley Rafferty. La tarde anterior, después de haber revisado los documentos, los había citado a él y a Tom para comentar cuál era su plan con los Carrington Fox; un millón de dólares a cambio de evitar la demanda y, en consecuencia, que un asunto comercial acabara convertido en uno penal al denunciar a la promotora musical por acoso sexual.

La reunión familiar, que había incluido a Jim y a Tim por vía telefónica, se había prologado cerca de una hora. Había una gran diferencia entre una demanda civil por incumplimiento de contrato, que había sido la idea original, y lo que ahora Rafferty proponía. Dado que si las cosas no salían bien, las consecuencias afectarían a la familia, Ken no había dudado en buscar el consenso de todos. Él estaba decidido a ir tan lejos como fuera necesario. Y ya no solo por razones profesionales. No tenía ninguna duda de que Sandy estaba detrás de las fotos de aquel beso en el aparcamiento privado y de que estas hubieran llegado a la prensa. Algo que, indirectamente, también la convertía en responsable de la espantada de uno de los protagonistas de aquel beso, que había tenido lugar poco después. Además, los documentos y la nota manuscrita que había encontrado, le habían abierto las puertas a denunciarla por acoso sexual y eso, la posibilidad de hacerlo, le había hecho tomar conciencia por primera vez de su estatus de víctima.

Sentirse acosado no era algo nuevo para Ken. Sin embargo, durante todos esos años en lo que sus seguidores, le demostraban su cariño con tantísima pasión, nunca había sido realmente consciente de hasta dónde podía llegar la locura que despertaba en la gente. A fuerza de encontrarse ante las mismas situaciones una y otra vez, de alguna forma, las había normalizado. Hasta un punto que ya no se paraba a pensar si esas excesivas muestras de cariño podían interpretarse de otra forma o, incluso, si podían ir más lejos. Procuraba evitarlas y no le daba más vueltas al tema. Lo hacía activamente, dificultándoles todo lo posible el acceso directo a su persona, creando en torno a sí mismo un cordón de seguridad. Pero hasta el momento, aunque le molestara profundamente sentirse como un trozo de carne, se lo había tomado como gajes del oficio.

Esto era distinto. Ser una víctima ponía la situación a otro nivel. Un nivel en el que las insistentes llamadas de Sandy, sus exigencias y aquel vomitivo contrato, cobraban verdadero significado. Era una víctima atípica, quizás por ser un hombre, ya que ella nunca había conseguido hacerle sentir miedo. Impotencia, sí. Frustración, también. Y, por supuesto, el consecuente enfado. Pero, sobre todo, mucha vergüenza. Vergüenza de que alguien pretendiera reducirlo al nivel de un objeto, de una cosa.

De modo que ahora, quería toda la compensación que pudiera obtener. Así se lo había comunicado a Rafferty. Él le había respondido que se pondría en contacto con los abogados de la otra parte y lo llamaría cuando lo hubiera hecho.

Y ahora era su nombre el que se mostraba en la pantalla del móvil.

—Hola… ¿Ya hay novedades, tan pronto? —se anticipó.

—No de la clase que espera, esas pueden tardar un poco todavía. Llamaba para decirle que la cara de los abogados era para no perdérsela. Ojalá hubiera podido grabarlos.

Ken no quería hacerse ilusiones antes de tiempo. En una familia normal, la sordidez y el detalle de aquellas cinco páginas del contrato privado, habrían causado conmoción. Pero no se trataba de una familia normal.

—Bueno, un millón y medio de dólares es una frase cuando menos impactante…

—No tanto. Para esa gente, no. Las diez primeras cláusulas del contrato privado… Esas sí que impactan. Y seguro que están acostumbrados a lidiar con toda clase de basura, pero los tomé desprevenidos y se les notó en la cara lo conscientes que eran de tener una bomba de tres megatones entre las manos. Les dije que la oferta expira en cuarenta y ocho horas. Así que veremos qué sucede.

Después de colgar, Ken volvió a guardar el móvil en el bolsillo de sus vaqueros y miró a su padre.

—Rafferty ya ha hablado con los abogados. En las próximas cuarenta y ocho horas sabremos cuál es su decisión… —Se esforzó por sonar normal al decir—: Serán unas horas interesantes…

—Habrá una negociación y será dura, hijo. Así es como funciona. Pero no se arriesgarán a una denuncia por acoso sexual. Las consecuencias serían catastróficas, del tipo que no se arreglan con dinero.

Ken asintió, dándole la razón a su padre. Sonaba lógico. Sin embargo, él no volvería a respirar tranquilo hasta que todo el asunto quedara zanjado de una vez y para siempre.

—Nos vamos —dijo, animando a sus perros a que corrieran fuera de la casa con un gesto de los brazos—. Estaremos de vuelta a la hora de la comida.

A KEN le molestaba mucho estar demasiado disperso como para concentrarse en su música, pero no le extrañaba estar así. Tenía mil cosas en la cabeza. Mil cosas de las que ocuparse. Mil cosas que resolver y todo eso sin dejar de atender sus compromisos profesionales. Había pasado de «cantarles a las vacas» a regresar a los escenarios después de veinticuatro meses de inactividad total. Hasta el momento, aunque duro, había sido llevadero porque con Tom y Sandy dirigiendo toda la promoción y la logística, cuando se recuperaba del cansancio de la última actuación no tenía más que concentrarse en su música. Pero la situación apenas había durado seis meses. Ahora él era quien estaba a los mandos de todo, quien tomaba todas las decisiones. Y con el átomo de energía que le quedaba, además, debía componer música. Era un milagro que aún siguiera cuerdo.

Suponiendo que siguiera cuerdo.

Acababa de estar con Gary y Paul, los dueños del centro veterinario. No habían tenido ningún problema en cambiarle las fechas. Sabía que no las tenían libres y que su petición, probablemente, habría dado lugar a que tuvieran que posponer el adiestramiento canino de otros clientes, pero a él, hasta ahora, nunca le habían dicho que no. Por lo tanto, estaba confirmado; sus peludos harían la semana mensual de entrenamiento mientras él estaba en la otra punta del país dando conciertos.

El nuevo local, que albergaría su centro de operaciones, era otra cosa que podía quitar de la lista. Estaba en Berry Hill, un barrio a las afueras de Nashville. Era principalmente empresarial, ya que allí se asentaban más de cuatrocientas empresas, entre ellas, las principales del gremio de la música. Era una nave industrial de pequeñas dimensiones. Tenía una gran área diáfana debido a que antes había albergado un taller mecánico. En la planta superior, había tres despachos, uno de ellos lo bastante grande para poder usarse como sala de reuniones, y una tercera habitación más pequeña que las otras, que los antiguos inquilinos usaban a modo de cocina. El local contaba

con dos baños, uno en la planta superior y otro en la planta diáfana. A los despachos de la planta superior podía accederse desde el interior de la zona diáfana o desde la calle, a través de una entrada independiente. Lo que todavía no tenía eran muebles. Tom ya los había comprado. Los recibirían a lo largo del día. Cuando comenzara con las entrevistas de los músicos preseleccionados, la oficina ya estaría en condiciones.

Lo siguiente de la lista, era contratar a alguien que se ocupara de la recepción, del trabajo administrativo, del teléfono y demás. Ya sabía de antemano que le tocaría vérselas con Tom en ese tema, pero no cambiaría de idea; quería un hombre en ese puesto, no una mujer.

Ken iba tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta de dónde lo habían conducido sus pasos hasta que se detuvo junto a un banco y lo usó para atarse los cordones de su zapatilla sin tener que agacharse. Entonces, fue plenamente consciente no solo del lugar, sino también del banco. En él había estado conversando con Chris el día que le había presentado a sus peludos.

Acabó de atarse los cordones y se sentó en mitad del banco. Apoyó los antebrazos sobre los muslos y se quedó mirando a sus perros corretear detrás de un pájaro, mientras sus pensamientos se alejaban mil kilómetros de allí.

Era toda una novedad descubrirse tan apático, sabiendo que la causa era una mujer. Excepto Sandy, de la que solo guardaba pésimos recuerdos, las mujeres con las que se relacionaba no permanecían en su mente pasado el momento en cuestión. Ni para bien ni para mal. Finalizado el encuentro, eran agua pasada.

Esta vez era muy diferente.

Su enfado continuaba por las nubes, lo que también constituía toda una novedad. Si una circunstancia o una persona lo irritaba, solía reaccionar con contundencia. De ahí, el comentario acerca de sus malas pulgas que había hecho Rafferty. Pero, por mucho que se enfadara, se le pasaba con rapidez.

Este enfado estaba demostrando ser único en su especie.

Desde hacía tres interminables días, no solo seguía bullendo como un caldero con el fuego al máximo, tenía toda la pinta de haberse instalado cómodamente, decidido a quedarse.

Solo que ahora empezaba a haber más cosas, aparte del enfado. Ganas de verla, por ejemplo. ¿Había algo más ridículo que estar cabreado como un babuino con una persona y al mismo tiempo morirse de ganas de verla? Si ella apareciera de repente, si se materializara delante de sus ojos, discutirían. Le diría todo lo que se había callado en el aparthotel, todo lo que llevaba tres días quemándolo por dentro. Y ella, por supuesto, no se quedaría callada. No sería un encuentro agradable. Ni mucho menos. Pero, aunque odiara reconocerlo, hasta discutir con ella era mejor que no verla, que no tener noticias suyas.

Sacó su móvil y se puso a revisarlo por pura inercia. No tardó en encontrar el mensaje que le había enviado la tía de Chris, antes de regresar a Canadá. Ken lo había leído, pero ahora caía en la cuenta de que no lo había respondido. Su gesto le había agradado, pero lo había pillado en el peor momento.

«Y así también tienes mi número. Por si lo necesitas…», había escrito Dottie. La pregunta surgió espontáneamente; ¿lo necesitaba? La respuesta también fue espontánea; sí, claro que lo necesitaba. Exhaló un suspiro al darse cuenta de que su mente empezaba a desbarrar otra vez. ¿Sería una insensatez responder a su mensaje con un «gracias» y hacerle las preguntas sociales de rigor? Solo habían pasado tres días. Siendo él quien era, la mujer se imaginaría que recibía montones de llamadas y mensajes. Podía excusarse alegando que no lo había visto hasta ahora.

¿Y por qué tienes que excusarte, tío? Responde, averigua lo que quieres saber, y listo.

Como si esa mujer no supiera que él llevaba tres días caminando por las paredes. Se lo imaginaba, seguro que sí.

Una voz sacó a Ken de su abstracción. Volvió a guardar el móvil y centró su mirada en la muchacha de negro que se había detenido frente a él, a un par de metros, en mitad del sendero del parque. ¿Le estaba hablando a él?

—¿Disculpa?

Vio que una sonrisa iluminaba su cara.

—¡Eres tú! ¡Dios mío, no puedo creer que estés solo…! —miró alrededor a los viandantes que paseaban por el parque—. ¿Qué le pasa a la gente? ¿Están ciegos? Pues, mira, me voy a aprovechar…

Un segundo después, la joven fue hacia él. Ken calculó que debía tener veintidós o veintitrés años. Vestía e iba maquillada como si su plan fuera asistir a un concierto de rock duro, pero sostenía una carpeta de anillas y un grueso libro en los brazos, así que supuso que sería una estudiante universitaria.

Ken continuó mirándola con expresión divertida. Le resultaba vagamente familiar, tenía la sensación de haberla visto antes, pero no recordaba cuándo ni dónde. Esperaba que no hubiera sido durante alguna persecución callejera en la que la presa codiciada era él.

—No sé qué hace un chico como tú, tan solo, en mitad de una ciudad donde hasta los mosquitos se pirran por tu música, pero voy a aprovechar esta inesperada racha de suerte para darte un consejo; si les pides a tus *fans* un correo electrónico, úsalo. Las tienes en un sin vivir, esperando noticias, ¿sabes?

Los correos electrónicos, sí. Entre Tom y él habían conseguido registrar unos cuantos cientos, pero con todo el lío de buscar una nueva casa e intentar recuperar las actuaciones que se habían ido a pique, habían tenido que postergarlo.

—Estamos en ello. Quedan unos cuantos por meter en el sistema. Está claro que entre esos cuantos está el tuyo. Lo siento mucho.

La muchacha sacudió la cabeza risueña.

—Tranquilo, el mío está en el sistema, pero te faltan muchísimos. ¿Sabes por qué lo sé? Porque se quejan a mí y entonces, para calmarlas, les reenvío tu correo. Soy Anabella Simpson, pero todos me llaman Bella —extendió su mano, que Ken estrechó—. Soy la presidenta de tu club «no oficial» de *fans* en Nashville. Y en cuanto nos des los datos del «oficial», correremos a apuntarnos…

Ken se quedó de una pieza, mirándola con una sonrisa en parte incrédula, en parte divertida por la forma en que se estaba desarrollando la conversación. La alusión al club «no oficial» había venido a cuento de algo que él había anunciado para poder pedir a los asistentes a sus conciertos que dejaran los datos de contacto, pero el «club oficial» seguía siendo un proyecto por ejecutar. Que existiera uno «no oficial» y qué él estuviera hablando con su presidenta en aquel momento, le parecía alucinante.

Ella asintió graciosamente una y otra vez con la cabeza.

—Créelo. Tenemos un foro en internet. Además, nos reunimos el primer sábado del mes a las cinco de la tarde… En persona, me refiero. Y si actúas en Nashville, también quedamos el día anterior para coordinarnos. —Le entregó algo semejante a una tarjeta.

El club tenía hasta un logo. Ken no salía de su asombro.

—Vaya sorpresa, ¿eh? —se rio la muchacha, lo que le dio a entender a Ken que su cara debía

ser muy explícita—. Hay muchos grupos como el nuestro a lo largo y ancho del país… Daba por hecho que lo sabías, pero te has quedado pasmado… Estoy pensando que ahora que estás de vuelta en Nashville, podrías venir a alguna de nuestras reuniones. Las chicas se volverían locas de alegría… —se acercó un poco y añadió en tono de confidencia—: Y así me ayudarías con mi reelección… Para que vuelvan a votarme.

Ken estaba tan alucinado que, simplemente, se echó a reír.

—Así que quieres que te ayude con tu reelección… Disculpa las risas, pero no tenía ni idea de que…

No tenía ni idea de nada. De no haber sido por Chris, el concepto «fan» seguiría siendo algo totalmente abstracto para él.

Chris. *Otra vez.*

Ken se apresuró a ignorar aquel nuevo pensamiento que amenazaba con volver a enviarlo a mil kilómetros de allí.

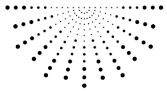
—¿Sabes qué? —le dijo—. Claro que te ayudaré con tu reelección. Y haré algo más, ¿quieres venir a conocer mis nuevas oficinas?

—¡¿Lo dices en serio?!

—Totalmente en serio.

Y no acabó de decirlo, que Bella ya había saltado del banco y lo festejaba por todo lo alto ensayando un bailecito feliz.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Sultán había hecho mucho más que devolverle la ilusión a Chris, había logrado un drástico cambio en el humor en Lilly. Sus ojos habían vuelto a la vida en cuanto el cachorro había trotado con sus pasos inseguros hacia el interior del salón y se había puesto a jugar con la punta de la sábana de Lilly que colgaba del sofá. En palabras de su hermana, había sido amor a primera vista. Desde entonces, para alivio de Chris, parecían haberse convertido en los mejores compañeros.

Dottie también había celebrado la llegada del nuevo miembro de la familia. Era otra amante de las mascotas que, tras la muerte de su gato Morpheus, había renunciado temporalmente a tener animales en casa. Una de las pocas concesiones que le hacía a su pareja Frank, a quien solo le gustaban las mascotas, si eran ajenas. La sexagenaria no se había ahorrado el comentario irónico al verla llegar con Sultán; «no me refería a esta clase de ilusión, imagino que ya lo sabes, pero algo es algo, ¿no?». Por suerte, toda la atención de Lilly estaba puesta en la pequeña maravilla de pelaje blanco y no lo había oído. O, al menos, eso esperaba Chris.

Y lo esperaba porque necesitaba recuperar la certeza de que las cosas —sus cosas— estaban bajo control. A horas de reincorporarse a su puesto de trabajo y volver a verse las caras con sus compañeros, necesitaba imperiosamente volver a ser la Chris de siempre.

Ya era tarde y hacía un buen rato que Dottie se había marchado, cuando Chris apagó la luz de la cocina y regresó al salón. Lilly miraba la televisión mientras acariciaba el lomo del cachorro que dormitaba sobre su falda. Chris sonrió ante aquel cuadro de tranquilidad tan inusual. Desde que el cachorro era parte de la familia, la casa rara vez estaba en silencio. Imperaban sus pequeños aullidos juguetones, sus trotes y las carcajadas de Lilly cada vez que Sultán perdía el equilibrio y tropezaba o se caía, quedando en posturas de lo más graciosas.

—Qué raro que esté tan quieto…

—Shhhh… No mentes al diablo —murmuró Lilly. Tenía los ojos a media asta porque hacía un rato que había tomado las medicinas y empezaban a hacerle efecto.

Chris se sentó a su lado, en el sofá. Sultán abrió los ojos, lamió la mano de Chris que en aquel momento le acarició el morro y volvió a cerrarlos.

—Es un encanto de bichito… Se puso a morderme los vaqueros cuando estaba hablando con la chica que atendía el puesto ¿sabes? Según dijo, su reacción habitual es justo al contrario; no quiere que le cojan… Aunque, no sé, viéndolo ahora, seguro que me lo dijo para que lo adoptara… Míralo, tiene toda la pinta de ser un pegote bárbaro… La verdad es que me lo habría llevado igual. Se me derritió el corazón en cuanto lo vi —concedió riendo.

—No te mintió. Es pegote contigo.

—Y parece que contigo también.

—Conmigo no tanto. Te sigue a todas partes, ¿no te has dado cuenta? Si no le haces caso, entonces vuelve y se pone a tirar de la sábana para que lo suban al sofá. Pero sí, es un encanto de bichito. Es adorable.

Chris había notado que cada vez que se movía llevaba al perrillo pegado a sus talones, pero así era siempre con los animales en general y con los perros en particular. Su mente, de repente, regresó a los dos Terranova encargados de confirmar por última vez la irresistible atracción que ella ejercía sobre los animales. Y más repentina aún, fue la forma en que su corazón se puso a palpitar. Lo ignoró y continuó.

—Ah, eso es temporal… Cuando empieces a moverte por la casa por tu propio pie, ya verás como lo llevarás pegado a tu sombra…

Lilly asintió y volvió a mirar la televisión. Durante un rato, permanecieron en silencio. Mientras tanto, el perrillo dormía a pierna suelta, a Lilly se le caían los párpados, y cada vez tardaba más en levantarlos.

—¿Puedo hacerte una pregunta antes de que estas pastillas que me han recetado me desmayen hasta mañana a las diez?

Chris sonrió ante la nueva queja de su hermana a que los médicos hubieran decidido unilateralmente tenerla dopada la mayor parte del día. Modificó ligeramente su postura para mirarla.

—Da gracias de que te desmayen. De otra forma, el dolor no te dejaría respirar… Claro, ¿qué pasa, Lilly?

—Sé que Jamie se ha estado ocupando de todo… Pero no ha venido a verme hasta hoy, cuando tú no estabas. Y antes de venir, llamó a la tía. Estuvieron hablando un rato… ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Chris se quedó cortada. Iba a tener que contarle a Lilly lo que sucedía… Una vez que ella misma lo averiguara, claro. Porque era evidente que algo le sucedía a su viejo amigo. Sin embargo, le debía un poco de sinceridad. Jamie era alguien muy importante en la vida de las dos. Negar que algo sucedía sería mentir, y no quería mentirle a Lilly.

—Tuvimos una discusión cuando estabas en el hospital… Esas fotos del aparcamiento se recibieron en la sede central de la organización y Jamie tuvo que dar muchas explicaciones. Algo que, como te imaginarás, no le ha sentado nada bien. Yo estaba nerviosa, él dijo cosas que no me gustaron y bueno… No te preocupes, Lilly. Mañana vuelvo al trabajo. Hablaremos y lo arreglaremos.

Lilly asintió con la cabeza.

—Que sepas que si hay que tomar partido por alguien, estoy de tu parte. Si hubieras sido tú la que estabas en esa cama de hospital, no sé lo que habría hecho… Me habría vuelto loca… Da igual cuánto lo presionaran en la organización, debió ser más comprensivo contigo y no disgustarte.

—Gracias, cariño. Yo tampoco fui nada agradable con él, ya me conoces… Pero gracias por decírmelo.

Chris acarició la mejilla de su hermana, le apartó un mechón de pelo del apósito que cubría la herida de su cabeza… Y se sintió culpable por decirle una verdad a medias, por su año perdido en la escuela de cocina, por su accidente, por haber tenido la maldita idea de viajar a Nashville y, como siempre, arrastrar a Lilly consigo.

CUANDO AL FIN se había levantado, Chris llevaba más de una hora despierta, incapaz de dejar de pensar en lo que le esperaba aquella mañana. La ducha no la había despejado, ni el café, que recalentó de la noche anterior porque no le daba el humor para tirarlo y hacer uno nuevo. No estaba acostumbrada a sentirse de aquel modo. Y, por una vez, no solo tenía que ver con las malditas fotos.

Sus breves regresos a la civilización y a las reuniones con sus compañeros de trabajo en Toronto eran momentos gratos, cargados de reconocimiento al trabajo bien hecho y de alegría por volver a verse tras varios meses.

Esta vez era muy diferente. Su colaboración con la OADASV en Nashville había suscitado mucha expectativa en la organización. Era la primera vez que participaban en un curso de formación que tenía lugar en un país que no estaba en vías de desarrollo. La organización no solo contaba con compartir experiencias y colaborar con otra entidad que estaba cobrando renombre en los Estados Unidos, también beneficiarse indirectamente de la prensa positiva que aquella inusual alianza recibiera de los medios de comunicación. Se suponía que iba a regresar como la mente innovadora que había vuelto a poner a su organización a la cabeza de las entidades pioneras en la cooperación internacional. Y, en cambio, lo hacía como la «pelirroja *curvy*» a la que habían pillado morreándose en un aparcamiento con una estrella de la música. No había cafeína suficiente en el mundo para calmar su desazón aquella mañana.

Como si Dottie lo hubiera sospechado, no eran las siete de la mañana todavía cuando Chris la oyó entrar en la casa, usando sus llaves. Un minuto después, se puso a hablar con Sultán en voz baja.

Chris la recibió en la cocina con una pregunta:

—¿También te has caído de la cama?

—No. Lo mío fue intencionado. Puse el despertador.

—¿Por?

—Porque quería verte antes de que salieras para el trabajo…

La sexagenaria fue hacia la cafetera, se sirvió un poco en una taza, lo probó… Y lo escupió en el fregadero.

—*Puaj*… Estás peor de lo que imaginaba, si ni siquiera has hecho café.

Enseguida se puso a la tarea y, sin esperar una respuesta por parte de Chris, continuó:

—Voy a recordarte un par de cosas que estoy segura de que ni siquiera se te han pasado por la cabeza. Y digo «recordarte» porque, en el fondo de tu corazón, las sabes. Pero cuando se trata de ser dura contigo misma, rizas el rizo que no veas…

Chris se agachó a coger a Sultán, que no dejaba de mordisquearle una sandalia, y se lo puso sobre la falda. El perrillo mostró su agradecimiento lamiéndole la mano.

—Estoy bien, Dottie. Nerviosa, como te imaginarás, pero bien.

La mujer soltó una risotada irónica.

—No estás bien. La jugada de Sultán ha sido muy buena, lo reconozco. —Al ver que Chris arrugaba la frente, hizo las aclaraciones oportunas—. Sí, diría que ha sido una jugada maestra porque has resuelto de un plumazo dos cuestiones. Una, tener a alguien en quien volcar esa necesidad de amar y ser amada que siempre has sentido y habías conseguido mantener enterrada bajo una pila de trabajo hasta que un príncipe azul, que no es de mentira, digas lo que digas, la

desenterró. Y como lo has dejado colgado, mucho me temo que sin dar la cara, y ahora no sabes qué hacer con tanta necesidad de amar, pues pensaste: «¡ya lo tengo! ¿Por qué no un cachorrito?». *Spoiler*; no es esa clase de necesidad la que tu príncipe azul desenterró y, aunque Sultán es adorable, para esto *no te sirve*. Y dos, tranquilizar a Lilly de que esta vez sí, habéis vuelto a casa. Sabes que quería una mascota, las adora, ¿y acaso existe una forma mejor de dejarle claro que «esta vez es para siempre», que adoptando un perrito que *no vas a poder llevarte en tus viajes de aventura*? *Spoiler*; Sultán no te retendrá aquí, no podrá. Así que ahora, cuando viajes, y lo harás, sufrirás el doble. O lo que es peor, querrás llevártelos contigo; a Lilly y también a Sultán. Con el consecuente jaleo que supondrá.

—Me conoces muy poco, si piensas que lo de Sultán fue premeditado, Dottie. —Y a continuación, recuperó su dedo de la boca llena de pequeños y puntiagudos dientes del cachorro y lo cogió con ambas manos. Lo elevó y después de regañarlo en broma por haberle mordido, le dio un sonoro beso en la cabeza.

Dottie presenció la escena enternecida.

—Y tú me conoces muy poco, si piensas que te creo capaz de hacer algo sin poner el alma en ello. No fue tu mente la que hizo esta jugada maestra. Fue tu corazón. Ese corazón generoso y grande, que está desesperado porque sufre y no sabe cómo aliviarse…

Chris permaneció en silencio, intentando digerir el montón de verdades que Dottie acababa de exponer mientras acariciaba al cachorro que tenía sobre las piernas.

Sin embargo, la mujer había madrugado para decirle otra clase de verdades, y disparó a discreción.

—Si crees que esas fotos pueden deslucir el trabajo de toda una vida frente a un grupo de personas que creen en ti, te apoyan y te admiran, es que estás muy ciega, Chris. Ciega y con las ideas sesgadas por el prejuicio. No me mires así… Cuando nos mostraste esa revista a Lilly y a mí, estabas avergonzada. *Sigues avergonzada.* Y yo me pregunto, ¿avergonzada de qué? ¿Porque, por un minuto en toda tu vida, no estabas intentando salvar el mundo? ¿O porque una parte de ese mundo te vea como lo que eres, alguien capaz de enloquecer a uno de los hombres más codiciados del planeta, y en consecuencia, te envidien a morir… en vez de que te vean como la superheroína que siempre has sido para tanta gente, incluida tu propia hermana y yo? Entérate, Chris. Eres las dos cosas. Y deberías estar orgullosa. Porque te lo mereces. Tú, queridísima mía, te lo mereces todo.

Chris exhaló un suspiro. Miró a Dottie con cariño y agradecimiento. Más allá de que en aquel asunto en particular se estuviera pasando de la raya, siempre había creído en ella y la defendía a ultranza.

—Sé que para ti soy el no va más. Y, aunque pienso que exageras muchísimo y siempre te lo digo, me hace mucho bien saber que sigues creyendo en mí. Que, a pesar del millón de errores que he cometido y cometo, no te he defraudado…

—Y, sin embargo, te sientes avergonzada… Tú, nada menos. —La mujer se cruzó de brazos al tiempo que exhalaba un suspiro disgustado.

—Me avergüenza que sea *ese* el tipo de publicidad que les estoy dando —se defendió. Mentía y lo sabía. No era solo eso lo que la avergonzaba. Pero Dottie se había levantado guerrera y ella necesitaba tiempo para digerir tanta sinceridad.

—Pues dale la que quieres.

—¿A qué te refieres?

Dottie se encogió de hombros.

—Sigues siendo una mujer envidiada y una superheroína. Y ahora que has visto lo mucho que vende que te tomen por la *pelirroja curvy* de esas fotos, seguro que se te ocurre una forma de sacarle partido que no te avergüence.

Chris miró a su tía con la ironía pintada en la cara.

—Qué dices. Ni yo, ni la organización para la que trabajo, tenemos nada que ver con ese mundo de luces de neón y papel cuché.

—Cariño, te has enamorado de…

—Yo no me he enamorado de nadie —la interrumpió, tajante.

Dottie la miró como quien mira a un niño que acaba de decir la mayor tontería del mundo.

—*Te has enamorado de un hombre famoso* —repitió—. Y él se ha enamorado de ti. Tendrás que acostumbrarte a tener a los periodistas pendientes de cada cosa que hagas. Y ya que vas a tener que soportarlos…

¿Por qué hablaba como si Ken y ella no hubieran dejado de verse? ¿Porque se comportaba como si ya se estuviera preparando para ser la madrina de la boda? ¿Qué era eso? ¿Su nueva estrategia?, ¿o una señal de que había perdido completamente la chaveta?

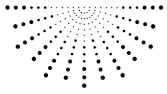
Chris puso a Sultán en el suelo. Luego, se levantó con ayuda del bastón y fue hasta el fregadero donde dejó la taza. Acto seguido, se dirigió a la puerta sin ocultar su molestia. El perrito fue detrás.

—Mejor me voy —advirtió—. Porque si tengo que responder a esta sarta de…

Respiró hondo y se mordió la lengua.

—Lo dicho; mejor me voy.

CAPÍTULO DIECISIETE



Bella no se desvivía por los animales, pero había cumplido y le había hecho un par de carantoñas a Noah y a River. Además, para nueva sorpresa de Ken, había demostrado conocerlos; conocía sus nombres y sabía que habían sido un regalo de su hermano Jim.

Durante el trayecto en coche hasta las nuevas oficinas no había parado de hablar, pero en ningún momento de sí misma, sino de él. A Ken no dejaba de asombrarle la cantidad de información que conocía sobre él, sobre su familia… Era como un libro abierto.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes hermanos o eres la malcriada de la casa?

Ella lo miró algo sorprendida.

—¿Yo? Si crees que la primera vez que te tengo a tiro sin el pesado de Shane diciéndome «ya sabes que no te voy a dejar pasar, ¿por qué insistes?», lo voy a desaprovechar hablándote de mí, estás loco… Bueno, un poco loco sí que estás… Aluciné cuando anunciaste que habías partido peras [1] con la Carrington-Fox. Bueno, yo y todo el mundo. Nadie se lo esperaba. Pero eso demuestra que los tienes bien puestos… —miró a Ken de reojo algo incómoda—. Perdona la expresión, no tengo ninguna duda de… —Al comprender que estaba empeorando las cosas intentando arreglarlas, cambió de tema haciendo reír a Ken—. Yo no soy nadie, pero si quieres saberlo, pienso que has hecho muy bien en sacudirte de encima a esa estirada… No sé lo que pasó y me da igual. Bueno, algo sí que sé… Hay muchos rumores y, ya sabes, si el río suena, es que agua lleva… Pero a lo que iba; si todavía no se ha dado cuenta de con quién está tratando, que se vaya a la mierda —soltó con decisión—. No la necesitas para nada… ¡¡¡Eres Ken Bryan, por Dios!!! Y además nos tienes a nosotros, tus fans. Juntos vamos a demostrarle a esa tiparraca que pasando de ti, ha metido la pata hasta el fondo.

El asombro de Ken seguía creciendo imparable. Estaba claro que la muchacha conocía detalles de lo sucedido con Sandy. Si no todos, algunos. También conocía a Shane, de hecho había imitado su voz, lo que quería decir que había intentado llegar hasta él en más de una ocasión y su jefe de seguridad lo había impedido. Y luego, estaba la apasionada defensa que hacía de él, de su música… La única clase de pasión de la que había sido consciente a lo largo de los años, era la que le dejaba la ropa hecha jirones y cardenales en el cuerpo. Esto era decididamente nuevo. Y muy poderoso.

—De acuerdo, no voy a impedirte que aproveches tu racha de suerte… Pero hablar todo el rato de mí es aburrido y yo también quiero que me cuentes cosas sobre ti… —La miró brevemente con su sonrisa seductora en ristre—. ¿Qué tal si hacemos un dos por uno? Me haces dos preguntas y después yo te hago una a ti, y vuelta a empezar. ¿Te parece bien?

—Lo que me parece es que mi novio tiene muchísima suerte de que esté loquita por él,

porque tú, Ken Bryan de mi corazón, con esa carita de niño que no ha roto un plato y esa sonrisa que quita el hipo, eres un auténtico peligro… ¡Sí, señor!

Y se lo quedó mirando con sus inmensos ojos pintados de negro, que rezumaban tanta picardía como ilusión.

KEN OBSERVABA divertido no solo la alegría de sus perros, que correteaban sin parar, también la ilusión y el asombro de la presidenta de su club de *fans* al entrar en el pequeño edificio que en adelante albergaría su centro de operaciones. Todavía olía a desinfectante y parte del suelo estaba húmedo. Las paredes necesitaban una buena mano de pintura. También la puerta exterior, que algún grafitero había tomado por un lienzo donde dar rienda suelta a su inspiración.

Tom estaba dando indicaciones a los dos empleados de la empresa encargados de entregarles los muebles y no se había percatado de la llegada de Ken hasta que oyó a Noah ladrar. Entonces, notó que no estaba solo. Además de dos perrazos que no paraban de ladrar, venía —rarísimo en él— acompañado de una mujer.

Mujer, por llamarla algo. Era una cría de instituto. ¿Cuántos tenía? ¿Dieciocho? Llevaba el pelo teñido de negro, partido al medio y sujeto en dos coletas altas, una a cada lado de la cabeza, un flequillo larguísimo a lo Chrissie Hynde [2]. Y, para rematarla, una camiseta de AC/DC…

Joder, Ken. Tío, qué tocado te ha dejado Cenicienta, si ahora te van las niñas con coletas…

—Dejen eso en el primer despacho que hay a mano derecha —les indicó a los hombres, señalando una puerta situada al fondo y a la izquierda, donde estaba el pasillo que conducía al resto de las instalaciones.

A continuación, fue hacia donde estaba Ken con la estudiante, quitándose el polvo de sus elegantes pantalones de corte italiano.

—¿Ya has conseguido una recepcionista? Tío, qué velocidad —le dijo a Ken, al tiempo que le dedicaba una mirada divertida a su acompañante.

Ken ya conocía el sentido del humor malintencionado de su amigo, a quien le encantaba meterse con la gente en tono de broma inofensiva. Sin embargo, tenía la sensación de que esta vez no se iría de rositas.

Dicho y hecho.

—¿Y tú quién eres? —Bella le dio un repaso. Daba la impresión de no estar convencida de que lo que veía fuera de su agrado—. ¿Sabes que ese corte de pantalones dejó de usarse hace dos años? Ah, ya entiendo, acabas de llegar de otro planeta. Vale, disculpado. Pero la próxima vez que vengas, haznos un favor y ponte unos buenos vaqueros gastados a la piedra.

Tom se quedó mirándola como si la muchacha perteneciera a una especie desconocida. A continuación, posó su mirada en Ken.

—¿Es alguna prima del pueblo que yo no conozco?

Ken se echó a reír.

—Te presento a Anabella Simpson. Bella para los amigos. Es la presidenta de mi club de *fans* de Nashville. Él es…

—El insuperable, inigualable y, a veces, un poquito bastante insoportable, Tom Keller —intervino Bella, risueña.

Tom acabó claudicando y durante unos instantes reinó la risa y el buen rollo. Pero incisivo,

como era su costumbre, no pudo evitar resaltar lo evidente.

—Oye, sácame de una duda… Si eres la presidenta de su club de *fans*, ¿por qué llevas una camiseta de los jodidos AC/DC?

—¡Buena pregunta! ¿Cuánto hace de la última vez que pusisteis merchandising a la venta? —Los miró a los dos con sus enormes ojos cargados de rímel—. Yo os lo diré. Tres años, como mínimo. Mis camisetas de Ken están tan gastadas, que es casi como salir desnuda a la calle y mira, lo adoro —le hizo ojitos a Ken—, pero no tanto como para hacer que me detengan por escándalo público.

Ken asintió risueño.

—Es verdad.

Tom también le dio la razón. A su manera.

—Está en la lista de asuntos por resolver. Necesito que me crezcan un par de tentáculos más.

Bella le enseñó sus brazos.

—Yo tengo dos. Si te valen, sírvete tú mismo.

—Ya… Tú mejor dedícate a acabar el cole. No sea que tus padres vengan a ajustarme las cuentas…

—También es verdad —concedió Ken.

Entonces, Bella se cruzó de brazos y los miró a los dos con expresión divertida.

—¿Sabéis? No sé si tomármelo como un cumplido o pediros cita con el oculista… ¡Que estoy en la universidad, hombre…! ¡Estoy cursando el último año de Psicología en la Vanderbilt!

—¡Joder, pareces una quinceañera! —exclamó Tom.

«¡Y que lo digas!», pensó Ken.

Se disponía a comentar que Bella, decididamente, no aparentaba los años, cuando su móvil empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros…

Y todas sus alarmas se dispararon al unísono al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Chris salió del ascensor en la primera planta y se dirigió hacia la puerta de cristal que mostraba el conocido logo de la organización. Andaba con aplomo, a pesar de que por dentro era un manojo de nervios. No quería pensar cuál sería la reacción de sus compañeros, pero su mente no dejaba de aguijonearla, recreando la imagen de sus caras al ver las fotografías que habían recibido por correo.

Dottie había dicho que ella se lo merecía todo. Y, sí, sin ninguna duda, si aquellas fotos habían suscitado dudas en la organización acerca de lo que ella realmente había estado haciendo en Nashville, se lo merecía. Se merecía ser la idiota a la que habían pillado *in fraganti* en aquel aparcamiento. Idiota por partida doble; por haberse dejado encandilar por una estrella de la música e idiota por no haber tenido en cuenta que cualquier mujer que estuviera con él, estaba condenada a convertirse en carnaza para la prensa.

En cuanto atravesó la puerta, la recepcionista se levantó de su escritorio y fue al encuentro de Chris con una sonrisa.

—¡Hola, bienvenida! —la rodeó con sus brazos, tomándola por sorpresa—. Me quedé de piedra al enterarme de lo de tu hermana… Jamie nos pidió que no te agobiáramos con llamadas y nos ha mantenido al tanto, pero… —buscó su mirada—. Tiene que haber sido durísimo… ¿Qué tal está Lilly?

A Chris le tomó unos instantes reponerse de la sorpresa. Trudy era la más joven de la plantilla. Se había unido a la organización al cumplir los diecinueve, ahora tenía veintidós, dos años más que Lily. Teniendo en cuenta cómo había reaccionado su propia hermana al ver esas fotos, si de alguien esperaba alguna alusión pícara, era de la joven recepcionista.

—Quejosa, pero recuperándose.

—Es normal que se queje… Pobre, le deben doler hasta las pestañas…

Chris asintió. Se acercó a la joven para hablarle en confidencia.

—Entre nosotras, y no se lo digas a nadie, yo creo que lo que más le duele de todo es haber perdido el año en la escuela de cocina…

La joven asintió enfáticamente con la cabeza.

—También es normal. Yo estaría histérica.

El teléfono empezó a sonar y la muchacha regresó a su mesa.

—El trabajo me reclama —anunció—, pero después seguimos charlando. Todos están reunidos en la sala 2, esperándote.

Chris frunció el ceño. Miró su reloj. Todavía quedaban quince minutos para la reunión informativa

—Están ansiosos por verte y que los pongas al día de ese maravilloso curso que has dado en la OADASV —explicó la joven antes de atender la llamada.

AL ABRIR la puerta de la sala de reuniones, un grupo diverso de diez personas había recibido a Chris con aplausos, que enseguida habían dado lugar a un efusivo intercambio de abrazos. Todos le habían dado saludos para Lilly y, después de interesarse por su estado, le habían comentado que se habían abstenido de llamarla cuando Lilly estaba en el hospital por expreso pedido del director de la oficina, tal como antes había dicho Trudy.

En la reunión informativa que había tenido lugar después de que la algarabía se calmara, Chris los había puesto al día del curso que había impartido en la OADASV. La reunión se había extendido durante casi cuarenta minutos y, tras compartir algunas ideas que las alumnas del curso estaban poniendo en práctica en sus respectivos centros, Chris había concluido su exposición, recomendando incluirlas a prueba en los actuales programas formativos de la organización. Sus compañeros habían propuesto volver a reunirse para discutir dichas ideas más a fondo, tras lo cual la sesión había finalizado.

Había habido charla distendida, café y cruasanes en abundancia, que Chris no había tocado porque tenía el estómago encogido por los nervios, pero ninguna mención a las fotos comprometedoras. Ni una sola. No estaba segura si la ausencia de comentarios al respecto, respondía a una iniciativa propia de sus compañeros, o si se trataba de una petición de Jamie. En cualquier caso, daba gracias por ello: no habría sabido qué responder. La desilusión seguía a los mandos, enturbiando su estado de ánimo y, por lo tanto, su objetividad.

Después de eso, Chris se había dirigido al despacho de Jamie, decidida a resolver la siguiente cuestión en su lista de pendientes.

Golpeó dos veces a la puerta y al abrirla, lo encontró hablando por teléfono.

Tal como esperaba, el reencuentro fue incómodo. Chris conocía bien a Jamie y notó enseguida su mirada esquiva, nada propia en él. Al fin, él le indicó con una seña que entrara y se sentara, pero no volvió a mirarla hasta que finalizó su llamada.

—Era April Sommerfield —anunció tras colgar—. Buenos días, por cierto, y bienvenida.

—Gracias. ¿Qué quería la señora Sommerfield? Espero que no devolverme a Nashville para otro curso…

En efecto, tal era su pretensión. Al parecer, Chris había pasado por su despacho antes de abandonar la ciudad. Habían estado hablando acerca de introducir unas modificaciones al formato lectivo, que la directora había encontrado muy interesantes. Sin embargo, esta vez, no estaba dispuesto a apoyar la propuesta de la OADASV. Ignoraba cómo habían quedado las cosas entre su amiga y el cantante. Por lo que Dottie le había dado a entender, lo habían dejado. Fuera cierto o no, no pensaba servírsela en bandeja de nuevo.

—Solo llamaba para interesarse por ti y por Lilly, y para agradecernos tu maravillosa contribución a la formación del personal de su organización —dijo imitando el estilo grandilocuente de la directora de la OADASV.

—Bien. Me alegro de que haya quedado conforme, a pesar de lo mal que acabó todo… He preparado el informe, te lo dejo aquí —lo puso en la bandeja de entrada—. Y, como hay cosas que quiero hablar contigo, me gustaría invitarte a comer. ¿Estás disponible hoy?

Jamie estaba bastante seguro de saber qué cosas se le habían quedado a Chris en el tintero, pero jugó la baza de hacerse el desentendido.

—No tienes que invitarme a comer para poder hablar conmigo. ¿De qué se trata?

Chris se dio cuenta enseguida de su jugada y le dejó claro que no estaba por la labor de permitir que él se fuera por las ramas. En su opinión, tenía mucha gracia que, después de la forma en que él se había largado de Nashville y la cantidad de veces que ella había acabado hablando con su buzón de voz, ahora se despachara con un «¿de qué se trata?»

—Es personal —le dijo—. De ahí, la invitación.

Confirmadas sus sospechas, Jamie jugó una baza distinta; la de la evasión.

—Lo siento. Hoy no puede ser. En realidad, estoy bastante ocupado el resto de la semana. Pero intentaré hacerme un hueco para pasar por tu casa. Así, hablamos tranquilos, ¿te parece bien?

—¿Con Lilly en casa? No —repuso ella.

Y continuó mirándolo. ¿Acaso creía que sería una conversación en familia, apta para todo público? No tenía la menor intención de echar un tupido velo sobre el tema.

—Vaaaale. Te doy un toque, sales y nos vamos a tomar un café por ahí. ¿Mejor así?

Chris se puso de pie. Nunca se había imaginado que llegaría un día en el que se sentiría tan incómoda junto a alguien que, durante años, había sido como un hermano para ella.

—Mejor así —concedió.

Acto seguido, enfiló hacia la puerta.

DESPUÉS DE PASAR por la cocina para servirse un café, Chris se dirigió a su despacho. Abrió la puerta y encendió la luz. Todo estaba exactamente igual que lo había dejado, excepto por los papeles que llenaban su bandeja de entrada de documentos y la pequeña pila de recados telefónicos recibidos durante su ausencia.

Seguía resultándole un lugar extraño. Las pocas semanas que había pasado allí después de regresar de África y antes de lanzarse a la aventura en Nashville no habían sido suficientes para familiarizarse con su nuevo puesto de trabajo. Y al igual que el primer día, seguía preguntándose qué estaba haciendo allí, usando su tiempo y su energía para mover papeles de la bandeja de entrada al archivo, como una burócrata más. Entonces, recordaba que ya no era apta para el trabajo de campo.

Chris respiró hondo y entró en el despacho. Se sentó en el sillón ergonómico que estaba en el escritorio, sintiendo que nada en ese despacho lo sentiría como propio, por más que se pasara el resto de su vida laboral ocupando aquellas cuatro paredes.

Pensó en las horas que había pasado sufriendo por las malditas fotos, intentando calibrar el daño que le habían causado a su reputación no solo ante la organización, sino ante la gente con quienes llevaba años trabajando hombro con hombro. Pensó en la angustia, en la vergüenza, en la sensación de estar perdida, sin rumbo… y frente a eso, la naturalidad y la genuina alegría con que sus compañeros le habían dado la bienvenida de vuelta a la organización.

Y nada pudo impedir que se le llenaran los ojos de lágrimas. Lágrimas de alivio y de agradecimiento.

Pero también lágrimas de melancolía y de tristeza.

Porque durante un breve espacio de tiempo, mientras estaba en Nashville, su vida, su regreso al mundo civilizado, había cobrado sentido. Un sentido extraño, pero muy real.

Porque durante ese breve espacio de tiempo se había sentido viva de una forma que nunca había experimentado.

Y porque ahora tenía la certeza de que jamás volvería a experimentar algo semejante.

Mientras tanto, en casa de Chris…

LILLY MIRÓ a su tía con resignación. Le había dicho media docena de veces que no hacía falta que se quedara cuidando de ella, pero ni caso. Seguía dando vueltas por la casa, inventándose cosas que hacer. Ahora, la había tomado con la ropa sucia.

—¿Tienes algo más para lavar? —la oyó preguntarle desde el cuarto de la lavadora, junto a la cocina.

—¿Y tú qué crees? Hace una semana que lo único que gasto es ropa de cama y en el hospital, ni siquiera era mi propia ropa de cama.

—Ja. Ja. Ja. Listilla, intento llenar la lavadora. Por eso lo pregunto.

—Mira en la habitación de Chris… Aunque te deseo suerte, porque ella es otra maniática de la ropa sucia. Francamente, creo que solo le falta meter a Sultán en la lavadora… —El perrillo levantó el morro de su falda y la miró—: Tranquilo, pequeñín, yo se lo impediré —le dijo al cachorro, acariciándole la cabeza.

En el cuarto de lavadora, Dottie puso la última prenda sucia del canasto dentro del tambor y se enderezó sonriendo. Su sobrina menor parecía muy recuperada aquella mañana. Se había despertado bastante más tarde de lo habitual. De lo habitual, después de su accidente. Antes, y por más dormilona que fuera, se levantaba a la misma hora que su hermana.

—Oye, qué dicharachera estás… ¿Te encuentras mejor hoy? —dijo asomándose al salón, camino de la habitación de Chris.

El dolor todavía seguía haciéndose oír a mucho volumen, especialmente cuando empezaba a pasar el efecto de la analgesia, pero la discusión que había tenido con su hermana y las cosas que se habían dicho, le había hecho comprender que Chris tenía razón en algo; si quería recuperarse del todo, tenía que cambiar el chip emocional por otro que jugara a su favor. Y en eso estaba.

—Sí… Creo que sí. Las costillas siguen igual, regalándome un viaje a las estrellas cada vez que me muevo, y mi brazo… Bueno, ya veremos si cuando me quiten este mamotreto, seguiré siendo diestra o tendré que improvisar.… Pero de la cabeza (hablo de lo que hay dentro, no de la herida), estoy mucho mejor. Esta mañana, a primera hora, he llamado a la escuela. Me han repetido la misma cantinela y yo les he pedido que me devolvieran el dinero.

—¿Ah, sí? ¿Y eso cuándo ha sido? Cuando llegué esta mañana, todavía dormías.

—Cuando fuiste a la tienda a comprar una tetina nueva para el biberón de Sultán. —El cachorro volvió a levantar el morro y la miró—. Sí, ricura, la escondiste tan bien que nadie la encuentra. ¿Creías que era un hueso?

Sultán se espabiló del todo, empezó a mover su rabo y enseguida se levantó. Intentando mordisquear la solapa de la bata de Lilly, se cayó de su falda y rodó por la sábana hasta el suelo, haciéndola reír.

Dottie enseguida fue a por el cachorro sonriendo. Lilly tenía razón, Sultán era una «ricura», pero que Dios las amparara cuando creciera un poco más y pudiera valerse por sí mismo.

—Ven aquí, desastre —le dijo al tiempo que lo tomaba entre sus brazos y recibía una lluvia de lametazos cariñosos—. Vuelve con tu amita.

Una vez de regreso sobre la falda de Lilly, el perro se entretuvo mordisqueando una hilacha que pendía de la escayola de su brazo lesionado.

—¿Y qué pasó? —quiso saber Dottie—. ¿Te devolverán la matrícula?

—Intentaron librarse, diciéndome que por norma lo que hacen es guardar la plaza para el próximo curso. Pero yo les dije que ya no pensaba estudiar allí y que si no me devolvían el dinero por las buenas, lo harían por las malas porque no pensaba quedarme de brazos cruzados.

Dottie miró a su sobrina con los ojos muy abiertos.

—¿Y eso?

—Me han hartado. Que me hagan perder el año por no dejarme asistir de oyente a las clases prácticas hasta que me quiten la escayola, está mal. Es una arbitrariedad. Han podido hacer una excepción y han elegido fastidiarme. No quiero nada con gente que, pudiendo echarme una mano, decide perjudicarme.

—Así se habla. —Dottie se inclinó y le dio un sonoro beso en la frente—. Que sepas que me encanta esta nueva versión de Lilly Thompson, sobrina.

Una sonrisa halagada brilló en el rostro de la veinteañera.

—Gracias, tía… Seguro que Chris se va a poner como un pavo real cuando se lo diga…

—Ya lo creo que sí. Va a estar superorgullosa de su hermanita. —Le tendió el móvil que estaba sobre el reposabrazos del sofá—. ¿Por qué no la llamas y se lo cuentas? Seguro que le alegras el día, Lilly.

La joven cogió el móvil con una sonrisa. Además, compartir la noticia le daría la ocasión de recuperar la vieja costumbre de hablar con ella o escribirle a cada rato.

—¡Buenísima idea!

—Vale. Luego me cuentas lo que te dice. Yo voy a ver si encuentro algo que lavar en su habitación.

DOTTIE SE QUEDÓ MIRANDO el sobre con el ceño fruncido. Estaba en el armario de la ropa blanca, debajo de una bolsa que contenía una muda de ropa para lavar, pero no entendía qué hacía allí. Tal como había dicho Lilly, Chris se había dedicado a poner orden en su habitación y toda la ropa que había traído de su viaje a Nashville estaba seca y guardada, o bien en una cesta, esperando su turno para el planchado.

El sobre era grueso, de tamaño folio, y estaba doblado por la mitad. Bastante ajado, diría que manoseado. ¿Serían cosas del trabajo? Chris era muy ordenada. Le extrañó encontrarlo allí.

Puso ambas cosas sobre la cama de su sobrina. Abrió la bolsa e inspeccionó lo que había dentro para asegurarse que podía llevarlas a la lavadora. Lo confirmó; era el pijama de *Spiderman* que le había regalado Lilly y un conjunto de lencería.

Prestó atención a lo que sucedía en el salón. Oía a Lilly hablando con Chris. Le estaba contando con lujo de detalles la conversación que había mantenido con el personal de la escuela. Era una de sus típicas conversaciones entre hermanas, histriónicas y divertidas.

Y largas. Estarían un buen rato más conversando.

Regresó su vista al sobre. Lo cogió y lo manipuló un poco para estirarlo hasta que consiguió sostenerlo con una sola mano sin que volviera a plegarse. Iba dirigido a Chris Thompson, a la dirección del aparthotel. Las señas estaban impresas sobre una etiqueta adhesiva. No tenía remitente.

Abrió la solapa con un dedo y miró dentro. Era un lote de papeles sujetos por una pinza de mariposa. Parecían fotocopias. No podía leer bien lo que ponía porque todo el lote de documentos estaba del revés, con el encabezado de las páginas al fondo del sobre. Pero no le parecieron documentos de trabajo. Lo poco que podía entender, hacía referencia a un centro médico. Estaba claro que si quería enterarse tendría que sacarlos del sobre.

¿Quería enterarse? Si había un «centro médico» por medio, por supuesto que quería saberlo todo. Lilly seguía conversando en el salón y decidió seguir adelante con la inspección. Si era necesario, ya tendría tiempo de disculparse por la flagrante violación de la intimidad de su sobrina que estaba a punto de cometer.

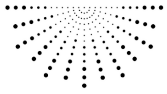
Cogió el lote de documentos y lo sacó de su envoltorio.

Se quedó de una pieza al comprobar que el centro médico no tenía nada que ver con las hermanas Thompson. El nombre que aparecía en todos los impresos era Jonas Samuels. Pero las fotos, todas de distintas fechas, eran de Ken Bryan.

Sin embargo, su sorpresa no fue nada comparada con la que se llevó al leer la pequeña nota, también impresa, que acompañaba al grupo de documentos.

«Si no desea que esta información sea de dominio público, rompa toda relación con el señor Bryan y regrese a su país de inmediato».

CAPÍTULO DIECINUEVE



Ken no tuvo que pensar si atendía la llamada, o no. Incluso cuando todavía tenía una relación contractual con Alexandra Carrington-Fox, intentaba evitar los contactos con ella más allá de lo estrictamente necesario. Ahora que no mantenían ninguna, no se molestaría. Si tenía algo que decir, que hablara con su abogado.

Dejó que saltara el contestador y volvió su atención a Tom y Bella. Ella seguía hablando, ajena a lo sucedido, pero Tom no. Hacía que escuchaba a la muchacha, pero no le perdía pisada a él. De hecho, no tardó en demostrarlo.

—¿Quién era?

—Alguien con quien no me interesaba hablar.

Bella celebró aquella obviedad con una risita cómica.

—¡Válgame Dios, salta a la vista! —Miró de reojo a Tom—. ¿Sabes, Ken? Creo que lo que tu mánager quiso decir fue «qué pasa», no «quién era».

—Ah, se siente… —le hizo un guiño a Tom—. Ha perdido su turno de pregunta. Tranquila, para la próxima afinará mejor… Bueno, ven, que te muestro el resto de las nuevas oficinas.

Pero no llegó a darse la vuelta, que su móvil se puso a sonar otra vez. Notó que Tom lo observaba con una ceja enarcada. Miró la pantallita y comprobó que era la misma pesada de siempre, haciéndole sentir las mismas ganas de siempre. Las de gritarle a voz en cuello «¿Qué más necesitas para darte cuenta de que no me importas una mierda? Podía haber firmado ese contrato y embolsarme una pasta, ¡y ni así has podido evitar que pasara de ti! ¡Déjame en paz de una puta vez!»

Por mucho que la insistencia obsesiva de Sandy lo irritara, no lo demostraría. El asunto estaba en manos de abogados. Pero algo sí que podía hacer; dejar de oír sonar el maldito móvil.

Cortó la llamada y volvió a aguardarlo. ¿No decían que a buen entendedor, pocas palabras bastaban? Pues eso.

Tom ya no tenía la menor duda de quién provenían las llamadas. Solo había un ser sobre el planeta tan empeñado en salirse con la suya que era inmune a las reiteradas y evidentes demostraciones de desinterés por parte de Ken.

—No va a parar —le dijo—. Yo que tú lo apagaría.

Bella miró a los dos hombres consecutivamente. Y al ver aquella inusual expresión de enfado en un hombre famoso por su encanto personal, se le encendió la bombilla.

—¿Es la tiparraca esa? —Los dos pusieron cara de póquer. Bella no se lo tragó—: ¿quieres que la atienda yo? En plan, «oficinas de Ken Bryan, ¿en qué puedo ayudarla?»…

Había sido una propuesta, pero había sonado como si hubiera dicho «por favor, déjame a

mí… Me muero de ganas de ponerla a caldo [1]».

Ken y Tom intercambiaron miradas. Ninguno estaba por la labor de permitir que Bella azuzara a una mujer tan inestable como Sandy, pero apreciaban la gran utilidad de contar con alguien dueña de tamaño desparpajo entre sus filas.

—El tema está en manos de abogados, así que nadie de las oficinas de Ken Bryan va a hablar con la persona que llamaba. De todas formas… Gracias, Bella. ¿Qué? ¿Vienes a conocer las instalaciones? —dijo Ken, ofreciéndole su brazo con galantería.

La joven tardó un milisegundo en aceptarlo.

Y su cara demostró a las claras que acababa de entrar en modo «fan a punto de tener un ataque de alegría».

CUANDO AL FIN sonó el timbre en la casa de Ken, Robert ya había tenido tiempo de levantarse del sofá y dirigirse a la puerta. En realidad, lo había hecho para ver a qué se debía el chirrido de una frenada apurada frente a su casa. Sus hijos eran conductores prudentes y la vivienda más próxima del vecindario estaba a más de cien metros.

—¿Abres tú? —oyó que Dorothy le preguntaba desde la cocina.

Ya lo estaba haciendo y su atención quedó totalmente cautiva de la mujer que halló al otro lado de la puerta, de modo que Robert no llegó a responder.

La razón de que la mujer que estaba frente a él hubiera acaparado toda su atención era que no parecía encontrarse bien. Estaba visiblemente alterada. Muy nerviosa. Vestía ropa de deporte y daba la impresión de haber salido precipitadamente, sin haber acabado de maquillarse ni de arreglarse. Tenía su rubio cabello sujeto en una coleta en la cima de la cabeza, un peinado que no le habría resultado extraño de no ser porque daba la impresión de que, en realidad, no se había peinado. El pelo estaba cogido de mala manera, dándole un aspecto desaliñado.

—Buenos días… —Robert iba a preguntarle en qué podía ayudarla, pero el estado de la mujer era realmente muy malo. Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios—. ¿Está usted bien? ¿Le traigo un vaso de agua?

Ella lo miró fugazmente y enseguida inclinó la cabeza para ver el interior de la casa.

—¿Y Ken? ¿Dónde está? —Volvió a mirar a Robert y esta vez, pareció verlo de verdad—. ¿Quién es usted y qué hace aquí? —Torció el gesto—. Ah. Ya. Es igual a él, así que supongo que es su padre…

—Así es. Soy Robert Bryan. ¿Y usted es…?

En el interior de la casa, Doreen frunció el ceño al asomarse al salón y ver que su cuñado no estaba allí. Atravesó la estancia y, a medida que se acercaba a la puerta de calle, empezó a escuchar su voz y la de una mujer. Lo que la oyó a decir a continuación la dejó momentáneamente pegada al suelo.

—Soy Alexandra Carrington-Fox…

Doreen se apresuró a coger su móvil y con él en la mano se acercó todo lo posible a la puerta sin dejarse ver. Accionó el botón de grabación y permaneció en silencio, con el corazón latiendo en la garganta.

—… La mujer que le hará desear no haber nacido. O haber muerto de una sobredosis durante esos meses en los que todo el mundo pensaba que estaba ayudando a su papá en el rancho, y lo

que en verdad estaba haciendo era meterse droga por un tubo. ¡¿Dónde está?! Le conviene decírmelo.

Robert no se consideraba alguien impresionable, pero la presencia de aquella mujer resultaba amenazadora. No por su físico, sino por lo que fluía de ella. Aquella mirada fija con las pupilas dilatadas, que parecían gritar a los cuatro vientos que estaba teniendo un brote psicótico. Amenazadora o no, él no era un hombre que se dejara intimidar.

Habló con la seguridad y la tranquilidad de siempre.

—Ken no está aquí. Tenía cosas que hacer y ha salido. Como puede apreciar por el silencio, se ha llevado a sus cachorros. Pero yo sí estoy aquí. Y no tengo por costumbre permitir que alguien se presente en mi puerta y me amenace a mí o a mi familia, sin más. Así que le pido de buenas maneras que se marche por dónde ha venido ahora mismo, y que no regrese. Si vuelvo a verla por aquí, tomaré medidas que no le van a gustar.

El tono de Sandy casi rozaba la histeria cuando dijo:

—¡Digno hijo de su padre, cómo no! ¡Los modales ante todo! Escúcheme bien. Como Ken no haga mutis por el foro, retire a su abogado y se olvide de todo el asunto ahora mismo, me voy a ocupar personalmente de joderle la vida hasta extremos que ni se imagina. Hablo de su vida personal, no solo de la profesional. Voy a atizarle donde más le duele porque sé exactamente dónde está su talón de Aquiles… Y no podrá evitarlo porque no lo verá venir. Igual que no lo ha visto venir hasta ahora. Dígale a su hijo que meta la reversa YA. O lo lamentará el resto de su vida.

Acto seguido, dio media vuelta, montó en su descapotable y salió quemando ruedas.

UNA HORA MÁS TARDE, Ken llegó a su casa. Iba acompañado de Tom y de su abogado, que conducía su propio coche.

En cuanto Robert abrió la puerta, Noah y River entraron en la casa antes que nadie.

—Este es Bradley Rafferty, papá.

—Encantado de conocerle, señor Bryan.

—Lo mismo le digo. Ella es mi cuñada, Doreen —dijo señalando con la mirada a la mujer que también estaba en la puerta. Tras el intercambio de cortesías, añadió—: Pase, por favor.

Después de que el abogado entrara en la casa, lo hizo Tom. Ken entró en último lugar y fue al encuentro de sus perros al tiempo que decía:

—¿Les importa si hablamos en la cocina?

—Ken… Estaba cocinando… —dijo Doreen—. Allí está todo desordenado.

—De acuerdo. Entonces, denme unos minutos para que le ponga la comida a los cachorros. Vamos, chicos… ¡Hoy toca arroz con pollo!

Robert invitó a las visitas a tomar asiento con un gesto de la mano. Él y Tom ocuparon el sofá. El abogado se sentó en el sillón que estaba a la izquierda. Doreen fue la última en tomar asiento junto a Robert.

Bradley Rafferty sonrió algo sorprendido por la reacción de Ken.

—No parece muy nervioso por las circunstancias, señor Bryan —dijo en voz alta para que Ken lo oyera desde la cocina—. ¿O es su forma de plantarle cara a los asesinos a sueldo? Ya sabe, en plan, espera que primero le doy de comer a mis perros y luego vuelvo para que me sigas

amenazando…

—Llevo seis meses aguantando sus amenazas. No es algo nuevo —repuso él.

Estaba nervioso. Todo lo que alterara la tranquilidad necesaria para hacer su trabajo, le afectaba. Pero llevaba un año luchando por mantenerse en el buen camino y no estaba dispuesto a permitir que esa mujer controlara su vida. Seguir adelante con sus rutinas con normalidad era una forma de quitarle poder a Sandy.

Robert miró al abogado. En un primer momento, había creído que le estaba hablando a él, pero por lo dicho después, estaba claro que le hablaba a Ken. Le sorprendió que siendo de edades semejantes no se hicieran eco de esa moda tan actual y tan inadecuada de dirigirse a desconocidos como si fueran de la familia.

—Qué formales. Me gusta. Pero me extraña —comentó, moviendo la cabeza en un gesto aprobatorio.

Rafferty asintió. A él también le resultaba de lo más extraño.

—Es un cliente y hay normas. Además, si él me llama por mi apellido…

—Tranquilo, ya te llamará por tu nombre… O por otros apelativos que no te gustarán tanto —intervino Tom—. Todo el mundo tiene que pasar la prueba del algodón primero.

—¿Y en mi caso cuál es esa prueba? Porque yo no compongo, ni canto ni toco más que la flauta travesera, y no muy bien, la verdad.

—¡Conseguirme un buen acuerdo sería empezar con buen pie! —se oyó decir a Ken desde la cocina.

Todos rieron. Robert, en especial. Rafferty le caía bien y era un buen conocedor de las personas, de modo que estaba bastante seguro de no equivocarse.

Cuando Ken regresó al salón, después de dejar a sus cachorros comiendo en sus respectivos comederos situados en un rincón de la cocina, la conversación abordó el tema que los había reunido. El ambiente se tornó serio y la preocupación quedó patente en el rostro de todos.

Después de que Sandy se marchara, Robert había llamado a su hijo para informarle de lo sucedido, pero no había entrado en detalles. También le había comentado que Doreen había tenido la buena idea de grabar la conversación. Aunque a Ken no le gustaba la idea de usar su espacio personal para reunirse, el tiempo apremiaba, ya que al día siguiente debía salir de viaje. De ahí, que le hubiera pedido a Rafferty que se reuniera con él en su domicilio particular. Era una reunión para acordar los detalles, pues todos estaban al tanto de su decisión; no metería la reversa. Al contrario, utilizaría lo sucedido para negociar un trato mejor.

—¿Podemos oír la grabación? —propuso el abogado.

—Claro —dijo Doreen, que enseguida cogió su móvil.

La voz de Sandy se oyó alto y claro en el salón de la casa.

«… ¡Digno hijo de su padre, cómo no! ¡Los modales ante todo! Escúcheme bien. Como Ken no haga mutis por el foro, retire a su abogado y se olvide de todo el asunto ahora mismo, me voy a ocupar personalmente de joderle la vida hasta extremos que ni se imagina. Hablo de su vida personal, no solo de la profesional. Voy a atizarle donde más le duele, porque sé exactamente dónde está su talón de Aquiles… Y no podrá evitarlo porque no lo verá venir. Igual que no lo ha visto venir hasta ahora. Dígale a su hijo que meta la reversa YA. O lo lamentará el resto de su vida».

Además de haberlo vivido en primera persona, Robert había escuchado la grabación un par de veces. Odioso y amenazante como sonaba todo lo que esa mujer había soltado por la boca, algo de lo dicho se había llevado la palma. Y Robert estaba bastante seguro de haberlo entendido

bien. Para Ken era la primera vez, de ahí que Robert no hubiera apartado sus ojos de él en ningún momento. Quería confirmar si estaba en lo cierto.

Y lo estaba. Ken había arrugado el ceño y le había pedido a su tía que retrocediera la grabación un poco para escuchar la última parte.

La voz de Sandy volvió a resonar, destilando veneno:

«Voy a atizarle donde más le duele porque sé exactamente dónde está su talón de Aquiles… Y no podrá evitarlo porque no lo verá venir. Igual que no lo ha visto venir hasta ahora. Dígale a su hijo que meta la reversa YA. O lo lamentará el resto de su vida».

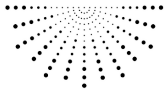
La cara de Ken enrojeció cuando aquellas palabras cobraron sentido.

«¡¿Qué le has hecho a Chris, hija de la gran puta?!». Su pensamiento fue tan real que casi cobró forma física.

Y tan real como su reacción.

Ken se puso de pie, cogió las llaves del coche y salió a la calle.

CAPÍTULO VEINTE



Chris colgó la llamada con una sonrisa en los labios y muchísimo alivio. Lilly empezaba a levantar cabeza no solo en cuanto a las secuelas del accidente se refería, sino a nivel emocional. Estaba volviendo a ser la criatura pizpireta y decidida de siempre. Que le hubiera puesto los puntos sobre las íes a la escuela de cocina, suponía un salto olímpico en su estado mental; había pasado de lamentarse, a reclamar lo que consideraba suyo y, sobre todo, a darse cuenta de que estar en sintonía con el medio que hacía posible alcanzar un objetivo era tan importante como el objetivo mismo. Chris también pensaba que la decisión de la escuela de no dejar a Lilly asistir como oyente durante el primer trimestre era arbitraria. Había pasado las pruebas de acceso con sobresaliente, les había demostrado que la cocina era su lugar, el espacio donde expresaba su creatividad y su amor por los sabores, las texturas y por el arte de reunirlos en una composición que alimentara los sentidos, el alma, no solo el paladar. Dejándola en la estacada, habían erosionado la confianza de Lilly en ellos, como mentores. Y, sin confianza, no había relación posible.

Chris volvió a coger el montoncito de recados telefónicos que le había dejado Trudy. Era lo que estaba haciendo cuando Lilly la había llamado. Fue pasando los papelitos de color celeste y anotando mentalmente las gestiones necesarias. La mayoría eran de personas relacionadas con el proyecto Semillas, pero solo se las habían pasado a modo informativo, ya que habían sido resueltas en su lugar por Jamie. Entonces le llegó el turno a una que no tenía que ver con su trabajo. Era de naturaleza personal. Chris lo cogió y se lo acercó a los ojos. En el espacio del nombre de la persona que había llamado, había una raya. La fecha correspondía al día después de que ella se marchara de viaje. Más abajo, ponía:

«Dice que es un viejo amigo. Está de paso por la ciudad y quiere verte. Le dije que estarás fuera un mes, de viaje, pero no le dije dónde (me lo preguntó). Pista: su voz es una auténtica pasada.

Muy sexi.

PS: A ver si nos lo presentas un día de estos ;)»

Qué raro. No podía ser Jared. Según Dottie, había vuelto a instalarse en la ciudad hacía ya unos meses. ¿A santo de qué la llamaba ahora? Además… Su voz, que ella recordara, no era sexi. Era una voz de hombre bastante corriente.

Estaba dándole vueltas a las amistades que tenía repartidas por el mundo, que pudieran haber venido a la ciudad a pasar unos días, cuando su teléfono volvió a sonar. Miró la pantalla del

teléfono y vio que era Trudy quien llamaba.

—Justo a tiempo —se adelantó Chris—. Estoy revisando…

—Ahora no. Disculpa, es que tengo a la oficina regional al teléfono. Es Charlotte Allen.

—Claro, pásamela. Gracias.

Los nervios regresaron. Habían coincidido en un par de eventos, pero Chris no tenía una línea de comunicación directa con ella. De los contactos a altos niveles se ocupaba Jamie. ¿Para qué iba a llamarla la presidenta del consejo regional de la organización? Después de las malditas fotos, solo se le ocurría una razón.

—Hola, señora Allen. Encantada de saludarla.

—Hola, sí, gracias… Perdone las prisas, pero estoy en el aeropuerto, a punto de subir al avión… —Tras una breve pausa, se corrigió—: *Empezaré de nuevo… Dígame, ¿cómo está su hermana?*

La primera impresión de Chris fue que por teléfono su voz sonaba muy diferente, a una persona de edad avanzada. Sin embargo, sabía que la mujer tenía cincuenta años. Era el miembro más joven del consejo.

—Ah, gracias… Está mucho mejor. Las lesiones tardarán unas cuantas semanas en curar, pero el dolor es soportable con la medicación que le dan. Gracias por preguntar.

—Bien. Muy bien. Ha sido una desgracia con suerte. Me alegro mucho de saber que Lilly se está recuperando…

Chris no pudo evitar notar que se había referido a su hermana usando el diminutivo de su nombre. Le sorprendió que estuviera al tanto de que así era como Lilly prefería que la llamaran. La mujer continuó y Chris descartó sus pensamientos, y se concentró en la conversación.

—Me acaba de llamar la señora Sommerfield, de la OADASV, y quiero aclarar este asunto.

¿Qué asunto? El ceño de Chris se convirtió en un acordeón.

—¿Ah, sí? Ella estaba hablando con Jamie cuando llegué esta mañana…

—Sí, lo sé. Me llamó porque antes de marcharse de Nashville, usted y ella estuvieron hablando del curso y acordaron que, más adelante, usted le enviaría una propuesta con ciertas modificaciones al formato lectivo, de cara a un nuevo curso en un futuro aún por determinar…

—Así es. Lo prepararé en cuanto sea posible, pero primero es necesario discutirlo con el equipo de formadores y poner algunas ideas en común.

—Lo sé. Y ella también, dice que usted se lo dijo. La razón de su llamada es que hoy Daniels le comentó que no estaba al tanto del tema porque usted aún no se había reincorporado al trabajo, pero que no creía que usted tuviera intenciones de volver a dictar ese curso. Así que la señora Sommerfield me ha llamado a mí… Me ha dicho lo que ya sabemos; que su trabajo es inspirador, que la considera un gran activo, y que la OADASV necesita poder contar con gente como usted. También habló de unas fotos y que esperaba que no fueran la razón de su cambio de opinión… Aunque, si le digo la verdad, me dio la impresión de que se refería más a nuestro cambio de opinión, el de la organización, que al suyo. Dijo que para la OADASV no habían tenido la menor importancia… ¿Puede decirme de qué fotos hablaba?

Chris se quedó callada unos instantes, procesando la información. Estaba convencida de que la central tenía esas fotos. Recordaba perfectamente que Jamie le había dicho que estaban muy molestos. Por supuesto, eso no era lo más acuciante ahora, sino cómo explicárselo a Allen.

La incomodidad de Chris era tal, que cuando al fin se dispuso a hablar, ya estaba sudando.

—Son unas fotos mías en compañía de un amigo que aparecieron en una revista de cotilleos. Estamos… en actitud cariñosa y él es alguien conocido, famoso… Básicamente, son las fotos de

un beso. Alguna fan celosa, intentando dejarnos en evidencia, imagino —explicó, yendo directa al grano, consciente de que las mejillas le ardían, por lo que debía haberse puesto roja.

Era su ex promotora musical, no una fan, y lo suyo no eran solo celos, pero Chris decidió no ahondar en el tema. En Canadá, la prensa no había recogido la noticia. Al menos, por el momento. Con un poco de suerte, no trascendería más allá de la frontera con el país vecino.

El silencio de Allen se prolongó durante varios segundos. La mujer debía estar alucinando pepinillos, pensó Chris. Al fin, volvió a oír su voz. Le resultó bastante ecuánime, dadas las circunstancias.

—*¿Ese artículo la identifica con nombre y apellido?*

Sí; Pelirroja *Curvy*. Cada vez que esa frase regresaba a su mente, la invadía una profunda sensación de impotencia.

—No. El artículo, por llamar de algún modo a algo que no suma más de cien palabras, no habla de mí, sino de él.

—*Pero a usted le preocupa que puedan averiguarlo y desvelarlo…*

No había sido una pregunta, sino una afirmación. Aunque, a los efectos, daba igual; debía explicarse. Chris decidió que no diría una verdad a medias.

—Saben quién soy y también dónde trabajo. No solo enviaron esas fotos a la redacción de un semanario, las enviaron a la OADASV, aquí, a todos mis compañeros, y, según tenía entendido, también a ustedes, en la central… Por eso me extrañó su pregunta.

Un nuevo silencio prolongado durante el cual Chris permaneció a la espera, intentando mantener la calma. En realidad, sentía ganas de ponerse a gritar de pura frustración.

—*De acuerdo* —dijo Allen al fin—. *Me dicen que tengo que apagar el móvil. ¿Le importa que la llame al final de la tarde? No sé a qué hora me desocuparé…*

—Por supuesto que no. ¿Tiene a mano mi número personal? Ah, no se preocupe. Se lo enviaré por email.

—*Muy bien, Chris. Hablaremos más tarde. Adiós.*

Chris se despidió y volvió a dejar el auricular en su sitio. Revivir el momento y tener que contárselo al máximo responsable de la organización al oeste del meridiano de Greenwich, no había sido un plato de gusto, pero la idea de que Jamie le hubiera mentido… Eso, directamente, le resultaba intolerable.

Sin pensárselo dos veces, se levantó y fue a su despacho. Lo encontró vacío y con las luces apagadas. Preguntó en la recepción. Trudy le informó que él no regresaría hasta el día siguiente.

Muy bien, pensó. Lo abordaría en su casa, cuando volviera de hacer footing. Era una de las ventajas de ser amigos desde hacía años; conocía todas sus rutinas.

EL PORTERO del edificio la conocía de sobra, por lo que no fue necesario que Chris alertara a Jamie de su presencia tocando el timbre de la calle.

—Vaya… Hola… —dijo él, al verla al otro lado de la puerta.

—Hola. ¿Puedo entrar o vas a decirme que estás esperando una visita o cualquier otra excusa por el estilo?

Jamie dio un paso atrás y abrió la puerta de par en par. Vestía un chándal e iba descalzo, de modo que quedaba claro que acababa de llegar de correr y que no esperaba a nadie.

—¿Cualquier otra excusa por el estilo? ¿Es una idea mía o no crees que haya estado ocupado?

Chris pasó a su lado sin mirarlo y entró en el comedor. Permaneció de pie.

—Siéntate. ¿O estás esperando una invitación? —se quejó él, dejándose caer en el sofá.

Chris hizo lo propio. Ocupó el sillón frente a Jamie y dejó el bastón apoyado a su lado. Volvió a centrar su atención en él.

—Bueno, tú dirás… —dijo Jamie.

—Fuiste muy hiriente aquel día, en el hospital. Y quiero saber por qué.

Jamie respiró hondo. Debería estar acostumbrado a sus frases de apertura. Cuando algo no le gustaba, Chris era como una ametralladora; disparaba a discreción.

—Fui sincero, realista. Lo necesitabas. Alguien tenía que bajarte de tu nube rosa, y Dottie no iba a hacerlo. Lo que ella quiere, más que nada en el mundo, es que dejes de estar sola.

—No me vengas con esas. ¿Desde cuándo recurres a la crueldad para comunicar tus puntos de vista? Sería la primera vez desde que te conozco. Y te conozco hace años. Así que, desembucha.

—¿Y por qué importa eso ahora? Has recobrado la cordura; él está allí y tú aquí, ¿o no?

¡¿La cordura?! La primera intención de Chris fue pedirle que midiera sus palabras, pero enseguida cayó en la cuenta de que quizás Jamie tuviera razón esta vez. Nada de lo sucedido el último mes y medio en su vida personal, tenía sentido. Mientras lo vivía, curiosamente, sí. Pero visto con la perspectiva del tiempo… Sí, probablemente, no había estado en sus cabales. Pero él también había parecido no estarlo aquel día, en el hospital.

—Importa porque somos amigos, Jamie. No me cuadra que mi mejor amigo se haya comportado de la forma que tú lo hiciste en un momento complicado para mí, como fueron esos días que Lilly estuvo hospitalizada. Quiero entenderlo. Necesito entenderlo. Y ya que estamos, también necesito entender por qué me has mentido. Me dijiste que las fotos habían llegado a la central y que estaban enfadadísimos, y no es cierto. ¿Sabes por qué lo sé? Porque hoy me ha llamado Charlotte Allen. Quiero que te expliques ya. —Se puso cómoda en el sillón y añadió en tono exigente—: puedes empezar por donde quieras.

Los ojos brillantes de Jamie, y aquella ligera tensión en la parte superior de su rostro, eran una confirmación de que, en efecto, le había mentido en lo de las fotos. La cuestión era en qué más le estaba mintiendo.

Jamie había estado evitando a Chris porque el asunto Ken Bryan seguía perturbándolo mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir en voz alta. Necesitaba tiempo para que sus emociones se calmaran y pudiera volver a ser el de siempre. Evidentemente, ya no disponía de tiempo.

Exhaló el aire por la nariz.

—Mi intención no era mentirte. Estaba claro que querían perjudicarte y que habían hecho sus deberes sobre ti. Di por hecho que en la central también habían recibido esas fotos… Te dije que estaban enfadados para meterte presión. Porque quería sacarte de allí, de Nashville, antes de que las cosas se fueran de madre…

—¿Tú querías «sacarme de allí»? —repitió, asombrada—. Tomo mis propias decisiones desde que tengo uso de razón y lo sabes, así que déjate de memeces y dime de qué va esto de una vez.

Él apartó la vista durante un instante. Al fin, dijo lo que le quemaba la sangre desde hacía una semana.

—Ese tío no me gusta. Tiene toda la pinta de dedicarse a engatusar mujeres para luego

arrojarlas por ahí, como si fueran ropa vieja, una vez que se aburre. Y a juzgar por lo que sale en la prensa sobre él, se aburre con mucha frecuencia. Diría, que a diario.

La consternación de Chris crecía con cada palabra que Jamie pronunciaba.

—¿Y tú crees todo lo que lees en la prensa?

—Eso es lo que te ha dicho él a ti, ¿verdad? Que es un angelito y que no creas lo que se dice sobre él… —Sin darle tiempo a responder, añadió—: No eres la única que no entiende cosas en todo este asunto. Yo tampoco entiendo cómo has podido dedicarle siquiera un minuto de tu tiempo. Ese tipo no te llega ni a la altura del zapato.

—¿Y desde cuándo estás a favor de condenar a una persona sin un juicio previo? No eres así. Y no sabes nada de Ken. Ni yo lo sabía, con que tú, menos que menos. ¿Qué fue lo que pasó, Jamie?

—Él no es lo que parece. Detrás de su sonrisa encantadora, hay un tipo muy territorial. No le gustó descubrir que tenías a un viejo amigo, lo bastante buen amigo para que me trasladara a Nashville al enterarme de que Lilly había tenido un accidente. No le gustó descubrir que además trabajamos juntos… ¿Sabes por qué lo sé? —dijo empleando el mismo tono desafiante que ella había empleado antes con él—. Porque me llamó aparte y estuvimos hablando.

Chris elevó las dos cejas al mismo tiempo.

—¿Qué dices?

—Me pidió hablar a solas cuando tú te marchaste, después de que la enfermera te dijera que Lilly se había despertado.

—¿Habéis estado hablando a mis espaldas? —fue todo lo que consiguió decir cuando salió del shock.

—Fue él quien quiso hablar conmigo. No le gustó cómo lo miraba y quería saber cuál era el problema. Por supuesto, se lo dije. Le dije lo mismo que te he dicho a ti. ¿Y sabes qué hizo? Darme un consejo. Me aconsejó que me acostumbrara a su cara porque tenía previsto seguir a tu lado mucho tiempo. —Jamie negó con la cabeza. Se encendía de rabia cada vez que lo recordaba —. ¿Se puede ser más chulo y más creído?

Chris arrugó el ceño.

—¿Así, sin más? ¿Por qué iba a decirte algo semejante? No es esa clase de persona… Tienes que haberlo interpretado mal.

Jamie se envaró. No soportaba que lo defendiera.

—Claro, cómo no. Se me olvidaba que lo conoces desde siempre. Tanto, que puedes poner las manos en el fuego por él. ¿De verdad, has bajado de la nube rosa? Empiezo a dudarlo.

Chris también se envaró. A medida que escuchaba sus excusas, las palabras de Dottie se volvían más y más reales.

—Y yo empiezo a dudar que tus razones sean las que dices. No me cuadra, Jamie. Porque ni Ken haría lo que dices que hizo, ni tú respondes con crueldad ante las cosas que no entiendes. Te estoy dando la oportunidad de ser sincero conmigo. Hoy, ahora. Si insistes en esta versión inverosímil, la aceptaré. Pero te diré una cosa; espero no tener que descubrir más adelante que me has estado ocultando algo.

Jamie no podía permitirse la verdad. Lo había sabido desde siempre. Por más que se hubiera enamorado de Chris cuando apenas eran unos adolescentes, siempre había tenido muy claro que ella no le correspondía.

Mantuvo la mirada y una actitud honorable.

—¿Quieres sinceridad? Ahí va; Bryan no me gusta, ni yo a él. Se lo tiene muy creído y no

soporto a las personas que son así. En cuanto a mí, me pasé contigo y sé que te hice daño. Pero soy humano, Chris. Y me he disculpado… ¿Vas a seguir dolida conmigo mucho más? ¿Cuánto más? ¿Una semana…, el resto de nuestra vida?

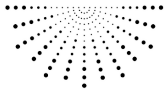
Chris permaneció escrutándolo, leyendo en sus ojos. Sus palabras no la habían convencido. Seguían sin cuadrarle. Pero era él, Jamie. Su amigo de toda la vida. El que siempre estaba allí cuando lo necesitaba. Decidió que se merecía el beneficio de la duda.

—Muy bien —concedió—. Lo sucedido me sigue escociendo bastante… Pero supongo que ya se me pasará.

—De acuerdo —dijo Jamie, respirando aliviado para sus adentros

Y esbozó la primera sonrisa auténtica desde que Chris se había sentado en su sillón.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Tom había demorado menos de lo que se tarda en pestañear en salir detrás de Ken. Rafferty se le había unido al instante.

—¡Espera, tío, espera…! ¡Antes de hacer una cagada, escúchame! —exclamó Tom.

Ken, que estaba a punto de subirse a la camioneta, hizo caso omiso. Llevaba toda la vida acudiendo a la paciencia y a la reflexión. Recordándose constantemente que él era una persona decente, un hombre que hacía las cosas con cabeza, alguien que no respondía a la maldad con maldad. Con Sandy se había esforzado mucho más que con nadie, ¿y qué había obtenido a cambio? Sentirse acosado y miserable, un pelele. No se quedaría de brazos cruzados después de oír su amenaza. Estaba harto de ella, de sus métodos. Si le estaba haciendo algo a Chris, quería saberlo y si para ello tenía que arrancarle la verdad a puñetazos… Que así fuera.

—¡No seas loco! ¡Esperaaaaa, joder!

Esta vez, los gritos le llegaron en todo su esplendor porque Tom ya estaba a su lado. Había manoteado la palanca de la puerta y la había abierto.

Ken le clavó la mirada.

—Voy a hacer lo que debí hacer hace mucho. Ahora vuelve dentro y tranquiliza a mi familia —exigió y con esas, encendió el motor.

—¡No seas imbécil! ¡Es lo que ella está buscando, ¿no te das cuenta?! Si vas, perderás los nervios. Y en el momento que le toques un pelo, habrá ganado esta partida. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que te empapelen por agredirla, después de todo lo que has aguantado? ¡Usa la cabeza, hombre!

Los ojos de Tom, brillantes de rabia, continuaron sobre Ken.

—Baja del coche —le exigió—. Ya.

Ken sacudió la cabeza airado.

—No me digas lo que tengo que hacer —siseó entre dientes.

Rafferty decidió intervenir.

—Tom tiene razón, señor Bryan. Sé que no es sencillo aguantarse ante algo así, pero hasta el momento tenemos las de ganar. Si permite que ella lo lleve a su terreno, saldrá perjudicado…

Tom asintió repetidas veces con la cabeza.

—Exacto… Piénsalo, Ken. ¿Qué le impide acusarte de agredirla si te presentas en su casa? Ha demostrado que es capaz de hacer lo que haga falta para joderte. Intentará perjudicarte todo lo que pueda.

Ken estaba tan rabioso que tenía la vista al frente, en la carretera. Se limitaba a escuchar. Sin embargo, el nivel de tensión con el que estaba luchando podía apreciarse con claridad en sus

mandíbulas; tan tensas que parecían a punto de romperse en mil pedazos.

—Podemos utilizar esta grabación. Beneficiarnos de ella —continuó Rafferty—. Y no solo en cuestiones económicas. Podemos exigir que se le hagan pruebas psiquiátricas, obligarla a recibir tratamiento si esas pruebas determinan que padece un trastorno mental. Podemos hasta pedir una orden de alejamiento, impedirle cualquier tipo de contacto con usted. Esa grabación es una prueba contundente de su obsesión y…

Ken exhaló el aire ruidosamente.

—Vale, ya está bien —lo interrumpió, el gesto de su mano fue dirigido a los dos—. Lo he entendido.

Tom soltó un suspiro de alivio y le palmeó el hombro. Rafferty lo hizo con palabras.

—Es una decisión muy inteligente. Esa grabación es un cheque en blanco y tiene que aprovecharlo.

Ken volvió a respirar hondo. No sonó nada aliviado al decir:

—Sí, pero yo sigo necesitando saber qué quiso decir con eso de que no lo he visto venir.

Rafferty intuía que la evidente preocupación de Ken tenía que ver con la mujer de las fotos en el aparcamiento. Tom lo sabía. No obstante, seguía pensando que la decisión de Chris tenía mucho sentido. No sería él quien animara a Ken a encontrar una excusa para reanudar el contacto.

—Ya sabes lo que quiso decir —repuso Tom—. Hizo que te siguieran para cazarte en fuera de juego y envió las fotos a la revista más sensacionalista de la ciudad.

Ken no hizo comentarios. Empezaba a tener la impresión de que Sandy había hecho mucho más que eso.

La cuestión era qué.

—YA ESTAMOS DE VUELTA. Todos sanos y salvo —dijo Tom al entrar en el salón donde estaban Robert y Doreen. Al ver que ninguno se sentaba, Doreen dijo:

—¿Os quedáis a comer? Nos encantaría, ¿verdad, Robert?

—Claro que sí. Tom ya lo sabe porque nos conoce desde hace años, pero el señor Rafferty, no, y será mejor que le aclaremos que, hospitalidad al margen, a la única mujer que hay entre los Bryan, le encanta cebarnos —bromeó.

—Ay, qué malo eres —comentó Doreen, algo incómoda de que la dejaran en evidencia delante de un desconocido.

Todos rieron el comentario malintencionado de Robert y la medida reacción de Doreen. Especialmente, los que sabían que, de no haber estado presente el abogado, su reacción habría sido muy distinta.

—Cocina como los dioses, así que no necesita convencer a nadie de que repita —intervino Tom, rompiendo una lanza en favor de Doreen. Ella le agradeció el cumplido con un ligero movimiento de la cabeza—. Pero hoy no correré el riesgo de comerme dos platos de lo que hayan cocinado esas manos mágicas. No puedo quedarme, pero gracias por la invitación.

—Ni yo. Aun así, muchas gracias. Que conste que no tengo ningún problema en dejarme cebar —bromeó Rafferty—. También tengo que irme. De hecho, tendría que ir pensando en ponerme en marcha.

Ken intentaba estar atento a la conversación, participar en ella, pero era como si tuviera hormigas en el cuerpo. La sensación de que Sandy había ido más allá de difundir las fotos de esos besos se estaba apoderando de él.

—Yo me dejaré cebar. Como siempre. Porque me encanta y no tengo ninguna queja… La cuestión es que mañana salgo de viaje, y todavía tengo un montón de cosas por hacer, así que… ¿Va a llevarse la grabación? —le preguntó a Rafferty.

—Sí. Si me permite su móvil, voy a enviarla al mío. De todas formas, guárdela bien. ¿Tiene una tarjeta de memoria? —le preguntó a Doreen.

—Sí, la tengo… No sé si sabré mover la grabación.

—Yo lo haré, si le parece bien. Y me quedaré con la tarjeta durante unos días… Digo, si no le importa…

Doreen le entregó el móvil con un gesto de que tomara todo lo que necesitara. Pocas cosas haría en la vida tan encantada como esa.

El abogado se ocupó de hacer una copia en la tarjeta, a continuación se envió la grabación a su correo electrónico y, después de verificar que todo estaba en orden, retiró la tarjeta de memoria y la guardó en un bolsillo de su maletín.

—Y ahora, con su permiso, me marcho —dijo despidiéndose de Robert y de Doreen—. Les mantendré informados.

Tom también se despidió.

—Yo volveré a las oficinas, así que salimos juntos, Rafferty. Adiós a todos.

Una vez los dos hombres abandonaron el salón, Ken intercambió miradas con su padre. Se imaginaba lo que él estaba pensando, pero no quería hablar del asunto en aquel momento.

—¿Y los peludos? —dijo echando un vistazo alrededor.

—En tu habitación. En cuanto saliste, vinieron corriendo y estuvieron haciendo bulla hasta que yo los mandé a callar —explicó Robert.

—Vale. Voy a ver qué hacen…

—Si es por saberlo, no te molestes; yo te lo diré. —Fue Doreen quien habló esta vez—. Lo que hacen es jugar en tu cama.

Ken sonrió. Su tía tenía razón. Aunque de a poco los cachorros parecían ir comprendiendo que él no quería que se subieran a la cama, seguía siendo su primera reacción. Especialmente, cuando él se marchaba sin repartir las debidas caricias entre ellos. Era su forma de quejarse.

—No es solo por los cachorros… Tengo que ponerme con el equipaje —repuso en lo que claramente fue una excusa.

El equipaje era lo de menos. Necesitaba pensar.

EN CUANTO KEN se fue a su habitación, Robert miró a Doreen.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—Sabes que sí.

—¿Que lo sé, dices? No has dicho ni media palabra sobre el regreso de Chris a Canadá.

—¿Y te extraña? —Doreen se levantó del sillón y puso rumbo a la cocina—. Mientras no baje el nivel de testosterona en el ambiente, lo mejor es guardar silencio.

Robert se rio ante aquella frase de su cuñada, que no era la primera vez que oía. Era su forma

de informarle que lo que pensaba al respecto, probablemente, no sería bien recibido en un entorno donde los hombres estaban en mayoría. Sin embargo, esa era justamente la razón de que Robert tuviera especial interés en conocer su opinión.

Cuando se trataba de asuntos relacionados con sus hijos, no siempre estaban de acuerdo. Pero Doreen era una buena mujer, adoraba a sus sobrinos y, como buena Montgomery, era dueña de un gran sentido común.

Robert se levantó con cierto esfuerzo del sillón, lo que le recordó que todavía seguía convaleciente. Al llegar a la cocina, la encontró poniéndose el delantal. Un mensaje que venía a comunicarle que si quería tirarle de la lengua, tendría que hacerlo mientras ella utilizaba sus manos para otra tarea.

—De acuerdo. —Robert apartó una silla de la mesa y se sentó—. Explícame qué has querido decir con lo del nivel de testosterona. Ni que fuéramos cavernícolas…

Doreen se carcajeó a gusto. Disfrutaba pinchando a Robert. Desmontando sus sensatas teorías sobre el amor de pareja. Eran románticas y bienintencionadas, pero partían de un punto equivocado. Las cosas habían cambiado mucho desde que él había estado en los zapatos de Ken. El mundo y las expectativas de las mujeres habían cambiado a la par.

—Los cuatro sois hombres ideales… —reconoció, haciendo sonreír complacido al padre de las criaturas—, pero cuando os ponéis a analizar las razones que una mujer puede tener para hacer determinada cosa que no entendéis… Sí que sois un poco cavernícolas.

Robert la miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso? Aquí el único que no entiende la reacción de Chris es Ken. Y no porque se esté comportando como un cavernícola, sino porque en estos momentos está demasiado implicado, demasiado dolido, para verlo con claridad. Los demás tenemos bastante claro por qué ella hizo lo que hizo.

Doreen se dio la vuelta a mirar a su cuñado.

—¿Por qué hizo qué? Chris es canadiense y lo único que ha hecho es regresar a su país cuando a su hermana le dieron el alta en el hospital. Su casa está allí. Su familia está allí. Su trabajo está allí. Estáis cuestionando una decisión que es de puro sentido común. Todos. Tú, también, Robert.

Esta vez fue él quien arrugó la frente. No cuestionaba que Chris hubiera regresado, sino la forma de hacerlo. Sin embargo, tampoco eso le parecía tan cuestionable ahora que lo miraba con cierta perspectiva.

—Yo no cuestiono nada, Doreen —Al verla enarcar una ceja, aclaró—: No me extrañó que se marchara de regreso a su país, lo que me ha descolocado un poco es que haya puesto fin a lo que tenía con Ken. Me pareció una mujer muy sensata, así que pensé que debía haber razones de peso, razones que desconocemos, que expliquen esa decisión. Lo que me dijo esa energúmena en la puerta, hace un rato, lo confirma.

—Lo que dijo esa mujer confirma que, a la hora de meter cizaña, ha ido mucho más allá de lo que Ken creía. Pero tanto él como tú seguís pensando que tiene que haber razones que expliquen la decisión de Chris. Razones sensatas. Y eso es una forma indirecta de decir que lo que hizo no tiene sentido. O sea, que es una insensatez. ¿Por qué? ¿Porque vosotros no podéis entenderlo? —lo señaló con el cucharón de madera con el que hasta hacía unos instantes revolvía el guiso—. ¿Ves a lo que me refiero con mucha testosterona?

—¿Y acaso tú lo entiendes? A ver, por favor, ilumíname con tu gran sabiduría.

Robert lo había dicho con una sonrisa. Una sonrisa que no engañó a Doreen. A su cuñado no

le gustaba nada oír que estaba equivocado. Y, «digno hijo de su padre», como había dicho la mujer que se había presentado ante su puerta hecha una furia, a Ken tampoco.

—Esa es la diferencia, Robert. Que yo no creo que haya nada que entender. Chris es una mujer adulta. Doy por hecho que hace lo que considera más conveniente.

—Tú estabas en el restaurante cuando nos la presentó. Y, dejando a un lado que era la primera vez que nos presentaba a alguien del sexo femenino con quien, evidentemente, tiene algo, lo cual es ya muchísimo decir, estabas allí y viste esa… No sé ni cómo llamarlo, pero estaba ahí, entre ellos… ¿Vas a decirme que, después de verlos, esperabas un final como este?

¿Y qué otra cosa iba a decir Robert Bryan?, pensó Doreen.

—Eres un romántico, Rob.

—¡Y a mucha honra!

Ambos rieron antes de que ella reanudara su explicación.

—Tú también estabas ahí cuando Chris dijo que, aparte de su hermana, una tía es la única familia que tiene. ¿Qué te dice eso? ¿O es que, obnubilado por lo que fluía entre tu hijo y ella, que no sabes cómo llamar, no le dedicaste ni un solo pensamiento a un dato tan importante?

Robert se quedó pensando. La conclusión era que no lo había tenido en cuenta. Lo había escuchado, pero no lo había procesado. Y, sin duda, era un dato muy significativo.

—Me habla de una mujer acostumbrada a ser quien toma las decisiones y a sacrificarse por compensar la ausencia de un padre y de una madre en la vida de su hermana pequeña.

Doreen asintió.

—Lo que quiere decir que Chris piensa por dos —continuó Robert, pensativo—. Las decisiones que toma, no las toma solo pensando en ella.

—Exacto.

—Y también está la cuestión de qué sucedió, cómo murieron sus padres, cómo era su vida antes de perderlos… —Miró a Doreen preocupado—. No sabemos apenas nada de ella.

—Yo, sí. Sé que es una mujer adulta y que hizo lo que consideró más conveniente. Y ahora tú también lo sabes —dijo con una enorme sonrisa.

Eran las mismas palabras que había pronunciado al principio de la conversación, solo que entonces él no las había comprendido y ahora, sí. De repente, todo cobró sentido. A Chris no le preocupaba solo su prestigio, como le había dicho su hijo.

—Si yo he perdido esto de vista, seguro que Ken también. Él sí que está obnubilado por lo que siente —bromeó con ironía—. Los árboles no le están dejando ver el bosque.

Para Doreen era mucho más que eso. Y no se trataba de un problema exclusivo de Ken, sino de todos los hombres Bryan, en general. Sencillamente, no entendían lo que suponía pasarse la vida a la sombra de otra persona, ocupando un lejano segundo lugar.

—Adoro a Ken. Sabes que siento debilidad por él. Pero convengamos en que su estilo de vida no le pone las cosas fáciles a nadie que aspire a tener una relación seria. Ya no hablemos de alguien que pretenda tener una vida propia, aparte de la de Ken.

—En eso discrepo. Mi hijo es un buen hombre. Y será un buen marido y un buen padre.

—No estoy hablando de eso —dijo, reprendiéndolo cariñosamente con la mirada—. Digo que no debe ser nada sencillo mantener una relación con alguien que, además de vivir viajando, despertando pasiones allí donde va, y apareciendo en la prensa junto a una mujer distinta día sí y otro también, es quien acapara todos los titulares y la atención de la gente. Ken no lo hace a propósito, pero su luz es tan potente, que relega a todo bicho viviente a un segundo plano. Y no hace falta que me digas que es un hombre justo y leal porque lo sé. Lo he visto crecer y

convertirse en la persona que es hoy. Pero eso no evita que las cosas sean complicadas para la otra parte de la pareja.

—Mi hijo sabrá encontrar la manera de que funcione —volvió a decir Robert, rompiendo una lanza en favor de Ken, como hacía siempre.

Doreen sonrió con ternura.

—Entonces, estás reconociendo que tendrán que hacerlo funcionar. Y para conseguirlo, harán falta más cosas, aparte de *ese lo que sea* que vimos entre ellos el día del restaurante.

Robert no dijo ni que sí ni que no. Lo que en esencia venía a darle la razón a Doreen.

—Y no nos olvidemos que viven en países distintos —continuó ella—, lo que quiere decir que, antes o después, tendrían que tomar la gran decisión. Y sospecho que no sería Ken quien cambiaría de nacionalidad. Pero Chris no es solo Chris, ¿verdad? Lo que quiera su hermana también cuenta. Y mucho, me temo.

Esta vez Robert asintió repetidas veces con la cabeza. Doreen hablaba con conocimiento de causa, ya que ella lo había dejado todo atrás para quedarse junto a él al morir su esposa y ayudarlo con sus niños pequeños. No le había dado suficiente importancia a lo que implicaría que Ken y Chris siguieran adelante con su relación. Era de los que pensaban que el amor podía con todo. Lo creía a pie juntillas. Pero Doreen tenía toda la razón al decir que quien lo sufriría en carne propia sería Chris, y no Ken. Sin embargo, en aquel preciso momento, le interesaba saber otra cosa.

—Espero que nunca te hayas arrepentido de haber dejado Lone Star…

Ella le dedicó una fingida mirada de ironía.

—¿Que no? Ja. No sabes la de veces que me habría largado sin decir agua va… Pero tú y tus hijos sois unos zalameros. Y cuando metéis la pata, más zalameros todavía. Y mira que intento no dejarme ablandar —le hizo guiño—. ¡Pero no hay manera!

KEN NO HABÍA PREPARADO las cosas para irse de viaje cuando había dicho que lo haría. Y horas después, seguía sin hacerlo.

Ya había cenado y dado el último paseo nocturno a sus cachorros. Estaba en su dormitorio, sentado en la alfombra, con la espalda apoyada contra el lateral de la cama. Reuniendo ganas para hacer el maldito equipaje… Y dándole vueltas a lo que había dicho Sandy.

En aquel momento, Noah regresó con la pelota en la boca. Ken se la lanzó por última vez y se levantó del suelo para sentarse en la cama.

—Vale, colegas. Basta de pelotas. Echaos allí —les señaló en vano el rincón junto a la puerta, ya que los cachorros obedecieron a medias; se echaron, pero junto a sus pies.

Ya no tenía dudas acerca de que esa víbora había hecho algo más, aparte de las malditas fotos. Y tenía que ver con Chris. Recordó lo rara que estaba el último día que se habían visto. Muy distinta a los otros días. Era como si hubiera estado tratando con dos personas diferentes. Y eso no tenía sentido, a menos que Sandy hubiera hecho algo. Algo que a Chris la hubiera empujado a… ¿A qué? No podía decirse que fuera culpa de Sandy que Chris no quisiera seguir en contacto con él. Desde el principio, había dejado muy claro que no creía que tuvieran un futuro juntos. Pero si no era eso, entonces, ¿qué?

Mierda. No se le ocurría nada. Pero estaba seguro de que había algo en ese cambio drástico

en Chris. Y de que ese algo tenía que ver con Sandy.

Su mirada ausente recorrió las desangeladas paredes recién pintadas de su nuevo dormitorio y las cajas apiladas con sus cosas, que todavía no había tenido tiempo de distribuir. Probablemente, pasarían meses antes de que lo hiciera, y la razón no era la falta de tiempo.

Exhaló un suspiro y cogió su móvil. Volvió a abrir el mensaje que le había enviado Dottie, la tía de Chris, al que seguía sin responder.

¿Estaba lo bastante dolido con Chris como para no llamarla directamente, pero no tanto como para intentar averiguar cómo estaba a través de su tía? Joder. Era ridículo. Menudo mamarracho estaba hecho.

Dejó caer el móvil sobre la cama y se estiró el pelo hacia atrás con ambas manos. No sabía qué hacer.

«Mentira», dijo una vocecita desde algún remoto rincón de su cerebro. «Sabes lo que quieres hacer, pero el orgullo tira más fuerte».

No era solo orgullo. Chris había tomado una decisión. Se la había comunicado con todas las palabras.

«¿Y qué? También te dio un dibujo en vez de su número. ¿Te impidió eso hacer lo que querías? No», retrucó la vocecita infame.

—Eso fue distinto. Ella sabía que los dos estábamos de paso, que al día siguiente regresaría a su país. Era normal que se resistiera a ir más allá con alguien que no volvería a ver.

La vocecita de marras esta vez golpeó más duro:

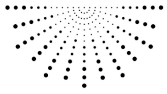
«¿Y qué es distinto ahora? Ella ha regresado a su país y sigue resistiéndose a ir más allá contigo. Y tú sigues aquí, muriéndote por verla. Y encima, preocupado por lo que la víbora de Sandy haya podido hacerle».

—¡Vale, ya está bien, joder!

Vio que sus cachorros levantaban la cabeza y lo miraban, creyendo que les hablaba a ellos. Manoteó la botella de agua de la mesita de noche y bebió unos cuantos tragos. Después, cogió el móvil y lo sostuvo entre sus manos unos instantes mientras decidía su siguiente paso.

Abrió el mensaje y memorizó el número que la tía de Chris había incluido en él. A continuación, tecleó los números, pulsó la tecla de llamada y, mucho más nervioso de lo que estaba dispuesto a admitir, esperó a que alguien atendiera.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Dottie estaba en el salón, jugando a las cartas con Lilly, cuando su móvil empezó a sonar. Al ver el nombre que se iluminaba en la pantalla, buscó a Chris con la mirada. Ella seguía en el porche, hablando con la mandamás de la organización, de modo que solo necesitaba una excusa para Lilly.

Atendió y dijo:

—Un momento, por favor —y a continuación, se levantó del sillón—. Voy a la cocina, Lilly, ¿quieres un poco más de yogur?

—Claro, ahora que te estoy ganando, te inventas una excusa para largarte… —bromeó la muchacha—. ¿O es que quieres un poco de privacidad para hablar con tu amorcito? ¡Claro, es eso! Tranquila, ve y haz lo que tengas que hacer, que puedo esperar a que regreses para seguir desplumándote.

—Chica, esas pastillas son una maravilla. Le preguntaré a tu médico, a ver si las puedes seguir tomando un par de años más.

Oyó las carcajadas de su sobrina y entornó la puerta.

—Hola, qué oportuno. Justo contigo quería hablar —le dijo a Ken.

En Nashville, los primeros instantes de alivio de Ken, al oír las risas de Lilly y el buen ambiente que se adivinaba en casa de Chris, se fueron al garete cuando Dottie al fin le dedicó su atención. ¿Por qué razón quería hablar con él? ¿Acaso había sucedido algo?

—*¿Ah, sí? Bueno, entonces, me alegro. Vi su mensaje, pero…*

—Ya. Soy del equipo contrario y no querías arriesgarte a darme información estratégica.

Ken no pudo menos que asentir con la cabeza. Aunque se hubiera inventado mil excusas para explicar por qué alguien como él, que siempre respondía a las muestras de interés, en este caso no lo había hecho, la tía de Chris tenía razón. Sin embargo, tampoco le parecía oportuno admitirlo ahora, y salió del paso con una frase de compromiso.

—*Es complicado*.

—Y tanto que sí. Voy a intentar simplificarlo un poco, ¿te parece bien?

Ken permaneció en silencio unos instantes, valorando lo oído. Había tomado la iniciativa de llamar porque necesitaba saber si Sandy había hecho algo por lo que Chris o su familia estuvieran sufriendo las consecuencias. No estaba preparado para hablar de la ruptura (suponiendo que así pudiera llamarse a lo sucedido) con una mujer que, claramente, había elegido hacer de Celestina desde el principio. Pero necesitaba saber que Chris estaba bien. Quizás, escucharla le ofreciera la información que necesitaba, sin tener que preguntarlo directamente.

—*Adelante*.

—Has tenido problemas con el alcohol y con las drogas. Concretamente, la cocaína. ¿Sí o no?

Ken apretó los párpados. Dios. Así que Chris lo sabía… No era capaz de imaginar cómo se habría sentido al enterarse, lo que habría pensado…

Mierda.

—*Sí. Pero lo dejé hace más de un año. No he vuelto a beber ni a consumir.*

Hacía varias horas que Dottie había encontrado el sobre y, sin embargo, sus emociones no habían cambiado. Descubrir esa verdad sobre Ken la seguía desilusionando igual que entonces.

—Y no se lo has dicho a Chris. ¿Sí o no?

—*Iba a hacerlo. No es algo…*

—¿Que quieras esconder? Piensa bien lo que vas a responder. Porque desde este lado de la realidad, lo que se ve es que te has esforzado muchísimo por evitar que se supiera.

—*Iba a decir que no es algo que le ocultes a alguien tan importante en tu vida.*

—Oh. Toda una confesión. Es bueno saberlo.

Ken ignoró el evidente malestar de la tía de Chris y fue al grano.

—*¿Cómo se ha enterado?*

—Porque hay más gente que lo sabe, Ken. —Asomó la cabeza por la puerta para comprobar que nadie la escuchaba—. Voy a contarte lo que pasó esta mañana. Creo que debes saberlo. Pero Chris no está al tanto de que yo lo sé. Así que, hagas lo que hagas, no me metas en esto. ¿Entendido?

—*Entendido, Dottie*.

Durante los siguientes minutos, la tía de Chris relató su encuentro casual con aquel sobre que no debía estar donde ella lo había encontrado.

—*¿Dice que también hay fotos? ¿Qué clase de fotos?* —La voz de Ken sonó alarmada porque así se sentía él. Había períodos de esa época, que estaban envueltos en una densa nebulosa. Ya era bastante humillante que Chris se hubiera enterado de su caída en el infierno por un sobre anónimo. No soportaba la idea de que esas fotos mostraran una faceta tan terrible de él. Sabía que le costaría sangre, sudor y lágrimas conseguir borrarla de la mente de Chris. Y también de su corazón.

—De la clase que demuestra que eras un paciente de esas clínicas. Estás paseando por el jardín o asomado a la ventana de tu habitación. Hay una en la que estás sentado en un banco, al sol. Te acompañan dos hombres jóvenes. Una enfermera te está dando un vaso con alguna bebida…

La esperanza regresó con fuerza, pero antes de abrazarla, quiso asegurarse:

—*¿Nada más?*

—Imagino que te refieres a una en la que aparezcas en un callejón mugriento, con una banda elástica en el brazo y una jeringa clavada en la vena… No, tranquilo, de esa clase no hay ninguna.

A pesar de la causticidad que rebosaban las palabras de Dottie, Ken no pudo evitar exhalar un suspiro de alivio. Tampoco pronunciar las palabras «gracias a Dios».

Oírlas no le produjo ninguna compasión a Dottie. Al contrario, la revolvió.

—Sí, admito que es bastante probable que verte de esa guisa, habría sido demasiado para mi sobrina. Pero que creas que lo que hay en ese sobre no te ha dejado por los suelos ante ella, me da mucho que pensar.

En su habitación de Nashville, Ken se puso de pie y empezó a andar de un lado a otro con el móvil pegado a la oreja. Su nerviosismo crecía a la par que su irritación. No se sentía orgulloso de los últimos tres años de su vida, pero tampoco creía merecer el destierro por eso. La gente cometía errores todo el tiempo. Y el suyo, sin duda, había sido de los gordos. Pero no había robado, ni matado, ni intentado deliberadamente perjudicar a nadie. Haber caído en las adicciones no lo convertía en una mala persona, solo en un enfermo.

—*Ya me ocuparé de mi imagen cuando llegue el momento. Ahora, lo que necesito es entender. Lo que había entre nosotros… Lo que hay entre nosotros* —se corrigió. De pronto, se dio cuenta de que no sabía cómo continuar aquella frase. Lo que lo unía a Chris no podía explicarse con palabras—. *Cuando intento ponerme en el lugar de su sobrina, las cuentas no me salen. Si yo hubiera recibido ese sobre…*

Durante unos instantes Ken permaneció en silencio. Recreando la situación en su mente.

—*Me habría sorprendido mucho…* —continuó, como si estuviera hablando consigo mismo —. *Más que sorpresa, asombro. Algo así, está tan lejos de lo que Chris hace, de la manera en que vive… Me habría dejado de una pieza. Y sí, me habría desilusionado enterarme de esa forma. Pero no por ella, sino por mí… Me habría desilusionado darme cuenta de que no he sido capaz de hacerla sentir lo bastante confiada como para abrirse a mí en un asunto tan importante. ¿Sabe lo que no habría hecho? Dejarla y marcharme. Me habría pegado a su sombra y me habría asegurado de que tuviera bien claro que ese tiempo ha pasado, y que ahora está a salvo. En un lugar donde no existen los reproches… Junto a una persona ante quien no necesita justificarse, ni disculparse… Ni lamentarse por sus errores. Y si yo no lo habría hecho, ella tampoco* —dijo con una seguridad salida de lo más profundo de su ser—. *Así que, tiene que haber algo más.*

Por primera vez desde que había recibido la llamada de Ken, Dottie volvió a sentir la inexplicable certeza que había experimentado al verlo junto a Chris en el hospital de Nashville; la de estar ante una pareja totalmente armónica. Dos partes que encajaban a la perfección formando un todo, pleno de sentido. Real.

—Ahora vuelves a ser tú —se oyó decir para su propia sorpresa—. ¿Y si en ese sobre hubiera una nota que dice que si no te deja y vuelve a su país, la información se hará pública?

Ken se sentó sobre la cama en una mezcla de derrotismo y alivio, al mismo tiempo. Sandy, claro. Ese era el golpe que él no había visto venir.

Sin embargo, a poco que fue poniendo la información en contexto, comprendió que le seguían faltando piezas.

—*Yo habría sentido mucha rabia y mucha preocupación… Pero no me habría marchado de su lado. Se lo habría contado y habríamos buscado una solución entre los dos. Porque, en todo caso, si se trata de su pasado, la decisión debería ser suya, no mía.*

Dottie asintió varias veces con la cabeza.

—¿Y eso qué te dice?

Ken se pasó la mano por el pelo, empujándolo hacia atrás. Había algo que no estaba viendo. Algo que se le escapaba. Pero no conseguía encontrarle el principio a la madeja.

—*Siempre he tenido la sensación de que… No sé cómo explicarlo…*

Hizo una pausa mientras repasaba en su mente los distintos momentos en los que su intuición le había enviado advertencias que no había logrado entender.

—*Sobre todo las primeras veces, me parecía que Chris estaba siempre alerta, buscando una salida, una vía de escape… Una forma de alejarse y seguir con su vida. Y ahora… Ahora, pienso*

que esas fotos del aparcamiento fueron para ella la vía de escape que buscaba. ¿Tiene algún sentido lo que digo o he perdido completamente la chaveta? —Su voz sonó suave porque una sonrisa algo desdibujada había conseguido abrirse paso entre las contradictorias emociones de los últimos días.

«No me equivoqué contigo», pensó Dottie aliviada. Era Chris quien se equivocaba; Ken Bryan era un príncipe azul en toda regla. Y no, no desteñía.

—¿Lo tiene para ti?

Ken continuó deduciendo en voz alta.

—Lo que hay entre nosotros es fuerte, muy intenso… Pero sentirlo, le da miedo. Y lo que yo soy, también. —Con cada palabra, todo se volvía más real, más obvio—. *Sí, tiene sentido. La cuestión es… ¿Por qué siente miedo? ¿A qué le tiene miedo?*

Dottie apretó los labios. Nada le gustaría más que poder responder a esa pregunta. La gran pregunta.

—Ojalá pudiera ayudarte, pero…

—¿Por qué no puede ayudarme? —la interrumpió.

—Porque no puedo —repuso, tajante—. Lo siento, Ken. Y me temo que voy a tener que colgar, o Chris vendrá a buscarme… Pero llámame cuando quieras, ¿de acuerdo? Esta línea siempre estará abierta para ti.

—Sí, sí, claro… —Ken esbozó una ligera sonrisa—. *Muchas gracias, Dottie. Adiós.*

Después de cortar, Ken se echó en la cama. Todo su cuerpo vibraba. Sentía el corazón latiendo acelerado.

Qué locura.

Ahora tenía la certeza de que había mucho que ignoraba acerca de Chris. Sin embargo, saber que su espantada tenía raíces profundas no relacionadas con él, solo fue un consuelo a medias. La realidad seguía siendo la misma que antes de hablar con Dottie. Nada había cambiado.

En primer lugar, si Chris no le había hablado de sus miedos, él no era quién para meter sus narices en algo que, evidentemente, no deseaba compartir. Ella lo tomaría como una intromisión intolerable en su privacidad.

Y en segundo lugar, por más que lograra averiguar la razón de que el conejillo hubiera huido despavorido, ¿qué resolvería con eso? Marcharse había sido decisión de Chris. Solo ella podía tomar la decisión de regresar.

En resumen: de una forma u otra, estaba con las manos atadas.

Ken exhaló el aire en un suspiro de agotamiento.

Había regresado a la casilla uno. *Otra vez.*

MIENTRAS TANTO, en el porche de la casa de las hermanas Thompson, en Toronto…

—Espero que no sea demasiado tarde para usted, Chris… Ha sido un día de locos. Ni yo acabo de creer que haya conseguido llegar viva de regreso al hotel. Menos mal que trabajo en derechos humanos, ¿no? Imagínese cómo serían las cosas, si todavía siguiéramos en la revolución industrial…

Chris sonrió. No había tenido mucho contacto con Charlotte Allen, pero su singular sentido del humor era conocido en la organización.

—No se preocupe. Lilly empieza de a poco a ser la de siempre, y eso quiere decir que en casa queda totalmente prohibido apagar las luces antes de la medianoche.

—*Cuánto me alegra oír eso. Me refiero a que su hermana se esté recuperando. Lo mío es imperdonable. Hablar de trabajo después de las cinco de la tarde debería estar prohibido por ley.*

—Pero no lo está. Así que tiene todas mis bendiciones para aprovecharse de las circunstancias —concedió Chris con amabilidad.

—*De acuerdo… Esto de haber estado tan ocupada todo el día ha tenido su lado bueno, ¿sabe? Le ha dado tiempo a todo el mundo a enviarme la información que necesitaba, así que cuando he vuelto a abrir mi portátil, estaba toda allí…*

¿Información? ¿Qué información? A Chris se le hizo un nudo en el estómago al pensar que pudiera estar refiriéndose a las benditas fotos sonrojantes. Una cosa era referirse a ellas; verlas, otra muy distinta.

—Le diría que me alegro, pero sería por pura cortesía. Lo que estoy pensando en realidad es: ¿hay razones para alegrarme? ¿Usted qué cree?

Allen sonrió complacida. Le agradaba la espontaneidad de aquella mujer que desde muy joven se había labrado un merecido prestigio en el ámbito de las organizaciones humanitarias.

—*Relájese, Chris. Sí, las he visto. Pedí que me las enviaran y, como digo, ya las tenía al encender el portátil. Mi conclusión es la siguiente; si alguien piensa que unas cuantas fotos de una pareja enamorada en un momento romántico pueden ser un reclamo ofensivo, es que algo no va bien en su cabeza. Entiendo que a usted pueda darle cierto reparo que sean de dominio público, pero esas fotos no dicen de usted más que cosas positivas. La primera y más evidente: que ha sabido encontrar tiempo para procurarse un poco de felicidad y estabilidad propias entre todo el tiempo y la energía que le dedica a poner su granito de arena para que otras personas también puedan alcanzarlas.*

Allen hizo una pausa para darle la ocasión de comentar al respecto. Algo que no sucedió porque Chris aún seguía en la fase de la desilusión. No estaba en condiciones de hablar de felicidad ni, mucho menos, de estabilidad.

—*La segunda es una opinión personal. Y espero que me disculpe el atrevimiento de meterme donde nadie me llama… Pero pensé «bien hecho, Thompson. Este sí que es un hombre a su altura».*

Chris insistió en su silencio. La primera sensación había sido halagadora. No solo por saber que Allen aprobaba su elección de pareja, sino también que esas fotos no habían resultado ser el problema que ella había dado por hecho que serían. Sin embargo, pronto había quedado sepultada bajo el peso de lo dicho por Jamie. «Ese tipo no te llega ni a la altura del zapato».

—*Pero la razón de mi llamada no es hacer comentarios inconvenientes* —continuó Allen ante el sonoro silencio de su interlocutora—, *sino averiguar cuál es su posición sobre el asunto de regresar a Estados Unidos para dar el curso en la OADASV con un nuevo formato lectivo. No hace falta aclarar que me refiero a cuando su hermana se haya recuperado del todo… Según April Sommerfield, usted está de acuerdo. De hecho, usted misma sugirió el cambio en el formato. Según Daniels, volver a Estados Unidos no está en sus planes.*

Chris bajó la mirada hasta el césped, donde empujaba distraídamente una de las piedras que bordeaba el pequeño cantero con la punta de su bastón. Allen acababa de formular la pregunta del millón. Y ofrecerle una respuesta no era sencillo. El curso le interesaba mucho. Se había prendado de esa iniciativa y, al conocer a la gente involucrada, también se había prendado de

ellas. Las sugerencias en cuanto al cambio de formato habían sido suyas, en efecto. Sin embargo, también era cierto que volver no estaba en sus planes. Si el curso tuviera lugar en Nueva York o en Kentucky, quizás, se lo pensaría. Solo quizás. Pero la OADASV estaba en Nashville y no podía regresar allí.

Exhaló un suspiro y se dispuso a explicarse de la forma más coherente posible.

—Lo primero que voy a decirle es que sus comentarios no me parecen inconvenientes. Si me quedé callada, es porque… Verá, a mí sí me importan esas fotos. Verme en esa publicación fue muy duro. Me hizo comprender que no quiero eso para mí. No quiero que aspectos privados de mi vida se conviertan en la comidilla de todo el mundo. No fue una *fan* celosa quien hizo que las tomaran y luego las publicaran. Fue alguien poderoso que está obsesionada con él. Así que, si siguiéramos juntos, habría cosas peores.

Allen empezó a entender el porqué de las informaciones contradictorias. Probablemente, Sommerfield no estuviera al tanto de que había razones de tipo personal para que Chris no deseara regresar a Estados Unidos. Daniels lo sabía porque, además de su jefe, era un viejo amigo.

—*Comprendo*.

—En cuanto al curso… Me interesa mucho. Pero darlo, implica volver a Nashville y ponerme al alcance de la obsesión de esta persona. Y para eso no estoy preparada, señora Allen. Ni creo que vaya a estarlo dentro de tres meses, cuando Lilly vuelva a su vida normal. Sé que esto supone un trastorno para usted y para April Sommerfield, y créame cuando le digo que lo lamento muchísimo… Pero así están las cosas.

—*¿Y si no fuera en Nashville?*

Chris arrugó el ceño.

—¿A qué se refiere?

—*Sommerfield me comentó que la idea era hacer que el curso vaya rotando entre las distintas residencias. Por lo que sé, están a varios kilómetros de Nashville.*

—Preferiría no tener que atravesar la frontera canadiense. Al menos, por el momento.

—*De acuerdo… ¿Y estaría dispuesta a hacerlo de manera virtual? Sommerfield me comentó que una de sus responsables de residencias había propuesto que parte del curso se ofreciera a distancia.*

A Chris se le iluminaron los ojos ante esa posibilidad. Las residencias de la OADASV estaban conectadas con la red central mediante tecnología puntera. En su organización, en cambio, usaban la formación presencial por razones técnicas. Ni siquiera había líneas de teléfono fuera de los centros urbanos más importantes en la mayoría de los destinos humanitarios donde trabajaban.

—No todo puede ofrecerse a distancia. Creo que es posible ajustar algunos módulos para adecuarlos, pero otros han de ser presenciales…

—*¿Y si alguien le asistiera a usted in situ en esos módulos que requieren la presencia del formador? Por supuesto, sería alguien elegido y entrenado por usted. ¿Qué le parece?*

Demasiado perfecto para ser real, pensó Chris, que respondió a la pregunta de Allen con otra pregunta.

—¿Consideraría esta alternativa de formación?

—*Por supuesto. Hemos formado una alianza con la OADASV. Nos interesa mucho el proyecto que están desarrollando en Tennessee… Creemos que puede adaptarse para ser implantado en otros países donde nosotros estamos trabajando. Pero April Sommerfield la*

quiere a usted a la cabeza del equipo de formadores, así que consideraré cualquier alternativa que lo haga posible.

—Entonces, sí, pueden contar conmigo, señora Allen. Desde ya mismo, si quieren.

Un enorme alivio se adueñó de Chris.

Volvía a tener opciones profesionales. Esas fotos no le habían hecho un daño irreparable a su carrera.

Gracias a Dios.

De pronto, la ilusión había regresado a su vida.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Viernes, 23 de agosto de 2002.
Denver Thunder Country Music Festival
Denver, Colorado.

La entrega del público había sido total. Si bien el contagioso ambiente festivo, provocado por la afluencia de tanta gente congregada para celebrar un evento al aire libre que se prolongaba durante tres días, tenía mucho que ver, lo cierto era que, después de tres años de espera, Ken Bryan y su nuevo repertorio habían hecho las delicias de los aficionados a la música country.

La primera actuación del cantante había sido recibida con ovaciones y, tras dos bises sin que el público pareciera dispuesto a dejarlo marchar del escenario, el maestro de ceremonias había tenido que cubrirle la retirada para poder continuar con el programa de actuaciones. Su segunda actuación estaba programada para el día siguiente. En ella, Ken Bryan formaría un dúo con Travis Tanner, una jovencísima estrella local que venía pisando fuerte. Esta segunda actuación no formaba parte de la programación original. Era otro músico quien estaba convocado, pero, desde hacía un par de días, se rumoreaba que no lograría recuperarse a tiempo de una gripe que había afectado sus cuerdas vocales, dejándolo afónico, de modo que los organizadores le habían propuesto a Ken actuar en su lugar.

Una vez fuera del escenario, atravesar la nube de gente no había sido sencillo. A pesar de los cordones de seguridad y de las salidas habilitadas especialmente para los músicos y el personal técnico, a Shane Norton y su equipo les estaba costando conducir a Ken, a su mánager y a los músicos contratados para la ocasión fuera del recinto.

—Paso, por favor. Abrid paso. No podéis estar aquí —iba repitiendo, como si fuera un mantra, al tiempo que con bastante menos gentileza de lo aconsejable se dedicaba a quitar cuerpos sudorosos y exaltados del medio.

En un movimiento diestro, Bella consiguió rescatar su hombro de la multitud y alcanzar la primera línea de fuego, esa donde tan solo el cordón de seguridad la separaba de su adorado ídolo.

—¡Yo sí que puedo! —exclamó, después de que el guardaespaldas volviera a recitar su mantra por enésima vez. Se hizo un hueco entre dos tipos grandes como armarios y, de repente, apareció frente a Shane—. ¡Hola, forastero! ¿Te acuerdas de mí?

Le gustó comprobar que él seguía estando tan en forma como siempre… Y tan rapado al cero como siempre. Se preguntó risueña si a lo mejor no era calvo de nacimiento. No recordaba haberlo visto con un corte masculino normal.

Shane, en cambio, le dedicó una mirada en la que podía leerse la palabra «piérdete», y continuó a lo que estaba sin prestarle más atención, arrastrándola junto con las demás personas a las que obligaba a apartarse de su camino.

Bella no se dio por vencida. Cabeceando, logró ver que Ken iba tres o cuatro metros más atrás, saludando y repartiendo sonrisas a distancia prudencial del cordón, ya que estaba rodeado por personal de seguridad.

—Shane. Shane. Shane. ¡Cómo eres, chico…! Hace un siglo que no nos vemos, ¿no me has echado de menos ni un poquito? ¡Venga, hombre, alegra esa cara! ¡Ken está de vuelta con nosotros! ¡Yupiiiiii! —lo pinchó, después de volver a ponerse a la par de él.

En esta ocasión, Shane ni siquiera la miró. Bella no pudo más que sonreír divertida por la reacción de aquel tipo que, a pesar de tenerla más vista que a la estatua de la libertad, siempre se hacía el tonto. Las únicas palabras que le había oído pronunciar en los muchos años que se conocían eran «ya sabes que no te voy a dejar pasar, ¿por qué insistes?».

En vez de hacerse a un lado, como él pedía, Bella se escurrió entre el personal de seguridad del evento hacia el sitio donde estaba Ken.

Tom fue el primero en verla. Vestía su uniforme de rockera y, en vez de dos coletas, solo peinaba una, muy alta, en la cima de la cabeza. Se sorprendió de verla allí, tan lejos de su Nashville natal, pero enseguida le dio la bienvenida. A su manera, claro.

—Eh, ¿tú otra vez por aquí? Voy a empezar a tener pesadillas contigo…

Bella recuperó su mochila de la presión del gentío con un tirón, y, recién entonces, se concentró en lo dicho por Tom.

—¡Gracias, hombre! ¡Yo también me alegro de verte! —Se fijó en que Ken seguía estrechando manos y posando para las fotos—. Ha ido genial, ¿a que sí? ¡Es el mejor! —*Y está más bueno que el pan*, pensó, dándole un buen repaso a lo poco que quedaba a la vista de él. Su pelo lucía como si acabara de salir de la ducha, ¿pero quién se fijaría en lo empapado en sudor que estaba con semejante sonrisa y semejantes ojos? El tipo era guapísimo.

Tom no podía estar más de acuerdo con lo dicho por Bella. Ken era el mejor, y no lo pensaba porque fuera su mánager, sino porque lo creía de verdad. Y, en efecto, las cosas estaban yendo mejor que bien. Mucho mejor de lo esperado, de hecho.

En aquel momento, algo llamó la atención de ambos. Era la voz de Ken, un Ken mucho, muchísimo más serio que lo habitual.

—Acabo de bajarme del escenario después de una actuación de puta madre, ¿y lo primero que me preguntas es por esas fotos? ¡Tío, olvídame, ¿quieres?!

Acto seguido, quien se «olvidó» fue Ken. Se olvidó del reportero, de los selfis que le reclamaban, de los brazos agitando fotos suyas para que las firmara… Dejó a todo bicho viviente con dos palmos de narices, y empezó a abrirse paso él mismo entre el personal de seguridad hacia donde estaba Shane.

Desde que había sacado un pie fuera de Nashville, no habían dejado de acosarlo con preguntas sobre el artículo que había publicado el semanario *Gossip*. Las primeras tres o cuatro veces se las había ingeniado para capear el temporal sin perder la sonrisa. Dos días más tarde, ya había perdido la cuenta de las veces que le habían preguntado lo mismo. Eran como un disco rayado.

—¡Pero bueno, hombre, no te pongas así! Para una vez que te pillamos morreándote con alguien en diez años, ¿esperas que no te preguntemos por ella? Aunque no fuera por trabajo, ¡te lo preguntaríamos igual! ¡Nos mata la curiosidad, tío! ¿Quién es la pelirroja *curvy*? ¿Es una modelo de tallas grandes? ¿Sigues saliendo con ella?

Los comentarios del periodista, que más tarde sabrían que no era siquiera un periodista acreditado, sino un bloguero, tuvieron el mismo efecto que si alguien hubiera abierto la caja de los gusanos. Las preguntas empezaron a llover desde todos los ángulos. Algunas más incisivas que otras, pero todas del mismo tenor. Tanto, que Tom se puso en movimiento, temiendo que la cosa pasara a mayores.

Ken le ganó la delantera a su mánager. Regresó junto al cordón de seguridad y se enfrentó al bloguero.

—A ver si nos entendemos… —empezó a decir, hirviendo por dentro. Entonces, un fogonazo de luz iluminó su ofuscado cerebro, permitiéndole ver que estaba a punto de cometer un gran error. Cuanto más se enfadara, mayor importancia le darían al suceso, y eso era algo que no quería para él ni, mucho menos, para Chris. No supo de dónde había salido la sonrisa que curvó sus labios, pero allí estaba, y dio gracias por ello—. No hay nada que comentar. A ver, entiendo tu interés, pero… ¿Qué quieres que te diga, tío? ¿A ti nunca se te han ido las cosas de las manos?

En aquel momento, Bella apareció de la nada, acaparando la atención de todos, incluido Ken, quien la miró sorprendido.

—Y como digas que no, te vas a ganar un buen abucheo, guapo… Porque con esa cara de «me gustan todas» que tienes, seguro que las cosas se te van de las manos día sí y día también. La diferencia entre tú y él es que a nadie le importa con quién te morreas. Es una mierda, lo sé, ¡pero Ken Bryan solo hay uno, chico!

El ambiente se llenó de risas y bromas destinadas al bloguero, y fue entonces, cuando a Tom se le ocurrió una idea.

—¡Os presento a Bella Simpson, amigos! Con ella vais a tener que lidiar en el futuro, siempre que queráis entrevistar a Ken. Así que sed buenos con ella, o no conseguiréis nada… De más está decir, que hablo de entrevistas serias. Ya veis cómo las gasta Bella, así que os sugiero que no perdáis el tiempo con chorradas de morreos y cosas por el estilo. —Lo dijo para salir del paso y, a juzgar por la reacción de la gente, estaba dando resultados.

Lo que entonces Tom ignoraba, era que aquel manotazo del ahogado que se le había ocurrido dar, con el paso del tiempo, acabaría convirtiéndose en una realidad.

Bella soltó una carcajada en cuanto logró recuperarse de la sorpresa. Era una carcajada de felicidad. Estaba extática. Acababa de conseguir dos cosas que ni ella misma terminaba de creer del todo. Primero, la espontánea ocasión de mediar entre la prensa y la estrella. ¿Qué fan no se volvería loca ante la idea de tener un micrófono abierto a su alcance para hablar de su ídolo e influir sobre lo que se decía de él en los medios de comunicación? Ella haría mucho más que simplemente volverse loca; convencería a Ken de que no había nadie mejor para vérselas con la jauría, y que dejar a los medios de comunicación en sus manos, le concedería el tiempo y la tranquilidad que siempre había querido para poder dedicarse a lo que mejor sabía hacer; ser Ken Bryan, la superestrella del country. Esta era su oportunidad de demostrárselo.

Y segundo…

—¡Ja! ¡Ahora sí que vas a tener que dejarme pasar! —le dijo a Shane, y coronó sus palabras dándole un golpecito en el pecho.

DESPUÉS DE UNA DUCHA, Ken había bajado al restaurante del hotel. Allí había quedado con Tom, dos de los músicos que habían tocado junto a él y, cómo no, Bella Simpson, quien había aceptado gustosa su invitación. Ella le había caído bien desde el primer momento y, después de su oportuna intervención en el lugar donde se estaba celebrando el Denver Thunder Country Festival, no había dudado en pedirle que se uniera al grupo para cenar.

A petición de Tom, el restaurante les había preparado una mesa para doce personas al fondo del salón, rodeada parcialmente por unos biombos que les concederían algo de intimidad. Pero, por el momento, Ken seguía intentando llegar hasta ella. Las cosas empezaban a ser como antes, en sus mejores épocas, y ya no era raro encontrar largas filas de gente, esperándolo para hacerse una foto o conseguir un autógrafo, dondequiera que fuera. Él, que todavía estaba bajo los efectos del subidón de adrenalina, se sentía pletórico. Veía el mundo a través de los colores del éxito y la realización. Pero no era ajeno a su otra realidad; la caída sería estrepitosa en cuanto sus niveles hormonales recuperaran la normalidad y sus emociones volvieran a ser las de siempre.

Las de siempre, *después* de que la «pelirroja *curvy*» de las fotos, lo hubiera dejado argumentando que ella no pertenecía a *ese* mundo de luces de neón y papel cuché, ni deseaba seguir siendo la protagonista de *esas* fotos. Ironías al margen, su ausencia continuaba haciendo estragos en él. Y lo peor de todo, era que sabía que su situación no mejoraría. De lo que sentía por Chris, no había recuperación posible. Estaba condenado a no poder dejar de pensar en ella, a añorarla desesperadamente y, por lo visto, a resignarse a *no* volver a tenerla entre sus brazos nunca más.

Desde la mesa, Bella atendía la conversación que Tom mantenía con uno de los músicos mientras seguía a Ken con la mirada en su lento camino hasta donde estaban ellos, esperándolo para cenar. Iba acompañado a corta distancia por Shane y cuatro miembros del equipo de seguridad.

A Bella seguía pareciéndole el tipo más guapo que habitaba el planeta, pero después de años interesada por aprender cada detalle de su vida, sentía que conocía a Ken. Conocía a la persona, la que había dentro de ese fulgurante traje de superestrella que le quedaba tan bien. Y estaba bastante segura de no equivocarse al pensar que a él le sucedía algo. No estaba como siempre. Ya lo había notado en Nashville, al encontrarlo en el parque con sus perros, tan absorto en sus pensamientos. Tan ausente. Al principio, lo había achacado, sin demasiado convencimiento, al problema con su ex promotora musical. La falta de convencimiento se debía a que no era solo preocupación lo que percibía en él. Había algo más. Y, visto lo visto aquella tarde… Si por algo era conocido Ken Bryan, era por su capacidad de sonreír y echar balones fuera cada vez que las preguntas de los periodistas intentaban sondear en su vida privada. Que ella supiera, él jamás hacía comentarios sobre el tema, ni para bien ni para mal. Y dado que lo seguía desde sus inicios, coleccionando cada noticia y cada foto, si alguna vez lo hubiera hecho, ella lo sabría.

¿Por qué esta vez había reaccionado? El artículo de *Gossip* había sido bastante despectivo con la mujer del beso. El resto de las publicaciones que habían recogido la noticia, salvo contadas excepciones, no habían hecho leña del árbol caído, centrando los focos en Ken y en lo inédito que resultaba que alguien hubiera conseguido fotografiar un momento tan íntimo de un artista conocido por mantener su vida privada a kilómetros de los objetivos de las cámaras. Sin embargo, había que reconocer que esas contadas excepciones se habían cebado con la talla que

gastaba la mujer en cuestión. Y no había que olvidar que Ken era un caballero. Por lo tanto, las repercusiones que estaba teniendo el suceso le molestaban por partida doble. Por un lado, exponían un momento íntimo, algo que él detestaba. Por otro, denostaban a la mujer que estaba con él. Una mujer que, a juzgar por la intensidad que mostraban esas fotos, a Ken le resultaba, como mínimo, apasionante.

«La cosa se calienta, al tipo se le van las manos, y al día siguiente todo el país lo está viendo en primera fila mientras desayuna. Como para no reaccionar mal cuando escuchas al tonto de turno, haciéndote la misma pregunta estúpida por millonésima vez», pensó divertida.

Una hora más tarde, sin embargo, Bella cambiaría totalmente de opinión.

—HABLAD MÁS BAJO, por favor —pidió Tom mientras se tapaba un oído. Acababa de recibir una llamada y apenas lograba oír nada gracias al jaleo que había en la mesa.

Un segundo después, empezó a sonar el móvil de Ken. Al ver que se trataba de su abogado, se levantó de la mesa y le hizo señas a Tom de que se reuniera con él cuando terminara con su llamada.

Enseguida, Shane dejó los cubiertos junto a su plato y siguió a su jefe fuera del salón comedor.

—Espero que sean muy buenas noticias, porque estaba comiendo y las chuletas estaban buenísimas… —dijo Ken, adelantándose a Rafferty.

—Mejor de lo que espera, señor Bryan. Y eso que todos esperábamos que fueran buenísimas.…

Una sonrisa curvó los labios de Ken.

—Pues… Soy todo oídos.

—Ya hay acuerdo. Tendrá lo que pide y algo más.

Ken apretó el puño en un signo de victoria. La última contraoferta a la que él había dado luz verde, consistía en una indemnización de un millón doscientos mil dólares, trescientos mil menos de lo solicitado en un principio y, a cambio, un contrato para grabar un nuevo álbum con la Nashville Records y una disculpa pública. El contrato discográfico había sido idea de Rafferty. La influencia del gran cacique de la familia Carrington-Fox iba mucho más allá de su 15% en acciones de la compañía discográfica. Dadas las lamentables condiciones en que su hija había dejado el prestigio de la empresa promotora tras el incidente, Rafferty opinaba que, seguramente, el viejo león vería con buenos ojos la alternativa de poder demostrar que todavía ostentaba el rugido más potente en la Ciudad de la Música. Y no se había equivocado. Entonces, Ken reparó en lo último dicho por el abogado.

—¿A qué se refiere por más?

—A que, a pesar de estar al tanto de sus intenciones de continuar como artista independiente, me han expresado su deseo de que Fox Entertainment vuelva a ser su promotora musical. En esta ocasión, obviamente, su cuenta estaría a cargo de otro directivo. Les he dicho que se lo comunicaría y, de paso, he aprovechado la coyuntura para sugerir que tomaríamos como un gesto de buena voluntad que la empresa hiciera lo posible por restituir las actuaciones canceladas unilateralmente por Alexandra Carrigton-Fox. Me han asegurado que harían las llamadas pertinentes.

—¿En serio? ¡Vaya, hombre, menuda sorpresa!

Ken se había hecho a la idea de que pasaría todo el verano acudiendo a los distintos festivales de música. Eran momentos que disfrutaba a fondo. Cuestiones económicas al margen, la rescisión unilateral del contrato y la consecuente cancelación de todas las fechas comprometidas, había caído como un cubo de agua fría sobre su ánimo. Los festivales tenían que ver con el prestigio. Formar parte del cartel era imprescindible para sus planes a futuro.

—Muy en serio. Así que, señor Bryan, ya es usted millonario, tiene un contrato de grabación en el bolsillo, en breve tendrá una disculpa pública de uno de los pesos más pesados en el negocio de la música y, con un poco de suerte, no podrá tomarse un día de vacaciones hasta que llegue la Navidad. ¡Nada mal, ¿eh?!

—¡Es una noticia fenomenal! —Ken asintió con la cabeza varias veces—. ¡Fenomenal, de verdad!

—¿Le cuento un cotilleo? —Rafferty continuó sin esperar una respuesta—. *Las malas lenguas dicen que, oficialmente, Alexandra Carrigton-Fox está de vacaciones. Por lo visto, si llamas al despacho preguntando por ella, eso es lo que te dicen. Extraoficialmente, lleva dos días ingresada en una clínica psiquiátrica y no está previsto que le den el alta pronto. Vamos, en otras palabras, que le han puesto una camisa de fuerza. Sea como sea, la señora ha quedado fuera del juego. Lo cual no es de extrañar después del enfado de su padre. Se rumorea por ahí que fue épico.*

Era un alivio saber que había alguien capaz de pararle los pies a Sandy, pensó Ken, pero prefirió no echar las campanas al vuelo tan pronto. Desde que había tenido la ocasión de comprobar lo taimada que esa mujer podía llegar a ser, prefería seguir apostando por la cautela.

—Siempre he pensado que era la candidata perfecta a una de esas camisas… Me alegro de que haya más gente que cree lo mismo. En fin… Muchas gracias, Bradley. Seguiremos hablando… Pero, ahora, si me disculpa, voy a cortar. Quiero contárselo a mi padre antes de que se vaya a dormir. ¿Le importa?

—Claro que no. Me ha llamado por mi nombre de pila, y según Tom, eso es una buenísima señal, así que no me importa en absoluto. Mientras usted habla con su padre, yo voy a pedir una medida doble de mi buen amigo Jack y a relajarme lo que queda de día, que me lo he ganado.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Disfrute de su Jack Daniel’s!

Ken se despidió del abogado riendo. Estaba tan contento que ni siquiera se había dado cuenta de haberlo llamado por su nombre de pila. La verdad era que, de buen grado, le habría dado un abrazo, si lo hubiera tenido de cuerpo presente.

—¿Era Rafferty? ¿Qué ha dicho? —quiso saber Tom. Él también acababa de finalizar con su llamada.

—¡Ya lo creo! —exclamó Ken, y no dijo más. Dejó que su sonrisa hiciera las veces de respuesta.

Tom se quedó mirándolo como si no fuera del todo capaz de creer que las noticias pudieran ser tan buenas. Entonces, Ken asintió varias veces con la cabeza.

—¡No! ¡No me digas que te has salido con la tuya! ¿En serio? —exclamó Tom. Acto seguido, los dos hombres se fundieron en un abrazo, celebrando la gran noticia—. ¡Toma, toma, y toma! ¡Tío, qué bien! ¡Y cuando oigas lo que tengo que contarte, vas a flipar!

A poca distancia, Shane observaba la reacción de los dos amigos con una sonrisa. Una sonrisa que Ken vio y de la que enseguida se hizo cargo.

—Me parece que ya podemos decir que tienes un trabajo fijo, Shane —anunció.

El guardaespaldas se unió a la celebración, estrechando la mano de Ken y luego la de Tom.

—Felicidades por la gran noticia —dijo—. ¿De veras vas a volver a tenerme en nómina?

—Por supuesto. —Ken le dio una palmada en el hombro—. Gracias por quedarte a mi lado cuando nadie daba un centavo por mí.

Shane, que no era un hombre elocuente, tan solo movió la cabeza en señal de agradecimiento.

—Y tendrá que estar en nómina a partir de ya —intervino Tom. Dirigiéndose a Ken, añadió —: ¿sabes quién era el que llamó? ¡Rick Trujillo, tío!

Ken abrió mucho los ojos. Era uno de los organizadores del festival country de Dallas y el primero que les había dicho que no se arriesgaría a quedar en malas relaciones con los Carrigton-Fox, cuando Tom se había puesto en contacto con él, hacía unos días.

—¿Ha cambiado de idea?

—Efectivamente, chaval. Se ha enterado de las ovaciones de esta tarde y va a reponer tu nombre en el cartel. ¿Qué me dices?

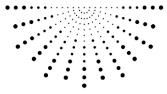
La sonrisa de Ken era una mezcla de alivio y satisfacción. Al fin las cosas empezaban a marchar como él quería. Pero ya habría tiempo de seguir celebrando, se dijo. Ahora tenía que hacer algo muy importante.

—Te digo que seguiremos hablando en un rato. Ahora quiero llamar a mi padre —repuso Ken, cuando ya estaba activando la pantalla de su móvil.

—Uy, después del alegrón que estás a punto de darle, Robert dormirá toda la noche como un bebé… Vale, vuelvo con mis chuletas, que tantas alegrías me han abierto el apetito —se despidió Tom.

Ken se apoyó contra la pared, junto a la puerta del salón comedor, seleccionó la memoria donde estaba guardado el número de su padre, y esperó ansioso a que él respondiera.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Ken estaba a punto de colgar, cuando oyó que respondían.

—*Disculpa, hijo. Estaba en la otra punta de la casa. ¿Qué tal?*

—Hola, papá. Empezaba a pensar que ya te habrías ido a la cama… Muy bien. Estoy muy, pero que muy bien —dijo, consciente de que su sonrisa se agrandaba con cada palabra que pronunciaba.

—*¿Has tenido noticias de Rafferty?*

El tono de voz de su padre sonaba ilusionado como hacía años que no lo oía y Ken se alegró doblemente de ser la razón de esa ilusión.

—Hemos ganado, papá. Un millón doscientos mil, una disculpa pública y, agárrate porque esto es alucinante, ¡un contrato discográfico con la Nashville Records! ¿No es genial? ¡Estoy que no me lo creo, de verdad!

La risa de su padre fue la nota que faltaba para completar esa sensación de realización que lo llenaba desde hacía unos minutos, tras acabar su conversación con el abogado.

—*¡Qué buenísima noticia! ¡Cuánto me alegro! Y qué satisfacción más grande supone haber podido poner a esa señora en su lugar. Imagino que estará con un ataque de nervios, como muy mínimo.*

Ken asintió con la cabeza.

—Rafferty me comentó que está en una clínica psiquiátrica. Extraoficialmente, claro. De cara a la galería, está de vacaciones. Por lo visto, la furia de su padre ha sido de las que hacen época… No me extraña. Su obsesión le ha salido carísima. Y suerte ha tenido de tratar conmigo. Cualquier otro en mi lugar lo habría llevado a la ruina. Pero bueno, no hablemos más de ella… Lo importante es que estamos otra vez en marcha, papá. Tenemos el dinero necesario para financiar mis proyectos, la disculpa pública me ayudará a recuperar mi prestigio frente a los organizadores y los empresarios del gremio, y con eso y un poquito de suerte, será más fácil recuperar las actuaciones canceladas… Asegurar mi agenda de actuaciones implica recuperar Mystic Oaks, independientemente de cuál sea la respuesta del banco. Y si tenemos Mystic Oaks, podemos trasladar la producción agrícola-ganadera de Ohio a Tennessee… Y volver a estar todos juntos. Al fin. —Exhaló un suspiro. Se sentía como si le hubieran quitado mil años de encima—. Dios. ¿Estoy soñando?

—*No, Ken, no es un sueño* —repuso Robert afectuoso—. *Es lo justo, lo que te corresponde por derecho y, además, te lo mereces por luchar tan duro y no rendirte. Bien hecho, hijo. Muy bien hecho. ¡Hay que celebrarlo! Ahora que Ken Bryan tiene nuevas oficinas, ¿qué te parece si las bautizamos, organizando una pequeña fiesta para celebrar estas buenísimas noticias?*

En medio de la alegría de Ken, como siempre, también hubo espacio para la emoción al escuchar las palabras de su padre. Se sentía tan culpable por el sufrimiento que sus adicciones habían supuesto para toda la familia, que no podía evitar emocionarse cuando recibía su aprobación, algo que su padre se ocupaba de darle cada día desde que había iniciado su rehabilitación.

—Gracias, papá… Significa mucho para mí que pienses eso… Sí, por supuesto, hay que celebrarlo, ¿y qué mejor sitio para hacerlo que las nuevas oficinas? Hablaré con Tom, reservaremos algún fin de semana que tenga libre de actuaciones para que Tim y Jim puedan venir, y daremos un fiestón. ¡Claro que sí!

—*Ya sé que no quieres hablar de esta señora que tantos problemas nos ha traído, pero, ¿has pensado que con ella fuera de circulación también se esfuma tu preocupación por esas amenazas que profirió…?*

Con mucha habilidad, Robert había evitado hacer una referencia directa a Chris. Ken se había marchado de viaje al día siguiente del incidente, y no había habido ocasión de hablar del tema. Ignoraba si él había hecho algo al respecto o, si seguía luchando con su orgullo herido.

Ken esbozó una ligera sonrisa al darse cuenta de la gran sutileza con la que su padre conducía la conversación hacia lo que le interesaba averiguar. Robert Bryan era un viejo zorro. La sonrisa, sin embargo, desapareció en cuanto el recuerdo de la conversación que había mantenido con la tía de Chris, regresó a su mente. No le había hablado de ella a su padre. Tampoco tenía claro que quisiera hacerlo ahora. Pero era muy consciente de que Robert estaba preocupado por ese tema. Toda su familia lo estaba.

—Ya. Antes de quedar fuera de circulación, me la jugó y bien jugada.

—*¿A qué te refieres? ¿Has hablado con Chris?* —Aunque Robert intentó disimular la emoción que lo embargó ante la sola idea de que hubieran vuelto a estar en contacto, no lo logró.

—Antes de salir de viaje, hablé con su tía.

—*¿Te ha llamado su tía?* —dijo Robert, asombrado.

—No. La he llamado yo. Antes de marcharse a Toronto, se despidió de mí con un mensaje.

—*Una mujer muy inteligente, por lo que veo* —no pudo evitar decir Robert, complacido de constatar que había alguien en las filas canadienses que, evidentemente, apostaba por su hijo.

—Es un encanto de persona, sí… Total, que estuvimos hablando y… —Ken respiró hondo —. Alguien le dejó a Chris un sobre en la recepción del aparthotel donde estaba alojada en Nashville… —Hizo otra pausa. Le resultaba increíble el nivel de vergüenza que le seguía produciendo hablar de la época oscura de su vida. Le costaba hasta encontrar las palabras para hablar de ello—. Sabe lo de mi paso por el infierno. Con pelos y señales. Por lo visto, el sobre contenía todo un dosier sobre mí que incluía fotos. Y había una nota en la que la amenazaban con hacerlo público, si no rompía conmigo y regresaba a Canadá.

Ken exhaló un largo suspiro y permaneció en silencio, mientras intentaba digerir su bochorno por el maldito sobre. Un bochorno que ahora parecía infinito, tras compartirlo con el hombre que más admiraba en el mundo.

—*¿Chris se ha enterado de lo tuyo por un sobre anónimo? ¿Tú no se lo habías dicho?*

El desconcierto en la voz de Robert Bryan fue tal, que Ken sintió que se le prendían fuego las mejillas. Llevaba semanas diciéndose que no había sido falta de intención, sino de tiempo. Y ahora, al oír el puro asombro de su padre, caía en la cuenta de que llevaba semanas mintiéndose a sí mismo.

—No.

—*Pero Ken… ¿Cómo no se lo has dicho?*

—No lo sé… Supongo que todavía hay mucha vergüenza sin procesar en mí y ella me importa tanto y me ha costado tanto que se aviniera a quedar conmigo, que no quería desilusionarla… —Exhaló otro suspiro—. Qué sé yo, papá. Estos sentimientos son tan nuevos para mí, que…

—*¿Desilusionarla, dices? Hijo, con tu silencio has hecho algo mucho peor que desilusionarla. La forma de demostrar que alguien te importa es desnudando tu alma frente a esa persona. Mostrarle quién eres, con tus luces y, sobre todo, con tus sombras.*

Qué duro era oír a Robert Bryan diciendo tantas verdades, pensó Ken.

—Se marchó antes de que me diera cuenta, papá. Fue un visto y no visto. Y en todo caso, sé que hay algo más en todo esto. Algo que ella no me dijo. Y que su tía tampoco puede decirme. Me parece que es algo relacionado con su pasado… No es una excusa ni, mucho menos, un consuelo, pero aquí somos dos los que nos hemos estado guardando cosas, no solo uno. Sentí desde el principio que era como si ella siempre estuviera buscando la forma de… Primero, de evitarme, y después, al ver lo bien que congeniábamos, de escapar de lo que sentía estando conmigo. No sé el porqué, pero sé que es así…

Robert permaneció en silencio unos instantes mientras procesaba los nuevos datos aportados por Ken a un asunto que, sin ninguna duda, le interesaba mucho. Él también creía que debía haber una razón de peso para que Chris cortara por lo sano. A pesar de que su cuñada Doreen quisiera revestir de normalidad lo sucedido, su intuición le decía que había algo más. De modo que, en ese sentido, las palabras de Ken no suponían una novedad. Lo que sí constituía una novedad era lo mal que su hijo estaba jugando sus cartas en el juego del amor y, peor aún, lo poco consciente de ello que era.

—*El miedo no es racional, Ken. Ya ves el error que te ha llevado a cometer siendo, como eres, un hombre muy inteligente*. —Ken sintió que volvía a acalorarse. Jamás lo habían llamado imbécil con tanta elegancia—. *Chris te importa mucho, pero no confías en ella.*

—Claro que confío en ella, ¿qué dices, papá?

—*No, Ken. Que Chris no procediera de la forma que todos proceden contigo, me refiero a las mujeres, te ha roto los esquemas. No sabes qué esperar de ella y eso te confunde. Y para complicar más las cosas, tu vanidad sigue sangrando porque no entiende ni acepta que ella no se comporte como una persona a la que le ha tocado la lotería por tener tus atenciones. Y fíjate que hablo de comportarse, no de creer. Estoy convencido de que Chris sabe perfectamente que contigo le ha tocado el premio gordo, y no lo digo solo porque sea tu padre. Lo digo porque mucho más allá de lo que representas, profesionalmente hablando, eres una gran persona y serás un gran marido y un gran padre… Y ella, que es tan inteligente y buena persona como tú, tiene que saberlo.*

Ken notó que la emoción ascendía hasta sus ojos y empezaba a ver todo borroso. Comprobó con un barrido rápido que, excepto Shane, nadie parecía pendiente de lo que él hacía, probablemente, porque no podían verlo, ya que estaba parapetado en el hueco de la escalera. Se secó las mejillas con el dorso de una mano.

—¿Pero…? —murmuró, después de sorber por la nariz.

—*La confianza es como el asunto del huevo y la gallina, hijo. Sin gallina, no hay huevo. Pero sin huevo… ¿Cómo esperas que se abra a ti y te confíe lo que sea eso, que le provoca tanto miedo como para mantenerse a kilómetros de ti, si tiene que enterarse por un sobre anónimo de algo tan serio como que eres un adicto en rehabilitación? ¿Te haces una idea de lo que debió*

sentir? Y tú, creyendo que le preocupaba su prestigio…

PARA BELLA, lo que sucedía en aquel espacioso salón decorado con los colores emblemáticos del hotel —el celeste y el blanco—, era muy nuevo y lo estaba viviendo con la excitación propia de una fan. Seguía a Ken desde la adolescencia, era su ídolo y siempre lo sería. Le encantaba su música, se emocionaba con sus baladas y bailaba como una loca con sus canciones más roqueras, y poder compartir momentos como aquellos, que no solían captar las cámaras de los *paparazzi*, le parecía un sueño. Sin embargo, observar a la gente, siempre había sido su tendencia natural. No era casual que estudiara Psicología. Y lo que estaba presenciando aquella velada le resultaba de lo más interesante.

Después de conocerse la gran noticia del acuerdo alcanzado con la empresa de su ex promotora musical, había habido abrazos, brindis y varias llamadas de tipo personal. Ken había estado un buen rato hablando (y riendo) con sus hermanos. Cuando al fin había vuelto a dedicarse a sus chuletas, no parecía el mismo de siempre. Sonreía, se mostraba atento con todo el mundo, y había seguido firmando autógrafos a cada persona que se había acercado a pedírselos, incluso si eso sucedía cuando se estaba llevando el tenedor a la boca. Pero algo no acababa de encajar en el cuadro que Bella contemplaba. Y aprovechando que lo tenía sentado a su lado, lo puso en palabras.

—¿Sabes? No tienes pinta de un tipo que, después de conseguir que cincuenta mil personas lo ovacionen, acaba de recibir una cantidad indecente de dinero y un contrato por un nuevo álbum con la compañía que juró y perjuró que nunca, jamás, volvería a publicar un trabajo de Ken Bryan…

—Estoy cenando. ¿Qué esperas? ¿Que me ponga a cantarles a las chuletas o algo así? Y, hablando de todo un poco, ¿dónde has dejado a tu novio? Lo digo porque es viernes, ya sabes, fin de semana…

Aquel guiño con el que Ken había coronado su frase, logró poner una sonrisa muy grande y muy pícara en la cara de Bella.

—Ah, ya veo, seguimos con el juego del otro día… De acuerdo. Entonces, te diré que mi novio está trabajando. Es médico y está haciendo la residencia de cirugía. O sea, que ve la luz del sol una vez por semana más o menos. Y hoy no tocaba. —En realidad, era su exnovio, pero seguía echando mano de la excusa porque resultaba muy práctica—. Y para ahorrarme tu próxima pregunta, te informo que he venido con un par de miembros de tu club de *fans*. He quedado con ellas más tarde, en un bar. Ahora me toca preguntar a mí. No espero que les cantes a tus chuletas, aunque sería la caña, no vamos a negarlo —se rio, haciéndolo reír a él—, pero, hombre, un poquito más de alegría en esa cara, sí que espero. ¿Qué pasa? ¿Te duelen las muelas o algo?

El primer intento de evasión no había funcionado, pensó Ken. A ver qué tal lo hacía el segundo.

—Se me está pasando el subidón de la actuación en vivo. Eso me pasa. Es cuando empieza a dolerme todo, no solo las muelas. Tranquila, se resuelve con una buena noche de sueño. Por cierto, gracias por lo de hoy. Como se suele decir, me has salvado el culo.

Bella movió la cabeza en señal de aceptación. La reacción de su ídolo ante la pregunta del

periodista, había sido de lo más rara y, aunque a último momento había logrado suavizarla un poco, hasta él mismo tenía que saber que no serviría para poner fin a las preguntas. Al contrario. Todo el mundo quería saber quién era la mujer de las fotos. Ella, la primera. En la casa de sus padres, en Franklin, a escasos veinte minutos de Nashville, donde había vivido hasta comenzar sus estudios universitarios, había una habitación dedicada a Ken Bryan. Era como una gran hemeroteca privada donde guardaba todo lo que había reunido sobre él con el paso de los años. Podía dar fe que nadie nunca había conseguido pillar al músico en actitud romántica con una mujer. Imágenes que lo captaban en compañía femenina había miles; en actitud romántica, ninguna hasta las de la «pelirroja curvy». Decir que se moría de curiosidad por conocerla era quedarse cortísima.

—No hay de qué. Pero puestos a agradecer, podrías darme alguna pista sobre lo que te pasa. Si voy a tener que lidiar con la jauría en adelante…

—Tom lo dijo en broma, Bella —se apresuró a matizar él.

Ahora estaba en la fase de ser una broma, pero no lo sería por mucho tiempo, pensó ella, y decidió poner su granito de arena para acelerar el cambio de fase.

—Ya, ¿pero qué impide que se convierta en una realidad? Piénsalo. Tú necesitas a alguien que le plante cara a estos tipos. Odias tener que lidiar con ellos, pero los necesitas y sabes que es mejor tenerlos de tu parte, a ser posible, comiendo de tu mano. Y resulta que a mí me encanta tratar con la gente y soy buenísima lidiando con personas difíciles. ¡Soy la solución perfecta, ¿lo ves?! —dijo dando palmas, como si estuviera celebrando con anticipación haberse convertido en la portavoz oficial de Ken Bryan—. Pero, por más buena que sea conteniendo a la jauría, no estaría de más saber de dónde vendrán los zarpazos, ¿no te parece? Por cierto, cuéntale a otra lo del subidón. Conmigo no cuela. Lo sé todo sobre la estrella de la música country, Ken Bryan. Según él, el famoso subidón le dura una hora o dos, como mucho y, después, se muere de sueño. ¿Sabes qué quiere decir eso? Primero, tu cara no es de sueño. Segundo, tu subidón ya empezaba el declive cuando entrabas por esa puerta —sentenció, señalando graciosamente una entrada lateral del comedor.

Ken sacudió la cabeza asombrado por Bella, pero no hizo comentarios. Le seguía pareciendo increíble que alguien, que hasta hacía unos días era una perfecta desconocida, pudiera saber tanto sobre él.

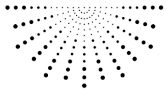
—A ver si lo que te duele va a ser el corazón, y no las muelas… —dijo ella al fin, decidida a romper esa coraza inexpugnable de su ídolo. O, al menos, a intentarlo.

El órdago lanzado por Bella, había tomado completamente por sorpresa a Ken. Lo bastante por sorpresa como para no poder disimularlo.

Bella abrió la boca en un gesto de total asombro.

—Joder… ¿He acertado? —Las mejillas al rojo vivo de su ídolo le dieron la respuesta—. ¡¡¡He acertado!!! ¡¡¡Soy una crack!!!

CAPÍTULO VEINTICINCO



Díez días más tarde.

Chris dejó las bolsas de la compra en el suelo y abrió el buzón. Cogió el montón de folletos de publicidad y correspondencia, volvió a cerrarlo y dejó caer el lote de cosas en una de las bolsas.

A continuación, se dirigió a la puerta. Respiró hondo y se puso la careta de persona feliz que Lilly estaba acostumbrada a ver en ella e introdujo la llave en la cerradura. En cuanto abrió la puerta de casa, el morro de Sultán fue a darle la bienvenida. Un instante después lo hicieron sus filosas pezuñas juguetonas.

—Eh, eh, eh… Hola, pequeño… ¿Qué tal estás? —lo saludó. Entró en la casa y cerró la puerta con el bastón, antes de que el cachorro le cogiera la delantera y saliera a la calle—. Que sí, que sí… Que yo también me alegro de verte y en cuanto libere mis manos, te lo demostraré en condiciones. ¡Un poquito de paciencia, por favor!

—Donde vas tú pidiéndole paciencia a un cachorro, serás ilusa —la saludó Lilly desde el salón.

Chris se dirigió a su hermana sonriendo, le dio un beso en la frente.

—¡La esperanza es lo último que se pierde! —bromeó—. Hola, preciosa. Dejo estas cosas en la cocina y enseguida vuelvo.

Pero la segunda persona más impaciente de aquella casa, no esperó, y empezó a ponerla al día de las novedades desde el sofá, ubicación que le obligaba casi a gritar para que Chris pudiera oírla desde la cocina.

—Estuve a punto de llamarte a la oficina, pero la aguafiestas de Dottie me dijo que te dejara trabajar… Como si no pudieras hablar con tu hermana del alma y ayudar a paliar el hambre en el mundo, al mismo tiempo —se rio—. *¿Te cuento de quién he recibido un email hoy?* —Y sin esperar respuesta, la muchacha empezó a contarle su gran noticia del día; el chef de *El Barracuda* la invitaba a unirse a su equipo de aprendices el próximo verano.

Chris repartió la compra en los distintos sitios de la alacena y la nevera mientras escuchaba a una versión renovada de Lilly. Una versión que tenía dieciséis días de vida, concretamente desde que habían regresado a Canadá y habían mantenido esa discusión tan seria. Por lo visto, el efecto había sido fulminante, Lilly había acabado por comprender que esa actitud no la ayudaría a

recuperarse y seguir adelante y, desde entonces, había vuelto a ser la persona alegre y dicharachera que Chris conocía. Las medicinas ayudaban, eso era cierto. Reducían el dolor a niveles soportables. Pero el cambio en la actitud mental de Lilly era mérito propio.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Piensas regresar a *El Barracuda*? —quiso saber Chris.

El Barracuda estaba en Nashville, el mismo lugar donde vivía el león de terroríficas fauces y la mujer que estaba obsesionada con él, de modo que aquel asunto tenía un doble interés para ella.

Después de plegar las bolsas de papel y guardarlas donde siempre, Chris regresó a la mesa de la cocina donde había dejado lo que había llegado al buzón. Sultán estaba entretenido jugando con un hueso de plástico que había comprado para él, de camino a casa, de modo que se puso cómoda en la silla y empezó a revisar la correspondencia.

—¡Claro! Y no voy a hacerlo sola, así que ve pensando en liberar tu atareadísima agenda, cari.

Chris separó la correspondencia en dos montones, uno de los cuales iría directo a la papelera. El chef Daniels, probablemente con la mejor intención, acababa de meter el dedo en la llaga. *Su* llaga. ¿Quería regresar a Nashville? Respuesta corta: no. Respuesta larga: No, ni hablar.

—Podré ir a verte algún fin de semana, cariño. Pero esa agenda atareada a la que te refieres tan jocosamente es mi agenda de trabajo, ¿y sabes? No es posible cancelarla y largarme tres meses de vacaciones… Además, ¿qué pasa con Sultán? ¿Él también tendrá que liberar su atareadísima agenda de cachorro desastroso? —Como si supiera que estaban hablando de él, el perrito la miró con las orejas muy tiesas—. Sí, esto va contigo. ¿Qué, crees que podrás liberar tu agenda el próximo verano?

Y entonces, el cachorro emitió un aullido que maravilló a Chris. Era la primera vez que lo hacía. Normalmente, gruñía. Si estaba muy excitado, emitía ladridos cortos y graves, que no llegaban a ser ladridos en toda regla. Era como si lo intentara y no pudiera completarlos. De modo que, muchas veces, acababa en lo que parecía un lamento sostenido.

—¡Lilly, Sultán acaba de aullar! ¡Madre mía, qué cosa más bonita!

Chris se levantó de su asiento y fue hacia donde estaba el cachorro. Le indicó con un gesto que apoyara sus patas delanteras sobre sus piernas. De esta forma, podía cogerlo en brazos, sin tener que doblar las rodillas para agacharse. El perrillo obedeció de inmediato.

—¿Sí? ¡Caray, me lo he perdido…! ¿Por qué no acabas en esa cocina de una vez y vienes, así conversamos como dos personas normales?

—¡Sí, es taaaan bonito…! —Chris estrujó al cachorro entre sus brazos y él se lo agradeció, lamiéndole la cara, tras lo cual, los dos regresaron a la mesa. Ella continuó con lo que estaba antes, mientras sostenía al cachorro sobre sus piernas—. No te preocupes, ahora que ha empezado a aullar, será lo que oigamos todo el bendito día… Enseguida vamos. Sigue contándome lo que te dijo el chef…

Y en aquel momento, mientras Lilly hablaba superanimada de sus planes para el próximo verano y Chris intentaba acabar de revisar la correspondencia, sin que Sultán la mordisqueara, se encontró con algo que ni era publicidad ni era una factura, ni…

Su corazón se saltó un latido al ver aquel sobre que no se parecía en nada al resto de la correspondencia. Era de color celeste azulado, las señas no estaban impresas, sino manuscritas… El matasellos era de Estados Unidos.

Dio la vuelta el sobre para leer el remitente. Ponía «K. B.» y un apartado postal de Nashville.

Sin darse cuenta, Chris soltó un suspiro. Y su mente empezó a desbarrar de lo lindo. En un

instante, había regresado a Nashville y al tiempo que habían pasado juntos. Retazos de conversaciones, su sonrisa, sus largos paseos acompañados de Noah y River… Sus besos. Oh, sus besos… De pronto, todo se estaba proyectando en su mente, como si se tratara de una película.

—*¿Vienes o qué? Chica, me estoy desgañitando. Además, acaba de llegar tía Dottie, no esperarás que ella también se desgañite, ¿no?* —oyó que Lilly le decía.

La llegada de ese sobre había afectado a Chris mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Por inesperado y por… ¿Quién escribía cartas hoy en día? Desde que alguien había inventado el correo electrónico, la gente no perdía un tiempo valioso, yendo a la oficina de correo.

Por lo visto, Ken Bryan, sí. Claro, se dijo con ironía, «él no era así». Su nivel de diferenciación del resto de los ejemplares macho de la especie era tal, que incluía la comunicación epistolar con otro ser humano. A más inri, una mujer con la que, evidentemente, quería reanudar el contacto. De otra forma, ¿para qué le había escrito? ¡Y una carta, nada menos! Francamente, no sabía qué pensar.

Ironías al margen, sentía las manos heladas y una sensación eléctrica en la piel. Estaba claro que, incluso en la distancia y a través de algo tan inesperado como una carta, el señor «Yo no soy así» se las estaba arreglando perfectamente para seguir haciendo una escabechina con sus emociones.

«Como si yo necesitara algún estímulo extra para pensar en ti… Mierda. Desde que he vuelto, no hago otra cosa», pensó.

—*¡¿Holaaaaaaa? ¿Hay alguien en la cocina?!*

La voz de Lilly sacó a Chris de su ensimismamiento. Guardó el sobre aún sin abrir en el bolsillo de su falda vaquera, y se puso de pie con la ayuda del bastón. Acomodó mejor al cachorro en su brazo, y puso rumbo al salón, al tiempo que decía:

—¡Nooooo…! ¡Se han ido todos! ¡Esto que oyes es una voz del Más Allá!

En el salón, Dottie soltó una carcajada.

—¡Menudo par de payasas estáis hechas! —le dijo a Lilly, riendo.

CHRIS NOTÓ que Dottie no dejaba de mirarla, señal de que se había dado cuenta de que algo le sucedía. Y claro que le sucedía algo; se estaba muriendo de ansiedad por la maldita carta. Era como si tuviera hormigas en el bolsillo, recordándole a cada rato que Ken había vuelto a dar señales de vida.

Intentaba estar atenta a la conversación, pero apartar a Ken de sus pensamientos le estaba resultando mucho más difícil de lo habitual.

El mensaje del chef Daniels había puesto eufórica a Lilly y no dejaba de hacer planes en los que pretendía involucrar a todo el mundo.

—Me parece que lo estás organizando todo demasiado rápido, cariño —dijo Dottie—. ¿Te olvidas que Frank trabaja?

—¿Y eso qué más da? ¿Tendrá que tomarse vacaciones, no? —apartó el morro de Sultán de su cabestrillo—. Que no, Sultán, no muerdas el pañuelo… Serás travieso… ¡Pero hermoso, sí, señor! ¿Cómo es que eres tan bonito, eh? ¿Me cuentas tu secreto de belleza?

Dottie sacudió la cabeza divertida. Pensó en cuánto había cambiado el ambiente en aquella casa desde que Chris le había dado «un baño de realidad a su hermana favorita».

—¿Querrá Frank pasar sus vacaciones en Nashville? —le dijo a su sobrina—. Esa es la cuestión. ¿Y sabes qué me respondo? Que no. El país vecino no está entre sus destinos favoritos… Además, ahora que mencionas al perro, ¿qué piensas hacer con él? ¿Endosármelo a mí para que lo cuide mientras tú te dedicas a la alta cocina?

Dottie pretendió intercambiar miradas con su sobrina mayor, pero no lo logró porque Chris estaba como ausente, ensimismada en sus cosas. O mejor, *seguía* ensimismada, porque desde que había llegado, ella estaba allí pero su mente no. ¿Tendría algo que ver con cierto príncipe azul? Ken no había vuelto a llamarla. Que supiera, tampoco se había puesto en contacto con Chris. Pero la actitud de hoy de su sobrina le estaba dando que pensar. Estaba demasiado ausente para alguien cuyo principal talento era, precisamente, estar presente en la vida de otras personas, escucharlas con atención para poder ayudarlas.

—¿Qué dices? ¡Sultán vendrá con nosotras, por supuesto! ¿Verdad que sí, bonito? ¡Claro que sí! ¡Tú eres un miembro más de esta familia!

—¿Ah, sí? ¿Tienes la menor idea del papeleo que habrá que hacer para que el perro pueda atravesar la frontera, Lilly? No es tan fácil como piensas. —Miró a su sobrina mayor y, esta vez, decidió traerla a la realidad de dondequiera que estuviera—. ¿No es así, Chris?

Ella aterrizó sin paracaídas en mitad de una conversación de la que no había oído ni una sola palabra.

—Disculpad… Estaba en otra cosa…

—Ya se ve —repuso Dottie, con segundas—. Lilly decía…

—Dadme un minuto —dijo Chris de repente, poniéndose de pie—. En cuanto vuelva del baño, me lo contáis.

Ya no soportaba más la intriga. Tenía que averiguar qué narices ponía la bendita carta.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

La ansiedad, por lo visto, le había cedido su sitio al pánico, pensó Chris. Porque llevaba varios minutos en el maldito baño, sentada sobre la tapa del inodoro, dando vueltas al sobre celeste azulado entre sus dedos. Pasándolo de una mano a la otra, como si estuviera revestido de alguna sustancia irritante que le impedía mantenerlo quieto.

Se moría de ansiedad por abrirlo. Y, al mismo tiempo, ahora veía con claridad meridiana que, haciéndolo, se la estaba jugando.

Y lo sabía porque conocía a Ken. Había tenido ocasión de ver de lo que ese hombre era capaz. De la facilidad con la que encontraba maneras de llegar hasta ella, por más difícil que intentara ponerle las cosas. De modo que, fuera lo que fuera lo que hubiera en ese sobre, le acariciaría el corazón. Estaba absolutamente segura de eso. Que hubiera escogido un método de comunicación tan insólito en los tiempos que corrían, hablaba alto y claro de que quien lo enviaba era el hombre, no el músico famoso. Dentro, no encontraría una bravuconada de estrella herida en su vanidad, manifestando, altivo, su deseo de que las fotos del aparcamiento no dañaran demasiado su prestigio, como había sucedido la última vez que se habían visto las caras.

Hallaría al hombre intenso, desnudando su corazón ante ella.

Se preguntó por qué le había escrito. Por qué una carta. Por qué ahora. ¿Se habría enterado de que estaba al corriente de esa parte de su vida que él se había esforzado tanto por ocultar? ¿Que lo sabía todo de su época alejado de los focos, cuando todos creían que estaba ocupándose del rancho familiar? No sabía a ciencia cierta lo que contenía el sobre. Lo que sabía con total certeza era que la emocionaría hasta las lágrimas y que, después, mantener su decisión le resultaría mucho más difícil. Imposible.

Era una mujer fuerte, realista, que con los años había logrado desarrollar unos reflejos muy duchos en el arte de oler el peligro a kilómetros, y huir. Gracias a la coraza con la que se había blindado hacía ya tantos años, que apenas podía recordar, no resultaba sencillo hacerle daño. Mucho menos, doblegarla.

Aunque la mayor parte del mundo lo ignorara, Chris Thompson era una superviviente.

Y, sin embargo, no era inmune a Ken Bryan. Al contrario. Cuando se trataba de él, no existía un ser más vulnerable en todo el maldito planeta. De alguna forma, que era incapaz de entender, él se las había ingeniado desde el minuto uno para llevarla a su terreno. No imponía sus opiniones o sus deseos sobre ella, ni siquiera lo intentaba. Lo suyo era muy sutil. Mientras ella seguía poniéndole las cosas difíciles, negándose a ir más allá, ofreciéndole argumentos sólidos… Tan irrebatibles, como que sus vidas discurrían por caminos que no estaban destinados a unirse, algo a estas alturas más que evidente, él se limitaba a dejarla hacer. Después de recordarle por

enésima vez la bendita conexión que compartían, esbozaba una de sus sonrisas derrite-glaciares, y, con toda su dulzura (¡y toda su cara!), daba un paso más hacia ella.

Y luego, otro.

Y otro más…

Con ese tira y afloja irresistible, había conseguido algo inédito; meterse en su cama. Y, cómo no, hacerle sentir cosas que nunca había experimentado por nadie. Que nunca volvería a experimentar junto a otro ser humano. Lo sabía muy bien. Solo él podía hacerla sentir tan plena, tan valiosa y especial. Tan única.

Ay, Ken… ¿Por qué no puedes aceptar, sin más, que esto es lo mejor para todos?

Chris negó con la cabeza. Estaba ante una decisión imposible.

No había podido dejar de pensar en Ken un solo minuto. Se había marchado de Nashville, sí, pero a él se lo había llevado con ella. Estaba en su piel, en sus recuerdos… A veces, incluso, cuando iba por la calle, creía verlo de pie junto a un árbol, con sus preciosos cachorros, esperándola.

Diosss…

Lo que sentía durante esos dos segundos que tardaba en darse cuenta de que no se trataba más que de su imaginación jugándole una mala pasada, era indescriptible.

Y, por supuesto, Ken también la visitaba en sus sueños. Cada noche, desde que había regresado a Canadá.

No era por falta de interés que había decidido cortar por lo sano. Ni mucho menos.

Nunca, nadie, le había interesado tanto como Ken Bryan. Le costaba entender cómo era posible que alguien, cuya vida estaba en las antípodas de la suya, podía haber conseguido calarle tan hondo. Tan, tan hondo…

Su vida era sinónimo de fiestas exclusivas y excesos. De giras interminables, de posados y entrevistas, de rumores, de estar en boca de todo el mundo por detalles tan insignificantes como cambiar el corte de pelo o hacerse un tatuaje nuevo. De ser un invitado constante en las revistas del corazón, que vivían atribuyéndole amoríos. Amoríos que, según él, eran invenciones, pero que no alteraban el hecho irrebatible de que era un icono sexual y que las mujeres se volvían locas por él. Estaban dispuestas a hacer lo que hiciera falta para tener su atención. Una muestra extrema de las pasiones que despertaba, la estaba viviendo ella en carne propia, gracias a su ex promotora musical.

La superestrella Ken Bryan representaba a la perfección todo lo que Chris desdeñaba por frívolo y superficial. Más aún, representaba un *statu quo* que ella combatía activamente desde que tenía uso de razón.

Pero Ken, el hombre, significaba tanto para ella…

El recuerdo de la noche que habían estado juntos regresó a su mente y con él, las intensas emociones vividas. «Mi gente también te incluye a ti», le había dicho. Y había provocado una conmoción. Cómo no hacerlo. Tras toda una vida sola, sabiendo que debía ser fuerte porque el bienestar de Lilly dependía de ella y no podía permitirse flaquear, aquellas palabras habían conseguido en un instante, en un solo maldito instante, que deseara formar parte de eso que él llamaba «mi gente». Un deseo intenso y loco de sentirse a salvo entre sus brazos, de, por una vez, no llevar sola el peso del mundo sobre los hombros.

De confiar.

De volver a creer en cuentos de hadas.

De creer que su historia con él podía tener un final feliz.

Si no le diera tanto miedo sentir lo que sentía…

Pero tan solo sentirlo, aunque fuera en secreto, sin que nadie lo supiera, la aterrorizaba.

Había mucho más en riesgo que su propio corazón. Y, suponiendo que ella fuera lo bastante ingenua como para volver a creer en cuentos de hadas…

Y que los superpoderes de Ken lograran borrar de sus recuerdos hasta el último vestigio de su niñez…

Y que ella decidiera darle una oportunidad a lo que sentía por él, lo cual, a todas luces, eran demasiadas suposiciones…

Aún y así, tendría que enfrentarse a otra decisión imposible.

Chris volvió a negar con la cabeza.

Si abres este sobre, no habrá marcha atrás. Así que, piénsalo bien antes de jugártela. Piénsalo muy bien.

CHRIS SALIÓ del baño con sigilo. Se quedó quieta, escuchando los sonidos que venían del salón. Dottie y Lilly comentaban algo que estaban viendo en la televisión, aparentemente ajenas a lo que sucedía en el resto de la casa. Le alivió que no la mencionaran. No sabía exactamente cuánto tiempo había estado en el aseo, pero estaba bastante segura de que su estancia allí no había sido corta.

Apuró el paso hasta su habitación para evitar que Sultán la oliera y, como siempre, fuera tras ella. Entró y cerró la puerta. El bendito sobre le quemaba en el bolsillo.

Fue hasta el armario empotrado. Despacio y con mucho cuidado, se sentó sobre la alfombra. Se agachó un poco y rebuscó en el interior del último estante hasta que dio con lo que buscaba. Tiró del asa y sacó su vieja mochila del armario. Era su primer equipaje de cooperante. La había estrenado hacía doce años, en su primer viaje a Bolivia, cuando todavía necesitaba la autorización de un tutor legal para atravesar la frontera canadiense. El maltrecho estado del tejido daba cuenta de la cantidad de aventuras que habían vivido juntas, su mochila y ella. Hacía años que la había jubilado. Pero esa vieja lona desteñida por el paso del tiempo había sido testigo de tantos momentos de su vida, que no había querido desprenderse de ella. De modo que, le había encargado otro cometido; convertirse en su baúl de los recuerdos. Recuerdos íntimos, privados. Significativos.

Como su último cuaderno de tapas rojas, su diario personal, cuyas páginas había llenado durante su estancia en Nashville.

Chris respiró hondo. Se estiró un poco hacia atrás para poder sacar el sobre azul del bolsillo de su falda vaquera, y lo sostuvo en su mano unos instantes. Pasó un dedo sobre su nombre manuscrito. La letra era perfecta, preciosa.

Tomó el cuaderno de tapas rojas, que lucía abultado, ya que había fotos y otros recuerdos entre sus páginas, y colocó el sobre en la última hoja. Antes de cerrarlo, sus ojos pasaron sobre la fotocopia del viejo recorte de periódico que había guardado allí hacía unos días. Incapaz de destruirlo y, al mismo tiempo, incapaz de enfrentarse a la posibilidad de que Lilly lo viera.

Chris apretó los párpados y durante unos instantes permaneció inmóvil.

Al fin, guardó su diario en la vieja mochila y volvió a empujarla hasta el fondo del armario.

DESPUÉS DE ABANDONAR SU DORMITORIO, Chris no regresó al salón. Necesitaba tiempo para recomponerse antes de que comenzaran las preguntas. Ya era la hora de cenar, y eso le había dado la excusa perfecta para escabullirse en la cocina sin que pareciera demasiado evidente.

A la voz de «¡voy a hacer la comida, chicas!», Chris se había dirigido a la cocina donde, desde hacía veinte minutos, intentaba distraer su mente de lo que no le convenía, pelando patatas y picando cebolla.

Pero no estaba sola, Sultán había acudido corriendo, y seguía con total atención cada movimiento de Chris. El perrillo normalmente recibía algún premio por su insistencia de cachorro, pero hoy su humana estaba demasiado ocupada con sus propios pensamientos para reparar en él.

Tan ocupada que estuvo a punto de pisarlo, algo de lo que tan solo se dio cuenta, al oírlo chillar.

—Ay, chiquitín… ¡Perdona! ¡Madre mía, ¿te he hecho daño?! —Chris dejó lo que estaba haciendo y se inclinó hacia el precioso ejemplar Husky de pelaje blanco. Por toda respuesta, Sultán le lamió la mano, haciéndola sonreír—. ¡Menos mal! Estás bien. Lo siento, precioso. Eso me pasa por…

—¿Estar siempre perdida en tus propios pensamientos? Ya tienen que ser la bomba para conseguir tenerte tan ausente —la interrumpió Dottie.

Chris miró a su tía de soslayo. Con aquellos vaqueros, una camiseta de manga corta con el anagrama de los Rolling Stones en la pechera y sus zapatillas de deporte, parecía diez años más joven de su edad real. Estaba recostada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y su mirada de «a mí no me engañas».

Palmeó cariñosamente la cabeza de Sultán y se enderezó dispuesta a seguir con lo que estaba haciendo. No antes de advertirle a su querida tía, que el horno no estaba para bollos.

—Por favor, no empieces, Dottie.

—¿No empieces? No sigas, querrás decir. Al parecer, ese es el leitmotiv de nuestra vida, últimamente. Tú sigues pretendiendo ponerle puertas al campo. Y yo, que no peino canas porque se me haya caído tintura en la cabeza, sigo intentando hacerte entender que eso que pretendes no tiene sentido.

Chris exhaló un suspiro de hartazgo. No podía enfadarse con Dottie, la mujer estaba preocupada por ella y tan solo pretendía ayudarla. Pero, a veces, desearía que no se metiera tanto en sus asuntos y la dejara en paz con sus pensamientos. Especialmente, hoy, sería de agradecer.

—Estoy bien, Dottie. De verdad.

La sexagenaria también suspiró. Entornó la puerta de la cocina y fue hacia Chris.

—Yo estaba allí, contigo y con él. Tengo dos ojos en la cara que ven muy bien. ¿Y sabes lo que vieron? Que ese hombre está enamorado de ti y no va a dejar de intentarlo, Chris.

—No me digas. ¿Eres adivina o algo así? —repuso, molesta por tanta insistencia. Un instante después, deseó haberse mordido la lengua.

Pero ya era tarde. Lo tuvo claro al ver aquella sonrisa displicente en el rostro de su tía.

—No, querida. No hace falta ser adivina para darse cuenta de que tiene las ideas muy claras. No pertenece al club de los que se desaniman al primer revés. Ni al segundo, ni al tercero. Pertenece al club de los que «la siguen hasta que la consiguen»… Aunque, evidentemente, tú no

hayas caído en ese detallito sin importancia.

Chris volvió a picar cebolla como si le fuera la vida en eso. Empezaba a sentir unas ganas locas de ponerse a chillar, como Sultán. No necesitaba que nadie le hablara de Ken. Lo tenía en la mente todo el día… Y estaba harta, muy harta, de que cada cosa que hacía, oía o veía acabara siempre, de manera inexplicable, conduciéndola de nuevo a él, a sus sonrisas, a sus besos… Era como estar enganchada en un bucle infinito.

Sin embargo, en aquel momento, Dottie tomó a Chris por los brazos con suavidad y la obligó a mantener el contacto visual.

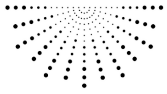
—Ken solo se ha tomado un respiro, sobrina —le dijo—. Nada más. Conociéndote, seguro que en vuestra última conversación le atizaste donde más le dolía. —Notar el súbito brillo en aquellos hermosos ojos, le confirmó que había acertado—. Tan seguro, como que él reaccionó en consecuencia. Aunque parezca un Adonis, es humano, ¿sabes? Si lo pinchas, sangra. Y viendo lo rara que estás desde que has regresado del trabajo, apuesto la cabeza y no la pierdo, a que él ha vuelto a dar señales de vida. No sé lo que ha hecho. No tengo ni idea. Hay que reconocer que el muchacho es de lo más creativo. Pero sí sé una cosa; no va a parar. Y lo aplaudo por eso. Lo aplaudo de pie, Chris.

Durante un instante, Chris permaneció en silencio. El hartazgo, la confusión, el dolor por la ausencia de una persona de quien ella misma había decidido mantenerse alejada, eran sentimientos demasiado extraños, demasiado nuevos. No sabía cómo gestionarlos. Pero en medio de semejante cóctel de emociones, algo estaba muy claro.

—La verdad, Dottie, me cuesta mucho entender que justamente tú puedas decirme esto —murmuró al tiempo que liberaba sus brazos con suavidad, y volvía a coger el cuchillo de cortar verdura—. Como si no supieras…

—¿A quién hay que aplaudir de pie? —intervino Lilly, risueña, desde la puerta de la cocina. Y señalando su brazo en cabestrillo, exclamó—: ¡Si alguien me presta una mano, me apunto encantada!

CAPÍTULO VEINTISIETE



Ken apartó de su vista aquel semanario que le estaba haciendo hervir la sangre y cogió su móvil. Seleccionó el número de Bradley Rafferty y esperó a que él respondiera.

—Hola, Ken. ¿Qué tal? Acabo de recibir el texto preliminar de la disculpa pública de parte de los abogados de *Fox Music Entertainment*. Es concisa, sin florituras, pero lleva la firma del gran cacique y, en conjunto, me parece correcta. Te la reenvío en un rato, a ver qué opinas. En cuanto le des el OK, estará en las rotativas de los periódicos más importantes del país y en las cadenas de radio y televisión. Por cierto, enhorabuena por el exitazo de tu actuación en Alabama. ¡El ruido de las ovaciones llegaba hasta aquí! —dijo riendo, pero enseguida se puso serio—. Perdona, has llamado tú y yo me he lanzado, sin más… ¿En qué puedo ayudarte?

Ken también se rio.

—Gracias, Bradley. Dudo mucho que el sonido llegara tan lejos, pero sé que exageras con la mejor intención. Fue muy bien —concedió con tono ilusionado—. Mejor que bien, en realidad. Pero mientras yo me dejaba la piel en el escenario, la revista *Gossip* ha vuelto a hacer de las suyas.

—¿Ah, sí? No he visto lo que publican…

—Sí, me dedican la portada y las páginas centrales. Nos dedican, a ella y a mí. Otra vez.

Había alucinado al ver la cantidad de material que la revista había conseguido, teniendo en cuenta lo breve que había sido la estancia de Chris en Nashville. No tenía que preguntarse cómo habían logrado hacerse con él, porque estaba muy claro; Sandy había hecho que lo siguieran veinticuatro horas al día. Pero pasado el primer momento de alucine, lo que tenía ahora era un enfado monumental.

En esta ocasión, el artículo estaba intentando montar una historia de amores secretos, utilizando otras fotos que él ni siquiera era consciente de que le hubieran hecho. En una de ellas, Chris y él estaban en el parque, sentados en un banco, conversando. Por suerte, ella tenía puestas unas gafas de sol y llevaba el cabello suelto, por lo que su rostro apenas se veía. En otra, aparecía él, entrando en el aparthotel donde Chris se había alojado durante su estancia en Nashville. Era de noche, así que las especulaciones sobre qué hacía él allí a esas horas, estaban servidas. También había varias fotos más tomadas en la puerta del hospital donde había estado internada Lilly. Los mostraba conversando. Noah y River le hacían fiestas a Chris. Una vez más, ella no miraba a la cámara, sino a los cachorros. Pero estaban cerrando el cerco en torno a ella. Los pocos párrafos que acompañaban el reportaje lanzaban teorías sobre Chris y sobre el porqué de tanto secretismo. Ken empezaba a tener la sensación de que, como no cortara aquel asunto de raíz, lo siguiente que harían sería ponerse a rascar aquí y allí para averiguar su identidad, y

hacerla pública. Algo que, naturalmente, no estaba dispuesto a permitir.

—¡Qué cabrona es la tía esa! —oyó que Bradley decía.

—Ya ves. Parece que aún con la camisa de fuerza puesta, sigue tirando de sus hilos para joderme, y no se lo voy a permitir. Así que vas a añadir una exigencia más a la lista; quiero los originales y todas las copias existentes de todas las fotos que hayan tomado. De todo lo que esta tía ha reunido sobre mí. Porque ha estado hurgando y tiene documentado, con lujo de detalles, mi paso por las clínicas de rehabilitación.

—¿Tiene pruebas? —preguntó asombrado.

—Eso parece —dijo Ken, sin entrar en detalles—. Quiero hasta la última foto que tenga, y la quiero para ayer. Por favor, asegúrate de dejarles muy claro a los abogados que, como vuelva a publicarse algo sobre… —No le había hablado a Bradley de quién era ella y, de momento, no pensaba hacerlo. De modo que, no podía referirse a Chris por su nombre—: la mujer del aparcamiento, voy a convocar una rueda de prensa y no les va a gustar oír lo que voy a decir.

—Por supuesto. Cuenta con eso. ¿Sabes? Nunca pensé que diría esto, pero me encanta ser tu abogado. ¡Me lo paso bomba! ¡Casi tan bien como escuchándote cantar! —celebró Rafferty, riendo de buena gana, a modo de despedida.

Ken volvió a dejar su móvil sobre la mesa de su despacho en las nuevas oficinas, agradecido por el momento de risas. Le hacían mucha falta.

Desde fuera, le llegaban las carcajadas risueñas de Bella y las pullas de Tom. Gary y Paul, los dueños del centro veterinario a cargo del adiestramiento de Noah y River, habían ido para llevarle a sus cachorros y, de paso, a conocer su nueva sede operativa. Pero llevaban más de una hora allí, y nada parecía indicar que estuvieran a punto de marcharse.

Ken había llegado a Nashville de madrugada. Se había ido a la cama feliz, —profesionalmente feliz, ya que su vida sentimental continuaba cuesta abajo—, y de no ser por Bella, que lo coleccionaba todo sobre él, no se habría enterado de la nueva historia que el semanario estaba intentando tejer a partir de las fotos.

Por decirlo de forma amable; se le había atragantado la felicidad. Menos mal que su padre aún no había llegado. No solo se habría disgustado; habría encontrado en esas fotos una nueva razón para sacar el tema. ¿Y qué podía decirle? Después de devanarse el seso pensando en la mejor forma de afrontar el asunto, se había decidido por enviarle una carta a Chris. Él, que, como mucho, había garabateado una frase en alguna tarjeta navideña en toda su vida.

Le había tomado horas escribirla. Horas, y un cesto lleno de folios rotos en pedacitos. Quería decirle tantas cosas, que centrarse en el tema principal y no acabar escribiendo un testamento infumable, le había resultado mucho más duro de lo que esperaba.

Y diez días después, continuaba igual. Tan loco por ella como antes y sin noticias. Nada. Cero. Como si a Chris se la hubiera tragado la tierra.

No había despachado el sobre. Lo había entregado en la recepción del hotel. El empleado le había asegurado que el servicio postal recogía correspondencia dos veces al día en aquel establecimiento. ¿Podía una carta tardar tanto en llegar? Ni que fuera a lomos de una tortuga… O Chris no la había recibido aún, o estaba pasando de él. Exactamente igual que venía haciendo desde que sus destinos se habían cruzado en aquel lavabo de caballeros de un hotel de Nueva York.

Ken soltó un bufido.

Cada día que pasaba tenía más claro que había una razón de peso para explicar la huida de Chris. Porque había sido eso, una huida en toda regla. Y el hecho de que, hasta el último minuto,

hubiera intentado evitar mantener una conversación cara a cara con él, viéndolo en perspectiva, le parecía una prueba evidente de sus intenciones de largarse, sin más. No quería un encuentro en persona. No porque, como ella había alegado, hubiera querido evitarles a los dos un mal momento, sino porque no quería arriesgarse a que sus sentimientos por él la traicionaran, él se diera cuenta e intentara sacar partido.

Claro que él no había hecho eso, precisamente… Dios. La forma en que ella había reaccionado al verlo, esperándola a las puertas del aparthotel, lo había descolocado tanto… Se había sentido ninguneado. Insultado. Su vanidad se había revuelto de tal forma, que le había resultado imposible amarrarla por más tiempo. Cuando Chris había pronunciado la palabra «prestigio», él ya no había sido capaz de seguir escuchando. Tras soltar una frase que pasaría a la historia por patética, más propia de un quinceañero que de un hombre hecho y derecho, se había largado. Se había lucido, pero bien.

Ni entrenándote, habrías podido hacerlo tan mal, tío.

Cada que vez que recordaba ese momento, se acaloraba de pura vergüenza.

Ahora veía claro que Chris había querido evitar contra viento y marea, que él la convenciera de una verdad que se negaba a aceptar; que no había un lugar mejor en el mundo para ella, que junto a él. Lo que no acababa de ver claro era el porqué.

Desde su conversación con Dottie, no dejaba de darle vueltas al asunto, de preguntarse qué le había sucedido a Chris. Qué era lo que le había hecho tanto daño para que ni siquiera se atreviera a darle una mísera oportunidad a la innegable conexión que compartían. A estas alturas, estaba convencido de que el tan cacareado argumento de que sus vidas discurrían por caminos distintos, era solo la punta del iceberg. Y, por supuesto, ya nadie lograría convencerlo de que haberse enterado de sus adicciones por el maldito sobre anónimo, por lamentable que fuera, tenía algo que ver con su decisión. Ni siquiera la amenaza que acompañaba el dosier. Una mujer que había pasado buena parte de su vida adulta, enfrentándose a peligros reales que el resto de los mortales solo veían por la televisión, no se dejaría acorralar con tanta facilidad. Menos aún, sin presentar batalla. No, ni hablar.

Ya había perdido la cuenta de las veces que había estado a punto de llamarla. Peor aún, de coger un vuelo a Toronto y presentarse en su casa, sin previo aviso. No lo había hecho por una sola razón; respeto por su decisión. Él, mejor que nadie, conocía la importancia de esa palabra y lo que suponía que hubiera desaparecido del diccionario de tanta gente. Llevaba doce años enfrentándose a personas que se creían con derecho a poner en tela de juicio todo lo que hacía, a cuestionar sus decisiones, a acosarlo y manosearlo, como si no fuera un ser humano. Doce años, sufriéndolo en carne propia… Había sido decisión de Chris poner punto final a la relación. Lo había dicho alto y claro. De manera inequívoca. Y, desde entonces, su proceder continuaba haciendo honor a dicha decisión. Al menos, por el momento. De ahí, que él hubiera recurrido a la peregrina idea de enviarle una carta. Le había parecido la manera menos intrusiva de intentar restablecer la comunicación entre los dos.

Ken se restregó la frente, consciente de que empezaba a desesperarse. La ausencia de Chris le resultaba insoportable. Se acostaba y se levantaba con esa misma presión en el pecho, como si una plancha de mil kilos le impidiera respirar más que a cuentagotas. Era físico, no solo emocional.

Como bien había dicho Bella, a Ken Bryan le dolía el corazón.

TOM MIRABA a Bella con sus pintas de quinceañera gótica, haciendo sugerencias de decoración a diestro y siniestro con tanta pasión, y tenía que aguantar la risa. Solía mantener a distancia a las adolescentes que copaban cada rincón disponible en los conciertos de Ken. Para él eran igual que las mascotas; una molestia con la que prefería no tener que lidiar. Pero tenía que reconocer que Bella era un regalo caído del cielo. Era ocurrente, divertida, y dispuesta a lo que hiciera falta por su ídolo. Sentía adoración por Ken Bryan y lo mostraba sin tapujos. Pero, era una clase distinta de adoración, que no tenía connotaciones sexuales. No procedía con Ken como el bombón al que todas querían hincarle el diente. Quería ser útil, ayudarlo a llegar a lo más alto, donde estaba convencida de que debía estar.

Y, así, poco a poco, se estaba haciendo un sitio en el incipiente organigrama de su empresa, ya que Ken contaba con ella. Confiaba en Bella. Prueba de ello, era la atención con la que escuchaba sus propuestas.

—Tanto póster mío por todas partes, no sé… ¿No te parece que será demasiado «yo»? Son unas oficinas, no un museo —dijo Ken, de pie en mitad de la nave principal, con los brazos cruzados, mientras miraba con ojo crítico las desangeladas paredes.

Ella soltó una de sus carcajadas risueñas.

—¡Mira, que eres humilde! ¡¿Cómo va a ser demasiado «tú»?! ¡Eso es imposible, Ken! Dices unas cosas, chico… A ver, piensa, ¿qué clase de gente vendrá a estas oficinas? —Usó sus dedos para enumerar las opciones—: *Fans*. Hazte a la idea de que en cuanto se corra la voz, vendrán a verte. Y te puedo asegurar, tan cierto como que estoy aquí parada, que adorarán tus paredes cargadas de «tú». Como si empapelamos la nave al completo del techo al suelo. Músicos. Los tuyos, así que, que se aguanten. Si se portan bien, igual podemos poner uno en el que aparezcan ellos. Promotores. Este es tu reino y eres un músico independiente. Si quieren intentar llevarse un trozo del pastel, que sufran… A ver, ¿qué más?

—Proveedores. Ya sabes; papel higiénico, café, bebidas, bolis, tinta para impresora… —intervino Tom, encantado de meterse con ella—. Y en su mayoría son tíos, así que Ken tiene razón, es muy posible que acaben de tanto «él» hasta los mismísimos.

—Muy seguro pareces tú de que porque son hombres…, ya me entiendes. ¡Si vivieras uno de sus conciertos desde la arena, cambiarías de opinión en un periquete! Para tu información, los tíos se pirran [1] por él tanto o más que nosotras.

—Uy, Bella, cuidado. Ese tema de los géneros es muuuy delicado para nuestro colega, aquí presente —dijo Ken, después de hacerle un guiño a Tom.

—No es para nada delicado. Un tío no puede pirrarse por otro tío, chavales —repuso él, haciendo el gesto de ponerle comillas a las palabras—. Si se pirra, es que no es un tío. Así de simple. Yo te quiero un montón. Me pareces un tipo de puta madre. A veces, bastante pelmazo con tus ñoñerías de tipo sensible, eso sí. Pero, ni aunque viviera cien años, me pirraría por ti. Vamos, que no me vas para nada, chaval —guaseó.

—Qué dato más interesante, Tom —dijo una voz masculina que todos, excepto Bella, reconocieron al instante.

Tom se rio de buena gana. Robert, tan oportuno como siempre, pensó.

Ken le dedicó una sonrisa a su padre y un guiño a su tía.

—¡Hola! Venid, venid… —Miró a Bella—. Entre el millón de cosas que coleccionas sobre

mí, ¿tienes alguna foto de este hombre? —dijo, posando una mano sobre el hombro de su padre —. ¿Sabes quién es?

Bella se puso en movimiento tan pronto consiguió recoger su mandíbula del suelo.

—¡Madre mía! ¡Son como dos gotas de agua! —Se detuvo frente a Robert y estrechó su mano, efusivamente. Él respondió al saludo con afecto—. Soy Bella. Encantada de conocerlo, señor. ¡Encantadísima! ¡No se imagina la ilusión que me hace…!

Entonces, al reparar en la mujer que lo acompañaba, la joven volvió a abrir la boca asombrada. Sabía que la madre de su ídolo había muerto cuando él era todavía un niño, pero esos ojos…

Doreen le apretó el brazo cariñosamente.

—Soy hermana de su madre. Me llamo Doreen. Encantada de conocerte, Bella.

—¡Ah, claro! ¡Dios mío, tienen los mismos ojos fabulosos! ¡Encantada, señora! —Miró a Ken rebosante de alegría—. ¡Qué día más genial!

Tanto Robert como Doreen estaban al tanto de la existencia de Bella. No porque Ken la hubiera mencionado, sino por Tom. Había sido durante uno de esos momentos, últimamente muy frecuentes, en los que Ken se quedaba ensimismado en sus pensamientos, y su amigo intentaba llenar el silencio con algún comentario para que no fuera tan evidente que la cabeza de Ken volvía a estar a kilómetros de donde estaba el resto de su cuerpo. Tom había destacado su aspecto, que había denominado «gótico», su afición por llevar el pelo recogido en dos coletas, y su carácter extrovertido y ocurrente. Robert intercambió miradas con su hijo antes de decir:

—¿Y quién eres tú, Bella? Por favor, cuéntanos tu historia.

—¿Mi historia? —se rio asombrada—. A ver… Tengo más años de los que aparento. Soy estudiante de Psicología, una ex amante del rock duro que se convirtió al country cuando escuchó a su hijo por primera vez, hace… Uf, un montón de tiempo. Y como prueba de mi admiración eterna por el que considero el mejor músico del mundo, soy la presidenta de su club no oficial de *fans* con sede en Nashville. —Sonrió—. Creo que esto es un buen resumen de quién soy, sí. —Miró a Ken—. ¿Qué dice la estrella?, ¿está de acuerdo?

Ken hizo un gesto dudoso con la boca.

—Casi —repuso.

Bella frunció el ceño.

—¿Y eso?

—No solo del «no oficial». Del «oficial» también. Bueno, primero habrá que crearlo, claro. Quiero que lo presidas. Sin elecciones —precisó, risueño.

La sonrisa que iluminó aquel rostro juvenil fue digna de una foto.

—¿Así, en plan dictador? ¿Elegida a dedo?

Ken asintió con la cabeza varias veces.

—Mi reino, mis reglas. ¿Qué dice la presidenta?, ¿está de acuerdo? —la imitó, satisfecho de ver su rostro radiante de alegría.

—¡Vaya pregunta! ¡¿Cómo no voy a estar de acuerdo?! ¡Dios mío, me va a dar un ataque! —exclamó Bella.

Y, para enorme gusto de Ken y de los demás allí presentes, la muchacha coronó aquel inolvidable momento de suprema felicidad, dando un salto con un brazo en alto, como si fuera una atleta que acababa de batir su propio récord.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Bella se había quedado en la parte principal de la nave, haciendo un croquis y tomando notas de lo que tenía en mente llevar a cabo para convertir esas aburridas paredes, en un lugar acorde «al mejor músico del mundo».

Mientras tanto, en la sala de conferencias de la nueva sede social, cuyas paredes lucían tan desangeladas como el resto del edificio, Ken mantenía la primera reunión oficial con su padre, su tía y su mánager. Contaban con la presencia de otros dos seres que se habían vuelto invitados habituales dondequiera que estuviera Ken; sus cachorros, Noah y River. Estaban echados junto al sillón de su amo, uno a cada lado. Dormitaban, ajenos a los importantes asuntos que ocupaban a los humanos con quienes compartían sala.

Ken había abierto el orden del día, exponiendo su intención de continuar como un artista independiente, a pesar de la oferta recibida de *Fox Music Entertainment*. No pensaba rechazarla de forma expresa todavía. Había un par de festivales importantes que no habían confirmado si repondrían su nombre en el cartel, y tenía intenciones de solicitar a la empresa de su antigua promotora musical, «otro gesto de buena voluntad». Mientras creyeran que podían recuperarlo como cliente, recorrerían la milla extra por él y, después de lo sucedido, Ken no se sentía en absoluto culpable por aprovecharse de las circunstancias.

A continuación, abrió una carpeta que le había dejado Bella, y repartió los folios entre todos. Era el texto preliminar del comunicado que *Fox Music Entertainment* enviaría a los medios de comunicación, como parte del acuerdo alcanzado con él.

—Es la famosa disculpa pública —explicó—. Increíble poder de síntesis, eso no se les puede negar. Hay que afilar mucho el lápiz para lograr resumir en dos párrafos un descalabro millonario. Saldrá en los periódicos nacionales más importantes y también se enviará a las cadenas de radio y televisión. Para mí es suficiente. ¿Qué opináis?

Robert sacó las gafas del bolsillo frontal de su polo azul marino y se las puso. Leyó en voz alta:

»*Fox Music Entertainment* desea poner en conocimiento público que la rescisión del contrato que unía al señor Kenneth Bryan con nuestra organización y la consecuente cancelación de los compromisos adquiridos, no se debieron a un incumplimiento por su parte. El señor Bryan ha procedido con profesionalidad y plena dedicación en todo momento, y no tiene responsabilidad alguna en este lamentable incidente, por el que ya se han tomado las medidas disciplinarias correspondientes.

»En consecuencia, nos complace anunciar que hemos alcanzado un fructífero acuerdo con el señor Bryan. A través de él, confiamos en poder compensar los perjuicios ocasionados por esta actuación, tan impropia de un directivo de nuestra firma, que lamentamos profundamente.

»Firmado: Randall Carrington-Fox. Presidente de *Fox Music Entertainment, Inc.*

Volvió a quitarse las gafas y miró a su hijo.

—Partiendo de la base de que no se trata de una disculpa sincera, sino de una forzada por un acuerdo, cumple su propósito. Admite que no hubo infracción alguna por tu parte, destaca que siempre has procedido con profesionalidad, y deja tu reputación a salvo, que es lo que importa. Para mí también es suficiente.

—Para mí, no —intervino Doreen—. Esa gente te ha hecho mucho daño. El dinero no puede compensar el dolor, la desilusión, la afrenta, la rabia… Nunca lo hace. Ni en este caso, ni en ningún otro.

Robert le dedicó una mirada tierna a su cuñada.

—¿Y qué va a decir la tía cuando le tocan a su sobrino favorito?

—Ha pedido nuestra opinión y esta es la mía —repuso ella, sin más.

—Tienes toda la razón, tía. La verdad es que he salido bien librado de puro milagro y no hay forma de compensar el disgusto que nos han dado. Pero quiero acabar con este asunto de una vez y dedicarme a lo que importa. Tengo el dinero que quería, un preacuerdo con la discográfica, que fue la razón principal de que aceptara que Sandy fuera mi promotora musical, y una disculpa pública que restituirá la confianza de los empresarios del sector en mí. No es la solución perfecta, pero es una solución suficiente.

—Lo que tú decidas estará bien, cariño —concedió Doreen.

—¿Y qué dice mi mánager, a todo esto?

Él esbozó una sonrisa displicente.

—¿De verdad necesitas preguntármelo? ¡Por Dios, acabemos con esta mierda de una vez! ¡Qué hartura de dimes y diretes! —exclamó Tom.

—Y que lo digas, tío… Y que lo digas.

La reunión continuó con otros asuntos, pero cuando estaban a punto de acabar, Tom recordó algo.

—Me ha llamado Taylor —dijo.

Taylor Benson había sido el bajista de Ken hasta que él se había marchado de Nashville. Era uno de los músicos que había estado junto a él desde el principio porque, de hecho, también era oriundo de Springfield. Ken y Taylor habían sido compañeros en el colegio.

—¿Cómo está?

—Bien…

—Me alegro —dijo Ken, sin darle opción a continuar—. Y hablando de músicos, ¿qué tal va la lista de candidatos preseleccionados?

Tom le dedicó una mirada irónica.

—Iba a decírtelo cuando me has interrumpido, como si el nombre de tu ex bajista invocara a las fuerzas del mal. ¿Me dejas continuar?

Ken concedió con un gesto de la mano sin darse por aludido del tono incisivo de su mánager.

—Tengo diez nombres, todos buenísimos músicos. Podrían ser más de diez. El anuncio ha

funcionado de maravilla. Pero creo que es mejor empezar por estos y seguir según resulten sus entrevistas contigo. ¿Quieres que incluya al innombrable como número once? Me ha dicho que tiene el verano a tope de trabajo, pero si estás interesado en que vuelva a formar parte de tu grupo, a partir del otoño, puedes contar con él.

Al ver el brillo en los ojos de su hijo, Robert tuvo la certeza de que Tom acababa de agitar el avispero. Dado que prefería no tener que presenciar las consecuencias, apoyó la mano en el borde del sillón para ayudarse a ponerse de pie.

—Chicos, si no hay nada más, creo que me voy a dar una vuelta. El médico ha dicho que siga estirando las piernas, así que aprovecharé que fuera hace un buen día.

—Formas parte de esto, papá. Tendrás que acostumbrarte a que, a veces, Tom y yo no estemos de acuerdo en algo. Por favor, quédate. Tu opinión es muy importante para mí.

Robert regresó a su posición original sin hacer comentarios. Ken desvió la vista hacia su amigo.

—No pienso rodearme de gente que no estuvo a la altura en el pasado. Ya lo sabes, Tom. No voy a hacer excepciones de ninguna clase. Además, y solo para que conste, si Taylor quiere volver a ser uno de mis músicos, lo menos que espero, es que tenga la decencia de decírmelo a mí, directamente. ¿O es que ha perdido mi número? —Tom asintió con la cabeza. Lo mismo le había dicho él—. Empezaremos por esos diez y, si es necesario, echaremos mano de los otros que has dejado en reserva. Es lo más práctico. Mañana y pasado puedo dedicarle todo el día a este tema. Cítalos, a ver si pueden venir.

Para sorpresa de todos, Doreen volvió a intervenir. Con su tono dulce y su hablar pausado, formuló una pregunta que dio lugar a la conversación más seria y directa que tía y sobrino habían tenido sobre la cuestión.

—Disculpa, Ken… ¿Estás a gusto con esa decisión?

—¿Por qué no habría de estarlo? —No fue Ken, sino su padre quien respondió.

Doreen le dedicó una mirada cómica a su cuñado, que venía a decirle que, a menos que se llamara Ken, ya podía ir cerrando la boca. A continuación, volvió a centrarse en su sobrino, esperando una respuesta.

—No se trata de eso, tía…

—Yo creo que eso es justamente de lo que se trata, cariño. O, al menos, debería. ¿No se te ha ocurrido pensar que, quizás, no te llama directamente porque se siente culpable por cómo procedió contigo?

Ken asintió enfáticamente con la cabeza.

—Exacto. Si se siente culpable, lo que tiene que hacer es dar la cara e intentar reparar su error, ¿no te parece?

Tom había escuchado el argumento de Ken varias veces, de modo que no le sorprendió. Lo diferente en esta ocasión era ante quién lo estaba defendiendo; Doreen, la única mujer de la familia. Esto era decididamente una novedad y estaba muy interesado en ver adónde les conducía.

—Desde luego —repuso ella—. Pero fuiste tú quien cometió el error en primer lugar.

Robert miró ceñudo a su cuñada y como ella no se dio por aludida y siguió hablando, él bajó la cabeza, en lo que a todos les quedó claro que no fue, sino un intento de evitar que se dieran cuenta de lo mal que le habían sentado sus palabras.

—Ellos y tú formabais parte de un proyecto común —continuó Doreen—. Cuando te marchaste de aquí, se quedaron sin nada; sin ti, sin proyecto, sin trabajo… Y ya sé que Tom y tú

les pagasteis el equivalente a sus ingresos de algunos meses, a modo de indemnización, pero como comentábamos antes, el dinero no puede compensar el dolor y la desilusión. Así que, quizás, su reacción de mantenerse alejados de ti cuando regresaste a Nashville, tiene otros componentes que no has tenido en cuenta…

Ken asintió con la cabeza, pensativo. Hasta ahora nunca se había detenido a pensar en lo sucedido de la forma que su tía planteaba. No estaba seguro de ser capaz de hacerlo en aquellos momentos; los efectos de la ausencia de Chris estaban haciendo estragos en él.

—¿Crees que debería hablar con ellos otra vez?

Tom decidió intervenir.

—Deberías hablar con quien muestra interés por volver contigo. —Vio que Ken dirigía su mirada hacia él y lo escuchaba con atención—. Taylor no me llamó porque necesite el trabajo, tío. Me llamó por ti.

Doreen se mostró de acuerdo con lo dicho por Tom. Se estiró hacia delante y acarició la mano de Ken.

—Es importante que te sientas en paz con las decisiones que tomas —le dijo—. Sean las que sean. Especialmente, cuando involucran a personas que han significado tanto para ti.

Todos ellos significaban mucho para Ken. Habían sido más que simplemente los músicos de su banda. Esa era la razón de que todavía se sintiera muy dolido por la total indiferencia que le habían demostrado desde que había regresado a Nashville. Cuestión de lealtades al margen, estaba convencido de que no se habían portado bien. Tenía el cerebro frito y una parte de él se resistía a darle otra oportunidad a Taylor. No obstante, algo estaba claro; tampoco podía ignorarlo.

—Eres la personificación del sentido común. Así que, si tú lo dices, debería considerarlo seriamente, ¿no? Gracias, tía —dijo Ken, esbozando una ligera sonrisa.

—De nada, sobrino.

Ken no había sido el único en descubrir una perspectiva diferente de lo sucedido. Robert también y, al igual que su hijo, miró a Doreen con una sonrisa y, esta vez, concedió a lo dicho por ella con un movimiento aprobatorio de la cabeza.

—¿Alguna cosa más? —dijo Ken recorriéndolos a todos con su mirada—. Muy bien. Entonces, hemos acabado por hoy. ¡Nuestra primera reunión, señores… Y señora! —matizó, dedicándole una sonrisa cariñosa a Doreen—. ¡Y no ha corrido la sangre! —añadió, divertido.

Y, esta vez, su mirada fue directamente a encontrarse con la de Tom, haciendo que todos rieran a carcajadas.

KEN ESPERÓ hasta que Robert y Doreen se marcharan para contarle a Tom lo que había hablado con Bradley Rafferty.

—¿Ha habido más fotos? —preguntó Tom, sorprendido.

Él aún no había llegado cuando Bella le había enseñado su ejemplar de *Gossip*. Ken negó con la cabeza y se lo entregó.

Al margen de lo molesto que estaba por la noticia, a Tom le sorprendió ver la cantidad de material que retrataba a su amigo con Chris. Pensó con malicia que, por lo visto, habían exprimido a fondo el poco tiempo que habían pasado juntos.

—Me pregunto qué más tendrá sobre ti, esa víbora —dijo poniendo el ejemplar a un lado de la mesa.

—Y sobre Chris —matizó Ken.

Tom asintió varias veces con la cabeza. Titubeó antes de decidirse a hacer la pregunta en voz alta. No había dudas de que el ánimo de su amigo estaba por los suelos. No hacía falta más que ver su expresión taciturna cuando creía que nadie le prestaba atención. Sin embargo, no lo había vuelto a oír hablar de Chris. Ignoraba cómo estaban las cosas entre ellos, pero tenía la esperanza de que, con el paso del tiempo, a Ken se le pasaría. Empezaba a resultarle bastante evidente que, por el momento, no era el caso.

—¿Has vuelto a saber algo de ella?

Ken no tenía ganas de hablar del tema. En parte, porque todavía le escocía la forma en que se estaban desarrollando las cosas, siendo él quien era. No estaba acostumbrado al rechazo y Chris le estaba sirviendo ración doble de él. En parte, también, porque, aunque Tom era su mejor amigo, no creía que fuera el interlocutor adecuado para hablar de sentimientos amorosos. Pero, era su mejor amigo. No se sentía cómodo dejándolo al margen.

—Por ella, no. —Y al ver el gesto interrogante de Tom, hizo las aclaraciones oportunas—. Su tía me envió un mensaje y luego hablamos. Yo la llamé.

Tom no se molestó en disimular su asombro. Se había llevado una buena impresión de aquella mujer. Ella se había mostrado muy cómplice con lo que se estaba fraguando entre Chris y Ken. Pero no había contado en ningún momento con que tomara la iniciativa de seguir en contacto con él, a espaldas de su sobrina.

—Guau —fue todo lo que dijo.

Ken no podía estar más de acuerdo. De no ser por Dottie, quizá nunca habría llegado a enterarse de la existencia del sobre, cuyo contenido lo había dejado en tan mal lugar. Tampoco de lo que ahora le parecía más evidente que nunca; que había otras razones, distintas de las que Chris le había dado, para no querer seguir en contacto con él.

—El artículo con las fotos del aparcamiento no fue la única puñalada trapera de Sandy. Hizo que le dejaran un sobre en la recepción del aparthotel con un dosier completo de mis tratamientos de desintoxicación. Por lo visto, tiene hasta fotos.

—¡Pero qué me dices, tío! ¡Qué hija de puta!

—Y eso no es todo. Había una nota amenazándola con hacerlo público, si no se marchaba del país y terminaba toda relación conmigo.

La preocupación de Tom crecía por momentos. No era extrañeza. De Sandy esperaba cualquier cosa, pero no que, de tener documentos que probaban que Ken había estado en rehabilitación, los hubiera utilizado de esa forma. De hecho, ahora que pensaba en ello, no le cuadraba en absoluto.

—Y si tiene esas pruebas, ¿por qué no las usó para justificarse ante su padre por la rescisión unilateral del contrato, cuando tú le plantaste cara a través de Bradley? Al menos, podría haber rebajado los términos de la negociación o lanzarte un órdago, a ver si te echabas atrás.

—Porque quería hacerme daño. Y sabe que con el dinero no puede hacérmelo. Lo intentó, y pasé de ella. ¿Recuerdas lo que le dijo a mi padre, ese día que se presentó en mi casa? Dijo que sabía cuál es mi talón de Aquiles. —Tom asintió. Ken lo reconoció sin rodeos—. Acertó.

Toda una declaración en la que su amigo, a más inri, no había usado el verbo en pasado, sino en presente, pensó Tom.

—Guau —volvió a decir.

Ken permaneció en silencio.

—Deduzco que Chris no sabía que eres un adicto en rehabilitación.

—No.

—¿Y piensas que esa es la razón de que haya cortado por lo sano? Hay que admitir que el *shock* debió ser de campeonato…

—Debió desencantarla enterarse así… Pero no creo que esa sea la razón, no. Verse en boca de todo el mundo, cuando ese semanario publicó las fotos del aparcamiento, la sacó de quicio. Dijo que ese es mi mundo, no el suyo. Que no quería verse en la primera plana de las noticias, que tenía una imagen y un prestigio que proteger.

—¿Todo eso? ¿Y lo aguantaste sin que se te moviera un pelo?

Tom se estaba burlando. Conocía a su amigo lo bastante para intuir que no había sido así.

—Fui un imbécil —reconoció Ken—. Y ahora intento arreglarlo. Por el momento, sin mucho éxito. —Y ya que estoy en plan de reconocer verdades, ahí va otra más—: básicamente, porque no tengo la menor idea de cómo arreglarlo. Por mi conversación con su tía y por algunas cosas que ya había notado antes en Chris, he sacado en claro que hay algo más en todo esto.

—Algo más, ¿como qué?

—No estoy seguro… Lo nuestro le asusta. Es… Intenso. Además, sucedió muy rápido y sé que eso le preocupa. Y mi vida de estrella, lo que soy, también. Pero hay más, y no sé qué es. Tengo la impresión de que tiene que ver con algo de su pasado…

—¿Algo de su pasado? —dijo Tom con escepticismo—. A mí me pareció una chica normal con una familia normal. Sus padres murieron, de acuerdo, pero da la impresión de estar muy unida a su hermana y a su tía. —Se quedó pensando un instante y entonces se le ocurrió algo—: A lo mejor, tuvo una mala experiencia con algún tío. Eso sí que podría ser…

¿Era eso posible?, pensó Ken. No habían hablado de sus relaciones pasadas. Y, de haberlas, el tema habría salido.

—No sé. Lo dudo. No creo que su estilo de vida le haya dejado tiempo para relaciones profundas. Quiero decir, lo bastante profundas como para tener una herida abierta. Lleva años en rincones perdidos de la mano de Dios.

—Vale —dijo Tom, decidido—. Darle vueltas a esto, no te lleva a ningún lado. La única forma de saber lo que le ocurre, es que ella te lo diga.

—Una idea genial, si no fuera porque se marchó y no quiere seguir en contacto conmigo —apuntó Ken, todo ironía.

—Olvídate de eso, hombre…

—¿Que me olvide? —lo interrumpió Ken—. Tío, no me estás ayudando.

—Sus decisiones son sus decisiones. No puedes hacer nada al respecto. A eso me refiero. Concéntrate en las tuyas. Quieres recuperarla. Quieres averiguar qué pasa de verdad. Para eso necesitas que esté dispuesta a volver a verte y hablar contigo. ¿Cómo lo consigues? Desde mi punto de vista, solo puedes hacer dos cosas. Uno, cargarte los obstáculos que sabes que existen. Quitarlos del medio para que dejen de ser un obstáculo. Y dos, hacer mérito a lo loco. Y no se te ocurra preguntarme cómo se hace eso, porque no tengo la menor idea. La clase de méritos que yo hago por una mujer, a ti no te sirven —admitió.

Y, por primera vez desde que la conversación se había vuelto seria, una sonrisa brilló en el rostro de Tom Keller.

Ken asintió enfáticamente. También sonrió.

Y se quedó pensando en lo dicho por su mánager.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ken aprovechó la pausa de una hora hasta su siguiente entrevista con los músicos candidatos, para llevar a Noah y a River a dar un buen paseo.

—Salgo un rato —le dijo a Tom, al pasar frente a su puerta.

—¿Qué tal ha ido?

—Bastante bien, pero te lo cuento luego. Mis peludos deben estar desesperados ya.

Tom le dedicó una mirada displicente.

—Claro, y eso no podemos permitirlo. ¡Los peludos ante todo!

Ken sonrió ante el comentario de su amigo.

—No te pongas celoso, hombre…

—Celoso, ¿de qué?, ¿de que no me saques a pasear con una correa? —Se rio—. ¡Tranquilo, lo superaré!

Ken se despidió con un gesto de la mano y continuó andando. Se detuvo brevemente en su oficina, cogió las correas, una nueva botella de agua de la pequeña nevera, su cartera de hombre, y puso rumbo a la zona diáfana de la nave. Noah y River también tenían su rincón allí, en un extremo, donde estaban sendas colchonetas, sus juguetes y los contenedores para el agua y la comida. Ken prefería que estuvieran con él, pero si, como aquella mañana, tenía que reunirse con desconocidos, los cachorros disponían de un espacio propio donde quedarse. No estaban atados, por lo que podían moverse con libertad.

Sus perros no tardaron en ir a recibirlo, moviendo sus colas al tiempo que ladraban, como si llevaran media vida sin verlo.

—Tenéis ganas de salir de aquí, ¿a que sí? —palmeó sus cabezas y, como siempre, dedicó unos instantes a acariciar su grueso pelaje. Los perros respondieron a sus atenciones, lamiéndole la mano y frotándose contra sus pantalones—. ¡Seguro que sí! No se lo digáis a nadie, pero yo también. Necesito que me dé el sol. Así que, ¡andando!

Había aparcado la furgoneta a la sombra, en la acera de enfrente y tan pronto había abierto la puerta de la nave, los cachorros se habían lanzado a cruzar la calle, como si estuvieran en su propio jardín.

—¡Eh, cuidado! ¡No salgáis a lo loco, que si viene un coche no le dais tiempo a frenar! —No era el caso con aquella calle en particular, pero debía acostumbrarlos a proceder con menos ínfulas de cachorro.

Fue entonces, cuando reparó en que en aquella calle, normalmente desierta, había un coche aparcado. Un Ford Taurus negro con dos o tres años de antigüedad. No le habría llamado la atención, de no ser porque había una persona dentro, sentada al volante. ¿Sería algún fan que ya

había descubierto su nuevo lugar de trabajo? Bella se lo había advertido… Aguzó la vista, ya que el sedán estaba casi en la esquina. La persona leía un periódico, por lo que, probablemente, sería un hombre. No podía asegurarlo, puesto que el periódico cubría parcialmente su cara.

Ken cruzó la calle, abrió la puerta trasera y se rio ante la velocidad con la que sus cachorros se zambulleron dentro y ocuparon sus respectivos lugares, a la espera de que él le pusiera a cada uno su correa y la enganchara en la hebilla del cinturón de seguridad.

Muy pronto, iban rumbo a una zona ajardinada de las proximidades que, según había comprobado el día anterior, no solía estar muy concurrida. No era un parque propiamente dicho, por lo que no había zonas de juego para los niños, pero contaba con árboles frondosos y algunos bancos de madera.

En cuanto soltó sus correas, Noah y River echaron a correr, sin esperarlo. Ken cogió la mochila donde llevaba todo lo necesario para los perros, cerró la camioneta y se dirigió a uno de los bancos que estaba parcialmente a la sombra.

Durante un buen rato estuvo mirándolos jugar, pero Ken sabía que, antes o después, volvería a ensimismarse en sus pensamientos. Y así fue. Llevaba días tomando decisiones a destajo y algo que, en esencia, era bueno (aunque agotador), no le estaba resultando tan gratificante como había esperado. Quizás, porque desde que Chris se había marchado, nada lo hacía. Nada conseguía mantener su ánimo arriba más de un rato. Nada lograba atravesar esa bruma extraña que lo envolvía. Siendo un adicto en rehabilitación, comprendía a la perfección el enorme riesgo que conllevaba sentirse de aquel modo. Por eso sabía que tenía que resolver la cuestión, urgentemente.

Aquel pensamiento puso una sonrisa sardónica en el rostro de Ken.

¿Y cómo piensas resolverlo, diciéndole «si no vuelves conmigo, acabaré con todas las reservas de bourbon del estado. Por favor, ayúdame»? Tío, por Dios, qué patético.

Se restregó la frente de pura incomodidad.

En aquel momento, su móvil sonó. Ken tensó las mandíbulas sin darse cuenta al ver el nombre que se iluminaba en su pantalla.

—Veo que has encontrado mi número —se adelantó. Enseguida, se sintió culpable por su reacción y añadió—: Iba a llamarte… Cuando se me pasara el mosqueo que tengo contigo. Con todos los chicos, en realidad. Pero ya que lo has hecho tú… ¿Qué tal, Taylor?

—*Bien… Y cabreado conmigo mismo* —añadió su ex bajista—. *Debí haberte llamado hace meses. Tenemos mucho que hablar, pero, al margen de eso, quiero que sepas que lamento haber sido tan capullo.*

Ken se tomó su tiempo para procesar aquella respuesta inesperada. Siempre había tenido a Taylor por un buen tipo. No habían tenido una amistad tan íntima como con Tom, pero lo consideraba un amigo. De ahí, que su enfado con él fuera mucho mayor que con los demás. Su indiferencia le había dolido de una manera especial. Aunque, como buen Bryan, tenía en tal alta estima la lealtad, no era una persona rencorosa. Ya que Taylor había dado el primer paso; él daría el siguiente.

—De acuerdo. Salgo de viaje mañana y estaré fuera varios días. ¿Qué te parece el lunes? ¿Puedes quedar a comer?

—*Claro, claro… Cuenta conmigo. Dime dónde, y allí estaré.*

Ken permaneció en silencio un instante mientras consideraba la cuestión. Al fin, pensó que, ya que la cosa iba de tomar decisiones…

—En mi casa —decidió—. A mi familia le gustará volver a verte.

—*¿Están contigo, aquí? ¿Has conseguido arrancar a Robert de su terruño? Dios mío, cuánto me alegro, tío… Y a mí me encantará volver a verlos* —repuso Taylor. Carraspeó para aclararse la garganta.

Reconocer el punto de emoción en la voz de su antiguo amigo, le llegó profundamente a Ken.

—Hecho, entonces. Hablaré con la cocinera y te enviaré un mensaje con mis señas y la hora.

Entonces, lo oyó reír. Los dos sabían el porqué. Si había algo que enfadaba a Doreen, era que no le avisaran cuando llevaba un invitado a comer. Decía que eso le impedía agasajarlo, como se merecía, preparando su plato favorito.

—*Sí, mejor que no se te olvide hablarlo con la cocinera… Nos vemos, tío* —se despidió.

Ken puso fin a la llamada y respiró hondo. Hablando de la cocinera, tenía que recordar darle un buen abrazo por conocerlo tan bien y ofrecerle tan buenos consejos.

«Muy bien. Es hora de seguir tomando decisiones», pensó. Activó la pantalla de su móvil, buscó el número que le interesaba y pulsó la tecla de llamada.

DOTTIE ACABABA de entrar en la casa de sus sobrinas cuando oyó sonar su móvil. Se asomó al salón. Estaba vacío. Entonces, recordó que Lilly le había comentado que, si se sentía bien, llevaría a Sultán a dar un corto paseo. Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y, al ver de quién se trataba, cambió de rumbo y se dirigió directamente a la cocina. Cerró la puerta. Recién entonces, respondió.

—Hombre, al fin —fue su saludo—. Te diría que entre tú y mi sobrina me tenéis en un sinvivir, pero no quiero sonar demasiado dramática. Todo sea que te asustes, y salgas corriendo…

—*Y que lo diga. Con uno que huye, seguro que ya tiene más que suficiente.* —La voz de Ken denotó que estaba sonriendo, pero sus palabras comunicaban otra clase de mensaje, que Dottie entendió a la perfección.

—Vaya, fíjate, el chico también tiene su carácter… —guaseó. Aunque su tono tuvo muy poco de broma—. No todo son sonrisas seductoras en ti. Me gusta volver a comprobarlo. Sobre todo, porque me da la impresión de que tú también empiezas a estar hasta el gorro de esta situación. ¿Me equivoco?

¿Acaso esa mujer era vidente? Ken sonrió de mala gana.

—*¿Cómo está Chris?*

—Llorando a todas horas, gracias. Pero no se te ocurra chivarte. Cree que su hermana y yo nos hemos tragado que el culpable es el rímel nuevo, que le ha dado alergia.

El corazón de Ken palpitó por partida doble. Por un lado, era un consuelo saber que él no era el único que iba por ahí, arrastrando sus apenados huesos. Por el otro… ¿Que Chris estuviera tan mal era una señal de que su carta había conseguido romper la inercia?

Un segundo después, se llamó idiota. Dottie no le estaba diciendo nada que él no pudiera imaginarse. Él mismo sentía ganas de echarse a llorar de impotencia cada vez que tomaba consciencia de que llevaba dos semanas detenido en mitad de un cruce de caminos, escuchando los bocinazos irritados de todo el mundo, sin lograr discernir qué dirección debía tomar.

—*Y si no es por el rímel, ¿por qué es?*

—Tú sabrás. El viernes pasado llegó del súper, fue a la cocina a acomodar la compra, y

cuando salió era otra persona. Y ojo, que no estoy diciendo que antes de entrar fuera la de siempre. Qué va. Esa debe haberse quedado en Nashville o, quizás, sigue dando vueltas en la cinta de equipajes en el aeropuerto. Vete a saber. Pero la que salió de esa cocina…

Así que la tortuga, al fin, había llegado a Toronto. Ken respiró hondo.

—*Le escribí una carta. Imagino que debió recibirla.*

Durante unos instantes, hubo silencio.

—Una carta —dijo Dottie.

Tan solo dos palabras, que consiguieron abrasar las mejillas de Ken. El tono empleado por la mujer había sido un cruce perfecto entre la incredulidad y la burla.

—*Sí. Y antes de que me diga nada, no ha sido por falta de valor o por ganas de deslumbrarla con algo estilo Romeo y Julieta. Sabiendo lo que ahora sabe de mí, tengo clarísimo que voy a tener que dejarme la piel para volver a poner a cero el contador, que ahora debe estar en… No sé, ¿menos mil? Pero marcharse y no seguir en contacto conmigo ha sido decisión de Chris. Debo respetarla…, aunque me esté matando. Y una carta me pareció la forma más respetuosa de hacerlo. No le impone mi presencia, ni le obliga a decidir si atiende mi llamada, o deja que salte el buzón de voz. Le da opciones…*

—Como no leerla, por ejemplo —lo interrumpió Dottie, cortante.

Ken no respondió enseguida. En ningún momento se le había cruzado por la cabeza que Chris pudiera resistirse a abrir el sobre y ver qué contenía. Había dado por hecho que, si la recibía, la ansiedad podría con ella y leería la carta. Las opciones a las que se había referido tenían que ver con darle la oportunidad de decidir sin presiones qué hacer *después* de haberla leído. Evidentemente, no había calculado bien su jugada.

—*Como no leerla, por ejemplo* —concedió.

Dottie exhaló el aire en lo que a Ken le pareció una especie de bufido y no pudo evitar sonreír ante su espontaneidad.

—Me caes muy bien, Ken. Me pareces un hombre increíble, la clase de hombre que quiero para Chris. Y cada vez que hablo contigo, a espaldas de mi sobrina, soy muy consciente de que me la estoy jugando, y lo hago igual porque quiero ayudarte. Pero no me lo estás poniendo naaaaaada fácil, chico. —Tras una pausa, añadió—: ¿crees que podrías ser un *poquito menos respetuoso*?

Ken sacudió la cabeza. Cuánto habían cambiado las cosas en apenas dieciséis días. Para muestra, un botón; si esa pregunta se la hubiera hecho el día anterior, su respuesta habría sido diferente de la que estaba a punto de darle.

—*Por Chris, sería capaz de hacer cualquier clase de locura. Y que quede claro, que ya no descarto que la desesperación pueda conmigo, y acabe haciendo una locura de las gordas, pero no creo que vaya a ganarme su confianza, si fuerzo la situación. Sé mejor que nadie lo que se siente cuando la gente decide sobrepasar todos los límites, y le aseguro que no es un buen sentimiento.… ¿Por qué cree que Chris no ha leído la carta? A lo mejor, lo hizo y, como no quiere hablar de ella, le echa la culpa al rímel. Eso sería una posibilidad, ¿no?*

—Porque la conozco, Ken. Y además, suponiendo que sea cierto que la leyó, ¿en qué te favorece? ¿Ha cambiado en algo la situación? O sea, ¿te ha llamado? ¿Te ha enviado un mensaje? *¿Te ha respondido con otra carta?*

El silencio que se produjo fue tan denso, que no requería explicaciones.

—Para mí, lo único que Chris ha dejado claro marchándose, como lo hizo —continuó Dottie, decidida—, es que está aterrorizada de adónde puede llevarla seguir en contacto contigo. He

tardado mucho tiempo en unir los puntos… Pensaba que su trabajo, que la obligaba a estar tanto tiempo lejos de la civilización, era la razón de que no hubiera alguien en su vida. —Al menos, era lo que se había dicho a sí misma durante años, con la esperanza de que fuera cierto—. Pero apareces tú, un príncipe entre príncipes, que sé que la ha encandilado… Y sigue sola. Más claro, el agua. Si le dejas un resquicio por donde escaparse, mi sobrina lo usará. No porque no le importes, sino porque le importas demasiado, y tiene miedo. Por eso sé que no ha abierto el maldito sobre. —Respiró hondo y exhaló el aire en un suspiro—. Mira, en cualquier otra circunstancia, te aplaudiría por ser la clase de hombre que eres… Admiro tu integridad y tu sensibilidad. De verdad, que sí. Pero voy a ser práctica y te voy a decir lo que necesitas oír: espabila, Ken. Por favor, es-pa-bi-la.

KEN ACABABA de cerrar la puerta de la nave, cuando esta volvió a abrirse y apareció Bella.

—Hola, ¿qué tal? ¿Tienes un minuto? —la saludó.

Ella respondió con una sonrisa divertida.

—¿Me preguntas si *yo* tengo un minuto para dedicarte *a ti*? —Vio que los ojos de Ken brillaban de esa forma tan característica cuando algo lo hacía sentir incómodo, y la sonrisa de Bella se convirtió en risa—. Eres increíble, Ken. ¡Claro que tengo un minuto! ¡Y si no, lo invento! Además, yo también traigo algo para ti —movió el brazo en el que sostenía una carpeta.

—Genial. Entonces, vamos. Mi siguiente candidato debe estar por llegar…

Bella y Ken se dirigieron a su oficina, escoltados por Noah y River. Una vez allí, Ken cerró la puerta y Bella se sentó en la silla que había frente al escritorio.

—Cierro para evitar interrupciones —explicó él—. También, porque prefiero que esto quede entre tú y yo hasta que esté hecho.

Bella lo siguió con mirada interesada mientras Ken rodeaba el escritorio y ocupaba su sillón.

—Voy a grabar un vídeo. Necesito alguien que se ocupe de la cámara, las luces y todo ese rollo. Y que luego, lo edite y demás, y me dé un archivo final… —La miró mientras seleccionaba sus siguientes palabras con cuidado—. Prefiero no tener que encargárselo a alguien de fuera.

—Déjamelo a mí, Ken. Todos los vídeos que hay en el foro del club los hice yo. Soy muy buena —enfatizó, con una sonrisa.

—Entonces, tarea adjudicada. ¿Puedes quedarte esta tarde, después de que Tom se vaya?

—Claro.

—¿Puedes, en serio? ¿Tu novio sigue sin ver el sol? —bromeó Ken.

Bella se rio de buena gana. Alguna vez tendría que decirle la verdad. Pero no sería aquel día. Había un asunto importante del que quería hablarle, y Ken solo disponía de unos minutos.

—Qué me vas a contar. ¡Vivo regalándole botes de vitamina D, al pobre! —Esperó a que Ken dejara de partirse de risa para continuar—. Tengo algo que decirte…

Ken dio un buen sorbo a su botella de agua, volvió a dejarla sobre el escritorio y asintió, risueño.

—Soy todo oídos.

Bella se ajustó las coletas, un gesto algo nervioso que hizo que Ken frunciera el ceño. Luego, volvió a posar sus manos, una encima de la otra, sobre su falda.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

—Ayer, te oí hablando con Tom —confesó. Como esperaba, el rostro de su ídolo había pasado de la sonrisa a la seriedad absoluta—. Por favor, no te enfades conmigo. No fue intencional. Al ver que tu padre y tu tía se marchaban, pensé que la reunión había acabado, y fui a buscarte. Quería consultarte qué tipo de marcos preferías para las fotos, y cuando me acercaba a tu puerta… Bueno, estaba abierta.

Ken exhaló un suspiro.

—¿Cuánto has oído?

La cara de circunstancias de Bella le dio la respuesta.

Ken maldijo por dentro. No era así como habría querido que se enterara de sus adicciones aquella muchacha que lo admiraba tanto.

—¿Y qué piensas, ahora que lo sabes? ¿Te sigo pareciendo el mismo tío increíble de antes?

Ella abrió mucho los ojos, en uno de aquellos gestos suyos tan histriónicos.

—¿El mismo? ¡No! Ahora me pareces mucho, mucho más increíble… —Tras una pausa, se explicó—. Entiendo de adicciones, será mi campo de especialización, así que la mayoría de mis prácticas clínicas son con pacientes de esa clase. Y te voy a decir una cosa; hace falta mucho coraje para volver al lugar donde le viste las orejas al lobo, y plantarle cara. Mirar a tus demonios de frente y decirles «esta vez, no» requiere muchísimo valor. Me quito el sombrero ante ti, Ken Bryan.

Ken tuvo que apartar la mirada. La emoción subía en oleadas. Sus adicciones seguían siendo un asunto que le provocaba dolor y vergüenza.

Bella esbozó una ligera sonrisa al notar la turbación de su ídolo y le dio espacio para que se recompusiera, poniendo su atención en la cabeza de Noah. El cachorro había colado su morro por el hueco de su brazo y estaba olfateando la carpeta que tenía sobre la falda.

Ken esperó a haber recuperado el control de sus emociones, para volver a hablar.

—Bueno… No voy a decirte que me gusta la idea de que otras personas escuchen mis conversaciones detrás de una puerta, pero… Aceptaré tu palabra de que no fue algo intencionado.

—¡Genial! —exclamó ella—. Porque, entonces, no voy a tener que explicarte por qué te he traído esto. —Acto seguido, se incorporó un poco, se estiró por encima del escritorio y puso la carpeta frente a Ken.

Él no hizo el menor además de cogerla. En cambio, miró a Bella.

—¿Qué es?

La joven se recostó contra el respaldo y esbozó una gran sonrisa antes de decir:

—El Proyecto Semillas, creado por Chris Thompson y ejecutado por una organización no gubernamental tanzana, integrada en el paraguas de grupos de acción independientes de Oxfam Internacional. Orígenes, fundamentos, desarrollo, financiación, resultados, nombres de los responsables, lugares donde se está llevando a cabo… Todo.

Claro, pensó él, cuando logró recuperarse del *shock* inicial. Su conversación con Tom había abordado otros asuntos, aparte de su paso por las clínicas de desintoxicación. Sin embargo, había algo que no acababa de entender.

—¿Cómo…? —Ken hizo una pausa para formular la pregunta de otra forma—. Me oíste decir su nombre de pila, ¿puedes explicarme cómo tan solo un nombre te ha llevado hasta ese proyecto?

—¿Y eso qué más da? —Al ver el gesto de Ken, aclaró—: Es largo de contar, pero ¿te

olvidas que colecciono todo lo que sale sobre ti? ¿Te acuerdas cuando estuviste en el mercadillo solidario, en el puesto de la Asociación de Gais y Lesbianas?

Había sido su primera cita no oficial con Chris en Nashville. Por supuesto que lo recordaba. Asintió con la cabeza, aunque, por el momento, seguía sin comprender la conexión.

—Te tomaron muchas fotos ese día y todos los periódicos locales se hicieron eco de tu paso por el mercadillo. La mayoría incluyó una imagen en su artículo. En la foto del *Nashville Daily*, tú estás en primer plano, pero se ve a dos personas atendiendo el puesto, detrás de ti. Una de ellas tenía un aire a la que está en la puerta del hospital, junto a tus perros, en el reportaje que publicó *Gossip* el domingo… Ver esa foto me la recordó. Mi mejor amiga trabaja en la asociación, así que tardé, más o menos, dos minutos en averiguar quiénes habían estado a cargo del puesto aquel día. Hubo cinco personas, aparte de Lorna. Y, fíjate por dónde, el nombre de pila de una de ellas es Chris —concluyó con una sonrisa radiante.

—¿Así de fácil? —dijo él, impresionado—. Tú sí que eres increíble…

—¿Tratándose de algo relacionado contigo? —Asintió repetidas veces con la cabeza—. Lo puedes dar por hecho. Según Tom, tienes que hacer méritos. Seguro que lo que hay en esas páginas, te da algunas ideas.

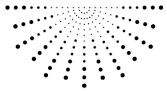
Ken se inclinó hacia la carpeta, la abrió con un dedo, nervioso y, a la vez, esperanzado. La primera página contenía una imagen de Chris. Una foto en la que ella lucía como siempre; sonriente, con aquella impactante mirada franca, directa, y su rostro despejado, ya que tenía el cabello recogido en un moño. Estaba preciosa. *Era* la mujer más hermosa del mundo.

Alzó la vista hasta Bella y permaneció mirándola, sin decir nada. Su cerebro seguía bajo los efectos del aluvión emocional. Estaba confuso. No sabía bien qué pensar o qué hacer. Su corazón, por lo visto, sí lo sabía; se había lanzado a latir desaforadamente.

Notó que ella le ofrecía una de sus sonrisas cargadas de tanta admiración, como cariño.

—¿Sabes qué otra cosa me encanta de ti? —dijo Bella—: Que tú eres grande en todo y para todo. —Señaló la foto con un ligero movimiento de sus ojos—. Esa mujer es una institución, un icono de la cooperación internacional… ¡Por Dios, Ken! ¡Es la mismísima Mujer Maravilla!

CAPÍTULO TREINTA



Chris se secó las mejillas con un pañuelo de papel. Con cuidado, pasó la punta del mismo por sus párpados inferiores, primero uno y luego el otro, hasta comprobar que no quedaban restos de rímel. A continuación, se sonó la nariz. Finalmente, hizo girar su sillón de frente al escritorio, dándole la espalda al paisaje urbano que podía apreciarse desde la ventana al que, de todos modos, no le estaba prestando ninguna atención. Usó un espejo, que llevaba en su bolso, para asegurarse de que no quedaban rastros visibles de su reciente diluvio emocional y, al fin, tomó una carpeta de su surtida bandeja de entrada.

Hacía un buen rato que había terminado de dictar el último curso presencial del día a un grupo de jovencísimos voluntarios. Acababan de empezar y todavía les quedaban por delante algunas horas de formación antes de poder incorporarse a los equipos de apoyo del Proyecto Semillas. Con mucha suerte, uno de ellos sería seleccionado para viajar a África, a la aldea sede del proyecto, y trabajar *in situ* durante dos meses. Lo normal era que la mayoría no lograran superar el período formativo para el trabajo de campo y fueran destinados a tareas de menor calado o a las campañas de captación de fondos. Ella, personalmente, se había encargado de que dichos cursos mostraran la realidad en toda su dureza y de que el nivel de exigencia fuera lo bastante alto para desanimar a soñadores bienintencionados.

Era martes por la tarde, aunque a efectos laborales era como si fuera lunes, ya que el día anterior había sido festivo, y ese era el primer rato que estaba en su oficina. Llevaba todo el día encadenando cursos con reuniones. Ni siquiera le había dado tiempo a revisar el correo y, mucho menos, su bandeja de pendientes. Pero ya casi había acabado su jornada, fuera hacía un buen día, y su plan era el mismo de siempre, últimamente. Dar un paseo con Sultán y después, con un buen libro, una copa de vino y su pierna lesionada sobre una banqueta, disfrutar de la compañía de Lilly y de Dottie hasta que fuera la hora de ir a preparar la cena. Su mente, por supuesto, estaría a kilómetros de donde estuviera su pierna. Ese era su pan de cada día desde que había regresado a Canadá. Sobrevivir a los recuerdos y seguir adelante, rogando para que el resto de su vida no fuera como ahora y consiguiera volver a encontrar la ilusión en lo que hacía. Rezando para que alguna vez dejara de sentirse tan perdida, tan extraña, en un mundo con el que no se sentía nada afín.

Después de comprobar la hora, cerró la carpeta y la devolvió a la bandeja de pendientes. Se ocuparía de ella por la mañana, hoy ya no disponía de energía para vérselas con un proyecto de economía social en uno de los continentes más castigados por la pobreza y la desigualdad. Decidió que tampoco revisaría su correo. Siempre había temas urgentes de los que ocuparse. Pero hoy, por una vez, su prioridad sería ella misma.

Activó la pantalla del ordenador. Lanzó el buscador de internet y, después de teclear las mismas palabras claves que venía utilizando los últimos cuatro días en su portátil de casa, se quedó mirando la primera página de resultados con su infinita oferta de tentaciones, a cuál más atrayente. Sin moverse. Sin decidirse a pulsar ningún enlace. *Sin atreverse a hacerlo*. Esta era la primera vez que usaba una herramienta de trabajo para asuntos personales e intuía que no sería la última.

Desde que había recibido aquel sobre celeste azulado, sus emociones se habían vuelto locas. No lo había abierto, por supuesto. No lo había movido del lugar donde lo había guardado. Ni siquiera se había acercado a él. Pero la necesidad de saber de Ken, se había vuelto tan imperiosa que allí estaba, frente a una pantalla de ordenador con miles de enlaces que conducían a él, acariciando los titulares con sus ojos ávidos de noticias, intentando unir los trocitos de información que estos aportaban, para hacerse una idea de cómo estaba y qué hacía… Incapaz de pulsar un maldito enlace.

«Confirmado: Ken Bryan participará en el Festival Country Thunder de Dallas. "Ningún festival country que se precie puede prescindir de Ken y nosotros no somos una excepción", declaró Rick Trujillo, portavoz y uno de los tres organizadores del evento».

«Denver se rinde a Ken Bryan: 50.000 personas premian un show impecable con dos minutos y medio de ovación».

«El dueño de los ojos más hermosos de la música country vuelve a conseguirlo. Ken Bryan arrasa en el Festival Alabama Country».

«La modelo australiana de lencería Tara Williams lo cuenta todo sobre su tórrido romance con la estrella del country, Ken Bryan».

«Ken Bryan y Nashville Records: ¿qué hay de cierto en los rumores de que el artista podría volver a grabar un nuevo trabajo con su antigua discográfica?»

Y así, cientos de miles más.

No le extrañaba que una modelo de lencería se atribuyera un romance tórrido con él. La próxima semana lo haría una conejita de *Playboy* o una actriz de Hollywood. Esos rumores formaban parte constante de la vida de Ken. Según él, eran invenciones. Según ella… Chris sacudió la cabeza, derrotada. Según ella, también. Por alguna inexplicable razón, le creía. Lo había hecho desde el principio. Había algo en la forma en que hablaba de cómo era él y cómo era realmente su vida, que desafiaba todas las certezas que ella tenía sobre sus compañeros de especie. Absolutamente todas.

Las ovaciones y los aplausos tampoco le extrañaban. Era un músico muy querido y respetado por sus *fans*, que se contaban por millones en todo el mundo. De lo que estaba segura, era de que él habría alucinado con los dos minutos y medio de ovaciones en Denver. Por más años que llevara en el negocio de la música, seguía sin ser consciente del efecto que causaba en las personas, no solo con su música, sino con su forma de ser.

Le resultaba muy reconfortante comprobar que Ken estaba saliendo adelante, que se abría camino nuevamente hacia la cima, a pesar de las zancadillas de su ex promotora musical y su poderosa familia.

Te lo mereces, Ken.

Aquellas palabras atravesaron, raudas, su mente. No lo bastante rápido como para no reparar en ellas. Y, al hacerlo, por un instante, le sorprendió la naturaleza de aquel pensamiento.

Dejaba claro que la rabia y el desencanto con los que se había marchado de Nashville, empezaban a diluirse.

Las últimas palabras de Ken aún le escocían, reconoció. Le había dolido que él no diera ninguna importancia a algo que habría podido perjudicarla mucho. Algo que, en todo caso, seguía disgustándole tanto o más que el primer día. La había desilusionado que él se mostrara tan altivo. Cada vez que pensaba ello, seguía teniendo la misma sensación que entonces; le había ofendido que ella no deseara aparecer en las fotos junto a él. Había llegado a decirle que era demasiado inteligente para no haberse imaginado que, antes o después, acabarían retratándolos juntos. ¿Imaginarse? ¡Tres semanas antes, ni siquiera sabía quién era Ken Bryan! Además, ¿cómo iba a imaginarse que una descerebrada, lo bastante obsesionada por él como para estar dispuesta a pagar por tener sus atenciones las veinticuatro horas del día, les prepararía semejante encerrona? Nadie, en su sano juicio, podía sospechar algo semejante. Mucho menos ella, que había pasado los últimos seis años en un rincón perdido del planeta, metida hasta el cuello en asuntos que estaban a millas siderales de los caprichos y las frivolidades propias del mundo de los famosos.

La otra cara de la moneda era que verse en aquel semanario, la había revuelto y no se había cortado a la hora de demostrárselo. Dottie tenía razón; ella le había atizado duro donde más le dolía y Ken había reaccionado. Siendo quien era, tenía que haberle resultado durísimo oírla decir: «no quiero verme allí, siendo la comidilla de todos. Ese es tu mundo, no el mío». Al fin y al cabo, ¿cuántas mujeres rechazaban ser fotografiadas junto a él?

De acuerdo, Ken tenía un lado muy jactancioso. Era algo que, por otra parte, él nunca había negado. Al contrario, se había referido a eso en varias ocasiones. Tras doce años viviendo en un mundo de apariencias, donde su sonrisa y su aspecto de Adonis cotizaban tan alto, ¿no podía considerarse casi un milagro que el virus de la petulancia hubiera conseguido infectar uno solo de sus lados?

Chris negó con la cabeza, contrariada consigo misma y con él. Detestaba el lado vanidoso de Ken. Aunque fuera solo uno (y todos los demás fueran maravillosos), a ella le hacía hervir la sangre igual. Sin embargo, ya no podía negar que algo había cambiado con el paso de los días en su forma de ver todo aquel asunto.

En parte, debía agradecérselo al dosier que había dentro de aquel sobre sin remitente que le habían dejado en la recepción del aparthotel de Nashville. Saber por lo que Ken había pasado, enfrentándose a sus adicciones al mismo tiempo que la vida de su padre pendía de un hilo, le había ofrecido una nueva dimensión de la clase de hombre que era. Ese dosier le hablaba de la tenacidad y la determinación de alguien decidido a presentar batalla a sus adicciones, de su lucha para mantenerse en el buen camino. Al comprender cuánto habría sufrido y lo encarnizada que debía haber sido su lucha por encontrar el camino de regreso a la luz, inesperadamente, se había sentido orgullosa de su valentía, de su enorme resiliencia.

Ese descubrimiento la había sorprendido. Había esperado sentir miedo de que la vida volviera a poner esa piedra, la de las adicciones, en su camino. O, como mínimo, preocupación. O, incluso, desprecio, ante lo que siempre había considerado una inexcusable debilidad de carácter.

Y lo había hecho. Había sentido todo eso con una intensidad inédita en su vida. Pero solo durante unos días, los que le había tomado comprender que la palabra «debilidad» no tenía cabida en alguien como él. Ken era un luchador, un guerrero que nunca se rendía.

No obstante, había algo que no lograba digerir: que Ken eligiera ocultarle un dato tan significativo de su vida, tan importante. Ocultar, por no decir mentir.

Chris sonrió con ironía. ¿Quién era ella para poner en tela de juicio su falta de sinceridad

sobre un aspecto tan doloroso de su vida? No era la más indicada para darle lecciones de sinceridad a nadie. En todo caso, ninguno de los dos habían tenido la ocasión de elegir en aquel asunto. Una loca obsesionada se había erigido en juez y árbitro, y los había convertido a él, en un mentiroso, y a ella, en una fisgona. Así se había sentido al ver los registros del paso de Ken por las clínicas de desintoxicación; como si lo hubiera estado espiando por el ojo de una cerradura.

¡Cuánto mal podía hacer la obsesión de alguien infame! El daño que esa mujer le había infligido iba mucho más allá de lo profesional, aunque Ken lo ignorara. Tampoco sabía que no solo se lo había infligido a él, a ella también. Y para hacerlo, no había dudado en escarbar en su pasado, yendo dieciocho años atrás, nada menos. Le costaba creer que alguien con quien ni siquiera había cruzado una palabra en toda su vida, pudiera estar tan dispuesta a todo con tal de mantenerla alejada de él.

Chris exhaló un suspiro. Estaba harta de sí misma. Ya era bastante malo ser incapaz de dejar de traer a Ken a sus recuerdos cada día, como para ahora ponerle la nota patética, empezando a seguir las noticias de su vida, a hurtadillas. Amparada por el anonimato que confería Internet. Ese anonimato no la protegería a ella ni a su corazón. No la ayudaría a pasar página y seguir adelante con su vida.

Cerró la ventana del navegador. Eso también era igual que siempre, últimamente. Tras varios minutos leyendo el texto de los enlaces que no se atrevía a pulsar, la razón acababa imponiéndose, y ella volvía al trabajo.

Seleccionó entre los documentos de su bandeja de pendientes alguno del que pudiera ocuparse con las pocas neuronas funcionales que le quedaban. A continuación, abrió un cajón de la derecha en busca de un bolígrafo, puesto que alguien se había llevado el que había en el portalápiz. Alguien que, aparte de ser conocido por ser el jefe, también lo era por arramplar con todos los bolígrafos ajenos, tan despistado era Jamie para según qué cosas.

Sus ojos volvieron a encontrarse con aquel recado de teléfono que había guardado con la intención de pedirle a Trudy más detalles.

Marcó el número de la recepción y esperó:

—*Dime, Chris. ¿En qué puedo ayudarte?*

—Llevo días queriendo preguntarte por uno de los recados que tomaste cuando estaba de viaje, y siempre se me olvida…

—*A ver, dame un minuto* —oyó que la joven le decía. A continuación, empezó a sonar la música programada para las llamadas en espera—. Disculpa, era Jamie. Dice que vayas a su despacho. Tu extensión comunica y me ha llamado a mí. Me dieron ganas de decirle: ¡es que está hablando conmigo, hombre, espera tu turno! Pero, como es el jefe, me he cortado —se rio.

—¡Que sea el jefe es un dato a tener en cuenta, desde luego! De acuerdo, voy a verlo. Luego, seguimos hablando —se despidió Chris.

Volvió a guardar el recado, cerró el cajón, cogió su bastón, y se dirigió al despacho del director de la oficina.

CHRIS RECONOCIÓ la voz de Charlotte Allen en cuanto entró. Intercambió miradas con Jamie. Él se limitó a señalar las sillas para las visitas, que había frente a su escritorio y, en cuanto ella se sentó, giró la pantalla del ordenador.

—Señora Allen, Chris ya está aquí. Mientras se saludan, yo me moveré a su lado para que pueda vernos a los dos.

La imagen de la cincuentenaria apareció frente a Chris, a través de una pantalla.

—Hola, Chris. ¿Qué tal sigue su hermana?

—Muy bien. Gracias, señora Allen. Todos en casa estamos muy bien. Sultán, nuestro Husky de casi tres meses nos tiene muy ocupados.

—Ah, sí, pero son tan tiernos… Compensan con creces el trabajo que dan, se lo aseguro.

—Sí, lo sé. Lilly y yo somos dos locas de los perros. Este no es el primero que tenemos.

Jamie, que había presenciado la conversación con cierta impaciencia, aprovechó la pausa para intervenir.

—Bueno, ya me he cambiado de sitio. ¿Por qué no nos cuenta esa reunión que ha tenido, ahora que Chris está aquí?

—Vamos con el tema… Esta mañana, he tenido una agradable reunión con April Sommerfield. Me dijo que su equipo ha estudiado las propuestas para el curso de formación con modalidad virtual y, no solo lo ha aprobado, sino que está ansioso por ponerlo en marcha. Le he explicado que, por el momento, no será Chris quien dicte los módulos presenciales del curso, sino alguien designado por ella, pero que estará supervisando virtualmente en directo el desarrollo de las sesiones. Ha dicho que le parece muy bien. Estamos a la espera de que nos confirme la fecha de inicio que, presumiblemente, será a finales de este mes o a principios de octubre.

—Fantástico —dijo Jamie. Su enorme sonrisa hablaba de lo satisfecho que estaba de dar carpetazo al asunto de la OADASV de una forma conveniente para todas las partes implicadas. Especialmente, para su amiga.

Chris asintió, complacida. Llevaba días esperando novedades sobre el tema. La tardanza había empezado a preocuparla, pensando que, quizás, April no estaba por la labor de renunciar a contar con su presencia en los módulos presenciales. Era un alivio que no fuera el caso.

—Desde luego, es una magnífica noticia —concedió Allen—. *Solo me ha hecho una petición especial. La fecha del inicio del curso está supeditada a un evento de recaudación de fondos para financiar el proyecto de las residencias femeninas que planea organizar y, dado que el curso está basado en los fundamentos del Proyecto Semillas, le gustaría contar con la presencia de su creadora* —y dedicando una mirada cariñosa a Chris, añadió —: *¿cree que podría regresar a Nashville solo por un día? En realidad, será solo por una velada. Este tipo de actos duran apenas dos o tres horas.*

Chris se las vio y se las deseó para ocultar su desilusión. Todo iba tan bien… Hasta que Allen había formulado la pregunta trampa. De pronto, su ánimo se había desinflado como un globo al que acaban de pinchar. No necesitaba mirar a Jamie para saber lo que pensaba al respecto. Podía sentir su tensión, como si la estuviera tocando.

Regresar a Nashville, pensó. Era lo último que le apetecía hacer en la vida. Mucho menos, para un evento de naturaleza pública. ¿Cuánto tardaría la loca obsesionada en enterarse, y cumplir sus amenazas?

Charlotte Allen continuó:

—Usted le gusta. Sommerfield la tiene en muy alta estima, pero seguro que usted comprende que también hay razones de interés económico en esta petición. Su trayectoria, Chris, sus premios internacionales, y todo su prestigio, suponen un gran incentivo para un benefactor, a la hora de decidirse a sacar la chequera.

—Por supuesto que lo entiendo… Pero no es una petición fácil de complacer. En realidad, me pone en un gran compromiso, señora Allen.

La mujer asintió. Había esperado una respuesta de esa naturaleza y entendía sus razones. Sin embargo, había intereses en juego.

—*¿Puede pensárselo, al menos?*

Chris asintió repetidas veces con la cabeza.

—Por supuesto que sí.

Después de finalizar la videoconferencia, Jamie regresó a su sillón.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Quedarme donde estoy. No tengo previsto volver a Nashville por el momento —repuso ella, decidida—. No pienso arriesgarme a que mi cara vuelva a salir en la prensa. Ni hablar.

Su determinación tenía más razones, que Jamie ignoraba. Razones que, de hecho, todos ignoraban. No le había mencionado a nadie que alguien muy malintencionado le había dejado un sobre en la recepción del aparthotel con incentivos suficientes para que se largara del país sin demora, y no regresara jamás.

—Insistirá —anunció Jamie, contrariado.

Más allá de sus propias razones personales para no desear que Chris se acercara a Ken Bryan otra vez, Jamie la conocía muy bien y sabía que aquellas fotos habían supuesto un duro golpe para ella.

—Lo sé. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? Es mi vida privada y tengo todo el derecho a protegerla. Y, si para hacerlo, tengo que tomar decisiones que no son del agrado de algunas personas, pues, que así sea.

Jamie volvió a conceder con un movimiento de la cabeza.

—Si se pone demasiado pesada y te ves acorralada, cuenta conmigo. Podría acompañarte. Quizás, logremos despistar a quien te puso la diana en la espalda…

Nada despistaría a una loca obsesionada con Ken. Dado que su amigo no estaba al tanto de lo que esa mujer había hecho para mantenerla alejada de él, decidió cortar por lo sano.

—Gracias, Jamie, pero creo que seguiré en mis trece…

Chris exhaló un suspiro y echó un vistazo a la hora. A continuación, se puso de pie.

—Me voy a casa. Ven a cenar con nosotras, si quieres —ofreció.

Jamie no pudo evitar mostrarse sorprendido de que las cosas estuvieran volviendo a la normalidad entre los dos. Ya no recordaba la última vez que había cenado en la casa de las hermanas Thompson.

—¿Lo dices de veras?

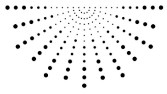
Chris sonrió con resignación. Podía entender su sorpresa. No había hecho otra cosa que pensar en sí misma desde que había puesto un pie en Toronto. Llevaba más de quince días ensimismada, sin dejar de darle vueltas a lo infeliz que era, a lo oscuro que veía su futuro… Y, desde hacía cuatro días, no paraba de llorar a todas horas. No parecía Chris Thompson, sino su versión más patética e insoportable. Y pensar que, hacía unos días, le había puesto los puntos sobre las íes a Lilly para que dejara de lamerse las heridas y se centrara en lo que debía… Qué ironía. Necesitaba una tregua. Necesitaba sentirse una persona normal, aunque fuera durante un par de horas. Y seguro que su amigo también echaba de menos pasar un rato con ella y con Lilly.

—Claro. A los dos nos vendrá bien recuperar las viejas costumbres.

Jamie esbozó una gran sonrisa y tras exhalar un suspiro de lo más teatral, repuso:

—En ese caso, acepto encantado, señorita.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Dottie estaba acabando de poner la mesa en la casa de sus sobrinas, cuando oyó que se abría la puerta de calle y, a continuación, un pequeño demonio blanco de cuatro patas entraba a la carrera. Sonrió al pensar que Lilly había empezado a tomarse en serio la costumbre de sacar a Sultán varias veces al día para ayudarle a quemar su trepidante energía de cachorro y evitar que la descargara dentro de casa. Dado que su sobrina menor no había entrado hablando hasta por los codos, como hacía siempre, quedaba claro que el tanteador estaba en Sultán 1 - Humana 0.

—¡Este terremoto acabará con todas nosotras, Lilly! —le dijo en voz alta. Sultán, como si acabara de darse por aludido, se irguió sobre sus patas traseras para poder apoyar las delanteras sobre las pantorrillas de Dottie. Desde allí, la miraba con sus orejas muy tiesas y esos ojos vivaces de perrito travieso que les derretía el corazón a todas. Dottie se agachó a acariciar la cabeza del cachorro—. Sí, estoy hablando de ti. No negarás que eres un terremoto, ¿no? Puedes intentarlo, pero te advierto que en esta casa nadie te creería. ¡Lo mordisqueas todo, lo rompes todo y siembras de bolitas de pienso tooooda la casa!

—Pues ahora que lo dices, podemos darle esto, a ver si lo destroza, como a todo lo demás —dijo Lilly, tendiéndole una bolsa de plástico.

La joven vestía ropa de deporte, una camiseta color fucsia y unos holgados pantalones negros, a juego con las zapatillas. Su largo y rubio cabello estaba suelto y caía en grandes tirabuzones sobre su espalda y sus hombros. Un pañuelo negro anudado alrededor del cuello, sostenía su hombro y brazo derechos en cabestrillo.

Dottie cogió la bolsa al tiempo que depositaba un beso sobre la frente de su sobrina. Era imposible no notar su desánimo. ¿O era preocupación?

—¿Qué es esto? —preguntó.

Dentro de la bolsa había una revista bastante ajada. Estaba doblada longitudinalmente por la mitad, como si después de comprarla, la hubieran guardado en el bolsillo lateral de una mochila. Se puso la bolsa bajo el brazo, y extendió la revista usando las dos manos. Y entonces, descubrió el motivo por el que Lilly proponía ofrecérsela al cachorro.

—¿De dónde ha salido esto?

—Me la ha dado Tracey. Ella y su familia estuvieron en Nueva York el fin de semana, aprovechando que el lunes fue festivo. La compró en el aeropuerto. En las páginas centrales hay un reportaje lleno de fotos.

Dottie pasó las hojas hasta llegar al artículo al que aludía su sobrina, y abrió mucho los ojos, sorprendida ante la cantidad de material fotográfico que tenían del tiempo que Chris había pasado en Nashville. Ella no miraba a la cámara en ninguna de las imágenes, pero no era una

mujer corriente. Su talla, su forma de vestir y su bastón constituían señas de identidad fáciles de identificar para quienes la conocían.

—¿La reconoció? —quiso saber.

—¿Y tú qué crees? Me preguntó si era ella y yo me hice la tonta. Pero si no la hubiera reconocido, ¿para qué iba a molestarse en guardar la revista y quedar conmigo para dármela? —Se sentó despacio y con cuidado en el sofá, y descansó la espalda contra el respaldo. Sultán enseguida saltó sobre su falda y empezó a lamerle la cara—. Claro, claro… Primero me agotas y después me das besitos, ¿no? —Al fin, claudicó ante el aluvión de cariño—. Tranquilo, no estoy enfadada… ¿Cómo me voy a enfadar con una cosita tan preciosa como tú?

Dottie continuó mirando con atención las distintas imágenes. Se trataba de la misma revista que había agitado el avispero cuando Lilly todavía estaba en el hospital. La publicación no se caracterizaba por la presencia de textos extensos. Su objetivo era comunicar el mensaje —generalmente, rumores malintencionados— a través de grandes imágenes a todo color. Sin embargo, los pocos párrafos y subtítulos que contenía, se centraban en la mujer de las fotos, y no en Ken. Entonces, Dottie se dio cuenta de algo y volvió a comprobar la portada de la revista.

—¿De cuándo es esto? —preguntó. Enseguida, obtuvo su respuesta. Era la edición del domingo 1 de septiembre.

—Del fin de semana pasado, creo —repuso Lilly—. No debí traerla a casa. Deberíamos deshacernos de ella antes de que llegue Chris, tía.

Su hermana y Jamie estaban dando un seminario introductorio al nuevo grupo de voluntarios que comenzarían su formación el próximo lunes. Eran más de la doce, Chris ya no podía tardar en llegar.

Dottie estaba demasiado ensimismada y no oyó a su sobrina. Hasta el momento, había creído que la fuente de las fotos del parking en la prensa era la misma que la del sobre de papel Manila que había hallado en el armario de su sobrina. Pero si era así, entonces, no entendía el porqué de que se hubieran publicado nuevas fotos suyas en aquel semanario. Chris se había marchado de Nashville y no había vuelto a estar en contacto con Ken, tal como exigía la nota anónima. ¿Por qué continuaban hostigándola?

—¿Holaaaaaa? ¿Hay alguien en el salón conmigo o la mujer de vaqueros que estoy viendo es una ilusión óptica? —insistió Lilly al comprobar que su tía seguía en Babia.

—Sí, sí… Perdona, ¿qué decías?

—Que deberíamos tirarla a la basura. Mi hermana ya llora bastante… Aunque ella diga que es alergia —ironizó, después de poner los ojos en blanco—. No sé lo que sería capaz de hacer, si ve esa porquería de revista.

Dottie movió la cabeza, dubitativa. No estaba por la labor de causarle otro disgusto a Chris. En eso, le daba la razón a Lilly. Por otra parte, no le agradaba en absoluto el estado actual de las cosas. Ken y Chris parecían estar en un callejón sin salida. Necesitaban algo que rompiera la inercia. Quizás, la revista lo lograra.

—No creo que ocultarle las cosas sea una buena estrategia, Lilly —repuso Dottie.

Aunque Chris, evidentemente, creía justo lo contrario.

Desde hacía veinte días, su sobrina mayor no había hecho algo distinto que encerrarse en su concha, y aguantar con los dientes apretados lo que la vida le arrojara encima. Fue en ese preciso instante, cuando comprendió lo rabiosa que estaba por todo aquel asunto.

Detestaba ser testigo de la impotencia de Ken, de su lucha entre sus verdaderos deseos y lo que creía que era su deber en relación con Chris, de lo evidentemente mal que estaba llevando su

ausencia. Y, por encima de todo, detestaba presenciar el silencioso sufrimiento de su sobrina. Su resignación, que ella, siempre tan optimista, llamaba «adaptación». ¡Ay, cómo odiaba oír esa palabra en su boca!

—¿Y qué sería una buena estrategia, tía? ¿En qué nivel están las cosas entre ella y Ken? No he conseguido sacarla de «es un tema complicado, Lilly» —dijo, imitando burlona la voz de su hermana—. ¿Lo sabes tú?

Dottie negó con la cabeza. No podía hacer otra cosa. Lo que sabía no se suponía que debiera saberlo, puesto que lo había descubierto por medios muy poco éticos. Algo de lo que, por supuesto, no se sentía orgullosa. Sin embargo, a estas alturas, tenía la sensación de que era la única capaz de forzar un cambio en el estado de cosas entre Chris y Ken.

Lilly bajó la vista hasta su cabestrillo, se puso a jugar con las hilachas que asomaban por fuera de la escayola.

—No lo entiendo —murmuró, como si hablara para sí misma—. No puedo entender que un día se estuviera dando esos besos superapasionados con él y ahora ni siquiera lo mencione. No es de las que se enredan con el primer tipo que les dice un piropo, precisamente. La conozco bien. Y te diré una cosa; por más Ken Bryan que sea él, seguro que tuvo que sudar mantequilla para conseguir acercarse tanto a Chris. Ya no hablemos de darle esos morreos… ¡Madre mía, no debían poder ni respirar! —Dottie miró a otra parte para disimular la gracia que le causaba el histrionismo de Lilly—. Admito que esas fotos, las del primer reportaje, fueron como un puñetazo en la cara para Chris. Admito que la vida de Ken es todo lo contrario a lo que Chris quiere para la suya, *para la nuestra*. Entiendo que si hay algo que mi hermana detesta con todas sus fuerzas, es el famoseo, su frivolidad y toda la memez que rodea ese mundo del que Ken forma parte. Todo eso lo entiendo. Pero, entonces, ¿por qué llora? Nadie me quita de la cabeza que se ha enamorado y ahora no sabe qué hacer.

Como resumen, no estaba mal, pensó Dottie. Sin embargo, estaba incompleto.

Tal como Chris no dejaba de repetir en un intento de evitar que siguieran preguntándole al respecto, era «un tema complicado».

LA REACCIÓN de Sultán alertó a tía y sobrina de que Chris estaba de vuelta. El cachorro saltó del sofá, esta vez sin caerse, y echó a correr hacia la puerta de entrada de la casa, al tiempo que aullaba.

Lilly miró a su tía con los ojos muy abiertos y le señaló la revista que aún sostenía en la mano.

Dottie apenas tuvo unos cuantos segundos para decidir si sostenía su postura original o cambiaba de idea. Decidió sostenerla y mantuvo la revista enrollada en su mano.

Lilly meneó la cabeza, disgustada, pero no dijo nada.

Enseguida, oyeron a Chris hablando con Sultán, en el hall de la entrada.

—¡Hola, hola, hola, pequeñín! ¡Qué bien aúllas ahora! ¡Ay, cuántos besitos! Sí, corazón, yo también te he echado de menos… Ven, saluda a Jamie, pero no le mordisquees los mocasines, ¿eh?

En el salón, Lilly miró a su tía con expresión contrariada al saber que Chris no había llegado sola. Dottie no se inmutó. Al contrario, su interés por cómo reaccionaba el viejo amigo de su

sobrina ante las nuevas fotos acababa de crecer exponencialmente.

—Este chicarrón crece a velocidad de vértigo —comentó Jamie—. Está inmenso y hace ¿cuánto, tres días que lo vi por última vez?

—¿Y te extrañas? Mordisquea todo lo que encuentra y acaba comiéndose buena parte de lo que destroza. ¡A estas alturas, debería ser como un elefante! —se rio Chris.

Poco después, los recién llegados entraron en el salón acompañados de los aullidos de Sultán.

—Hola, chicas… Tenemos un invitado a comer. Lo siento, se me olvidó avisarte, Dottie —dijo Chris.

Dottie le dio la bienvenida a Jamie con una sonrisa y quitó importancia al olvido, alegando que tenían comida suficiente para invitar al cuartel de bomberos en pleno.

—Hola, Jamie —lo saludó Lilly, agitando su mano sana, graciosamente—. Acabo de sentarme y, por la cuenta que me trae, te saludaré a distancia. Con el tiempo que tardo en moverme, igual ya te has jubilado y vives en Las Bahamas para cuando consiga ponerme de pie.

Todos rieron ante la teatralidad de Lilly.

—Ponte cómodo, Jamie —sugirió Chris—, yo voy a por algo fresco. ¿Qué prefieres? Tenemos gaseosa, zumo, un vino rosado que, fresquito, está de muerte, y agua, claro.

Él se acomodó en el sofá, al lado de Lilly, y cruzó una pierna sobre la otra, formando un cuatro.

—Me has convencido. Probaré ese vino, gracias.

—¿Y tú, cariño? —le preguntó a Lilly.

—Un zumo, por favor. Y si me traes mi bote verde de pastillas, que ya me toca tomarlas, te daré un abrazo así de grande —dijo, extendiendo su brazo sano hasta rozar la cara de Jamie con el dorso de la mano.

Y se echó a reír. Ambos lo hicieron.

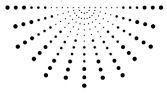
—Aprovéchate ahora, que en cuanto te quiten esa escayola, te vas a enterar, rubita —dijo él, empujando la mano con un dedo, lejos de su cara.

Chris celebró con una carcajada ese nuevo trocito de normalidad que había echado tanto de menos. Jamie y Lilly eran dos payasos. Se complementaban a la perfección. En Lilly, era evidente. No hacía falta más que mirarla. Todo en ella hablaba de su talante bromista. Jamie, en cambio, daba una imagen muy distinta. La que estaba presenciando ahora estaba solo reservada a los más allegados.

Dottie también celebró el momento. En realidad, lo que festejaba era haber oído reír a Chris. Hacía tiempo que no veía ese brillo en su mirada, ese ligero rubor en sus mejillas.

Inesperadamente, decidió concederle a su sobrina mayor una par de horas de disfrute en buena compañía, antes de mostrarle la revista.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



No había nada como un cachorro para trastocar los planes a cualquiera, pensó Dottie cuando oyó a Chris regañando a Sultán.

—¡¿Qué estás haciendo con el bolso de la tía, perrito terremoto?! ¿Y por qué te has subido al sillón? ¡Vamos, abajo, ahora mismo!

—Ah, no te preocupes. Sigue con lo tuyo, que ya me ocupo yo —se apresuró a decir la mujer, yendo con rapidez hacia donde estaban la humana y su cachorro.

La razón de sus prisas no era rescatar el bolso de los afilados colmillos del Husky Alaska, sino el ejemplar del semanal *Gossip*, que, enrollado, asomaba por el borde de la cremallera.

Sin embargo, al ver que Chris le sacaba un trozo de revista de la boca y se quedaba mirándolo fijamente, Dottie comprendió que ya era tarde para rescatar a nadie. Lo que su sobrina había recuperado de la boca del cachorro era un trozo de la portada en la que Ken aparecía junto a ella a las puertas del hospital de Nashville. Chris tenía sus gafas de sol puestas y descargaba parte del peso de su cuerpo sobre el bastón para inclinarse hacia Noah y River, con quienes parecía estar manteniendo una animada conversación. El titular rezaba: «Pelirroja, *curvy*, amante de los perros… ¡Y usa un bastón! ¿Quién es la misteriosa mujer que le ha robado el corazón a Ken Bryan?». El subtítulo que había debajo, impreso en letras de color naranja fluorescente, decía: «¡No te pierdas el reportaje completo con fotos inéditas en las páginas centrales!»

—¿Qué es… esto? —Chris alzó su mirada hacia Dottie al tiempo que sostenía el trozo de página mordisqueada en su mano temblorosa. No se quedó a esperar una respuesta; tiró del resto de la revista, la sacó del bolso y la desplegó. Su palidez creció a la par que su consternación—. ¡¿Qué narices hago aquí?! ¡Por amor de Dios!

En la mesa, donde hasta hacía un momento, todos habían estado charlando mientras disfrutaban de un helado *stracciatella* casero, Jamie, alarmado por el bullicio, se puso de pie. El tono empleado por su amiga desbordaba preocupación. Más aún; casi rozaba la histeria.

—¿Estás bien, Chris? ¿Qué ha hecho ese desastre de cachorro? —Para cuando Jamie acabó de decirlo, ya estaba junto a las dos mujeres.

El Husky, como si la cosa no fuera con él, los miraba a todos con sus ojos vivaces y sus orejas muy tiesas.

—Abajo, Sultán —ordenó Dottie—. Ven, sobrina. Sentémonos un momento.

—¡Te dije que lo mejor era tirarla, tía! —exclamó Lilly, desde la mesa—. ¿Podríais, al menos, acercar el espectáculo hasta donde estoy yo, para que pueda intervenir sin desgañitarme?

Nadie pareció darse por aludido de la queja de Lilly.

Dottie porque había retirado la revista de las manos de Chris, pero ella había vuelto a cogerla,

disuadiéndola de seguir intentando ocultársela con una mirada de lo más efectiva.

En realidad, la mujer no tenía tales pretensiones. Tan solo quería conducirla hasta una silla, antes de que se desmayara del disgusto.

Dottie deseaba que su sobrina supiera de primera mano que el semanario había vuelto a dedicarle espacio en sus páginas. De ahí, que hubiera ignorado la sugerencia de Lilly. Tenía la esperanza de que Chris comprendiera que mantenerse alejada de Nashville, y renunciar al único hombre del que se había enamorado en su vida, era una soberana tontería. Un sacrificio inútil. La persona que estaba detrás de su exposición mediática, no dejaría de mantenerla en la diana, puesto que había descubierto en ella la manera perfecta de hacerle daño a Ken. El destinatario de su resentimiento era él, no ella.

Jamie, asomado por encima del hombro de Chris, estaba muy ocupado maldiciendo por dentro en siete idiomas a aquel tipo que solo le había traído desgracias a su amiga. Verla retratada en la portada de aquel semanario de cotilleos de la peor calaña, le estaba haciendo hervir la sangre.

—¿Qué tienes tú que ver con la revista, Lilly? —quiso saber Chris. Volvió a desplegarla, pasó las hojas y al llegar a las páginas centrales, soltó un improperio, seguido de un ruego—. ¡Mierda! ¡No, no, no, no…! ¡Por favor, otra vez, no!

¡Esto es una pesadilla! ¡Otra vez, nooo!

Dottie cogió a su sobrina por un brazo y la instó a regresar a la mesa, donde estaban antes, al tiempo que le explicaba cómo habían sucedido las cosas.

—Hoy quedó con Tracey. La chica y su familia estuvieron en Nueva York el puente del uno de septiembre. Compraron el ejemplar en el aeropuerto y su amiga lo guardó para mostrárselo. —Dottie ayudó a Chris a sentarse, le tendió un vaso de agua del que ella apenas bebió un sorbo, y permaneció a su lado, con una mano sobre el hombro de su sobrina—. Lilly la trajo a casa y ahora… Bueno, Sultán ha estado a punto de comérsela.

—¿Otra vez están publicando imágenes tuyas? —intervino Jamie, después de sentarse junto a Chris—. ¿Pero de qué narices va todo esto? ¿Quién es el cabrón que te ha puesto una diana en la espalda?

Chris sabía el quién y el porqué. También, que el responsable no era del sexo masculino, sino del femenino. No se molestó en responder. Su interés estaba en otro asunto, y no tardó en ponerlo en palabras.

—¿Y por qué la ha guardado para mostrártela? —quiso saber.

Un instante después, comprendió que la respuesta era obvia. Tracey había reconocido a la hermana mayor de su mejor amiga en la mujer de esas fotos. Como buena adolescente, su curiosidad por un romance de cuento de hadas, estaría por las nubes. Seguramente, ya se veía asistiendo con entradas VIP a todos los conciertos de Ken Bryan.

Lilly, sin embargo, se había quedado muda. Miraba la televisión con total atención y cierta sorpresa.

—¡¿Cariño, quieres hacer el favor de contestar?! —se quejó Chris, dando un golpecito con la revista sobre la mesa.

Frunció el ceño al darse cuenta de la total abstracción de su hermana y siguió la dirección de su mirada.

—Dios mío… —fue lo único que salió de su boca.

De no haber estado sentada, Chris se habría caído al suelo de la sorpresa. Y también de la impresión de volver a ver aquellos increíbles ojos grises, comiéndose la cámara, que lo estaba

grabando de cerca. Ken estaba sentado en una sala, a solas. Su torso estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre sus piernas y las manos unidas, una dentro de la otra. La pared que se veía detrás, mostraba un póster de grandes dimensiones en la que aparecía un primer plano de él, durante uno de sus conciertos, ejecutando un solo, con su atención puesta en las cuerdas que tocaba.

En aquel momento, la pantalla de la televisión empezó a mostrar imágenes de sus distintas actuaciones y se oyó la voz en *off* de la locutora del programa, diciendo:

«La estrella del country Ken Bryan, conocido no solo por su gran talento, sino también por el celo con el que siempre ha protegido su vida privada, ha sorprendido al mundo de la música con un vídeo en el que admite la dura lucha que mantiene contra sus adicciones desde que abandonó Nashville, en el verano del ’99.

»En un alegato sincero y directo, con un tono muy personal, el oriundo de Springfield, explica las razones de su prolongado silencio sobre el tema y agradece a sus seguidores, empresarios y colaboradores, la confianza depositada en él durante tantos años, asegurándoles que no volverá a traicionarla.

»El vídeo, que ofrecemos íntegramente a continuación, está disponible en la página de inicio de la web oficial del cantante».

Tras una breve pausa, la imagen de Ken dominó la pantalla.

Y, como en tantas otras ocasiones, Chris se olvidó de cuanto la rodeaba. Toda su mente y sus sentidos, puestos en el hombre de camisa negra y vaqueros desgastados, que la miraba desde el otro lado de la cámara con aquellos ojos que le desnudaban el alma.

«ESTE ES un vídeo de naturaleza personal. No se trata de una nueva canción, lo siento. Los habrá de esa clase, y serán muchos porque he regresado a Nashville con la mochila llena de ilusiones y de historias hechas canciones, que estoy deseando compartir contigo. Pero hoy te pido que escuches al hombre, no al artista. Y, si es posible, que lo escuches sin ideas preconcebidas, sin prejuicios. Te compensaré con creces por los próximos minutos de confesiones que estás a punto de oír. Y, de antemano, te doy las gracias por eso.

»Se ha especulado mucho acerca de las razones que me llevaron a alejarme de Nashville hace casi tres años. Dejando en la estacada a mis músicos que, de repente, se encontraron sin un sueño por el que luchar y sin trabajo… A miles de *fans* que tenían compradas desde hacía meses sus entradas para mis conciertos. A los empresarios responsables de la organización de esos conciertos, que habían confiado en mí, permitiendo que mi nombre formara parte de la programación de sus locales, clubes, estadios… Y también incumpliendo con mi marcha el contrato que entonces mantenía con la Nashville Records, una empresa que creyó en mí, apostó muy fuerte por mi talento, y a la que también dejé en la estacada con el 50% de la grabación del

disco completada.

»La lista de personas a las que he perjudicado y decepcionado con mi marcha es tan larga, que necesitaré dos o tres vidas para ponerme al día con todas… Soy muy consciente de eso y acepto con humildad y mucho agradecimiento la tarea de recomponerme ante sus ojos. Sé que será ardua, durísima, y que, seguramente, para muchas de esas personas, mis palabras llegan tarde. Pero estoy comprometido con la causa al mil por ciento.

»En cuanto a las razones del descalabro… Dejar de ser un músico que sobrevive tocando en las esquinas, me tomó muchísimo tiempo. Años. No reniego de ese tiempo, para nada. Me permitió averiguar algo de mí que no sabía: que soy capaz de soportar que mis sueños no resulten como yo los sueño, porque en mi mente siguen intactos, brillantes y grandiosos. ¿Duele que en la vida real esos sueños tengan tantas costuras, tantos parches descoloridos? Sí, muchísimo. ¿Me frustra, a veces? Más de las que me gustaría. Pero si me refugio en mi música, puedo sobrellevarlo.

»En cambio, con lo que no puedo, lo que no soporto, es estar lejos de los míos. La soledad y la tristeza eran tan grandes… Un monstruo de siete cabezas, que me engulló entero de un bocado. Y cuando mi padre enfermó…

»Toqué fondo. La depresión pudo conmigo y, como ya había dejado de ser un músico callejero y tenía muchos compromisos, recurrí a cualquier cosa para mantenerme a flote. La verdad es que lo que consiguió no solo eso —mantenerme a flote—, sino rescatarme de mí mismo no fue algo, sino alguien. Se llama Tom Keller. Todos los conocen como mi mánager, pero es mi mejor amigo y mi hermano número tres. Ya ocupaba ese lugar en mi corazón mucho antes de que, en el ’91, hiciéramos nuestros petates y viniéramos a Nashville, a probar suerte… Gracias, colega. Mi deuda contigo será eterna. No existe en el mundo compensación suficiente para lo que tú has hecho por mí.

»Tom no mintió al decir que yo estaba ocupándome del rancho familiar. Mi padre siempre ha sido mucho más que el cabeza de la familia. Era quien dirigía la empresa familiar. Con él alejado definitivamente de la gestión del rancho, mis hermanos estaban desbordados… Sobrepasados por el miedo, —estuvimos a punto de perder a nuestro padre tres veces en dos años—, por la preocupación, por el trabajo y por la enorme responsabilidad que supone dirigir una explotación de esa envergadura. Me necesitaban. Y yo los necesitaba a ellos.

»Lo que Tom no dijo fue que también estaba ocupándome de mí mismo. Desintoxicándome. Luchando por volver a ser el hombre que era, antes de que el monstruo me engullera.

»La razón de que no lo dijera es que esa fue la decisión que mi familia y yo tomamos. Yo quería proteger a mi padre en el momento más bajo de su vida. Era lo único que podía hacer por él, después de haber metido la pata hasta el fondo. Y mi familia quería protegernos a los dos, a mi padre y a mí.

«Hoy llevo más de doce meses en la buena senda. Y no creo que haya vuelto a ser el mismo hombre de antes… Pero sí creo que he mejorado en áreas importantes. Ahora soy más cauto, más consciente de lo fácil que es perder la perspectiva de las cosas, y estoy mucho más decidido que nunca a no pretender ser lo que no soy.

»Sé que tú, que me estás viendo, probablemente pienses que soy alguien que la suerte o las musas han tocado con su varita mágica y han convertido en un ser humano realmente especial. Una estrella fulgurante del firmamento de los músicos…

No es así. No soy una estrella. Soy apenas un farolillo, más o menos luminoso. A las verdaderas estrellas de este mundo, no las vas a encontrar sobre un escenario, en un plató de cine

o de televisión, o en una pasarela. Son personas anónimas, cuyas hazañas, a pesar de marcar un antes y un después en la vida de tanta gente, no aparecen en los titulares de las noticias. Ni siquiera en la última página. Sé muy bien de lo que hablo porque tengo la suerte… Es más que suerte, la palabra correcta es privilegio. Tengo el privilegio de conocer a una de esas personas anónimas en carne y hueso… Así que, créeme cuando te digo, que yo no soy una estrella, ni nada remotamente parecido…

»Soy un buen músico, un buen compositor, pero, sobre todo, soy un hombre normal y corriente. Algo más sensible de lo común en un tío. Mis hermanos, que siempre se meten conmigo por eso, pueden dar fe… Muy celoso de mi espacio personal y de mi vida privada. Nada dado a los tumultos, ni a las fiestas exclusivas: no son lo mío. Soy un tipo muy simple que, como más disfruta, es cuando está con su gente, haciendo una barbacoa o jugando un partido o, simplemente, charlando. Nada glamuroso, como ves. Pero profundamente revitalizador para mí. Después de una tarde con mis hermanos, quedo como nuevo.

»Mi gente lo es todo para mí. Mi refugio, mi oasis de paz, mi cable a tierra. Lo que me mantiene con la cabeza en su sitio. Lo que me recuerda, cada día, la suerte que tengo de haber nacido en el seno de una familia unida, generosa con los suyos, pero también con los demás, y por poder compartir con ellos un tiempo precioso.

»Esto es lo que soy y, en adelante, me aseguraré de que vivo haciendo honor a esto que soy porque… Bueno, nuestro tiempo aquí es finito, ¿sabes? Importa lo que es importante. Lo demás, da igual.

»Si estoy grabando este vídeo, no es porque, de repente, haya sentido la necesidad de confesarme ante una cámara, o porque sea uno de los pasos a dar en casi cualquier programa de rehabilitación. No creo que por ser un personaje público, alguien conocido, esté obligado a exponer mis intimidades ante la gente. En mi opinión, mi estatus de personaje público acaba en cuanto me bajo del escenario. Lo que suceda a partir de ahí es personal. Asunto mío, de mi familia, y de nadie más.

Mis *fans* quieren verme sano y feliz. Componiendo la música que les gusta. Dando conciertos a los que puedan asistir. Grabando nuevos trabajos que puedan escuchar en bucle porque les encanta. Les da igual lo que estuve haciendo durante esos tres años. Lo que les importa es que he vuelto y estoy aquí, listo para seguir regalándoles momentos inolvidables. Y eso es lo que haré: seguir ofreciéndoles momentos alucinantes.

Los empresarios que están detrás de mis conciertos y mis discos no viven de disculpas, sean públicas o privadas. Viven de las ganancias de un trabajo bien hecho, de artistas que cumplen sus compromisos y que se dejan la piel en el escenario. Y eso es lo que haré: cumplir todos y cada uno de mis compromisos, y poner el alma en cada concierto y en cada canción.

»Mi familia, mis amigos y mis allegados, que saben por lo que he pasado, no necesitan oír una disculpa. Es más, no quieren nada que les recuerde mi caída en el infierno. Quieren que sea feliz, que esté bien, a salvo, y que pueda compartir con ellos un montón de buenos momentos. Y esto es lo que haré: dedicarles tiempo y atención porque se lo merecen. Porque han estado conmigo a las duras y a las maduras, y se merecen lo mejor de mí.

»Pero hay personas…, por llamarlas de algún modo, que se lucran con las intimidades de otras personas, que intentan sacar partido de los errores ajenos, y lo hacen sin ningún miramiento, sin ningún escrúpulo.

»Pues bien, de este error en particular, ya no podrán seguir sacando partido.

»Me llamo Kenneth Bryan, tengo 30 años y soy un adicto. Hoy, cuando estoy grabando este

vídeo, es la tarde del martes 3 de septiembre de 2002 y cumplo doce meses, dieciocho días y… —consultó su reloj— trece horas sin consumir.

»Ya está. Es público. Y estas palabras, que no se pueden tergiversar ni manipular de ninguna forma, seguirán junto con mi cara en este vídeo, en mi página oficial, como constancia de que no me escondo y de que no voy a permitir que me utilicen para hacer daño a nadie y, mucho menos, a personas que me importan.

»Si te estás preguntando por qué un vídeo y no una conferencia de prensa o un comunicado, la respuesta es esta: no pienso volver a hablar de este tema. No voy a responder ninguna pregunta directa o indirectamente relacionada con esto. He cometido un error gravísimo, que lamentaré el resto de mi vida. Un error del que todavía me siento muy avergonzado. Pero es mi error, y es mi vida, y creo que tengo tanto derecho, como el que más, a lamerme mis heridas en privado.

»Gracias por escucharme y gracias infinitas por apoyarme. Te prometo que voy a estar a la altura de tu confianza».

EL DESCONSUELO DE CHRIS, que ya había empezado a tener serios problemas para contener su emoción tan solo por volver a ver a Ken, aunque fuera a través de una pantalla, alcanzó su punto cúspide cuando resultó evidente que la razón de que él hubiera grabado ese vídeo, era evitar que ella siguiera protegiéndolo.

De no haber estado tan concentrada en las palabras de Ken, Chris habría reparado en la actitud triunfal con la que Dottie miraba la televisión. Era más propia de un aficionado, presenciando la gran final en la que tomaba parte su equipo favorito, que de un telespectador corriente, viendo a un famoso admitir públicamente que era un adicto.

Pero, en aquellos momentos, para Chris no existía nada más que lo que sucedía en la pantalla. Ya suponía un *shock* volver a estar bajo la influencia de esa mirada que siempre le había calado hondo. Oír las palabras de Ken, la sinceridad con la que las pronunciaba, y saberse la razón de que él hiciera algo tan inédito, como hablar abiertamente de su vida privada, había puesto el colofón a un día que se había torcido al volver a verse en la portada de una revista del corazón. La profunda tristeza que había hecho mella en ella, hacía ya varios días, ahora reinaba a placer. Se sentía sola, acorralada por las circunstancias, y ya ni siquiera era capaz de ver luz al final del túnel. Ni siquiera una diminuta.

Consciente de la presencia de Jamie, intentaba mantener el tipo, secándose las lágrimas con disimulo, cuando estas estaban a punto de caer por el borde de su mandíbula. Él miraba la televisión con una tensión no disimulada en su rostro y ella, que también mantenía sus ojos sobre la pantalla, procuraba disimular su malísimo estado de ánimo.

Por esa razón, presenció con asombro e incomprensión que Dottie soltara un puñetazo al aire en cuanto el vídeo de Ken acabó y las cámaras volvieron a enfocar a la locutora del programa. Sus siguientes palabras lo hicieron aún más.

—¡Eso es espabilar, y lo demás son tonterías! ¡Bien hecho, muchacho! ¡Muy bien hecho!

Fue en aquel momento, cuando Dottie se volvió a mirar a Chris con una sonrisa satisfecha en los labios, que ambas se dieron cuenta de que algo no encajaba.

Dottie se mordió por dentro al percatarse de que, sin querer, acababa de delatarse. Su sobrina era demasiado lista para tragarse una excusa. Y para justificar lo dicho, desde luego, iba a tener

que inventar una buenísima. Además, no solo Chris la miraba asombrada. Lilly, también. Jamie era quien menos le preocupaba, pero, hasta él mostraba signos de disgusto.

Chris se secó las lágrimas con un gesto que llevaba más determinación de la necesaria. Miró a su tía muy seria, y pasó del asombro a la interrogación en un segundo:

—¿Espabilar, dices? ¿Por qué tendría él que espabilar? —El brillo culpable en sus ojos remató a Dottie—: ¿Qué has hecho? ¡Empieza a hablar, ya mismo!

—¡Eso! —intervino Lilly, alucinada—. ¿Cómo puede ser que sea la última en enterarme de todo? ¡Caray, parece que no viviera aquí!

Dottie se arremangó, como si se preparara para resolver el asunto a puñetazos limpios, y miró directamente a su sobrina mayor.

—Hice lo que tú deberías haber hecho desde el principio. Para empezar, dar la cara. Despedirme de él como corresponde. Qué menos. Se ha portado como un caballero todo el tiempo y, no sé si te has dado cuenta, pero hacer frente a todo el asunto del accidente de Lilly, te habría sido infinitamente más duro sin él. Estuvo contigo todo el tiempo. ¿Ya te has olvidado? Aunque no fuera más que por eso, debiste despedirte como corresponde, y no a la francesa.

—¿Dejaste a Ken Bryan sin decirle ni pio? —preguntó Lilly, mirando a su hermana con los ojos como platos. Alucinaba más y más, cada minuto que pasaba—. ¡Madre mía, mi hermana está completamente chiflada!

—No me despedí de él de esa forma —siseó—. Y en todo caso, es asunto mío cómo decida despedirme de los hombres con los que me relaciono.

Para Dottie se trató de una novedad. Estaba convencida de que Chris se había limitado a hacer mutis por el foro. Concedió con un ligero movimiento de la cabeza.

—Me alegra saberlo. Pero no cambia mucho el resultado final, ¿no crees? Estás aquí, aguantando lo que la vida te echa encima con los dientes apretados, como si tuvieras ochenta años en vez de veintiocho. —La señaló con un dedo—. Estás enamorada de Ken. Y no se te ocurra negarlo, no peino canas por casualidad, Chris. Y él está enamorado de ti, ¿verdad, que es evidente? —dijo, señalando la pantalla de la televisión, como si Ken aún estuviera allí—. ¿Por qué demonios no le has hablado de ese sobre de papel Manila?

Chris miró a Dottie con el asombro pintado en la cara.

—A ver, un momento… ¿Qué sabes tú de ese sobre? ¿Y qué tiene que ver él con esto? —Dottie permaneció mirándola con fijeza—. ¿Has estado fisgando entre mis cosas? —A medida que Chris iba colocando las piezas, su indignación crecía—. ¡¿Se lo has dicho a Ken?! ¡¿Habéis estado hablando todo este tiempo, a mis espaldas?!

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la mujer—. ¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Que haya seguido en contacto con un hombre que te adora y que, además, es encantador, y no ha hecho otra cosa que preocuparse por ti y por Lilly? Pues sí. Ken estaba tan perdido como tú, con la sutil diferencia que nunca se ha rendido. Nunca ha dejado de intentarlo, ¿te enteras? Él no ha apretado los dientes, como has hecho tú. No entendía por qué te habías marchado de esa forma ni, mucho menos, por qué habías cortado toda relación con él drásticamente… Y yo, que tampoco me he enterado porque hayas tenido la deferencia de informarnos a tu hermana y a mí, o sea *a tu familia*, se lo conté. Y te voy a decir algo más; no me arrepiento. Alguien tenía que hacer algo al respecto, y estaba claro que tú no ibas a ser ese alguien.

Chris exhaló un suspiro cargado de resentimiento y enfado. Tenía muy presentes los sacrificios que Dottie había hecho por ella y por Lilly. De ahí, que siempre se mostrara paciente, puesto que sabía cuánto le preocupaba el futuro de las dos. Pero esta vez, había ido demasiado

lejos. No solo había interferido de manera flagrante en su vida privada y en sus decisiones. Lo peor, era que al hacerlo, había cometido un error garrafal.

—¡Qué valiente y qué osada, Dottie! —le recriminó con la voz quebrada. La rabia había cogido el relevo a la tristeza, y ahora, lloraba de pura indignación—. ¡Y qué fácil es ser osado con el dolor ajeno! ¿No se te ha pasado por la cabeza, que podía haber otras razones para que yo «apretara los dientes y aguantara lo que la vida me echa encima», como has dicho?

Y con esas, Chris se levantó de la mesa y abandonó el salón a prisa.

Un instante después, se oyó un portazo.

Jamie se levantó de inmediato. Dottie lo disuadió de ir tras ella.

—Es mejor dejarla a su aire un rato… —Le dedicó una mirada cariñosa—. Siento que presenciaras esto. Está claro que el vídeo nos ha sorprendido a todos… De formas distintas.

Jamie se las arregló como pudo para sobreponerse a lo incómodo que se sentía. Había descubierto en una misma tarde que Dottie sabía que él estaba enamorado de Chris, y él había comprobado que su amiga seguía enamorada de Bryan. Ahora, solo esperaba que Lilly no se hubiera dado cuenta de sus sentimientos hacia Chris; eso sería demasiado para él.

—No será la primera ni la última vez que la veo subirse por las paredes —dijo, restándole importancia a lo sucedido—. Pero no estoy de acuerdo en lo de dejarla sola. Eres alguien muy importante en su vida, Dottie. No dejes que piense que le has fallado. Si tenéis que pelearos, hacedlo, pero no permitas que ella piense eso.

—Estoy de acuerdo —intervino Lilly—. Lleva dos semanas hecha polvo. Es hora de que sienta que estamos aquí. Si quiere llorar, lloraremos con ella, pero no la dejaremos sola.

Jamie asintió con la cabeza.

—Bien dicho, Lilly. Bueno… Como supongo que no estoy invitado a la fiesta de pijamas, me voy a marchar… Cualquier cosa, me avisáis. Decidle que la llamaré más tarde, a ver cómo sigue.

—Quédate, Jamie —rogó Lilly—. Eres su mejor amigo. ¿Quién tiene más derecho que tú a estar en esta fiesta?

«Ya. Pero, para mí, tu hermana siempre ha sido mucho más que una amiga, y sospecho que ella lo sabe», pensó él.

—Gracias, rubita. Pero hoy se trata de ella, no de mí.

Dottie lo acompañó a la puerta, y una vez en la calle…

—Vamos a necesitar tu ayuda, Jamie. Las tres.

Él asintió con la cabeza varias veces.

—Lo sé.

La mujer le acarició la barbilla.

—Te quiero muchísimo. Me habría encantado que ella y tú…

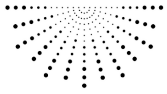
Jamie se las arregló para mantener el tipo.

—También lo sé. —Esbozó una ligera sonrisa—. Y ahora, me voy.

—Claro… Gracias, Jamie. Eres un gran chico.

Él le dedicó una mirada agradecida, y se despidió una última vez con un gesto de la mano.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



Tom no había parado de hablar por el móvil en todo el viaje. Móviles, en plural. Aunque uno de ellos era de uso personal, tras la difusión del vídeo en el que Ken Bryan admitía sus adicciones, la prensa se había vuelto loca de remate y las llamadas entraban por todas las vías.

Ken había ido buena parte del viaje durmiendo, pero el rato que había estado despierto, lo había pasado ensimismado. Las cosas habían cambiado tanto en poco tiempo, que aún no se había acostumbrado. Empezando por la noticia de que al día siguiente, el lunes a las nueve y media de la mañana, *Mystic Oaks* volvería a ser suyo. Su padre lo había llamado el viernes para decirle que el banco tenía todos los documentos preparados para su firma, a falta de confirmación por su parte del día y la hora más convenientes. La disculpa pública de *Fox Music Entertainment*, sumada al acuerdo económico alcanzado con ellos, y a la repercusión mediática que estaban teniendo sus exitosas actuaciones en los festivales más importantes de la música country, habían obrado el milagro. Los Bryan seguían conservando íntegramente la propiedad del rancho de Ohio, y los planes de venderlo, y trasladar la explotación a *Mystic Oaks* estaban ya en marcha. Por lo pronto, Robert y Doreen se quedaban definitivamente en Nashville, con él. Había algunos viajes por confirmar en el horizonte, que los tres harían para ayudar a Jim y a Tim, pero, por primera vez en sesenta y cuatro años, el lugar de residencia de su padre era Nashville, Tennessee, en vez de Springfield, Ohio.

El día a día de Ken también había dado un giro de noventa grados. Prueba de ello, era que quien conducía no era Tom, sino uno de sus guardaespaldas. En el asiento del acompañante, Shane Norton escaneaba el paisaje con sus ojos de exmiembro de las fuerzas especiales. Él iba detrás, sentado junto a Tom.

La razón de que ahora llevara tanta seguridad no solo venía dada porque su popularidad se había disparado. Tampoco por el *boom* causado por la difusión de su vídeo personal. Había un motivo especial; la presencia del *Ford Taurus* en las proximidades de sus nuevas oficinas, que él había notado al ir a sacar a sus perros, hacía unos días, había resultado no ser circunstancial. Se había topado con el mismo vehículo en otros lugares. Shane había puesto su ojo de especialista en el asunto y había descubierto que el *Taurus* no era el único vehículo que lo seguía. Había detectado la presencia de, al menos, otros dos. Todas berlinas, todas de aspecto corriente, para confundirse en el tráfico. Esa era la razón de que se dirigieran a sus nuevas oficinas, en vez de a casa, a descansar lo que quedaba del domingo. Había que tomar una decisión al respecto y establecer un plan de acción, y Ken quería a todos los implicados —Tom, Shane, Bradley Rafferty y, por supuesto, a su padre y a su tía—, sentados en torno a la mesa de la sala de reuniones.

Venía de actuar en Francfort, Kentucky, donde también había hecho doblete. Su actuación original era la prevista para el viernes por la noche en horario de máxima audiencia, ya que se televisaba. Después del show, cuando estaba picando algo, antes de irse a la cama, Tom había recibido una llamada, proponiéndole un dúo para la noche siguiente, la del sábado, con una de las voces femeninas jóvenes del country más importantes, Amanda Brady [1]. Por supuesto, había aceptado de inmediato. No tenía que pensárselo. Conocía a Mandy desde hacía años y congeniaban muy bien, dentro y fuera del escenario. Además, necesitaba todo minuto de exposición que consiguiera, cada posibilidad de quedar bien con los organizadores, que se le presentara. El daño causado a su reputación por Sandy, a pesar de la disculpa pública de la empresa, era lo bastante grande para que él estuviera dispuesto a hacer lo que hiciera falta para rehabilitar su imagen. Sus dos actuaciones habían sido un éxito total, de la que todos los medios de comunicación se estaban haciendo eco. Tom le reenviaba al móvil los artículos de prensa a medida que los recibía y todos lo ponían por las nubes. Había sido un fin de semana mágico.

Lo único que no había cambiado era la ausencia de Chris y sus cada vez más devastadores efectos sobre él. Todo lo demás en su vida iba rumbo a las estrellas y, sin embargo, tenía que esforzarse para que nadie se diera cuenta de que la frustración se lo estaba comiendo vivo. Era imposible que Chris no hubiera visto ese vídeo. Que continuara en silencio, confirmaba una cuestión; que el dosier sobre su paso por las clínicas de desintoxicación que Dottie había encontrado, no era la razón que la mantenía a mil trescientos kilómetros de él.

Sin embargo, Ken estaba equivocado en algo. Quienes le querían eran plenamente conscientes de su frustración y, entre ellos, había alguien decidido a poner una sonrisa en su cara al precio que fuera. Circunstancia que él pudo comprobar personalmente, en cuanto abrió la puerta de sus nuevas oficinas y un coro bastante afinado le dio la bienvenida con un «¡¡¡Enhorabuena, Ken!!!»

SUS PERROS HABÍAN SIDO los primeros en ir a recibirlo y el reencuentro había sido de lo más afectuoso. Paul y Gary se habían quedado a cargo de Noah y de River durante los días que Ken había estado de viaje, pero aquel día, en cuanto Robert les había llamado para decirles que ya estaba en las oficinas, los veterinarios los habían llevado hasta allí. Sumado al hecho de que todas las personas importantes de su vida estaban allí, celebrando en un entorno festivo en el que sonaban los temas de su último trabajo discográfico, el regreso a Nashville no había podido ser mejor.

Ken había estado hablando con sus hermanos aquella misma mañana. La conversación había sido larga, como solían serlo la mayoría. Estaban en plena época de cosecha, así que ellos le habían comentado que se hallaban en el sector agrícola de la finca desde la madrugada con un «calor del infierno y una montaña de trabajo por hacer suficiente para parar un tren», palabras textuales. Obviamente, le habían mentido. No estaban en Springfield, sino en Nashville. De hecho, habían llegado el día anterior, puesto que ignoraban que a él le habían propuesto una nueva actuación para la noche del sábado.

Después de los abrazos y las felicitaciones, Ken había tenido tiempo de reparar en que la nave estaba decorada. Había guirnaldas y farolillos de colores por todas partes. Los famosos pósteres hechos a partir de fotos de sus actuaciones, engalanaban las paredes, dispuestos con

buen gusto. A título personal, seguía pensando que había demasiado «Ken Bryan» en aquel lugar, pero el resto de su familia se había mostrado en total desacuerdo con él.

En la pared lateral, situada a la izquierda de la entrada, habían fabricado una larga mesa hecha con caballetes y tablas, sobre la que había un montón de delicias dulces y otras saladas. Algunas eran de confitería, pero las tartas llevaban el indiscutible sello de la cocinera de la familia, Doreen Montgomery.

A pesar de que había sillas suficientes y platos, dispuestos para cada invitado sobre la mesa, excepto Robert Bryan, todos estaban de pie. Concretamente, mirándolo a él, pendientes. Ken no pudo evitar sentirse un poco culpable. Estaba claro que no había conseguido disimular sus sentimientos demasiado bien.

Se acercó hasta donde estaba Bella, junto a Robert y a Doreen, con una sonrisa cómplice.

—No voy a preguntar quién está detrás de todo esto porque, como se suele decir, ¡válgame Dios, salta a la vista! —y con esas, rodeó con un brazo los hombros de Bella, en un abrazo afectuoso.

—¿Yo? ¡A mí no me mires! Perdona, pero esto no es cosa de una sola persona. ¡Cómo se nota que no organizas esta clase de saraos a menudo! —repuso ella, risueña. Pero se dejó abrazar sin ninguna queja.

Ken le devolvió una mirada cargada de afecto.

—Esto lleva tu firma. Ya no me engañas, Bella.

Al fin, ella concedió con una sonrisa.

—Pero te sigo sorprendiendo…

—Eso, siempre —reconoció Ken—. Eres una persona increíble… Muchísimas gracias. No se me ocurre una forma mejor de acabar el fin de semana, que reuniendo aquí a toda la gente que me importa. —Miró a sus hermanos con la intención de presentarles a Bella—. ¿La conocéis?

Jim soltó una carcajada. Tim lo secundó con algo más de disimulo.

—Si no les he llamado cien veces, habrán sido noventa y nueve —dijo Bella, riendo—. ¡Los pobres están hartos de mí!

—¿Que si la conocemos? —dijo Jim, cuando logró dejar de carcajearse—. Seguro que no como ella nos conoce a nosotros. ¡Tío, esta mujer sabe más de mí que Chloe! Dice que es la presidenta de tu club de *fans*, pero, para mí, que es de la CIA y está aquí en una misión encubierta.

Las carcajadas resonaron entre los Bryan al oír a Jim mencionar a su primera novia. Entonces, los dos tenían once años y se adoraban. Aunque ella ya estaba casada y esperando su primer hijo, continuaban siendo muy buenos amigos. No había nadie en todo Ohio que supiera más de Jim Bryan que Chloe Wilson.

—Menos mal que mi apellido es Keller —intervino Tom, enviándole una mirada cariñosa a Bella.

—¿Y crees que eso te libra de mi insaciable curiosidad?—respondió Bella con malicia—. ¡Qué iluso!

Y una vez más, las risas volvieron a reinar en las nuevas oficinas de Ken Bryan.

AL CABO de un buen rato, la familia y sus invitados, habían formado un corrillo de sillas cerca de

la mesa y conversaban mientras disfrutaban de los tentempiés y las tartas. Junto a estas últimas, precisamente, estaba sentado Ken, con un plato desechable en la mano, que contenía una porción de cada una de las tres variedades que había horneado su tía. Robert estaba en la silla contigua a la de Ken y, al igual que él, disfrutaba de la repostería exquisita de Doreen Montgomery. Eso sí, con mucha más moderación que su hijo.

Como siempre que los hermanos Bryan estaban juntos en un mismo lugar, había habido espacio para las anécdotas, las pullas y, por supuesto, las risas.

Para Bradley Rafferty se trataba de algo nuevo, que presenciaba con interés y cierta envidia sana. Ver a los Bryan en acción, le ofreció información muy útil para comprender un poco mejor al hombre que, aunque ahora era su cliente, había comenzado siendo su ídolo. Seguía siéndolo, de hecho. De alguna forma, su visión de Ken era muy parecida a la de Bella. Le resultaba imposible separar del todo al músico famoso del hombre. La razón era simple, aunque a Ken no le gustara oírla. Ken Bryan había dicho alto y claro que no era una estrella. Sin embargo, para el mundo, lo era. Lo había sido siempre, incluso cuando era un músico callejero. Había algo etéreo que emanaba de él, que reclamaba la atención de todo el mundo sin pedirla. Algo que hacía que, en un escenario junto a otros diez músicos, el público solo reparara en él. Daba igual, si dicho escenario estaba en un bar de mala muerte o en el Madison Square Garden de Nueva York. Ese algo invisible lo distinguía del resto de los mortales, como si llevara un cartel de neón sobre la cabeza.

Entonces, se oyó a Tim decir:

—Mucho se las da de soltero de oro, pero se calla que, desde hace unos meses, rara es la vez que viene a Nashville y no acaba en *The Tavern*. —Le dedicó una mirada con mensaje a Jim, quien puso cara de «ya estamos otra vez con la misma música».

Se trataba de un bar muy frecuentado por los estudiantes de la Universidad Vanderbilt, de Nashville.

—Será que la cerveza es buena —apuntó Ken, siguiéndole el juego.

—O que hay una pelirroja que le mola mucho. ¿Verdad, campeón? —volvió a decir Tim, dándole una palmada en el hombro a su hermano.

Robert miró a su hijo menor con creciente interés. Pensó que eso era toda una novedad. Jim tenía una activa vida de citas, en su opinión, demasiado activa, pero, rara vez, se tomaba alguna lo bastante en serio para repetir.

—¡Cómo sois! —terció Doreen—. ¡Si empezáis a meteros con él, al final, vamos a tener que empezar a escuchar sus conversaciones a escondidas para enterarnos de algo!

Jim hizo un gesto displicente con la boca. El brillo de sus ojos, sin embargo, mostraba a las claras que *no* acudía al bar *The Tavern* porque las cervezas fueran buenas.

—Son locuras de este tipo —dijo—. Tantas horas en la cosechadora, a pleno sol, le ha frito el cerebro.

Tim sacudió la cabeza, divertido.

—Mi cerebro está muy bien. Y mis oídos, mejor todavía. Por eso, también puedo asegurar, que la señorita no ha caído rendida a sus pies a la primera, como nuestro querido donjuán, aquí presente, está acostumbrado. Se está gastando una fortuna en llamadas y, por el momento, no hay cita.

—A ver, si aclaramos algo… —empezó a defenderse Jim, haciendo las delicias de sus hermanos por haber picado tan pronto—. Todavía no ha nacido una mujer así, tíos. Y si pensáis que el que siempre se lleva las mejores piezas es él… —señaló a Ken.

Pero no consiguió acabar su frase.

La voz de Robert resonó más alto que lo que antes lo habían hecho las carcajadas de todos.

—Hazme el grandísimo favor de moderar tu lenguaje, Jim.

Bella intercambió miradas con Ken y ambos se tragaron la sonrisa que pugnaba por salir y delatarlos. No era momento para reír. Robert Bryan había hablado completamente en serio.

Jim no tardó en rectificar. Había un brillo incómodo en sus ojos, a pesar de su sonrisa.

—Vaaale. Perdón, señoras —dijo, dedicándole la correspondiente mirada a su tía y a Bella —. Solamente, quería dejar claro que él no es el único ligón de la familia. —Después de mirar a su padre y comprobar que él no volvía a reprenderlo, continuó—. Y, solo para que conste, a Ken Bryan también se le resisten, ¿a que sí, campeón? —dijo, imitando a Tim.

La mirada de Bella cambió de ángulo. En su rostro lucía una sonrisa alucinada cuando miró a Ken. Lo único que le faltaba para estar absolutamente convencida de que la Mujer Maravilla era la candidata idónea para convertirse en la señora Bryan, era confirmar que no había caído rendida a sus pies. Lo dicho por Jim acababa de dibujar un cuadro muy claro en su mente: la estrella había tenido que sudar la gota gorda antes de poder ser el protagonista de esos apasionados besos en un aparcamiento subterráneo.

Ken se las arregló como pudo para salir del paso con una sonrisa divertida.

—Se siente —dijo, con fingida naturalidad, mientras cortaba otro trozo de su pastel de chocolate con la cuchara—. No estamos hablando de mí, hermano.

—¡Porque tú lo digas! —repuso Jim.

Y en un segundo, Jim y Tim estaban de pie. Le habían sacado el plato de las manos y lo habían cogido entre los dos, comenzando la clase de juegos que tanto disgustaban a Doreen. Y, por supuesto, las risas.

Ya estaban los tres rodando por el suelo: Jim y Tim intentando mantener a su hermano mayor de espaldas contra el suelo para hacerle cosquillas a placer; Ken intentando liberarse, cuando un móvil empezó a sonar.

A continuación, se oyó la voz de Robert, alta y clara.

—¡Silencio! ¡Chicos, callad! —exigió. La lucha se detuvo momentáneamente y sus tres hijos dirigieron su atención hacia él. Mirando a Ken, Robert dijo—: Es tu móvil, Ken. Y vas a querer atender esta llamada.

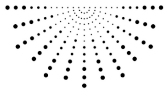
La urgencia en la voz de su padre y la forma en que lo instaba a atender, constituyeron un mensaje que Ken no pensaba ignorar. De alguna forma extraña, intuía que era la señal que llevaba siglos esperando.

Se levantó con rapidez y llegó hasta la mesa de dos zancadas.

Una vez allí, manoteó el móvil. Con el corazón, a dos mil revoluciones por minuto, y todos los sentidos en alerta total, miró la pantalla.

El nombre que parpadeaba en ella era «Chris Thompson».

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Ken atendió la llamada consciente de que el temblor de su mano era un fiel reflejo de lo que sucedía en su interior. Pretender mantener la calma, era esperar un imposible. Había deseado tanto ese momento, que nada conseguiría que dejara de sentirse nervioso e inseguro, como si fuera un quinceañero. Jamás en su vida se había sentido de esa forma.

Ken respiró hondo, se alejó unos cuantos pasos del grupo. Ya que la conversación no sería privada, al menos, podía darle la espalda a los gandules de sus hermanos. Evitar que se rieran en su cara mientras él intentaba no derretirse de gusto al oír una voz con la que llevaba semanas soñando.

Se concedió un instante para centrarse y, al fin, atendió.

Ni siquiera consideró la posibilidad de esperar a que fuera Chris quien dijera la primera palabra. Como mínimo, quería dejar claro, desde el principio, que se moría por hablar con ella y que le daban completamente igual las razones por las que no había podido hacerlo hasta ahora.

—Hola, Chris… No sé si preguntarte cómo estás, decirte que estoy tan contento de oírte que podría ponerme a bailar, o… Bueno, cerrar la boca, y dejarte hablar. ¿Qué me sugieres?

Chris apretó los párpados. A buen puerto había ido a por leña, pensó. Su corazón se estaba derritiendo ante aquella dulzura que siempre le había calado hondo, y su cerebro ya se había convertido en un charco pringoso de materia gris a sus pies.

Mierda. ¿Cómo se las arreglaba él para saber siempre qué decir y cómo? Volver a oír su voz estaba siendo muy intenso.

Lo primero que Ken oyó fue que ella respiraba hondo. Durante un segundo, temió lo que fuera a oír después. Pero solo fue un instante y cuando este pasó, su decisión estaba tomada. Esta vez, su vanidad no estropearía las cosas. No volvería a perder a Chris. Jugaría todo lo duro que fuera necesario para que ella no volviera a alejarse de él, nunca más.

Quizás, por esa misma razón, a Ken le sorprendió su respuesta.

—Ya me gustaría hacerte alguna sugerencia, pero tengo un problema… Mi cerebro acaba de dimitir… Propongo que sigas tú. A mí no me salen las palabras.

Ken permaneció en silencio durante un instante. Sorprendido. Asombrado, más bien. No había esperado volver a encontrarse tan pronto con esa espontaneidad ocurrente que caracterizaba a Chris, que le permitía ser directa a la par que divertida.

—Vaya… —se rio—. Bueno, entonces, sigo yo…

Oír que ella también reía, le devolvió el alma al cuerpo. Era una risa suave, algo desganada, como si no acabara de resignarse a que entre ellos las cosas siempre fueran tan inesperadas e intensas.

Sin embargo, Ken no consiguió que su cerebro volviera a funcionar. Ni siquiera a medio rendimiento. Eran tantas las cosas que quería decirle, tan intenso todo lo que sentía, que no sabía por dónde empezar.

Y fue, precisamente, Chris quien lo puso en palabras, y lo hizo a su manera.

—*No es tan fácil como parece, ¿lo ves, listillo?*

Él sonrió. Bajó la cabeza para que nadie lo viera, consciente de que no estaba a solas.

—Por lo visto, el mío también ha dimitido —concedió—. Si me das un momento, voy a buscar a Data [1] para que nos eche una mano. Está aquí al lado, en mi oficina. No tardo nada.

Las risas de Chris, aunque siguieron sonando todavía algo desganadas, duraron más que antes. De hecho, los dos rieron.

—*Así que también eres un trekkie*[2]…

La voz de Ken rezumó orgullo de *fan* al decir:

—Así es.

Chris exhaló un suspiro.

—*Tú y yo somos un caso serio*…

—Así es —volvió a conceder él.

El calor de su sonrisa convirtió aquellas palabras en una caricia.

Chris volvió a suspirar y se obligó a centrarse.

—*Tenemos que hablar.*

—Seguir hablando —la corrigió él.

Otra caricia.

—*En persona* —matizó ella.

Ken abrió la boca de puro asombro. Esto sí que no lo esperaba. Dijo lo primero que le vino a la mente.

—Guaaaaaauuuu…

Al instante, sacudió la cabeza con fuerza, buscando que su cerebro dejara de alucinar, y se centrara.

—Perdona… Por supuesto. Dime cuándo y dónde, y allí estaré.

Chris se restregó la frente unos instantes. Ahora venía lo mejor.

—*Dímelo tú.* —Exhaló el aire, contrariada—. *Es increíble. Se escriben ríos de tinta sobre ti y no hay una maldita dirección asociada a tu nombre…* —El silencio del otro lado era muy explícito. Chris completó los puntos suspensivos—. *Estoy aquí, Ken.*

Él frunció el ceño.

—Aquí, ¿dónde?

—*Aquí, aquí, aquí… Acabo de aterrizar en el aeropuerto de Nashville. Estoy en el Punto de encuentro.*

Joder…

¡JO-DER!

Ken pasó del asombro al movimiento febril en un instante.

—Quédate donde estás. Ahora mismo te recojo. Voy a cortar, ¡pero no te muevas de allí!

KEN SE DIO la vuelta y miró a todos con una sonrisa alucinada en los labios.

—¡Está aquí, en el aeropuerto! —Se dirigió hacia la silla, donde había colgado su cartera de hombre, fue dando grandes zancadas—. ¡Dios mío, no me lo puedo creer!

¿Estaba haciendo lo que parecía que estaba haciendo?, pensó Tom. Ni hablar. Le interceptó el paso.

—¿Dónde crees que vas? Tranquilo, hombre.

—¿Y tú donde crees que voy? ¡A recogerla, tío!

—Quieto ahí. ¿A recogerla, dices? Claro, como a ti no te conoce todo el mundo y la prensa no está ya lo bastante desatada, tú vas y la recoges en el aeropuerto. ¡No seas memo, Ken! Voy yo.

Bella, que había presenciado los acelerados acontecimientos de los últimos minutos, no pudo evitar soltar una risotada al oír a Tom.

—¡Qué idea más buena, hombre! ¡Como a ti no te conoce nadie…! —Miró a Robert, risueña —. ¿Siempre son así?

El padre de Ken se echó a reír. Estaba tan ilusionado, que se sentía más propenso que nunca a reír. Aunque tenía que admitir que, en este caso, la broma de Bella había sido de lo más oportuna.

La joven extendió la mano, esperando que le dieran las llaves de un coche.

—Voy yo. A mí sí, que no me conocen… De momento —añadió, orgullosa de su nuevo puesto—. Y nadie se fijará en una mujer que va a recoger a otra mujer en el aeropuerto, ¿no creéis?

Entonces, alguien habló.

—Iremos los dos. Porque, si resulta que alguien te conoce y se fija en ti, y luego repara en la mujer que vas a recoger y la reconoce, necesitaréis a un tipo hábil, que os saque las castañas del fuego. —Acto seguido, giró en redondo al tiempo que decía—: en marcha.

Todos se quedaron mirando a Shane Norton, sorprendidos ante el mayor número de palabras encadenadas que le habían escuchado decir aquel día.

—Perdón por entrometerme —intervino Rafferty—, pero, ¿no sería más lógico darle la dirección o, simplemente, enviar un taxi a buscarla? La prensa está enloquecida. ¿Merece la pena arriesgarse?

Robert y sus tres hijos lo miraron al unísono. El abogado se quedó cortado. Fue Tom, el que, riendo, le ofreció una explicación.

—¿Enviar un taxi, dices? Con cuatro hombres Bryan en la sala, eso es casi como decir una blasfemia.

—Y sin casi —aseguró Tim, muy serio.

Bella cogió sus cosas y enfiló hacia la salida a paso rápido.

—Me voy corriendo… Este hombre es capaz de largarse sin mí —dijo, refiriéndose a Shane —. ¡En un rato, nos vemos!

Al llegar a la puerta, se detuvo brevemente, y se volvió para mirar a su ídolo con ojo crítico.

—¿Qué tal un buen afeitado, mientras tanto? Sí, ya sé, ya sé… Alguien os ha dicho que a las chicas nos encantan las barbas de varios días, que nos parecen sexi… ¿Os cuento un secretito? No hay nada más sexi que un hombre con el cutis suave, oliendo a aftershave.

Todo vieron a Robert Bryan concediendo a lo dicho por Bella con un movimiento de la cabeza.

—Yo no habría podido expresarlo mejor —aseguró, dedicándole una sonrisa aprobatoria a la presidenta del club oficial de *fans* de su hijo.

—¡Espera! —exclamó Ken. Fue a prisa hacia ella—. Está en el Punto de encuentro. Seguro que lleva el cabello recogido… —Hizo el gesto correspondiente con una mano—. Y gafas oscuras. —Buscó en la memoria de su móvil entre el millón de fotos que guardaba de Chris. Entonces, cayó en la cuenta de que le faltaba algo—. No tengo tu número…

Bella le sacó el móvil de las manos con actitud despreocupada, y se puso a teclear.

—Ya pensaré cómo le explico esto a mi novio, no te preocupes —comentó, divertida, y le devolvió el dispositivo.

Ken se decidió al fin por una foto y se la envió.

Al oír la notificación en el interior de su bolso, Bella lo miró.

—¿Eres tú?

—Acabo de enviarte una foto de Chris.

Bella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y para qué necesito una foto? ¡Podría dibujarla a mano alzada con los ojos vendados, hombre!

Y con esas, se despidió una última vez con un gesto gracioso, y se marchó.

La voz de Robert, preguntándole si estaba bien, sacó a Ken de sus pensamientos.

Se había afeitado. Incluso, había estrenado la ducha de sus nuevas oficinas. Se había cambiado de ropa, echando mano del equipaje que había llevado a Francfort. Vestía informal, unos Levi’s 501 y una camisa blanca de lino con doble abotonadura y mangas cortas. También había cambiado sus zapatillas de deporte por unas botas tejanas. Y, desde hacía veinte minutos, ya limpio y perfumado, se dedicaba a caminar por las paredes de pura ansiedad.

—Nervioso —reconoció. No tenía sentido fingir. Su padre lo conocía bien. Además, estaba seguro de que era evidente.

—Eso es bueno —Fue Doreen quien lo dijo.

Ken le dirigió una mirada que, aunque era cariñosa, no estaba exenta de cierta burla. Era bueno, ¿para quién?

Ella le acarició la barbilla.

—Los nervios te mantendrán alerta, te harán mucho más receptivo. Tu enorme sensibilidad hará el resto, sobrino. Debería consolarte, pero, si no es el caso, ahí va otro dato: seguro que Chris está mucho más nerviosa que tú.

Ken esbozó una ligera sonrisa y volvió a acariciarle la cabeza a sus perros. Noah y River se habían percatado de la gran inquietud de su humano favorito e intentaban ayudarlo a su manera.

Tim y Jim, mucho más terrenales que Doreen Montgomery, sabían a qué clase de nerviosismo se refería Ken y, por lo tanto, que no había palabras de alivio posible.

En efecto, no las había. No, ante un momento tan importante de su vida.

Volver a ver a Chris, después de tres semanas de agonía, traía aparejados nervios y ansiedad. Ahora, que había aprendido cómo era su ausencia y los efectos que tenía sobre él, no podía volver a perderla. Sentía que se lo estaba jugando todo a una carta.

Intuía que, para seguir juntos, los dos tendrían que sortear obstáculos importantes. Ignoraba cuáles, ni qué tan grandes eran, pero estaba determinado a superarlos. No obstante, desconocía lo que había por parte de Chris. Su postura al respecto era un gran interrogante.

Un minuto se decía que todo estaba bien, que había sido ella quien había vuelto a iniciar el contacto. ¿Para qué iba a desplazarse hasta Nashville, si no era para hablar cara a cara y arreglar las cosas?

Al minuto siguiente, recordaba sus tres semanas de absoluto silencio, y ya no lo veía tan claro. Chris tan solo había salido de su caparazón después de que él dejara claro qué lo había llevado a confesar públicamente sus adicciones. Quizás, ella no estaba en Nashville para arreglar nada, sino para evitar que él continuara exponiéndose en vano.

Y cuando su ánimo estaba ya a la altura de un búnker antinuclear, la reciente conversación con ella llegaba al rescate. Las sonrisas, sus mutuas ocurrencias, que convertían una conversación entre ellos en algo completamente diferente de las que mantenían por separado con otras personas, esa poderosa conexión que los unía… Ninguno de los dos era inmune a lo que sucedía cuando estaban juntos. Lo que los unía iba mucho más allá del sentido común, superaba toda lógica. Era intenso y profundo. Indestructible.

Entonces, el recuerdo de sus tres semanas de agonía regresaba…

Y vuelta a empezar.

Ken soltó el aire en un suspiro. Se estaba volviendo loco de ansiedad.

En aquel momento, su móvil sonó anunciando que había recibido un mensaje. Ken comprobó la pantalla y volvió a suspirar. Era de Bella y decía:

«A dos minutos escasos de ti. ¿Estás preparado?».

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Chris nunca se había comportado de forma tan antisocial como aquella mañana. Hacer frente a la rabia que sentía por cómo se habían desarrollado las cosas, sumado a la rabia aún mayor de sospechar que podían seguir tomándole fotos sin que ella lo supiera, habían transformado una situación extraña en una tensa.

Cuando la muchacha de las dos coletas se le había acercado en el Punto de encuentro y le había preguntado si su nombre era Chris, había reaccionado con suma cautela. Más que cautela, con beligerancia: «¿quién quiere saberlo?».

La joven había sonreído y, como si no se extrañara de su respuesta, se había presentado. Se llamaba Bella, era la presidenta del club oficial de *fans* de Ken Bryan y la razón de que estuviera allí, era que, tras la confesión pública del cantante, la prensa estaba muy alborotada. Le habían convencido de que era mejor que enviara a alguien en su lugar a recogerla.

Por supuesto, Chris no había esperado que Ken se presentara allí en persona. Después de lo sucedido, ni el ser más incauto del mundo acudiría, como si nada, a un lugar infestado de cámaras y móviles. La esperaría en su coche, en el aparcamiento, y Tom, o alguna otra persona que ella conociera, iría a recogerla en el Punto de encuentro. Obviamente, no había sido el caso. Ken no estaba en el aeropuerto y, en su lugar, había una chica que le recordaba a la actriz que había interpretado a Miércoles Addams [1] en la película «La familia Addams», acompañada de un hombre de talante amenazador. Un armario con piernas, que no tenía un solo pelo en la cabeza.

—¿Y por qué no me ha avisado que te enviaría a ti en su lugar? —le había dicho, en una muestra más de su total paranoia.

—Decir que fue un despiste, no colaría, ¿verdad? —le había respondido ella, con una sonrisa compasiva—. Me lo imaginaba. ¡A ese hombre no se le escapa nada! En tal caso, tendrá que ser la verdad. Todavía sigue en el suelo, desmayado del *shock*.

De no haber estado tan rabiosa y preocupada, Chris habría reparado en que lo dicho por Bella dejaba en evidencia que estaba al tanto de lo que había entre Ken y ella. Al menos, lo bastante para describir como un «desmayo por shock» el estado de Ken, tras su llamada. Y, desde luego, no le habría pasado desapercibido el conato de risa que había iluminado, fugazmente, el rostro impenetrable del hombre que la acompañaba.

Sin embargo, en aquellos momentos, los sentimientos dominantes en Chris eran los nervios por cómo sería volver a estar en el radio de acción de unos ojos que le habían leído el alma desde el primer momento, y la impotencia de sentirse acorralada por las circunstancias. Unas circunstancias que ignoraba cómo manejar.

Al fin, Chris se había dejado guiar hasta el vehículo, un *Chevrolet Suburban* negro, como los que usaba el F.B.I. Iba sentada detrás, junto a Bella, absorta en sus pensamientos. De tanto en tanto, regresaba a la realidad, y se percataba de la extraña comunicación que mantenían los dos miembros del equipo de Ken con quienes estaba. La muchacha era mordaz y charlatana, pero su compañero de viaje era todo lo contrario. De hecho, Chris solo le había escuchado pronunciar dos palabras: «de nada», al agradecerle que le hubiera abierto la puerta trasera del monovolumen.

Y, ahora, estaba frente a lo que parecía una nave industrial, un soleado domingo de septiembre, a punto de descubrir cómo serían los siguientes capítulos de su vida.

CUANDO SE ABRIÓ la puerta de la nave, Noah y River echaron a correr. Llevaban un buen rato alterados. Olfateaban el aire y elevaban sus morros, atentos al menor sonido.

Fueron los primeros en llegar junto a Chris. Apenas le dieron tiempo a entrar, antes de empezar a celebrar su presencia por todo lo alto, moviendo sus colas, dando vueltas a su alrededor, y, raro en ellos, saltando.

Chris notó que la pared de enfrente mostraba un póster tridimensional de Ken en un concierto. Ignoraba dónde o cuándo habían tomado esa foto, pero era impresionante. Impactante. También se percató de que había música y más gente conversando. Algunos sonidos le resultaban vagamente familiares.

Se sentía tan abrumada, que apenas atinó a agacharse para agradecerles a los cachorros la bienvenida con una caricia en la cabeza. Entonces, River se elevó sobre sus patas traseras y Noah lo imitó.

El sonido de una voz detuvo a los cachorros en el acto y los devolvió sobre sus cuatro patas.

—¡Noah, River, abajo! ¡No saltéis!

Y estuvo a punto de lograr algo más: pararle el corazón a Chris.

Cuando ella reunió el valor para alzar la vista y vio a Ken de pie, a diez metros, contuvo el aliento.

Sus miradas volvieron a encontrarse después de veintiún días eternos y las dudas que ambos tenían acerca de cómo sería volver a estar frente a frente, se disolvieron en un segundo.

El tiempo que les tomó correr el uno hacia el otro y fundirse en un abrazo, ante la mirada tierna de todos los presentes.

EL SENTIMIENTO ERA TAN INTENSO, que ninguno de los dos hizo ademán alguno de apartarse. No eran realmente conscientes de lo que hacían. Mucho menos, de que una docena de ojos seguían, con emoción y mucho interés, lo que acontecía en el metro cuadrado que ocupaba la pareja.

Ken, simplemente, no podía moverse.

Reconocía en esa necesidad imperiosa de retener a Chris entre sus brazos, los mismos sentimientos que había experimentado el día del aparcamiento subterráneo. Era vital, intensamente apasionado, pero no tenía nada que ver con una necesidad física, en el sentido sexual de la palabra. Así acababan las cosas entre ellos, pero nunca empezaban de aquel modo. Lo que los había atraído desde el principio era una necesidad de sentirse completos, que solo

alcanzaban realmente cuando estaban juntos. Lo cual explicaba a la perfección sus sensaciones de las últimas tres semanas. Presenciar cómo despegaban sus sueños camino del infinito, alcanzar cosas por las que llevaba luchando más de una década y, al mismo tiempo, no poder quitarse de encima esa persistente sensación de estar vacío por dentro.

Chris no quería moverse.

Se negaba siquiera abrir los ojos. Aquel era el primer minuto de paz que tenía desde que había regresado al mundo civilizado. El primer minuto de sentirse a salvo. Más que eso: a salvo y protegida como nunca. Lo que experimentaba junto a Ken era inédito. Adictivo y necesario. Estaba tan agradecida por ese minuto sin miedo ni preocupaciones, que le dieron ganas de llorar. La emoción la embargaba más y más, cada instante que pasaba entre aquellos brazos que había añorado tanto.

Fue su llanto silencioso lo que devolvió a Ken a la realidad. La estrechó más fuerte y le habló al oído.

—De ti, me vale todo, lo que sea… Pero empieza a preocuparme un poquito tener este efecto en ti… ¿Tan horripilante estoy, que te dan ganas de llorar?

Del llanto a la sonrisa en una fracción de segundo.

Chris alejó un brazo de él, solo el tiempo necesario para sacar un pañuelo de papel del bolsillo de su falda y sonarse la nariz. Enseguida, lo devolvió donde estaba antes, alrededor de los hombros masculinos.

—Supongo que si digo que sí, será tu lado vanidoso el que se echará a llorar, ¿no?

Una sonrisa dulce se abrió paso en el rostro de Ken.

—Ay, mi lado vanidoso… Tranquila, a ese lo has curado de espanto. Ya no dice ni pío.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? —murmuró ella, acurrucándose contra él. Apoyó una mejilla sobre el pecho masculino y exhaló un suspiro—. La última vez que nos vimos cara a cara, se lanzó a interpretar «La Traviata» a todo pulmón y, no contento con eso, abandonó la escena de manera muy dramática. Fue todo un golpe de efecto, te diré.

Ken la acomodó mejor entre sus brazos y continuó hablándole al oído.

—Hace mucho de eso… Además, para que conste, también te pidió perdón por ser tan capullo.

—Pues, no lo recuerdo y tengo muy buena memoria…

—No pasa nada. Lo tienes por escrito. Para leerlo y releerlo cuanto quieras…

Esta vez, Chris buscó su mirada.

—¿El sobre celeste? —preguntó con un brillo culpable en los ojos.

Él se limitó a asentir repetidas veces con la cabeza.

—Oh, Diosss… —Chris exhaló un suspiro angustiado y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Entonces, como si su cuerpo tomara sus propias decisiones, Ken apretó el abrazo. Se dobló sobre Chris, apoyó el mentón sobre su coronilla y cerró los ojos, disfrutando de aquel momento mágico.

Algo, sin embargo, lo devolvió a la realidad. Ken echó un rápido vistazo alrededor con disimulo.

—Nos están mirando —murmuró con las mejillas rojo bermellón—. *Todos*. Somos el espectáculo del día. ¿Te parece bien, si invento una excusa para quitarnos de en medio sin los sociales de rigor, y nos vamos a mi oficina?

Chris espió el panorama por el costado de Ken. Sus mejillas empezaron a arder, como si las

hubiera puesto sobre el fuego.

—*Por favor* —suplicó.

Y solo le faltó unir sus manos, como si estuviera rezando.

KEN RECOGIÓ el bastón de Chris que se había caído al suelo en algún momento sin que se dieran cuenta, y se lo entregó con una sonrisa.

—¿Puedes andar o necesitas que te lleve en brazos? —ofreció, seductor.

Chris se rio por lo bajo y dio un paso al frente. No solo para demostrarle que todavía podía andar, sino para evitar que volvieran a enredarse en otro de sus momentos estelares, y siguieran brindando un espectáculo a todos los presentes.

—Vaya, con el que estaba en el suelo, desmayado por el *shock*…

Al ver que arrugaba el ceño, Chris ya no se rio por lo bajo. Se cubrió la boca con una mano, en un intento de no empezar a desternillarse de risa en su propia cara.

—Vale —concedió él, tomándola de un brazo para guiarla hacia su despacho—. Ya te pediré después que me lo expliques. Ahora, retirémonos de puntillas antes de que mis hermanos nos usen de blanco para sus pullas… Es la primera puerta de la izquierda. Enseguida voy.

Sus perros parecían haber vuelto a la vida, saltando y emitiendo pequeños ladridos alegres. Ken decidió encomendarles una misión.

—Acompañadla a la oficina, y, bajo ningún concepto, la dejéis marchar, ¿vale, perretes? ¡Impedidle a toda costa que atraviese esa puerta! —les ordenó.

Tras lo cual, le hizo un guiño a Chris y fue al encuentro de su familia.

Evitó la mirada de sus hermanos y, por supuesto, la de Tom y Bradley. Fue directo donde estaban Robert y Doreen.

—En un rato volvemos y compartimos las noticias con vosotros. Ahora…

Ahora, ¿qué?, pensó. La facilidad con la que perdía toda noción del tiempo y del espacio cuando estaba con Chris era solo comparable a la facilidad con la que una urticante incomodidad se adueñaba de él tan pronto se daba cuenta de que había vuelto a hacerlo.

—Vas a cobrarte todos los morreos que te debe con intereses. Tranquilo, nos hacemos cargo —terció Jim, incapaz de aguantarse.

Las carcajadas arreciaron. Robert sacudió la cabeza. Normalmente, habría vuelto a reprender a su hijo menor. Sin embargo, esta vez lo dejaría correr. Todos lo habían pasado mal con la abrupta marcha de Chris y el pésimo estado de ánimo de Ken. Era la alegría que sentía la que hablaba por Jim. Una alegría con la que todos se identificaban.

—¡Ya le gustaría! Pero, sabe que no será así. Tendrá que esperar para cobrarse lo que le deben —dijo Bella.

Desde la mesa, donde servía generosas porciones de todos los tentempiés disponibles sobre una bandeja, su voz había sonado despreocupada, pero con una dosis evidente de veracidad. Como quien habla desde la experiencia.

Bella intercambió miradas con Ken quien no hizo comentarios. Ella le entregó la bandeja con una sonrisa cariñosa.

—Recuerda que eres el mejor en todo y para todo —lo animó en voz muy baja, cuando él se acercó.

Ajeno a lo que sucedía junto a la mesa, Jim le hizo un guiño a Tim, que, en realidad, iba dirigido a su propio padre para evitar un regaño, y lo soltó.

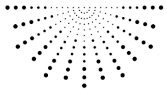
—¡Venga ya, eso es facilísimo, hermano! Como esa piel tan sensible que tienes no esté hecha polvo cuando vuelvas, voy a reírme de ti el resto de mi vida…

Ken ya se había girado, bandeja en mano, dándole la espalda a las pullas, cuando Bella salió en su defensa.

—¿Facilísimo? ¡No sabes lo que dices! ¿Crees que ella ha venido para estar en sus brazos? Y admitamos que el rumor de que Ken Bryan está regalando abrazos, sería una razón más que suficiente para provocar un *overbooking* de narices en todas las aerolíneas que operan en el aeropuerto de Nashville, pero no es el caso. La Mujer Maravilla no ha volado hasta aquí para eso. Te lo doy firmado.

Mientras las carcajadas resonaban en la nave ante la espontaneidad de la presidenta de su club de *fans*, Ken continuó andando sin volverse. Bella había acertado de pleno al elegir su carrera universitaria; era una psicóloga extraordinaria.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Cuando Ken llegó a su oficina, Chris se había sentado en el mullido sofá color azul eléctrico que había encargado Tom (aunque lo había elegido Bella). Todavía no había tenido tiempo de estrenarlo y le gustó la idea de poder hacerlo con ella. Le pareció una señal de un nuevo comienzo que lo animó y lo llenó de energía ante un momento que sabía no sería fácil para ninguno de los dos.

Sus perros estaban echados a los pies de Chris, tan tranquilos, como si estuvieran con él. Otra cosa que a Ken le agradó comprobar.

Después de apartar la pila de revistas y periódicos que Tom le había dejado con noticias sobre él, depositó la bandeja que traía sobre la pequeña mesa ratona, sirvió un vaso de refresco y se lo ofreció con una sonrisa.

Ella lo aceptó, bebió un buen sorbo y luego, volvió a dejarlo sobre la bandeja. Miró a Ken con un gesto nervioso y un nudo en el estómago. Estaba allí por iniciativa propia y le tocaba a ella hacer los honores. Un instante después, descubrió que él seguía siendo él, un hombre sensible, que la conocía profundamente. Mucho más, de lo que ella se había imaginado que alguna vez alguien del sexo opuesto llegaría a conocerla. Y tan solo le bastaron tres palabras para confirmarlo.

—¿Cómo está Lilly?

Chris asintió con la cabeza un par de veces. Respiró hondo, intentando calmarse.

—Mucho mejor. Gracias por preguntar… Los primeros días fueron complicados. La escuela de Alta Cocina se negó a permitirle que asistiera de oyente el primer trimestre, hasta que le quitaran la escayola, y Lilly… Bueno, se vino abajo. Pero tuvimos una conversación y, desde entonces, ha vuelto a ser la de siempre. Está contenta. El chef del restaurante en el que estuvo haciendo prácticas en agosto, la ha invitado a volver el próximo verano. Por cierto, te envía saludos… —añadió. Esperó no sonrojarse al decirlo, aunque no estaba segura de ello. Sus mejillas ardían y eso no era una buena señal.

Ken se lo agradeció con una sonrisa y deslizó su mano muy despacio hasta acariciar los dedos de Chris. Los dos se estremecieron. Él pareció recuperarse rápido, pero ni sus dedos ni su mirada la abandonaron cuando habló:

—Y tú…, ¿cómo estás? —Sonrió con suavidad—. Bueno, aparte de preciosa, como siempre, quiero decir.

Chris volvió a respirar hondo. Su emoción crecía, en una mezcla infame de rabia, frustración y agradecimiento por estar de nuevo junto a él, todo al mismo tiempo.

—Furiosa. Con unas ganas insoportables de agarrar a tu ex promotora musical del cuello y

freírla a… *Bastonazos.*

Notó que la mirada masculina se dulcificaba y que él ya no le acariciaba los dedos; había tomado su mano entre las suyas, sosteniéndola con firmeza. Chris se concentró en acabar su exposición.

—Y confusa —admitió, con un hilo de voz—. Hecha un lío.

Cuando Ken se inclinó hacia la bandeja y tomó un pequeño plato con una porción de tarta de chocolate, Noah elevó el morro y olfateó, como si la cosa fuera con él. Enseguida, volvió a apoyarlo sobre sus patas delanteras. River ni siquiera se inmutó. Su curiosidad de cachorros les impedía ignorar cualquier movimiento, pero sabían que nada de lo que había en aquella bandeja era para ellos. Su humano no hacía excepciones en cuanto a lo que podían comer y lo que no.

Ken cortó un trozo de pastel y se lo ofreció a Chris.

Ella miró la cuchara y, luego, a él.

—¿Es alguna receta especial anti cabreos?

Ken mantuvo firme la cuchara, muy cerca de sus labios. Sus ojos brillaban, pícaros y tiernos.

—Mi tía cocina como los dioses y en esta receta usa chocolate para postres con el 75% de cacao. Créeme, amarás al mundo entero, cuando la tengas en la boca.

Chris obedeció por complacerlo. No sentía hambre ni voluntad de probar recetas especiales, fueran de quienes fueran. Pero, a poco que saboreó el trozo de tarta, tuvo que darle la razón.

—Esto está de muerte… No sé si tanto como para amar a esa demente que me trae por el camino de la amargura, pero ayuda. Quizás se libre de los bastonazos —concedió.

Él rio divertido y cortó otro trozo, esta vez, para él. Disfrutó como un niño de la buenísima mano de su tía para la repostería y lo hizo de forma deliberada. Podía sentir el nerviosismo y la rabia de Chris, y sabía que él era la única persona en el universo capaz de hacer que se calmara. La razón de que lo supiera era simple; ella tenía el mismo efecto sobre él.

En aquel momento, sonó un móvil. Chris rebuscó en su bolso y al ver el nombre que mostraba la pantalla, puso los ojos en blanco.

A su lado, Ken logró ver de quién se trataba y, en su caso, rio divertido. Por lo visto, una personita muy dulce que adoraba a Chris, le echaría una mano en su tarea. Genial.

—Estoy bien. Y ahora no puedo hablar —se adelantó Chris.

—*¡Gracias a Dios! ¡Te he enviado mil mensajes y no me respondías, ¿dónde te habías metido?!* —exclamó Lilly.

Chris suspiró, fingiendo armarse de paciencia.

—¿Sabes eso de que tienes que apagar el móvil para subir al avión? Y ya sé que para ti soy una heroína, pero siento comunicarte que para el resto del mundo soy una persona normal y corriente. Así que también tengo que apagarlo.

—*¡Qué dices! ¡Hace mil años que te has bajado del avión!* —se defendió Lilly riendo.

Y lo hizo con tanta pasión que hasta Ken la oyó y tuvo que mirar a otra parte para poder reírse a gusto. Las dos hermanas en acción eran un espectáculo imperdible.

—Voy a cortar, cariño. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

—*Espera, espera, espera… ¿Has visto a Ken?* —la voz de Lilly había descendido al nivel de los susurros y se había teñido de picardía.

Chris espió a Ken por el rabillo del ojo. No estaba segura de si él lo habría oído.

—Sí, Lilly. Voy a cortar.

—*¿Está contigo ahora?* —Mucha más picardía.

—Sí, Lilly. En serio, tengo que cortar.

—*¡Toma, toma y toma! ¡Toma yaaaaaa!*

La alegría explosiva de Lilly estaba dando una fiesta por todo lo alto.

En esta ocasión, Chris no quiso espiar a Ken. Su querida hermana casi la había dejado sorda, de modo que Ken tenía que haberlo oído.

—Adiós, cariño. Ahora sí, que corto. Te quiero.

—*¡Y yo a ti! Pero como se te olvide llamarme, ¡te vas a enterar!*

Cuando al fin Chris volvió a guardar el móvil, Ken, que lo había oído casi todo, decidió obviar cualquier comentario al respecto. Lilly le había puesto el punto divertido al momento, Chris parecía mucho más relajada. Era el momento.

—De acuerdo —dijo, entregándole el vaso de gaseosa—. Ahora, háblame de esa furia.

—Lo intentaré. No te aseguro que no acabe poniéndome a gritar de pura impotencia —repuso ella, después de dar un sorbo y devolverle el vaso—. ¿Sabes qué? Voy a hacer algo mejor. Te lo voy a mostrar.

Y con esas, sacó el ejemplar de *Gossip* que Sultán había mordisqueado, y se lo entregó, al tiempo que decía:

—Me marché y no he vuelto a estar en contacto contigo hasta hoy. Y, por lo que he deducido de la disculpa pública de la empresa de esa demente, tienes que haber llegado a alguna clase de acuerdo satisfactorio con ellos. Económico, me refiero. Que quede claro que me alegro muchísimo de que, al menos, hayas sacado algo de esto, aparte del disgusto y todos los perjuicios que esa mujer te ha ocasionado. Pero no entiendo por qué mi cara aparece en la portada de una publicación que salió la semana pasada. ¿Por qué siguen hablando de mí, intentando averiguar quién soy?

Ken maldijo por dentro. Tenía la esperanza de que, estando en Canadá, ella no la hubiera visto.

—Lo siento mucho, Chris… Sé que para ti esto es un disgusto enorme. Cuando recibí un ejemplar de esta mierda de revista, le pedí a mi abogado que les exigiera originales y copias de todo el material que han estado reuniendo sobre nosotros. No pienso dejar estar este asunto. Iré hasta el fondo, cueste lo que cueste. Ya me tenían muy harto, sin saber que esta basura había llegado a tus manos. —Decidió no decirle que aún había gente siguiéndolo y volvió a mirar la revista. Se fijó en su pésimo estado. Alzó los ojos hasta ella—. ¿Te dio tanta rabia que has intentado comértela?

Chris miró a otra parte para evitar que la viera sonreír. Ese hombre era imposible. ¿Cómo conseguía poner una sonrisa en su cara con la indignación que sentía?

—Yo no. —Seleccionó una imagen del nuevo miembro de la familia en la galería de su móvil y se la mostró—. Fue él.

Ken observó la imagen con evidente interés. El cachorro de Husky Alaska tenía una mirada muy vivaz y toda la pinta de ser de los que no dejaban un calcetín sano.

—Es una preciosidad de animal… Pero no me habías dicho que tuvieras un cachorro —dejó caer. En realidad, quería comprobar, si la idea que acababa de cruzar por su mente era correcta.

—No te lo dije, porque entonces no lo tenía.

—O sea, que es reciente.

Por la forma en que él asintió, Chris supo a qué había venido su pregunta.

—Sí. Y como digas que Sultán es la solución a mi necesidad de amar y ser amada, me levanto y me voy.

—Para nada —repuso él, haciéndose el interesante—. Iba a decir que, entonces, ya te has

dado cuenta de que soy insustituible. —Y sin darle tiempo a meter baza, desvió el tema—: ¿has dicho Sultán, con énfasis en la «a»? Eso no es inglés.

—Es español. Y no necesito un cachorro para saber que eres insustituible.

Él se acercó como si fuera a hablarle al oído.

—Pero has intentado sustituirme, admítelo —susurró.

—Antes creí oírte comentar que tu lado vanidoso ya no decía ni pío… ¿Son imaginaciones mías?

Sus miradas volvieron a encontrarse. Una descarga de mil megatones de energía amorosa los atravesó de parte a parte.

—No solo me echas de menos a mí, también a mis peludos —concluyó él. Le devolvió el móvil—. Me muero de ganas de conocer a Sultán… Habrá que organizar un viajecito a Toronto, ¿no?

Chris se restregó la frente, irritada consigo misma. Estaría bien aclararse un poco, para variar. Había empezado diciendo que estaba furiosa y confundida. ¿Era realmente así, ahora? Su rabia se diluía. Su impotencia, no. Pero, en conjunto, estaba menos desquiciada que, cuando en una decisión intempestiva, aquella mañana había tomado un taxi al aeropuerto, sin siquiera saber si podría volar a Nashville. Nada había cambiado en las últimas veinticuatro horas, excepto el hecho evidente de que ahora estaba sentada junto a Ken. Así que el diagnóstico no admitía discusión; era él quien tenía ese efecto sobre ella.

—Esto es muy serio, Ken…

—Lo sé.

Chris negó con la cabeza, taxativa.

—No, no lo sabes. No tienes ni idea.

Él volvió a tomar la mano de Chris entre las suyas. Sus ojos recorrieron las facciones femeninas muy despacio hasta que al fin sus miradas volvieron a estar en contacto.

—Sí, lo sé —volvió a afirmar, y continuó hablando, a pesar de la interrogación que había en los ojos de Chris—. Sé que tienes miedo. Sé que no te marchaste de mi lado por el dosier sobre mí que había en ese sobre anónimo. Y sé que haberte visto en la revista, la primera vez, te sacó de quicio, y que te agarraste a eso para irte sin remordimientos…

Chris bajó la vista cuando ya no pudo soportar oír tantas verdades, una tras otra. En su boca sonaban infinitamente peor. A excusa inaceptable.

Ken continuó. Su voz, cada vez más dulce.

—Estas tres semanas te han servido para darte cuenta de que eres tan incapaz de olvidarme y seguir con tu vida, como yo lo soy de olvidarte a ti y seguir con la mía. Por no mencionar, lo que ha sucedido antes, ahí fuera… Pero sigues teniendo miedo. Hay algo que te está matando, que no te deja vivir, Chris. Lo sé, lo siento aquí —se tocó el corazón—. Y también sé que te está costando Dios y ayuda compartirlo conmigo. No te sientes preparada y te entiendo, créeme. Ese vídeo fue lo más duro que he hecho en mi vida… Y eso que seguir limpio minuto a minuto es *durísimo*.

Vio que los ojos femeninos se llenaban de lágrimas y aprisionó su mano entre las suyas, cariñosamente.

—No pasa nada. No tienes que decírmelo. Hazlo, si quieres, cuando estés preparada para hacerlo…

—¿Pero…? —se las arregló para decir ella, instándolo a que completara la frase.

Ken la miró largamente antes de responder.

—Si no quieres que nos vean juntos, nos esconderemos… Nos iremos a Marte, si hace falta… Pero, por favor, no me dejes. Quédate conmigo. Permíteme ser para ti todo eso que te mereces tanto y sospecho que nunca has tenido.

—Ay, Ken… —murmuró ella.

Las lágrimas ya rodaban por sus mejillas, cuando Chris le echó los brazos alrededor del cuello.

KEN Y CHRIS estaban a punto de besarse por primera vez en tres semanas, cuando alguien tocó la puerta del despacho con insistencia. Noah y River se levantaron de inmediato y empezaron a ladrar.

Maldiciendo por dentro, Ken liberó a Chris y fue hasta la puerta. Tom estaba al otro lado.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Y espero que la razón sea buenísima, tío. Porque me has interrumpido en lo mejor.

—Ven, tienes que ver esto —repuso él y, sin esperar una respuesta, regresó sobre sus pasos. Los perros corrieron detrás de Tom.

Ken le tendió la mano a Chris. Ella la aceptó y se levantó enseguida del sofá, dispuesta a seguirlo.

A medida que se iban acercando donde estaban todos, el bullicio dejaba claro que estaba sucediendo algo desagradable. Se oía una voz masculina, defendiéndose a voz en cuello, y la de Shane, principalmente, mandándolo a callar de malos modos.

El espectáculo era inusual para tratarse de las oficinas de un músico. Un hombre de raza negra, de alrededor de cuarenta años, vestido de manera corriente con unas bermudas vaqueras, una camiseta negra lisa y unas zapatillas de deporte, intentaba liberarse de Shane, quien lo mantenía sujeto con las muñecas a la espalda. Los insultos y las amenazas se oían alto y claro. Todos los demás, rodeaban a su guardaespaldas y al desconocido. Algunos, como Bella o Doreen, intentaban que la sangre no llegara al río. Sus hermanos, definitivamente, se preparaban para darle una paliza inolvidable. Para complicar las cosas, Noah y River, contagiados del aire violento que se respiraba en el lugar, estaban frente al hombre. Gruñían y le mostraban sus colmillos.

Ken apuró el paso, seguido de Chris.

—¡Noah, River, quietos! ¡Atrás! ¡Y los demás, también! ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es este tipo y por qué lo estás reteniendo? —Su mirada se desvió a Shane, exigiendo una respuesta.

—¡Porque es un troglodita con un cuarto de cerebro! —bramó el desconocido, forcejeando con Shane otra vez, en un intento de zafarse—. ¡Le he dicho un millón de veces que me equivoqué de calle, pero no me hace ni puto caso!

—¡Serás idiota! —intervino Jim—. ¡¿Dónde crees que estás para hablar ese modo?!

Shane fue el más rápido de reflejos y el más efectivo a la hora de silenciar al negro. Lo inmovilizó con una maniobra que lo dejó sin respiración durante unos segundos.

—¿Vas a cerrar esa boca o te asfixio, directamente? —siseó el guardaespaldas—. Mueve la cabeza para decir que sí.

Como era de esperar, el individuo no tardó en hacer movimientos desesperados con su cabeza. Shane aflojó la presión de su brazo sobre el cuello y el tipo empezó a boquear, buscando

que sus pulmones volvieran a llenarse de aire.

—Se llama Amos Fuller y no se ha equivocado de calle —dijo Shane, tendiéndole a Ken la cámara que le había quitado—. Estaba intentando acceder por detrás y encontrar una buena posición para usar este artilugio. No es una cámara cualquiera, es una Nikon D1 digital. Apuesto mi cuarto de cerebro a que, si compruebas la tarjeta de memoria, encontrarás material de lo más interesante.

Tom manoteó la cámara y, con ella en la mano, fue a buscar su portátil. El individuo dio un tirón, intentando detenerlo, pero el brazo que le rodeaba la garganta se lo impidió.

Ken observó con atención al hombre. No lo había visto antes. Al menos, su rostro no le resultaba familiar. Enseguida, recordó el vehículo que le había llamado la atención, unos días atrás. Dentro, había una persona al volante, no sabía si se trataba de un hombre o de una mujer, puesto que tenía un periódico desplegado cubriéndole la cara. Pero recordaba perfectamente qué clase de vehículo era.

—¿Conduce un *Ford Taurus* negro? —le preguntó a Shane. Lo vio asentir con la cabeza y esta vez se dirigió al hombre—. ¿Por qué lleva días siguiéndome?

Chris miró a Ken con los ojos muy abiertos.

—¿Te siguen?

Ken se limitó a apretar cariñosamente su mano, en un gesto tranquilizador, y volvió su atención hacia Amos Fuller, justo en el momento en que el tipo emitía una especie de risa y, dedicándole una mirada irónica a Chris, decía:

—A ti también, monada.

—¿Cómo que a mí también me sigue? —dijo ella, perpleja.

Pero Fuller volvió a hablar y, esta vez, lo hizo mirando a Ken de soslayo.

—¿Lo preguntas de veras? ¿Por qué va a ser, tío? No vivo del aire.

En aquel momento, Tom irrumpió en la nave. Llevaba el portátil abierto en una mano y una expresión beligerante en el rostro.

—¡La madre que lo parió! ¡Este tipo no se ha metido contigo en el baño de puro milagro! Te ha seguido en el festival de Denver y en el de Kentucky. ¡Sabe hasta dónde vives!

—Como si fuera un secreto… —ironizó Fuller.

—Hora de que empieces a soltar hasta el nombre de tu maestra de primaria, tío —sentenció Shane, quien, acto seguido, lo condujo a empujones hacia una de las oficinas.

—Enseguida voy —anunció Ken. Se volvió hacia Chris—. Preferiría que te quedaras aquí. No va a ser un espectáculo grato.

—¿Después de oírle decir «a ti también, monada»? —repuso ella, imitando el tono empleado por el hombre—. Ni lo sueñes.

Ken la detuvo, tomándola suavemente por un brazo. Ella se volvió a mirarlo interrogante.

—Lo digo de verdad, preciosa. Por favor, quédate con Bella y con mi tía…

Esto era algo a lo que Chris no estaba acostumbrada; que le dijeran lo que era apropiado para su sensibilidad femenina y qué podía dañarla. Se tomó unos instantes para no responder como lo habría hecho en cualquier otra circunstancia.

—¿Recuerdas dónde he pasado los últimos seis años de mi vida? —le dijo con una dosis extra de suavidad, por las dudas que la habitual no resultara suficiente—. Pues, eso.

Y, a continuación, fue detrás de Shane.

—¿Vienes o qué? —dijo, volviéndose brevemente al notar que él no se movía.

Ken concedió con un gesto de la cabeza, y después de intercambiar miradas muy elocuentes

con su familia, también se puso en marcha.

SHANE HABÍA CONDUCIDO a Fuller a una pequeña habitación al final del pasillo, que Ken no tenía previsto utilizar para otros fines, ya que carecía de ventanas. Allí se habían congregado el padre y los dos hermanos de Ken, así como Tom y Bradley Rafferty, su abogado. Todos estaban de pie, excepto Fuller, a quien Shane había sentado en una silla, después de atarle las muñecas con una correa, y Chris, a quien Ken no se había molestado en preguntarle si prefería quedarse de pie.

El espectáculo había sido desagradable. Y la información obtenida, a fuerza de amenazas, nada tranquilizadora. Había un equipo de seis personas siguiendo a Ken las veinticuatro horas del día desde hacía semanas, no días, como él había comentado. El objetivo siempre había sido él. Pero, dado que había llegado a oídos de quien les pagaba, que mantenía una relación con Chris, ella también se había convertido en objetivo durante su estancia en el país.

En todo momento, Fuller había insistido en que no sabía para quién era el material que reunía. Había un intermediario, que daba las instrucciones y le pagaba, dejándole el dinero en un sitio distinto cada vez. Solo conocía de vista a los dos hombres con quienes se turnaba para completar las veinticuatro horas, cuando estaba de turno.

Shane no tenía la menor duda de que Fuller mentía. De existir un montaje semejante detrás de aquel asunto, a él no le habría resultado tan sencillo capturarlo. Algo que quedó demostrado, minutos después, con un simple viaje hasta la guantera de su coche. Cuando Shane volvió, traía un móvil desechable. El móvil personal ya se lo había requisado al detenerlo, pero lo habían revisado sin obtener ninguna información útil.

Después de plantar ante Fuller su amenazadora envergadura de gigante, le mostró el móvil.

—¿Si llamo a este número que tienes en la memoria, quién me atenderá?

Fuller se revolvió enseguida.

—¡¿De dónde lo has sacado?! ¡Como hayas roto el cristal, te vas a enterar, capullo! ¡Os voy a demandar por daños!

Shane le dedicó una de sus miradas displicentes.

—¿El cristal? Toda tu puerta va a necesitar unos arreglillos. Tranquilo, no serán tantos como los que va a necesitar tu coche.

—¡Serás hijo de puta! —bramó el tipo—. ¡No pueden retenerme! ¡Quiero irme, ya!

—Tienes dos segundos para decirme quién te paga. Estás jodido, ¿lo entiendes? Si lo dices, conservarás los huesos sanos. Si no lo dices… —Shane se inclinó y cogió a Fuller por el cuello de la camiseta—. Vas a pasar una larga temporada en el hospital. Espero que tengas un buen seguro. —A continuación, seleccionó la memoria del único número que había grabado—. ¿Llamo?

—¡Joder, tío…! ¡Si llamas, no volverán a darme trabajo nunca más! —Shane arqueó una ceja y apuntó su dedo a la tecla de llamada—. Vale, vale… Vale, joder… Es Alexandra Carrington-Fox. Ella nos ha encargado esto.

—Pero ella ya no trabaja en la empresa —intervino Bradley, perplejo. Nada partidario de la forma en la que estaban obteniendo información, era lo primero que decía desde que había entrado en la sala—. Está internada, recibiendo tratamiento psiquiátrico.

La risotada de Fuller espoleó los ánimos de todos los presentes. Sus palabras lo hicieron

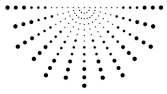
mucho más.

—¡Claro, tío, y yo soy un espejismo! ¡¿No ves que no estoy aquí, atado como un perro?!

Ken no quiso mirar a Chris. En cambio, bajó la cabeza, hirviendo de rabia e impotencia.

¿Cómo demonios esperaba recuperarla, si la situación había regresado a la casilla de salida, con Chris en Estados Unidos y Sandy, libre para hacer lo que le diera la gana?

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Chris hizo algo más, aparte de hervir de rabia e impotencia. Se puso de pie, cogió su bastón y miró brevemente a Ken, al decir:

—¿Podemos hablar?

Prueba del nivel de indignación que tenía, fue que no esperó su respuesta. Atravesó la habitación y tan solo se detuvo brevemente junto a Robert para estrechar su mano y disculparse por la forma en la que había irrumpido en la nave. Hacía más de una hora que había llegado y aún no había cruzado una sola palabra con el resto de personas que estaban allí.

Robert le ofreció una sonrisa comprensiva y la dejó seguir camino hacia el pasillo.

Ken ni siquiera miró a su padre al pasar a su lado. Además de indignado, se sentía como un tonto por haber creído a pie juntillas lo que Rafferty le había dicho respecto de la internación de Sandy en una clínica psiquiátrica, y haber vuelto a exponer a Chris con su credulidad. A ella y a su propia familia, en realidad, dado que, según había comprobado Tom, Fuller sabía dónde vivía.

Una vez en el pasillo, Chris se apoyó contra la pared, lo bastante alejada de la puerta para obtener algo de privacidad.

Ken cerró la puerta y fue hasta Chris. Se detuvo frente a ella con expresión compungida.

—Lo siento, lo siento, lo siento… Chris, no tengo palabras —murmuró.

Chris sacudió la cabeza ante la innegable puntería masculina; siempre apuntaba al corazón y siempre daba de lleno en el centro. Prueba de ello fue que sus siguientes palabras sonaron infinitamente más suaves de lo que lo habrían hecho antes de que él dejara claro cuánto lamentaba aquel suceso.

—Voy a necesitar comerme la tarta entera para no agarrar a esa mujer a bastonazos. Te juro que, ahora mismo, soy capaz de hacer cualquier cosa. —Alzó la vista hasta él y se encontró con su mirada amorosa—. ¿Pero qué le pasa a esa mujer contigo? ¡Por amor de Dios!

Ken no pensaba responder a esa pregunta, si podía evitarlo. La obsesión de Sandy se había ido completamente de madre y no estaba dispuesto a dedicarle ni un solo minuto de atención, más allá de lo estrictamente necesario. En cambio, propuso algo diferente e inesperado.

—Dime lo que quieres hacer y lo haremos.

Chris respiró hondo.

Si yo te dijera lo que quiero…

Esa mujer le inspiraba sentimientos tan violentos, que no se atrevía a darle alas a su imaginación. Estaba harta de esa demente. Harta de sentir miedo. Y muy, pero que muy harta de mantenerse alejada del único hombre que la hacía desear intensamente dejar de estar sola.

Al fin, alzó la vista y lo miró directamente a los ojos.

—Si hay algo que tenga que saber sobre ella y tú, dímelo ahora. Porque para lo que tengo en mente hacer, no quiero sorpresas.

A pesar de morirse por tocarla, Ken evitó el contacto físico de manera deliberada. Lo último que quería era que ella pensara que tenía algo que esconder y por eso apelaba a un recurso que a ambos siempre les había funcionado de maravilla.

Su voz, sin embargo, tuvo el efecto de una caricia para Chris.

—Nunca ha habido nada entre ella y yo. Me ocupé de dejarle muy claro, en todo momento, que no me interesaba de esa forma.

Ken vio que Chris asentía, dándolo por bueno y podía haber acabado su exposición allí. Sin embargo, no lo hizo.

—Pero eso no quita que tenga mi parte de responsabilidad en lo que sucede… Cuando firmé ese contrato, intuía que ella no se daría por satisfecha solamente con una relación profesional. Me equivoqué al calibrar lo que sentía por mí. Pensé que lo suyo era mucho interés, y al final, resultó ser una obsesión —admitió, abochornado.

La sinceridad de Ken hizo las veces de otra caricia para Chris, aunque él, en aquel momento, estuviera demasiado preocupado, viéndoselas con su propia vergüenza, para darse cuenta.

—¿Y crees que te habrías librado, si no lo hubieras firmado? No te culpes por las infamias de una persona que tiene una piedra en el lugar donde todos tenemos un corazón.

Recién entonces, Ken estiró una mano y le acarició la nariz con un dedo.

—¿Lo piensas de verdad o solo intentas consolarme?

Ella tomó el dedo, lo apartó de su cara, pero no se lo devolvió. Enredó su mano en la de Ken.

—Lo pienso. Pero eso no quita que me preocupe mucho ver el tipo de reacciones que despiertas en mis compañeras de especie. ¿Cuántas locuras más me tocará presenciar?

¿Estaba insinuando que se quedaría con él? Ken sintió que se le ablandaban hasta los pensamientos. Sin embargo, tomó la decisión de seguir siendo sincero a ultranza. Se lo debía.

—Intentos de locura, muchos. Forman parte de mi vida desde hace doce años. Pero te prometo que cerraré el cerco y les pondré lo más difícil posible llegar hasta a mí… Hasta nosotros —matizó—. Te protegeré de esa locura, Chris. Te lo prometo.

Por alguna extraña razón, Chris le creyó.

Por la misma extraña razón por la que, desde el primer momento, *desde el primer minuto,* cada palabra que Ken había pronunciado estaba escrita en piedra para ella. La emoción le cerró la garganta y respiró hondo, decidida a no dejarse llevar.

Asintió con la cabeza una vez.

—Muy bien. Esto no solo me afecta a mí, así que, lo más correcto es hablarlo entre todos…

Una sonrisa aliviada brilló en el rostro de Ken.

—Dame un minuto. Voy a buscar a los demás. No te vayas, ¿eh? —dijo, volviéndose brevemente para hacerle un guiño.

«Como si fuera tan fácil alejarme de ti», pensó ella.

LLEGAR hasta la sala de reuniones no había sido tarea fácil para Chris. Ken se había ofrecido a hacer de ascensor, a lo que ella, por pura dignidad, se había negado. Pero el pundonor no conseguía oxigenar sus pulmones y, al llegar al último peldaño, Chris estaba sin aliento.

Ken no se lo pensó dos veces. Había estado sufriendo en silencio con cada maldito peldaño y cuando, al fin, ella se apartó del borde de la escalera, la tomó en brazos y puso rumbo a la sala de reuniones, al tiempo que decía:

—Otra cosa para tu lista, Tom. Quiero un ascensor.

Chris iba con las mejillas arreboladas y la vista fija al frente. No se debía a que su rodilla le dificultara tareas tan simples como subir una escalera, había renunciado a cosas peores, sino a que un hombre la llevara en brazos delante de media docena de personas. No un hombre cualquiera; él, el tipo más adorado del planeta. Y no unas personas cualquiera; su familia.

—¡Yo me ocupo! —exclamó Bella, adelantándose a Ken para abrirle la puerta de la sala de reuniones. También apartó una de las sillas de la mesa.

—¿Puedo decir algo? —murmuró Chris, cuando ya estaban dentro de la sala.

—¿Bájame, de una vez? —propuso él, risueño.

Chris concedió con un gesto gracioso de la cabeza y añadió:

—No trabajo aquí. No hace falta que instales un ascensor.

Ken la dejó en el suelo, sana y salva. Vio que ella se estiraba su precioso vestido negro sin mangas y se pasaba una mano por el cabello. Y le encantó ese destello de coquetería femenina.

—Por mí, genial. Así, tengo la excusa perfecta para llevarte en brazos.

—Ja. Como si tú necesitaras excusas para algo… —repuso ella.

—¡Oye, pues, es verdad!

Acto seguido, le hizo un gesto caballeroso para que ella tomara asiento y él mismo se sentó a su lado.

Instantes después, llegaron los demás. El padre y la tía de Ken, sus dos hermanos, Tom, Bella y el abogado, Bradley Rafferty, ocuparon sus sitios en torno a la mesa. Su interés estaba repartido entre lo sucedido con Fuller y la inesperada presencia de Chris, que había dado un giro drástico al humor de Ken. Todos eran conscientes de que no había tiempo que perder, puesto que Shane continuaba en la pequeña habitación sin ventanas de la planta baja, reteniendo a Amos Fuller. Sin embargo, les resultaba difícil no fijarse en la evidente corriente de energía amorosa que circulaba entre Ken y Chris.

Ken no era ajeno a la cerrada atención que todos les estaban dedicando, por lo que no tardó en ir al grano:

—Después de lo sucedido, está claro que voy a tomar cartas en este asunto. —Sus ojos sobrevolaron a Rafferty antes de encontrarse con los de Robert—. Lamento que te hayas enterado de esta forma de que llevan tiempo siguiéndome, papá. No quería preocuparte antes de estar seguro de que no eran manías persecutorias mías. Ya era bastante malo antes de saber que Sandy estaba atacando a Chris directamente. La cuestión ahora es que esto ya no va solo de mí. Por eso, estamos aquí, para que Chris nos cuente su decisión al respecto.

Ella decidió comenzar su intervención con una disculpa.

—Para los que no me conocen, soy Chris Thompson. Y para todos, por favor, disculpen mi forma de irrumpir en la fiesta hace un rato. Por lo visto, Ken y yo estamos destinados a que nuestros encuentros siempre den que hablar —matizó, con una especie de sonrisa incómoda.

Una sonrisa que se volvió un poco más incómoda al sentir la caricia de Ken sobre su rodilla. No había insinuación en ella, ni oportunismo, aprovechando que nadie podía ver lo que sucedía debajo de la gran mesa de reuniones, sino ternura a raudales.

—Estás disculpadísima —dijo Tim—. Me alegra mucho volver a verte, Chris. Bienvenida de vuelta a Nashville.

—Eso —terció Jim—. Pero como se te ocurra volver a irte y no llevártelo contigo —dijo, refiriéndose a su hermano mayor—, tú y yo tendremos una conversación muy seria.

—¡Y que lo digas, hermano! —intervino Tom, haciendo sonreír a Chris. Recordaba sus formas directas, que a Ken le disgustaban y, ella, en cambio, encontraba de lo más alentadoras, en un mundo en el que la gente rara vez decía lo que de verdad pensaba.

Todos celebraron la broma de Jim, pero Ken no les dio mucho margen para la diversión.

—¿Qué tal si dejamos las pullas para después y escuchamos lo que nos tiene que decir?

—Sí, basta de bromas, chicos. Por favor, Chris, cuéntanos —intervino Doreen Montgomery.

Chris desvió su mirada hacia Robert y vio que él asentía, animándola a empezar.

—De acuerdo… Ese semanario, *Gossip*, ha publicado fotos mías por segunda vez en tres semanas. Están intentando tirar del hilo para poner nombre y apellido a la mujer de las fotos. —Hizo una pausa, pensando cómo proseguir, y decidió que no se andaría por las ramas—. ¿Con franqueza? Estoy harta. No soy una artista, ni una actriz. Tampoco una modelo de tallas grandes —apuntó con malicia, ganándose el corazón de Bella, quien, directamente, la aplaudió. Chris se lo agradeció con una ligera sonrisa y continuó—: Aparte de la obsesión de esa mujer por Ken, no existe ninguna razón para que me exponga de esta forma. Lo peor es que convertirme en la comidilla de todo el mundo, no es lo único que esa mujer pretende hacer. Así que… *Ya está bien.* No pienso seguir tolerándolo de brazos cruzados. —Giró la cabeza para mirar a Ken—. ¿Esa mujer tiene un padre? Me refiero a un padre que esté vivo.

La pregunta había tomado por sorpresa a Ken. A priori, no entendía por qué a Chris podía interesarle el padre de Sandy. Procuró que no se le notara demasiado al responder:

—Sí. Es el presidente de *Fox Music Entertainment*, Randall Carrington-Fox.

—Muy bien. Entonces, quiero hablar con él —dijo Chris.

El silencio reinó en la sala y el intercambio de miradas se extendió durante unos instantes. Sin embargo, no todas las miradas comunicaban la misma clase de emoción.

En la mayoría, había sorpresa. El magnate de los negocios nunca había formado parte de la ecuación, más que como un responsable subsidiario de la obsesión de su hija. Chris estaba dando un enfoque nuevo al asunto. No solo porque proponía un cambio de interlocutor, sino por la naturaleza del mismo. Randall Carrigton-Fox, a diferencia de los empresarios importantes del país, no era alguien accesible.

En algunos, como Robert, Doreen o la propia Bella, había también un efecto eureka. Como si, repentinamente, le hubieran encontrado el principio a la madeja.

En otros, finalmente, había desconcierto. Era el caso de Bradley Rafferty. Fue el primero en intervenir.

—No le recomiendo que trate directamente con ese hombre. Si me explica qué es lo que quiere de él, puedo trasladárselo a sus abogados.

—¿Y por qué no me lo recomienda? Tengo un cachorro de tres meses, estoy acostumbrada a los mordiscos —bromeó.

Rafferty no se dio por aludido de la broma. No encontraba gracia alguna en la propuesta de la mujer por la que su cliente, evidentemente, había perdido la cabeza.

—Porque es uno de los veinte empresarios más poderosos del país. Esta clase de gente solo habla con voz propia en las reuniones familiares. Todo lo demás, lo hace a través de abogados.

A Chris no le pasó inadvertida la sutil displicencia en la voz del abogado. Se dio cuenta de que no solo no aprobaba su propuesta, la consideraba una locura.

Podía entender las reticencias de Bradley Rafferty. Toda sociedad tenía sus protocolos, sus

formas establecidas de proceder. Seguirlas, facilitaba las cosas. Generalmente. Sin embargo, su experiencia personal le había demostrado que, cuando había un conflicto, saltarse los formulismos y encarar el problema directamente, cara a cara, solía dar mejores resultados.

—Razón de más para encarar este asunto como una conversación personal. Seguro que al señor Carrigton-Fox le resultará novedoso que, por una vez, alguien no intente meterle la mano en el bolsillo o, peor aún, le meta la mano en el bolsillo mientras le hace la pelota. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

Robert contuvo la risa. Miró a su cuñada y notó cuánto estaba disfrutando de aquella reunión. Sin embargo, nadie estaba disfrutando tanto, como su hijo. Miraba a Chris con total interés. Como si no hubiera nadie más en aquella sala.

—Disculpe la pregunta, señorita Thompson, pero, ¿para qué quiere hablar con él? Suponiendo que se digne a recibirla, lo que es muchísimo suponer, ¿qué va a decirle?

—Lo que está sucediendo —repuso Chris con naturalidad.

—¿Cree que él no lo sabe? —dijo Rafferty, sin ocultar su asombro—.¿Que no está al tanto de que su hija ha contratado a seis tipos para no perderle pisada a Ken y a todo el que esté con él? ¿Que no ha sido el personal de su misma oficina, por orden suya, los que han hecho correr el rumor de que su hija está en tratamiento psiquiátrico?

—Creo que, a lo mejor, estamos dando las cosas por sentadas. Quizás es tal como usted dice. O, tal vez, no. Por eso quiero hablar con él, no con el empresario poderoso, sino con el hombre. Con el padre de una persona que camina por la cornisa de un edificio muy alto y está a punto de precipitarse al vacío.

Rafferty negó con la cabeza.

—Perderá el tiempo. Y quizás, enseñando sus cartas, también la ocasión de que se haga justicia en este asunto. Tenemos a Fuller, la cámara posterior lo captó intentando entrar en la nave. Tenemos el contenido de la tarjeta de memoria y también el móvil desechable. Y su declaración firmada. Esto es muy serio.

—Corríjame, si me equivoco, pero hasta el momento, ¿qué ha sacado Ken de esto, aparte de dinero? —dijo Chris—. ¿Se ha detenido a pensar que hay cosas mucho más importantes, que esa mujer está poniendo en riesgo, que no se reparan con dinero?

Los ojos de Ken se encontraron con los de Doreen, quien sonrió. Al fin, su tía había encontrado una aliada, pensó.

El abogado se removió en la silla. Al captar su incomodidad, Chris volvió a hablar.

—Por favor, no me malinterprete. En ningún momento ha sido mi intención cuestionar su trabajo en este asunto. No pongo en duda que ha logrado negociar un acuerdo satisfactorio para Ken.

Bradley Rafferty pareció complacido de oír el descargo de Chris, pero insistió en la que creía que era la única alternativa viable.

—Así es. Lo que hemos conseguido no es la solución perfecta, pero es una muy buena solución, dadas las circunstancias. Sin duda, ha habido perjuicios importantes. Es para esos casos, que la ley prevé una compensación económica.

Chris asintió con la cabeza. Seguían hablando lenguajes diferentes. Le habría gustado que no fuera así, pero no le extrañó. Le sucedía lo mismo con el equipo legal de la organización. El trabajo de los abogados consistía en intentar obtener la mayor compensación posible por la infracción cometida, era lo que ellos llamaban «hacer justicia». El suyo, estribaba en minimizar los inevitables daños colaterales, así como evitar, a toda costa, que volviera a cometerse una

nueva infracción. Dos perspectivas distintas. Dos métodos contrapuestos.

—Se lo diré de otra forma. —Su voz sonó gentil a la vez que decidida—. Si nadie consigue detener a esa mujer, no habrá dinero en el mundo que compense el daño que me infligirá. No quiero dinero, señor Rafferty. Ni acuerdos provechosos, ni notoriedad de ninguna clase. No quiero llevar a esa mujer a juicio. Lo que quiero es que pare, y nos deje a mí y a mi familia en paz. Es un asunto personal. Y dado que ella no está en disposición de escuchar, acudiré a su padre. Es su responsable directo y, con un poco de suerte, la persona que más la quiere en el mundo. Querrá oír lo que tengo que decir. Y una vez que lo haya oído, querrá hacer algo al respecto. Es ley de vida. Si yo estuviera en su lugar, querría saberlo. Y, desde luego, haría algo al respecto. No hay razones para suponer que este señor no sangra cuando lo pinchan, como nos sucede al resto de los mortales.

—Estoy de acuerdo —dijo Robert.

—Yo también —intervino Doreen—. Además, y esto es una opinión muy personal, creo que estará bien poner un poco de sensibilidad femenina en este asunto. —Se asomó por delante de Robert, para ofrecerle una sonrisa al abogado—. Por favor, no te ofendas, Bradley. Pero si hay una verdad universal es que fuera de los tribunales, en el mundo real, si quieres una pelea de gallos, envías a un hombre y si lo que quieres es un entendimiento amable, envías a una mujer.

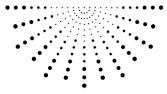
Para sorpresa de Chris, ninguno de los hombres presentes en la sala dijo ni mu.

—Además, admitámoslo, ¡somos mucho más vistosas! —intervino Bella, incapaz de mantenerse al margen.

Ken salió de su abstracción contemplativa, dando un aplauso que puso fin al debate.

—Muy bien. Siguiente punto. ¿Cómo conseguimos reunir a estos dos leones —y, haciéndole un guiño a Chris, añadió—: uno de ellos, la mar de vistoso?

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



Finalizada la reunión, tan solo Chris y Rafferty habían permanecido en la sala. Los demás habían bajado a la parte principal de la nave para poner al día a Shane y decidir los siguientes pasos a dar.

Ambos se dedicaban a hacer llamadas. Las de Chris eran personales. Las del abogado estaban relacionadas con la reunión con el presidente de *Fox Music Entertainment* que, por el momento, no tenía visos de realizarse, puesto que ni siquiera había podido confirmar aún si el empresario estaba en la ciudad. Hasta el momento, había evitado los canales oficiales, pero si las cosas continuaban así, tendría que llamar a sus abogados.

Chris podía haber hecho sus llamadas desde cualquier otra parte. Si había preferido quedarse, era para tener la oportunidad de hablar a solas con Rafferty. Pero el hombre seguía pegado al móvil y, consciente de que Ken no tardaría en volver, decidió abordar la cuestión directamente.

—Disculpe, ¿podemos hablar un momento?

Bradley se mostró sorprendido de que aún le quedara algo por decir después de lo explícita que había sido durante la reunión. Pero enseguida se las arregló para esbozar una sonrisa.

—Claro. Dígame.

—Tengo la sensación de que antes le he hecho pasar un mal rato… ¿Podemos empezar de nuevo? —Le tendió su mano—. Soy Chris y este mundo me queda inmenso —dijo, recorriendo con la mirada las paredes cubiertas de pósteres que mostraban a un hombre en la cima del éxito, despertando pasiones por doquier.

Bradley tuvo que reír ante el genuino gesto mezcla de impresión y pavor de aquella mujer. Estrechó su mano.

—Encantado, Chris. Soy Bradley y me he metido en camisa de once varas representando legalmente a un hombre al que admiro y sigo desde antes de ser abogado.

Chris rio divertida.

—Así que podemos decir que eres como Bella con traje y corbata…

—No tan guapa como ella, pero sí, algo así…

—Siento, si antes he sido demasiado directa… Este asunto me tiene muy preocupada. Soy consciente de que tu labor como abogado es conseguir las mayores ventajas para Ken y me parece perfecto. Lo digo de verdad. Lo último que quiero es perjudicarlo.

—¿Perjudicarlo? Diría que lo haces un tipo feliz… Sin intención de meterme donde no debo —matizó con picardía.

Chris sintió que sus mejillas empezaban a arder y no hizo comentarios. Bradley prosiguió.

—Admito que me puse tenso. Admiro a Ken y lo que le han hecho es una putada tan grande,

que, en mi fuero interno, me sigo rebelando. El acuerdo que conseguimos es un grandísimo acuerdo, ni yo mismo esperaba que saliera tan bien. Y sí, como abogado, sé que he hecho un gran trabajo. Pero, como fan, ya sabes… Nada es suficiente… No te preocupes. Sé que no estabas poniendo en duda mi trabajo.

Ella sonrió agradecida.

—Ahora ya me quedo más tranquila…

—Por si te sirve de algo, no creo que este mundo te quede tan grande como piensas… Esas fotos solo muestran lo que los *fans* vemos en los conciertos. En la vida real, Ken es la persona más normal, humana y próxima que conozco. Y a ti, no te conozco, pero me pareces real como la vida misma. —Señaló uno de los pósteres—. Las luces, el glamour, las ovaciones… Das la impresión de ser alguien a quien todo ese rollo de la fama no le impresiona. Diría más; no le interesa. Creo que hacéis un gran equipo… Sin intención de meterme donde no debo, claro —volvió a matizar.

Bradley estaba en lo cierto al decir que la cara brillante de la fama carecía de interés para ella. Su cara oscura, sin embargo, era otro cantar. No solo le preocupaba, le daba mucho miedo. Dado que no pensaba hablar de ello, Chris se limitó a ofrecerle al abogado una sonrisa cordial, que zanjó el asunto. Tras lo cual, cada uno continuó con sus llamadas.

KEN LLEVABA un rato en el pasillo, junto a la puerta de la sala de reuniones, escuchando con una sonrisa ilusionada. Que Chris estuviera allí, le seguía pareciendo un sueño; volver a ser testigo de ese lado humano, compasivo, tan desarrollado que ella tenía, era un privilegio. No había nada censurable en lo que había dicho durante la reunión. Todo lo contrario. Sus palabras habían rezumado sentido común. Pero allí estaba Chris, intentando limar asperezas con Bradley, mostrándole su faceta más campechana y conciliadora. ¿Cómo no iba a estar loco por ella?

Cuando el silencio volvió a reinar en la sala, Ken decidió entrar. Antes de quedarse escuchando a escondidas, se le había ocurrido una idea y quería compartirla con ella.

Chris alzó la vista en cuanto oyó los pasos. Sonrió al hombre de los pósteres, que acababa de materializarse en tres dimensiones frente a ella, mucho más arrebatador que en las fotos. Que ya era decir.

Ken movió la silla que había junto a Chris de forma de que estuviera de frente a ella. Luego, se sentó.

—Acabo de acordarme de algo —empezó a decir.

Pero no continuó.

Ser consciente de que era ella a quien tenía a sesenta centímetros, con esa belleza arrebatadora y esa mirada que era como estar contemplando un mar en calma, lo dejó sin palabras. Literalmente.

Chris no era inmune a la mirada de Ken. Mucho menos a la devoción que había en ella. Sabía que si continuaba bajo su influjo un minuto más, también se quedaría sin palabras. De modo que, se las ingenió para decir algo.

Algo que consiguió hacerlo reír:

—Ups… Acabas de volver a olvidarlo. Ay, esa cabecita loca…

Ken controló de reojo lo que hacía Bradley antes de continuar. El abogado parecía ocupado,

pero su sonrisa delataba que estaba más pendiente de lo que sucedía al otro lado de la mesa, que del móvil que sostenía en una mano. Tendría que dejar el flirteo para después.

O, quizás, no. Se inclinó para hablarle al oído.

—¿Cómo no se me va a olvidar hasta el apellido cuando me miras con esos ojos alucinantes que tienes?

Tras lo cual, regresó a su posición original para no perderse los fuegos artificiales.

Mira quién fue a hablar de ojos alucinantes…

Chris sacudió la cabeza. Quiso hacer parecer que sus palabras le parecían una exageración, pero lo que pareció fue exactamente cómo se sentía; halagada e ilusionada a partes iguales.

Como era de esperar, lo que dijo a continuación, no mostró nada de eso.

—¿Quieres dejar de flirtear y centrarte?

Ken no tenía ninguna intención de dejar de coquetear con ella. Llegados a ese punto, hasta le daba igual que no estuvieran a solas. La necesidad que tenía de Chris era tan grande, que estaba dispuesto a todo con tal de recuperarla. Iba a decírselo, así, sin rodeos, cuando su móvil empezó a sonar. Se estiró hacia atrás para poder sacarlo del bolsillo delantero de sus Levi's.

Al ver el nombre que mostraba la pantalla sonrió. Qué mujer más oportuna, pensó. Se la enseñó.

El rostro de Chris se puso serio de inmediato al ver que se trataba de su tía Dottie.

—Veo que sigue hablando contigo a mis espaldas —comentó.

Ken aterrizó sin paracaídas. No habían tenido tiempo de hablar de lo sucedido, pero por el disgusto patente en su rostro, quedaba claro que Chris estaba al tanto de sus conversaciones con Dottie. Tan claro como que no las aprobaba. ¿Sería por él o por su tía? No estaba seguro. Decidió arriesgarse.

—Era yo el que la llamaba, Chris. ¿Qué iba a hacer? ¿No atenderme?

Chris lo miró con los párpados entornados.

—¿La estás defendiendo?

En vez de responder, Ken le dio el móvil, animándola a atender la llamada.

—Te está llamando a ti —apuntó ella, algo enfurruñada.

—Venga, no seas tan dura…

Chris hizo un gesto de disgusto, soltó un bufido y al fin, cogió el móvil de Ken.

—¿Has perdido mi número o qué? —fue su frase de apertura.

Tras un instante de silencio durante el cual Chris se imaginó a su tía maldiciendo porque la habían pillado, oyó su voz.

—No lo he perdido. Pero dudaba que fueras a atenderme. Sé que cuando te enfadas, necesitas tiempo para volver a ser la de siempre. Pero estamos hablando. Otra cosa que agradecerle a ese hombre increíble del que te has enamorado. Seguro que me atiendes porque él te lo ha pedido. Y me vale, Chris. Quería saber qué tal iban las cosas y ahora ya lo sé. Estáis juntos y no necesito verte, para saber que estás bien. Al fin, estás bien.

Chris puso los ojos en blanco. No aprobaba que su tía hubiera seguido en contacto con Ken cuando ella había dejado perfectamente clara su postura al respecto. Por no mencionar, que Dottie había decidido intervenir en algo que no era de su incumbencia, con solo una parte de lo que ella creía la verdad, en su mano. El daño podría haber sido irreparable. Todavía estaba por ver que no acabara siéndolo. Pero en algo no se equivocaba; estaba con Ken y estaba bien. Nada había cambiado en las últimas veinticuatro horas, excepto eso. Sin embargo, incomprensiblemente, para su corazón era suficiente. Solo su mente estaba hecha un lío; su

corazón lo tenía clarísimo.

—¿Estás en casa?

—*Sigo aquí, sí.*

—¿Qué tal está Sultán?

—*Terrible, como siempre. ¿Te acuerdas de la azalea de la entrada? Pues ya no la tienes. Se la ha comido.*

Chris soltó una carcajada. Oyó que su tía también reía.

—Me echa de menos, pobrecillo… —comentó.

Dottie vio la ocasión de obtener algo de información y la aprovechó.

—*¿Le digo que vuelves esta noche o tardarás algo más?*

Chris miró a Ken con disimulo. Comprobó lo que ya suponía; que él estaba pendiente de su conversación. La mujer acababa de poner un asunto crucial sobre la mesa. Una de las tantas decisiones que tendría que tomar en las próximas horas.

—No sé cuándo voy a volver, Dottie.

El brillo en los ojos de Ken le habló a Chris del estado de su corazón. Estaba latiendo tan acelerado como el suyo propio. Sin embargo, la siguiente pregunta de su tía, la devolvió a la cruda realidad.

—*¿Se lo has dicho?* —Las dos sabían a qué se refería, de modo que sobraban las aclaraciones.

Chris respiró hondo, volvió a zambullirse en aquellos ojos grises que eran de otro mundo, y dejó que lo que fluía de ellos la envolviera por completo.

—Aún, no —murmuró.

—*De acuerdo… Avísame, si necesitas algo. Y dale saludos míos a ese príncipe azul.*

—Gracias, Dottie. Lo haré.

Chris cortó la llamada y le devolvió el móvil a su dueño.

—Te envía saludos —dijo, sin más. Decidida a evitar conversaciones profundas, por el momento, apeló a la broma—. ¿Qué te parece si me cuentas eso que recordaste, antes de que se te vaya el santo al cielo otra vez?

Ken se percató de que Chris no deseaba ahondar en el asunto de su tía, y la dejó hacer.

—Gracias… Ah, sí… Lo que iba a decir es que, una vez, Sandy me comentó que su padre estaba bastante involucrado en el mecenazgo y en apoyar proyectos solidarios… Por cuestiones fiscales, que quede claro.

Chris se cruzó de brazos. Elevó una ceja.

—¿Y comentabais muchas cosas? —preguntó, en tono de estar pidiéndole explicaciones.

Ken festejó la broma con unas buenas risas.

—Me acusas de ser un payaso, pero, anda, que tú… Si está tan involucrado como ella dice, debe tener una línea de comunicación directa con quienes dirigen los proyectos en los que él colabora, ¿no te parece?

—¡Qué buena idea! —dijo Chris, al tiempo que cogía su móvil—. Conozco a alguien que, seguramente, podrá ayudarnos.

La persona en quien estaba pensando era April Sommerfield.

COMO EN OTRAS OCASIONES, volver a hablar con la directora de la OADASV había sido un momento agradable para Chris. Siempre le había resultado fácil hablar con ella y, esta vez, no fue diferente.

Tras la sorpresa de enterarse de que había vuelto a Nashville, Chris le había explicado la razón de su llamada y April enseguida se había comprometido a ofrecerle toda la ayuda que fuera necesaria. Por lo pronto, haría unas cuantas llamadas y volvería a ponerse en contacto con ella en cuanto tuviera novedades.

Estas llegaron poco después. Chris se apresuró a responder la llamada.

—*Hola, Chris. Estamos en marcha* —dijo Sommerfield.

El tono de su voz denotaba que sonreía y Chris, que continuaba en la sala de reuniones, sentada junto a Ken y a Bradley Rafferty, lanzó un suspiro de alivio.

—*Ha habido suerte* —continuó April—. *El señor Carrigton está en la ciudad y la recibirá en una hora, en su casa de Belle Meade. Como se imaginará, me ha preguntado la razón de su visita. He salido del paso, diciéndole que se trataba de un asunto de naturaleza personal para el que le gustaría contar con su ayuda. Ayuda, en términos de información, no de dinero* —matizó con una sonrisa.

A Chris solo le faltó ponerse a bailar. Esa mujer se merecía un monumento. Ofrecerle ayuda y prestarse a hacer de intermediaria, sin saber realmente el motivo por el que ella quería reunirse con un hombre tan poderoso, era un gesto inusual de generosidad y de confianza, que esperaba no traicionar.

—Muchísimas gracias, April. No se hace una idea del gran favor que me ha hecho. Ojalá pueda devolverle el gesto alguna vez.

—*Por favor, querida amiga. Usted no tiene nada que devolver, se lo aseguro. Me hace feliz poder serle de ayuda, por una vez. Acabo de enviarle las señas del señor Carrigton a su correo electrónico. Ya me dirá qué tal va la reunión. ¡La dejo, que tiene que ponerse en marcha y el tiempo vuela!*

—Por supuesto, April. La llamaré en cuanto pueda —se despidió Chris.

Tras finalizar su llamada con la directora de la OADASV, miró a Ken y a Bradley con una sonrisa algo nerviosa.

—Me espera en su casa en una hora.

—¡Bien! —exclamó Rafferty.

—¡Fenomenal, Chris! —Le tendió su mano para ayudarla a levantarse—. Vamos. No está demasiado lejos, pero hay un trecho hasta allí.

Chris tomó su mano y, ayudada del bastón, se puso de pie. Ken había dicho «vamos» y ella no quería dar lugar a malas interpretaciones.

—Un momento. Aclaremos algo, ¿de acuerdo?

Bradley cogió sus cosas, seguro de que el tema no iba con él. Además, tenía una somera idea de qué era lo que Chris se proponía aclarar y, definitivamente, no quería estar en esa sala cuando lo hiciera.

—Si me disculpáis, me voy a adelantar. Quiero hablar con Shane.

En cuanto se quedaron a solas, Chris se disponía a hablar, pero Ken se le adelantó.

—Sé lo que vas a decir y la respuesta es no.

Chris lo miró con una ceja enarcada, esperando que él se diera por aludido y no la obligara a ser explícita. Pero él siguió en sus trece.

—Estás en todo este embrollo por mí y no me fío un pelo de esa loca. Asistirás a esa reunión

tú sola, hasta ahí llega mi generosidad, pero a la casa, te llevaré yo y me quedaré esperándote en el hall. A la menor distancia posible, por si tengo que intervenir, y poner a alguien a dormir de un puñetazo. Y esto no es negociable.

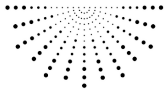
Chris aceptaba la amabilidad de los hombres Bryan en general y de Ken en particular porque, a su modo de ver las cosas, era un signo de buena educación no limitada a los seres humanos del sexo masculino. Al mundo le hacía falta más amabilidad, mucha más gentileza. No obstante, y por citar las propias palabras de Ken, hasta ahí llegaba su generosidad. Ella no era un frágil capullo de rosa. No necesitaba a nadie guardándole las espaldas. Respiró hondo, preparándose para replicar, cuando Ken volvió a hablar.

—No te molestes. Me da igual dónde hayas estado los últimos seis años de tu vida. Me siento responsable de todo lo que está pasando y no voy a mantenerme al margen. Enfádate, si quieres. Este asunto no está abierto a debate.

Por lo visto, también eran afines en la cabezonería, pensó Chris. ¿Era eso un augurio de que sus discusiones darían tanto de que hablar como sus apasionados encuentros? En aquel preciso momento, no tenía tiempo para perder en reivindicaciones. Había en juego cosas infinitamente más importantes para ella. Se frotó la frente y, a continuación, expulsó el aire por la nariz.

—¿Has acabado? —le preguntó. Él asintió una vez con la cabeza, su expresión tan seria como la de ella—. Bien. Entonces, en marcha.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



La mansión que el presidente de *Fox Music Entertainment* poseía en el barrio de Belle Meade era, como todas las de la zona, lujosa y elegante. Se accedía a través de un camino sombreado por altos árboles que conducía a una rotonda decorada con arbustivas y rosales, detrás de la cual se hallaba la casa. También contaba con una segunda vía de acceso por la parte posterior, donde estaba el garaje con capacidad para diez vehículos, así como un jardín amplio y bien surtido con especies autóctonas, a la derecha del cual estaba el área recreativa con una piscina de grandes dimensiones y el solarium. Se trataba de una imponente construcción de estilo neoclásico, con sus columnas de piedra y sus arcadas, distribuida en dos plantas.

Mientras Tom y dos miembros del equipo de seguridad de Ken, esperaban dentro del vehículo aparcado frente a la casa, un hombre entrado en años, vestido de traje y corbata, hizo pasar a Chris y a Ken al interior de la residencia. Más tarde, se enterarían de que era el secretario personal de Randall Carrigton-Fox.

Después de dar instrucciones al personal del servicio para que la espera de Ken fuera lo más agradable posible, el hombre condujo a Chris hasta el despacho del dueño de la casa. Una estancia agradable, de techos altos, paredes pintadas de un relajante color ocre y dos ventanas con sendos balcones cargados de flores que daban al jardín trasero.

Randall Carrigton-Fox fue de inmediato a su encuentro.

—Buenas tardes, señorita Thompson. Encantado de saludarla. Por favor, tome asiento —invitó, señalando el espacioso sofá color crema de aspecto mullido que había junto a una de las ventanas—. ¿Puedo ofrecerle un té, un café… o prefiere alguna bebida fría?

—Lo que usted beba estará bien —agradeció Chris, después de acomodarse en el sofá.

Teniendo en cuenta el tipo de sentimientos que Alexandra Carrigton-Fox le inspiraba, Chris no se había imaginado que su progenitor pudiera darle una primera impresión tan positiva. Ignoraba su edad, pero el hombre aparentaba alrededor de setenta años, tenía una profusa cabellera plateada y unos ojos oscuros que hablaban de que su dueño era un hombre de gran temperamento. Esbelto y elegante, vestía de colores claros, que destacaban su piel bronceada. En conjunto, su presencia resultaba muy agradable.

Él tomó asiento junto a Chris, y se dirigió al hombre de traje y corbata.

—Charles, ¿puedes pedir que nos traigan zumo de frutas variadas, por favor? Gracias.

En cuanto se quedaron a solas, Carrigton le ofreció una sonrisa.

—Al levantarme esta mañana, no imaginé que el día me depararía la sorpresa de conocer a la creadora del Proyecto Semillas.

¿Sabía quién era?, pensó Chris. No fingiría que la sorpresa no se la estaba llevando ella.

—Ni yo que usted sabría quién soy. Había preparado una rápida presentación y todo… —bromeó.

El hombre hizo un amable movimiento con la cabeza.

—Entonces, me temo que voy a sorprenderla por segunda vez, diciéndole que colaboro económicamente con su proyecto desde hace tiempo.

Toda una sorpresa, sin duda. Agradable como resultaba estar tratando con un benefactor de su proyecto, Chris no pudo evitar preguntarse por cuánto tiempo más lo sería, cuando supiera la razón de que ella estuviera allí. Entonces, reparó en que conocía con nombres y apellidos a los benefactores importantes, los que participaban con grandes sumas de dinero, y no recordaba el suyo entre ellos.

—En ese caso, le pido disculpas, señor Carrigton. Estoy al corriente de todas las personas que hacen posible que el proyecto siga adelante. Qué incómodo, no entiendo cómo pudo pasárseme su nombre…

—No, por favor, no hay razón para disculparse. Fue mi esposa, Christine Müller Carrigton, quien me habló de su proyecto en primer lugar, y es ella quien se ocupa del tema.

—Ah, entonces, aclarado. Ese nombre sí que lo recuerdo —repuso, conciliadora.

En aquel momento, golpearon a la puerta y una empleada entró portando una bandeja con el refrigerio, que dejó sobre la mesa ratona. Después de consultarles qué deseaban beber y servir las bebidas, se retiró.

—Me halaga que el Proyecto Semillas les haya interesado tanto a su esposa y usted y, por supuesto, les agradezco de todo corazón sus aportaciones. Son tan importantes… Pero mi visita no tiene que ver con el proyecto, sino conmigo, y no quisiera robarle más tiempo del necesario…

Vio que el hombre le ofrecía una amable sonrisa, invitándola a hablarle del motivo que la había llevado hasta allí.

—No es un asunto sencillo de plantear, ni tampoco agradable… En agosto, estuve dictando un curso aquí, en Nashville. No pude terminar de darlo por un hecho fortuito. El taxi en el que mi hermana regresaba al hotel donde nos hospedábamos, se vio envuelto en un accidente y después de cuatro días hospitalizada, volvimos a casa.

—Cuánto siento oír eso… ¿Su hermana está bien?

—Sí, sí… Bueno, todavía está recuperándose de las lesiones. Tiene para dos meses más con el brazo derecho en cabestrillo, pero está bien, dadas las circunstancias.

Chris hizo una pausa decidiendo cómo seguir. ¿Cómo decirle a un hombre que su hija era una demente, sin borrar de un plumazo su amable sonrisa? Notó que Randall continuaba mirándola con un gesto bastante ecuánime. Al fin, Chris abrió su bolso y sacó un grupo de documentos. Le entregó la edición del semanario *Gossip* que había publicado las fotos sonrojantes y se la entregó abierta por la página correspondiente.

—Soy yo —admitió, a secas, arreglándoselas como pudo para mantener bajo control la intensa sensación de bochorno que se adueñó de ella.

Vio que el hombre pasaba las páginas. Su ceño fruncido daba cuenta de que su expresión había dejado de ser ecuánime.

—A Ken ya lo conoce. Es tan famoso por su talento, como por el celo con el que mantiene su vida privada cerrada a cal y canto. Por lo tanto, esas fotos no son el producto del golpe de suerte de un *paparazzi*.

Carrigton asintió y le devolvió la revista. Chris la puso a su lado en el sofá y, a continuación, cogió el sobre de papel Manila. Extrajo la carpeta con los documentos que demostraban el paso

de Ken por las clínicas de desintoxicación. En su tapa continuaba adherida la nota mecanografiada con la advertencia de que abandonara el país y se mantuviera alejada de Ken.

—Esto lo dejaron en la recepción del hotel donde me hospedaba aquí, en Nashville, la tarde anterior a mi regreso a Canadá. El sobre no tiene remitente.

Chris pensó fugazmente que si el número de arrugas que se habían formado en la frente del hombre era una señal de lo que pasaba por su mente, entonces, lo que estaba pensando era malísimo.

—Eso no era lo único que había dentro del sobre —continuó—, ya hablaremos más del asunto. Sin embargo, fue suficiente para tomar la decisión de hacer caso a lo que la nota me pedía. De hecho, lo he seguido haciendo, a pesar de que ahora, lo que contiene ese dosier es de dominio público. Seguramente, ya lo sabe.

—Así es. Su vídeo recibió mucha atención estos días. Me extrañó que el señor Bryan se hubiera decidido a hablar de un tema que, me consta, se tomó muchas molestias para mantener a buen recaudo.

—¿Le consta? —preguntó Chris.

—Soy el principal accionista de la empresa discográfica a la que, entonces, dejó en la estacada con la producción del proyecto a medias. El perjuicio era cuantioso y los directivos de la empresa mantuvieron muchas conversaciones con él y con su mánager. En todo momento, la versión oficial fue que su padre había enfermado de gravedad y debía regresar a Ohio, a hacerse cargo del negocio familiar.

Chris asintió con la cabeza, dando la explicación por buena, y siguió con su exposición.

—Sin embargo, el domingo pasado salió este reportaje. —Le entregó el ejemplar que Sultán había mordisqueado—. Lamento el estado, a mi cachorro de Husky le gustó tan poco como a mí —dijo, a modo de disculpa—. Yo no lo vi hasta ayer. Llegó a mí a través de una amiga de mi hermana que pasó el fin de semana con su familia en Nueva York. Lo encontró en una tienda del aeropuerto y lo compró para mostrárselo a Lilly. Como puede apreciar, ya no hablan de Ken, sino de mí. Están intentando ponerle nombre y apellido a la mujer que aparece en esas fotos.

Chris le concedió unos instantes para que observara las numerosas fotos que el semanario incluía en el reportaje. También para que se diera por aludido de algún modo. Bradley Rafferty había exigido a sus abogados todo el material que hubieran acumulado sobre su cliente, por lo tanto, Carrigton tenía que saber que, como mínimo, Ken acusaba a su hija de haber pagado a gente para que lo siguiera. Cuando el hombre alzó la vista, su expresión había empeorado. Sin embargo, no dijo nada.

A Chris le extrañó que no lo hiciera. ¿Era posible que ignorara la exigencia que Ken había hecho a través de su abogado?

—La cantidad de fotos tomadas en días distintos, deja claro que nos han estado siguiendo. Y hoy, hemos confirmado que es así —explicó—. El equipo de seguridad de Ken detuvo a un hombre que estaba intentando acceder a sus oficinas por la parte posterior. Le requisaron la tarjeta de memoria de la cámara con centenares de fotos, y un móvil desechable. El individuo acabó por hablar. Forma parte de un equipo de seis personas que nos llevan siguiendo desde hace un mes. Tienen instrucciones de seguir a Ken, —y a mí, mientras estuve aquí—, las veinticuatro horas del día, y documentar todo lo que hace. —Chris hizo una pausa. No había otra forma de decir lo que tenía que decir—. Quien le contrató es alguien de su empresa.

—¿Alguien de mi empresa, dice? —Negó con la cabeza, taxativo—. Eso no tiene sentido.

A Chris ya no le quedaba ninguna duda de que había sido una decisión acertada hablar con

aquel hombre, en persona. Ahora estaba segura de que él no estaba al tanto de lo que estaba sucediendo.

—Es su hija Alexandra, señor Carrington.

Y, entonces, Chris presenció cómo el rostro del hombre pasaba de la preocupación directamente a la perplejidad.

EL HOMBRE parecía tan afectado que Chris empezó a sentirse mal. Ella y su compasión, pensó. Era incapaz de ver a alguien sufrir y no hacer algo al respecto.

—Imagino que esto le resulta incomprensible. Yo misma tengo serios problemas para aceptar que alguien pueda tener un interés tan… —La palabra que iba a pronunciar era «enfermizo», y, sin duda, era la correcta. Decidió no pronunciarla porque no podía perder de vista con quién estaba hablando—. Grande en otra persona para hacer algo así. Pero, como le digo, hemos confirmado que, increíble o no, es lo que está sucediendo.

El hombre cogió la jarra de zumo de manzana y después de ofrecerle más a Chris, que ella rechazó con un gesto, se sirvió y bebió un buen sorbo. Su malestar era evidente.

—El interés de Alexandra por el señor Bryan es de naturaleza personal y data de muchos años —reconoció—. Defendió ante la junta directiva su proyecto y los convenció de que ayudarlo a recuperar su carrera musical supondría una baza muy importante para la empresa. Yo fui el único que manifesté mi desacuerdo. No por motivos profesionales, sin duda, era un gran proyecto, sino porque estaba bastante seguro de que sus razones eran personales. Pienso que Alexandra creía que trabajar con el señor Bryan, la acercaría a su vida. Está enamorada de él —admitió con incomodidad.

—Pero ese interés no es correspondido, señor Carrigton.

—Lo sé, por eso no voté a favor de ese proyecto… Mi hija menor está pasando por una mala época. Su madre y yo llevábamos tiempo diciéndole que se tomara un descanso, lejos de Nashville. No nos hizo caso —dijo con resignación. Bebió otro buen sorbo de zumo—. Cuando surgió el problema… Me refiero a la rescisión unilateral del contrato que unía a mi empresa con el señor Bryan, me puse serio. Sumado a la existencia de aquel contrato privado de naturaleza tan… —Prosiguió sin calificar lo que para él era incalificable—. Dio lugar a una situación insostenible. Era vergonzoso y extremadamente grave.

Chris intuía a qué se estaba refiriendo en este caso, Ken había pasado de puntillas sobre el tema, pero había sido lo bastante explícito para que ella comprendiera que sus cláusulas resultaban escandalosas hasta para un hombre como él.

—Fue muy duro, y no solo como padre. Ella es mi mano derecha desde hace años. Sin embargo, por su bien, decidí apartarla de la empresa. El consejo propuso su suspensión por un período no inferior a tres meses y yo, con todo el dolor de mi corazón, voté a favor. Alexandra ya había sufrido desmayos y mostraba otros signos de agotamiento, nuestro médico la estaba tratando por su estrés. Entre todos, tomamos la decisión de enviarla a un centro de relax, en Florida. Ella, por supuesto, estuvo de acuerdo. Está muy arrepentida de sus actos y muy afectada por las consecuencias que han tenido. Todo esto que me está mostrando me ha dejado atónito. Desconcierta… —El hombre se corrigió—. *Duele* pensar que mi propia hija le haya estado haciendo tanto daño a un hombre por el solo hecho de no corresponder sus sentimientos.

—Y no es agua pasada, señor Carrigton. Esta es la razón de que yo esté aquí.

—¿A qué se refiere?

—El sobre anónimo que dejaron en la recepción del hotel, no solo contenía el dosier que le he mostrado.

Chris le tendió su vaso para que lo rellenara de zumo. Se le había secado la garganta ante la sola idea de hablar del tema. Bebió a conciencia y luego, respiró hondo.

—Nuestros inicios… Los de mi hermana y mío no fueron… , como los de cualquier niño. Luego, mejoró, pero nuestra vida no empezó como debía. De alguna forma, su hija se enteró. La nota amenazaba con hacerlo público.

Carrigton palideció.

—¿Me está diciendo que Alexandra la ha estado amenazando *a usted* con algo de *su vida*? ¿Por qué?

—Supongo que sospechaba que para Ken yo no era como uno de los tantos romances ficticios que se le han atribuido con el paso del tiempo. Su hija quiso darme una segunda razón de peso que me mantuviera alejada de Estados Unidos y de él. Por las dudas de que la principal dejara de surtir efecto, si Ken, como ha sucedido, decidía hacer públicas sus adicciones. El objetivo siempre ha sido Ken. Yo solo era un medio para hacerle daño.

—¡Esto es inconcebible! —explotó Carrigton. Su palidez inicial había dado paso al bochorno.

—Se trata de un asunto privado y deseo que siga siendo así —continuó Chris—, pero mis razones van más allá de un mero deseo. Mi hermana no sabe nada de lo mal que empezó nuestra vida. Era una bebé. —Vio cómo el rostro del hombre se descomponía en una mueca mezcla de perplejidad y horror—. Ahora, es una chica feliz, alegre y emprendedora. ¿De qué le serviría saber que su vida no siempre ha sido así? Solo le produciría dolor, un sufrimiento inmenso. Por eso estoy aquí. Porque necesito su ayuda, señor Carrigton. Le ruego que me ayude a detener este sinsentido. No sé si a su hija la mueve el deseo de venganza o un problema emocional, pero debe dejar de hacer daño de esta forma indiscriminada y gratuita. ¿Me ayudará, por favor? Usted es mi única esperanza.

Carrigton respondió con una frase lapidaria.

—No le quepa la menor duda de eso, y pienso hacerlo ya mismo.

KEN HABÍA RECORRIDO la estantería de libros, uno a uno. Algunos, los había sacado de su sitio y los había hojeado. En aquel pequeño salón aristocrático, donde lo habían conducido, decorado al mejor estilo sureño, en colores habano, marfil y negro, no quedaba cuadro, adorno o libro que él no hubiera revisado, intentando mantenerse entretenido. Como la maldita reunión de Chris con el presidente de *Fox Music Entertainment* no acabara ya, empezaría a caminar por el techo.

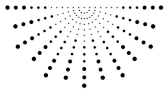
En aquel momento, el rugido de un motor atrajo su atención. Volvió a dejar el libro en el estante y se dirigió con rapidez a la ventana, completamente atento al sonido.

Correspondía a un deportivo que se acercaba a gran velocidad. Un instante después se detuvo dando un fuerte frenazo. Pronto, el olor a combustión y a neumático quemado empezó a extenderse como una nube que lo alcanzó a él.

Desde donde estaba, Ken apenas podía ver a lo lejos el morro del vehículo, pero se le heló la

sangre al reconocerlo. Pertenecía al descapotable azul metalizado de Alexandra Carrigton-Fox.

CAPÍTULO CUARENTA



En un instante, el ambiente fresco y relajado que se respiraba en aquella mansión, se había transformado por completo. Era como si, de repente, se hubiera desatado una tormenta y el pánico hubiera cundido entre los habitantes de la casa. Gritos, pasos a la carrera, portazos. Aunque no hubiera visto el morro del deportivo con sus propios ojos, Ken habría sabido igualmente que el demonio estaba en casa. Por donde Sandy pasaba, especialmente, si lo hacía durante uno de sus famosos estallidos de ira, hasta la última molécula de aire quedaba impregnada de esa violencia implícita que dominaba sus acciones.

Ken no supo cómo llegó al enorme corredor que conectaba con la entrada posterior de la mansión. Nunca había estado allí y desconocía la distribución de la vivienda. Tan solo era consciente de que corría y de que todos sus sentidos estaban en alerta. Entre el bullicio, la voz de Sandy le llegaba con una nitidez inédita. Gritaba con tal rabia que, a veces, su voz se quebraba y algunas palabras acababan en un gallo, volviéndose ininteligibles. Sus frases salían a borbotones y solían quedar inacabadas. Una, sin embargo, la pronunciaba una y otra vez, de principio a fin:

«¡¿Dónde está?! ¡Voy a matar a esa morsa inmunda!».

Esa era, sin duda, la que mantenía a Ken alerta y a la carrera.

A medida que se acercaba a la parte posterior de la casa, el alboroto se volvía más y más ensordecedor. Dos hombres voluminosos, vestidos de oscuro, pasaron corriendo a su lado. Lo sobrepasaron, sin prestarle la menor atención.

En aquel momento, vio que Carrigton salía de una puerta que estaba a la izquierda, y que detrás de él, aparecía Chris.

—¡Nooo, Chris! ¡Vuelve dentro y cierra con llave! —le gritó a todo pulmón.

Ella giró la cabeza para mirarlo, pero la atención de Ken enseguida se desvió hacia otra cosa: desde el extremo del pasillo, una mujer en equipo de deporte, avanzaba con grandes zancadas, casi corriendo. Era Sandy y tenía el rostro transfigurado por la ira de tal manera, que no parecía ella. Ken vio que su mirada primero detectaba a Chris y enseguida, a él mismo. Comprendió, con cierto alivio, que el foco de atención de su locura, había cambiado de objetivo.

Y así fue.

—¡Hijo de puta! ¡Eres un grandísimo hijo de puta! ¡¿Cómo te atreves a venir a mi casa con tu zorra?! —bramó Sandy, avanzando hacia él como un ejército en plena carga.

La furia dotaba a sus músculos de una fuerza inusitada que, hasta el momento, le estaba permitiendo abrirse camino a empujones entre la media docena de personas que se arremolinaban en torno a ella, intentando detenerla. Incluso había conseguido que uno de los hombretones que habían adelantado a Ken, cayera al suelo.

Para Ken aquellos diez metros, nunca le habían parecido tan largos. Era como si por más que corriera, nunca llegara a su destino.

Sandy no dejaba de vociferar y de proferir amenazas.

—¡Pudiste tenerlo todo conmigo y mira lo que has hecho! ¡¿Piensas llevar a esa foca a las entregas de premios?! ¡Hablarán de sus lorzas [1], en vez de hablar de ti! ¡Serás el hazmerreír del mundo entero, cabrón! —gritó.

Una de las empleadas del servicio doméstico, intentó detenerla y también acabó rodando por el suelo. Un nuevo intento, esta vez por parte del mayordomo, pareció tener más éxito. Enseguida, intervinieron los dos hombres vestidos de oscuro.

—¡Cógela por los brazos, yo inmovilizaré sus piernas! —ordenó uno de los miembros de seguridad al otro.

—¡Quítame esas manazas de encima, imbécil! ¡Y tú, ni te me acerques, ¿me oyes?!

Sandy se revolvía como una víbora, soltando patadas, mordiscos y puñetazos. Consiguió librarse, y corrió el último trecho hacia Ken, serpenteando con agilidad entre el personal que intentaba detenerla.

En medio del bullicio, la voz de Randall Carrigton-Fox, que estaba a mitad de camino entre su hija y Ken, resonó en el pasillo.

—¡Alexandra, por Dios bendito, ya está bien; deja de avergonzarnos de una vez!

Todo sucedió en un minuto.

Ken estaba preparado para hacer frente a Sandy. Detenerla, evitar que su interés volviera a cambiar de foco y se centrara en Chris. Más que dispuesto a acabar con aquel sinsentido, incluso, si para ello tenía que noquearla. Sería la primera vez que le levantaba la mano a una mujer. Tendría que vivir con ello, puesto que estaba determinado a hacerlo.

Súbitamente, vio que Sandy daba una zancada lateral y arrancaba un fusil con bayoneta de las sujeciones que lo fijaban a la pared. Estaba junto a otro de asalto y una bandera con la cruz sureña, que mostraba las trece estrellas de los estados rebeldes, representando a la confederación sureña, el bando perdedor de la guerra civil norteamericana. La vio blandirlo, amenazadora, y avanzar hacia él, al tiempo que chillaba:

—¡Estoy harta de tu ninguneo, más que harta de tus aires de diva! ¡Sin mí, seguirías cantándoles a tus vacas, drogado hasta las cejas! Si crees que vas a pasearte del brazo de tu foca delante de mis narices, como si nada, estás…

—¡Noooooooooo! —oyó que Chris gritaba.

Y un instante después, vio que su bastón salía despedido y rebotaba contra la pared.

—¡Joderrrr! ¡Ahhhhhhhh! —gritó Sandy. Su quejido acabó abruptamente cuando cayó de bruces. El fusil resbaló sobre el suelo de madera, lejos del alcance de su mano.

Simultáneamente, se oyó el ruido de otro cuerpo que caía al suelo. Era Chris y su alarido de dolor fue estremecedor.

Ken corrió hacia ella en cuanto comprendió que había sido su bastón, lo que había logrado detener, finalmente, a la demente. Saltó por encima del cuerpo de Sandy, que miraba alrededor, intentando averiguar qué había sucedido.

Chris, en cambio, había perdido el sentido. Su cuerpo desmadejado en el suelo y su pierna derecha, en una postura imposible, denotaban que su rodilla lesionada no había aguantado el envite. Había una gran herida de la que manaba abundante sangre, y se apreciaba el extremo de un hueso asomando por la parte superior de la herida.

—Ay, nena… Por Dios, ¿qué has hecho? Tienes la rodilla destrozada —murmuró Ken, con desesperación. Estaba arrodillado en el suelo, junto a ella, apenas capaz de reprimir el impuso de abrazarla, de confortarla de alguna manera. Apretó los puños. Sabía que no debía tocarla, que eso podía agravar las lesiones. Entonces, la rabia reinó a placer y su cerebro despertó del *shock*. Rodeó la pierna femenina con sus dos manos por encima de la rodilla y ejerció presión, intentando reducir el sangrado—: ¡Que venga un médico YA! ¡YA MISMO!

Randall Carrington-Fox que ya había efectuado una llamada, volvió a guardar su móvil y se agachó para tranquilizar a Ken.

—Mi médico está en la casa, con mi esposa. Vendrá enseguida —le dijo.

Ken alzó la vista y su mirada se encontró con la del empresario por primera vez aquel día.

—Esto es inconcebible… —continuó el hombre, ensayando una disculpa—. Siento muchísimo lo sucedido. Le prometo que llegaré hasta el fondo de este asunto

A buenas horas, pensó Ken. Había sido ver a Chris en el suelo y sentir que cada célula de su cuerpo se ponía a gritar al unísono «¡basta ya!».

—Y yo le prometo que Sandy recibirá lo que merece —dijo, mirándolo directamente—. Su hija es una mala persona, *disfruta haciendo daño a los demás* —enfatizó—. Esta vez se ha pasado de frenada y no lo dejaré correr.

—Ni yo —repuso Carrigton, decidido.

Miró con una mezcla de disgusto y dolor a su hija. Estaba tendida boca abajo en el suelo. A veces, levantaba la cabeza y miraba alrededor con la mirada desenfocada, pero enseguida volvía a apoyar la frente sobre un brazo. Como si no pudiera soportar mirarla por más tiempo, el empresario apartó la vista y sus ojos se posaron sobre Chris, que seguía desmadejada en el suelo, con los ojos cerrados.

—De más está decir que correré con todos los gastos —añadió—. Me aseguraré personalmente de que la señorita Thompson reciba la mejor atención. Por favor, dígale que iré a verla en cuanto pueda.

Ken ni siquiera se molestó en responder. Le daban igual su dinero y sus atenciones. No era alguien tan generoso, ni mucho menos, tan empático como Chris. Algo que ahora tenía más claro que nunca, puesto que, desde que la había visto tendida en el suelo, lo único que sentía eran ganas de liarse a puñetazos con todos y cada uno de ellos. Estaba harto de los Carrigton-Fox.

En cuestión de segundos, hubo un gran revuelo de gente corriendo y gritando instrucciones. El hombre que les había conducido al interior de la casa, apareció acompañado del médico de la familia quien empezó a dar los primeros cuidados a las dos mujeres. Sandy tenía una fea abrasión en la frente y sangraba por la nariz. Continuaba confusa, pero consciente. La levantaron del suelo y la condujeron hasta una habitación.

Con Chris, el médico se tomó su tiempo, deteniendo la hemorragia, protegiendo la herida e inmovilizando su pierna, después de comprobar sus constantes vitales.

—La rodilla está mal —informó al dueño de la casa, al tiempo que efectuaba una llamada.

En aquel momento, irrumpió Tom, acompañado de los dos hombres del equipo de seguridad de Ken. Se acercó corriendo, con sus gafas de sol en una mano.

—¡Joder, nadie abría la puta puerta! ¿Estás bien? —le preguntó a Ken.

Sus ojos se desplazaron de Ken a Chris, la vio tendida en el suelo y la furia pareció adueñarse de él. Dirigió su mirada airada hacia Randall Carrington-Fox. El hombre estaba agachado junto a Chris, blanco como un cadáver, siguiendo con atención las maniobras del médico.

—Esa demente va a acabar con todos, si no se toman en serio su locura. ¡Está desquiciada,

joder! ¡Enciérrenla de una puta vez! —chilló Tom.

Ken y Randall Carrigton-Fox intercambiaron miradas. La preocupación, incluso el miedo, eran tan patentes en el rostro del empresario, que Ken tuvo la extraña sensación de que él también era una víctima de las locuras de su hija.

—Déjalo, Tom —pidió Ken—. Seguro que ya se ha dado cuenta de que tiene una bomba de relojería en la familia.

Chris volvió en sí cuando tres sanitarios la estaban subiendo a una camilla. Su gesto de dolor hablaba por sí mismo.

Ken estaba a su lado y cogió su mano, la estrechó fuertemente. Ella alzó su mirada hasta él.

—Estoy aquí, Chris… Te vamos a llevar al hospital para que te curen esa rodilla, ¿de acuerdo? Todo irá bien.

Ella no pronunció una palabra. Apretó los párpados y su rostro se contrajo en una mueca de intenso dolor.

Ken se mordió los labios. No era capaz de imaginar el nivel de sufrimiento que ella estaría padeciendo.

—Te pondrás bien, amor —murmuró sobre su frente—. Tranquila, todo irá bien.

Chris no lo oyó. La conciencia había vuelto a abandonarla.

KEN NO HABÍA QUERIDO SEPARARSE de Chris. A pesar de las recomendaciones de Tom, incluso de Bradley, de que lo mejor era acudir al hospital de manera independiente, Ken había hecho oídos sordos, poniendo a su equipo de seguridad en jaque.

Al pie de la ambulancia, frente a la mansión Carrington, Tom aún lo intentó una última vez.

—Ahora mismo, Chris no sabe ni en qué planeta está. Y en cuanto la ambulancia llegue al hospital, habrá un equipo esperándola, que pasará de ti y se la llevará al quirófano. Toda la prensa está alerta. No existe ninguna posibilidad de que no detecten tu presencia en el hospital, y en cuanto lo hagan, ¡adiós! Comenzará la locura y no vamos a poder protegerte… Sé que estás muerto de miedo, tío, pero ¿puedo apelar a tu sentido común un poquito? Deja que los chicos te lleven al hospital. Accederás por donde se entregan los suministros y nadie se enterará de que estás allí. *Por favor*.

Durante toda la exposición de Tom, Ken había estado atento a lo que hacían con Chris. Vio cómo la subían, aseguraban la camilla al suelo del vehículo, acomodaban los cables y la vía que le habían puesto. Tan solo estaba esperando que le dieran el visto bueno para poder saltar al interior, y ocupar el banco a su lado.

Y cuando eso sucedió, recién entonces, miró a Tom.

—Me da igual —repuso—. Dile a Bradley que llame a la policía y presente la denuncia contra el tipo que intentó colarse en mis oficinas. Esta vez, no habrá Dios que libre a esa víbora de recibir el castigo que merece.

Tom dejó caer la cabeza, derrotado.

Ken subió a la ambulancia. Poco después, las puertas se cerraron, y el vehículo salió con rapidez rumbo al hospital con las sirenas puestas.

CHRIS PARECÍA DORMIDA, pero no era un sueño tranquilo. Cuando el dolor lograba atravesar la nebulosa en que la sumía la analgesia, su rostro se contraía. A veces, gemía y se quejaba. Sin embargo, no había abierto los ojos ni una sola vez.

Uno de los enfermeros le había deshecho el moño y le había entregado la docena de delgadas horquillas. Después de un rato jugueteando con ellas de manera ausente, al fin, Ken las había puesto en el bolsillo de su camisa. El cabello suelto le quedaba muy bien, pensó. Era largo y ondulado. Tenía que acordarse de preguntarle por qué siempre lo llevaba sujeto. Sentía curiosidad por saber por qué mantenía esa impresionante melena cautiva. Era de las que merecían mostrarse orgullosa, en todo su esplendor.

Estás desvariando, tío. ¿Qué coño puede importar eso ahora?

Por alguna razón, su mente encontraba aquel asunto de vital importancia. O, quizás, era una forma de evadirse del miedo y de la preocupación acerca del montón de interrogantes que suscitaba el futuro inmediato; qué sucedería con la rodilla de Chris y qué sucedería con *ellos*, con ella y con él.

Ken sacó su móvil del bolsillo. En casa de Chris, no sabían nada. Tenía que avisarles. Entonces, se dio cuenta de que sus pantalones estaban manchados de sangre. También la camisa, notó un instante después. Fue como un baño de realidad; la camilla, Chris yaciendo en ella, el sonido de las sirenas… El miedo se adueñó de él y una intensa angustia le atenazó la garganta. Necesitó unos momentos para recomponerse.

Al fin, seleccionó la memoria donde guardaba el número de Dottie y pulsó la tecla de llamada. La mujer lo atendió al segundo ring.

—*Por favor, dime que te las has ingeniado para retenerla allí, al menos, hasta mañana, Ken* —se anticipó ella.

Ken apretó los párpados. Chris tendría que quedarse un buen tiempo en la ciudad, pero no se trataba de la clase de estancia a la que aludía su tía, ni él se las había ingeniado para nada.

—Desde luego, no volverá a Toronto hoy —empezó a decir. Cuando oyó que la mujer celebraba lo que para ella era una buenísima noticia, Ken continuó—: escuche, Dottie. Chris se ha caído y su rodilla se ha llevado la peor parte. Estamos en el hospital. Le estoy llamando yo porque a ella la han sedado.

Tras una pausa muy breve, Ken volvió a oír su voz. Notó que, de fondo, había un concierto perruno. Ese era Sultán, pensó. En cierto modo, sus aullidos suavizaron la dureza de lo que escuchó a continuación.

—*¡Mierda! ¡Pero qué demonios pasa en esa ciudad! ¡Primero, Lilly y después, Chris! ¿Qué le digo ahora a su hermana? ¡Por Dios, esto es increíble!*

Le habría gustado mostrarse más comprensivo con Dottie. Después de todo, la mujer tenía que haberse llevado un susto de muerte y saberse a mil doscientos kilómetros de su sobrina, no hacía sino añadir angustia al proceso. Pero Ken no daba para más. Su preocupación por Chris crecía a medida que se acercaban al hospital —y, por lo tanto, a conocer la verdad sobre su estado y el de su rodilla—, y ya estaban a un par de manzanas.

—Voy a tener que cortar, Dottie. Los médicos quieren hablar conmigo —mintió—. Imagino que usted y Lilly querrán viajar para reunirse con Chris… Llámeme con lo que decida y me ocuparé de toda la logística. Ustedes no se preocupen por nada de eso, ¿de acuerdo?

—*Sí, claro, sí… Gracias. Te llamaré. Por favor, no te separes de ella, Ken…*

—Solo cuando se la lleven al quirófano, y ya veremos. Igual puedo engatusar a alguna médica para que me deje entrar —intentó bromear.

—*Ese es mi chico. Gracias, Ken. No sabes cuánto me tranquiliza saber que tú estás con ella… Vale, Dottie. Basta de cháchara* —se reprendió a sí misma—. *Te llamaré. Adiós.*

Cuando estaba a punto de guardar su móvil, este sonó.

—Hola, papá… ¿Ya te has enterado?

—*Sí, y antes que nada, no te preocupes por mí. Estoy perfectamente. ¿Cómo está Chris?*

Ken la miró yaciendo en la camilla, tan pálida y tan ausente, que le dolió el corazón.

—La han sedado, pero se nota que el dolor es bestial. Se queja en sueños. Estamos a punto de llegar al hospital… ¿Te llamo luego?

—*No hace falta que me llames. Acabo de hablar con Tom y vamos de camino. Nos veremos allí en diez o quince minutos. Tú, mantén la calma y acompáñala todo lo que te permitan. Que estés tranquilo es crucial ahora. ¿De acuerdo, hijo?*

Ken asintió repetidas veces con la cabeza, agradecido de que Robert estuviera en Nashville, con él.

—Sí, papá. Gracias. Nos vemos en un rato… —Entonces, reparó en su ropa manchada—. Una cosa más. ¿Podrías traerme un pantalón y una camisa? Parece que la rodilla me la hubiera roto yo…

—*Claro. Pasaremos por casa y te llevaremos ropa limpia. No queremos espantar a la chica de tus sueños con un traje digno de Halloween, ¿verdad?* —se permitió bromear Robert.

La inquietud era patente en la voz de su padre. A pesar de su talante resolutivo y su apariencia de estar siempre en control de la situación, Ken sabía que Robert estaba preocupado por partida doble; por él y por Chris.

—¡Por Dios, no! No queremos —concedió, siguiéndole la broma.

TAL Y COMO TOM LE había advertido, Ken no logró pasar inadvertido por mucho tiempo. De hecho, uno de los enfermeros que acompañaba a Chris en la ambulancia ya le había pedido un autógrafo para su hija. Le había parecido una petición fuera de lugar, dadas las circunstancias, pero la había complacido por quitar el asunto de en medio.

La ambulancia había accedido hasta la puerta de las urgencias donde tres médicos los estaban esperando.

—Esperen —pidió Ken, haciéndose un hueco entre los sanitarios que guiaban la camilla hacia el interior del edificio.

Ellos no se detuvieron. La llegada de una enfermera, con un mensaje para uno de los médicos, le concedió la pausa que necesitaba. Ken tomó la mano de Chris, la apretó amorosamente y se inclinó a hablarle al oído:

—Estaré aquí, esperándote, cuando salgas del quirófano, Chris. Estaré aquí para ti, *siempre*.

Deseaba besarla, igual que lo había deseado desde el primer día, y titubeó entre dejarse llevar o no hacerlo. Dado que ella no sería consciente de lo que él hiciera, decidió posponerlo hasta que el beso pudiera ser correspondido y se contentó volviendo a dejar que sus labios le acariciaran la frente.

Los camilleros se alejaron y Ken permaneció donde estaba, viendo cómo se marchaban. Tan confuso y preocupado por aquel día de locos que aún no había terminado. ¿Cuántos más disgustos le depararía antes de que hubiera llegado la medianoche?

Tenía que centrarse, se dijo. El enfermero que le había pedido un autógrafo, le había entregado los efectos personales de Chris: su bolso, su reloj y el móvil, que llevaba en un bolsillo. Le había indicado que debía formalizar el ingreso de la paciente en el mostrador correspondiente.

—Disculpe, señor —oyó que alguien le decía.

Cuando volvió la cabeza, se encontró una grabadora frente a él y el foco de una cámara. En un minuto, había una docena más.

—Señor Bryan, ¿quién es la mujer de la camilla? ¿Es la joven de las fotos que difundió *Gossip* la semana pasada?

—¿Mantienen una relación? —quiso saber otro.

—¿Es la misma de las fotos del aparcamiento? ¿Qué puede contarnos de ella? —preguntó un tercero, esta vez, del sexo femenino.

Las preguntas se sucedían sin tregua y cuando Ken quiso darse cuenta se había formado un remolino de gente en torno a él. Entre curiosos y reporteros, había una treintena de personas.

—El señor Bryan no responderá ninguna pregunta en estos momentos —dijo Shane, apartando cámaras y micrófonos—. Abran paso, por favor.

En un instante, Ken se vio rodeado por otra clase de gente: Shane y tres de sus hombres lo estaban alejando del tumulto.

—Siempre a tiempo. Gracias, tío —suspiró Ken—. Me han dicho que formalice el ingreso de Chris.

—Tu familia está a punto de llegar —repuso él—. Sería mejor que se ocuparan ellos, ¿no?

Ken asintió.

—Sí, tienes razón. Se lo diré a mi padre.

En aquel momento, Bella alcanzó al grupo. Tocó el hombro de Shane y al verla, él se hizo a un lado.

—Ya estoy aquí —dijo ella cuando ya estaba junto a su ídolo.

El gesto de agradecimiento de Ken al verla, fue tal que ella esbozó una sonrisa cómica.

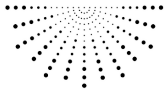
—¿Qué pasa? ¿Se me ha corrido el maquillaje o algo?

Ken no sabía muy bien qué responder. En su vida, había gente a quien siempre se alegraba de volver a ver. Eran personas con las que tenía una historia común y, aunque sus caminos se hubieran separado, seguía unido a ellas por un sentimiento profundo, perdurable. Lo que le sucedía con Bella era distinto. La conocía de hacía bien poco, y apenas sabía de su vida. Sin embargo, con su forma de ser había conseguido hacerse un lugar entre sus personas de confianza. Su alegría innata y su talante siempre positivo resultaban contagiosos. Especialmente, aquel día, se sentía agradecido de tenerla cerca. Necesitaba todo el optimismo del que pudiera rodearse.

—Nada —repuso con simplicidad—. Es solo que me alegro de verte.

La sonrisa que brilló en el rostro de la presidenta de su club de *fans* le informó que había acertado de lleno con su respuesta.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



Dottie escuchó que Lilly salía del baño y se preparó para lo que estaba por venir. Su sobrina menor venía hablándole al resto de los habitantes en voz alta, repartiendo risas y buen humor por doquier. Uno de dichos habitantes era un cachorro de Husky de tres meses de edad, que la acompañaba dando aullidos. El otro estaba sentado en el salón, buscando la forma de suavizar la malísima noticia que estaba a punto de darle, por el momento, sin conseguirlo.

—Por poco me convierto en árbol y las ondas no están del todo simétricas, pero teniendo en cuenta que lo he hecho con una sola mano y encima la izquierda… ¡Eh, no está nada mal!

El aullido del cachorro, que Lilly decidió tomar como una muestra de ánimo por su parte, resonó en la casa. A continuación, lo hicieron las risas divertidas de Lilly.

—¡Claro que sí! ¿Lo ves? ¡Hasta Sultán piensa lo mismo!

Un nuevo aullido, esta vez más prolongado, dio lugar a una pequeña conversación entre la joven y el perrito. Una conversación perruna.

—¡Auuuuuuuuuuuuu, auuuuuuuuuuuuu! —imitó Lilly al cachorro de Husky, a lo que él respondió con uno de sus simulacros de ladrido, seguido de un gran aullido que su humana celebró de inmediato— ¡Pero si ya eres un perrito muy grande! ¡Mira qué aullidos! ¡Muy bien, Sultán!

Cachorro y humana llegaron al fin al salón, donde estaba Dottie. La joven enseguida se percató de la seriedad de su tía. La atribuyó a la razón del día: el intempestivo viaje de Chris a Nashville, de modo que no le dio importancia. A ella le parecía una decisión fenomenal. ¡Al fin, algo se movía entre su hermana y la estrella del country!

—Oye, no espero que te pongas mallas de animadora y empieces a hacer cabriolas en el salón, pero un poquito más de emoción… ¡Que me he arreglado el pelo con un solo brazo, mujer! ¡Llevo una hora metida en el baño! —se echó a reír al decir—: ¡voy a necesitar un cabestrillo también para el brazo izquierdo!

Dottie se las ingenió para ofrecerle una sonrisa cómica.

—Me gusta cómo ha quedado tu peinado. Estás guapísima, sobrina —concedió.

Lilly sonrió complacida y fue a sentarse frente a Dottie, en el sillón.

—Gracias. Eso ha estado muchíííísimo mejor. Y ahora, cuéntame, ¿por qué tienes cara de «no sé cómo voy a decírselo a Lilly»?

La joven bromeaba, sin saber que acababa de dar en el clavo. Su espontaneidad y sus ocurrencias siempre conseguían robarle una sonrisa. Esta vez, no fue diferente.

—¿Esa es la cara que tengo?

Lilly asintió enfáticamente. Sus ojos verdes rebosaban picardía.

Sultán se subió al sillón de un salto, y empezó a lamer la cara de Lilly, provocando un momento tierno entre los dos, que retrasó unos minutos más la conversación entre tía y sobrina.

—Sí, sí… Muchos besos ahora, pero en cuanto nos descuidamos, vas y haces una travesura —lo regañó al tiempo que sostenía el morro del cachorro con su mano sana, como si pretendiera mantener con él una conversación cara a cara—. Te has comido la azalea de Chris. ¿Has pensado en lo que vas a decirle cuando vuelva? Alguna explicación tendrás que darle. Y ya te digo, desde ahora, que se va a enfadar.

Al ver que las orejas del cachorro se achataban contra su cabeza, la ternura pudo con Lilly y lo estrujó contra su pecho, al tiempo que lo animaba, diciendo:

—¡Que nooo, que es una broma, Sultán! ¡Chris es más buena que el pan! Puede que te gruña un poquito, pero nada más… ¿Sabes cuál es la mejor forma de que *no* te gruña? ¡Que dejes de comerte nuestras cosas, perrito desastre!

Todavía riendo, Lilly empujó al cachorro con suavidad hasta que este saltó al suelo. Fue al incorporarse, cuando notó que la expresión de su tía continuaba mostrando signos de preocupación.

—¿Vas a decírmelo o tendré que torturarte? —bromeó.

Dottie exhaló un suspiro. Al fin, asintió con la cabeza.

—¿Y…? —insistió, impaciente, Lilly al comprobar que su tía demoraba un segundo más de lo previsto en responder.

No había paños fríos posibles, decidió la sexagenaria.

—Tu hermana se ha caído. Se ha fastidiado la rodilla mala. Ken la ha llevado al hospital —explicó, sucintamente. Vio cómo aquel rostro juvenil pasaba de la gracia a la sorpresa, y de esta, al miedo.

Durante un instante, Lilly se quedó en blanco. Sin saber qué decir o qué hacer. Al siguiente, se levantó del sillón y, para asombro de Dottie, puso rumbo a su dormitorio al tiempo que decía:

—Me voy a Nashville. Te quedas a cargo de la casa y de Sultán. Y no se te ocurra ponerte a discutir conmigo. ¡No tengo tiempo para discusiones!

DOTTIE NO TENÍA intenciones de discutir con Lilly. En su fuero interno, habría preferido que se quedara en casa, continuara con el tratamiento y con las revisiones médicas. Era lo que Chris habría querido. Sin embargo, era plenamente consciente de que esperar que Lilly no saliera corriendo a reunirse con su hermana, dondequiera que ella estuviera, era pedir un imposible. De modo que, la dejó hacer, no sin cierto asombro al comprobar cuánto había madurado la muchacha desde su propio accidente. Estaba pensando en cosas en las que ni siquiera ella, probablemente, habría reparado. Como por ejemplo; llevar una maleta con ropa para Chris. Sin embargo, allí estaba su sobrina veinteañera, con su brazo derecho en cabestrillo, de pie frente al armario de su hermana, escogiendo prendas y calzado, que luego dejaba sobre la cama.

—¿Vas a decirme cómo está? ¿O voy a tener que esperar a llegar allí para enterarme? —la oyó preguntar.

Lilly no esperó a oír una respuesta para continuar. Se volvió a mirar a Dottie. Había recriminación en sus ojos.

—¿No crees que ya va siendo hora de que dejes de intentar protegerme de las crudezas de la

vida? No soy una niña, tía. Ya está bien de confundir mi facilidad para reírme con inmadurez. No son la misma cosa.

Dottie avanzó hacia Lilly. Le pasó un brazo alrededor de los hombros, evitando su cabestrillo. La muchacha respondió al cariño de su tía, reconfortada por un abrazo que necesitaba tanto como respirar en aquellos momentos.

—Perdóname, cariño. No es que intente protegerte, es que me he quedado… —Suspiró sin completar la frase—. Esto ha sido de lo más inesperado. Todavía me estoy reponiendo de la sorpresa. A ver, no sé gran cosa… Ken me llamó desde el hospital. Acababan de llegar. La conversación fue corta porque los médicos querían hablar con él. Me dijo que Chris había sufrido una caída y que la rodilla se había llevado la peor parte.

Lilly sacudió la cabeza angustiada. Dottie sabía el porqué. Tras el accidente en Tanzania, los médicos habían conseguido estabilizar la articulación. Los trabajos de campo y toda tarea que conllevara un uso intenso de la misma, quedaban descartados, pero, con cuidados y la correspondiente rehabilitación, creían que Chris podía llevar una vida relativamente normal. Una nueva lesión daba al traste con toda esperanza de normalidad.

Inesperadamente, la muchacha se recompuso con rapidez.

—Vale, ya está bien de lamentaciones. Esta es la baraja que nos ha tocado y vamos a jugar nuestras cartas con la mayor inteligencia posible. Tengo que irme de una vez, Dottie. ¿Me ayudas con la maleta?

La sexagenaria asintió, satisfecha.

—Tu hermana estaría orgullosa de oírte…

—Ya. Pero no está aquí, ¿verdad? Está en un hospital de otro país, sin ti y sin mí, muerta de dolor y de preocupación…

Era una mierda. Una enorme injusticia. A Lilly le partía el corazón que Chris tuviera que pasar por tantas penurias. ¿Acaso no había pasado bastantes ya, ayudando a otras personas a tener una vida mejor?

Apretó los párpados y se obligó a apartar esos pensamientos de su mente. Su hermana tenía razón; no la ayudarían en absoluto.

CONSEGUIR QUE LILLY VOLARA A NASHVILLE, con su hermana, no había resultado ser una tarea fácil. Su cabestrillo había alertado a la empresa de aviación y le habían requerido un certificado médico que acreditara que estaba en condiciones de volar.

De nada habían servido los ruegos de Lilly. Tampoco sus explicaciones ni, mucho menos, su enfado, cuando ya agotada su paciencia, la empleada del mostrador continuaba negándose a venderle un pasaje.

Gracias a las relaciones y contactos forjados a lo largo de sus años de trabajo para la administración pública, Dottie había conseguido que su médico de cabecera se hiciera cargo de la rehabilitación de Lilly. Sus sobrinas habían pasado tanto tiempo fuera del país, que no habían pisado una consulta médica canadiense. Tenía una buena relación con el hombre, que ya estaba a punto de jubilarse, y sabía que no pondría impedimentos a extender el certificado. Lo difícil, sería dar con él un domingo por la tarde. Además, por supuesto, de tener que hacerlo con un cachorro travieso, aullándole al oído.

En aquel momento, Dottie se acordó de Jamie.

Jamie, por Dios. No lo había llamado para contarle la caída de Chris. Sacudió la cabeza al caer en la cuenta de que, probablemente, él ni siquiera supiera que aquella mañana su amiga se había marchado a Estados Unidos.

Regresó al salón por su móvil y marcó su número. Él la atendió enseguida. Se oía bullicio de fondo.

—*Hola, Dottie. ¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas por ahí?* —lo oyó decir.

—Bueno, aquí vamos… ¿Dónde estás? Hay mucho ruido…

—*Sí, sí… Hay mucho jaleo. Estoy en casa de Michelle. Sus padres han organizado una barbacoa y media ciudad está aquí… ¿Y Chris, está más calmada o sigue odiándote a muerte?*

Seguía odiándola. A la manera de Chris, claro, que era alguien incapaz de odiar a nadie. Pero sí, las cosas seguían muy tensas entre ellas. Sin embargo, enseguida cayó en la cuenta de algo que había dicho Jamie.

Dottie se mordió los labios. Michelle, pensó. La eterna enamorada de Jamie. Qué injusto era el amor. La treintañera llevaba tantos años bebiendo los vientos por Jamie, como los que él llevaba pendiente de Chris. Los tres se conocían desde la adolescencia, solo que la vena solidaria de Michelle no estaba tan desarrollada y pronto, había dirigido su interés hacia el negocio familiar. Ahora, que los sentimientos de Chris por otro hombre eran tan reales, que hasta ella misma los reconocía, quizás Jamie pudiera hallar consuelo en los brazos de alguien que siempre lo había querido. Pero no sería aquella tarde, decidió.

—Tengo una emergencia y necesito que me ayudes. ¿Puedes venir a casa… *ya*?

Se hizo un silencio.

—*¿Chris está bien?* —volvió a decir Jamie.

Dottie respiró hondo y exhaló el aire en un suspiro irritado.

—No, Jamie. Se ha caído y su rodilla ha dicho basta.

—*¿Cómo que se ha caído? ¿Así, sin más? ¿Cómo puede ser? Desde su accidente en Tanzania, es muy cuidadosa con esa pierna…*

De no haber estado tan nerviosa, Dottie habría reparado en que lo dicho por Jamie era algo razonable, un dato a tener en cuenta. Pero lo estaba. Nerviosa y muy preocupada. Tanto que al hablar con Ken, ni siquiera se le había ocurrido preguntar cómo había sucedido la caída.

—Jamie, no tengo tiempo de explicarte ahora. ¿Puedes venir o no?

—*Voy para allá* —sentenció él.

HABÍAN DADO con el médico en un campo de golf. Lo habían acompañado a su consulta y en menos de una hora, Dottie tenía el deseado certificado en su poder.

Jamie se había quedado en su coche, cuidando de Sultán. El cachorro se había dado cuenta de que algo sucedía y estaba muy inquieto. No dejaba de aullar y saltar en el asiento de atrás, todo lo que le permitía la correa que sujetaba su arnés al cinturón de seguridad. Jamie lo soportaba con estoicismo. En realidad, de no ser quien era y no estar obligado a guardar la compostura, estaría como el cachorro; revolviéndose presa de la inquietud.

Enterarse de que Chris había viajado a Nashville había sido un cubo de agua fría para él. No tanto por lo intempestiva de su decisión, —estaba acostumbrado, puesto que así era ella, una

mujer de armas tomar—, como por lo que implicaba. Nashville era sinónimo de Ken Bryan. Si ella no había conseguido librarse de su embrujo estando a mil doscientos kilómetros, ¿qué sucedería cuando volviera a tenerlo a la distancia de un beso? Probablemente, jamás regresara a Toronto. Jamie suspiró. No había contado con perderla tan pronto. Necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea de seguir con su vida, sin Chris.

Necesitaba tiempo para averiguar si era capaz de hacerlo.

Obviamente, no lo tendría.

La llegada de Dottie con el certificado lo sacó de sus pensamientos.

—¡Por amor de Dios, Sultán! ¡Calla de una vez! ¡Vas a volvernos locos! —Miró a Jamie—. Un favor más, y te dejo seguir disfrutando del domingo. ¿Me llevas al aeropuerto? Lilly está esperando este certificado…

Jamie volvió la vista al frente y consideró sus alternativas. Desde que se había enterado de que Chris estaba en un hospital, su mente se había cerrado a toda posibilidad de albergar otra clase de pensamientos más que preocupación por ella. Y desde que sabía que ese hospital estaba en Nashville, tenía la certeza de que no conseguiría dejar de respirar con la mitad de los pulmones hasta que comprobara, con sus propios ojos, en qué situación estaba la relación entre su amiga y el *guaperas*. Si no lo hacía, la incertidumbre acabaría con él. De modo que, solo tenía una alternativa.

—Te llevo a casa, Dottie. Iré yo. Y de paso, viajaré con Lilly a Nashville. Seguro que la pobre estará hecha un manojo de nervios.

Dottie apretó su mano con cariño.

—Eres un gran chico, ¿lo sabías?

Jamie la miró de reojo.

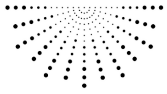
—Hace años que dejé de ser *ese chico* que se comía todas tus galletas.

—Para mí, no, cariño. Nunca dejarás de ser ese chico para mí. Ni dejarás de ocupar el lugar que siempre has ocupado en mi corazón. Ojalá… —Dottie hizo un gesto triste, y no completó la frase.

No era necesario hacerlo.

Ambos sabían cómo acababa.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



Ken había movido su silla lo más cerca posible a la cama donde Chris continuaba bajo los efectos de la sedación. La habían vestido con un camisón celeste de mangas cortas y sus brazos estaban por encima de las sábanas. En uno de ellos, le habían colocado una vía intravenosa. Sus mejillas habían recuperado parte de su color habitual, pero estaba un poco ojerosa. Su largo cabello castaño rojizo cubría parte de la almohada y llevaba llamándolo cada vez con más fuerza. Se moría por acariciarlo… Tenía la sensación de que llevaba media vida allí, mirándola, mientras sostenía una de sus manos. Por supuesto, era su ansiedad la que estaba midiendo el tiempo. Su necesidad de volver a verla consciente y comprobar, con sus propios ojos, que estaba tan bien, como los médicos le habían asegurado.

Debido, principalmente, a la lesión preexistente de su rodilla, había sido necesario hacerle un reemplazo total de la articulación. La intervención quirúrgica había ido según lo previsto y el pronóstico era muy bueno. Le habían asegurado que ella podría volver a su vida normal en dos o tres meses, dependiendo de su evolución particular. Esta vez, la normalidad era normal de verdad, e incluía dejar de necesitar un bastón para poder andar. Ken había sido muy específico a la hora de interrogar a los médicos y, para su sorpresa, estos le habían asegurado que Chris podía, incluso, regresar al trabajo de campo en su organización, si así lo deseaba. Por lo pronto, debía permanecer en el hospital durante los próximos cinco o seis días.

También era consciente de que sentía más necesidades. Estaban removiéndolo por dentro. Contribuyendo a que la ansiedad no le diera tregua alguna. Se estiró a coger su botella de agua y, después de beber el contenido que le quedaba, la tiró a la papelera. Era la quinta que liquidaba desde que había puesto un pie en el hospital. La lucha contra esa parte de sí mismo, que seguía necesitando dar un buen lingotazo de cualquier bebida con un grado alcohólico volumétrico superior al 15%, —preferentemente, en torno al 40%—, estaba resultando titánica aquel día. Había tantas cosas dando vueltas por su cabeza, manteniendo su alma en vilo…

Chris estaba al fin en Nashville y allí se quedaría, al menos, durante los próximos cinco días. Cinco días, pensó. Cinco días para demostrarle sin margen de error que ese era su lugar en el mundo, junto a él. Cinco días para ser más convincente y más poderoso que el miedo que la había llevado a huir, como un conejillo asustado. Cinco días para que ella lo viera tan claro, que tomara la que posiblemente sería la decisión más trascendental de su existencia; confiar en él y aceptar, a falta de que el tiempo se lo demostrara, que su destino era estar juntos.

Cinco días. Suspiró. No era así como habría querido que sucedieran las cosas, pero se sentía agradecido de que la vida le estuviera dando la oportunidad de volver a jugar sus cartas. Esta vez, no habría errores.

Esta vez, no fallaría.

Y tendría que jugarlas muy bien…

Asintió con la cabeza.

Ahora sabía que se enfrentaba a una razón poderosa. Ignoraba cuál, de modo que iba a ciegas. Probablemente, pasaría mucho tiempo antes de que supiera a qué se enfrentaba. Quizás, incluso, nunca llegara a saberlo.

La pregunta surgió con claridad. ¿Era capaz de permanecer junto a Chris, de implicarse en una relación profunda e intensa, y sortear los inevitables obstáculos que encontrarían en su camino, aunque ella nunca llegara a estar preparada para hablarle de eso que había marcado su vida de forma tan drástica, *que la seguía marcando*? ¿Podría entregarse a Chris en cuerpo y alma, sin que ese secreto empañara la relación y acabara mellando su propia confianza en ella?

La respuesta también surgió clara, cristalina: sí. Sin dudas, sin peros, sin matices. Un absoluto y definitivo sí.

No, pensó, no iba tan a ciegas. Su mente regresó a lo hablado en la sala de reuniones aquel día, a algo que había dicho ella:

«Lo peor es que convertirme en la comidilla de todo el mundo, no es lo único que esa mujer pretende hacer».

Esa había sido la primera pista real que él había tenido de que, de alguna forma, Chris creía que Sandy suponía una amenaza real para ella. La definitiva había llegado poco después:

«Si nadie consigue detener a esa mujer, no habrá dinero en el mundo que compense el daño que me infligirá. No quiero dinero, señor Rafferty. Ni acuerdos provechosos, ni notoriedad de ninguna clase. No quiero llevar a esa mujer a juicio. Lo que quiero es que pare, y nos deje a mí y a mi familia en paz».

Le había desconcertado que Chris no se hubiera referido solo a ella, sino también a su familia. No había sido una forma de hablar. Lo que fuera que hubiera sucedido, suponía un peligro para su familia. En otras palabras; de alguna forma, estaba relacionado con las únicas dos personas que componían su pequeño núcleo familiar. Desde entonces, su cabeza no había dejado de intentar montar el puzle. Era obvio que aún le faltaban piezas.

Se había enterado por Dottie de la existencia de aquel sobre anónimo que le habían dejado en la recepción del aparthotel. Sin embargo, la información motivo de la amenaza, no tenía que ver con ella, sino con él. Por otro lado, de su conversación con la tía de Chris había sacado en claro que era miedo la razón de que ella se hubiera marchado de esa forma. Un miedo que tenía que ver con su propio pasado, con algo que había sucedido en su vida. Algo de lo que Dottie había dejado claro que no podía hablar. Lo había dicho con todas las palabras. Pregunta: «¿por qué no puede ayudarme?» Respuesta tajante: «porque no puedo».

No era por las fotos del semanario *Gossip* que Chris había manifestado sus ardientes deseos de «agarrar a esa mujer a bastonazos». Algo que, de todas formas, casi había acabado haciendo, puesto que, por lo visto, había sido su bastón lo que había conseguido, finalmente, detener a Sandy.

El sonido del móvil vibrando en el bolsillo de sus pantalones interrumpió los pensamientos de Ken. Era Bella.

—¿Todavía por aquí? Tu novio va a enviar a un grupo de matones a darme una paliza —se le adelantó, hablando en voz baja.

Oyó su risa divertida y sonrió. Bella siempre conseguía cambiar su humor. Hasta conseguía cambiar el de Tom, que ya era decir.

—Tranquilo. Es médico, entiende de necesidades humanas. Y si hay un día en el que tú necesitas a todos tus generales al pie del cañón, es hoy. ¿Qué tal Chris?

—Sigue dormida.

—Genial, así, cuando despierte, se llevará una sorpresa. Su hermana está aquí. Ha venido con un tal Jamie. ¿Lo conoces?

Sí, tenía el disgusto. Su presencia también explicaba que Lilly no hubiera llamado al llegar al aeropuerto, como él le había pedido que hiciera. Ken se obligó a apartar al amigo de Chris de su mente y centrarse en lo importante.

—¿Ya ha llegado? Fenomenal. ¿La acompañas hasta aquí? Saldré para que ella pueda ver a Chris. Seguro que los nervios la están volviendo loca. Son como siamesas.

Bella rio. Así era. La veinteañera hermana de Chris no paraba de hablar ni de moverse. Parecía que tenía hormigas por el cuerpo.

—Ah, bueno, pensé que eran locuras mías. Enseguida, vamos. —Tras una pausa, añadió—: *¿y el tal Jamie…? ¿Subo con él también?*

«¿Y si, mejor, lo encierras en la oficina de suministros y escondes la llave?», pensó Ken. Definitivamente, no estaba de humor para soportar memeces y, según su experiencia con «el tal Jamie», el tipo era un memo con eme mayúscula.

—Por favor, pídele a mi padre o a mis hermanos que se ocupen de él. Aquí solo puede haber una persona. En cuanto salga Lilly, podrá entrar él.

—De acuerdo. Me las arreglaré para que no tengas que verle la cara hasta dentro de un buen rato. —Su voz rezumó picardía.

—Eres asombrosa. Las cazas al vuelo.

Ella volvió a reír.

—De nada —se despidió.

—Bella, espera…

Y sin ser consciente de ello, Ken volvió a hacer una de esas cosas que, a ojos de quienes lo conocían, lo convertían en alguien radicalmente diferente de la estrella que arrasaba en los festivales de música.

—Gracias por ser uno de mis generales. Valoro muchísimo todo lo que haces por mí, ¿lo sabes, verdad?

—Serás tonto… —oyó que ella le decía antes de colgar.

En la planta baja, Bella tuvo la súbita necesidad de quitarse una basurilla de los ojos.

KEN SE QUEDÓ MUY QUIETO. Juraría que había oído algo. Miró a Chris. Ella seguía con los ojos cerrados. ¿Habían sido imaginaciones suyas?

Probablemente, sí. Desde que la había visto tirada en el suelo, sus niveles de cordura

descendían a preocupante velocidad.

Volvió a guardar su móvil en el bolsillo. Abrió su sexta botella de agua mineral y bebió a morro un buen trago. Cuando lo hacía, volvió a oír la voz de Chris:

—¿Qué dices de los generales…?

Ken soltó un suspiro aliviado. Se levantó de la silla y se apoyó con ambas manos sobre la cama, una a cada lado de Chris. Se inclinó un poco. El impulso había sido besarla —mejor dicho, comérsela a besos—, pero se detuvo a tiempo.

—Hablaba con Bella. No me hagas caso. Nuestras conversaciones siempre son bastante delirantes. Hola, preciosa… Bienvenida de vuelta… —Se rio de sí mismo—. Esto es increíble, ¿sabes? Llevo horas, loco de ansiedad por verte abrir los ojos y hablarme… Y ahora, no me salen las palabras…

Chris intentó moverse. El dolor la convenció de que era mejor quedarse como estaba. Abrió los ojos e intentó enfocar. Su voz sonó todavía pesada cuando volvió a hablar.

—En estos casos, uno suele preguntar «¿cómo estás?» —Hizo una pausa para tragar y después, añadió—: es la más estúpida de las preguntas estúpidas. Por favor, no la hagas.

Ken sonrió.

—Te duele todo, ¿a que sí?

Le dolía todo, excepto lo que siempre le dolía; la rodilla. Se preguntó si la razón era que ya no la tenía. Su cerebro, todavía a medio rendimiento, enseguida desvió su atención a otra cosa; Ken se había cambiado. ¿Dónde estaba su fabulosa camisa blanca? Ahora vestía una camiseta negra y unos vaqueros, desgastados a la piedra, que eran casi blancos. ¿Era su ropa para ir al hospital?

Mierda. Estoy desvariando.

Ken la vio asentir con la cabeza despacio, como si moverla supusiera un esfuerzo infinito. Una de sus manos fue directo a acariciarla. Nuevamente, logró parar a tiempo. En vez de hacer lo que se moría por hacer, le apartó un mechón imaginario de la frente.

—¿Tienes sed?

—Sí —Más que sed, sentía resecas la boca y la garganta.

Ken se puso manos a la obra. Cogió el gran vaso de plástico con medio litro de capacidad que una enfermera le había entregado hacía un buen rato. Estaba lleno de agua y cubierto con una tapa que cerraba a rosca, de cuyo centro emergía una pajita. A continuación, ayudó a Chris a incorporarse. Ella bebió un poco. Se detuvo un instante para descansar y luego continuó bebiendo más despacio.

Y durante todo el tiempo, Ken no dejó de seguir atentamente cada uno de sus movimientos. Ni de sentirse agradecido por poder estar allí, junto a ella. Por poder verla, tocarla, sentirla…

—¿Más?

Ella negó con un gesto y volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

A Ken le pareció que el esfuerzo de beber la había dejado exhausta. Sin embargo, un instante después, ella volvió a hablar:

—De acuerdo —murmuró—. Dame el parte médico…

Ken dejó el vaso en la mesa auxiliar. Se sentó sobre la cama, a su lado, con cuidado de no molestarla.

—Según los médicos, estás estupenda.

Había sonado deliberadamente simple. El pronóstico era muy bueno y quería que Chris se centrara en eso. Ya tendría tiempo de preocuparse de todos los asuntos derivados de su operación

de rodilla.

Ella no lo tomó de esa manera. Le pidió con la mirada que se dejara de bromas. Ya era bastante duro regresar a Nashville y acabar ingresando en un hospital el mismo día. A juzgar por cómo se sentía, era imposible que los médicos hubieran dicho que «estaba estupenda».

—Es la verdad, Chris —insistió él—. La operación fue según lo previsto, tienes una rodilla nueva y, en dos o tres meses, podrás volver a hacer vida normal. Han dicho que, si quieres, puedes volver a hacer trabajo de campo para OXFAM.

Chris, que había escuchado su explicación con preocupación y ansiedad, no había esperado semejante respuesta. Su cerebro tardó unos instantes en hacer las asociaciones oportunas.

—¿Rodilla nueva, has dicho?

Ken asintió varias veces con la cabeza.

—¿Cómo…? ¿Hoy entro en un hospital de Nashville y mañana me voy a casa con una rodilla nueva? ¿Me tomas el pelo? —Exhaló un suspiro y añadió—: ¿sabes cuánto cobran las modelos de talla grande? Mi sueldo no da para rodillas nuevas…

Qué mujer más alucinante.

A Ken lo invadió la ternura. Le dieron unas ganas tremendas de abrazarla fuerte y reírse a carcajadas. Todo al mismo tiempo. De hecho, no pudo evitar emitir una risita. Otra prueba más de la locura que ella le inspiraba.

—Sin intención de convencerte de que cambies de profesión, te diré que te forrarías.

Había sido breve y conciso. Sus palabras, en sí, parecían inofensivas. Había sido el tono de su voz, lo que había marcado la diferencia.

La pareja intercambió miradas significativas por primera vez desde que Chris había salido de la sedación. La de él, como siempre, era amorosa. La de ella tenía un punto burlón.

—Háblame de mi rodilla —le pidió. En su caso, también fue el tono de voz lo que marcó la diferencia. Sonó como si le hubiera dicho «Háblame de mi rodilla y deja de flirtear, listillo».

Él acusó recibo de lo que ella *no* le había dicho, con un guiño cargado de picardía.

—Es de titanio —le explicó—. Me lo consultaron. Había otras opciones, pero yo elegí esa. Cuando lo de mi padre, pasé mucho tiempo en salas de espera, escuchando conversaciones variadas. Todo el mundo dice que son las que dan mejores resultados. Te hicieron las pruebas de alergia, tranquila, y dieron negativo.

¿Sería la sedación lo que le ponía el cerebro tan blandito? Podría quedarse el resto de su vida escuchando esa voz… Perdiéndose en esos ojos preciosos que la miraban como si estuvieran contemplando a una diosa del Olimpo, y no al adefesio que había salido del quirófano con una prótesis por rodilla. Suspiró. Tenía veintiocho años. ¿Cuántas articulaciones propias conservaría cuando cumpliera los setenta?

—¿Así, sin más? ¿En plan, esta mujer tiene la rodilla hecha polvo, ¡no pasa nada; le ponemos otra nueva, y listo!?

Él le dedicó una mirada cargada de ternura. Se encogió de hombros.

—Lo de que estás estupenda, iba en serio, Chris. Los médicos están muy satisfechos. Uno de ellos comentó que la lesión original no se había curado bien, que tenía que provocarte mucho dolor. La prótesis cambiará esto radicalmente. Dijeron que, en el 90% de los casos, el dolor casi desaparece. Mejorará mucho tu calidad de vida. Eso sí, tendrás que hacer rehabilitación y no va a ser ninguna tontería. Me han mostrado el programa y es muy minucioso. Pero te olvidarás del bastón y de buena parte del dolor.

«Con que me duela la mitad, tengo bastante», pensó Chris. Prefería no hacerse demasiadas

ilusiones de antemano. Ya tendría tiempo de alegrarse cuando comprobara que la reducción del dolor era real. Sin embargo, en aquellos momentos, había otra cosa que le estaba aguijoneando.

—Oye, ¿cómo es que los médicos te han consultado a ti por mi rodilla y te han dado información tan detallada? ¿No está eso reservado al familiar más próximo?

No era un familiar, pero estaba autorizado por alguien que sí lo era para tratar con los médicos y tomar las decisiones que resultaran necesarias. Por ahora, no se lo diría. Ya habría tiempo para eso. Ahora, lo que pensaba hacer era aprovecharse de las circunstancias para anotar un tanto.

Ken hizo un gesto dudoso con la boca y, al fin, dijo:

—¿Porque soy Ken Bryan?

Y, esta vez, lo consiguió.

Vio que ella lo miraba con esos ojos alucinantemente hermosos que tenía, y se reía.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

La risa de Chris había sido un retorno a la forma tan especial de comunicación que, desde el principio, había tenido con él, pero apenas había durado unos instantes. Enseguida, su cerebro había tomado contacto con esa otra realidad de la que, hasta el momento, no se había percatado; ¿qué había de su familia y de su trabajo? Una rodilla nueva suponía cinco días de hospitalización y de dos a tres meses de rehabilitación. Y ahora, estaba en Nashville, no en Toronto.

Volvió a mirar a Ken, alarmada.

—A Lilly le va a dar un ataque cuando se entere. Querrá venir y Dottie no va a poder retenerla… Madre mía… ¡Sultán! ¿Qué va a ser del pobrecillo? ¡Dottie me va a matar, si tiene que ocuparse del cachorro! Tengo que llamar a casa. ¿Dónde está mi bolso? ¿Y mi móvil?

Su preocupación había crecido con cada palabra que había pronunciado y, con la última, había intentado incorporarse, apoyándose sobre los codos. El dolor la había devuelto a la posición original con un bufido de frustración.

Ken no deseaba estropear la sorpresa. Pero tampoco podía permitir que la preocupación de Chris se desbordara.

—Calma, preciosa. Tienes una vía en el brazo y una pierna inmóvil, ¿recuerdas? —Estaba sentado junto a ella, sobre la cama, y se estiró a coger el bolso del borde de la silla donde lo había colgado. Se lo entregó—. Guardé el móvil en el bolsillo lateral.

Ella enseguida palpó, en busca del dispositivo. Él sacudió la cabeza, divertido.

—Dime una cosa, Chris, ¿qué crees que he estado haciendo mientras a ti te ponían una rodilla nueva?

Chris alzó la vista hasta él.

Las has llamado, por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a hacer un príncipe como tú?

La expresión de su rostro se tornó dulce como la miel. Sin embargo, cuando habló, sus palabras rebosaban burla, no dulzura.

—¿Organizar un revuelo entre las médicas y las enfermeras del hospital?

Intercambiaron miradas llenas de ternura.

Ken pensó que si él formaba parte de la ecuación, el revuelo era inevitable. Desde hacía dos días era, incluso, peor. Por lo visto, se debía a la confesión pública de sus adicciones. Según Bella, había tenido un doble efecto. Por un lado, le había conferido ese punto de «chico malo» que resultaba tan atractivo a un sector de la población femenina; por otro, que le hubiera plantado cara a sus demonios personales y les estuviera ganando la batalla, conectaba con un ideal humano, —el triunfo del bien sobre el mal—, reforzando su imagen de superhombre. Y era de sobra conocida la devoción de los norteamericanos por sus superhombres. A él se le escapaban

todas esas cuestiones. Le parecían una frivolidad. Se trataba de *sus* demonios, de *su* lucha, de *su vida*. Eso que la gente llamaba tan alegremente ser un «chico malo», conllevaba consecuencias que te cambiaban la vida de forma drástica e irreversible.

No sería precisamente él, quien abundara en el asunto «revuelo». Ken ignoró el comentario de Chris y fue al grano.

—Saben que estás aquí —le explicó—. No les he dicho lo que sucedió… No sabía qué querías compartir y qué no, así que me ceñí a lo básico. Te caíste y te hiciste daño en la rodilla mala.

Chris asintió con un gesto aprobatorio. Su decisión acerca de cuánto les contaría de lo sucedido, dependía de si su visita a la mansión Carrigton trascendía a los medios de comunicación o no. Ignoraba cuánta atención dedicaban estos al presidente de *Fox Music Entertainment*, pero la llegada de una ambulancia a las puertas de su mansión seguro que no había pasado inadvertida. Suspiró. Ya se ocuparía de los detalles en otro momento. Ahora, debía tranquilizar a su familia.

—Has hecho bien. Gracias, Ken. —Sacó el móvil del bolsillo de su bolso—. Las llamaré, seguro que están preocupadas.

En aquel momento, se oyeron tres golpes en la puerta. Las enfermeras no anunciaban su llegada; los médicos, menos aún. Chris dejó el móvil sobre su regazo y miró a Ken interrogante.

Él se incorporó y fue hasta la puerta. Asomó la cabeza al pasillo. Una veinteañera delgada y rubia, vestida de vaqueros, camiseta negra y deportivas, que llevaba un brazo en cabestrillo y se parecía muy poco a su hermana mayor, estaba de pie junto a Bella. Un poco más atrás estaba Shane, escaneando el pasillo en busca de posibles presencias no gratas. Ken enseguida se volvió a mirar a Chris.

—Creo que esto te va a encantar… —anunció. Acto seguido, abrió la puerta para dejarle ver quién estaba al otro lado.

A Chris se le iluminaron los ojos.

—¡Lilly! —exclamó.

La muchacha no se entretuvo en saludar. Pasó junto a Ken como si él no estuviera allí, y se dirigió a prisa hacia la cama.

—¡Ay, cari, qué susto! ¿Estás bien? ¿De veras? No se te ocurra mentirme, ¿eh?

—Sí, sí, no te preocupes, estoy bien… ¡Cuidado con el brazo! —le advirtió Chris. Se refería al cabestrillo de Lilly.

—¡Y con tu pierna! —se rio Lilly que, al fin, ante la imposibilidad de abrazar a su hermana, se contentó con coger su mano y apretarla cariñosamente.

La joven enseguida ocupó el lugar donde antes estaba Ken y se puso a conversar con su hermana, quien la atendía con total interés.

Ken sonrió satisfecho y aprovechó que las dos estaban enfrascadas en su conversación, para salir de la habitación sin que lo notaran.

UN MIEMBRO del equipo de seguridad de Ken se quedó junto a la puerta de la habitación de Chris mientras él, acompañado por Shane y Bella, se dirigió a la sala especial de la planta baja que el hospital, había habilitado para él y su familia.

Andaban a un ritmo ágil, marcado por Shane, con el propósito de evitar que alguien reconociera a Ken y lo abordara. También era una forma de disuadir al personal sanitario de la planta, que ya sabía que él estaba allí, de que se acercaran a pedirle un autógrafo o un selfi. Las miradas curiosas y el intercambio de cuchicheos no había forma de evitarlos. Ken era tan consciente de ellos, que podía decir cuándo sucedían, aunque llevaba una venda en los ojos y tapones en los oídos.

—¿Qué tal está Chris? —se interesó Bella.

Ken asintió con la cabeza anunciando una respuesta positiva.

—Bien, bien… Dolorida y, aunque no lo diga en voz alta, preocupada por lo que va a traer aparejado todo esto. Pero está muchísimo mejor de lo que yo esperaba.

—Es que los hombres sois unos exagerados para estas cosas. Siempre os imagináis un cuadro mucho más tremendo de lo que realmente es.

Ken intercambió miradas con Shane.

—¿La has oído? Nos llama exagerados. ¡Le asomaba el extremo de un hueso por la herida, Bella! Por poco me lo hago encima —soltó él, todo naturalidad.

Shane apenas pudo contener la risa. Sin ánimos de quitarle seriedad al asunto, pensó que habría pagado por poder ver, en la vida real, la imagen que apareció en su cabeza.

Bella ni siquiera intentó contenerla. Se rio de buena gana, y a continuación, siguió con el tema del que hablaban.

—¿Y qué va a decir tu jefe de seguridad? Es el más exagerado de todos —dijo, sin mirar a Shane, como si no acabara de provocarlo—. Me refiero a que Chris es una persona muy fuerte, con una poderosa capacidad de adaptación. Se ve a la legua que es una todoterreno. Aunque cuando la miras, tú sigas viendo a una porcelana china… —matizó con una sonrisa pícara—. Esa mujer es mucho más fuerte y adaptable que tú, él y yo, juntos. Estará perfectamente, Ken. No tengo ninguna duda de eso.

—Ha dicho, la que no es *nada* exagerada —apuntó Shane.

Ken y Bella lo miraron al unísono, pero él no se dio por aludido.

—¡Hombre, pero si no se te ha olvidado cómo hablar! —retrucó Bella, dando palmas.

A Ken le había sonado a una de sus típicas salidas divertidas, solo que con un punto inusual de retintín. Por no hablar de que su jefe de seguridad, el tipo más silencioso del planeta, acababa de hacer una broma. Porque había sido una broma, ¿no?

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó, mirando primero a una y después a otro.

Shane fue el primero en quitarle importancia con un gesto de la cabeza. Bella, simplemente, se rio y cambió de tema.

—Vamos, que tienes al tal Jamie nerviosito y creo que Jim está empezando a perder la paciencia.

Ken soltó una carcajada.

—¿Y desde cuándo Jim tiene una paciencia que perder, se puede saber? ¡Sería toda una novedad!

Ahora que había empezado a relajarse después de tantísima tensión, Ken se sentía mucho más propenso a la risa. Era como si su cuerpo buscara compensar el disgusto, a base de producir endorfinas a toda máquina. Y, habida cuenta de la inusual conversación que estaba manteniendo con Bella y Shane, estaba claro que a ellos les sucedía lo mismo.

CUANDO KEN ENTRÓ en la sala donde estaba su familia, la atención de todos se desvió hacia él. La última vez que había estado allí, no había tartas ni bebidas, solo tensión mal disimulada. Su tía Doreen no había tardado en hacer que trajeran todo lo que había preparado para la fiesta que, finalmente, había acabado por la vía rápida con aquel intruso, intentando acceder por la parte trasera del edificio.

Ahora, todos tenían algo en la mano y el ambiente era distendido, a pesar de lo que Bella había comentado acerca de Jim. Sus hermanos estaban poniéndose las botas [1] con un pastel de carne y huevo, sentados en sendos reposabrazos: Jim, en el del sillón de Robert; Tim, en el de la tía Doreen. Su padre estaba bebiendo un café. El platillo de cartón medio vacío que tenía sobre las piernas lo delataba; había estado comiendo tarta, en contra de los consejos médicos que le advertían que el azúcar y la sal solo le estaba permitido verlos, no probarlos. A Tom se lo había cruzado en el pasillo; iba al baño. Echó en falta a Bradley, pero enseguida pensó que, seguramente, estaría ocupado con el papeleo de la denuncia.

En cuanto a Jamie, estaba recibiendo un tratamiento intensivo de cortesía al mejor estilo sureño por parte de Doreen Montgomery, que él parecía tolerar bastante bien. Mucho mejor de lo que Ken había esperado. Quizás Bella tuviera razón al decir que los hombres eran unos exagerados. Él no había dejado de imaginárselo exasperado de los nervios, poniendo a prueba la paciencia de todo el mundo. Y nada más lejos de la realidad. Allí estaba el tipo que se había quedado tan ancho después de soltarle un «vuelve a decirlo y te parto la cara»; devorando un trozo de *Red Velvet*, mientras conversaba con su tía.

Ken fue directo hacia él con una sonrisa, y le ofreció su mano.

—Hola, Jamie. Gracias por venir tan rápido.

Jamie enseguida se puso de pie. Estrechó su mano y le devolvió el saludo con la amabilidad estrictamente necesaria. No comentó que no hacía falta que se lo agradeciera, puesto que la razón de haber llegado tan rápido no era él, pero lo pensó.

Esta vez el amigo de Chris no vestía de traje. Llevaba unos modernos pantalones estilo militar de color caqui, una camisa blanca de mangas cortas y unas deportivas a juego.

Ken pasó directamente a ofrecerle el parte médico. Algo que tampoco hacía pensando en Jamie, sino en su propia familia. Llevaban horas esperando noticias en aquella sala.

—Chris acaba de despertarse. Está bastante bien.

—¡Qué gran noticia, hijo! —dijo Robert.

Ken miró a su padre aliviado y asintió con la cabeza. Vio que su tía sonreía ante la noticia y que Tim soltaba un puñetazo victorioso al aire y luego chocaba los cinco con Jim.

—Ya lo creo. Era como si se hubiera despertado de la siesta… Por suerte, está bien. —Notó que Bella lo animaba a mostrarse más optimista, pero lo ignoró y continuó—: Le he contado lo que han dicho los médicos y lo está asimilando. Creo que no esperaba encontrarse con buenas noticias… Ya está al tanto de que le han reemplazado la articulación de la rodilla por una de titanio y que todo ha ido según lo previsto. Los médicos aseguran que, con dos o tres meses de rehabilitación, podrá volver a su vida normal. No necesitará usar el bastón y hasta podrá volver a hacer trabajo de campo, si quiere. Y lo más importante, habrá una reducción notable del dolor. Han dicho que en el 90% de los casos, el dolor casi desaparece. —Sonrió, conciliador—. Seguro que cuando subas, Chris estará mucho mejor. Se alegrará de verte.

Jamie se las arregló para disimular lo mal que le estaba sentando que hablara de Chris, como si no fuera un recién llegado a su vida, y le devolvió la sonrisa.

—¿Cuándo podrá regresar a Toronto? —preguntó.

La mirada de Ken se endureció.

«Cuándo *querrá* regresar a Toronto, dirás». Era muy consciente de que estaba malinterpretando de forma deliberada lo dicho por Jamie. Estaba claro que se refería al pronóstico médico. Pero no podía evitar la sensación de que aquel tipo tenía la costumbre de dar las cosas por sentado. Lo había hecho con él, al juzgarlo y sentenciarlo, sin conocerlo. Y, ahora, lo estaba haciendo con Chris. Seguro que tenía que saber que existía la posibilidad de que ella *no regresara a Toronto*. Aunque, médicamente, pudiera hacerlo.

—Según los médicos, se quedará en el hospital cinco o seis días más. Luego, tendrá por delante de dos a tres meses de rehabilitación, pero no sé si, al decirlo, han tenido en cuenta que ella es canadiense. Según Chris… —Hizo un gesto con la boca de no tener la menor idea y añadió—: ya decidirá ella lo que considere oportuno, cuando se encuentre mejor.

El añadido había llevado una carga considerable de premeditación y alevosía, de la que Jamie acusó recibo.

La voz de Doreen fue la confirmación de que la tensión había sobrepasado el metro cuadrado que Jamie y Ken ocupaban. Un instante después, la mujer se materializó allí mismo, y tomó del brazo a su sobrino.

—Ven, cariño, te he guardado un trozo de *Red Velvet* y la cobertura se está derritiendo. ¿Bebes zumo o sigues con el agua? Ven tú también, Jamie, por favor. Me encantaría que probaras un postre que he preparado. Es una receta nueva y, de estos glotones, no me fío. ¡Todo les parece «riquísimo»!

HABÍA PASADO CERCA de una hora desde que Ken había llegado a la sala, y resultaba evidente que la impaciencia de Jamie crecía. Ken suponía que el disgusto de Lilly era grande, y que Chris tendría que emplearse a fondo para cualquier cosa que quisiera de ella, distinta de que la muchacha se instalara en el único sillón cama disponible en la habitación y no se moviera de allí hasta que le dieran el alta. Incluso así, debía admitir que él también empezaba a impacientarse.

Doreen seguía encontrando temas de conversación, asombrando a toda su familia y, en especial, a Robert, que aquel día, cargado de tensión y de situaciones inesperadas, había descubierto una faceta desconocida de su cuñada; lo increíblemente bien que funcionaba bajo presión.

Pero en aquel momento, y para completar la lista de imprevistos, la puerta de la sala se abrió, y apareció Lilly.

Ken saltó de su asiento, dejó la empanadilla que estaba comiendo sobre la mesa, junto con las demás delicias, y fue hasta ella. Un instante después, el amigo de Chris hizo lo propio.

—¿Chris está bien? —preguntó Ken, sacándole las palabras de la boca a Jamie, quien asintió con la cabeza y añadió:

—Por favor, no me digas que se ha levantado de la cama.

Esta vez fue Ken quien afirmó con un movimiento de la cabeza.

—Y que lo digas, tío —concedió—. Es tan capaz de estar dando vueltas por la planta a la

pata coja…

Lilly, que hasta el momento miraba divertida a uno y a otro, según quién estaba en el uso de la palabra, al fin, intervino.

—Chris está bien —afirmó, mirando a Ken—. Y no, no se ha levantado de la cama —dijo, esta vez mirando a Jamie—. Vengo a buscaros. Quiere reunirnos a los tres. No, no me preguntéis nada —se adelantó, haciendo el gesto pertinente con la mano de su brazo sano, cuando Ken hizo el ademán de meter baza—. Donde manda capitán, no manda marinero. ¿Adiviináis cuál es mi puesto en el barco?

Bella soltó una carcajada.

—¡Me encantas, Lilly! —exclamó. Ella respondió, agradeciéndole el cumplido con la cabeza, como si fuera una actriz al final de una función de teatro.

Jamie miró a Ken con el ceño fruncido.

—¿No habías dicho que solo podía haber una visita por vez? —le preguntó.

—Y así es —repuso él. Sacó el móvil del bolsillo y seleccionó la memoria donde guardaba el número de Chris.

Esperó a que atendieran. Sonrió cuando oyó que ella lo saludaba con una palabra: «impaciente». Había sonado somnolienta, bastante cansada, pero no molesta.

—Lilly está aquí —dijo Ken—. Tenemos… Digamos, que es un problemilla técnico. Solo puede haber una visita por vez en tu habitación. Son órdenes del médico y de la jefa de enfermeras de la planta.

—*Pero tú eres Ken Bryan, ¿no? Seguro que se te ocurre alguna idea para salirte con la tuya. ¿No es lo que haces siempre?* —Oyó que ella se burlaba con total descaro y, a continuación, el sonido de llamada cortada.

Ken supo que se había puesto rojo al sentir que la temperatura de la sala parecía haber subido diez grados de golpe.

—De acuerdo. Vamos para allá —dijo, haciendo de cuenta que Chris no le había colgado, y volvió a guardar su móvil.

Notó que Jamie continuaba mirándolo con cara de no entender, pero Lilly se reía como si hubiera estado dentro de su oído y conociera al dedillo cada palabra que su hermana había pronunciado. Además, sentía los ojos de toda su familia clavados en la nuca y sabía, sin necesidad de darse la vuelta para comprobarlo, que se lo estaban pasando en grande a su costa.

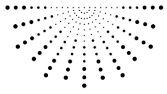
Miró por encima del hombro donde estaba la presidenta de su club oficial de *fans*.

—¿Puedes venir, Bella? —le pidió.

—¡Voy! —exclamó ella, dándole un último bocado a su empanadilla de queso y cebolla, antes de devolverla a su plato de cartón, y dejarlo sobre la mesa.

Dos minutos más tarde, una comitiva formada por Lilly, Jamie, Bella y Ken puso rumbo a la planta donde estaba Chris, acompañados por Shane.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



Bella había sido la encargada de distraer a las enfermeras que estaban en el mostrador mientras los convocados a la reunión entraban en la habitación de Chris, procurando que nadie los viera.

En cuanto Ken apareció, los ojos de Chris se posaron sobre él, intensos, dulces, provocando una revolución de mariposas en el estómago masculino.

Él aguantó el tirón y acusó recibo de la dulzura con una sonrisa. No le dio tiempo a hacer más, ya que Jamie fue directo hacia Chris y, después de darle un beso en la mejilla (que despertó muchísima envidia en Ken, quien todavía seguía con el marcador de besos a cero), se sentó a su lado, sobre la cama.

Ken se tragó un suspiro de frustración y se obligó a mantener una expresión ecuánime.

—¿Podrías decirme en qué coño estabas pensando para caerte y hacerte semejante estropicio en la pierna? Al final, vamos a tener que conseguirte un perro guía que te lleve a todos lados. Dejarte salir sola a la calle empieza a ser un auténtico peligro.

Chris sabía que le debía la verdad acerca de lo sucedido y estaba dispuesta a saldar la deuda. Pero no ahora. Se sentía agotada. Necesitaba reservar energías para lo que vendría después del intercambio de saludos.

—Hola, Jamie. Yo también me alegro de verte —repuso, haciéndolo sonreír.

—Vale, perdona… Debí empezar por saludarte, como las personas normales… No voy a preguntarte cómo estás. Seguro que te duelen hasta los pensamientos… Ken ya me ha puesto al día y, por lo visto, tendrás que quedarte aquí un tiempo.

Chris volvió a mirar a Ken. Fue una mirada breve, cargada de dulzura y agradecimiento. Al fin, dirigió su atención a Jamie y concedió con un ligero movimiento.

—De eso quiero que hablemos. —Intentó incorporarse, pero pronto renunció a hacerlo. En cambio, miró a su hermana—. ¿Puedes elevarme un poco, Lilly?

Ella pisó el pedal correspondiente hasta que Chris le indicó que parara.

—Por favor, cariño, llama a Dottie con tu móvil. El mío casi no tiene batería —volvió a pedir Chris.

Fue entonces, cuando Jamie y Ken descubrieron que a la reunión había más personas convocadas.

Lilly llamó a su tía, la puso en manos libres y muy pronto se oyó la voz de Dottie, saludándolos a todos.

Ken, que permanecía de pie junto a la puerta, reparó en la naturalidad de Dottie y en que Lilly no le había dado ninguna clase de explicación antes de poner la llamada en altavoz. Dedujo

que tía y sobrinas habían estado hablando antes, por lo que los únicos que iban a ciegas a esa reunión eran Jamie y él. No negaría que su ansiedad estaba a punto de abandonar la órbita terrestre y que le preocupaba la razón de que Chris hubiera querido reunirlos. Sin embargo, cuando la miraba —y lo hacía, constantemente, cada vez que la tenía en su campo visual—, no percibía preocupación en ella. Solo un gran cansancio.

Chris miró a Lilly. Puso cara de dolor.

—Una última petición, ¿puedo?

—¿Puedo negarme? —bromeó ella—. Venga, dime lo que quieres, cari.

—Dame el vaso de agua, por favor. Tengo la garganta como una lija.

Chris bebió un buen sorbo y se quedó con el vaso. Al fin, respiró hondo y empezó a hablar.

—Estoy agotada y hace un rato han conectado un analgésico a la vía. No sé por cuánto tiempo más podré mantener los ojos abiertos, así que… Dejadme hablar sin interrumpir.

—*Entendido* —dijo Dottie.

Chris paseó su mirada primero por Jamie y luego por Ken. Ambos asintieron, dando su acuerdo.

—Tenedme un poquito de paciencia… Son muchas cosas y algunas todavía intento encajarlas en su sitio… —Tras una pausa para poner orden en sus ideas, dijo—: No podré salir del hospital hasta dentro de una semana. Y después, tendré que seguir viniendo a revisión y a rehabilitación durante, al menos, dos meses. Según la jefa de enfermeras, podría viajar en cuanto la herida se haya cerrado y retiren los puntos quirúrgicos. Calcula que eso sucederá dentro de dos semanas, más o menos. Obviamente, su recomendación es que espere hasta después de la rehabilitación para viajar, pero como poder, podría hacerlo en quince días.

Chris volvió a hacer una pausa para beber un poco de agua.

Mientras la miraba beber con la vista fija en el vaso, Ken sentía el corazón dando martillazos en sus sienes. Llevaba semanas conformándose con trocitos de ella; con noticias a través de Dottie, con tenerla en sus sueños, con pensar en ella y, desde aquella mañana, con los pequeños ratos que habían podido pasar juntos, sintiéndose el tipo más afortunado del mundo por eso. Sin embargo, a medida que su corazón iba acumulando trocitos de Chris, su glotonería se había ido disparando más y más, y ya nada era suficiente. Nada, excepto saber que se quedaría a su lado. Nada, excepto saber que ella al fin había comprendido que se pertenecían, y que ya nunca más volverían a estar separados.

Respiró hondo cuando la sensación de angustia se volvió tan intensa que lo dejó sin aliento.

Chris se percató y lo miró con ternura. Asintió con la cabeza, un gesto que vino a reconocer que entendía por lo que él estaba pasando y, por lo tanto, no prolongaría la tortura.

—He decidido hacer caso de su recomendación —dijo, sin más.

Entonces, vio dos reacciones completamente diferentes. Jamie bajó la vista. Ken esbozó una sonrisa inmensa.

Y cuando ninguno de los dos se habían recuperado de sus emociones, Chris añadió:

—Voy a pedir una excedencia de tres meses en la organización. Tengo más cosas por resolver, que el bienestar de mi rodilla.

Jamie alzó la cabeza. Clavó la vista en Chris, totalmente desconcertado. Ken, en cambio, no dejaba de sonreír ni de mirarla en aquella mezcla de admiración y ternura, que siempre le había tocado el alma.

—*¡Así se habla!* —se oyó la voz de Dottie—. *Uy, perdón, sigue, sigue…*

Chris continuó.

—Y se trata de cosas muy importantes. Mi accidente en Tanzania lo cambió todo. Está bien —concedió, en un intento de normalizar una circunstancia que todos los reunidos sabían de sobra que había sido dramática—, la vida es cambio y hay que adaptarse. Eso es lo que he estado intentando hacer todo este tiempo. Pero, por alguna razón, no está funcionado… —Respiró hondo. Era duro pensarlo y, mucho más, admitirlo en voz alta—. Siento que no encajo. Necesito volver a encontrar mi lugar en este mundo caótico. Dejar de sentirme tan perdida. —Sus ojos se posaron sobre Ken al decir—: y también necesito entender por qué me importas tanto. No me refiero a…

Chris apartó la vista, incómoda. Antes, se había referido a que aún no había logrado encajar algunas cosas en su sitio. Esta era una de ellas.

Ken se estremeció. Sus piernas parecían negarse a sostenerlo y necesitó recostarse contra la puerta.

Y mientras Ken se estremecía y Chris hacía frente a unos sentimientos que nunca había sentido por otro hombre, Jamie luchaba por mantener el tipo mientras su corazón se partía en dos.

Chris volvió a mirar a Ken a los ojos. Nunca había sido una cobarde y, aunque su experiencia en asuntos sentimentales era equivalente a cero, ahora tampoco lo sería.

—No entiendo lo que hay entre nosotros. Y no me fío de lo que no entiendo… No soy ingenua ni crédula. A nivel sentimental, no. Todo lo contrario. Pero de ti, me fío. No sé por qué, pero es así. He creído a pie juntillas cada palabra que has pronunciado desde el primer día. Sin saber quién eras. Sin haberte visto en mi vida. Confío en ti —Suspiró—. *Y me aterra hacerlo*. Me rompe todos los esquemas sentir que eres tan importante para mí, como si la clave de mi existencia pasara por ti, y no entender el porqué. —Tragó saliva y soltó lo que llevaba semanas espoleándola—: no puedo seguir viviendo de esta forma. Necesito entenderlo. Y si regreso a Toronto…

Chris volvió a beber unos buenos tragos de agua. Sentía la mirada amorosa de Ken sobre ella. Era como si la estuviera besando despacio, mientras le susurraba naderías al oído, llenándola de unos deseos locos de cerrar los ojos y dejarse llevar. *Dejarse sentir.*

—Cada vez que pongo un pie en Nashville, esta ciudad se las arregla para retenerme como sea. Por las malas, si hace falta. Y cuando me resisto, todo empeora. Es como si la vida me estuviera gritando «¡para ya, no des un paso más!». —Respiró hondo—. Muy bien. Oído cocina. Me quedaré donde estoy.

—Nos quedaremos —matizó Lilly.

Chris asintió varias veces con la cabeza.

—Supongo que, algún día, nuestros caminos se separarán, es ley de vida… —Vio que Lilly negaba enfáticamente con la cabeza—. Pero aún, no, ¿verdad, cariño?

En aquel momento, Jamie se levantó del lado de la cama donde se había sentado. Se puso las manos en los bolsillos y permaneció de pie, junto a Chris.

Todos lo miraron.

—¿Puedo decir algo? —preguntó.

Ken rogó que aquel tipo no escogiera precisamente ese momento para aguarle la fiesta. Dudaba mucho que fuera capaz de ocultar sus verdaderos sentimientos hacia él.

—Claro —dijo Chris.

—No pidas una excedencia todavía.

«Ya estamos», pensó Ken. «Tío, te la estás jugando…».

—Coge vacaciones —continuó—. Este año ya te corresponde un mes. Después, si te hace falta, pide más tiempo.

—Esto es personal, Jamie. La organización se ha portado siempre muy bien conmigo y…

—Y tú te has portado siempre muy bien con ella —la interrumpió—. Mejor que bien. Tienes derecho a tu mes de vacaciones pagadas, igual que cualquier otro empleado que lleve diez años trabajando para la organización. Además, seguir en activo, te facilitará el papeleo en inmigración. Eres canadiense, trabajas para una organización humanitaria de prestigio internacional, y vienes a disfrutar de tus vacaciones en el país de las oportunidades. Si pides una excedencia, harás saltar las alarmas. Hazlo cuando lo tengas claro, no antes.

Ken asintió con la cabeza. Por lo visto, él también se había apuntado a la moda de dar las cosas por sentado, pensó arrepentido.

—Jamie tiene razón —dijo.

—Estás pensando como amigo, no como director de la oficina de Toronto, Jamie.

—Es que soy tu amigo.

Chris estiró su brazo libre de pinchazos para que él le cogiera la mano. Cuando lo hizo, la apretó cariñosamente.

—¿Quién va a hacer mi trabajo, mientras tanto? Tres meses es mucho tiempo. Necesitarás cubrir el puesto. ¿Cómo vas a justificarlo, si yo estoy de vacaciones solo por un mes?

—¿No te parece que tienes ya bastantes asuntos de los que ocuparte para preocuparte por los míos?

—Lo último que quiero es perjudicarte, Jamie…

Él al fin le ofreció una sonrisa.

—Eres insustituible. Charlotte Allen lo sabe, yo lo sé… Todo el mundo lo sabe en la organización. Hará falta tiempo y, probablemente, más de una persona para lograr unos resultados aceptables. Nadie esperará milagros. No te preocupes por mí. Me las arreglaré.

Después de considerarlo unos instantes, Chris asintió.

—De acuerdo. Me tomaré mi mes de vacaciones y después, ya veremos.

Entonces, se oyó la voz de Dottie.

—*¿Puedo decir algo yo también?* —Pero no esperó para hacerlo—. *¿Qué pasa con el tercer miembro de la familia Thompson? No esperaréis que se ocupe la tita Dottie, ¿verdad?*

Y, como si el aludido supiera que estaban hablando de él, un largo aullido resonó en la habitación, provocando la risa de todos.

KEN CONTINUABA en la habitación de Chris, a pesar de que ella se había quedado dormida hacía un buen rato.

No estaban a solas. Jamie y Lilly también se hallaban en la habitación. Se habían quedado, aprovechando que todavía no había venido ningún sanitario a echarlos. Jamie sentado en la única silla disponible que había movido al lado derecho de la cama, con una pierna sobre la otra, formando un cuatro. Lilly, que había rechazado sentarse, estaba de pie frente a él.

Después de las risas a cuenta de los aullidos de Sultán, Chris había explicado de modo sucinto los planes inmediatos de las hermanas. A saber: que Lilly se quedaría con ella mientras estuviera en el hospital. Después, las dos alquilarían un apartamento pequeño que permitiera

tener animales domésticos. Esperaban que el tercer miembro de la familia Thompson se uniera a ellas tan pronto como Dottie hiciera los trámites necesarios para que el cachorro cruzara la frontera con Estados Unidos.

Oírla le había hecho palpitar el corazón. Se ilusionó pensando que si Chris quería que Sultán se reuniera con ella y con Lilly, entonces, quizás, y aunque no lo hubiera dicho, preveía que sus planes personales se extenderían más allá de los tres meses necesarios para que su rodilla volviera a estar a pleno rendimiento.

Poco después de eso, cuando Ken había vuelto a mirarla, Chris tenía los ojos cerrados. Le había hecho gracia que se hubiera quedado frita sin más, como si su motor funcionara con electricidad y alguien hubiera desconectado la clavija del enchufe de la pared. Un instante después, al caer en la cuenta del día tremendamente intenso que Chris había tenido y la naturaleza de las decisiones que había tomado, su admiración por ella creció. Más que eso; Ken cayó rendido ante su faceta más resolutiva y determinada, ante su enorme resiliencia.

Debido a la operación, por el momento, Chris solo podía yacer boca arriba. Y así estaba, con los brazos encima de la delgada sábana que la cubría, sus pies cubiertos por una manta blanca de algún tejido liviano, y la cabeza ladeada ligeramente a la derecha, lo que le permitía a Ken contemplar su rostro mientras ella dormía.

Eso hacía; mirarla y disfrutar de tenerla cerca. Sentado, junto a ella, sobre el lado derecho de la cama, la miraba mientras pensaba en cuánto habían cambiado las cosas en tan solo unas horas y en lo increíble que le seguía pareciendo todo lo sucedido.

Había escuchado sin rechistar sus planes de alquilar un apartamento, pero no pensaba dejarlo correr sin más. Al menos, intentaría que las hermanas aceptaran la hospitalidad de los Bryan. Tenía un claro interés personal en que lo hicieran, pero, además, le parecía lo más lógico.

Al día siguiente, Ken recuperaría su paraíso terrenal. La vivienda principal contaba con ocho habitaciones, distribuidas en dos alas independientes. Era un casoplón en el que dos personas podían pasar días sin verse, si así lo deseaban. En la propiedad, había otras dos viviendas de menor tamaño. Una de ellas ya estaba en la finca al comprarla. En sus tiempos, había sido la casa de los guardeses. Era sencilla, pero tenía todo lo necesario para una vida confortable. La otra la había hecho construir él. Era su lugar de ensayo, su rincón creativo en el que también había un pequeño estudio de grabación. Fiel a su máxima de no mezclar vida privada con vida profesional, estaba alejado casi un kilómetro de la vivienda principal y tenía un acceso independiente. Lo había dotado de todas las comodidades necesarias para no tener que desplazarse hasta la casa para comer o dormir, puesto que durante sus períodos creativos, prefería mantenerse concentrado en el proyecto que tenía entre manos. Después de tanta planificación y tanto dinero invertido, no le había dado tiempo a estrenarlo. Sus adicciones lo habían dejado fuera de combate, su padre había enfermado, él entraba y salía de rehabilitación, las carísimas facturas médicas habían empezado a acumularse… Y había perdido *Mystic Oaks*.

Suspiró. Cuántas vueltas daba la vida.

Pero ahora, estaba a horas de recuperarlo. Si Chris y Lilly preferían mantener su independencia, podían hacerlo perfectamente en su rancho. En todo caso, Lilly no podía pasar las veinticuatro horas en el hospital. En algún momento, necesitaría salir a respirar el aire fresco, distraerse, descansar y alimentarse en condiciones. Cuando él no estuviera disponible por cuestiones de trabajo, su padre y su tía se ocuparían de ello.

Por lo visto, notó, el amigo de Chris pensaba lo mismo.

—¿Seguro que estarás bien en ese sillón cama? —dijo Jamie. Miró por encima del hombro el

mueble que había junto a la ventana. Tenía pinta de ser más moderno, que cómodo—. Piénsalo, Lilly. Cinco noches son muchas para dormir incómodo. ¿Vas a pasar de tu cama articulada de Toronto a ese sillón? También tienes lesiones que necesitan atención. Por cierto, ¿qué tal, tus costillas?

Ken prestó atención al tipo de comunicación que mantenían Jamie y Lilly. Tenía la sensación de que él procedía más como un hermano mayor con ella, que como un amigo. Hablaban en voz baja, para no molestar a Chris, pero parecía como si estuvieran en el salón de casa, conversando y riendo. Disfrutando de su mutua compañía.

La muchacha miró a Jamie asombrada.

—¿Qué? —dijo él.

—¿Tantos años con nosotras, y todavía no sabes de qué pie cojeamos? Hemos vivido en sitios tan horribles, que no salen ni siquiera en las pelis de terror… A ver, a nadie le amarga un dulce y, si pudiera elegir, me pediría una cama doble bien mullida, pero dormiré mucho mejor sabiendo que, si me necesita, me tiene a su lado. No te preocupes. Las dos estaremos bien. Y mis costillas, también, gracias por preguntar. Mientras no respire hondo, todo va fantástico —se rio.

—Muy bien, payasita. Entonces, no me preocuparé —dijo él, en tono cariñoso—. ¿Quieres que desayunemos juntos?

Lilly le ofreció una sonrisa radiante.

—¿Tortitas con nata? ¡Ñam!

—Lo que quieras. Eliges tú.

—Vale. Esta noche lo consulto con la almohada y mañana te llamo temprano, y te lo digo.

—Tendrá que ser muy, muy temprano, ¿eh? Quiero coger el vuelo de las nueve.

—Vaaaale. Entonces, mejor, no lo consulto con la almohada, ¡es más golosa que yo! Quiero tortitas con nata. Y trae dos con sirope de caramelo para Chris, ya sabes que le encantan, y no creo que los desayunos de aquí sean muy apetitosos, que digamos…

—Hecho.

Ken volvió a poner su atención en Chris. Ojalá estuvieran a solas. Se echaría a su lado, en el borde de la cama, para no molestarla, y se quedaría allí el resto de la noche. Mirándola, hasta que le venciera el sueño y él también se quedara dormido. No se le ocurría una forma mejor de acabar aquel día de locos… Pero, lamentablemente, no era una opción aquella noche. Como besarla, tampoco lo era, se inclinó para hablarle al oído.

—Gracias por confiar en mí. No te defraudaré. Descansa, preciosa. Hasta mañana.

A continuación, Ken se puso de pie. Jamie y Lilly lo miraron.

—¿Bajaréis luego a la sala a picar algo? —les preguntó—. Seguro que mi tía ha encargado más cosas para cenar…

Enseguida, cayó en la cuenta de que si Jamie pensaba desayunar con Lilly, tendría que pasar la noche en la ciudad.

—Disculpa, tío, por no decirlo antes… ¿Tienes lo del hotel resuelto, o te apetece pasar la noche en mi casa, conmigo y mi familia? Hay sitio de sobra y estaremos encantados de tenerte con nosotros.

Notó que Jamie se le quedaba mirando. Estaría valorando si su ofrecimiento era auténtico, o puro cinismo. Y no lo culpaba; de estar en su lugar, probablemente, haría lo mismo.

En cierto modo, así era. Jamie había oído hablar mucho de la cortesía sureña y sabía por Dottie que, en el caso de Ken, era una verdad contrastada. Lo que no había esperado era que fuera cortés con *él*. En aquel momento, decidió fumar la pipa de la paz con Ken Bryan. No

porque él le cayera bien, sino porque no estaba dispuesto a dejar de formar parte de la vida de Chris. Tal como Ken le había avanzado aquel día en el hospital donde estaba internada Lilly, seguirían viéndose las caras.

—No, no lo tengo resuelto… Pensaba reservar en algún hotel cercano al aeropuerto, pero como acabo de quedar a desayunar con esta señorita…

—Entonces, no se hable más. Te quedas en mi casa, Jamie. En verano esta ciudad se llena de turistas. Igual te cuesta encontrar hotel.

Jamie nunca pensó que acabaría el día dándole las gracias a Ken Bryan.

Pero lo hizo. Y de muy buen grado.

—No hay de qué, tío. Bueno… —se despidió Ken—. Os veo abajo, ¿de acuerdo?

BELLA INTERCAMBIÓ miradas con Shane al ver el tamaño de la sonrisa de Ken al abandonar la habitación de Chris.

Él no se detuvo al llegar junto a ellos. Al contrario, continuó andando. Shane y Bella lo siguieron, y se pusieron a la par.

—No habéis tardado mucho —dijo ella—. Pero, a juzgar por tu cara, diría que las cosas han ido de maravilla.

—Ya te digo. Espera a que entremos en el ascensor y lo verás ponerse a bailar —comentó Shane, asombrando a Bella y a Ken por igual—. ¿Qué? No soy mudo. Cuando vale la pena decir algo, lo digo.

Bella seguía mirándolo con los ojos muy abiertos. Conocía a aquel tipo desde que era una adolescente y, que recordara, jamás lo había escuchado pronunciar tantas palabras como aquel día.

Ken intentaba mantener el tipo. Más que nada, porque no quería darle carnaza a algún *paparazzi* que estuviera por allí. Según Tom, los hospitales estaban entre sus sitios favoritos para cazar la exclusiva de turno. Pero le dolía la cara de tanto sonreír, y no podía guardar silencio por más tiempo.

—Ha dicho que se queda en Nashville hasta que acabe la rehabilitación y… —apretó los puños con disimulo—. ¡Dios, de verdad, que podría ponerme a bailar aquí mismo!

—¿La hará aquí? —preguntó Bella, ilusionada.

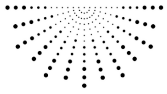
Ken asintió varias veces con la cabeza. Su sonrisa daba dos vueltas y media a la Tierra.

—¡Muy bien, tío! ¡Muy bien! —celebró Shane.

—¡Eso es genial! —exclamó Bella—. Bueno, tú, mejor, no bailes. No sea que las enfermeras se animen y luego haya que arrancarte de sus brazos. Pero yo… ¡Mírame, y aprende!

Y con esas, se marcó un baile al estilo de los egipcios, que los hizo desternillar de risa.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO



Chris intentó incorporarse un poco más en la cama. Lo hizo con cuidado, esperando que el latigazo de dolor se presentara a hacerla recapacitar, y le extrañó que no sucediera. Se sentía pesada, con el cerebro entre algodones, y aquella sensación generalizada de malestar normal después de haberse dado un porrazo contra el suelo, pero nada más. No hubo latigazo alguno. Animada por la novedad, siguió incorporándose sobre sus codos. Miró alrededor y lo primero que notó fue que en el lugar donde el día anterior recordaba haber visto un sillón-cama, ahora había una cama articulada. Era como la suya, solo que más angosta. La habían puesto contra la pared, donde estaba la ventana. Seguramente para que no estorbara a los médicos y enfermeras. La habitación era luminosa y coqueta (para tratarse de una habitación de hospital), pero de tamaño reducido. No tenía nada que ver con las enormes habitaciones del hospital donde había estado ingresada Lilly.

Sobre la mesilla auxiliar izquierda había lo que parecía los restos de un desayuno. Entonces, recordó vagamente, que Lilly le había dicho algo de unas tortitas que había traído Jamie. Hablando de Lilly, ¿dónde estaba? Aguzó el oído. No oía la ducha. La llamó en voz alta. Nadie respondió. Habría ido a dar un paseo.

Al menos, notó, le había dejado el bolso en la mesilla. Se estiró a cogerlo y lo primero que hizo fue sacar un espejo y ponerlo frente a su cara.

Estaba horrible. Aún le quedaban restos del rímel que, en un inusitado arranque de coquetería, se había aplicado el día anterior, mientras esperaba en el punto de encuentro del aeropuerto. Probablemente, eran los responsables de esa sombra negruzca que recorría sus párpados, dándole el aspecto de la novia de Frankenstein. Necesitaba un buen lavado de cara. Lavarse los dientes le vendría aún mejor. Habían pasado veinticuatro horas desde que lo había hecho por última vez. Y peinarse. Por Dios, tenía un nido de pájaros cabreados en la cabeza, pensó al intentar peinarse con los dedos, sin éxito. Con su mano del brazo sin una vía, se las arregló para maniobrar con su cabello, enredado tal cual estaba, y formar un moño. Lo sostuvo mientras buscaba las horquillas con la vista.

No las encontró.

Al fin, dejó caer la mano sobre la manta y el cabello volvió a rodear sus hombros y su espalda.

Lilly no estaba y en aquella habitación no había nada que le ayudara a llegar al baño por sí misma. Ni una silla de ruedas, ni unas muletas, nada. Tampoco veía su bastón por ningún lado.

Suspiró. Prefería no llamar a la enfermera. Estaba harta de pinchazos y revisiones. Ya vendría ella solita cuando fuera la hora de seguir torturándola. Se contentó con refrescar su

aliento con un caramelo de menta que llevaba en el bolso.

Volvió a mirar lo que había en la mesilla y vio su móvil. Ken regresó de inmediato a su mente, iluminando su rostro con una sonrisa. Estiró la mano y lo cogió. Activó la pantalla y allí estaba su mensaje, junto a una ristra de llamadas perdidas.

«Hola, preciosa. Tengo algo muy importante a primera hora. Ya te contaré. Pero a eso de las once, me tendrás allí».

Chris comprobó la hora, y suspiró.

Aún faltaban dos horas.

Dos largas, interminables horas.

NO HABÍAN TRANSCURRIDO DOS HORAS, ni era Ken el hombre que estaba en la puerta de su habitación. Chris miró al individuo que, después de golpear dos veces en la puerta, asomó la cabeza y le dijo:

—Buenos días. Tiene una visita. Es el señor Randall Carrington-Fox. ¿Lo hago pasar?

Chris se le quedó mirando con el ceño fruncido. Era alto y vestía vaqueros y una camiseta con un anagrama de los *Rolling Stones*. Parecía un veinteañero más de los que te cruzabas por la calle. Pero no estaban en la calle. Si la visita del empresario la había tomado por sorpresa, que se la hubiera anunciado alguien a quien no recordaba haber visto en la vida, mucho más.

—Hola… Disculpe, ¿usted es…?

El hombre que, en realidad, no era tan joven como a Chris le había parecido, puesto que ya había cumplido los treinta, asintió.

—Soy miembro del equipo de seguridad de Ken Bryan. Mi nombre es David, pero todo el mundo me llama Dave.

El corazón de Chris dio un brinco en su pecho.

—¿Ken está aquí? —preguntó, procurando sonar casual.

—No, pero he oído que llegará en un rato.

Ella se tragó un suspiro de desilusión.

—No quisiera parecer una maleducada… Pero, si es del equipo de seguridad de Ken y él no vendrá hasta dentro de un rato, ¿puedo preguntarle por qué está usted aquí?

—Hay mucho revuelo de periodistas a raíz del vídeo. Ken no quiere que la molesten. Disculpe, creí que lo sabía.

Ella abrió mucho los ojos. ¿Había un «policía» custodiando su puerta? Estaba alucinando.

—De acuerdo. Gracias por la información. En ese caso… Sí, por favor, haga pasar al señor Carrigton.

David asintió, se hizo a un lado para permitir el paso de la visita y Chris volvió a encontrarse con la amabilidad del empresario.

—Buenos días, señorita Thompson. Me alegro de verla… Tiene muy buen aspecto.

El anciano vestía un traje color ceniza, de tres piezas, una camisa blanca y una corbata gris oscuro.

Chris le invitó a tomar asiento en la única silla disponible con un gesto de la mano.

—Gracias, es usted muy amable. Por favor, llámeme Chris… Qué sorpresa volver a verlo.

—Espero que una no demasiado ingrata… —Chris le ofreció una sonrisa. Él elevó el bastón que traía en la mano, y se lo tendió—. Ya estoy al tanto de que no le hará falta en el futuro, pero he querido traérselo de todas formas.

¿Ya estaba al tanto?, pensó ella. ¿Acaso tenía un informador entre el personal sanitario? Aquel día empezaba a parecerle de lo más raro.

Chris lo aceptó y lo dejó sobre la cama, a su lado.

—Ah, vaya, gracias… No tenía que haberse molestado.

—No es ninguna molestia. Le comenté al señor Bryan que vendría a verla en cuanto pudiera, y aquí estoy. —Al ver su mirada interrogante, añadió—: es natural que olvidara decírselo. Ayer fue un día muy intenso.

Chris asintió con la cabeza y prefirió permanecer en silencio. No estaba al tanto de nada. No sabía qué había sucedido con su hija o si la noticia había transcendido a los medios de comunicación. Además, no estaba segura de entender qué hacía aquel hombre allí.

—Yo tampoco quiero robarle mucho tiempo —dijo, usando las mismas palabras que ella había usado el día anterior para plantear la razón de su visita—. En todo caso, por mejor aspecto que tenga, necesita descansar y recuperarse. He venido por tres razones. La primera es que quiero decirle personalmente cuánto siento lo sucedido. Todo ello.

—Lo sé, señor Carrigton. No es necesario que se disculpe, de veras. ¿Cómo podía saber que su hija se presentaría allí…? Nadie podía haberse imaginado tal cosa.

—Por favor, llámeme Randall. Ese es el problema, ¿sabe? Por lo visto, mi familia y yo llevamos mucho tiempo creyendo que Alexandra no es capaz de hacer las cosas que luego resulta perfectamente capaz de hacer y, de hecho, hace.

El hombre hizo una pausa.

—Seguro que usted se está haciendo algunas preguntas… O se las hará, tan pronto vuelva a sentirse lo bastante bien para pensar en lo sucedido… Esta es la segunda razón de mi visita, ofrecerle respuestas… Christine, mi mujer, enfermó de gravedad hace un año y medio. Ayer, usted recibió asistencia inmediata porque siempre hay un médico en mi casa.

Chris no ocultó su preocupación.

—Lo siento mucho, Randall. De haberlo sabido…

Carrigton no la dejó continuar.

—Hizo lo que debía. Además, no podía saberlo. Su diagnóstico fue un *shock*, y yo… Me volqué en Christine. Dejé la empresa en manos de Alexandra, sin dudarlo. Ha sido mi mano derecha los últimos ocho años y me había demostrado sobradamente que era capaz de asumir esa responsabilidad. Pero no lo hicimos público. Soy el empresario más importante en este negocio. No podíamos permitirnos que se supiera que no era yo quien estaba dirigiendo la empresa.

»Pero, por lo visto, lo que Alexandra hizo fue formar su propia camarilla de serviles, dejarse llevar por sus obsesiones y hacer cosas incalificables. Cuando todos creíamos que estaba reponiéndose en una clínica de Florida, estaba en la ciudad, urdiendo maldades. Ayer se presentó en mi casa porque uno de sus serviles le avisó que usted estaba allí. —Sacudió la cabeza, indignado—. Anoche acabé el día despidiendo a dos empleadas del servicio. Y hoy, lo he comenzado despidiendo al equipo de confianza de mi hija. Nadie nos comunicó, ni a mí, ni a la junta, que la semana pasada, después de que el semanario que usted me mostró, publicara ese reportaje, el abogado del señor Bryan había exigido que se le entregaran originales y copias de

todo el material que se había obtenido sobre ustedes. Estaban reteniendo la información, a la espera de recibir instrucciones de Alexandra. Ha sido… *Es* una enorme decepción para mí. Pero se trata de mi hija y de mi empresa, y soy responsable de lo sucedido.

Tras una pausa continuó.

—Esta vez, nada de clínicas de relax. Alexandra está en Boston desde anoche, la está evaluando el equipo médico de una de las mejores clínicas psiquiátricas del país y hasta que se determine cuál es su situación y qué tratamiento se le aplicará, permanecerá vigilada las veinticuatro horas. Sin móvil, sin internet, con las visitas restringidas hasta nueva orden. He dado instrucciones para que cancelen sus tarjetas y para que se congelen todos sus fondos. Me aseguraré personalmente de que no vuelva a hacerle daño. Ni a usted, ni a nadie.

Chris no pudo contener un suspiro aliviado. Carrigton continuó, sin darle ocasión de poner su agradecimiento en palabras.

—Estamos recopilando todo el material que se ha obtenido sobre ustedes, y se lo haremos llegar a su abogado, tal y como ha exigido el señor Bryan. En cuanto al semanario que su perro casi acaba comiéndose… Mis abogados han alcanzado un acuerdo con ellos esta misma mañana. No volverán a publicar nada más sobre usted.

Esta vez, fue Chris quien no le dio a Carrigton la ocasión de continuar hablando.

—Muchísimas gracias, Randall… Todo esto significa mucho para mí. Fue un enorme disgusto verme en las noticias, cuando el semanario publicó las primeras fotos. Con las segundas, no me dio un infarto de puro milagro. Se lo agradezco, de verdad.

El anciano le ofreció una sonrisa comprensiva.

—No hay de qué. Sin embargo, no sé cómo podrá evitar que otros medios lo hagan en el futuro… Si su relación con el señor Bryan sigue adelante.

Chris sabía que se había puesto roja, pero se obligó a mantenerse digna.

—Si no le importa, prefiero ocuparme de los problemas de uno en uno —repuso.

Ambos sonrieron.

—Una postura muy inteligente —concedió Carrigton—. Y, para acabar y dejarla descansar, vamos con la tercera razón de mi visita… Es informarle que correré con todos los gastos de su estancia en Nashville, médicos y no médicos. Me refiero a todos sus gastos.

—No, por favor. Se lo agradezco, es un gran gesto por su parte, pero no es necesario.

—Insisto —dijo él. Chris hizo un gesto contrariado y el hombre apoyó su mano sobre el brazo femenino—. Y no solo porque todo esto sea responsabilidad mía, también porque deseo hacerlo. Al mundo le hacen falta personas como usted, Chris. Quiero que reciba la mejor atención, que se ponga bien y que pueda continuar con ese proyecto maravilloso… El hospital ya ha recibido instrucciones de enviarme las facturas correspondientes. Y cuando le den el alta, quiero que usted y su hermana se sientan lo más cómodas y atendidas que sea posible. He dispuesto una vivienda en la planta baja de un edificio céntrico con todas las comodidades y el personal necesario para que usted y su hermana, que sé que continúa en rehabilitación, tengan todas sus necesidades resueltas. Cocinera, personal de limpieza, una enfermera y un fisioterapeuta a su disposición las veinticuatro horas del día. —Sacó un sobre blanco de estilo americano del bolsillo interior de su chaqueta y lo dejó sobre la mesita auxiliar—. Aquí tiene las señas y las llaves. Mañana o pasado, recibirá las tarjetas de crédito, una para usted y otra para su hermana. Por supuesto, no puedo obligarla a usarlas… Tampoco a que acepte mi hospitalidad… Pero, para mí, sería un honor que lo hiciera.

Chris permaneció en silencio. Realmente, no sabía qué decir. La llegada de Lilly portando

una bolsa de plástico, resolvió temporalmente aquel incómodo momento.

—Despierta, dormilona, que ha llegado el desayuno… Este no es tan bueno como el de Jamie, pero… —entró diciendo, y al ver que su hermana estaba acompañada con un señor de traje y corbata, cambió su discurso—. Perdón. Entonces… Vuelvo en un rato.

—No, no, ven… Mira, este es el señor Carrigton. ¿Recuerdas que me preguntabas dónde me había caído? Pues fue en su casa. Ha venido a traerme el bastón… Esta es mi hermana, Lilly.

—Hola, señor Carrigton.

Lilly dejó la bolsa sobre la mesa auxiliar y le tendió su mano buena. El hombre la estrechó con formalidad.

—Encantado de conocerla, señorita Thompson. —Volvió a mirar a Chris e hizo un ligero movimiento con la cabeza para reiterarle que no debía preocuparse más de aquel asunto que la había llevado hasta su casa—. Me voy para que pueda desayunar…—dijo Carrigton a continuación—. Seguiremos en contacto, ¿de acuerdo?

Chris asintió, aliviada y agradecida.

—Sí, por supuesto. —Sonrió—. Muchas gracias, Randall.

El anciano le devolvió la sonrisa y se dirigió a la puerta.

En cuanto se quedaron a solas, Lilly miró a su hermana con picardía.

—¿«Randall»? ¡Cuánta confianza! ¿A qué ha venido ese caballero tan elegante? Y no me vengas con lo del bastón…

Chris prefirió evitar el tema. Sabía que Carrigton procedía con la mejor intención, pero, a pesar de su insistencia, no estaba en sus planes aceptar su más que generosa oferta. Por más que él considerara un honor que lo hiciera.

—¿Y tú qué crees? A ver cómo estoy, Lilly. La última vez que me vio estaba tendida en el pasillo de su casa. Venga, dame ese desayuno, que me muero de hambre…

Lilly se puso manos a la obra sin perder un minuto. Desde que había llegado, no había conseguido que Chris tomara más que dos cucharadas de flan.

—Voy, voy, voy… Tú, ni respires, cari. ¡Todo sea que tu estómago se dé cuenta de que vas a ponerlo a trabajar, y vuelva a declararse en huelga!

CUANDO KEN se dirigió a la planta donde estaba Chris, acompañado por Shane, sentía que caminaba sobre nubes. Tenía las escrituras de *Mystic Oaks* en la guantera del coche y a la mujer de sus sueños a diez metros. No podía haber un tipo más afortunado en el mundo entero.

Sin intenciones de ser cruel, debía admitir que saber que Jamie Daniels iba camino de Toronto, también contribuía a su alegría. Ahora, solo necesitaba un pequeño milagro, y su dicha sería completa; que Lilly lo dejara a solas con Chris.

Ken se detuvo frente a la puerta de la habitación.

—¿Todo bien, Dave? —le preguntó al miembro de su equipo de seguridad.

—Sí. A primera hora, ha tenido una visita, el señor Carrigton-Fox. Por lo demás, todo tranquilo.

El buen talante de Ken se opacó al oír aquel nombre. Su exasperación resultó tan evidente, que Dave se explicó.

—Se lo consulté, antes de dejarle pasar, y ella dijo que lo recibiría.

Ken miró a Shane. Leyó el mensaje en sus ojos; «no la tomes con él. Hizo lo que debía». Era verdad, aunque a él le molestara.

—Está bien. No te preocupes. Es que… Cada vez que oigo ese apellido, dejo de pensar. Gracias por decírmelo —se disculpó.

Dave asintió, quitándole importancia a su reacción.

—¿Hay alguien con Chris ahora… médicos, enfermeras, fisios?

—El médico ha pasado a verla temprano y la enfermera, hace un rato. Ahora está sola con su hermana.

Ken asintió y se tomó unos instantes. Respiró hondo. Saber que estaba a nada de volver a ver a Chris, le provocaba una sensación electrizante.

Se echó un vistazo para asegurarse de que todo estaba como debía en su persona. Aquella mañana, había asistido a una reunión importante e iba vestido acorde, con un estilo informal, pero elegante. Llevaba una chaqueta ligera color caqui, pantalones a juego, una camisa étnica india de color blanco, y calzaba botas cortas de cuero crudo. Conforme con la inspección, volvió a respirar hondo y, a continuación, golpeó dos veces a la puerta.

Shane intercambió miradas con Dave y los dos hicieron lo mismo al mismo tiempo; mirar a otra parte para ocultar su sonrisa.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

La entrada de Ken en la habitación causó un evidente impacto en las hermanas Thompson. Aunque no se trató exactamente del impacto que él esperaba.

Sin darle tiempo a que las saludara, Lilly le dedicó un silbido y, a continuación, una frase que lo expresó en palabras.

—¡Madre mía! ¡Espero que las enfermeras no te hayan visto, porque si no, entrarán aquí en plan estampida! Y no creo que el chico de la puerta pueda con ellas… —Al ver la mirada asesina de su hermana, añadió—: ¡Es la verdad! Tú, porque estás acostumbrada y has aprendido a disimular los infartos que te dan, pero a una, que la pillan de nuevas…

Chris sintió unas ganas tremendas de poner una cremallera a la boca de Lilly, pero cuando vio aquel rubor en las mejillas de Ken, otras ganas, mucho más intensas, ocuparon su lugar; las de estrujarlo entre sus brazos. Ese aspecto de su personalidad nunca dejaría de asombrarla. Ni de provocarle una intensa ternura.

Lilly tenía razón. Chris había aprendido a disimular bastante bien esa sensación efervescente que recorría todo su cuerpo cada vez que aquel hombre la miraba (o ella lo miraba a él). Era como si un millón de burbujas diminutas explotaran a la vez. Pero era una persona positiva. Estaba convencida de que siempre podía hacerlo un poco mejor.

—Hablando del chico de la puerta —le dijo, como si sus descomunales vistas no hubieran tenido el menor efecto sobre ella—, ¿me puedes explicar por qué ahora hay alguien que me anuncia las visitas y pregunta si quiero recibirlas? ¿O es que viene incluido con la prótesis de titanio en la factura, seguro que escandalosamente cara, de este hospital?

Ken avanzó hasta la cama, quitándose la chaqueta al tiempo que sonreía, consciente de que sus mejillas se habían dado por aludidas del sentido piropo que Lilly le había dedicado. Tan consciente como que de quien le habría encantado oírlo, no se había dado por aludida en absoluto.

De momento, se recordó.

—Buenos días a ti también, Lilly. Hola, preciosa… —Se inclinó sobre Chris y le dio un beso en la frente, tan ligero, que fue casi imperceptible.

Chris cerró los ojos al sentir aquel olor masculino que la envolvía. Era una mezcla de *aftershave* y colonia para hombre, que unido a su propio olor corporal, daba por resultado un aroma delicioso. Luego, sintió aquella caricia de sus labios en la frente, y el calor suave, envolvente, de su cercanía… Pero solo duró un segundo.

Ken sabía que saludarla de esa forma, probablemente, daría lugar a alguna pulla por parte de la veinteañera. Su objetivo no era complacer a Lilly, sino cautivar a su hermana mayor. Ese era

siempre su objetivo, y cuando, un instante después, sus miradas se encontraron, supo que había vuelto a conseguirlo.

Por eso no le importó que Lilly mostrara su decepción.

—*Bah…* ¿Seguro que eras tú el de esas fotos en el aparcamiento?

Ken iba a responder algo para salir del paso, cuando oyó la voz de Chris.

—¿No tienes nada que hacer, Lilly? —No había el menor rastro de humor en su rostro o en su tono.

La joven acusó recibo de inmediato.

—¿Algo, como ir a contar cuántas baldosas hay desde el ascensor hasta aquí? —propuso, todo picardía.

Tampoco esta vez hubo humor en la respuesta de Chris.

—Por ejemplo.

—De acuerdo. Si se te ocurre alguna otra cosa que quieres que cuente, me llamas, ¿vale?

Y dejando claro cuánto disfrutaba burlándose, también se inclinó a besar la frente de su hermana antes de marcharse.

En cuanto se quedaron a solas, Ken volvió el rostro para mirarla con una sonrisa divertida.

—Qué dura —dijo, sentándose a su lado, sobre el lado izquierdo de la cama.

—Es una bufona. Como no la ates en corto, se seguirá riendo de tus besos castos hasta el final de los tiempos.

¿Solo de los castos? Ah, vaya. Es bueno saberlo. La mirada de Ken se llenó de picardía y fue recién entonces que Chris se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—De los otros también se reirá hasta el final de los tiempos —se apresuró a aclarar—. En resumen, hay que atarla en corto porque es una payasa de cuidado. —Y sin darle tiempo a nada, continuó—: ¿Vas a decirme por qué tengo a un policía en la puerta?

Ken se tomó su tiempo para contemplarla a gusto antes de responder. Chris estaba parcialmente incorporada en la cama, formando un ángulo de ciento veinte grados con la espalda. Su largo cabello estaba recogido en una trenza sobre el lado derecho de la cabeza, sujeta por una goma negra con pequeñas hebras brillantes entrelazadas. Su piel tenía un aspecto terso y fresco, como si acabara de lavarse la cara. Cero maquillaje, ni siquiera un poco de rímel, pero sus labios tenían una ligera capa de algo que parecía incoloro. Recordó que la noche anterior, ella se quejaba de tener resecas la boca y la garganta, por lo que, seguramente, sería algún bálsamo labial.

Ya no vestía el camisón sanitario del día anterior, sino uno negro con mangas cortas, cuello redondo y estampado casual de corazones y rayas. Probablemente, la prenda había llegado con Lilly, en una de las tres maletas que la muchacha había traído consigo de Canadá. A la vista, había dos corazones. Uno ocupaba buena parte de la pechera, y el otro, más pequeño, estaba superpuesto a la parte inferior del primero. Simulaban el trazo a mano alzada de un pincel grueso cargado con pintura blanca. Las rayas eran dos trazos blancos situados en el borde de cada una de las mangas, como si fueran un ribete doble.

Chris le resultaba sorprendentemente real. La criatura más hermosa sobre la faz de la Tierra. Nunca había conocido a alguien como ella.

—¿Por qué me lo preguntas, si ya lo sabes? No es un policía. Se llama Dave y es de mi equipo de seguridad. No está *en* tu puerta, sino cerca. Lo suficiente para impedir que alguien no autorizado entre en tu habitación.

Estaban uno frente al otro y hablaban en un tono muy bajo, sin dejar de mirarse.

—¿Y quién es «alguien no autorizado»?

—*Paparazzi*. Reporteros. Curiosos. Cualquier desconocido, que no sea personal sanitario del hospital. Te dije que te protegería de esta locura, y eso hago. —Chris asintió con un movimiento apenas perceptible de la cabeza. En ningún momento, apartó sus ojos de él—. Y ahora me toca preguntar a mí. ¿Qué quería el padre de Sandy?

—Qué rápido corren las noticias… —dijo ella con picardía.

Y tanto que sí, pensó él. Aunque no lo bastante rápido para su gusto.

—Vino a devolverme el bastón… —Chris ignoró su mirada socarrona, y continuó—: sabía todo sobre mi estado, así que no solo fue una visita de cortesía. Quería aclararme algunas cosas y hacerme una generosa oferta.

El suspiro de Ken habló a las claras de que el asunto no le gustaba. Sin embargo, no dijo nada. Permaneció mirándola, esperando que ella continuara con su explicación.

Así lo hizo Chris.

—¿Sabías que, desde principios del año pasado, no era él quien dirigía la empresa?

—No.

A Ken le sorprendió saberlo. El hombre tenía fama de inaccesible y todos sabían que Sandy no solo era su mano derecha, sino la principal directiva de la empresa. Sin embargo, se daba por sentado que su padre era quien movía los hilos. Él era el gran titiritero de *Fox Music Entertainment*.

—Christine, su mujer, enfermó de gravedad y él delegó en su hija para poder dedicarse a ella. Por lo visto, ayer me atendieron muy rápido porque siempre hay un médico en la casa.

—Es verdad… Me dijo que el médico no tardaría, y así fue. Tenía que estar en alguna parte de la casa, de otra forma, no habría podido llegar tan rápido…

—No estaba al tanto de que Bradley les había exigido todo el material que habían reunido sobre nosotros… El equipo de confianza de su hija, que hoy ha despedido al completo, estaba reteniendo la información, esperando sus instrucciones. Tampoco sabía que ella estaba en la ciudad, en vez de en la clínica de Florida, donde había acordado pasar los próximos tres meses… Alguien del servicio doméstico le avisó que tú y yo estábamos en la mansión, y… bueno, pasó lo que pasó.

«Pasó lo que pasó», repitió él mentalmente. Decidió aprovechar la ocasión, que ella acababa de servirle en bandeja, para aclarar algo que no le acababa de cuadrar.

—¿Qué es lo que pasó?

—¿A qué te refieres?

—Estabas de pie y al minuto siguiente, estabas en el suelo. Recuerdo ver tu bastón rebotando contra la pared y pensar que un simple palo había logrado, lo que media docena de personas no había conseguido, pero… Anoche, pensándolo en frío… Eso no tiene sentido. A la velocidad que venía Sandy, sumada a la fuerza de la inercia, ¿qué probabilidades había de que un bastón pudiera detenerla?, ¿una entre mil millones? —Ken negó con la cabeza—. Si me apuras, ni siquiera habría podido hacerla tropezar…

No había sido el bastón lo que había detenido a Sandy, sino la pierna sana de Chris.

Había presenciado en alerta total, cómo esa demente avanzaba por el pasillo, desde su izquierda, sorteando todos los intentos por detenerla. Estaba apenas a un metro o metro y medio, cuando la vio arrancar el fusil de la pared y dirigirse hacia Ken, fuera de sí… Y algo dentro de Chris había hecho cortocircuito. Como si un resorte hubiera saltado, enviándola, cual disparo de catapulta, hacia delante. Había sido suficiente para detener a esa loca, pero no para mantenerla a

ella en pie. Su rodilla mala no había podido soportar el peso de su cuerpo, ya estaba rota al dar contra el suelo. El fuerte impacto había completado el desastre.

En el fondo, era su naturaleza la que había respondido ante una situación de peligro. Había personas que se quedaban paralizadas en circunstancias en las que otras reaccionaban con osadía. Ella pertenecía al segundo grupo.

Por supuesto, no pensaba admitirlo. Ya bastante preocupado estaba Ken —él y todos—, para permitir que ahora también se sintiera culpable por algo que nadie habría podido evitar. Ni siquiera ella misma.

—Pues lo hizo. Y, perdona, no es un simple palo, es *mi bastón*. ¿Recuerdas que una vez te dije que era mi arma secreta para espantar moscones? Corrijo: moscones *y dementes.*

O sea, que estaba en lo cierto. No fue tu bastón. Ay, preciosa…

La mirada de Ken se volvió tan intensa, que Chris no pudo sostenerla por más tiempo. La apartó con la excusa de acomodar mejor las sábanas.

—Me da mucha pena ese hombre —continuó ella—. Creo que es tan víctima de las locuras de su hija, como todos nosotros.

¿Sería demasiado egoísta por su parte admitir que estaba tan harto de esa gente, que no sentía pena por ninguno de ellos?, pensó él. Tan solo esperaba que esas dos horas terribles que habían pasado en la mansión Carrigton, hubieran merecido la pena.

Ken le retiró un mechón del flequillo de la frente.

—¿Conseguiste lo que querías de él?

Chris apartó con suavidad su mano y la rodeó con la suya. La apretó fuerte, con sentimiento. Siempre le estaría agradecida por respetar su silencio y aceptar que había cosas de su pasado de las que no deseaba hablar… *Que aún no se sentía capaz de compartir con nadie.* Muy agradecida de que no lo tomara como una falta de confianza en él.

—Sí. Me prometió que se ocuparía personalmente de pararle los pies a su hija.

—¿Y le crees?

—Es un hombre de palabra. Por lo pronto, su hija está desde anoche en una clínica psiquiátrica en Boston, bajo vigilancia, sin acceso a dinero alguno ni forma de comunicarse con nadie.

Ken no hizo comentarios. Chris tuvo claro que él no estaba tan convencido como ella de que Randall Carrigton-Fox fuera un hombre de honor.

—Se hará cargo de los gastos hospitalarios —continuó—. Y ha puesto a mi disposición un piso completamente equipado, con personal de servicio, una enfermera y un fisioterapeuta. Y dos tarjetas de créditos, una para Lilly y otra para mí.

¿El gran león de melena plateada estaba recorriendo la milla extra por Chris?

Vaya, vaya, vaya…

Ken no pudo evitar preguntarse si sus razones habían tenido que ver con sentirse culpable, o eran de otra naturaleza. El accidente había tenido lugar en su mansión y la causante había sido su hija. Había habido un arma involucrada. Aunque no hubiera llegado a usarla, su intención de hacerlo estaba fuera de discusión. Todo lo cual podía acarrearle consecuencias serias, si Chris decidía denunciar el suceso. Cayó en la cuenta de que diez años atrás no se habría hecho la misma pregunta. Su experiencia profesional había crecido a la par que su desconfianza respecto de la gente poderosa del negocio. Después de lo sucedido con Sandy, mucho más.

—Guau… —se limitó a decir.

Chris asintió con la cabeza varias veces. Desde luego, el empresario no había escatimado en

generosidad.

Hizo una pausa para darle la ocasión de decir lo que pensaba o preguntar qué iba a hacer ella al respecto. No le sorprendió que Ken eligiera permanecer en silencio.

—Diez minutos después de que el señor Carrigton se marchara, recibí una llamada de April Sommerfield. No sabía nada de lo sucedido, así que la pobre mujer se llevó un buen disgusto… Me dijo que no me preocupara por nada, que si aún quería seguir adelante con el curso después de mis vacaciones, adaptaría encantada la agenda del curso a mi disponibilidad. Y adivina, ¿qué? También me ofreció alojamiento —dijo con cierto tono de incredulidad.

Ken se rio con suavidad. Le acarició la nariz con su mano libre.

—Esa mujer te adora. Seguro que no esperabas otra cosa de ella. —Entonces, reparó en algo —. ¿Ibas a dar otro curso aquí?

Claro. Ken no estaba al tanto de los persistentes intentos de la OADASV, plenamente respaldados por la alta plana de su organización, para devolverla a Nashville. Sonrió con picardía.

—¿Dices que me adoran? Yo creo que es a ti a quien adoran.

Chris le habló de las distintas llamadas que las dos organizaciones habían mantenido sobre el tema, después de que ella hubiera regresado a Canadá, y los acuerdos que habían alcanzado.

—Eso es genial, Chris… —Frunció el ceño—. Pero, ¿por qué dices que me adoran? Están convencidas de que eres la mejor y te quieren a ti al frente de esos cursos. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

Chris se le quedó mirando mientras decidía si le contaba la parte del relato que había omitido. Algo que, un mes atrás, ni siquiera se habría planteado por no alimentar su vanidad.

—Las dos han visto las fotos del aparcamiento subterráneo —repuso.

Notó que sus increíbles ojos grises se iluminaban en una mezcla de agrado y picardía, y que él sacudía la cabeza con expresión divertida.

—¿Sabes lo que me dijo Charlotte Allen después de verlas? —continuó—. «Bien hecho, Thompson. Este sí que es un hombre a su medida».

La mirada de Ken acusó recibo del huracán de emociones que aquellas palabras habían desatado. Se moría por preguntarle si ella también lo pensaba. No había nada en el mundo que deseara más, que ser *ese* hombre. Una parte de él estaba decidida a preguntarlo. Decidida, y muriéndose por hacerlo. La otra, mucho más cauta, en el último segundo decidió llamar a retirada. Había razones poderosas para ello. La noche anterior, Chris había dejado claro dos cosas que a Ken le habían llegado profundamente. La primera era que confiaba en él; la segunda, que hacerlo, la aterraba. Por lo tanto… Tendría que seguir muriéndose por saberlo un tiempo más. No debía precipitarse.

Chris no dijo si estaba de acuerdo con la opinión de Allen. Había todavía mucho miedo en ella. El miedo sembraba dudas y, mientras las hubiera, no cometería el error de pronunciar palabras tan importantes en vano. No estaba preparada para hablar de sus sentimientos.

Sin embargo, había algo para lo que sí lo estaba.

Posó su mano sobre la mejilla masculina y dejó que sus ojos, siempre ávidos de él, recorrieran sus facciones despacio.

Ken se obligó a ignorar los latidos enloquecidos de su corazón, y aguantó el tirón.

Cuando los ojos de Chris acabaron su recorrido y regresaron a los de Ken, murmuró:

—¿Quieres que apague las luces? No quedará tan oscuro como un aparcamiento subterráneo, pero igual te anima…

Él se estremeció.

—Graciosilla —susurró.

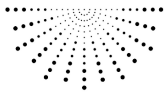
Una ligera sonrisa, casi imperceptible, curvó los labios femeninos.

Y entonces, sucedió.

Ken ladeó la cabeza sin dejar de mirarla y sus labios volvieron a tocarse por primera vez en veinte días, dando lugar a una explosión de energía amorosa. Las tres semanas de soledad y confusión se evaporaron en un instante.

Fue como si nunca hubieran existido.

EPÍLOGO



- I -

Miércoles, 11 de septiembre de 2002.

Chris se quedó mirando un instante el llavero que Ken acababa de poner en la palma de su mano. Había al menos media docena de llaves de distintas clases. Luego, lo miró a él.

—¿Qué es esto?

Él escondió lo nervioso que se sentía tras un comentario burlón.

—No me hagas mucho caso, pero yo diría que son llaves. —Cogió una de ellas, la más larga, y después de inspeccionarla por delante y por detrás con fingida atención, afirmó—: no hay duda, son llaves.

Ella se limitó a continuar mirándole.

—Son las llaves del rancho —aclaró Ken, escuetamente.

Chris guardó silencio y mantuvo una expresión lo más ecuánime posible, a pesar de que en su interior empezaba a desatarse la locura. Quería darle espacio para que se explicara, igual que él siempre hacía con ella.

Sin embargo, Ken no abundó en el asunto. Permaneció mirándola.

Acariciándola con la mirada lo expresaba mejor, puesto que así era como se sentía Chris. Muy querida.

Y muy confundida.

Hasta hacía un momento, habían estado hablando de *Mystic Oaks*. Toda la familia se estaba empleando a fondo para dejarla lista y poder mudarse cuanto antes. Ken pensaba trasladarse el domingo, en cuanto regresara de su última actuación en Oklahoma. Su padre y su tía Doreen lo harían aquel mismo día, para ir adelantando tareas antes de que llegaran sus hermanos, Tim y Jim, que arribarían a Nashville el viernes a última hora del día para sumarse a la cuadrilla de trabajadores. Por el momento, solo pasarían el fin de semana en *Mystic Oaks*, pero estaba previsto que en cuanto recogieran la última cosecha en el rancho de Springfield, comenzarían el traslado de la actividad agropecuaria de Ohio a Tennessee.

Ken estaba tan emocionado, que se había explayado durante un buen rato, contándole las mejoras que tenía previstas y describiéndole sus rincones favoritos de la enorme finca. Cuando le

había llegado el turno al edificio que había hecho construir para trabajar en su música, sus ojos desprendían chispas de ilusión. Se lo había descrito con tal detalle, que Chris sentía que ya lo conocía, aunque nunca hubiera puesto un pie allí…

Después habían estado comentando los planes para el fin de semana. Ken se iba de viaje en un rato. Recorrería mil quinientos kilómetros en cuatro días, dando conciertos en varias ciudades. Puesto que no creía que pudiera regresar a Nashville hasta el domingo a mediodía, si a ella le daban el alta el viernes, como estaba previsto, sería Robert Bryan quien iría a recogerlas, a ella y a Lilly, para llevarlas al aparthotel, el mismo donde se habían hospedado la vez anterior. Habían efectuado una reserva de siete días, hasta que encontraran un piso o, quizás, una casa pequeña, adecuada para alojar a los dos miembros humanos y al terremoto perruno de la familia Thompson.

Y ahora, esto.

¿Qué significaban esas llaves en su mano? Ken estaba al tanto de su decisión sobre el tema del alojamiento para los próximos tres meses. Estaba al tanto de que ella había rechazado el ofrecimiento de Randall Carrington-Fox y también el de la mismísima April Sommerfield. Lo sabía y, hasta el momento, no había hecho el menor comentario. A Chris no le había extrañado. Si algo le había demostrado Ken, sobradamente, era que respetaba sus tiempos, sus silencios y, por supuesto, sus decisiones. Así que…, ¿a qué había venido ese gesto? ¿Qué esperaba que hiciera al respecto?

—¿Para qué me das esto, si conoces mis planes? —le preguntó, al fin.

Ken le había dado mil vueltas a la forma de decirle lo que pensaba, lo que sentía, sin que pareciera que estaba forzando las cosas. Al fin, aquella mañana, al despertarse, lo había visto claro. Tan claro, que le resultó increíble haber tardado tanto en hacerlo.

Se encogió de hombros con simplicidad. Procuró que su tono sonara natural, a pesar de que en su interior *también* empezaba a desatarse la locura.

—Te las doy porque son tuyas. Toda mi gente tiene un juego.

El corazón de Chris se saltó un latido. «Mi gente», pensó. Y, al igual que la primera vez que había oído de sus labios esas dos palabras, sus ojos se empañaron, y empezó a ver borroso.

—Has vuelto a sacar al hombre intenso del armario… —murmuró al tiempo que sacudía la cabeza.

Pero no continuó. La emoción le oprimía la garganta.

Ken mantuvo la calma. No buscó establecer un contacto físico. Se moría por hacerlo, pero se contuvo. No deseaba ver lágrimas en sus ojos. Aunque fueran lágrimas de emoción.

—Guárdalas, Chris. Y úsalas, si quieres…, cuando quieras o las necesites. Para eso sirven unas llaves, ¿no?

Chris tragó saliva. Volvió a mirarlo.

—¿Y si no las uso? —se las arregló para preguntar.

A pesar de saber muy bien lo que ella quería decir, Ken fue a por todas.

—Seguirán siendo tuyas. Y *Mystic Oaks* seguirá siendo tu casa. Lo que hagas… o no hagas, no cambiará nada. —Tras una breve pausa, añadió—: guárdalas, y no lo pienses más. ¿Te parece bien?

Chris asintió ligeramente con la cabeza. No pronunció una sola palabra. No podía hablar.

Sus miradas se encontraron largamente, y cuando ambos estaban a punto de dejar que un beso expresara el millón de cosas que sentían, a las que ninguno había puesto nombre todavía, se oyeron dos golpes en la puerta.

Se apartaron como si los hubiera alcanzado un rayo. Cuando la puerta se abrió, Ken ya estaba de pie, junto a la cama.

Un hombre de alrededor de cuarenta años, con muy buena forma física, apareció en la puerta. Llevaba el pelo oscuro muy corto, como si fuera un soldado, gafas con montura de pasta, y un pijama sanitario de un color distinto al de los médicos y las enfermeras.

—¿Señorita Thompson? Soy Ralph, su… ¡Ken Bryan! ¡Qué sorpresa! Creo que estoy a punto de quedar como un duque con mi mujer… —Fue hasta él y estrechó su mano con entusiasmo—. ¿Me firmarás un autógrafo? ¡Por favor! Cindy… Mi esposa tiene todos tus discos. No nos perdemos un concierto… ¡Dios, no me va a creer cuando le cuente que he estado contigo!

Chris había pasado de la emoción a reírse de aquella demostración de genuina adoración que Ken presenciaba con su actitud de siempre, como si no acabara de creer que era él quien provocaba tanta excitación en otras personas.

—Claro, hombre… ¿Tienes algún papel o algo donde firmar? Yo no tengo nada —dijo, después de palpar los bolsillos de la chaqueta que había dejado a los pies de la cama.

El hombre se rio divertido.

—¡Normal! Seguro que no vienes a un hospital pensando en firmar autógrafos… Mira, firma aquí, y si se lo dedicas a Cindy, te haré un monumento —dijo, entusiasmado. Le entregó una ficha de pacientes en blanco.

Ken firmó una dedicatoria para su mujer y se la entregó.

—No es necesario que me hagas un monumento. Me basta con saber que quedarás como un señor con tu chica. ¡Eso siempre es bueno!

Ralph cogió la ficha, como si se tratara de una pieza de colección carísima.

—¡Muchas gracias! ¡Se va a poner loca de contenta!

—De nada, hombre —repuso Ken. Cogió su chaqueta y miró a Chris—. Hablamos —le dijo, mostrando un gesto de llamada telefónica, cuando ya estaba en la puerta.

Ella asintió varias veces con la cabeza. Suspiró. Ya lo estaba echando de menos.

Fue entonces cuando Ralph volvió a la realidad. Miró a Chris y se puso rojo.

—¡Uy, disculpe…! Señorita Thompson, lo siento… Soy su fisioterapeuta. Hoy comenzaremos a trabajar con su rodilla. ¿Está preparada para volver a erguirse sobre los pies? ¡Seguro que sí, tiene cara de estar preparada para todo!

Chris no pudo más que conceder con un movimiento de la cabeza ante aquella última observación que le resultó de lo más oportuna.

A pesar de sus dudas y de sus miedos, podía dar fe de que nunca se había sentido tan preparada para abrazar la vida, como ahora.

- II -

Sábado, 14 de septiembre de 2002.
Por la noche…

CHRIS VOLVIÓ A DEJAR el jersey en la maleta y se estiró a coger el móvil de la mesita de noche.

Su sonrisa, la misma que no podía quitarse de encima desde que había abandonado el hospital, se hizo aún más grande.

—Eh… ¿Has dejado el tema a medio cantar para venir a llamarme? —le dijo tras consultar la hora en su reloj de muñeca. Oyó su risa suave.

Desde luego, su nivel de desesperación por ella daba para eso y mucho más, pensó Ken.

—*Siempre hay algún retraso. Y ahora que tengo una novia a quien llamar, aprovecho el tiempo.*

Chris emitió una risita cómica. Le había hecho gracia su forma de decirlo. Menudo zalamero. Seguro que nunca le había faltado alguna chica a la que llamar. También se había reído por los nervios. Sabía que nunca había tenido una novia, él se lo había dicho. Y en eso estaban a la par, puesto que tampoco había habido un novio en su vida. La palabra le había hecho cosquillas en el oído… Algo que *tampoco* pensaba reconocer.

—¡¿Y entonces qué haces hablando conmigo?! —exclamó.

Y, acto seguido, empezó a desternillarse de la risa.

—*¿Conoces ese refrán que dice que el que ríe el último, ríe mejor? Mañana, en exactamente quince horas, me tendrás a sesenta centímetros de tu cara, preparado para comerte a besos y para desnudarte, prenda a prenda, muuuuy despacio… A ver cuánto te ríes, entonces.*

Chris se apoyó contra el cabezal de la cama y cerró los ojos. Soñaba con ese momento. Tanto como él.

—Pero todavía faltan quince horas —murmuró—. Propongo que mantengamos la emoción con las riendas cortas, ¿te parece?

Un suspiro le anunció que él accedería, aunque fuera de mala gana.

Cuando Ken volvió a hablar, efectuó un drástico cambio de tema.

—*¿Qué tal va la herida de tu pierna?*

Chris sonrió complacida. Hablar de algo tan poco sugerente como los dos tajos que tenía en la rodilla, le parecía un tema bastante seguro para dos amantes que llevaban días sin verse y apenas podían esperar para consumar su amor en el sentido más bíblico de la palabra. Se inclinó a mirar su rodilla.

La gran venda que asomaba por debajo de sus pantalones cortos hacía parecer mucho más aparatosa la hinchazón. Sin embargo, las cosas mejoraban. Hacía un rato, Lilly le había hecho la última cura de las tres requeridas a diario. La herida más pequeña progresaba bien, a pesar de los desgarros ocasionados por la caída. La herida principal, un corte longitudinal de ocho centímetros en el centro de la rodilla, estaba cicatrizando muy bien. Le habían asegurado que cuando retiraran los puntos quirúrgicos la cicatriz sería imperceptible. Sin embargo, toda la zona estaba bastante inflamada todavía.

—Mi pierna derecha parece una morcilla y no aguanto de pie más de cinco minutos, pero no me quejo. Según los médicos, podré competir en atletismo en los Juegos Olímpicos de Atenas, así que… —Oyó que él se reía y continuó—: eso sí, tengo una silla de ruedas que es como el coche fantástico [1]. Si quieres, podemos hacer carreras cuando vuelvas. Tú, en tu adorada camioneta, y yo en mi bólido de dos ruedas.

—*¿Y eso? La que tenías en el hospital me pareció bastante normalita.*

—No es la del hospital. Esta es cortesía del señor Carrigton. Rechacé todo lo demás que me ofreció, no podía decirle que no a esto también. Además, tener una silla a la que solo le hace falta ponerse a lavar los platos para ser perfecta, me facilita mucho la vida.

Ken detestaba tener algo que agradecerle a aquel hombre. Se ponía de mal humor tan solo con oír su nombre. Pero Chris se estaba recuperando de una operación, necesitaba ayuda para casi todo y él no estaba allí para dársela, sino a ochocientos malditos kilómetros.

—*Qué gran detalle por su parte. Y qué gran idea* —concedió.

—Así es. Y hablando de detalles… ¿Te ha dicho tu padre cuánto le agradecí su detalle de venir a recogerme al hospital…, a pesar de haberte dejado claro que Lilly y yo tomaríamos un taxi?

Ken ya estaba esperando el rapapolvo. De hecho, le extrañaba que hubiera tardado tanto en llegar.

—*No te enfades… Soy un Bryan, entiéndeme. No puedo no hacer lo que hago. ¡Mi padre me retiraría el saludo!* —intentó bromear.

Ni Chris quería que dejara de hacerlo. En realidad, no había nada que cambiaría en él.

—No me enfado. Al contrario. Me encanta que seas amable. Tus galanterías mucho más. Lo que no me gusta es que me digas que sí, como a los locos, y luego hagas lo que quieras. Si me dices que sí, entonces, debe ser sí, Ken —Sonrió—. De lo contrario…, defiende tu postura y que gane el mejor.

Ese punto no era negociable, de modo que, siempre ganaría él. Pero no hacía falta admitirlo ahora.

—*Entonces, tampoco estás enfadada por lo de Dave* —se adelantó. Ya estaba riendo cuando añadió—: *sí, mi padre también me lo ha dicho…*

Ken se refería al miembro de su equipo de seguridad encargado de guardar toda puerta detrás de la que Chris se hallara. No solo la de su habitación en el hospital. Siempre habría alguien custodiando sus preciosas espaldas.

En efecto, Chris le había dejado claro que una vez que abandonara el hospital, ya no serían necesarios los servicios del personal de seguridad. Al igual que había sucedido con el asunto del traslado al aparthotel, Ken se había mostrado de acuerdo. Y luego, había acabado haciendo lo que le había dado la gana.

Pero como ya no estaba en el aparthotel, carecía de sentido discutir ese punto.

—Tampoco —concedió ella con una sonrisa traviesa.

—*Genial. Ay, me parece que está a punto de acabarse lo bueno…* —Soltó un bufido—. *Es Tom. Ha venido a buscarme. Después, tengo una entrevista y después del después, una cena con los organizadores del festival… Bueno, cena, lo que se dice cena, no. Me han dicho que habrá platos fríos y sandwiches. Pero esas movidas siempre acaban tarde… ¿Hablamos mañana?*

—Hablamos mañana —concedió—. Contaré las horas.

A Ken se le rio el alma.

—Y yo, preciosa. Y yo.

DESPUÉS DE CORTAR CON KEN, Chris continuó deshaciendo las maletas. Detestaba sentirse tan inútil, de forma que había insistido en que se ocuparía de ese asunto. Al fin, Lilly lo había dejado por imposible.

Y allí estaba ella, sentada sobre la cama de dos plazas, junto a una maleta abierta, sacando las prendas una a una, y colocándolas en montoncitos, dependiendo de la parte del armario donde las

guardaría. Luego, se trasladaba con cuidado de la cama a la silla de ruedas, e iba llevando los montoncitos al armario hasta que volvía a haber espacio sobre la cama. Y vuelta a empezar.

La segunda maleta estaba más desordenada que la primera. A pesar de que había venido con Lilly desde Toronto, como las demás, las cosas que contenía eran las que había estado usando durante su semana en el hospital. A último momento, habían guardado en ella todo lo que aún quedaba en la mesilla auxiliar y en el baño, incluido su cargador del móvil.

El contenido de esa maleta sería más laborioso de clasificar en montoncitos, pensó con un mohín cómico. Armándose de paciencia, se puso a la tarea.

En aquel momento, un terremoto de cuatro patas, blanco como la nieve, entró corriendo en la habitación, subió de un salto a la cama y se puso a darle besos a su humana.

—¡Eh! ¡Hola, chiquitín! Gracias, gracias, gracias por tanto cariño, pero dime una cosa. —Tomó su morro entre las manos—. ¿No te he dicho ya, que no te subas a la cama, eh?

—Sí, pero eso era en Canadá, ¡ahora estamos en otro país! —exclamó Lilly, desde el salón, imitando la voz imaginaria que, según ella, tendría Sultán, si los perros pudieran hablar.

—De eso nada —repuso Chris—. Las camas son camas en todas partes del mundo y no están permitidas a los perritos —dijo, apoyando un dedo sobre el hocico de Sultán—. ¿Entendido, terremoto?

Si mordisquearle el dedo era sinónimo de que lo había entendido, entonces el cachorro no volvería a subirse a la cama, pensó Chris riendo.

Un instante después, Lilly entró en la habitación y se sentó sobre la cama, en un espacio libre de montoncitos al tiempo que decía:

—Acabo de sacarlo de una madriguera, ¡y tú, preocupada porque se sube a la cama! —relató. Miró la hora y volvió a ponerse de pie—. Será mejor que empiece yo con la cena… Dottie todavía sigue a mitad de camino. ¡Está asfixiada, la pobre! Estas mujeres de ciudad… ¡Hacen un kilómetro de nada, y ya no pueden con su alma! —celebró, y volvió a desaparecer de la habitación, partiéndose de risa.

—¿Y la has dejado sola? No conoce el terreno y está oscureciendo —reclamó Chris—. ¡Ve a buscarla, no seas mala, Lilly! —ante su silencio, insistió—: ¡Lilly! ¡Por favor, ve a buscarla!

Al cabo de unos instantes, oyó su voz.

—Vaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaale. Voy. Pero coge bien a Sultán y que se quede contigo. No pienso volver a correr detrás de él.

De inmediato, Chris abrazó al cachorro.

—Sí, sí, ya lo tengo. ¡Ve, corre!

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, liberó a Sultán. El cachorro se quedó encima de la cama, husmeando todo lo que Chris había depositado en ella. Luego, se metió dentro de la maleta y empezó a hacer lo mismo con lo que quedaba allí dentro.

La curiosidad de Sultán hizo sonreír a Chris. Olisqueaba todo lo que encontraba. Metía su morrito en cada rincón y en cada pliegue de la ropa. Era la versión Husky de Lilly. No le extrañaba que los dos fueran uña y carne.

En aquel momento, el morro de Sultán empujó una ligera blusa de seda, dejando al descubierto un cuaderno de tapas rojas.

Ella apartó la cabeza del cachorro y cogió su diario. Se lo puso sobre las piernas, volvió a recostarse contra el respaldo y permaneció mirando el sobre celeste azulado que sobresalía un par de centímetros del borde de la cubierta de cartón duro.

La carta de Ken continuaba allí, con el sobre intacto. En su momento, se había obligado a no

abrirlo. Estaba segura de que la ternura de aquel hombre, reduciría a escombros sus defensas. Que la devolvería irremediablemente a Nashville, sin billete de retorno.

Pero ya estaba en Nashville.

Y seguía deseando saber qué decía esa carta. Lo deseaba incluso más que el primer día.

Cogió un extremo del sobre con la punta de los dedos y tiró hasta sacarlo del interior del diario.

Notó que el corazón latía muy fuerte y que sus manos estaban sudadas. Se las restregó contra los pantalones y volvió a coger el sobre.

Leyó su nombre y su dirección, escritas en tinta de color negro, con letra redondeada y de trazo regular. Tenía una letra preciosa. Claro, cómo no, pensó.

Dio la vuelta al sobre y vio sus iniciales y aquel apartado de correos de Nashville.

Suspiró.

Miró alrededor en busca de algo con lo que abrir el sobre. Quería dañarlo lo menos posible, ya que pensaba guardarlo como oro en paño. No vio nada que le sirviera y se palpó el cabello. Retiró una de las horquillas que lo sujetaban en un moño bajo a la altura de la nuca, y la introdujo por un extremo del sobre. Luego, la deslizó con fuerza suficiente para rasgar el papel y continuó empujando la horquilla hasta el final.

Tuvo que volver a secarse las manos. Estaba nerviosísima.

Al fin, extrajo el contenido. Era un folio, del mismo color que el sobre. Estaba fechado en Denver, durante el mes de agosto. Su corazón volvió a acelerarse al ver aquellos párrafos… Era un poco como tener a Ken, allí mismo. Tan cerca, que podía sentirlo.

Leyó:

> Hola, Chris:
>
> Este es el tercer intento de escribirte. Los dos primeros acabaron en la papelera, pero espero que esta sea la vencida. Empezar algo nunca es pan comido… Por más que, para venirnos arriba, nos digamos que sí… Y esto me está haciendo sudar de lo lindo… Vale, basta de guasa. Siempre hay que empezar por el principio, ¿no? Y el principio, en este caso, es decirte que lo siento mucho. Siento muchísimo lo que te dije la última vez que nos vimos. Debí darme cuenta de que para ti esas fotos eran un asunto muy importante, que no tenían la misma lectura que tiene para todo el mundo. Ni por asomo…
>
> Y también debí darme cuenta de que había más razones para que te largaras en plan estampida de búfalos cabreados… Por más asombrado (y herido en mi vanidad, no voy a negarlo) que estuviera, debí parar y pensar. Alguien como tú no hace algo así, sin buenas razones.
>
> Sé que sabes lo de mi paso por el infierno. Sandy me lo escupió a la cara antes de que la obligaran a irse de vacaciones. Así lo llama su familia. Imagino que para no tener que decir abiertamente que la han internado en un psiquiátrico… Está claro que se las ha arreglado para hacer mucho daño antes de que la encerraran. Lamento mucho que te enteraras así… Y me da un poco de vergüenza escribir

esto, pero es la pura verdad: iba a decírtelo. Si no lo hice antes fue por…

¿Cobardía? Supongo que la palabra es esa. Me digo a mí mismo que fue por falta de tiempo. Por no encontrar el momento adecuado para decir algo tan poco sexi, como que soy un adicto. Por no encontrar las palabras adecuadas, las que te desencantaran menos, las que te hicieran menos daño… Y deslucieran menos, mi brillante fachada de hombre perfecto… Pero, ahora, veo claro que fue por falta de valor.

VALOR. Cinco letras han podido conmigo. Quién lo habría dicho.

Llevo más de un año recurriendo al valor para mantenerme a flote. Para volver a mirar a mi gente a los ojos, sin que la vergüenza me doblegue. Para seguir adelante, y no mirar atrás. Para hacerlo sobrio, sin estímulos de ninguna clase, y para decirle a mi mente que así es como debe ser. Para volver a ver el color y el interés en las cosas cotidianas, para volver a ser una persona normal, que se enfrenta a la normalidad de sus días, como todo el mundo. Y mucho más valor, para no claudicar cuando el aburrimiento puede conmigo. Algo que, como seguro te imaginarás, sucede cada cinco minutos.

Pero no tuve el valor suficiente para ver cómo el dolor de saber lo que hice y lo que soy, te rompía el corazón en mil pedazos…

Lo siento en el alma, Chris. Ojalá, puedas perdonarme.

Ken».

Chris la releyó dos veces más antes de volver a guardarla con mucho cuidado en el sobre. Sentía el corazón repicando en el pecho, pero esta vez se trataba de una emoción distinta. No había tristeza, ni dolor. Tampoco miedo, ni mucho menos, decepción.

Había amor. Un amor profundo y enorme, que no dejaba de crecer. Y también mucha, muchísima admiración por Ken.

Las palabras de Charlotte Allen acudieron a su mente y, por primera vez, Chris asintió convencida de que estaba en lo cierto.

Ken Bryan era un hombre a su medida.

- III -

Domingo, 15 de septiembre de 2002.
Mystic Oaks,
Davidson County, Tennessee.

KEN DETUVO la camioneta junto al camino principal y bajó de un salto. Abrió la puerta de atrás y desató a sus perros. Acababa de recogerlos del centro veterinario de Gary y Paul, y estaban hechos dos pinceles; limpios y perfumados.

—Venga, id a saludar, pero no echéis a correr campo a través, como hacéis siempre, porque tenemos que irnos. O sea, entramos, saludamos y nos vamos, porque Chris nos está esperando, ¿entendido? —dijo frotando primero la cabeza de Noah y luego la de River. Los cachorros ladraron y Ken sonrió satisfecho—. ¡Así me gusta!

Los dos Terranova salieron corriendo, pero, en vez de dirigirse hacia el edificio principal, a mitad de camino torcieron a la izquierda y fueron al encuentro de otro amiguito de cuatro patas que acababa de aparecer entre los árboles. Sus ladridos alertaron a Ken. Se volvió justo en el momento en el que un cachorro blanco inmaculado, elevaba su morro hacia el cielo y emitía un largo aullido.

Un instante después, Ken empezó a reírse a carcajadas.

—¡Tú eres Sultán! —exclamó, casi al borde de un ataque de alegría—. ¡Y si tú eres Sultán, ¿dónde está tu humana?!

—Aquí —dijo una voz que, en esta ocasión, provenía del edificio principal.

Chris estaba junto a la puerta, sentada en su bólido de dos ruedas, con los codos apoyados en los reposabrazos, sonriendo, y mirándolo con ese mar en calma que tenía por ojos. Alrededor de ella estaban todos los demás confabuladores —Robert, Doreen, Jim, Tim y Lilly—, y uno más que no esperaba; Dottie, la tía de las chicas. La mujer, que se quedaría una semana de visita, había venido desde Toronto a bordo de un coche de alquiler con Sultán de copiloto para evitar que el cachorro hiciera el viaje sedado en la bodega de un avión.

Ken se agarró la cabeza en un gesto de pura ilusión.

—¿Sabéis qué? —les dijo—. Ya os ajustaré las cuentas después. Ahora, con vuestro permiso, y aprovechando que aquí no hay ningún *paparazzi*, pienso comerme a mi chica a besos.

Acto seguido, Ken corrió hacia Chris, la levantó de la silla, tomándola por las axilas, y se dedicó a cumplir su advertencia con pelos y señales.

LA COMIDA HABÍA estado aderezada con anécdotas y pullas, y la sobremesa se había extendido durante más de dos horas.

Chris y Ken ocupaban sitios contiguos y se habían pasado todo el tiempo compartiendo confidencias. Aunque ambos se esforzaban por socializar con los demás, era evidente que no lo conseguían. Además de la alegría de volver a verse, había más elementos que convertían aquel mediodía en uno muy especial.

Era la primera vez que Chris estaba en *Mystic Oaks* y Ken no había tardado en comprobar que había caído subyugada por la gran belleza del lugar, tan pronto lo había visto. Ella misma no dejaba de hablar de los rincones que había encontrado en los escasos dos días y medio que llevaba allí. Alabando su belleza con tanto entusiasmo, que Ken no podía apartar sus ojos de ella.

También era la primera vez que estaban ante los suyos como pareja. Después del primer momento romántico fuera de la casa, habían intentado mantener la compostura y participar de las conversaciones con normalidad. Pero la iniciativa había durado poco. Hasta que Ken había depositado su mano sobre la rodilla de Chris. Ella no solo no la había retirado, sino que había

puesto la suya sobre el muslo masculino. Poco después, compartían tarta de la misma cuchara y cuando estaban sirviendo los cafés, el brazo de Ken descansaba sobre los hombros de Chris y se hablaban en susurros.

Fue después de los cafés, cuando Robert propuso pasar al salón, que Chris se acercó al oído de Ken.

—Vamos a dar una vuelta.

La mirada masculina rezumó picardía.

—¿Y cómo de larga quieres que sea la vuelta? ¿Hasta mi estudio, que está a un kilómetro, donde nadie nos molestará? —acompañó sus palabras con un movimiento sensual de las cejas.

Sin duda, era una gran idea. La pondrían en práctica más tarde. Ahora, tenía otra cosa en mente.

—Lo suficiente para hablar de nuestras cosas a solas. Y cuando digo a solas, me refiero también a los peluditos. Ya volveremos a buscarlos cuando hayamos acabado.

Un fugaz fruncimiento en la frente de Ken le informó a Chris que él acababa de darse cuenta de que los tiros no iban por donde él creía.

—Mmm… De acuerdo. Entonces, conozco el lugar perfecto. Hay un arroyo precioso, que está rodeado de árboles muy altos y una alfombra bien mullida de hierbas y flores, que no te cansas de mirar… ¿Qué dices?

—Perfecto. Entonces, vamos. —Se estiró hacia atrás para poder tocar el hombro de su hermana, que estaba sentada un asiento más a su izquierda—. Cariño, coge a Sultán. Cuando hayamos cerrado la puerta, ya puedes soltarlo.

—Eh, si piensas dejar a esas dos bestias aquí, que sepas que no vamos a poder cogerlas como al lobito —dijo Jim—. ¿Qué propones?

Ken ya se había puesto de pie y seguía a Chris, que a bordo de su supersilla, avanzaba a toda velocidad hacia la puerta, cuando dijo:

—¡Dales un hueso, tío!

—Pero, ¿cómo? —intervino Tim—. Estos finolis, que viven a dieta perruna porque su dueño nunca se sale del programa, ¿comen huesos?

Ken se limitó a saludarlos, elevando un brazo. Una señal clara de que podían continuar con sus pullas hasta la Navidad, que él no se quedaría a presenciarlas.

Del plato de los hermanos Bryan salieron volando dos huesos junto con las consabidas órdenes para que los cachorros fueran a cogerlos.

El truco no funcionó.

En cuanto, Noah, que era el más curioso, se percató de que Ken estaba junto a la puerta, echó a correr, esquivando pies y sillas, con gran destreza. River no tardó en hacer lo mismo. Sultán, que estaba sobre la falda de Lilly, con sus orejas muy rectas y los ojos clavados en la puerta, soltó un aullido. Y luego, otro, y otro más. Robert se tapó los oídos mientras todos explotaban en carcajadas.

Chris sacudió la cabeza risueña.

—Vaaaale —dijo—. ¡Madre mía, Sultán! ¡Ni siquiera al baño me dejas ir tranquila!

CHRIS, Ken y los tres cachorros habían recorrido el estrecho sendero abierto a través de un denso

bosque de cipreses y castaños americanos en medio de risas, ladridos y aullidos. En especial, Ken disfrutaba al comprobar que, cada vez que les arrojaba un palo, siempre era Sultán el que lo cogía primero. El peludito era veloz como un rayo.

A pesar de lo bien que lo estaba pasando con los perros, no perdía de vista que la mirada de Chris, a veces, se quedaba perdida en el paisaje. Como si sus ojos estuvieran allí y su mente, a kilómetros. Dado que había sido ella quien había propuesto un paseo a solas, Ken empezaba a sospechar que Chris se traía algo serio entre manos.

Ignoró la punzada que atravesó su estómago. Hizo lo mismo con aquel pensamiento agorero, de la clase «ay, Dios, ¿qué es lo que sucede?», y volvió a concentrarse en los perros.

Al llegar al final del sendero, un rincón mágico apareció ante sus ojos. Ken pensaba convertirlo en una especie de jardín japonés, pero, incluso tal como estaba, pura naturaleza salvaje, su belleza era sobrecogedora.

Chris inspiró profundamente aquel aire cargado de aromas, y sonrió.

—¡Qué maravilla, Ken! Sospecho que, de ahora en adelante, cuando llegues y no me encuentres a la vista, sabrás dónde venir a buscarme.

—Guau… ¿De ahora en adelante, has dicho? ¡No sabes lo bien que me ha sonado esa frase! —coqueteó él.

Después de ayudar a Chris a bajar con la silla el pequeño terraplén que conducía a la orilla del arroyo, Ken la guio hasta el tocón de un viejo fresno que no había sobrevivido a la última tormenta. Chris activó el freno mientras Ken barría con una mano el polvo y las hojas que había sobre la superficie del tronco. A continuación, se sentó.

—Bueno, dispara —dijo, incapaz de soportar su ansiedad por más tiempo.

—¿Tan evidente es?

—Para mí, sí.

Chris sonrió. Posó su mano sobre la botonera y pulsó el mando que elevaba el reposapiés derecho, de forma de no forzar su flamante articulación de titanio a permanecer en un ángulo de noventa grados mientras estuviera sentada.

—Qué aparato más listo —se rio Ken. Consciente, por supuesto, de que reía de los nervios.

—¿Has visto?

A continuación, Chris se giró un poco para inclinarse a abrir la lujosa alforja de cuero repujado que la silla tenía sobre el lateral izquierdo y extrajo un grueso cuaderno, que puso sobre su falda.

—Voy a contarte algo, pero primero quiero que leas esto.

Ken cogió el cuaderno de tapas rojas que Chris le tendía y se la quedó mirando, esperando instrucciones.

—Ábrelo por donde está la marca.

Él supo a qué se refería en un instante. De hecho, lo reconoció.

—¿Por marca, te refieres a la carta que te envié a Toronto y que sigues sin abrir?

—Para tu información, la he abierto. ¿Ves? —dijo, cogiendo el extremo que sobresalía del cuaderno y moviéndolo delante de sus ojos.

—Guaaaaaau… —Ken se frotó las manos—. ¡Esto marcha!

Sin embargo, cuando volvió a mirarla, Chris no sonreía.

Ken bajó la vista. Ahora que el sobre no estaba sobre la página, otro documento había quedado expuesto. Era la fotocopia de un artículo de periódico. Estaba lleno de pliegues, como si antes hubiera estado guardado en un monedero o en el bolsillo interior de una cartera.

Lo tomó y se lo acercó a los ojos.

Y lo siguiente en lo que reparó fue la nota que tenía adherida:

«Esto no aparece en su currículum. Tampoco en sus datos fiscales o sanitarios. Qué curioso, ¿verdad?».

Un escalofrío recorrió la espalda de Ken.

—¿Qué es esto?

—Venía en el sobre anónimo que me entregaron, junto con el dosier sobre tu paso por las clínicas de rehabilitación.

¡Hija de puta!

Ken abrió la boca, presa de la indignación. Se puso de pie de repente al tiempo que sacudía la cabeza. A duras penas, consiguió contenerse.

Los cachorros corrían entre los árboles, ladrando y aullando. A veces, se acercaban a reclamar una ración de mimos. Chris se los daba. Ken ni siquiera parecía darse cuenta de que Noah estaba frotaba el hocico contra sus vaqueros desgastados.

Al fin, él se volvió a mirar a Chris.

—Dime qué es esto, por favor.

Chris hizo un mohín triste con la boca.

—Será más fácil, si lo lees.

Ken exhaló el aire, angustiado. Volvió a sentarse sobre el tocón y acercó el papel a su cara.

El título del artículo mostraba a las claras que pertenecía a la sección de sucesos del periódico. Decía: «Freeport, Gran Bahama. Hombre mata a puñaladas a su esposa y a su hijo de 12 años».

La noticia continuaba relatando que el matrimonio, conocido en la localidad por sus constantes discusiones, tenía otras dos hijas —la mayor de 9 años y un bebé de 8 meses—, que no hallaron en el domicilio. La policía había organizado batidas por la zona, ya que creían que la niña podía haber escapado, llevándose consigo al bebé, pero al momento del cierre de la edición, ambas continuaban en paradero desconocido.

El presunto autor, un hombre de 42 años, de nacionalidad británica, que había sido capturado cuando intentaba huir, mostraba signos de estar bajo los efectos de una combinación de alcohol y sustancias psicotrópicas. Había sido detenido y puesto a disposición judicial.

Cuando Ken volvió a alzar la vista, Chris notó su palidez. Sus ojos parecían hundidos en las órbitas. Brillaban intensamente. La miraba en silencio, incapaz de articular una palabra.

Ella tomó su mano y la apretó suavemente.

—Somos nosotras. Lilly y yo.

—¡Por Dios! —fue todo lo que salió de la boca de Ken antes de ponerse de cuclillas frente a ella, y rodearla con sus brazos.

Al detectar las emociones de su amo, Noah y River abandonaron todo interés por el palo y fueron hacia Ken. Daban vueltas alrededor de la silla y, a veces, se acercaban lo suficiente para intentar meter el hocico entre Chris y Ken.

Él hacía caso omiso de los cachorros. Estaba conmocionado.

Procedía de una familia unida, que había cerrado filas en torno a Robert Bryan, cuando él había enviudado. No podía imaginar crecer sin el amor de su padre, sin la permanente devoción

de su tía. Simplemente, no podía.

Chris se dejó querer porque lo necesitaba. Y se obligó a mantener la serenidad, porque también lo necesitaba. Había sucedido hacía mucho tiempo, pero esta era la primera vez que lo compartía con alguien, y estaba resultando mucho más duro de lo esperado.

—El niño de doce años…, nuestro hermano, se llamaba George —continuó—. Siempre intentaba protegernos. Siempre le hacía frente. Y ese día, cuando se dio cuenta de que, después de herir a nuestra madre, el energúmeno había ido a por mí y me había cogido por el pelo, mi hermano se metió en medio de los dos y empezó a forcejar con él. Todavía oigo sus gritos: «¡Correeeee, correeeee!». Un segundo de lucidez… Bueno, no sé si una niña de nueve años puede tener un segundo de lucidez, pero algo debí presentir, porque cogí en brazos a Lilly, y eché a correr. Corrí y corrí, sin mirar atrás…

»Nadie lo sabe, excepto Dottie. Fue ella la que me encontró, escondida en la caseta de las herramientas de la casa de su hermana que, por entonces, vivía con su marido en Bahamas. Desde hacía un par de años, creo. Dottie estaba pasando sus vacaciones con ellos. Dentro de todo, Lilly y yo tuvimos mucha suerte… Es asistente social, ¿sabes? Trabajaba en adopciones. Fue quien tramitó la nuestra. La que nos consiguió un hogar donde pudiéramos continuar juntas. Su hermana no podía tener hijos. Llevaban tiempo intentando adoptar uno, pero las autoridades daban preferencia a matrimonios más jóvenes. Además, querían un hijo, no dos. Pero Dottie no cedió. Y su hermana acabó aceptándonos a las dos.

Ken le dio su botella de agua. Chris bebió un buen sorbo.

—Lilly no lo sabe. He querido protegerla de esto toda la vida. Además, la hermana y el cuñado de Dottie no estaban interesados en que se supiera que éramos adoptadas. Regresaron a Canadá, esta vez, a Toronto. Y todos empezamos una nueva vida, como una familia… Espero, *ruego*, por que Lilly no lo sepa nunca. Pero, de algo, puedes estar seguro; si alguna vez llega a saberlo, no será por mí. —Respiró profundamente y lo que dijo a continuación sonó carente de emoción. Tanto, que a Ken le dolió en el alma—: Con una tullida emocional en la familia es más que suficiente.

Ken hizo que ella apoyara la frente contra su hombro y permanecieron en silencio durante un rato.

—Por eso te mostraste tan reacia a hablar de tus padres, cuando te lo pregunté… —dijo él—. Ni siquiera te refieres a ellos como tus padres adoptivos… ¿Por qué? —Entonces, recordó algo —. Me dijiste que eras el patito feo de la familia. —Buscó su mirada—. ¿No te trataban bien?

Chris le acarició la barbilla.

—Querían a Lilly, la adoraban, y eso me bastaba. —Suspiró—. No me trataban mal. Nunca me faltó de nada. Simplemente, me ignoraban. Pero no te preocupes, Dottie fue siempre como un enorme surtidor de cariño conmigo.

Esto último lo dijo con una ligera sonrisa. Le debía tanto a aquella mujer, que nunca podría saldar su deuda con ella. Aunque viviera mil años.

Ken también sonrió, pero bajó la vista. Lo que escuchaba era demasiado duro para alguien que había crecido en el seno de una gran familia. Mucho más duro aún, sabiendo que esa historia terrible era *su* historia, la de la mujer que amaba. Tenía mil preguntas por hacer y, al mismo tiempo, sentía que no debía ahondar en aquel asunto. Sin embargo…

—¿Cómo pudo enterarse la víbora de Sandy? ¿Lo sabes?

Chris se encogió de hombros.

—No estoy segura… Lilly nació en Bahamas, pero al ser adoptada cuando todavía era un

bebé, más aún teniendo en cuenta las circunstancias en las que se había quedado sin padres, se confeccionaron todos sus nuevos documentos, señalando que había nacido en Toronto. Yo nací en un pueblito del norte de Inglaterra —él era inglés—, y ya había cumplido los diez cuando finalizaron los trámites de adopción… En fin, que no modificaron el lugar de nacimiento, en mi caso.

»Hay que estar muy enfermo para fijarse en detalles tan nimios, y tener muchas ganas de hacer daño. Y esa mujer, sin duda, está enferma y disfruta haciendo daño. Quizás, reparó en ese dato y empezó a tirar de la madeja… O, a lo mejor, su influencia y su poder llegan mucho más alto de lo que creemos. No lo sé, Ken.

Y a estas alturas, tampoco le importaba.

Chris tomó su rostro con suavidad. Habló mirándolo a los ojos.

—Si te he contado esto, no es para que sufras. No quiero que sufras. Dicen que lo que no te mata, te hace más fuerte y yo lo soy. Soy muy fuerte. Pude con todo lo que la vida nos echó a la cara, a Lilly y a mí, y he seguido adelante. Además, cuando te alejas del mundo civilizado, comprendes la realidad de la vida en toda su dimensión. Y yo he tenido esa suerte. Si pones tu sufrimiento en perspectiva y lo comparas con la crudeza de la vida en otras latitudes, en rincones alejados de la mano de Dios, te das cuenta de que no hay comparación posible. No la hay, Ken. Ningún sufrimiento es comparable a las cosas que he visto. Por eso lucho por ellas. Si te lo he contado es porque no concibo una relación con secretos. Cuando se trata de relaciones sentimentales, soy una ignorante total. Pero sé que jamás podría entregarme a alguien en quien no confío. Sentimentalmente hablando, jamás había confiado en nadie hasta ahora… Pero en ti, sí.

»Y cuanto más te conozco, más confío… Esa carta en la que desnudas tu alma ante mí… Las llaves del rancho… Nadie me ha demostrado tanto amor y tanto respeto jamás. *Nunca.* Cada vez que mueves ficha, te quedas con otro trocito de mi corazón. ¿Cómo no voy a compartir algo tan importante contigo? Tienes derecho a saberlo todo sobre mí. Te has ganado a pulso ese derecho.

Chris volvió a beber un sorbo de agua y, al cabo de unos instantes, continuó:

—También creo que saberlo, te ayudará a entenderme… Cuando os veo a ti y a tu familia, me parece maravilloso… Y te envidio muchísimo. Pero yo necesito tiempo para poder sentirme a gusto en esa foto familiar… No he conocido esa clase de amor. Lo que sí conozco es la desconfianza y el miedo. A veces, he llegado a pensar que lo tengo grabado en mi ADN. Me he convertido en una experta en protegerme y en proteger a Lilly, en huir de situaciones en las que siento que podría ser vulnerable. Aprendí a correr por mi vida, Ken. Literalmente. Lo que quiero decir es que me tomará tiempo desaprender todo eso, y convertirme en alguien emocionalmente sano. Pero lo conseguiré.

—Lo sé —murmuró Ken.

—Eres el mejor maestro que podría tener y te prometo que me emplearé a fondo. Pero no quiero que nadie se llame a engaño; esto tomará tiempo, Ken.

Él posó sus labios sobre la frente de Chris, al tiempo que la rodeaba con sus brazos fuertemente. Permaneció muy cerca, dándole pequeños besos cargados de dulzura.

Cuando, al fin, buscó su mirada, en sus ojos resplandecía una luz diferente. Como un amanecer con su promesa de nuevos comienzos, llenos de esperanza.

—Juntos, tú y yo, somos imparables —dijo él—. Estaremos bien, Chris, muy bien. Iremos paso a paso, ¿de acuerdo, amor?

Chris exhaló un largo suspiro. Esbozó una sonrisa.

—Paso a paso —concedió.

Y, esta vez, lo hizo con todo el corazón y toda el alma. Si existía un lugar en el mundo en el que esas palabras podían convertirse en realidad, ya lo había encontrado.

Estaba allí mismo, entre sus brazos.

<<<<>>>>

¿Qué te ha parecido *Superstar*?

Haz clic en el siguiente enlace, avanza hasta el final, y…

Cuéntame qué opinas de Superstar. Parte 2.

O escanea este código QR:

¡Un millón de gracias!

<<<<>>>>

NOTA DE LA AUTORA

Cuando comienza *Superstar*, la prestigiosa organización sin ánimo de lucro OXFAM Internacional, llevaba apenas siete años operando. Por lo tanto, carecía aún de la vasta estructura que le atribuyo en esta historia. A pesar de que se trata de una obra de ficción, y que todos los sucesos y personas referidas en ella son producto de mi imaginación, me ha parecido oportuno señalar este hecho y dejar claro que me he tomado la licencia creativa de alterar la realidad para adecuarla a mi historia.

Patricia Sutherland
Madrid, septiembre de 2024.

AGRADECIMIENTOS

La fase beta de *Superstar. Parte 2* tuvo lugar al mismo tiempo que circunstancias, de esas con las que nunca contamos, aterrizaban en mi vida. Dos situaciones inesperadas consecutivas, a falta de una.

Desde que empecé a contar con un equipo de lectoras beta, en 2017, me aseguro de reconocer su labor, sea en la dedicatoria de mis libros, o en los agradecimientos, como en este caso. Siempre hacen un excelente trabajo, se esfuerzan al máximo, y me hacen pasar muy buenos ratos con sus comentarios. Esta vez, han ido mucho más allá y, por esa razón, *Superstar. Parte 2* incluye una página de agradecimientos.

A Claudia, mi querida beta argentina, que se ocupa de resaltar los localismos que, indefectiblemente, se me escapan, y me ayuda a hacer posible que las lectoras de allende los mares no tengan que leerme con un diccionario al lado.

A Laura, mi querida beta española, que siempre me recuerda que en nuestra lengua existen el pretérito perfecto, así como el pluscuamperfecto, y que hay que usarlos. Está claro que todavía hoy, después de tantos años, cuando estoy inmersa en el proceso creativo, a mi mente, de tanto en tanto, le da por regresar a la primera lengua que aprendió, el castellano en su variante argentina.

Sacar adelante la fase beta de esta novela habría sido imposible sin vuestra enorme ayuda. ¡Gracias por haber recorrido la milla extra por mí, chicas!

SOBRE LA AUTORA

NOVELAS ROMÁNTICAS DIFERENTES

Escribo historias en las que el amor es el ingrediente imprescindible y que siempre, siempre, tienen un final feliz. Se desarrollan en esta época porque me interesa mucho ahondar en cómo son las relaciones sentimentales hoy día y en cómo ha evolucionado el papel de la mujer, nuestro papel, en la sociedad actual. Por esta razón, los personajes femeninos tienen roles muy importantes en todas mis historias…

Y también por esta razón los personajes masculinos son de la clase que dejan huella, ya que les he encargado la ardua tarea de conquistar el corazón de mujeres independientes y fuertes, y la más ardua aún de mantener la llama encendida siempre.

La familia y los amigos también son una constante en mis novelas y esto explica, en parte, por qué escribo series. La única vez que me propuse publicar una novela independiente, las lectoras se enamoraron de su protagonista ¡y no pararon hasta convencerme de que le diera una secuela! El protagonista al que me refiero es Dakota y la novela en cuestión, *Princesa*, la primera entrega de la Serie Moteros.

Y porque escribo series, aunque cada novela es autoconclusiva en cuanto a la historia principal, entre todas dan forma a un universo muy particular en el que cada personaje cuenta, importa, y la cronología es fundamental. Si eres *fan* de las series, te sentirás como en casa. Y si no lo eres… Quizás empieces a serlo a partir de ahora ;)

Aquí encontrarás una lista actualizada de mis novelas publicadas en su correspondiente secuencia de lectura. También podrás suscribirte a mi boletín ***Románticas***, si lo deseas. Es mensual, es gratuito, incluye un regalo de bienvenida y es el único lugar donde comparto información sobre mis proyectos literarios mucho antes de que se conviertan en novelas publicadas ;)

Novelas de Patricia Sutherland
https://jeraromance.com/orden

O escanea este código QR:

¡Buenísima lectura y gracias por leerme!

OTRAS OBRAS DE PATRICIA SUTHERLAND

SERIE MOTEROS

Princesa. Serie Moteros # 1.

Harley R. Serie Moteros # 2.

Harley R. Entre-Historias. Serie Moteros #2.1.

Lola. Serie Moteros #3.

Lola. Entre-Historias. Serie Moteros # 4

Fire & Gasoline. Serie Moteros # 5

Fire & Gasoline Entre-Historias. Sire Moteros # 6

EXTRAS SERIE MOTEROS

Los moteros del MidWay, 1. Extras Serie Moteros # 1

Los moteros del MidWay, 2. Extras Serie Moteros # 2

Los moteros del MidWay, 3. Extras Serie Moteros # 3

Momentos Especiales – Dakota & Tess. Extras SM # 4

Momentos Especiales – Pau & Tina. Extras SM # 5

Momentos Especiales – Maverick & Shea. Extras SM # 6

Momentos Especiales – Dylan & Andy. Extras SM # 7

Momentos Especiales – Evel & Abby. Extras SM # 8

Momentos Especiales – Conor & Nikki. Extras SM # 9

Los moteros del MidWay, 4. Una Navidad muy especial. Londres. Extras SM # 10

Los moteros del MidWay, 5. Noticias inesperadas. Menorca. Extras SM # 11

Los moteros del MidWay, 6. Una locura maravillosa. Londres. Extras SM # 12

Momentos Especiales - La quedada. Extras SM # 13

Los moteros del MidWay, HEA. Happily Ever After. Extras SM # 14

SERIE SINTONÍAS

Volveré a ti. Serie Sintonías # 0.

Bombón. Serie Sintonías # 1.

Primer amor. Serie Sintonías # 2.

Amigos del alma. Serie Sintonías # 3.

Simplemente perfecto. Serie Sintonías # 3.1.

El último mejor lugar. (Título independiente).

El último mejor lugar – SECUENCIAS NUEVAS.

SERIE LUCES DE NEÓN

Superstar. Parte 1. Serie Luces de Neón # 1

Superstar. Parte 2. Serie Luces de Neón # 2

NOTAS

CAPÍTULO 7

1 Bar honky tonk: es un tipo de bar con acompañamiento musical típico del sur de Estados Unidos. Originariamente, eran locales del sur profundo que servían alcohol a clientes de clase obrera y en ocasiones ofrecían espectáculos de pequeñas bandas o pianista con bailarina incluida. Más adelante, el término empezó a aplicarse a un género musical.

CAPÍTULO 17

1 Partir peras: (coloq.) romper con alguien, enemistarse o dejar de ser amigos.

2 Chrissie Hynde: fundadora, compositora y vocalista del grupo *The Pretenders*.

CAPÍTULO 19

1 Poner a caldo (a alguien): (coloq.) reprender con dureza.

CAPÍTULO 27

1 Pirrar: (coloq.) encantar, entusiasmar.

CAPÍTULO 33

1 Amanda Brady es la protagonista de una de mis novelas. Si quieres conocer su apasionada historia de amor con Jordan Wyatt, alias «el vikingo», no te pierdas Bombón, Serie Sintonías, 1.

CAPÍTULO 34

1 Data es un personaje de la franquicia Star Trek, un androide masculino, consciente de sí mismo y sensible.

2 Término usado para referirse a los f*ans* de Star Trek.

CAPÍTULO 35

1 Miércoles Addams, personaje interpretado por Christina Ricci en la película «The Addams Family», estrenada en 1991.

CAPÍTULO 40

1 Lorza: (coloq.) pliegue de gordura que se forma en alguna parte del cuerpo, especialmente en la cintura.

CAPÍTULO 43

1 Ponerse las botas: (coloq.) Hartarse de algo placentero. En este caso, de comer.

EPÍLOGO

1 El coche fantástico o, Knight Rider en su versión original, es el prototipo de alta tecnología (llamado KITT), que aparece en la serie televisiva del mismo nombre, protagonizada por el actor David Hasselhoff.

Table of Contents

Cubierta
Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Resumen
Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras Obras de Patricia Sutherland
Notas